

RESPIRAR POR LA HERIDA

VÍCTOR DEL ÁRBOL



Lectulandia

Quizás Dios juega a los dados con el destino de los mortales, desperdigando las piezas de un rompecabezas que siempre vuelve a unirse de un modo u otro. Acaso sea el azar el que nos arrebató aquello que más amamos, pero puede que todo lo que nos ocurre no sea sino el resultado de nuestros propios actos. Estas son las preguntas que atormentan a Eduardo, un pintor para quien nada tiene sentido tras la muerte de su mujer y su hija en un accidente de coche. Una famosa violoncelista, Gloria Tagger, le dará una razón para seguir viviendo al contratarlo para pintar un cuadro: el retrato de Arthur, el autor de la muerte de su hijo. Aceptar ese reto desencadena una cascada de sentimientos que durante muchos años han permanecido ocultos; con cada pincelada, Eduardo va abriendo puertas que habría sido mejor mantener cerradas, pero que, una vez abiertas, nada ni nadie podrá volver a cerrar.

Lectulandia

Víctor del Árbol

Respirar por la herida

ePub r1.0

Mangeloso 24.11.13

Título original: *Respirar por la Herida*

Víctor del Árbol, 2013

Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Aurelia
Cuida de nosotros, allá donde estés,
como has hecho aquí durante
este corto milagro que es la Vida.

Dolor de las madres que por sembrados van dejando espigas de desilusión, dolor
de los niños siempre abandonados.

FEDERICO GARCÍA LORCA
Elegía a Rosalía de Castro (1919).

La única experiencia radical posible con la que hay que contar es la muerte.

JOSEP FORMENT
Arthur Rimbaud, la belleza del diablo
(Alrevés, 2009).

Prefacio

El paisaje no miente pero la mirada lo disfraza, de modo que cada vez el mismo lugar es distinto, como si lo que vemos fuera un reflejo de nuestro estado de ánimo.

Una señal desdibujada junto a la carretera de Toledo indicaba la entrada del pueblo. No era bonito, ni siquiera tenía la iglesia románica que al menos tienen todos los pueblos feos. Pero estaba en el mapa y existía. Su existencia se adivinaba a lo lejos como una mancha pardusca en medio de la nada, flanqueado a lado y lado por vastísimas extensiones de campos dorados. Eduardo subió el volumen de la radio y se sumergió en la música de Miles Davis, como si «Blue in Green» se hubiera compuesto solo para que él pudiera disfrutar de ese momento ingrátido. El sonido silbante de la melodía y el crepitar del tabaco al quemarse cerca de su nariz le permitían sentirse bien y eso era más de lo que conseguía la mayor parte del tiempo. La botella medio vacía de whisky que rodaba bajo el asiento había hecho el resto. Pero no se puede vivir dentro de una canción, como no se puede vivir dentro de un coche que huele a tabaco y que tiene la guantera llena de tiquetes de aparcamiento caducados que nunca recordaba tirar.

Bajó dos dedos la ventanilla y lanzó la colilla fuera. Aminoró la marcha y el corazón empezó a latirle con más fuerza. Al otro lado de la carretera había un camino que parecía no llevar a ninguna parte. Poco a poco el asfalto se iba ocultando bajo capas más gruesas de polvo y al cabo de unos metros el firme desaparecía como si la tierra se lo hubiese tragado, transformándose en un camino de carros lleno de profundos baches. Y al final, también ese camino terminó esfumándose. Delante no había nada, excepto una franja de terreno yermo donde crecían matojos como catedrales. A juzgar por la sequedad de los surcos y por las malas hierbas que crecían a su antojo, hacía mucho que nadie se cuidaba de explotar los sembrados. El cuadro de abandono lo completaba un viejo tractor con la plancha descolorida y los gruesos neumáticos desinflados trabados en la tierra. En el límite del campo se alzaba una cerca y más allá un enorme caserón. La casa y el campo yermo se miraban desde la distancia con indiferencia, formaban parte de algo indivisible, como una pintura y su marco.

Eduardo cerró los ojos. Olía a campo. «Cómo engañan los olores, cómo mienten los paisajes», se dijo, tragando saliva. Cogió el ramo de dalias del asiento contiguo y estiró el papel de cebolla que formaba el *bouquet*. No tenían olor, incluso el color parecía desvalido, como si a medida que se acercaba a su destino todo le resultase más y más ficticio. Bajó con dificultad del coche y se masajeó la rodilla.

Estaba anocheciendo y los pájaros volaban muy bajo, buscando insectos cerca de la superficie de un arroyo que discurría paralelo a la carretera secundaria. Algunas zarzas todavía goteaban como una sábana extendida que se mecía suavemente bajo el

cielo rojizo, con las alturas de la sierra a lo lejos. Eduardo se deslizó por el pequeño talud que separaba la calzada del arroyo. El lugar estaba deshabitado y silencioso, a pocos metros el arroyo trazaba una pronunciada curva para salvar un cañizo y una gruesa roca desde la que se podía ver, muy a lo lejos, el perfil de los arrabales de Madrid.

Aquí ocurrió todo.

Se descalzó y dejó los zapatos en la orilla. Se remangó hasta media pierna los pantalones e introdujo los pies desnudos en el cauce manso y gélido del arroyo. La impresión del agua fría hizo que la sangre bombeara con fuerza hacia la cabeza. Se adentró un poco más, hasta donde el agua le cubría casi las rodillas. Notaba cientos de minúsculos cristales mordiéndole la piel, pero aguantó unos minutos, con la mirada perdida en los cañizos de la otra orilla. Trató de ver algún vestigio del accidente, pero nada. No había nada, ni un pedazo de luneta, ni una marca de rodera, ni una mancha, como si la tierra y el arroyo se hubieran tragado sin más las pruebas de lo sucedido y fluyeran con la misma calma de los siglos. Eduardo tomó un poco de agua poniendo la palma de la mano a modo de cuenco y la dejó resbalar entre los dedos. No tenía el color carmesí de catorce años atrás. «La única experiencia radical posible con la que hay que contar es la muerte», murmuró, recordando las palabras de consuelo de un amigo en el entierro. Palabras de consuelo que no consuelan, amigos que dejan de serlo. Paisajes que borran los vestigios de una tragedia. Dalias sin olor, sin color.

Un día cualquiera, un segundo idéntico al anterior que en nada hacía presagiar que sería el último instante de felicidad de su vida. Era absurdo pensarlo, pero si lo hubiese sabido, si lo hubiera tan solo sospechado, aunque no hubiese podido evitarlo, podría al menos haberlas abrazado con más fuerza, decirles algo que no resultase tan vano, tan ridículo, tan intrascendente como una discusión. Siempre queda algo por decir cuando ya no queda tiempo para decirlo.

Un trueno estremeció el aire y gruesos goterones empezaron a caer formando amplias ondas alrededor de Eduardo. Algunas estallaban como balas de goma sobre las hombreras de su abrigo, otras resbalaban por la frente y le caían sobre las mejillas. Se hacía tarde y se había desviado de su camino demasiados kilómetros. Tenía que volver. No había adónde ir, esa era la verdad, pero no podía quedarse allí más tiempo. «Debo volver», se repitió, al tiempo que secaba las lágrimas que asomaban a sus ojos irritados.

En ocasiones el dolor solo puede llorarse por dentro.

Dejó caer de la mano el ramo de dalias, esas flores le encantaban a Elena, y durante unos minutos permaneció contemplando cómo el arroyo se las tragaba. Después volvió al coche y se marchó sin mirar atrás.

Capítulo 1

Seis meses antes, enero del 2005.

Eduardo se acercó a la ventana. El parque infantil al otro lado de la acera estaba desierto; causaba extrañeza contemplar los columpios meciéndose sin niños, los bancos de madera mojados sin abuelos, los charcos en la arena donde nadie chapoteaba... Los días de lluvia acentuaban su certeza de que una distancia insalvable lo separaba de las cosas que parecían importarles a los demás. Y nada podía mitigar esa sensación.

Ladeó la cabeza hacia el interior del despacho: estantes de formica, archivadores repletos y libros de medicina forense. En un rincón había una maceta de barro con un geranio que se estaba muriendo.

Cerró los ojos. Al abrirlos, Martina continuaba sentada tras la mesa con una actitud infranqueable. Su rostro podía invitar engañosamente a la dulzura o a la fragilidad. Uno sentía querencia inmediata por esa sonrisa, pero Martina sonreía poco. El juego de luces de una lámpara sobre el escritorio atenuaba la expresión dura de sus labios apretados.

—¿Va a escribir todo lo que diga?

Ella asintió, cruzando los brazos.

—Para eso son el bolígrafo y la libreta.

—¿Por qué no firma el informe de visita, me receta la medicación y nos despedimos amistosamente? Los dos sabemos que estas charlas son una pérdida de tiempo, doctora.

Martina se tocó el puente de las gafas. Le temblaba imperceptiblemente el bolígrafo entre los dedos. ¿Qué clase de perfume utilizaba? Sin duda, algo con un componente cítrico, muy atenuado. No era desde luego una fragancia que dijera demasiado acerca de ella.

—A mí no me lo parece en absoluto. Me importa, y mucho, lo que hacemos aquí.

Eduardo sabía que mentía; para hacerlo de modo convincente lo primero que hay que aprender es a dominar las expresiones del rostro, y no todo el mundo es capaz de hacerlo: los ojos de la doctora tenían una mirada demasiado escéptica. No le caía bien. Cuestión de empatía. La relación entre ambos había sido desde el principio incómoda, como una pareja mal avenida forzada a compartir un par de horas al mes, donde no se discutía y en la que cada cual tenía su sitio.

Acarició la superficie lisa de la mesa, trazando el sinuoso cauce de un río imaginario sobre una fina capa de polvo.

—Muy bien, ¿qué quiere que le cuente esta vez?

Martina se concentró un instante en las cicatrices de sus muñecas. Al percatarse, Eduardo las escondió bajo los puños de la camisa.

—¿Qué tal va la adaptación a la vida corriente? —preguntó la doctora, ciñéndose al guión escrito.

«La vida corriente, menuda expresión», pensó Eduardo. Para él la muerte consistía en ir perdiendo la costumbre de vivir.

—Me hospedo en un edificio de apartamentos en la calle San Bernardo, el alquiler es barato, el sitio tranquilo y la casera es buena mujer. No hace preguntas. Pinto algunos retratos por encargo para Olga y gano para ir tirando. No me va mal, supongo.

—¿Y qué hay de sus sentimientos?

—Mis sentimientos están en su sitio, descuide.

—Y ese sitio, ¿cuál es?

—A buen recaudo.

Martina anotó algo y a continuación cruzó los dedos sobre la libreta, mirándolo con curiosidad. Tal vez fingida, tal vez cierta.

—¿Y qué hay de las pesadillas?

Eduardo aprisionó los párpados con los pulgares.

—Oiga, doctora, ¿en serio pretende seguir con esto?

—¿Por qué no me dice lo que sueña? —insistió Martina.

Eduardo hizo un gesto dubitativo.

—No lo sé, cada vez es diferente.

—Cuénteme la última.

—No sé ni por dónde empezar.

—Por el principio.

«Las pesadillas no tienen principio ni tampoco final», pensó Eduardo.

En la suya aparecía un niño bajo la lluvia. Su rostro era inconcreto, como el apunte de un retrato emborronado con una esponja húmeda que descorría los colores y los contornos. Tal vez tenía siete u ocho años. Estaba en un camino embarrado, descalzo y con el torso desnudo, vestido únicamente con un pantalón deshilachado. Se adivinaban las costillas bajo la piel sucia y una red de venas que se enfilaba como las ramas de un árbol desde las piernas hasta el cuello. Todas palpitaban a la vez, como un río de magma subterráneo. Miraba hacia lo alto de la colina anticipando que algo iba a suceder de un momento a otro.

Detrás de la niebla emergía un hombre corriendo, demudado por el pánico. Lo perseguían dos enormes mastines babeantes con collares de pinchos y los ojos amarillentos. El hombre corría volviendo la cabeza atrás, y aunque sus zancadas eran poderosas los perros le recortaban distancia muy rápidamente. En cualquier momento iban a darle alcance.

Por fin, tras una angustiada carrera colina abajo, el hombre se detenía con los

brazos abiertos, como si no pudiera hacer otra cosa o como si ya se hubiera cansado de huir. Era su manera de decir que se plantaba, que no iría a ninguna otra parte. Los perros, tal vez sorprendidos, aminoraban el esfuerzo avanzando ahora hacia él con movimientos de merodeador. Gruñían mostrando los colmillos. Hombre y bestias se medían a escasos metros, hasta que, llamados por un resorte instintivo, los perros saltaban al unísono sobre él, que apenas utilizaba las manos como parapeto inútil para detener las primeras dentelladas. La embestida lo lanzaba al suelo y los perros se enzarzaban en una carnicería confusa de mandíbulas, crujidos de huesos, batir de patas y gritos.

En pocos segundos lo habían destrozado, pero todavía respiraba. Un hilo de sangre le brotaba de la boca y brillaba al entrar en contacto con la lluvia. Miraba al cielo y, a pesar de estar agonizando, sonreía con un gesto benevolente; luego estiraba la mano y abría los dedos, cerrándolos a continuación en un puño que no era amenazante, sino más bien la voluntad de asir el aire, de tirar de él para seguir respirando.

—¿Satisfecha? ¿Me puede recetar ya la medicación?

—¿Qué significado tiene para usted, Eduardo?

Él se encogió de hombros.

—Usted es la experta, lo pone ahí, en su diploma. Yo solo soy el conejillo de Indias.

Martina consultó disimuladamente el reloj. Faltaban cinco minutos para terminar la consulta, y en el vestíbulo esperaba la siguiente visita. Agradeció poderse quitar de encima a Eduardo. Aquel tipo la incomodaba demasiado.

Mientras rellenaba las recetas con un gesto administrativo, le advirtió con un tono neutro que no abusara del alcohol si tomaba Risperdal. Eduardo no hizo comentario alguno, pero la doctora vislumbró la sombra de algo inquietante en su expresión. A veces las miradas de Eduardo eran como puños que golpeaban la boca del estómago.

—Eso es todo. Nos veremos aquí el mes que viene.

Eduardo dobló la receta y la guardó en el bolsillo.

—Tal vez. Buenas tardes, doctora.

A través de la ventana, Martina vio a Eduardo cruzar la calle renqueando de la pierna derecha.

—Debería haber escogido cualquier otra mierda de trabajo —dijo para sí misma.

Volvió a la mesa y examinó las anotaciones que había escrito en la libreta, mordiéndose un poco el labio inferior, buscando la pausa necesaria para aclarar las ideas. Con trazo firme escribió:

Eduardo Quintana, séptima entrevista de control. Después de ocho meses sigue mostrando los mismos síntomas: ansiedad, negación y sentimiento autodestructivo. Conclusión: Inestable.

«Buenos días, Madrid. Son las 7:00 a. m. de este frío y brumoso domingo. Llueve con intensidad y estás escuchando Onda Ciudad. Esto que suena para ti es, cómo no, “Otro día de lluvia”, de Peter White».

Eduardo encendió la lámpara de la mesita y observó las formas fantasmagóricas que la tulipa formaba en el techo. Se sentó en la cama con los codos apoyados en los muslos y dejó que su mirada somnolienta resbalase por la habitación.

El apartamento era modesto, pero no faltaba de nada: un televisor, una cama lo suficientemente cómoda, algunos cuadros sin interés apoyados en la pared, un armario de doble cuerpo con espejo ropero, una pequeña nevera junto a una cocinilla de un fogón y un baño con ducha y lavamanos que goteaba. La cuestión era que a pesar de tenerlo todo no alcanzaba a ser comfortable. El problema estaba en la atmósfera de tristeza que tienen los lugares impersonales, sin nada que contar de quien los habita. Eduardo podría morir en aquella habitación y al día siguiente habría bastado con cambiar las sábanas para borrar por completo su presencia.

La mayor parte de sus cosas personales continuaban empaquetadas en las mismas cajas de cartón que Olga le había ayudado a traer desde el guardamuebles donde habían estado almacenadas los últimos catorce años. En un rincón se amontonaba una pila de libros sobre pintura que ya no leía y su preciada colección de vinilos alineados por orden alfabético junto al viejo tocadiscos. Aquellos discos eran lo único por lo que sentía todavía cierto apego. El jazz, el blues, el soul conformaban la banda sonora de su infancia, aunque su padre había tenido que morir y dejarle aquella colección como herencia para que aprendiera a valorarla. La infancia ya no era el hogar de Eduardo, y nunca volvería a serlo, pero al menos aquella música continuaba siendo su música.

Buscó a tientas un cigarrillo y lo encendió. La primera bocanada le abrasó los bronquios. Tendió un poco más allá la mano hasta que sus dedos dieron con el contorno rugoso de una botella de vodka, casi vacía. Apuró de un trago el dedo de alcohol que quedaba y sintió que le explotaba la cabeza. Su cerebro dejó de girar durante unos segundos. Cerró los ojos y se concentró en el solo que se estaba marcando Peter White en la emisión de la radio. No era la paz, pero se le parecía, aunque su padre hubiese dicho que nada era comparable al saxofón de Dexter Gordon en «It's You or No One». Pero su padre no estaba allí.

Tenía ganas de vomitar, la resaca le había cerrado el estómago y el hígado lo estaba matando, aunque no lo bastante rápido. Lo único que le apetecía era quedarse en la cama escuchando los viejos discos y dejar que este día se fuese como los anteriores, sin dejar rastro. Pero no podía ser. Debía ponerse en pie, arrastrarse hasta la taza del váter y pelearse con el estreñimiento, asearse, preparar algo para desayunar, comerse al menos la manzana que empezaba a oscurecerse en el frutero de mimbre, tal vez dedicar algo de tiempo a ordenar el apartamento, airearlo, vaciar los

ceniceros, limpiar la basura del fregadero y, con un poco de suerte, puede que encontrase las ganas de trabajar en alguno de los encargos de Olga.

Se quitó el pijama y lo dobló meticulosamente antes de colocarlo en el cesto y abrir el grifo de la ducha. Las cañerías protestaron, pero al cabo de unos segundos brotó un chorro de agua aceptablemente caliente que no duraría mucho. El edificio era antiguo y necesitaba a todas luces unas reformas que nadie parecía dispuesto a afrontar; el agua se calentaba gracias a una caldera comunitaria, de modo que podía encontrarse a medio enjabonar si a alguien se le ocurría abrir la ducha al mismo tiempo en los apartamentos contiguos.

Apoyó la frente en la baldosa resquebrajada de la pared y permaneció bajo el chorro raquíptico mientras el jabón se perdía entre sus piernas camino del desagüe. Se frotó la rodilla derecha, inflamada como una bota. Una enorme cicatriz la atravesaba de parte a parte y, aunque con los años la piel se había ido regenerando alrededor de la herida, la carne se había hundido como una falla succionada por un terremoto.

Tocar aquel trozo de carne muerta era como acariciar un tiempo en el que ya no quería pensar.

Permaneció bajo la ducha hasta que la cañería emitió una especie de estertor y el agua dejó de manar. Al correr el biombo que hacía las veces de separación entre la pieza del baño y del dormitorio, vio una nota que Graciela le había pasado bajo la puerta.

He escuchado la música, así que deduzco que ya estás despierto. Hay café recién hecho si te apetece compartir insomnio.

Graciela era la casera, aunque Eduardo sospechaba que ese no era su verdadero nombre. Inventar un nombre era una manera fácil de inventar una vida, pero, en cualquier caso, no le incumbía.

Se vistió con parsimonia con un pantalón de tergal y una camisa bastante arrugada. El efecto ante el espejo le hizo fruncir el ceño. No se molestó en afeitarse, y se limitó a acomodar el pelo con la mano antes de salir. No tenía que impresionar a nadie. Ya no.

El apartamento de Graciela estaba al final del vestíbulo. Aquel espacio era territorio vedado para la mayoría de los inquilinos a menos que Graciela les diera permiso, y nunca había razones para concederlo; la casera necesitaba espacios privados donde ser ella misma, o esa parte de ella misma que no mostraba en público.

La puerta estaba entornada. En el recibidor había un sillón listado con un libro abierto y, un poco más allá, una mesita camilla con una copa de vino a medio vaciar en la que flotaban un par de colillas, una de ellas con carmín. Junto a la puerta del dormitorio montaban guardia unos zapatos de tacón y un vestido tirado en el suelo.

Eduardo había escuchado la noche anterior a Graciela con un desconocido. Parecían contentos, el desconocido se reía mucho, con una risa que parecía un hipo raro, y Graciela le decía que bajara la voz, aunque ella también parecía estar contenta. Al cabo de un rato dejó de oírlos. Tal vez la noche había sido larga y había terminado, como todas las citas de la casera, en tragedia.

—¿Estás ahí? —dijo alzando la voz para hacerse oír.

Graciela no lo oyó. Estaba en el baño, frente al espejo con una toalla envuelta alrededor del cuerpo. Rondaba los cuarenta y muchos, aunque Eduardo nunca le había preguntado la edad ni ella la había mencionado. En cualquier caso, no era hermosa, y probablemente no lo había sido nunca, solo que ahora parecía haberse abandonado a la evidencia. Debió de existir un tiempo en que se sintiera con ánimo para maquillarse o ir de tanto en tanto a la peluquería, una época en la que alguien le provocara ese nerviosismo previo a una cita: elegir atuendo, calzado, complementos, ensayar sonrisas, temas de conversación por si sobrevenía la catástrofe del silencio en medio de la cena. Pero ese tiempo, si es que existió, era ya historia.

Graciela respiraba ahora el aire de la soledad no deseada, ese momento crítico en el que ya no podía reconducir su vida más que hacia una vía muerta. Tenía en las arrugas de la frente las cicatrices de decisiones equivocadas, de malentendidos o mentiras, las decepciones y los sinsabores que uno tras otro habían apartado a los hombres de su lado. Parecía conformarse con su papel de casera, gestionando un viejo edificio, pasando las horas muertas en el mostrador de la portería soñando, aunque sus sueños terminaban irremediabilmente con el cenicero repleto de colillas y pañuelos de papel arrugados.

A través de la puerta entornada, Eduardo la vio desprenderse de la toalla con cuidado, como si se le hubiera pegado a la piel y le doliera al despegarla. Graciela trazó un círculo con la mano en la superficie entelada del espejo, observando una cicatriz profunda y sonrosada que tenía buen aspecto, limpio. Donde estaba aquel corte faltaba un pecho. Durante unos minutos, Graciela se observó, se examinó, en realidad, como si le costara acostumbrarse a esa descompensación. Acarició la herida como si buscara el recuerdo del tacto, de las sensaciones turgentes de la mama perdida. Luego se tapó la cara y se puso a llorar con los codos apoyados en la loza del lavamanos.

El primer impulso de Eduardo fue entrar en el baño, pero el llanto de Graciela lo detuvo. ¿Qué podía decirle? ¿Qué derecho tenía a irrumpir en su intimidad? Apenas conocía nada de su vida, excepto que compartían distintas formas de soledad.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia la salida sin hacer ruido, pero antes de abandonar el apartamento sintió en la nuca una mirada que le hizo detenerse. Sara, la hija de Graciela, lo observaba en medio del pasillo. Eduardo alzó la mano y la niña lo imitó, devolviéndole el saludo. Ambos aceptaron tácitamente que aquello no estaba

sucediendo.

—No es un buen día —dijo Eduardo.

La niña asintió.

—No, no lo es.

Pasear por las calles desiertas en esa hora de indecisión donde todo está a punto de suceder pero nada ha ocurrido redimía a Madrid, ocultaba las miserias de la ciudad y permitía creer en su bondad. Eduardo caminaba despacio, sintiéndose dueño de sus pasos, sin el griterío y el aturdimiento al que todavía no había logrado acostumbrarse por completo después de catorce años de ausencia. Reconocía las calles, pero, en cierto sentido, se sentía un extranjero.

«¿Qué te parece si nos vamos en busca de algún tesoro?», le preguntaba su padre con su voz ronca modulada a base de años y años consumiendo las mismas cajetillas de tabaco que terminaron llevándolo a la tumba. Buscar tesoros era sinónimo de domingo buceando entre los puestos de El Rastro, entre las riadas de personas que asomaban por el vomitorio del metro, desparramándose por las calles de Roda, de Fray Ceferino hacia la plaza de Cascorro y la bajada de la Ribera de Curtidores. Los antiguos arroyos hacia el Manzanares eran un bullicio de ruidoso y encantador desorden, gente saltando de los puestos ambulantes a las tascas, de los pequeños tesoros de segunda mano a los chatos de vino y las tapas.

Aquel gentío lo excitaba cuando era niño. Sus ojos se abrían como platos mientras su padre le iba explicando la historia del soldado Eloy Gonzalo, hijo de la inclusa, que llegó a ser héroe de Cuba, o cómo en los antiguos mataderos se sacrificaban las reses y su sangre teñía las calles empinadas. Eduardo escuchaba absorto y no le costaba imaginar los tenderetes de los barberos ambulantes, almonedas y chamarileros, las tenerías, el matadero municipal, cosas que ya no existían pero que de alguna manera continuaban formando parte del ambiente que respiraba el mercado. «Esta es nuestra medina medieval», decía su padre, orgulloso, al tiempo que lo aferraba con fuerza de la mano impidiendo que la riada humana lo apartara de su lado.

Todo eso había cambiado. Las cosas, el paisaje. La mirada.

Entró en un bar cerca de El Retiro. Todavía era muy temprano y las mesas estaban vacías. En la barra se acodaban un par de clientes con aspecto de haber pasado una noche larga y poco provechosa. El camarero miraba la televisión colgada en la pared con aire aburrido. Eduardo pidió un whisky sin hielo. Apenas eran las ocho de la mañana y no había desayunado, pero el camarero no mostró extrañeza, debía de estar curtido en muchas batallas.

—Mucho que olvidar, ¿verdad?

Eduardo se alisó el pelo nerviosamente. La barba rasposa, tachonada de canas, le

asomaba a lo largo de las mandíbulas caídas y una boca pequeña. De piel pálida, se sonrojaba con facilidad cuando se incomodaba, cosa que sucedía en cualquier situación en la que se viera forzado a mantener una conversación indeseada o mínimamente larga. Su mirada, huidiza e insomne, era como la de un ratón que busca hacerse invisible. De tanto en tanto algún detalle reclamaba su atención y esos ojos refulgían con una luz atenuada que durante un instante permitía entrever al hombre que fue en el pasado. Pero pronto la sombra que lo cubría todo volvía a cernirse sobre él.

—Sea lo que sea que te fastidie, no creo que tu hígado merezca este castigo, amigo.

Eduardo hizo una mueca que pretendía alejar al intruso. Apuró la consumición y encaró sin prisa la cuesta de Moyano hasta llegar a la fuente de El Ángel Caído. Se tomó un respiro en el pedestal de granito octogonal que sustentaba la escultura.

—«Por su propio orgullo, cae arrojado del cielo con todas sus huestes de ángeles rebeldes para no volver nunca jamás. Agita en derredor sus miradas, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado» —recitó en voz baja, recordando a un viejo profesor de la academia de Bellas Artes que animaba a sus alumnos a estudiar el cuerpo de bronce estrangulado por serpientes marinas y, sobre todo, su expresión llena de una intensidad dramática y de un sentimiento que reflejaba con exactitud los versos de Milton en el El paraíso perdido.

Todo en la escultura era quietud; del espacio, del tiempo, de sí misma.

Eduardo conocía esa sensación: la quietud, exasperante y perpetua, la seguridad de que nada es mutable. Podía ordenar a sus piernas moverse hacia la derecha, uno, dos, tres metros, tocar la pared, hacer el movimiento a la inversa y topar con esa misma pared. Tenía la certeza de no moverse, de ser como aquella escultura petrificada. A la ausencia de pensamientos minúsculos y cotidianos, a la concentración de todos ellos en uno solo, redundante, grotesco y absorbente, su doctora lo llamaba locura.

Pero él no estaba loco. Solo estaba muerto.

Paseó sin prisa con su bolsa de dibujo cruzada sobre el pecho hacia el Palacio de Cristal. De un modo u otro, sus pasos siempre lo dirigían allí. Le gustaba sentarse durante horas en la orilla del estanque y observar los cipreses de Pantano; le fascinaban aquellos árboles de tallo liso y esbelto, capaces de arraigar en el fondo lodoso.

Recordaba la última vez que estuvo allí con Elena y con Tania.

Elena estaba guapísima, dentro de un tejano ceñido con el dobladillo por la pantorrilla y una camiseta de tirantes con colores blancos y negros que caían en la tela casi por azar.

—¿Por qué te enamoraste de mí? —murmuró Eduardo, acariciando aquel recuerdo. Solía hacerle a Elena esa pregunta, y ella respondía siempre con una carcajada alegre, sincera, y lo besaba en los labios sin contestarle. Nunca le dio una razón; se limitó a hacerlo el hombre más feliz del mundo.

Cogió una pequeña piedra y la lanzó sobre la superficie calma del estanque intentando hacerla rebotar. La piedra lisa dio dos brincos y se hundió dejando una amplia onda que pronto desapareció también. Eduardo sonrió, recordando los concursos que hacía allí con Tania. Ella siempre le ganaba, sus lascas cruzaban el estanque de punta a punta. Era una niña que estaba a disgusto con su cuerpo cambiante, a punto de transformarse en algo que la asustaba y la dejaba perpleja a la vez. Tania tenía catorce años, y en sus ojazos ya se vislumbraba una rebeldía que apenas había empezado a mostrar con nimiedades, desafiante, respondona y contradictoria, que él no sabía manejar. De haber tenido tiempo, habría superado a su madre en hermosura y en carácter.

Otro tipo de árboles, los castaños de Indias, robustos y firmemente afianzados en la tierra, bordeaban la orilla derecha. Al alzar la cabeza, Eduardo vio a una mujer entre la celosía hecha de hojas y ramas. Fumaba abstraída bajo las copas goteantes, contemplando la superficie del estanque. Vuelta de medio lado, tenía la clase de expresión que emerge de una profunda reflexión. Un levísimo gesto de desilusión o de tristeza asomaba en sus labios, como la punta del iceberg de sus pensamientos. El rostro era delgado, como si hubiese pasado una larga enfermedad de la que todavía estaba convaleciente. Una gabardina de color marrón descansaba sobre su muslo, a juego con una falda y un pulóver del mismo color que los zapatos de tacón. Su pelo era abundante y muy negro y caía sobre un hombro con cierto desorden juvenil.

Durante un largo minuto, Eduardo estuvo observándola. Sabía reconocer un rostro excepcional cuando lo veía. Extrajo de la bolsa el bloc de dibujo y un carboncillo y con rápidos trazos delimitó el perfil antes de que desapareciera aquella estampa de autenticidad. Sin ser consciente de que era observada, aquella desconocida le ofrecía un pequeño recodo de sinceridad, le mostraba quién era como no lo hubiera hecho ni siquiera posando desnuda para él en el diván de su habitación. Al sentirnos examinados, incluso en la verdad de nuestra intención existe la semilla de la mentira.

Tan pronto se diese cuenta de que era vigilada, la expresión ingenua, de sincera decencia de aquella mujer se esfumaría y ya no podría volver a recuperarla. Y con ella se evaporaría para siempre la imagen de Elena que Eduardo acababa de evocar. Elena estaba muerta. Y sin embargo, cuanto más contemplaba la silueta de aquella mujer, más perplejo se sentía, más turbado con su presencia. Porque en cierto modo, aquella mujer *era* el reflejo exacto de su esposa, su imagen distorsionada al otro lado de un espejo invisible. Como si le hubieran arrancado la piel para habitar otro cuerpo

y poder así seguir viviendo.

El espejismo duró aún unos preciosos minutos. Hasta que, con un gesto relajado, la mujer se recogió parte de la melena y sus ojos se encontraron con los de Eduardo. Durante una décima de segundo todavía fue ella, como si sus pupilas siguieran prendidas en el fondo del estanque sin verlo, rebosantes de una cálida y aposentada suavidad. Pero esa mirada se evaporó inmediatamente dejando sitio a una retahíla confusa de quejas. La mujer recogió la gabardina con brusquedad y se alejó entre los árboles.

Eduardo se acercó al lugar que había ocupado la mujer, miró lo mismo que ella había estado mirando y aspiró el aire por si quedaba algún rastro de su fragancia. No había nada.

Al llegar al apartamento, buscó un lienzo y lo colocó en el caballete de trabajo. Hacía mucho que no sentía esa premura, esa necesidad de atrapar algo antes de que se esfumase, consciente de que a cada segundo que pasaba la imagen se iba disolviendo como el humo.

A la mañana siguiente regresó al Palacio de Cristal con la esperanza de volver a verla. Esperó durante horas, hasta que por fin tomó conciencia de que ella no vendría, se marchó burlándose de su soledad, que lo empujaba a buscar el calor de alguien inventado.

Buscó la parada de metro más cercana dispuesto a olvidarse de aquello. En el hilo musical de la estación sonaba música de Schubert. Los raíles brillantes de la vía se adentraban en una prolongada curva hacia el interior de un túnel oscuro. En el andén estaban solos Eduardo y un joven de rasgos orientales sentado en el otro extremo del banco. El joven llevaba una mochila pequeña colgada al hombro y entre las piernas sostenía uno de esos gatos de plástico de colores chillones que venden en los bazares chinos. «Gatos de la suerte», los llamaban. Vestía completamente de negro, con un largo guardapolvo, y eso resaltaba mucho la palidez de su rostro ovalado, oriental, casi aniñado. Tenía las uñas pintadas de negro y una fina raya de maquillaje bajo el párpado inferior del mismo color. Todo a juego con el pelo, tan oscuro como la ropa y peinado de manera caótica. Lo más extraño era que aquel joven no le quitaba los ojos de encima.

Eduardo le devolvió la mirada lamentando que hubiera ido a elegir precisamente su banco, teniendo como tenía todo el andén a su disposición, y de pronto sintió como si se dirigiera a él en forma de íntimo reproche: «Las marcas de tus muñecas son antiguas. ¿Ya ha desaparecido la necesidad de suicidarte? He oído que para ser un verdadero suicida hay que tener una voluntad realmente firme».

Eduardo se ruborizó. Se puso en pie, dispuesto a alejarse de aquel tipo tan raro. «¿Por qué no te metes en tus asuntos?», pensó clavándole los ojos.

Al joven no pareció molestarle su reacción. Es extraño ese silencio en el que parecen decirse muchas cosas entre dos desconocidos sin pronunciar una sola palabra.

—¿Nos conocemos, acaso? —le preguntó finalmente Eduardo.

El muchacho no movió la cabeza en sentido afirmativo, ni una pestaña de su cara oriental asintió. Pero esa quietud de estatua le dio a Eduardo la respuesta que buscaba.

El tren se había detenido en el apeadero. Los ojos del chico se desviaron fugazmente hacia los vagones y se levantó. Sonrió como si le divirtiera la perplejidad de aquel hombre entrado ya en años que, sin embargo, parecía no entender el sentido de lo evidente.

Eduardo lo vio alejándose hacia las puertas abiertas del vagón. Hasta que el tren se puso de nuevo en marcha no se dio cuenta de que el chico había olvidado en el banco el gato chino.

Encontró a Graciela sentada en el vestíbulo de la recepción. Leía una revista de moda a la luz de una lamparita y los reflejos en su rostro le daban un aire de mariposa nocturna. Vestía un pantalón tejabo bastante desgastado y una camisa de manga corta arrugada con una pequeña mancha de café seca en el cuello; con las piernas cruzadas balanceaba en el aire el zueco de un pie. Al ver entrar a Eduardo, alzó el mentón puntiagudo y dejó la revista a un lado.

—Te estuve esperando para tomar nuestro café.

Eduardo se ajustó innecesariamente el cuello de la camisa. El recuerdo del pecho amputado de Graciela lo turbó.

—Lo siento. Olga me pidió que fuera a verla a la galería. Quiere que haga una serie de bocetos sobre gente anónima de Madrid. —En el mundo de ficción que había inventado para los demás, Eduardo todavía era un pintor de cierto renombre que trabajaba preparando una monográfica que pensaba exponer en una de las galerías de Olga. Era una mentira lo suficientemente creíble para sostenerse si no le hacían demasiadas preguntas.

—¿Has cenado? Puedo prepararte algo. No me apetece cenar sola, y tú tampoco deberías acostarte sin algo caliente en el cuerpo —le abordó ella, casi sin darle tiempo a meditar.

Eduardo procuró ser amable. Graciela no le interesaba en absoluto, no tenía intención de convertirse en uno más de sus fracasos. Pero no había necesidad de ser sincero. A veces la verdad no es más que una excusa para ser brutal.

—Estoy muy cansado, y solo quiero tumbarme en la cama. —En realidad, estaba pensando en la botella a medio vaciar sobre la cómoda de su habitación—. Tal vez otra noche.

Graciela se frotó la frente con aire de agotamiento. Tenía el pelo muy corto, con restos de tinturas que ya decoloraban en las raíces, intuyendo las canas que pretendía ocultar. Suspiró, inflando su nariz con pequeños derrames rojizos.

—Has estado bebiendo otra vez, ¿verdad? Así no vas a solucionar lo que sea que tienes que solucionar —dijo lacónicamente.

Eduardo no tenía ganas de discutir con Graciela, de modo que intentó cambiar el tercio.

—Y Sara, ¿cómo está?

—No ha pasado muy buena noche, pero ahora duerme. Es curioso, pero lo primero que me ha preguntado al levantarse esta mañana ha sido por ti. No entiendo la razón, pero la verdad es que te ha cogido cariño. Deberías pasarte por casa más a menudo.

Eduardo asintió. Él también sentía algo parecido al cariño por la hija de Graciela. Tenía trece años, uno menos que Tania cuando murió.

—Dale esto cuando se despierte.

—¿Un gato de la suerte chino? —preguntó Graciela, sorprendida.

Eduardo se encogió de hombros.

—Un tipo de lo más raro se lo ha olvidado en el metro. He pensado que le gustaría a Sara.

Graciela observó la figura sin demasiado interés.

—Supongo que sí; a los dos os gustan las cosas extrañas... Si cambias de opinión, pásate por casa.

Eduardo no iba a cambiar de idea. Los dos lo sabían.

Capítulo 2

La sala de exposiciones estaba en los bajos de un edificio antiguo. Flotaba en el ambiente un olor a ceniza mojada y muebles viejos. Apenas había gente curioseando entre las obras que se mostraban. Olga deambulaba sin prestar verdadero interés a ninguna de las pinturas. A lo sumo, apretaba un poco los labios con cierta curiosidad cuando alguna llamaba su atención, que, por otro lado, parecía bastante dispersa.

«¿Dónde coño estás, Eduardo?», se preguntó. Se suponía que él era el artista y que debía estar allí. Cuando por fin lo vio entrar, con treinta minutos de retraso, le lanzó una mirada con un punto de irritación y de asombro. Eduardo había aparecido en mangas de camisa y no se había afeitado. Traía el pelo revuelto y unas ojeras parecidas a dos simas abismales.

—Menuda cara llevas. Y además, llegas tarde.

—¿No es eso lo que hacemos los borrachos? —respondió Eduardo con sorna. Solo se permitía la ironía con su marchante.

—Deja ese aire doliente conmigo, por favor —lo regañó Olga, expulsando una bocanada de aire por la comisura ahuecada de los labios como si estuviese fumando.

A ciertos hombres podía llegarles a causar inseguridad o desagrado que una mujer fuese demasiado inteligente, demasiado hermosa y segura de su belleza. Olga concentraba todos esos temores masculinos. Medía más de metro ochenta y bajo los pantalones ajustados se intuía un cuerpo de caderas estrechas y piernas con fuertes cuádriceps. Una chica deportista con aire de suficiencia y cierta masculinidad. Ese aspecto hombruno creaba en los que no la conocían el prejuicio de que era lesbiana. Era una morena de ciencia ficción, tenía una expresión algo robótica acentuada por un corte de pelo muy corto, casi rapado en la nuca y largo flequillo que le cubría los ojos, cuyo color variaba con la luz entre el gris y el azul. Mostraba ese gesto hierático y un punto irritable que tienen los que son poco resistentes a la frustración. En general, causaba la impresión de ser alguien lejana.

Eduardo miró al público que curioseaba entre las pinturas. Apenas eran media docena de ociosos que habían buscado refugio de la lluvia y entretenían la espera mientras amainaba.

—Tal vez no haya sido buena idea que me contratases para esto. No parece que mis cuadros despierten mucho entusiasmo.

Olga frunció el ceño.

—Ha pasado mucho tiempo y la gente necesita que le recuerden quién eras.

Eduardo se contempló las manos como si alguien se las hubiera cosido a las muñecas. En algún momento del pasado sus dedos y su mente se habían separado para siempre, como si se hubiera producido un cortocircuito en su interior.

—Lo mío ahora son los retratos al por mayor, Olga. Cobro por pieza y tú los

vendes en las grandes superficies. Eso soy, un fabricante de churros en cadena.

Por alguna razón, Olga seguía empeñada en devolver a Eduardo a un estadio de su vida que no iba a regresar nunca.

—Todavía llevas dentro la necesidad de volver a crear algo importante.

No era cierto. Su tiempo había pasado. Y aquella exposición de obras recuperadas por Olga representaba el canto del cisne, su último momento de inspiración.

Los mayores críticos quedaron fascinados en su momento con aquellos retratos. Todo el mundo parecía entusiasmado con el descubrimiento de un joven talento que con apenas veinte años era capaz de una obra tan rompedora. Aseguraban no haber visto nada igual. No encontraban en ellos nada tradicional, ni heredado, ni repetido, ni copiado. Todo formaba parte de una mitología personal indescifrable. En aquellos cuadros Eduardo se desnudaba de un modo impúdico, y los nombres delirantes de sus obras así lo testimoniaban. *Demiurgo*: Dios cortándose las venas con una Gillette en un apartamento, frente al golfo de Rosas. *Hipocampo*: un cerebro atravesado con alfileres sobre una palangana frente a un televisor. *Céfiro*: mujer desnuda abismada a un acantilado... Eran pinturas que resultaban desconcertantes, casi tanto como la atracción que parecían ejercer sobre el público entonces, sorprendido por la rotundidad de las imágenes dolientes de los modelos, su visceral dolor reproducido con trazos de carbón gruesos como las sombras de sus miradas, sus cuerpos contorsionados, de un negrísimo deprimente. Todo el mundo se preguntaba de dónde había salido aquel pintor.

Olga señaló un óleo de dimensiones modestas que se exponía en un lugar poco privilegiado, bajo una arcada mal iluminada; una mujer colgando de una soga con la mirada hacia el suelo, donde estaba la silla que había utilizado para auparse a la viga. Daba la sensación de que esa mujer deseaba desesperadamente poner los pies sobre la silla, de que se estaba arrepintiendo de lo que acababa de hacer. En su rostro se notaba el pánico, pero era demasiado tarde. El pintor no estaba dispuesto a salvarla.

—Creo que esta tiene muchas posibilidades. Voy a intentar venderla a una casa de arte inglesa. La encuentran sugestiva. ¿Qué opinas?

Eduardo se concentró en el óleo: la imagen era dramática, y a ello contribuía el uso predominante de los colores ocre, la profundidad que venía de la mirada de la mujer y la torsión del cuerpo. Las emociones que la desesperación y la tristeza convierten en actos irreparables. Un cuadro que no iba a comprar nadie.

—La gente aún se pregunta por qué dejaste de pintar, de repente, sin más. Todavía tienes una mano excepcional, fuera de lo común, muy plástica, muy exacta. Estos cuadros, las imágenes que atrapan, son tan hermosos que resultan...

—¿Repugnantes? —Eduardo terminó por ella la frase con resignación.

—A veces puedes resultar un verdadero fastidio, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

Olga sacó una tarjeta de visita del bolso y se la mostró a Eduardo. El papel era caro y tenía textura rugosa y una caligrafía impresa con arabescos.

—Creo que tengo algo realmente bueno para ti esta vez. Una clienta importante dispuesta a pagar un precio ajustado a tu talento. ¿Te interesa?

Eduardo asintió, pero lo hizo a medias. En realidad, le bastaba con los encargos que tenía para sobrevivir, y no aspiraba a más. Cumplía con esmero pero sin pasión lo que Olga le pedía, entregaba los óleos en el tiempo acordado y no cobraba demasiado, de modo que de una manera u otra se las apañaba.

Leyó la tarjeta. Gloria A. Tagger.

—¿Quién es?

—¿De verdad no la conoces? ¿Ni siquiera te resulta familiar?

Eduardo puso cara de estar en la inopia.

—Es una de las violinistas más prestigiosas del mundo. Y además está casada con el director de cine Ian Mackenzie. Ya sabes, el de la película *Lo que oculta tu nombre*. Un documental sobre la diáspora judía tras la II Guerra Mundial; dicen que lo inspiró la vida de su esposa.

—Lamento decir que la música clásica no está entre mis aficiones. Me basta con mi colección de discos. En cuanto al cine, he estado fuera de circulación demasiado tiempo.

Olga lo miró como si fuese un extraterrestre.

—Gloria A. Tagger se presentó en la galería hace un par de semanas. Ya estaba a punto de cerrar, pero me ofrecí a atenderla. Sentí desde el primer instante una gran fuerza de atracción hacia ella; entró en la galería y se adueñó enseguida del espacio, ¿comprendes? Es esa clase de persona que lo llena todo con su presencia, sin decir ni hacer nada, simplemente con el acto de su voluntad, con clase. Se nota que está acostumbrada a la admiración de la gente desde hace mucho. Cuando le pregunté qué estaba buscando para orientarla dio un vistazo un poco decepcionada al mobiliario y ni siquiera se quiso sentar ni quitarse la gabardina.

—¿Compró algo, al menos?

—En realidad, venía a verte a ti, a tus cuadros, quiero decir. Pidió ver específicamente tus últimos retratos y le mostré algunos todavía sin vender. Los examinó con ojo de experta, aunque no me pareció una profesional. Hizo preguntas acertadas sobre la técnica, el enfoque, y luego pidió ver las fotografías de los modelos reales. Al cabo de treinta minutos dijo que quería contratarte.

—¿Le advertiste que yo ya estoy fuera del mercado? —le recordó Eduardo con un deje sarcástico que apenas encubría la ansiedad de su voz.

Olga dibujó en su rostro una expresión tensa, de espera que no terminaba de culminar.

—Es alguien que puede darte una segunda oportunidad, Eduardo. Desde que

saliste de Huesca no has hecho otra cosa que beber y destrozar tu talento con encargos para gente que no sabría distinguir un Velázquez de una etiqueta de Anís del Mono. No puedes seguir así. Ha pasado demasiado tiempo. Catorce años son suficiente penitencia.

Eduardo no contestó, apartó los ojos y los concentró en algún punto inconcreto. A Olga le resultó difícil leer en aquella mirada desdibujada.

—¿Qué propuesta es esa? —preguntó finalmente, con cautela.

—No me lo dijo, excepto que se trata de un retrato. Se cerró en banda y repitió que solo hablaría contigo. Me dio la tarjeta y le prometí que irías a verla mañana a primera hora.

—¿Por qué le prometiste algo que no sabes si voy a hacer?

Olga sonrió con indulgencia y levantó ambas manos a modo de muro para evitar las presumibles protestas de Eduardo.

—Porque me ha dado para ti un anticipo de lo más convincente. —Abrió un sobre que guardaba en el bolsillo del pantalón y le mostró un cheque sosteniéndolo con dos dedos—. ¿Sabes cuánto dinero es? Una barbaridad, y es solo el primer anticipo.

—¿Has aceptado el dinero? ¿Por qué?

—Porque le he dicho que eras un buen profesional y que fuese lo que fuese que te pidiera estarías a la altura.

—Entonces, le has mentado.

Olga se acercó y posó sus labios en la mejilla blanda de Eduardo. Eran labios fríos y dejaban un poso demasiado espeso de carmín.

—No. No lo he hecho. Eres muy bueno, y vas a demostrárselo a esa zorra forrada de pasta y glamur. Y ahora tengo que trabajar —dijo, alejándose. Un matrimonio de turistas japoneses reclamaba su atención para que les explicase algo acerca de una de las pinturas de Eduardo.

Eduardo alabó el gusto de los nipones. Se habían fijado en el *Paseo a orillas de tus ojos*. Era sin duda una obra hermosa, en la que aparecía Elena paseando cerca de la playa. Se captaba la brisa del mar a través del movimiento del vestido.

Extendió mentalmente los dedos y acarició el recuerdo de una tarde de agosto en Cadaqués:

La tramontana soplaba con fuerza y hacía molesto pasear por la playa y peligroso alejarse de la orilla nadando. El mimbres de una cesta de fruta se enredaba con el olor de los limones, el esparto de las alpargatas con el salitre del mar, el murmullo de las olas con las risas de unos niños jugando a la pelota en la orilla. Tumbada entre las rocas de la cala, Elena paseaba a pocos metros, concentrada en el mar; debía de andar perdida en cualquier parte de ese horizonte que trataba de constreñir en un silencio a veces obstinado. Podrían vivir siempre así, pensaba Eduardo contemplándola; sumidos en esa placidez sin roces, amortajados por el esplendoroso sol, los pinares, la

cala, los silencios cómplices de cada cual en su mundo, sintiendo cerca la protección del otro. Era un deseo imposible en su misma concepción, pero maravilloso de imaginar.

—Eduardo, ¿estás bien? —La voz de Olga lo sacudió como un ácido corrosivo. Estaba junto a la puerta, sostenía el pomo pero no había llegado a salir, con los ojos cosidos a la litografía, que seguía sobre el mostrador, solo que la imagen se había congelado de nuevo y los japoneses habían desaparecido.

No. No estaba bien, pero forzó una sonrisa antes de despedirse.

—Iré a ver a esa clienta, pero no te prometo nada.

Poco antes de llegar al desvío de la carretera secundaria aminoró la marcha. Al lado derecho del arcén asomaban las ruedas de un camión que había volcado. Los neumáticos giraban en el aire y la polvareda aún no se había acabado de dispersar. El accidente debía de haber ocurrido unos pocos minutos antes. Si Eduardo hubiera conducido más rápido, sin duda se habría visto involucrado en el accidente. Las casualidades siempre habían tenido un papel definitivo en su vida.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a un guardia civil de Tráfico.

—¿Es que no lo ve? —respondió de mala gana el agente.

El camión transportaba una carga de cerdos con destino al matadero comarcal. Al volcar, los animales habían quedado atrapados en el amasijo de hierro de las jaulas, otros habían salido despedidos y habían quedado despanzurrados varios metros a la redonda. Pero con todo, lo peor de aquel dantesco espectáculo eran los chillidos de los guarros agonizantes. Sus lamentos eran atroces y se clavaban en el cerebro de Eduardo como cuchillos que le seccionaban los nervios.

—Por el amor de Dios, ¿no pueden pegarles cuatro tiros a esas bestias y acabar con su sufrimiento?

El guardia lo miró con expresión de impotencia.

—Tenemos que esperar que llegue el veterinario de la compañía propietaria. Si los sacrificamos nosotros, lo más seguro es que acabemos denunciados por estropear la *mercancía*.

—Pero eso es absurdo.

El guardia se encogió de hombros con fatalidad.

—Vivimos en un país absurdo.

—¿Cuánto tiempo estará el tráfico cerrado?

El guardia consultó su reloj con negligencia.

—Una hora, puede que dos. —Podría haber dicho un mes, o un año.

Eduardo abrió la guantera y le mostró un papel al agente.

—Busco la urbanización Mayoral, la calle Doctor Ochoa.

El agente lo miró con un leve gesto de sorpresa, apenas un parpadeo que se

tradujo en un poco más de cuidado al hablar y en un gesto algo más formal, un estiramiento repentino de los hombros y del mentón. Los ricos siempre tensan a los pobres, y aunque aquel tipo no parecía un banquero, con esa gente nunca se sabía.

—No está lejos. Si toma ese camino sin asfaltar, acortará por una pendiente con algunos hoyos del campo de golf. Cuando llegue a la garita de seguridad, le indicarán la calle exacta. El problema es que debe ir andando. El camino tiene unos socavones de miedo y con un utilitario como este no llegará. Eso, o espera a que se reabra el tráfico, el desvío asfaltado a la urbanización no está a más de dos kilómetros.

Eduardo calibró su paciencia. No podría soportar el hedor a carne abrasada ni los chillidos agónicos de las bestias ni un minuto más.

—Dejaré el coche a la entrada del camino y subiré andando, gracias.

El guardia asintió contemplando el cielo.

—Si no se espabila, le va a coger la lluvia.

—Me arriesgaré.

Aparcó el coche a la entrada del camino, bastante empinado, y comenzó a ascender dando cortos bufidos, parándose cada pocos metros para recuperar el resuello. No había recorrido ni un tercio del camino cuando empezó a llover. Al principio fue una lluvia cansina e intermitente, lo que animó a Eduardo a seguir, pero minutos después la cortina de agua se hizo tan tupida que por momentos la visión del camino se hacía borrosa o llegaba a desaparecer por completo. Empapado, con el barro metido hasta el hueco de los dientes, se abandonó a la evidencia de que era inútil buscar refugio, de modo que continuó subiendo sin prisas, resignado y ofendido. Sucio y calado hasta los huesos, no iba a hacer una aparición precisamente triunfal ante Gloria A. Tagger.

A duras penas logró llegar hasta la verja de entrada de la urbanización, muy alta y cubierta por hiedra rojiza. Recorrió unos metros hasta encontrar un timbre junto a la puerta principal, donde una señal advertía sobre la ferocidad de los perros guardianes. Entre la hiedra advirtió la lente de una diminuta cámara de seguridad, abriéndose y cerrándose como un ojo biónico que lo escrutaba.

—¿Qué quiere? —ladró una voz metálica a través de un interfono.

—Vengo a ver a la señora A. Tagger, de la calle Doctor Ochoa.

Seguidamente, Eduardo fue sometido a un interrogatorio estricto e inmisericorde bajo la lluvia. Tuvo que facilitar nombre, apellidos, DNI, y dar una somera explicación de cómo había llegado en un estado tan lamentable y sin vehículo alguno. Cuando el guardián invisible pareció tener suficientes datos, le ordenó que esperase. No dijo cuánto, ni qué debía esperar. Y no paraba de llover.

Quince minutos después apareció una mujer de caderas anchas y brazos poderosos bajo un enorme paraguas negro. Traía una camisa arremangada y un delantal que casi le llegaba hasta la caña de las botas de agua.

—¿Es usted el pintor que viene de Madrid? —le preguntó gritando para hacerse oír por encima de la lluvia. Eduardo asintió y la mujer, tras abrir la cancela con un mando a distancia, le indicó que la siguiera.

La urbanización era un campo de golf enorme con bancales, puentes y pequeños lagos artificiales, con onduladas colinas verdes serpenteadas de lujosas y modernas mansiones individuales con muros de piedra. En lo alto de un promontorio aislado se alzaba una vieja casa de campo. No resultaba difícil imaginar que en otro tiempo había sido una casa de labranza, y que probablemente lo que ahora eran campos de golf fueron en origen sus sembrados. Tal vez los antiguos propietarios habían vendido sus tierras a precio de oro durante los años de la especulación.

La mujer condujo a Eduardo hasta una plazoleta de grava rastrillada y una alberca que desbordaba agua con un sonido de tambor. Al fondo se veía una parte de la fachada y unas escalinatas llenas de hojas muertas que conducían a la puerta principal bajo un pórtico de columnas. Bajo la lluvia, la imagen resultaba evanescente como una quimera. Solo el sonido de las gotas cayendo tejía el silencio, dándole consistencia real.

Entraron a la casa por una dependencia anexa que parecía haber sido antiguamente una despensa o una cuadra. El interior era acogedor; una chimenea de grandes dimensiones con las paredes renegridas cobijaba un fuego que quemaba lentamente, dejando ir el silbido de la leña al inflar la corteza de alcornoque y una sensación de calor que resultaba agradable. Un gran espejo sobre el tiro de obra multiplicaba el espacio y la desolada imagen de Eduardo.

—Tengo un aspecto deplorable —musitó.

La mujer lo confirmó sin recato con un movimiento enérgico de cabeza.

—Será mejor que se quite esa ropa o cogerá una pulmonía. Le traeré algo que pueda ponerse.

A pesar de las indicaciones, Eduardo no se atrevió a quitarse la ropa cuando se quedó solo. Se limitó a dejar la chaqueta en una banqueta de forja y examinó la estancia con detenimiento. Cinco minutos más tarde regresó la mujer con una toalla limpia, un par de calcetines de lana y unas botas de montaña de suela gruesa. Traía también un jersey recio de cuello alto de lana azul y unos pantalones de pana desgastada.

—¿Se puede saber a qué está esperando para quitarse la ropa? ¿Qué quiere, morirse de frío? —le recriminó a Eduardo con tono agrio—. Creo que esto le servirá. La ropa es del señor Ian, pero la señora insiste en que la utilice, a él no le molestaría. A mí me parece que le vendrá grande, pero no hay otra cosa. Adecéntese un poco y entre en calor. Ahí a la derecha tiene una pileta si quiere lavarse, y no se preocupe por su ropa, déjela aquí que yo me encargo.

Eduardo no tuvo tiempo más que de musitar unas levísimas gracias. Aspiró el

aroma de la ropa limpia, usada pero de buena calidad, con un suave y agradable tacto, se lavó la cara en la pileta de piedra y se desnudó, dejándose puesta únicamente la muda interior. La ropa prestada le quedaba grande, especialmente el pantalón, muy largo de tiro (el tal Ian debía de sacarle dos cabezas de estatura), pero el jersey resultaba confortable, y cuando se puso los calcetines secos y las botas respiró aliviado. Se vistió con calma y se sentó a esperar.

A los pocos minutos volvió a aparecer la mujer y le lanzó una mirada escrutadora. A juzgar por su expresión, el aspecto de Eduardo con aquella ropa prestada debía de resultar un tanto cómico.

—Eso está mejor —dijo, sin embargo—. La señora le espera arriba. Yo le acompaño.

Cruzaron un vestíbulo grande con muebles de estilo toledano; había algunas esculturas de bronce que descansaban en los rincones sin haber encontrado su lugar todavía. Las paredes estaban decoradas con retratos de rostros desafiantes, de miradas intrincadas y ambiguas. Se teñían de tonos cromáticos muy pálidos creando la sensación de que eran espectros cuyas vidas se habían borrado, quedando sus sombras prisioneras en aquellos marcos de pan de oro.

La mujer caminaba delante a paso rápido, abriendo una sucesión de puertas que daban a espacios igualmente abigarrados. A medida que traspasaba umbrales, el tiempo iba perdiendo su sentido, como si los relojes fueran una herejía intolerable en aquel lugar. Olía a cerrado, a tristeza. Parecía un museo sin vida.

—¿La señora Tagger vive aquí?

—Los señores compraron la casa y todas las tierras hace unos años a un constructor arruinado. Pero prácticamente están todo el año fuera y la casa permanece cerrada.

Eduardo no preguntó más, pero pensó que comprar una casa no te convierte en su dueño. Necesita ser habitada para convertirse en un hogar, y aquella no lo era. ¿Qué sentido tenía comprar una casa y llenarla de obras de arte si no era para vivir en ella? Supuso que la gente como Gloria A. Tagger necesitaba encontrar un lugar que le diera sentido, que la explicase.

Desembocaron en una estancia amplia. La mujer le indicó que esperase y se marchó, dejando la puerta entornada.

La sala era acogedora, sin nada superfluo. Encima de un escritorio había diversas partituras emborronadas y un cubo con lápices de colores. En el extremo opuesto se veía una mampara cerrada por los cuatro costados que creaba un espacio insonorizado. Dentro había una vidriera con banquetas y una mesa de mezclas, varios equipos de audio, altavoces y una pantalla de ordenador apagada. Todavía humeaba un cenicero, como si alguien hubiese estado allí trabajando hasta muy poco antes.

Un cuadro de grandes dimensiones frente a él llamó especialmente su atención.

No se trataba de un retrato corriente, sino más bien de una escena pintada al óleo teñida de una ambigua violencia. Una mujer miraba en dirección a un jardín del que solo eran reconocibles algunas ramas de mirto y de naranjo, y había en sus ojos estrechos una acuosa irritación y un profundo cansancio, tal vez fruto del embarazo que se adivinaba bajo su mano apoyada en el vientre. A la derecha, su esposo le dirigía una mirada hierática, como si el embarazo de la mujer fuese un pecado que ella debía purgar y que él perdonaba con desagrado.

—¿Conoce ese cuadro? —dijo una voz a su espalda.

Eduardo se volvió.

Parpadeó como si le deslumbrara el sol. Tardó unos segundos en darse cuenta de que aquella mujer era la misma del Parque del Retiro. Pero, en realidad, y eso era lo sorprendente, parecía otra dimensión distinta de la anterior, un desdoblamiento de la misma imagen.

Sin embargo, ella no dio muestras de reconocerlo.

—Soy Gloria A. Tagger —se presentó—. ¿Le ocurre algo? Se ha puesto pálido.

—No, no; estoy bien.

—¿Le gusta? —preguntó Gloria, señalando con displicencia el cuadro, acercándose despacio hasta que su hombro rozó el de Eduardo. Vestía un suéter de cuello de cisne de color marengo que le ceñía el busto como si lo tuviese esculpido. Bajo su ropa transpiraba el aroma de un copón de perfume delicado, algo que él no supo distinguir pero que enredaba los sentidos. Su silueta era de una delgadez extrema y le temblaban los dedos entre los que sostenía un pitillo.

—*Los esposos Arnolfini*, de Jan van Eyck. Realmente, la flamenca es una pintura hermosa, pero nunca ha logrado emocionarme —admitió Eduardo.

—Yo detesto este cuadro particularmente —secundó Gloria, y su mirada se concentró en el rostro un tanto perplejo de Eduardo, como si pudiera radiografiarlo por dentro. Aquella mujer hablaba con los ojos, y sus breves parpadeos eran los puntos y las comas.

—Puede que el motivo de que le disguste es que *no transmite* nada bueno. Fíjese en la mujer: su vida es una tragedia, una mediocridad que atrapa su mente, su anhelo de ser libre como libres habían sido sus actos durante un tiempo, posiblemente antes de quedarse embarazada. Observe cómo mira al jardín que se vislumbra tras la espalda del esposo. Soportar la existencia entre esas paredes, en medio de los ruidos y sonidos cotidianos sin participar de ellos, recluida como una monja, sometida por la gravedad de las rutinas a la hora de desayunar, asearse, dormir, debe de resultarle por momentos insoportable. Examinemos ahora al esposo: tiene mirada de demente, tal vez sospecha que ese hijo no es suyo. Que ella lo ha engañado. Puede que esté cavilando cómo hacerle pagar esa afrenta. Cada detalle resulta turbador de tan conciso: la doble puntilla en el pañuelo sobre la cabeza de la esposa, los anillos en los

dedos anular e índice por encima del nudillo, los pliegues de la camisa negra del esposo, la sensación de incomodidad de la pelliza que ambos visten, los colores terrosos y opacos de los místicos, el estoicismo cadavérico y al mismo tiempo sugestivo de sus caras.

Gloria observó con mal disimulada admiración a Eduardo.

—¿Usted pinta los retratos o los escribe?

Eduardo sonrió.

—Tal vez no esté tan lejos el pincel de la pluma como se afirma.

Junto al alféizar de la ventana había dos butacones y, en medio, una mesita camilla con una cafetera, dos tazas y un jarrito de leche de cerámica que humeaba. Gloria lo invitó a sentarse.

Fuera seguía lloviendo y dentro de la habitación la temperatura rozaba el frío a pesar de que en alguna parte debía de haber un radiador encendido. Gloria sirvió el café y los dos lo tomaron en silencio; ella sonreía y se mostraba afable, sus modos eran suaves, pero, en realidad, parecía no estar allí; era como si la sonrisa y su mirada fuesen los restos estáticos de una presencia sin alma, como la primera vez que Eduardo la vio sentada frente al Palacio de Cristal.

—Si no es una indiscreción, ¿qué le pasó en la pierna?

Eduardo se quedó un segundo pensativo, buscando las palabras.

—Un accidente de tráfico.

Gloria lo miró sin que sus ojos traslucieran emoción alguna. Durante unos segundos su rostro permaneció alerta, como si esperase que Eduardo añadiese algo a aquella frase, que, sin ser falsa, era incompleta. Pero él no dijo más y el rostro de Gloria se relajó con una sombra de decepción.

—¿Le duele ahora?

—En realidad, sí, aunque los médicos aseguran que solo es un dolor somático. — Él no estaba tan seguro. Se suponía que las terminaciones nerviosas estaban muertas y que no debería sentir nada, pero no era cierto. Al tocarse la cicatriz casi podía conectarse con el mismo dolor horrible que sintió al destrozársela.

Gloria miró unos instantes las manos de Eduardo apoyadas en las rodillas, sin decir nada. Depositó la taza de café en la mesita con cuidado, desvió un momento su hermoso perfil hacia un pequeño *bureau* francés con un tocadiscos y volvió a mirar a Eduardo.

—¿Le importa que ponga música? Me ayuda a pensar y a relajarme. — Sacó un vinilo de su funda con delicadeza, sosteniéndolo por los lados con cuidado de no tocar con los dedos las pistas. Hizo descender la aguja sobre el disco y permaneció unos instantes contemplando cómo giraba, dándole la espalda a Eduardo, hasta cerciorarse con un asentimiento de que efectivamente el aparato funcionaba cuando emitió las primeras notas. Bajó el volumen del aparato hasta dejar la melodía

reducida a un leve y agradable rumor de fondo.

—¿Le gusta? Es el *Concierto opus 26 para violín en sol menor*, de Bruch.

Eduardo escuchó algunos compases con la mirada entornada. Le pareció una melodía profundamente romántica y al mismo tiempo alegre.

Gloria le tendió la funda del vinilo. En ella aparecía una chica joven de medio lado sentada en un taburete con las piernas cruzadas. Una mano descansaba sobre el muslo sosteniendo un violín, la otra se tocaba como sin intención un fino collar dorado con un escapulario.

—Es usted.

—En realidad, somos personas diferentes en una misma vida, ¿no le parece? Esa de la portada no soy yo, solo mi cuerpo que pertenecía a otra Gloria veinte años más joven. Fue una grabación especial para la Orquesta de Budapest. La verdad es que yo tenía veinte años y no debería haber aceptado el reto, no estaba preparada, pero, por supuesto, tampoco lo estaba para reconocerlo y actuar en consecuencia.

—La música clásica no es mi fuerte, pero diría que es una pieza soberbiamente interpretada.

Gloria sonrió con indulgencia.

—Escúchela a fondo. En cada creación el artista se deja un pedazo de su alma. Pues si busca el mío aquí, sencillamente no lo encontrará.

A Eduardo le costó adentrarse en la espesura de aquella pieza que por momentos era sólida como una piedra y en otros compases se tornaba líquida como el goteo de la lluvia sobre el cristal de la ventana. Empezaba con un *allegro vivace*, luego seguía un largo interludio y poco a poco se iba diluyendo sin estridencias. Tal vez sí percibía una ligera irritación en la violinista, como si no se sintiera cómoda, o como si los compases de la partitura estuvieran continuamente a punto de sobrepasar sus cualidades, poniendo estas a prueba una y otra vez. No obstante, a medida que avanzaba la pieza, la mano de la intérprete se iba haciendo menos evidente, se relajaba y se dejaba arrastrar hacia otro mundo, perdiendo conciencia de sí misma hasta que la pieza tocó a su fin.

Gloria quitó el disco con cuidado, como si fuese un bebé recién parido, le pasó un paño por la superficie y lo introdujo en la funda.

—¿Y bien?

—Creo que la entiendo —dijo Eduardo, al tiempo que observaba el movimiento rotativo del pitillo que Gloria sostenía entre los dedos índice y corazón. Cada gesto de aquella mujer parecía contener algo diferente a cualquier otra que él hubiera conocido. Era como si ella interpretase una danza sutil que terminaba aquietando la voluntad de los demás.

—¿En serio? —Gloria extendió sus preciosos dedos y los contempló al trasluz, como apéndices surgidos de la nada que pudiera tocar a través del aire la melodía—.

Me gano la vida con la música, pero nunca he dejado de sentirme una impostora; me adueño de lo que no me pertenece y violento con mis deseos la creación de otros. Jamás he compuesto una sola partitura.

—Mi marchante me ha dicho que quería proponerme un encargo; algo especial.

—*Algo especial*, es un modo de decirlo, desde luego.

—He visto el cheque que me ha dado como anticipo. Es mucho dinero, e intuyo que usted ya sabía al extenderlo que yo no me dedico ya como profesional a la pintura.

—Lo sé.

—Entonces, si ya sabe que hace tiempo que dejé de ser un pintor de referencia, ¿qué espera de mí?

Gloria no contestó a eso, no con palabras al menos. Se limitó a compartir una mirada profunda y aquietada en silencio. Luego se levantó y abrió el cajón de una cómoda, sacando una fotografía bastante reciente. La contempló un instante y le brillaron los ojos.

—Este es mi hijo. ¿Qué le parece?

Eduardo examinó la fotografía que ella le tendió.

La mayoría de la gente se cohíbe ante la cámara, su rostro se embalsama, se vuelve duro como una coraza en la que rebota la luz o bien se descompone con una sonrisa absurda, casi infantil; queda demasiado forzada e irreal. Pero el caso del chico de la fotografía era distinto. Sin ser tan hermoso como su madre, destilaba un aire de certidumbre que enamoraba a la cámara. En la fotografía existía una tensión visible, un duelo entre el objeto y el objetivo, una lucha por ver quién se apoderaba de quién. Y de esa tensión había surgido aquella imagen de un joven de pelo castaño, bastante más delgado de lo que una presencia saludable aconsejaría, un tanto desgarrado, como si hubiese crecido de manera disfuncional, con los brazos largos y las piernas huesudas, embutido en una trenca de color caqui con el cuello deshilachado y un parche del «Walk of Life» de Dire Straits en el hombro derecho, y con unos pantalones tejanos desgastados, con los pómulos asomando como montañas picudas coronadas con cuatro pelos que nunca conseguirían parecerse dignamente a una barba cerrada, por mucho que se empeñase en no afeitarse.

—Un joven muy atractivo, sin duda.

Gloria recuperó la fotografía y sus pupilas titilaron como el reflejo de una llama en el cristal.

—Tenía diecisiete años, y era un joven brillante, con un futuro prometedor. Murió hace cuatro años.

Cuatro años atrás, los informativos de radio alertaban a los conductores que circulaban cerca del Palacio de Oriente que algunas calles habían sido cortadas a

causa de un aparatoso accidente de tráfico; un vehículo Mercedes se había estampado contra el escaparate de una tienda de ropa de novios. La policía municipal impedía el paso mientras llegaban más ambulancias y coches de bomberos. El conductor que había causado el accidente apestaba a alcohol. Parecía aturdido y sangraba con abundancia por una brecha abierta en la frente, pero estaba fuera de peligro. Un bombero cortaba la plancha del techo del vehículo con unas pesadas tenazas hidráulicas mientras un médico del SAMUR le colocaba con cuidado un collarín, sujetándole la cabeza como si estuviera manipulando un valioso jarrón de porcelana de la época Ming o un barreno de nitroglicerina. Un maniquí vestido de novio sobresalía entre los cristales del escaparate con medio cuerpo fuera y la cabeza rota, descoyuntada sobre el hombro, a la que se le había caído la peluca. De lejos causaba un efecto muy real. Había ropa por todas partes, encima del capó del coche, en los charcos de la acera. Vestidos de novia, chalecos brillantes con botones acolchados, pantalones de pinza fina, americanas con los respuntes por coser.

Debajo del coche asomaban los pies de alguien. Había perdido un zapato y el pie desnudo se mojaba con la lluvia. El coche le había pasado por encima y lo había aplastado entre la carrocería y el asfalto. El joven balbuceaba algo, mirando al conductor que estaba siendo llevado en camilla hacia una ambulancia, pero solo lograba escupir borbotones de sangre.

Detrás de aquella escena, a unos pocos metros, en medio del paso de peatones, un policía municipal se arrodillaba frente a un pequeño bulto tumbado boca arriba. El cuerpo del policía impedía a los curiosos distinguir qué era aquel volumen. De lejos parecía un perro de tamaño mediano. Pero ningún policía le haría el boca a boca a un perro ni trataría desesperadamente de reanimar su corazón con un masaje cardíaco. Algunos testigos se llevaron la mano a la boca con gesto de consternación cuando el policía, con la cara desencajada, se resignó y pidió enseguida una manta térmica para cubrir aquel bulto. Un golpe de aire levantó la manta desvelando el rostro pálido, como dormido, sin violencia alguna, de una niña de apenas seis años.

Un equipo sanitario trasladó el cuerpo del joven atrapado a una ambulancia. En el suelo quedó una mancha pardusca de sangre y un zapato roto.

Alguien preguntó si el muchacho estaba grave. Dijeron que estaba muerto, como la niña.

Los dos, muertos.

Cuando le dieron la noticia por teléfono, Gloria dio las gracias educadamente, con voz alejada de lo que acababa de oír, como si no hubiese comprendido bien, pero sin atreverse a pedir explicaciones. Se quedó sentada en el borde de la cama, mirando sin mirar el teléfono en la mesita, antes de colgar en la horquilla el auricular a cuyo otro extremo solo quedaba un zumbido intermitente. La mirada, aturdida y desconcertada, se quedó enganchada en la cesta de fruta sobre la mesa de la cocina que veía desde la

puerta entreabierta del dormitorio. Luego se acercó a la ventana, perpleja, porque todo el cuerpo se había puesto a temblar de repente, porque le costaba tantísimo mantenerse en pie, como si todos los huesos se hubiesen hecho añicos al unísono. Contempló la calle peatonal, la gente arriba y abajo, el murmullo lejano del tráfico, el cielo encapotado, los tejados brillantes rezumando lluvia. Como otro día más, un día cualquiera. Y, de pronto, todo la dañó terriblemente. Absolutamente todo.

—Perder a un hijo es como que te amputen una parte de tu cuerpo, una parte fundamental que a pesar de haber desaparecido sigue doliéndote como si siguiera dentro de ti. Como el dolor somático que siente usted en las terminaciones necróticas de su rodilla. Seguro que sabe de lo que le hablo.

Gloria comprobó el efecto de sus palabras en Eduardo y dejó que estas bajasen hasta el fondo de su entendimiento para emerger en un titubeo.

Eduardo tuvo la sensación de que se encontraba muy lejos, y que pasase lo que pasase nunca estaría mucho más cerca de aquella mujer de lo que ahora estaba. Dos soledades que chocaban para volverse a distanciar. Aunque resultaba absurdo, ese presentimiento lo entristeció.

—Lo lamento mucho.

Gloria cerró los ojos, y al abrirlos fue como si le hubiese explotado la barriga por dentro. En ese preciso instante.

—¿Lo lamenta? ¿Es cuanto tiene que decir, Eduardo?

—¿Qué otra cosa puedo decir?

De repente la mirada de Gloria se volvió cortante como el sílex.

—Sinceramente, esperaba que entre nosotros no fueran necesarias tantas palabras.

—¿A qué se refiere?

—He hecho algunas averiguaciones. Usted perdió a su mujer y a su hija hace catorce años en un accidente de tráfico, también... Somos muertos vivientes. Por eso le he pedido que venga, por eso quiero encargarle un retrato, uno que solo usted puede hacer.

Eduardo palideció y se acarició la nuca.

—Realizar con honestidad el retrato de una persona que ya no está es como pintar un paisaje que se recuerda. No es el paisaje, solo un espejismo adulterado por la memoria.

Gloria fue hasta un cajón y le mostró el recorte de un periódico económico de cuatro años atrás. En la página venía la fotografía de un ejecutivo apuesto, de anchos hombros y una abundante cabellera pelirroja.

—No es a mi hijo a quien quiero que retrate, sino a su asesino.

Capítulo 3

Junto al cabezal metálico de la litera de su celda, Arthur tenía pegada con celo una fotografía de su viaje de novios. Dos jóvenes enamorados, abrazados y sonrientes con esa risa tonta y entregada de quien está dispuesto a creer en las locuras del corazón, cuando la alegría era un mundo abierto a las esperanzas, al futuro.

El futuro: algo que se había detenido sin llegar.

Arthur, con veinticinco años, alto, firme, con su cabellera pelirroja batida por el viento, dejando entrever a través del flequillo sus ojos de cuarzo. Y Andrea, casi diez años mayor, pero todavía sin que la edad fuese una barrera entre ellos, con la cabeza echada hacia atrás, soltando una carcajada por algo que Arthur ya no podía recordar. Era divertido en aquel tiempo, sabía hacerla reír, sentirse bien. Ella le aferraba el brazo con fuerza para no dejarse caer por el vértigo de lo que debía de parecerles un sueño.

El futuro: los sentimientos que crecen, que enferman, que basculan.

Arthur se preguntaba qué clase de sentimientos albergaba todavía hacia su esposa. En aquella instantánea feliz nada se decía de los secretos que un ser amado esconde al otro, las cosas que nunca quiso compartir con ella. No todo puede ser dicho, deben existir esas regiones tenebrosas en las que nadie más que uno mismo puede penetrar. Al final, la suya fue una relación que solo sobrevivía gracias a las periódicas distancias de uno y otro y a los silencios. Sin Aroha, lo único que los mantenía unidos, su relación había terminado por romperse.

De fondo se adivinaba Argel «la blanca», con sus brillantes edificaciones de la *casbah* vistas desde el mar. Por contraste, el mediterráneo parecía de un azul añil. Arthur añoraba los hibiscos, los rosales, las magnolias de su casa de Bab el Oued con su fachada encalada y las contraventanas de madera pintadas de azul. Era pequeña e incómoda, pero tenía a cambio unas hermosas vistas a una parte del puerto sobre un promontorio, y, en la parte trasera, disponía de un rincón cerca de un eucalipto donde pasaba las horas leyendo y escribiendo poesía. A veces no hacía nada, solo se recostaba en el tronco durante horas enteras con la mirada perdida, y si alguien lo interrumpía, él se volvía con algo errático en la expresión, un desconcierto y una soledad que asustaba.

Arthur no era un hombre fácil de entender. Tenía una expresión de desvalimiento permanente, como si el ser el pequeño de cuatro hermanos le hubiese dejado las secuelas de los hermanos con los que nadie se preocupa de crecer o jugar y que deben aprender a buscarse la vida. Su pelo frondoso y recio, como sus cejas pelirrojas y el matiz de barba que asomaba bajo el mentón, eran herencia de su padre, del que apenas tenía recuerdos. Pero no solo había heredado de él un parecido físico casi exacto. También su carácter.

Arthur era un *pied noir* , un europeo nacido en Argelia apenas unos meses antes de la firma de los Acuerdos de Evian, con los que De Gaulle devolvía la independencia a los argelinos y entregaba el poder al FLN. Una traición imperdonable para su padre, francés de origen español. Los abuelos de Arthur se habían instalado en Francia a mediados de 1938 tras el colapso de la Segunda República Española, huyendo del ejército franquista. Allí, en Argelès, nació Luis Fernández, el padre de Arthur, quien celebró con una bandera francesa en una mano y la española en la otra cómo su padre tuvo el privilegio de ser el primero en entrar en los Campos Elíseos con el carro artillado *Guadalajara* , todos los tripulantes españoles, en la liberación de París.

Años después, como teniente en los paracaidistas del general Massu, el padre de Arthur estuvo en primera fila en la batalla por Argel entre 1956 y 1957. Una guerra sucia e innombrada en la que los ataques terroristas del FLN contra civiles y militares eran contestados con la tortura y las ejecuciones sumarias a cargo del general Massu y sus hombres, y que cambió para siempre el carácter de su padre. Cuando De Gaulle entregó la *provincia* (para su padre, como para muchos otros franceses, Argelia nunca fue un protectorado como Marruecos, sino una provincia más de la V República), el teniente Fernández se unió a los golpistas de la OAS y pasó a la clandestinidad bajo las órdenes del general Salan.

Arthur recordaba su niñez corriendo descalzo por las callejuelas laberínticas de la alcazaba, los tres relojes, los puestos de fruta y los talleres del mercado de la Triada, y las puertas del palacio del Dey, sus correrías en el viejo puerto artificial entre los mercantes de bandera francesa que cada día abastecían la ciudad; no importaba adónde fuera, a pesar de que él había nacido en una Argelia independiente, las siglas de la OAS se veían por todas partes, y durante años no fue infrecuente que estallara por los aires un mulo cargado de explosivos en medio de una aglomeración o que cualquier viandante cayera asesinado en la plaza de los Mártires por un disparo en la nuca obra de los disidentes, muchos militares como su padre, o de los sicarios corsos y mafiosos contratados por el gobierno para eliminarlos, los temibles *barbouzes* . Arthur recordaba haber visto cómo ametrallaron desde un coche en marcha a un funcionario cuando volvía de la oficina principal de Correos, abatido junto al minarete de la mezquita Jamaa el Jedid. Antes de morir, aquel funcionario escribió con su propia sangre en la fachada impolutamente blanca de la mezquita: «Francia nunca abandonará a sus hijos». Tal vez Francia no, pero el padre de Arthur dejó a su familia completamente desamparada. En 1964, cuando él apenas tenía dos años, la policía lo detuvo y lo expatrió a Francia para cumplir una condena de prisión por terrorismo.

Nunca volvió a verlo.

Años después, en el viaje de boda con Andrea, de vuelta a la vieja casa de Bab el Oued, Arthur visitó la mezquita. Argel había cambiado, el puerto se había

ensanchado, el viejo pueblo de Kouba había sido absorbido por la expansión de la ciudad y por todas partes crecían urbanizaciones residenciales, casas y villas. Su viejo distrito se extendía desde la *casbah* más allá de la puerta del río, y aunque todavía conservaba algo del estilo colonial, había perdido buena parte de su esencia, convertido en el barrio más *chouchonté* opreciado de la capital. La mezquita había sufrido reformas, y el boulevard estaba ahora cubierto de frondosas madejas de flores, fuentes y altas palmeras. Otras pintadas, más recientes y que unos operarios se afanaban en sepultar bajo una gruesa capa de cal, habían suplantado la sangre de aquel funcionario en el muro de la mezquita; el enemigo ya no era la OAS, sino Al-Qaeda del Magreb o cualquier otro grupo terrorista. Cambiaban las siglas y la sangre que salpicaba los muros de la mezquita, pero Argel continuaba sangrando como siempre.

Pero, al mismo tiempo, Argelia era un país lleno de oportunidades para quien sabía aprovecharlas, y él había sabido hacerlo.

Arthur se había enriquecido gracias a la producción del gas y del petróleo. Argel era ahora la ciudad de los hombres de negocios, los hoteles de lujo, el Liceo Francés y las amistades que llevaban a sus hijos a las escuelas turcas, egipcias y saudíes, la vida nocturna de cabarés y discotecas privadas cuyas puertas eran guardadas por policías fuera de servicio que se sacaban un sobresueldo haciendo las veces de guardaespaldas o chóferes ocasionales, las playas privadas en el Club de Pins o en Moretti. Las grandes recepciones, los hombres importantes que lo buscaban para obtener favores, las mujeres que trataban de seducirlo, los paseos en coche descapotable. Un lugar donde perderse para encontrarse mejor.

Para su compañero de celda, en cambio, esa ciudad era otra muy distinta. Ibrahim lo escuchaba hablar de las maravillas de Argel con una mueca de incredulidad. También era argelino, y el paisanaje los predisponía a una cierta complicidad, pero Ibrahim había nacido en Annaba, nada que ver con los hombres de negocios de Argel. La ciudad que él conocía era una especie de mancha industrial que iba devorando los viejos barrios y pueblos, al tiempo que permitía que se derrumbasen lentamente las casas centenarias del centro histórico, abandonándose en las garras de los especuladores, mientras los ricos se desplazaban a las urbanizaciones de El Sahel. Una ciudad triste, caótica y a la vez nostálgica. Pero también el lugar de las *bouqalates*, la música *chaabi* y los juegos de proverbios intercambiados entre los ancianos de Dar el Djiren. El padre de Ibrahim había sido uno de los mejores intérpretes sufíes vivos de flauta turca de caña, o *ney*. Su fama en el mundo árabe tuvo en un tiempo pretérito parangón con la de cualquier otra figura del pop en Occidente. Las grabaciones con el principal instrumento de la música sacra de los *mevlevi*s sufíes sonaban a veces al atardecer en la celda, y los pasillos silenciosos del módulo se llenaban de aquel sonido, derramando lágrimas desgarradoras en el

hombre más duro de la cárcel.

De aquella suma de contradicciones nació algo parecido a la amistad entre ambos hombres. Arthur no pertenecía a la cárcel. Estaba solo de paso, y eso era evidente en todo lo que hacía o decía allí dentro. Conocía las reglas, y las respetaba siempre, pero no procuraba ganarse el favor de guardias o presos. Su persona de confianza, Diana, estaba haciendo un buen trabajo fuera, solo era cuestión de aguantar un poco más sin complicaciones; el indulto, le había dicho el abogado que ella había contratado para la petición, llegaría en cuestión de semanas. No era mucho tiempo, pero después de tres largos años cada minuto de espera se hacía eterno.

Su único punto de apoyo era Ibrahim. Una vieja cicatriz atravesaba de parte a parte la cara de su compañero de celda, partiéndole en dos el ojo izquierdo, lo que le confería a su rostro un aspecto terrorífico, que no se correspondía con sus modales siempre exquisitos y discretos. Ibrahim era uno de los pocos hombres que, por encima del miedo, contaba con el respeto de los demás reclusos. Arthur lo admiraba. A condición de que no hablaran de política, Ibrahim lo protegía de los demás presos. No pedía nada a cambio, lo hacía por alguna razón que solo él podía comprender.

—Tienes que volver con tu esposa —respondía lacónicamente cuando Arthur le preguntaba la razón por la que lo ayudaba.

Sin embargo, su sombra no era lo suficientemente alargada como para proteger a Arthur de todo mal.

Aquella noche, en el comedor comunitario, Ibrahim apenas alzaba la cabeza del plato. El menú consistía en un puré de calabacín y, como segundo, una fuente con carne de ave sazonada con una salsa espesa y gustosa. Arthur cenaba con apetito, pero Ibrahim se limitaba a beber agua, observando con desagrado los platos llenos que los otros presos de la mesa rebañaban.

—No has hablado en toda la cena, y tampoco has probado bocado. ¿Qué te está rondando por la cabeza? —le preguntó Arthur.

Ibrahim esbozó una sonrisa triste que mostró el hueco carcomido de una encía enferma entre dos dientes amarillentos que no tardarían en caerse. Tenía la dentadura de un bucanero y no solía sonreír. Cuando lo hacía, su aspecto temible se multiplicaba.

—A medida que uno envejece come menos, duerme menos y, en definitiva, vive menos. El único placer que nos queda a los viejos es la música, y aun esta se va alejando de nuestro entendimiento muy lentamente.

A pesar de sus palabras, Ibrahim distaba mucho de ser el hombre desvalido y piadoso que fingía ser. Tenía casi sesenta años, pero conservaba un cuerpo fibroso, ágil y duro como una vara de bambú. Nadie sabía a ciencia cierta demasiado de él, corrían bulos y leyendas que no se esforzaba en corroborar o desmentir, y eso

aumentaba el misterio que lo rodeaba. Se le tenía por un hombre tranquilo, sin vicios y casi ascético, no se relacionaba demasiado en el patio con los otros internos y no se metía en líos. Sin embargo, Arthur lo había visto pelear en las duchas. Un preso más joven había intentado clavarle un pincho casero por una disputa turbia relacionada con los códigos carcelarios.

Tal vez el joven se había sentido ofendido por una simple mirada o un desprecio que en la calle apenas habría tenido importancia, pero en la cárcel todo era extremo, y probablemente el recluso quisiera ganar ascendente ante los demás enfrentándose a Ibrahim, que era respetado y viejo, lo que debió de hacerle creer que era presa fácil. No tardó mucho en comprender su fatal error: Ibrahim lo desarmó con las manos desnudas con una facilidad asombrosa, lo derribó con un fuerte rodillazo en los testículos y le golpeó la cara contra el suelo de cemento hasta que los presentes vieron cómo saltaban por los aires varias piezas dentales del desgraciado. Ibrahim podría haberlo matado allí mismo, con una frialdad absoluta. Si no lo hizo no fue porque alguien se atreviera a intervenir, sino simplemente porque no quiso.

Mientras hablaba aquella noche en el comedor, Ibrahim prestaba solo la mitad de su atención a Arthur; la otra mitad la repartía entre las personas y los objetos que lo rodeaban y, por momentos, su mirada era la de un merodeador sin una intención clara. De pronto, se levantó con dificultad, apoyando las manos en las rodillas. Se tambaleó débilmente y Arthur pensó que iba a perder el equilibrio, pero logró estabilizarse. Le gustaba simularse indefenso.

—Será mejor que te prepares; el Armenio ya está aquí —dijo entre dientes, arrimando la boca al oído de Arthur. Su aliento apestaba a encías enfermas.

Arthur lanzó una rápida ojeada hacia el extremo del comedor.

—Son muchos.

Ibrahim asintió. Hizo un recuento rápido de los hombres que tenía enfrente y calculó que sus posibilidades de salir ilesos del pequeño comedor del módulo serían más bien escasas si los esbirros del Armenio se decidían a atacarlos. Disimuladamente, buscó el tacto familiar de la empuñadura de un pincho casero que se había hecho en la celda y que siempre guardaba en la parte interior del pantalón. No era mucho, pero tal vez, si lograba cortar con fiereza a los primeros, los demás retrocederían, dándoles la oportunidad de escapar. Sabía cómo usar un arma blanca. Conocía el modo en que hay que girar la empuñadura con un movimiento rotatorio para lacerar la carne sin arrancarla ni provocar demasiados desgarros. Lo sabía porque lo había experimentado en su propia piel. Sus recuerdos de niñez y adolescencia estaban preñados de gritos que así lo corroboraban. El recuerdo de aquellos gritos tensionó todos sus músculos, preparándolo para la lucha.

El Armenio permanecía sentado entre sus hombres, como una especie de César de

mirada maligna protegido por su cohorte de guardias pretorianos. De cerca era un hombre que aparentaba ser inofensivo. Extremadamente delgado, se le notaban los tendones como si fueran cuerdas que ataban los huesos a sus músculos, de piel oscura, pelo siempre muy corto con la nuca desnuda. Usaba unas gafitas sin montura para leer que guardaba invariablemente en el bolsillo de la camisa. No era más alto que la mayoría de los hombres, tampoco especialmente bajo. Pero era muy peligroso. Aquel hombrecillo era el pontífice de la cárcel. Cargaba más de quince asesinatos a sus espaldas, casi todos perpetrados dentro de las cárceles, algunos cometidos con sus propias manos, pero la mayoría ordenados a sus secuaces. Tenía fama de parsimonioso y de amante de los pequeños placeres. Algunos justificaban esas pequeñas vanidades con su edad avanzada; otros aseguraban que siempre había sido un amante de los servicios. Había quien despreciaba su costumbre, secreto a voces, de *proteger* a cualquier joven hermoso recién llegado; esa protección la cobraba haciendo de los chicos sus putillas particulares. Muchos decían en voz baja que se había convertido en un viejo sátiro, repugnándose a sí mismo, dadivoso con los amantes cada vez más jóvenes. Controlaba a su antojo la cárcel y odiaba profundamente a Arthur.

Tenía una deuda pendiente con él y había jurado matarlo para cobrarla.

Sin embargo, la presencia de Ibrahim lo hizo ser cauteloso. Aquella noche no ocurrió nada, ni en las que vinieron después tampoco.

Arthur deseaba creer que el peligro había pasado.

—Puede que haya olvidado el asunto —se atrevió a aventurar.

—Tienes más posibilidades de que el mar de Arabia se seque —lo desengañó Ibrahim—. Mataste a su hija de seis años. Si fuera la mía, yo no olvidaría al hombre que lo hizo, ni debajo de la tierra, ni aunque pasaran mil vidas.

Arthur lamentaba aquella muerte más que cualquier otra cosa. La veía una y otra vez. Pero no podía volver atrás y cambiar lo hecho.

—Fue un accidente, y estoy pagando por ello.

Ibrahim lo devoró con la mirada. En ocasiones miraba así, como si nada pudiera escapársele. Lentamente acarició, como explorando, la profunda marca de la herida en la mejilla. Nunca hablaba de cómo se hizo aquello.

—La fatalidad es una excusa, Arthur. Eso no altera el hecho de que vivimos con nuestros errores porque nosotros, y solo nosotros, somos los causantes. Y en cualquier caso, que no quisieras hacer lo que hiciste no es suficiente a ojos del Armenio. Tarde o temprano vendrá a por ti.

—Estaba borracho, llovía, perdí el control del coche.

Ibrahim esbozó una mueca, podría haberse interpretado como despectiva, pero, en realidad, solo era de hastío. Su mirada buscó instintivamente la fotografía que Arthur tenía colgada en el cabezal de la cama. Contempló detenidamente la figura de Andrea

y sus ojos se entornaron antes de cerrarse. El destino tenía un curioso sentido del humor, pensó, evitando contestar a Arthur.

Fuera de los recuerdos atormentados, el único consuelo entre los muros eran las estrellas. Mirar hacia arriba cuando los pies pesaban parecía maravilloso. Les gustaba sentarse y compartir un pitillo mientras contemplaban desde la ventana la porción de firmamento que asomaba sobre los módulos enrejados y la violenta belleza de los astros danzando por encima de sus cabezas. Frente al escenario de la Creación no tienen sentido las disputas insignificantes de los seres humanos, ni los remordimientos, ni siquiera los pecados más atroces que podamos haber cometido. Poco importa si todo se reduce a reacciones en cadena, manchas solares, explosiones de novas o agua helada que viaja en meteoritos, minerales, átomos, energía, materia o antimateria. Formamos parte del Universo. No hay amor ni odio, ni emoción ni sentido o predestinación en nuestra existencia. Somos una casualidad que podría no haberse dado, una aleación matemática improbable.

Así pasaba Arthur las semanas, discutiendo y charlando con Ibrahim, leyendo poesía, alerta ante cualquier movimiento de los hombres del Armenio, agazapado en sus recuerdos, esperando noticias de los abogados que Diana había contratado para sacarlo de allí. Y mientras, se refugiaba en sus cuadernos.

En aquellos ya tres años de cautiverio había vuelto a escribir. Al principio fue difícil, como abrir un grifo cerrado durante años y esperar impaciente que manara el agua sin más, pero apenas caían unas pocas gotas, algunos versos torpemente trazados, algunas imágenes borrosas, hasta que poco a poco el viejo brío volvió a su mente y los engranajes del verso empezaron a girar en su cerebro otra vez, primero con timidez, pero cada vez con más osadía. A las pocas semanas el joven poeta que Arthur mató demasiado pronto volvía a emerger de las cenizas. Le costaba alimentar su afán con las lecturas de la biblioteca del centro penitenciario, así que se hizo traer una parte de la suya particular, especialmente los poemas de Rimbaud.

Ibrahim contemplaba aquella invasión paulatina y silenciosa del espacio a manos de un ejército de libros y libretas de apuntes con una sonrisa un tanto desconcertada.

—Nunca hubiese imaginado que llevaras un poeta dentro —reconoció.

Arthur asintió.

—De un modo u otro, todos llevamos en nuestro interior a todos los hombres posibles. El porqué permitimos vivir a unos y ahogamos a los demás es un misterio sin resolver.

A finales de enero llegó la noticia. La petición de indulto interpuesta por sus abogados ante el ministro de Justicia había sido aceptada a trámite en el Consejo de Ministros, pero para pronunciarse solicitaban una evaluación judicial.

Antes de salir de la celda, Arthur se ajustó mecánicamente el nudo de la corbata

observándose de reojo en el reflejo de la ventana. Se sentía extraño con aquella ropa después de tanto tiempo. El cuello duro de la camisa le rozaba la barba rasposa a la altura de la nuez y notaba el peso de la americana sobre los hombros constreñidos. Se había vestido con un buen traje, aunque su abogado le había aconsejado que no lo hiciera o que al menos no se pusiera la corbata. «Transmite un aire demasiado arrogante, y eso a los jueces y a los fiscales no les gusta». También le había aconsejado no afeitarse aquella mañana. Las ojeras y las incipientes canas de una barba de tres días ayudarían a darle un aire desvalido, de desconcierto, como si hubiera pasado la noche en vela, preocupado realmente por su destino inmediato. Arthur se había negado a seguir ninguna de esas instrucciones. Sacudió de la solapa una voluta inexistente con el torso de la mano derecha y durante un segundo su mirada se concentró en la alianza de oro blanco que lucía en el anular.

Parecía otra persona. Todos parecían ser personas diferentes. Pero seguían siendo los mismos, y eso debería haberle insuflado el ánimo que le faltaba cuando sujetó el cerrojo metálico de la puerta sin decidirse a hacerlo girar.

—Irás bien —lo tranquilizó Ibrahim, que lo había ayudado a vestirse.

—¿Tú crees?

El musulmán sonrió, mostrando su boca dañada por la piorrea.

—Claro; a los tipos ricos siempre les va bien, y tú lo eres, ¿no? Pues entonces, nada de lo que preocuparse.

Arthur se abrazó a Ibrahim.

—Tú eres un amigo.

Ibrahim no contestó, pero la pesada sombra de su mirada lo hizo por él. Desvió la atención hacia la puerta entreabierta de la celda.

—Será mejor que causes una buena impresión ahí fuera.

La vista se había fijado a las once de la mañana, pero el traslado se adelantó más de una hora para evitar el acoso de la prensa.

—No está fácil —le advirtió su letrado, ya con la toga puesta. Los huesos de los pómulos tensaban su piel pálida dándole el aspecto de un anoréxico nervioso. Constantemente se echaba el flequillo hacia atrás con un gesto enérgico, sacudiendo su reloj carísimo, como si llevase puesta una pulsera de cascabeles. Era zurdo y escribía con una pluma de oro. Desprendía una suave fragancia a limón y un olorcillo muy atenuado de café y cigarrillo rubio. Hablaba pausadamente, como si estuviera en una reunión de trabajo, desglosaba los puntos que debían tratarse anotados en una agenda, cuyo guión seguía con la punta de la pluma.

—Para eso le pagan, para que lo haga fácil —replicó Arthur. Le molestaba el amaneramiento ficticio del abogado, su excesiva teatralidad.

—El que las dos personas muertas fuesen tan jóvenes, especialmente la niña, juega en su contra, señor Fernández. Hoy me han informado, además, de que los

abogados de la madre del chico han presentado un escrito al ministerio protestando por la tramitación del indulto. La madre pide que cumpla íntegramente la condena. — De vez en cuando miraba a Arthur por encima de sus gafas modernas para cerciorarse de que él había entendido lo que pretendía decir. En realidad, no veía a su cliente. Arthur solo era un objeto para él, un problema que solucionar del modo más brillante posible.

Arthur crispó la mandíbula.

—¿Y qué juega a mi favor?

El abogado carraspeó.

—En primer lugar, que yo le defiendo. Con un poco de suerte, conseguiré que el juez le imponga una serie de medidas cautelares y podrá salir de la cárcel hasta la resolución definitiva de la condena. Por dramático que pueda parecer, esas muertes fueron accidentales, un homicidio imprudente, y ya ha cumplido tres cuartas partes de la condena.

El abogado sacudió por enésima vez su flequillo rebelde y se encogió de hombros como si hubiese olvidado un detalle menor.

—También podría jugar a su favor recurrir al asunto de Aroha, por supuesto únicamente en el caso de que sea estrictamente necesario.

—Ni hablar —murmuró Arthur, atravesando con la mirada al abogado—. Creí que dejé eso bien claro: a mi hija no la mencione.

El abogado observó a Arthur con desconcierto, como si no comprendiera a qué venía andar buscándole tres pies al gato.

—Oiga, usted quiere salir indemne de esto, ¿no es cierto? Para eso paga la minuta de mi bufete, que no es barata, y por eso me han pedido a mí que lo represente hoy. Debo utilizar todas las armas a su favor que la ley permita. Tal vez el juez necesite que se le recuerden las circunstancias previas, las que lo llevaron a ese día fatídico del accidente.

—He dicho que no, y no hay más que hablar —repitió inflexible Arthur.

El abogado sacudió la cabeza con resignación, como diciendo «allá tú».

La sala del juzgado era pequeña, con una tarima que crujía bajo los pies con una mesa de plancha prefabricada tras la cual se sentaban el juez, el fiscal y un secretario. A la izquierda había una mujer bastante joven tomando notas y consultando un librito rojo que debía de ser el código penal. Era la abogada de la acusación particular por parte de Gloria A. Tagger, la madre del chico atropellado. Por parte de la familia de Rebeca, la niña de seis años que también había muerto en aquel accidente, no había nadie. Su padre, el Armenio, había enviado una carta al juez en la que declaraba no creer en la justicia del Estado, sino en la suya propia. Y de un modo u otro, añadía, la haría cumplir.

En otra mesa idéntica se sentaba el abogado de Arthur y un pasante que le

susurraba algo al oído mirando de reojo como un vulgar confabulador. Todos ellos iban ataviados con esas pesadas togas negras que pretendían insuflar miedo o autoridad, acaso ambas cosas. En la pared de enfrente, un retrato del rey inaugurando el año judicial y dos banderas. Todo aséptico, silencioso, protocolario. En las sillas destinadas al público no había mucha gente, un par de muchachos que tal vez eran estudiantes de la facultad de Derecho con sus libretas de anillas prestos a no perderse detalle del espectáculo.

Empezaron las intervenciones, y cuando le llegó el turno al abogado de Arthur, este se dirigió al juez sonriendo con cierta condescendencia. Se quitó lentamente las gafas, un efecto teatral y exagerado, y chasqueó los labios, con cara de fastidio.

—Mi cliente fue condenado a cuatro años y medio de prisión por las muertes de Ian Mackenzie Tagger y Rebeca Luján Montes, de los cuales ha cumplido su mitad más un tercio, con informes favorables de la Junta de Prisiones, y ha satisfecho las indemnizaciones millonarias impuestas para cada una de las familias afectadas en el doble accidente con el trágico resultado de todos conocido del que fue causante y condenado por homicidio imprudente el 18 de enero del 2001. Mi cliente es un reputado miembro de la sociedad, empresario conocido y sin antecedentes penales, tiene domicilio estable, medios de subsistencia suficientes y puede ofrecer todas las garantías que este tribunal requiera, desde entregar el pasaporte hasta poner una fianza ajustada a derecho a disposición de esta Audiencia, aceptando cualquier otra medida de control que quiera imponérsele. En definitiva, mi cliente ha mostrado sobrada y públicamente su arrepentimiento, por lo que, teniendo en cuenta sus circunstancias personales, consideramos que debe ser tenida como favorable su petición de indulto, elevada al Ministerio de Justicia. Muchas gracias.

A esta primera intervención siguieron otras, a favor y en contra. Se presentaron informes periciales, de psiquiatras y psicólogos, y garantías del pago de indemnizaciones a las familias de los fallecidos. El tribunal tomó nota de las objeciones de los abogados de la familia contraria a la concesión del indulto, hubo un receso para deliberar y los alegatos finales. Unos y otros hablaban en la jerigonza legal que terminó por convertirse en un zumbido monótono cuyas palabras ni siquiera eran manifestadas con un mínimo énfasis por las partes. A nadie le importaba otra cosa que cumplir con escrupulosa frialdad el trámite.

Arthur cerró los ojos para aislarse. No estaba nervioso, tampoco apesadumbrado. Sentado en el banco de madera entre los dos agentes de la policía que lo custodiaban tenía la impresión de que nada de lo que ocurría tenía que ver con él. Como si siendo el protagonista de la obra, los actores secundarios le hubiesen arrebatado el protagonismo, arrinconándolo, y el resultado final no dependiera en absoluto de él. Contempló las fotografías que los peritos habían hecho el día del accidente, las colocaban con numeración en un panel de corcho con ruedas que un agente había

dispuesto de modo que todos pudieran verlas. Los especialistas hablaban de fórmulas matemáticas, cálculos de trayectoria y de frenada, hipótesis y números que unos rebatían y los otros confirmaban en función de su necesidad de demostrar culpabilidad o inocencia.

Nada de eso tenía que ver con él. Ninguno de ellos podía acercarse siquiera a lo ocurrido aquella lluviosa mañana.

Dos horas después, la vista había terminado y todo estaba decidido.

El abogado de Arthur le sonrió, como si ambos fueran a compartir un picnic en la playa al salir del juzgado.

—Ha ido bien. Yo que usted, iría recogiendo el petate.

Pretendía ser una gracia, pero la mirada centelleante de Arthur le congeló la sonrisa.

—¿Por qué está tan contento, abogado? Maté a dos personas, y ahora me van a dejar en libertad. ¿No se supone que uno elige la abogacía porque cree en la justicia del sistema?

—Exactamente, creo en el sistema. Fue un accidente. Estaba borracho, llovía mucho, y el asfalto no estaba en buenas condiciones. Ellos empezaron a cruzar antes de que el semáforo de peatones se pusiera en verde. Todo fue un cúmulo de despropósitos con un final trágico.

—¿A esas conclusiones le han llevado sus reflexiones? —preguntó Arthur con ironía, señalando la agenda del abogado—. He leído el informe de apelación, no hace falta repetirlo como un loro. Yo no soy el juez, así que no necesita seguir con un papel aprendido delante de mí. Vamos, puede hacerlo mucho mejor: ¿cree que puede venir aquí con su apariencia de estar por encima del bien y del mal y *absolverme de mis pecados* solo porque me ha entrevistado un par de veces?

Se dio cuenta de que el abogado empezaba a sentirse realmente molesto.

—No le estoy juzgando. Pretendo que lo haga un juez, y que actúe con imparcialidad.

—No tienes ni puta idea.

—No necesita ser vulgar, Arthur.

—Sí, por supuesto que lo necesito. Es lo único civilizado que puedo permitirme.

Sus últimas noches en la cárcel, apenas podía dormir. Cada hora, cada minuto era una pequeña recreación de aquellas otras noches tan terribles, cuando parecía que se perpetuarían. Hablaba y fumaba con Ibrahim, dispensándole un afecto culpable, corrompido por la evidencia de que el dinero y la influencia de Arthur lo sacarían de allí mucho antes de lo que la mera mecánica de la Justicia haría con su compañero de celda. No mencionaron las razones por las que uno u otro estaban allí, no intentaron justificar su inocencia o culpabilidad. Allí dentro, hablar de ciertas cosas era de mal

gusto, y una vez fuera, dejarían de tener sentido, de modo que no había necesidad de verbalizarlas.

A menudo, el amanecer lo sorprendía en vela. Y aquella mañana, a lo lejos se adivinaban nubes rojas, iba a ser un día de tormentas. Los focos del perímetro apuntaban hacia el patio vacío y los bancos pegados a los muros. Un gato cruzaba la cornisa sin prisas, consciente de que aquel era todavía su dominio. Hacia la derecha se veía la figura oscilante de un guardia haciendo la ronda con la linterna. Faltaba una hora para que tronara la sirena y todo aquel mundo de fingida quietud se volatilizara. Otros ruidos, los sonidos cotidianos que poco a poco le habían ido encerrando, lo envolvían todo de normalidad: las cancelas de la galería, los pasos del celador, las toses de los otros internos en las celdas contiguas... incluso la melodía de un transistor que se colaba debajo de la puerta metálica como un murmullo lejano.

Arthur se sentó en el borde de la litera y apoyó los pies desnudos en el suelo de cemento pintado de verde. A alguien se le debía de haber ocurrido que así podría parecer una pradera. El suelo estaba frío. El cuerpo de Ibrahim apenas se percibía desde la oscuridad, abrazado a su almohada. Arthur lo escuchó suspirar y darse la vuelta para seguir durmiendo. Aprovechó el breve espacio que el sueño de su compañero le brindaba para escribir una carta en la intimidad.

Venía pensando en ello desde hacía días, y la necesidad de redactarla se había acentuado al saber que saldría en libertad. El sentido común le decía que no necesitaba aquellas pocas líneas, que incluso podría resultar contraproducente. No tiene sentido dar un manotazo cuando el polvo ya se ha aposentado en el suelo, a menos que queramos verlo flotar de nuevo. Y él no deseaba remover heridas que no estaban cicatrizadas. Entonces, ¿qué pretendía? Ni él mismo estaba seguro de sus intenciones cuando, amparándose en la débil luz de los focos que llegaba hasta su ventana, se apoyó en el alféizar y empezó a escribir. Podría haberlo hecho fuera ya de aquella celda, pero entonces ya no respondería a su necesidad. Debía hacerlo allí, entre las cuatro paredes y la ventana con barrotes, con el olor a presidio que impregnaba las mantas, la ropa y la piel, antes de que todo eso se esfumase como si nunca hubiese ocurrido.

Escribió durante veinte minutos sin apenas pensar en las palabras, permitiendo que se trasladasen al papel en borbotones confusos, como una hemorragia.

Al terminar, no se sintió mejor. Guardó el papel en un sobre y se tumbó en la litera con los ojos abiertos. Todavía podría dormir una hora.

Pero algo le hizo incorporarse. Oyó el sonido metálico del cerrojo descorrerse tras la puerta de la celda.

Se volvió hacia la pequeña cuadratura de luz del suelo y enseguida comprendió que algo iba mal. No era una hora común para el recuento, y aunque lo fuera, ningún guardia se presentaba en la celda sin avisar. Despertó silenciosamente a Ibrahim y

señaló la entrada. Bajo la rendija de luz de la puerta se adivinaba la sombra de alguien.

Con cautela, como si quisieran entrar por sorpresa, el cerrojo fue cediendo y la puerta metálica se entreabrió. La sombra gigantesca que se proyectaba sobre la litera desde el umbral no era la de un guardia; los guardias no tenían el cráneo afeitado ni lucían tatuajes de telarañas en la cara. El desconocido llevaba algo en la mano derecha, un punzón o un cristal afilado. Debió de desconcertarlo ver de pie frente a él a su víctima, y aquel instante de duda permitió a Arthur esquivar la primera cuchillada que el agresor le lanzó. Al pinchar en el aire, el intruso se quedó muy quieto durante una décima de segundo.

Aquella pequeña vacilación del atacante permitió a Arthur ganarle el costado y, antes de que este pudiese reaccionar, le dio un fuerte puñetazo a la altura del riñón. Como si fuese la escena surrealista de una película muda, el atacante se llevó las manos al costado y sus mandíbulas se batieron en un alarido mudo. Aquel golpe debería haber doblegado a cualquier hombre normal, pero aquel gigantón no se rindió. Apretó los dientes y embistió con fiereza a Arthur, arrinconándolo contra la pared. Arthur era más grande que la mayoría de presos del módulo, y aun así parecía un alfeñique en manos de aquel monstruo. Golpeó con todas sus fuerzas en los oídos al agresor y trató de meterle los dedos en los ojos, pero eso no mermó la fuerza y el empuje del bruto, que gruñó enfurecido como un jabalí malherido, lanzando cuchilladas hacia la cara de Arthur que este apenas lograba esquivar.

Hasta que, de repente, el agresor abrió mucho los ojos y dilató las pupilas como si dentro de su mirada se hubiese producido una explosión. Emitió un breve gorgojo y escupió un grumo de sangre sobre la cara de Arthur, antes de desplomarse hacia un lado, sin vida. Al otro lado de la celda, Ibrahim contemplaba el ligero estertor de la muerte sacudiendo el cuerpo del desconocido, que tenía un pincho clavado en la nuca. Ibrahim temblaba, también, con la tensión de la embestida acumulada aún en los músculos del cuello. Se pasó los dedos manchados de sangre por la cara, y por un momento fue como si la gruta seca de su cicatriz se convirtiera en un río carmesí. Se acuclilló junto al cuerpo caído para comprobar las constantes.

—¿Está muerto? —preguntó Arthur, con la respiración entrecortada.

Ibrahim asintió y pensó con rapidez.

—Los guardias no tardarán en aparecer, hay que deshacerse de *esto* como sea. Si te relacionan con lo que ha pasado, despídete de salir por la puerta grande.

Trazaron rápidamente un plan y lo ejecutaron en silencio absoluto. Cogieron el cuerpo inerte, lo tumbaron sobre una sábana y a continuación lo arrastraron fuera de la celda. El módulo tenía tres galerías y su celda estaba en la tercera. Todas las galerías daban a una zona común en forma de patio de luces donde los presos arrojaban latas, colillas y todo tipo de porquerías. Ibrahim hizo rodar el cuerpo y lo

empujó al vacío desde el tercer piso. El cadáver se estrelló contra el suelo de cemento con un golpe seco, como un saco de patatas al ser lanzado contra el fondo de una carreta. Luego volvieron a la celda y cerraron la puerta asegurándose de no hacer ruido.

—Las cámaras lo habrán grabado todo —dijo apesadumbrado Arthur. No le importaba la vida del hombre que acababan de arrojar al vacío como un despojo. Lo único que le importaba en aquel instante era su libertad.

—Lo dudo —lo tranquilizó Ibrahim—. Ese era un esbirro del Armenio y su jefe se habrá encargado de sobornar al guardia de control, que debe de ser el mismo que ha activado la apertura de la celda. No era de este módulo, así que el guardia esperará a que salga para activar la grabación otra vez.

—¿Qué pasará cuando descubran el cadáver?

Ibrahim se encogió de hombros. Le molestaba la bisoñez de Arthur, su piel demasiado fina y poco curtida para sobrevivir solo en el mundo carcelario.

—No pasará nada. Nunca pasa nada. Cubrirán las apariencias, fingirán una investigación, tal vez encuentren alguna cabeza de turco, pero lo más probable es que el asunto se acabe olvidando. Sea como sea, tú ya estarás lejos de aquí, y nadie te relacionará con lo ocurrido, tranquilo. —Ibrahim se estaba lavando los restos de sangre de las manos en la pica, luego recogió en un hatillo la sábana que habían utilizado para arrastrar el cadáver y la escondió al fondo del colchón. De repente se movía con una energía inesperada. Parecía tener claro qué hacer y cómo hacerlo.

—Te debo la vida. Cuando esté fuera haré lo que esté en mi mano para devolverte el favor.

Ibrahim torció el gesto y su cicatriz se hizo más profunda.

—Sí, seguro que sí.

Por la mañana todo el mundo sabía lo que había ocurrido, todos, sin excepción: desde el guardia que se había dejado sobornar para abrir la celda, hasta el último preso recién llegado, que había visto a través de los resquicios de una ventana cómo Ibrahim y Arthur arrastraban y lanzaban al patio interior el cadáver. Todos sabían que aquel oso muerto era un esbirro del Armenio. Pero nadie diría nada, no se harían comentarios, no habría murmullos. Existen corrientes bajo la superficie. Corrientes que discurren en el mismo sentido que la realidad, pero de las que nunca se habla, corrientes construidas a base de sobreentendidos, miradas y medias gesticulaciones. Los guardias hicieron un registro a fondo de las celdas, Ibrahim fue llevado a declarar ante el director de la prisión; lo siguieron Arthur y otros presos más. Nadie dijo nada. Todo el mundo jugaba al mono sabio. Poco a poco una rutina aparente volvió a la vida en el módulo, una tensa espera donde se cruzaban apuestas poniendo fecha de caducidad a la vida de Arthur y de su guardaespaldas Ibrahim. Solo alguien

demasiado ingenuo podría haber llegado a creer que todo lo ocurrido no iba a tener consecuencias. Y en la cárcel no existe la ingenuidad.

El día 3 de febrero, una funcionaria condujo a Arthur al módulo administrativo. El director quería verlo. Ordóñez era en aquella época uno de los directores más jóvenes de prisiones españolas. Se le tenía por un hombre de pocas palabras, de labor discreta y eficaz, justo, pero intransigente, un hombre con las ideas claras y la decisión necesaria para llevarlas a buen puerto pesara a quien pesara. Un hombre, por lo demás, extremadamente elegante. Cuando Arthur entró en el despacho, el director consultaba unos papeles apoyado en un estante, le lanzó una mirada rápida, calibradora y sagaz, y a continuación tendió la mano hacia adelante, señalando una silla, al tiempo que despedía a la funcionaria con un gesto.

—Siéntese.

Arthur permaneció un instante de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón. Se preguntó qué clase de relación podría haber mantenido con Ordóñez fuera de aquellos muros; probablemente nunca lograrían ser amigos, pero tal vez hubiesen conseguido mostrarse un mínimo de respeto mutuo.

—Siéntese, por favor —repitió el director, esta vez con un tono menos perentorio. A regañadientes, Arthur aceptó sentarse en el borde de la silla.

—Supongo que preguntarle otra vez por el interno muerto en su módulo es inútil.

Arthur miró al techo, recién pintado, todavía olía a pintura húmeda. Luego exploró sin ganas el despacho, los estantes metálicos, los expedientes en carpetas de diferentes colores, el teléfono sobre la mesa, entre un retrato del rey y una foto del director con dos niñas que de tan rubias parecían albinas. «Un hombre normal», pensó Arthur. «Un tipo con dos niñas gemelas que come caramelos de naranja», se dijo al observar el cenicero con las envolturas de los dulces.

—No logro conciliar el sueño por la tristeza, si es lo que me pregunta.

El director tensó el cuello. No le gustaban los sarcasmos. No le gustaba Arthur.

—Déjese de idioteces, ahora no está en el módulo, no necesita hacerse el gallito.

—No sé nada, ya se lo dije a usted, a los investigadores. No sé absolutamente nada sobre la muerte de ese gorila, excepto que era uno de los esbirros del Armenio. ¿Por qué se preocupa tanto por ese saco de mierda? Era un cabrón que violaba niñas y les metía cristales en la vagina. Cualquiera día es mejor sin ese cerdo rondando por ahí.

El director lo interrumpió con un movimiento impaciente de la mano derecha.

—Me preocupo porque alguien ha tirado ese saco de mierda en mi patio. Y conozco mejor que usted los antecedentes de todos los internos, así que no necesito que me los recuerde, y mucho menos que pretenda aleccionarme. Ocurre que, me guste o no, ese hombre estaba bajo mi custodia, era mi responsabilidad. Y no estoy dispuesto a permitir que este centro se convierta en un salón del Oeste donde cada

cual se toma la justicia por su mano. Sé lo que sé, pero no tengo pruebas para demostrarlo, así que tengo que aceptar las cosas, pero ni por un momento se le ocurra pensar que soy imbécil, Arthur. —Aquel hombre no entendía ni pretendía entender cierto tipo de sutilezas—. Durante su condena hemos tratado de protegerle lo máximo posible, especialmente del Armenio, pero la seguridad total no existe y yo tengo otro millar de internos de los que preocuparme, así que, sinceramente, me alegro de que se marche. Para mí será un quebradero de cabeza menos.

—¿Que me marche?

—Acaba de llegar el acta de indulto del ministerio. Tiene usted amigos importantes, Arthur. —Ordóñez se desajustó un poco el nudo de la corbata, una corbata de seda azul a juego con su camisa impoluta. Sin preguntar si molestaba, encendió un pitillo y se apoyó en el borde de su mesa, arrastrando hasta la altura de su brazo extendido un cenicero de cristal con un par de colillas. El director expulsó lentamente una bocanada de humo denso sin dejar de mirarlo. Arthur notó que Ordóñez estaba cansado de gente como él, y que, aun así, procuraba guardar las formas, lo que era digno de elogio.

—No creo que necesite que le prevenga sobre el Armenio. Sería iluso por su parte creer que cuando cruce estas rejas estará fuera del alcance de ese hombre. Por el contrario, ahí fuera estará más expuesto que aquí dentro, los tentáculos de ese tipo son muy largos. Tome sus precauciones, contrátese seguridad privada o algo así, y vigile su espalda.

—Le agradezco su preocupación. Lo tendré en cuenta.

El director asintió sin mucho convencimiento. Miró su reloj de pulsera como si se tratase de un ejecutivo muy ocupado.

—Muy bien, firme estos impresos y vaya a la consigna a recoger sus cosas. Pasará la noche en el módulo de accesos y mañana se le trasladará a los juzgados de Castilla... Y otra cosa: cualquier mínimo desliz y volverá aquí.

Arthur firmó los papeles y se dirigió hacia la puerta. Tuvo la impresión de que el director contemplaba en silencio sus movimientos. Arthur se volvió repentinamente hacia él.

—Usted también piensa que soy un hijo de puta, y que si no fuese por mi dinero me pudriría aquí dentro por lo que hice. ¿Me equivoco?

Ordóñez escudriñó con curiosidad a Arthur. Sonrió levemente, como si la pregunta le hiciera gracia. Una gracia amarga.

Arthur fue acompañado por la misma chica hacia las dependencias comunes de los presos. Al pasar junto a la cancela entreabierta de una celda vio de perfil al Armenio, reclinado sobre la ventana. Al sentirse observado volvió levemente la cabeza. Su mirada y la de Arthur se encontraron con frialdad.

El Armenio sonrió. Sí, por supuesto, ya conocía la noticia del indulto. Pero eso no

parecía importarle.

—Ya nos veremos.

Capítulo 4

—¿Quiere que pintes al hombre que mató a su hijo?

Eduardo asintió con la mirada enredada en la taza de café que Olga le había ofrecido. Ella estaba sentada encima del mármol con las piernas cruzadas, balanceando un pie descalzo. Tenía el pelo desordenado y el flequillo le caía como una cortina llena de tirabuzones delante de los ojos. El camisón de seda azul había resbalado sobre el hombro derecho y permitía adivinar el nacimiento del pecho, pero ella no parecía prestar atención al detalle. Fumaba y echaba el humo en la pica llena de platos sin lavar de la noche anterior.

—Eso ha dicho.

—¿Qué clase de locura es esa? —preguntó Olga con una sonrisa irónica, mucho menos ofensiva en aquella primera hora de la mañana, sin maquillaje ni pintalabios, de lo que hubiera resultado un par de horas más tarde.

Eduardo dejó la taza en el mármol.

—A mí no me lo parece —respondió, absorto en una fibra de la silla que se escapaba del respaldo acolchado.

Olga lanzó un silbido admirativo.

—Cuando te mueras, deberías donar tu cerebro a la ciencia. Seguro que está lleno de laberintos como el de la Tagger.

—Muy graciosa. —Eduardo sintió una leve sensación de malestar. Siempre le pasaba cuando Olga estaba cerca.

—Lo digo en serio. Roza lo perverso.

Eduardo aguantó estoicamente la mirada de reproche de aquella treintañera con el pelo teñido con reflejos caoba y las cejas depiladas (¿qué extraña razón podía tener para depilarse las cejas si después se las perfilaba con un lápiz?). De repente tenía la sensación de que había sido una idiotez decirle que aceptaba el encargo de Gloria. Se suponía que debía alegrarse, a fin de cuentas ella se iba a llevar una buena comisión. Pero en lugar de celebrarlo estaba allí sentada en el suelo, fumando medio desnuda y mirándolo como si fuese memo o idiota, sin decidirse a cabrearse o burlarse de él.

—No me parece tan descabellado.

Olga se ajustó entre las rodillas el corto camisón que dejaba ver sus bonitas piernas.

—Pues explícamelo porque no lo entiendo. Si alguien matase a mi hijo, lo último que querría es tener un retrato del asesino. Tal vez querría matarlo, despellejarlo, puede que solo quisiera borrarlo de mi memoria, pero desde luego no querría tener su cara permanentemente a mano.

Eduardo dejó caer la mirada hacia las baldosas de gris desgastado del suelo. Los flamantes zapatos rojos de afilado tacón de Olga tirados en un rincón desentonaban

con la suciedad incrustada en las juntas.

—No tienes hijos, así que no puedes perderlos. Por eso no lo comprendes.

Olga sonrió con malicia. Una máscara deforme que desmentía su mirada brillante.

—No necesitas ser un hijo de puta conmigo. Ya sé que no tengo hijos, y que nunca voy a poder tenerlos. Además, soy tu marchante, y pienso cobrar mi pasta, y te conseguí el trabajo, de modo que no estoy cuestionando lo que haces, solo intento entenderlo.

—No se trata de un retrato cualquiera, eso no serviría. Lo que Gloria espera que yo le dé es el alma de ese hombre, un mapa de su geografía que la ayude a superar la muerte de su hijo.

—Pues dile que se compre un libro de autoayuda, o que haga yoga, qué sé yo...

—Necesita saberlo todo de él, sin medida, ¿no lo comprendes? Para retratarlo tendré que conocerlo, acercarme a él como jamás podría hacerlo la propia Gloria.

Olga se quedó pensativa. Entendía lo suficiente de pintura para percibir los atajos que Eduardo utilizaba para vender espejismos, no la realidad de lo que veían los ojos de los clientes, sino la sustentación de sus deseos. Eduardo los ayudaba a creer lo que querían creer. Si una hija de rostro insípido era vista con amor materno, él lograba ese efecto sin alterar aparentemente la realidad del modelo, insuflaba brillo en la mirada muerta de un amante para hacerla parecer arrobada, creaba belleza física en un cuerpo desangelado elevando a arte el juego de las sombras, y así, el resultado siempre era el esperado. Sin embargo, el retrato que Gloria buscaba era diferente. Pretendía que Eduardo atrapara en una jaula de trazos a alguien vivo, alguien que pugnaría por rebelarse contra su creador y salir de los límites del lienzo.

Apartó la mirada. Tenía la sensación de que los ojos de Eduardo la juzgaban, burlándose de su fingida indolencia. Quería decir algo pero no encontraba el modo de hacerlo. Lo pensó durante un instante y luego titubeó, como quien decide tirarse a un río sin saber si podrá salir y se confía a la suerte.

—Ella te gusta, ¿verdad? Gloria A. Tagger —murmuró, como si se hiciera la pregunta a sí misma, apoyándose en la rodilla para levantarse.

Eduardo se sonrojó, visiblemente incómodo.

—Eso no es asunto tuyo.

—Sí lo es. Eras muy bueno cuando la pintura era lo más importante para ti, aunque, en realidad, te hiciste genial cuando conociste a Elena, pero esa mujer que estás inventando, Gloria, lo que quiera que pretendas hacer con ella, no es real. Elena está muerta, y ningún espejismo te la devolverá.

Eduardo le lanzó una mirada furiosa.

—¿Quieres psicoanalizarme tú, también? Bueno, puedes acompañarme a mi cita con la doctora Martina el próximo jueves y así podrás exponerle tus teorías.

Olga agitó las manos como si estuviera borrando lo dicho anteriormente.

—Tranquilízate, ¿quieres? Solo creo que hay algo insincero en esa mujer, algo que no me gusta; de repente todo es tan casual. Primero te la encuentras en el parque, y a los pocos días aparece en mi galería... —Desde que había visto entrar en la galería a Gloria A. Tagger sentía cernirse sobre ella un vago presentimiento, un escozor de peligro largamente olvidado. No existía ninguna razón objetiva para sentir aquel nudo en la garganta y la opresión en la boca del estómago, pero algo le decía imperativamente que no debía bajar la guardia.

Se sentía incómoda, o puede que estúpida, como si se arrepintiera de haber accedido a hablar con él de ciertos temas.

—¿Sabe que perdiste a Elena y a Tania en un accidente?

—Sí, lo sabe, y supongo que por eso quiere que yo pinte ese retrato. Yo he pasado ya por eso antes, así que ella espera que pueda llevarla al final del túnel.

—¿Y puedes hacerlo? ¿Acaso has salido de ese túnel, tú?

—No me apetece seguir hablando de esto contigo —dijo Eduardo.

—Pues tendrás que hacerlo con alguien. Hace catorce años que ellas murieron. Te has pasado encerrado los últimos trece años de tu vida, no solo físicamente, sino atrapado en ese momento, cuando regresabais de Cadaqués. Tú no has superado una mierda, y ahora me dices que vas a convertirte en la linterna de esa mujer. Es absurdo.

Eduardo rebuscó en los bolsillos hasta dar con un cigarrillo arrugado. Lo estiró y lo encendió para apaciguarse. Miró alrededor como si estuviera buscando algo más; Olga siguió la dirección de su mirada y supo lo que era.

—Son las ocho de la mañana, Eduardo.

—La vida es corta —aceptó él.

—Como quieras.

En alguna parte tenía algunas copas, aunque no lograba recordar dónde. Finalmente dio con un vaso chato bastante sucio. Lo enjuagó en la pica y le sirvió un vodka sin hielo y sin limón. Eduardo apuró el vaso de un trago, vertiendo unas gotas sobre el suelo. Le temblaba el pulso. De pronto tenía ese aspecto huidizo que hacía que los demás se apartaran de él.

Olga se había colocado frente a la ventana. Tenía la expresión apesadumbrada. Catorce años después continuaba sintiendo que le debía algo a Eduardo. Se preocupaba por él, le traía ropa limpia y solía dejarle un par de billetes de cien sobre la mesa al marcharse, incluso aceptaba tomarse algunas copas en los antros bulliciosos y sórdidos que apestaban a tabaco solo para hacerle compañía de vez en cuando. Esperaba, a cambio, un poco de consideración y de aprecio. Pero él se lo negaba sistemáticamente.

—Me preocupas, Eduardo.

Eduardo se había servido otro trago, y este lo bebía sin la urgencia del anterior.

Escudándose tras el borde rayado del vaso examinó a Olga. Todavía se preguntaba quién era ella realmente, por qué apareció de repente en su vida. Sin los encargos que le conseguía, Eduardo habría terminado como vigilante nocturno de un aparcamiento subterráneo, leyendo malas novelas y tomando café de máquina, comiendo bollería envasada y fumando aburridamente el resto de sus días. También era cierto que ella había sido la única en preocuparse por él cuando estuvo internado en Huesca. Venía los días de visita y ambos agotaban los veinte minutos permitidos de comunicación sentados frente a frente en silencio, separados por la gruesa mampara de cristal sucio, con alientos y huellas impresos en la superficie que no podían alcanzar al otro, sin nada que decirse, apenas mirándose de reojo. Repetían aquel ritual una vez por mes, siempre el mismo día, a la misma hora, donde ninguno esperaba nada ni preguntaba nada. De vez en cuando, ella le hacía llegar algo de tabaco, revistas y libros sobre pintura y algo de ropa nueva. Hasta que un buen día dejó de ir a verlo y poco a poco los paquetes dejaron también de llegar. Ella no dijo por qué y él no lo preguntó. Simplemente dejó que pasara.

Al salir en libertad, trece años después, sin embargo, Olga estaba esperándolo en el aparcamiento. Y Eduardo seguía sin preguntar por qué.

—No tienes que preocuparte por mí, ni compadecerme, ni protegerme. Me bastaría con que me dejaras en paz.

Olga ensayó una mirada desdeñosa, un secreto desprecio, en realidad, hacia ella misma.

—Tienes razón. La próxima vez que se te ocurra cortarte las venas, tal vez debas llamar a otra puerta. Si has decidido joderte lo que te queda de vida o enamorarte de fantasmas, no es asunto mío. Y ahora, si no te importa, me gustaría quedarme un rato tranquila.

Acompañó a Eduardo hasta la puerta, puso la mano en el pomo y abrió, pero, aún en el umbral, se volvió de medio lado.

—Nunca me preguntaste por qué —dijo ella, con la mirada hirviendo bajo las pestañas, pequeñas como las de una niña sin el artificio del rímel.

—¿Qué quieres decir?

—Podría haber ido a la policía, pero en lugar de acudir a la comisaría más cercana te lo conté a ti. Nunca me has preguntado por qué lo hice de ese modo. Como tampoco por qué empecé a visitarte en el sanatorio, o por qué razón dejé de hacerlo repentinamente. Ni siquiera te sorprendió verme esperando en el aparcamiento el día que te soltaron... Nunca me has preguntado nada.

Eduardo reflexionó con frialdad sobre lo que iba a decir. Entre el enmarañado enjambre de pensamientos y sospechas que abotagaba su mente logró dar con algunas palabras con las que formular una respuesta.

—Tal vez nunca haya querido conocer las respuestas.

Aquella noche Eduardo concilió el sueño muy tarde, como de costumbre. Nunca dormía profundamente y sus sueños eran como peleas de las que despertaba terriblemente cansado. Pero no fueron las pesadillas las que le hicieron abrir los ojos esta vez, sino los gritos que venían del otro lado del pasillo. Eran gritos atroces, chillidos animales. Sin embargo, aquellos alaridos escalofriantes no eran los de un animal. Eduardo ya se había acostumbrado a oírlos cada cierto tiempo.

Encendió la luz y buscó las zapatillas. Fue hasta la puerta consciente de que nadie más saldría al pasillo. A pesar del alboroto, ningún inquilino del edificio saldría a ayudar, nadie quería darse por enterado de lo que ocurría y, si acaso, aquella escena serviría para alimentar el polvillo del chismorreó de los que espían tras las mirillas.

Graciela estaba junto a la puerta entreabierta de su apartamento. Ambos se miraron y enmudecieron. Ella se echó el pelo hacia atrás con un gesto exasperado y sus labios se estremecieron.

—Se ha despertado. —Sus ojos imploraban ayuda.

Eduardo escuchaba los gritos desaforados de Sara. Graciela trataba de apaciguar a su hija con mimos y palabras persuasivas, hablándole por el resquicio sin soltar el picaporte, pero la voz de Sara fue creciendo de decibelios hasta estallar en una mezcla de llanto y risa, insultos y amenazas incomprensibles. Se escucharon golpes, más gritos, cosas rompiéndose, hasta que Eduardo apartó a Graciela y abrió la puerta alarmado. Sara estaba fuera de sí; sus ojos brillaban como los de un ciego que mira directamente el sol, con un fulgor extraordinario y destructivo. Tan pronto vio un resquicio, se lanzó hacia la puerta con la intención de escapar del apartamento. Su obsesión era ganar la calle, tenía fijación con escaparse de casa.

Graciela la sujetó por los brazos, pero Sara logró desembarazarse de ella pateando y lanzando mordiscos al aire. Tenía la fuerza de un adulto, sobre todo cuando sufría aquellos ataques de ira. Eduardo logró esquivar dos intentonas de la niña de morderlo, pero no pudo evitar una patada que le golpeó directamente en la maltrecha rodilla. Reprimió un grito de dolor y aferró a Sara con ambos brazos por detrás como una bestia de la que la niña no podía deshacerse por mucho que se contorsionara como una culebra.

—¡Llama a la ambulancia! —le gritó a Graciela, que de repente se había quedado muy quieta, como si toda su fuerza se hubiese extinguido al ser relevada—. ¡Graciela, por Dios, llama a Urgencias! —repitió Eduardo, con la respiración entrecortada.

Cuarenta minutos después, Sara dormía pesadamente en una cama del hospital. Su cuerpo delgado y nervioso, tan parecido al de su madre, respiraba bajo la sábana. No había ni rastro de la serpiente que unos minutos antes la había sacudido de manera increíble; todo parecía no haber sucedido. Era una niña normal, quizá demasiado pálida, con las venillas de los ojos muy acentuadas y un rictus crispado en la boca. Aguzando el oído podía escucharse el sonido de sierra de sus dientes apretados en el

sueño, pero nada más. La luz de la lamparita proyectaba sobre la pared de blanco el contorno de su cuerpo derrotado.

—Los sedantes la harán dormir horas, pero no logran frenar el vértigo de sus pensamientos. Está hirviendo, puedo sentir bajo su piel el río de lava que abrasa su cerebro —dijo Graciela, con la mano sobre la frente contrita de su hija, apartándole unos pelos sudorosos del flequillo.

Por la mañana Sara despertaría como si una parte de su cuerpo se hubiese quedado al otro lado del sueño; tardaría días en volver por completo.

—Las enfermeras la cuidarán bien. Ya has escuchado al doctor. Es mejor que pase la noche en observación —le dijo Eduardo.

Ella asintió sin fuerza. Eduardo la siguió con la mirada hasta el armario de la habitación, observando sus evoluciones mecánicas: abrir el armario, sacar el neceser, la muda, colgarla en la percha... Todos sus movimientos eran un esfuerzo inhumano para no derrumbarse, de una fragilidad palpable. Eduardo le quitó de las manos la pequeña maleta que siempre estaba a punto para las crisis de Sara, justo antes de que se le cayera al suelo.

—Déjame, ya lo acabo yo.

Y entonces ella se puso a llorar. Pero ni siquiera en ese instante el llanto brotó como quería, a raudales y liberador, sino contenido, a pequeñas dosis. Sin responder a un porqué, Eduardo le acarició la boca con la yema del dedo pulgar, como si ese gesto pretendiera borrar su pena y suplir el beso que él no podía darle. Carraspeó y sacudió la cabeza como hacen los hindúes. Un gesto afirmativo que significaba al mismo tiempo una negación.

Graciela se apartó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Hace años que esto es así. Y ya no puedo más, estoy agotada. A veces pienso que ella ha secuestrado mi vida, pero luego me doy cuenta de que no es cierto, de que la culpo sin necesidad. En realidad, yo ya había renunciado a todo mucho antes de que ella naciera. —Hablaba en voz muy baja, hastiada, sin pensar en lo que decía, pero sin impedir que las palabras brotaran de su boca.

—¿Qué hay del padre?

Graciela hizo un gesto ambiguo con la mano en el aire.

—Su padre era muy guapo. —Rio exasperadamente su propia ocurrencia—. ¿No es triste que eso sea lo único que puedo decir del hombre que me dejó embarazada? Siempre he sentido debilidad por los gilipollas con bonitos ojos verdes que se niegan a madurar. Aguantó con nosotras un mes, puede que dos, prometió que se haría cargo de Sara y sé que se esforzó para aceptar la situación cuando los médicos nos dijeron que no sería nunca una niña normal. Durante un tiempo quiso convertirse en algo parecido a un padre, pero al final no lo consiguió, y eso es lo que cuenta. Empezó a engañarme con otras, y tal vez al principio debió de sentirse culpable, algún tipo de

remordimiento experimentaría mientras cualquiera le mamaba la polla en nuestro portal mientras yo me desvelaba porque Sara no podía dormirse y no dejaba de llorar, desesperándome porque no entendía qué le pasaba. Pero ese sentimiento de culpa se le pasó pronto. Un día se marchó sin más. No se despidió. Nos borró de sus vidas. Hay gente así, ¿sabes?

—Encontrarás a alguien —respondió Eduardo, que suponía que debía decir algo así. Graciela merecía mejor suerte. Pero después de todo, él estaba convencido de que la suerte no tiene nada que ver en las elecciones que la gente toma.

Graciela aceptó su insinceridad con una sonrisa forzada.

—Ha habido otros hombres, claro. Siempre los hay si estás dispuesta a no ser demasiado exigente... ¿Sabías que hace medio año me amputaron un pecho? —Lo dijo mirándolo a los ojos, sin nada dentro, como si hablase de algún detalle sin importancia. Eduardo se sonrojó levemente y no contestó—. La mayoría de tipos se asustan en cuanto me quito el relleno, a pesar de que suelo avisarlos; no pueden evitar la expresión castradora al ver la cicatriz. Algunos lo superan, y muy pocos no le dan importancia alguna. Pero cuando conocen a Sara, incluso estos se asustan, las buenas palabras se quedan mudas y salen por piernas en cuanto ven el panorama. Sinceramente, he dejado de esperar.

«Todo el mundo espera algo, hasta que deja de hacerlo», pensó Eduardo, que no adivinaba cuánto había de resentimiento y cuánto de esperanza secreta en las palabras de Graciela.

—Pero tú no te asustas —dijo ella, mirando con curiosidad a Eduardo—. Sé que me viste en el baño. En realidad, quería que lo vieras. Y no te espantan las crisis de Sara, sabes cómo manejarla. Tú le gustas, y es evidente que sientes cariño por ella.

Eduardo le pidió que no continuase. Pero Graciela no lo hizo. Lo tomó por el codo para impedir que se fuera alejando, para amarrarlo con su gesto, con la mirada de náufraga, con sus manos desesperadas.

—Sé que perdiste a tu mujer y a tu hija, y sé que durante todos estos años no has querido estar con nadie. Pero todos tenemos derecho a empezar otra vez, Eduardo. Tú eres un buen hombre, y yo no quiero sentirme morir todavía.

Eduardo separó la mano de su codo con delicadeza, pero con firmeza. Unas grandes manchas enrojecidas habían aflorado bajo sus orejas.

—No soy un buen hombre, Graciela. En realidad, no sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente.

—No, no lo sabes. Dejemos esta conversación, por favor. Tengo que marcharme; mañana tengo que madrugar.

Graciela asintió, al tiempo que lo miraba con tristeza. Tristeza por ella, por Sara, por él. Disimuló su estado de ánimo moviendo ligeramente de sitio un jarrón sobre el estante.

—Un ramo de flores secas es lo más cercano a la certeza que tenemos de lo efímero, ¿no te parece?

Eduardo observó las flores, eran rosas, y estaban recién cortadas. Las habían cortado para que murieran en el jarrón, para contemplar su agonía.

—Dale un beso a Sara cuando despierte.

—Lo haré. —Graciela se acercó y le rozó la mejilla con un simulacro de beso. La gruesa capa de maquillaje que llevaba le daba un tacto aterciopelado a la piel.

Dejó que se marchara de la habitación, no se lo impidió, no le pidió que se quedara un poco más, que la abrazase aunque fuese un momento; luego podría sobreponerse y seguir adelante, como había hecho siempre, con Sara, las dos solas. Pero a veces necesitaba tanto un poco de amor..., unas gotas de ternura, de compañía.

«¿Qué es el amor? Nada. Un sentimiento evanescente. Algo que creemos tener pero que nunca nos perteneció».

El señor Who contemplaba en la pantalla del ordenador la frase que acababa de escribir. Eran las cinco de la mañana y no podía dormir. Lo había intentado, pero la cama era como una mortaja y él como un muerto que miraba la oscuridad con los ojos abiertos. Cansado, disperso e insomne se levantó de la silla y miró a través de las rendijas de la persiana. El barrio estaba desierto, iluminado por una farola en la rotonda rodeada de olivos viejos que alguien del ayuntamiento había querido plantar ahí, en una plazoleta rodeada de cemento. Los coches aparcados tenían los cristales helados por el relente, hacía frío. Se sentó en ropa interior frente al escritorio y rebuscó en los cajones hasta dar con los cigarrillos chinos de nombre impronunciable y de sabor demasiado fuerte que fumaba desde que Chang le había contado que esa era la marca que fumaban los chinos *de verdad*. Y el señor Who había decidido ser un *auténtico* chino, costara lo que costara. Estaba aprendiendo rápido.

—Al fin y al cabo, esto está dentro de ti, solo necesitas despertarlo después de un largo período de olvido —le aleccionaba Chang, que era quien se encargaba de supervisar sus progresos; de modo que fumar los pitillos chinos y renunciar a su marca americana de rubio *light* no era lo peor que podía pasarle.

Who se frotó la frente con los dedos, torciendo a derecha e izquierda el cuello como un luchador. Volvió frente a la pantalla del ordenador y, durante unos segundos, dejó los dedos suspendidos sobre el teclado, como un pianista a punto de iniciar su recital. Borró lo que había escrito, pensando en una especie de poema para Mei que al final le había resultado ingenuo e infantil. Suspiró hondo y tecleó su cuenta de correo secreta, la que Maribel no podía encontrar ni rastrear (ella juraba y perjuraba que no entraba en su intimidad, que no se atrevería a hacerlo, pero el señor Who había ido tendiendo trampas invisibles para descubrir que su madre husmeaba en las páginas que visitaba, que se metía en su correo y que leía sus SMS). Lo de la cuenta secreta

había sido cosa de Chang, allí era donde el dueño del restaurante le enviaba las direcciones de los nuevos clientes.

Tenía un mensaje, de hacía diez minutos. Un hotel cerca de la calle de la Montera. Según parecía, el señor Who no era el único que padecía insomnio. Anotó la dirección y borró el historial de correo.

Bajó a la cocina arrastrando las zapatillas y se sentó con una coca-cola de lata en la mano y la mirada fija en el reloj de acero de la pared. Apuró el refresco sintiendo el peso nauseabundo de las burbujas en el estómago vacío y lanzó la ceniza de un nuevo pitillo por la ranura de la lata, escuchando el siseo al tocar fondo. Tiró la colilla en la lata, y la lata en la basura, procurando dejar bien cerrado el cubo de plástico y ventilar la cocina abriendo puerta y ventana. Maribel no soportaba el olor del tabaco dentro de casa, y aunque seguramente ya debía de saber que Who se había aficionado al vicio de fumar, él procuraba seguir fingiendo que no lo hacía y, en cualquier caso, evitaba hacerlo ante ella por respeto. Sin embargo, y a pesar de todas sus precauciones, no tardó en escuchar el crujido del parqué en el salón y el zumbido mecánico de la silla de ruedas acercándose a la cocina.

—Lo siento, no quería despertarte, solo me apetecía beber algo.

—Y fumarte uno de esos cigarrillos apestosos... —replicó Maribel, apareciendo ante la puerta y ventilando el ambiente con la mano. Llevaba puesto un batín de seda artificial con motivos florales muy llamativos, una especie de kimono que utilizaba solo porque el señor Who se lo había regalado para su sesenta cumpleaños. Empujó la palanca de la silla y se acercó al mármol de la cocina. El señor Who se adelantó y puso agua en la tetera.

—¿Cuánto has dormido, un par de horas? Te he oído llegar muy tarde —preguntó Maribel, dejando su mano en el regazo. Bajo la seda roja del kimono se adivinaban unos muslos contraídos y atrofiados, existía una disfunción entre su tronco y su tórax bien formado, esbelto, y sus piernas inútiles. A un lado de la silla asomaba la bolsa de la sonda con un poco de orina. Maribel se dio cuenta y la cubrió pudorosamente con el bajo del kimono.

—Más o menos —respondió Who, contemplando la tetera en ebullición—. El señor Chang está muy ocupado con el restaurante, y hasta que cierra y dejamos la cocina limpia no puede entretenerse con nosotros y las clases.

En realidad, se había demorado demasiado en casa de una cliente *especial*, y luego había perdido el enlace de autobús para volver a Madrid. Había tenido que hacer dedo y caminar varios kilómetros, pero había valido la pena. Los ricos siempre valen la pena.

—Es digno de elogio tanto esfuerzo por parte de tu jefe para enseñarte a escribir mandarín —apuntó con indisimulada ironía Maribel.

—Chang es un patriota, no renuncia a sus raíces —replicó el señor Who—, y no

quiere que yo las olvide.

Who sirvió el té humeante en dos tazas de porcelana, le puso una cucharilla de azúcar a su madre y él lo tomó solo, soplando por el borde. Instintivamente, Maribel alargó un dedo y le apartó el flequillo.

—Dicen en el barrio que Chang es otras cosas, además de un patriota, palabra que, por cierto, no me acaba de entusiasmar. La mayoría de aventureros y vividores suelen arrojarse con alguna bandera.

El señor Who sonrió con ternura. Al hacerlo, sus ojos brillaron y le devolvieron el aspecto de inocencia infantil que hacía tiempo había perdido, sobre todo desde que decidió convertirse en el señor Who, fumar pitillos chinos y vestirse de negro.

—Tú tampoco quieres perder tus raíces y las de tus padres o abuelos... Y yo no diría que parezcas una aventurera o una vividora.

—Yo soy de Murcia, y llevo tanto tiempo en Getafe que soy parte del paisaje, así que no trates de manipularme —le replicó Maribel con disgusto—. Conozco mucho mejor que tú a Chang. Tu padre montó su pequeño negocio de numismática y yo el taller de danza clásica. Al mismo tiempo, Chang compró los bajos del local y montó su restaurante. Digamos que él fue más pragmático, siempre lo fue para los negocios, así que prosperó lo suficiente para quitarnos la escuela y el negocio de los sellos. Durante los últimos treinta años no ha dejado de prosperar, pero nunca ha concedido devolverme nuestro local.

—El señor Chang siente un profundo respeto por ti, siempre lo dice. No deberías mostrarle tanta inquina.

Maribel acarició el borde de su taza de té. Hablar del pasado y entroncarlo con el presente podía ser tan agotador como explorar en un laberinto del que solo conoces una parte. En cuanto a tratar de convencer a su hijo de que tuviese cuidado con Chang, era esfuerzo baldío. Lo que la inquietaba era este cambio inesperado en la indumentaria y el comportamiento; vestirse de negro, maquillarse los ojos, pintarse las uñas, llenarse el cuerpo de aretes y quincalla, incluso los tatuajes. Tenía veintidós años y estaba experimentando su propia metamorfosis, eso podía aceptarlo, exploraba en su cuerpo qué tipo de personaje inventar; pero lo que le preocupaba era ese empecinamiento repentino en lo que él llamaba «descubrir sus raíces».

Nunca le habían ocultado que era adoptado, cosa que resultaba evidente por otra parte, y ella y Teo acordaron que algún día debería saber, si era su deseo, quiénes fueron sus padres biológicos y de dónde procedía. Maribel siempre supo que tarde o temprano iba a llegar este momento, el de las preguntas, y estaba preparada para una transición tranquila, pero su hijo quería cruzar ese puente demasiado rápido. Desde que andaba con ese viejo se había vuelto más taciturno y reservado. Apenas hablaba ya con ella, y cuando lo hacía, Maribel se daba cuenta de que estaba en otra parte. Pasaba muchas noches fuera de casa, y a veces regresaba como si hubiese perdido

algo muy importante en la calle, con un vacío en los ojos descorazonador, y tardaba mucho en recomponer su sonrisa habitual. Teo habría sabido cómo afrontar la cuestión, pero él no estaba, y ella se sentía desbordada.

El señor Who miró el fondo verde de su taza y entornó los párpados.

—Hoy he estado en el cementerio. He ido a ver a papá —dijo, dando un golpe de timón a la conversación.

Maribel miró a su hijo un tanto desconcertada. Who no solía mencionar a Teo, y mucho menos acudía a visitarlo.

—Supongo que eso está bien.

El señor Who alzó la barbilla entrelazando sus dedos de uñas pintadas de negro sobre la cabeza.

—A veces te oigo llorar tras la puerta del dormitorio.

Maribel suspiró con disgusto, recogió un mechón de pelo canoso tras la oreja.

—Era el hombre que amaba, el que elegí para vivir una vida, y fuimos felices veinte años. No puede olvidarse algo así.

—En cambio, yo apenas lo recuerdo. Para mí él es una habitación cerrada, esa puerta que no me permites traspasar. —No era un reproche, sino una obviedad. Who tenía prohibido entrar en el dormitorio de Maribel.

—Mi dolor es mío, ni puedo ni quiero compartirlo. Es lo único que me queda de tu padre.

—Pero yo *debería* poder recordarlo. Me esfuerzo, pero no lo consigo. Con los años es algo borroso, que se aleja, como si no hubiese sucedido.

Maribel agitó la cabeza con tristeza y apuró el té. Dejó la taza en el fregadero y empujó la silla hasta ponerse de costado a su hijo.

—Supongo que es inevitable que pases por esto, tus cambios, tus preguntas, tus dudas. Pero, sinceramente, preferiría poder evitarlo.

El señor Who se incorporó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué harías si pudieras volver atrás? ¿Volverías a adoptarme? ¿Harías aquel viaje en mi busca?

Maribel observó a su hijo con incredulidad.

—¿Por qué te haces todas estas preguntas? ¿Con qué sentido? Por supuesto que sí; eres mi hijo, te quiero, y me siento orgullosa del hombre en que te estás convirtiendo, es solo que estás cambiando tan rápido que me asusta.

El señor Who se sonrojó débilmente, apartó la cara, visiblemente incómodo. De reojo consultó la hora en el reloj de la pared.

—Lo siento, discúlpame. Tengo algo que hacer —dijo, saliendo de la cocina.

Aunque las luces de las farolas permanecían encendidas, en la calle ya brillaba una cierta claridad natural. Un camión de la basura cargaba un contenedor mientras a

pocos metros una señora paseaba a su perro de raza Yorkshire, arrastrándolo más bien, con una pequeña cadena. En la parada de taxis dos hombres discutían a media voz intercambiando pitillos, y el quiosquero del lado derecho de Puerta del Sol cortaba los precintos de la prensa amontonada. El señor Who no hubo de andar demasiada calle arriba hasta dar con el número 123. Un hotel barato. Llamó al interfono y a los pocos segundos una voz le indicó que subiera directamente a la terraza. El ascensor era antiguo, de los de jaula, y el edificio tenía portería, aunque permanecía cerrada.

Mientras el ascensor iba remontando traqueteante planta tras planta, trató de imaginarse qué clase de cita iba a encontrarse. La experiencia le decía que hacer elucubraciones al respecto solía ser una pérdida de tiempo, pero era inevitable cierta dosis de ansiedad en los minutos previos. Normalmente, los clientes que buscaban experiencias más agresivas o extrañas solían desplazarse al local oculto tras el restaurante de Chang, más discreto. Nadie quería arriesgarse a que los gritos alertaran a un vecino bienintencionado que diera aviso a la policía. Que este hubiera preferido una cita en un hotel del centro lo tranquilizaba, al menos en parte. Tal vez se trataba de algún pequeñoburgués, o de alguien con una profesión independiente, un médico, un abogado, un escritor o un músico. Tratar con esta clase de clientes no era difícil, y en cierto modo llegaba a resultarle incluso agradable. Solían ser mucho más convencionales en sus apetitos sexuales de lo que sus profesiones liberales hacían presumir.

Tenía experiencia con cierto cantante de éxito, cuya fama de díscolo y militante en cualquier vicio que pudiera imaginarse lo acompañaba a modo de promoción en sus giras y discos, pero que, sin embargo, en la intimidad, se desvelaba como un gato pequeño y manso, necesitado de los mimos que su fama de maldito le impedía obtener sino en la clandestinidad. Who sentía aprecio sincero por este cliente, que prefería tocar para él suaves baladas con su guitarra española a números estrafalarios y agotadores, y que antes de pagarle le hacía prometer, no obstante, que haría correr la voz de que era el putero y juerguista más degenerado de todo Madrid.

Con la esperanza de encontrar algo similar, abrió la rejilla del ascensor cuando este se detuvo en la última planta. La puerta de la habitación estaba entreabierta, pero aun así Who llamó con los nudillos.

—Estoy aquí, en la terraza —le indicó una voz femenina, desde el fondo.

De modo que se trataba de una mujer, pensó Who. Bien, no era algo tan inusual que una mujer reclamase sus servicios, y en esencia, tampoco difería demasiado de lo que pudiera esperar de él un hombre.

Pasó de la claridad del exterior a la penumbra interior en un abrir y cerrar de ojos. Flotaba en el aire el aroma de café recién hecho y de jabones de baño. Contra lo que hacía prever la fachada ruinosa del hotel, la habitación era bonita, un tanto

minimalista, lo que le dio a Who la impresión de frialdad: paredes blancas y desnudas, muebles baratos. Estaba sintonizado el canal de música de la televisión y sonaba una pieza de la violinista Vanessa Mae con arreglos de Vangelis.

La mujer estaba apoyada en la barandilla de una pequeña terraza con la mirada concentrada en el horizonte grisáceo de Madrid y en el bosque de afiladas y caóticas antenas.

—Una vista hermosa de la ciudad —dijo, a modo de saludo, el señor Who.

Ella no se volvió inmediatamente, sino que asintió, acariciándose los brazos desnudos. Lentamente giró el cuello mostrando el perfil de su rostro un poco abotagado por el sueño y el pelo revuelto sobre la frente. Vestía un camisón de tirantes de color carmesí que concretaba una fisonomía que empezaba a perder firmeza en sus formas. Iba descalza y apoyaba la palma del pie derecho sobre el empeine del izquierdo. Al señor Who le llamó la atención que cada uña de los pies estuviera pintada de un color distinto. Aquella mujer debía de resultar un tanto estrafalaria, y eso le gustó.

—En las fotos pareces mayor —dijo ella con vehemencia. Examinó a Who con una mezcla de tristeza y determinación—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro —mintió Who sin parpadear. Sabía que esa edad intermedia alejaba todos los prejuicios, y podía aparentarlos sin problema alguno—. Pero si lo prefieres, puedo marcharme —añadió con un punto de malevolencia.

Ella le devolvió la mirada de modo ambiguo, hasta que dibujó una sonrisa clemente. Extendió la mano y atrajo hacia sí el cuerpo del joven. Realmente era mucho más hermoso de lo que las fotografías de la web prometían. Al acariciar su rostro andrógino sintió una punzada de remordimiento, de hastío, pero dejó eso atrás cuando él la atrajo por la cintura y la besó lentamente en el cuello.

—Quiero que me beses en la boca. ¿Entra eso en tu tarifa? —preguntó ella con una crueldad contenida, que, en realidad, era como la mordedura de un perro contra su cola.

El señor Who contempló aquellos ojos semiocultos bajo unas profundas ojeras y se encogió de hombros.

—Besar en la boca es algo muy íntimo, casi tanto como decir en voz alta el propio nombre ante un desconocido.

—Me llamo Rocío, ¿es suficiente para ti?

El señor Who posó la yema de sus dedos sobre el vientre de la mujer a modo de respuesta. Luego la besó en los labios y sintió que ella le correspondía con impaciencia.

Ciertos amantes aman con una cólera velada en sus gestos, culpándose secretamente por ese momento de gozo que se conceden, abrasados por las dudas y los reproches. Así se entregaba la mujer en el sofá de la habitación. Ni siquiera

permitió que el joven prostituto le quitase el camisón. No quería concederle nada de su intimidad a aquel desconocido, que no tardó en desmontarla con sus movimientos insolentes y sus miradas.

Who la observó detenidamente. Ya no era joven, y no se conservaba bien; probablemente se había acostumbrado a la comodidad del mercadeo, a la negligente dejadez de los sentimientos y a la despreocupación de no dar nada que no quisiera dar y de poder, a cambio, exigirlo todo. Pagar por tener sexo le confería ciertos derechos que la excitaban, la certeza de saberse un objeto, un obstáculo en el camino del amante contratado hacia su fin, el dinero que esperaba sobre la mesa. El deseo era, por tanto, carnal; el sexo era práctico, la piel se sobreexcitaba, pero el corazón se mantenía a resguardo, a salvo de nuevas y viejas heridas.

—¿Todo va bien? —preguntó el señor Who. Conocía ese sentimiento abstracto, esa rigidez en las caderas, esos besos demasiado parecidos a mordiscos y esa indiferencia ante sus caricias. Lo entristecía comprobar que por más empeño que pusiera, no lograría romper el témpano de hielo en el que alguien debió de congelar el corazón de esa mujer tiempo atrás. De modo que lo único que podía hacer era aplicarse mecánicamente, ser concienzudo en la técnica y diestro en el desarrollo. Un orgasmo, tal vez dos, y nada más. Era cuanto se le pedía aquella mañana.

—Estoy perfectamente —dijo la mujer, quitándose las bragas—. Ahora, ¿podríamos follar y dejar de hablar?

Who se encerró en sí mismo como una concha que se cierra para hacerse invulnerable. Apenas se desnudó, ella solo le rompió algunos botones de la camisa dejando a la vista parte del torso tatuado y le liberó la verga sin permitirle quitarse los pantalones ni las botas. Cuando terminaron, ella se apartó con el rostro crispado. Si había gozado con el encuentro, no lo demostraba en absoluto.

—¿Puedo usar el baño? —preguntó Who. La mujer señaló con displicencia una puerta al final del pasillo.

El señor Who se encerró en el baño y se contempló en el espejo con una mirada sombría. Después de hacerlo, durante unos minutos se sentía profundamente perdido y vacío, como si lo abandonase el flujo de sangre. Luego, poco a poco, regresaba la circulación a sus venas y el color a su piel. «Tarde o temprano —se dijo— debería dejar de trabajar para Chang». Pero todavía le faltaban varios miles de euros para juntar el dinero que necesitaba. Y Mei lo necesitaba.

Volvió a la habitación. La mujer fumaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas sobre el colchón. Le caía un tirante del hombro, dejando a la vista parte de su busto. Junto a la colcha estaban doblados los billetes. El señor Who se acercó y los guardó sin contarlos.

—Te dejo una tarjeta, por si me necesitas.

La mujer asintió muy lentamente, sin mirarlo. Entonces Who se dio cuenta de que

estaba llorando.

—¿Te encuentras bien?

La mujer ladeó la cabeza y lo miró con hondura. Con un movimiento muy lento se desembarazó del otro tirante del camisón y lo dejó caer sobre su cintura, mostrando un pecho caído de pezón sonrosado y una cicatriz donde debería haber estado el homónimo.

—En realidad, no me llamo Rocío. Me llamo Graciela.

Who alcanzó la calle con alivio. La acera estaba acabada de regar, y dos putas recién echadas a la calle se ofrecían con unos ceñidísimos vestidos rojos llenos de manchas y unas botas de mosquetero de charol barato con tacones de vértigo.

«Todos estamos solos. Absolutamente solos», pensó.

Capítulo 5

El ama de llaves lo saludó con una sonrisa de reconocimiento y lo llevó directamente hasta una sala en la que Eduardo no había estado anteriormente. Sonaba *Claro de Luna* de Debussy, pero el piano de cola que presidía la sala estaba callado, lo que causaba una extrañeza mágica. Sobre una finísima capa de polvo, en la tapa del teclado habían quedado impresas las huellas de cuatro manos. Podía imaginar que aquella pieza la interpretaba un dueto de fantasmas y que sus dedos invisibles quedaban delatados por el polvo. Gloria estaba apoyada en una librería, leyendo algo. Al ver a Eduardo forzó una sonrisa y guardó aquel papel en el secreter.

—Pensé que no volvería, que se fue con la convicción de que estoy completamente loca.

—He decidido aceptar su encargo —respondió Eduardo, obviando ese pensamiento.

—Me alegra oírle decir eso. ¿Un cigarrillo? —Gloria le alargó una cajetilla de una marca húngara, se los hacía traer expresamente de Budapest, y se sentó de lado en el borde de una silla que parecía bastante incómoda. No era una postura adecuada para confidencias. Gloria tenía el cuello arañado y un moratón bajo la oreja. En los brazos había otras marcas, como si la hubieran sujetado con mucha fuerza.

—¿Ha tenido un accidente? ¿O tal vez he llegado en mal momento?

—Nunca hay malos momentos para recibir lo que se espera, Eduardo —contestó ella de modo críptico.

Eduardo carraspeó y apoyó el peso de su cuerpo en la rodilla sana. Gloria no le había invitado a sentarse. Por el contrario, lo examinaba desde una distancia un tanto frívola. Desconocía la causa de aquel cambio con respecto a su primer encuentro, pero procuró disculparla; uno tiene predisposición a pasar por alto las ofensas cuando el ofensor nos atrae. Y aquella mujer le atraía profundamente, aunque no sabía exactamente por qué razón.

—No le puedo prometer nada, Gloria. Tal vez no deba esperar de mí más de lo que puedo ofrecerle. Aunque lo intentaré.

Gloria lo miró como si él fuera la pieza a cobrar de una cacería; un animal del bosque insignificante, aturdido y acobardado por los ladridos de los perros y el ruido de montería.

—Si vas a trabajar para mí, será mejor que comencemos a tutearnos.

Durante las tres semanas siguientes Eduardo visitó aquella casa prácticamente a diario. Gloria lo recibía normalmente de buen humor, a veces en alguna estancia de la casa o en su despacho, y otras, cuando el tiempo cambiante de febrero lo permitía, en el desolado jardín que rodeaba la casa y que se perdía por un estrecho sendero hacia

una alameda cercana con un riachuelo y un puente de piedra mal conservado. Unas veces hablaban de arte, de pintura, de música o de cine, otras se perdían en anécdotas cotidianas, en hechos de actualidad por los que fingían sentirse interesados. Pero, de un modo u otro, rodeaban sus tormentos, las úlceras que asomaban en su piel como hacían con los recodos del riachuelo.

A Gloria le costaba hablar de lo que la estaba matando, el dolor por la pérdida de Ian, su hijo. Pero aún más, no encontraba palabras para esa otra clase de dolor más profundo y enquistado que Eduardo entreveía en sus silencios. Existen personas que son capaces de sufrir sin darse cuenta durante toda una vida, que pueden morir sin descubrir la razón de ese peso que lastra los días, ese malestar inconcreto que las hace volverse hurañas y a veces mezquinas, y las dos cosas: infelices. Personas que viven en la ignorancia del origen de ese dolor íntimo, privado, que por cotidiano se asume con normalidad, como las jaquecas o el dolor de espalda. Pero puede ocurrir algo, tal vez siendo ya tarde para remediarlo, que de pronto dé la clave de ese dolor, sin tiempo a repararlo.

Una mañana, temprano, salieron al jardín trasero y caminaron hacia un quiosco de música que debía de hacer mucho tiempo que no se utilizaba. Las escaleras de madera estaban llenas de grietas y el techo cónico presentaba grandes agujeros. Gloria se aferraba al antebrazo de Eduardo sin apoyar en él el peso de su cuerpo, más como un gesto de complicidad que como una muestra de desvalimiento. Aquella mujer podía parecer muchas cosas, nostálgica, tal vez triste, pero desde luego no inspiraba la necesidad de socorrerla. Simplemente, en ocasiones las mujeres fingen debilidad para que los hombres no se sientan amenazados.

Eduardo se dejó llevar dócilmente a un banco bajo una encina de tronco seco y retorcido. Sintió el impulso de acariciar el perfil hermoso de Gloria, tan similar, tan distinto al de Elena, pero la cobardía amartilló sus dedos al fondo del bolsillo de la chaqueta. Durante unos segundos, ambos miraron al frente, muy cerca el uno del otro, sin decir nada. Eduardo escuchaba el latido de su corazón desacompañado con el de Gloria, ritmos diferentes de respiración.

—A veces vengo aquí y pronuncio en voz alta el nombre de mi hijo —dijo repentinamente Gloria—. Parece como si al hacerlo invocase su presencia, es de locos, lo sé. Pero, sin un nombre que repetir no quedaría rastro alguno de su paso por el mundo. Cuando lo llamo, su cara se me aparece entre los árboles, en una habitación, a veces sentado entre las primeras filas de butacas durante un concierto. Veo su rostro de niño, sus rizos rebeldes que no había manera de domeñar, acaricio el terciopelo de sus ojos, me dejo acunar por su voz y me parece que sigue aquí, conmigo, dispuesto a enfrentarse al mundo, a ir en pos de sus sueños.

Aún podía sentir cómo se movía en el vientre, su incomodidad en el útero, su ansia por salir aquel día tórrido y extremadamente seco de 1984 en la sierra de

Cáceres. Gloria y su esposo Ian habían acudido a las fiestas patronales del pueblo de su abuela, Aldea del Campo. La encina que habían elegido aquel año los mozos del pueblo para las fiestas era de dimensiones asombrosas. El mayor tuero que se recordaba. Lo arrastraban en dos carros unidos con sogas y tirados por dos recuas de asnos hacia la plaza del ayuntamiento. Allí permanecería hasta el día de Nochebuena, entre taramas, cuando le prenderían fuego. En uno de los carros iba Ian encaramado encima de las raíces secas, grabándolo todo con una cámara móvil, entusiasmado y febril, saludando como si fuera un ministro. Estaba radiante. Gloria lo saludó con una sonrisa que le costó Dios y ayuda sacar a flote, mientras sujetaba el vientre hinchado. El bebé no paraba de dar patadas. Gloria estaba fuera de cuentas y, conforme se acercaba el momento de parir, los dolores, los ahogos y los mareos iban a más, pero procuraba disimular para no fastidiarle el momento a su marido.

De reojo buscaba entre el gentío de la plaza el indicador del dispensario médico que había visto anteriormente por si a su hijo se le ocurría desparramarse allí mismo, sobre el polvo seco y rojizo de la plaza de un pequeño pueblo de la sierra, a más de cien kilómetros de cualquier ciudad que dispusiera de un hospital mediano donde atenderla en caso de emergencia. Al principio había pensado que podría aguantar hasta la noche, hasta volver a la ciudad, donde había hospitales de verdad. Pero ya no estaba tan segura. Había sido una temeridad ocultar que aquella misma mañana en el hotel había empezado a sentir dolores un poco más fuertes de lo habitual, tal vez no contracciones aún, pero sin duda se le parecían mucho.

—Yo ya sabía que sería un niño. Nadie me lo había dicho, no permití que el ginecólogo me desvelase el sexo, movida por una especie de superstición familiar; mi abuelo siempre decía que no hay que esperar sino lo que se recibe. Pero yo lo sabía; llevaba dentro un niño saludable y hermoso que sería músico, como todos los hombres de mi familia, y como yo misma. No le había dicho nada a Ian, porque él siempre quiso una niña, y no quería decepcionarlo antes de tiempo. —No fue un secreto consciente, al menos no al principio, sino una de esas cosas que se callan porque no se encuentra el momento oportuno de decirlas.

Eduardo asintió, a pesar de no estar muy seguro de comprender lo que Gloria pretendía decirle. Entre él y Elena nunca hubo secretos.

—Lo que importaba era que mi hijo nacería y viviría muchísimos años. Eso le estaba pidiendo a la Virgen de Los Remedios, la patrona de la fiesta mayor de aquel pueblo, cuando Ian se acercó con el pelo revuelto, sudoroso y con la camisa abierta. Traía un vaso de plástico con un vino áspero y de mal beber. Pocas veces lo he visto tan feliz. Me explicó entusiasmado qué gran idea había sido subir hasta aquel pueblo remoto, estaba recogiendo un material magnífico, convencido de que lo iba a comprar la BBC; y de repente me miró y se dio cuenta de que algo iba mal. «¿Te encuentras bien? Pareces cansada». Dije que sí, que estaba bien, no quería estropearle su alegría,

pero el inicio de la sonrisa se truncó de repente en un gesto crispado.

Apenas pudo alcanzar el brazo que su asustado esposo le ofreció.

No hubo tiempo de ambulancias ni hospitales. Fue un parto largo, angustioso y agónico.

Mientras, Ian esperaba al otro lado de la puerta que separaba la consulta del resto del ambulatorio. Cuando salía la enfermera, Gloria lo veía entre los intersticios de la cortinilla. Mataba la inquietud arañando con el dedo índice la urdimbre de una silla, procurando aislarse de los gritos que se escuchaban al otro lado.

Pasada más de una hora, salió la comadrona, vestida todavía de fiesta patronal con la camisa arremangada por encima de los codos y un peto de hule salpicado de gotas oscuras. Ian se hizo a un lado, esforzándose en componer una apariencia de serenidad, pendiente de la mirada suspicaz y acusatoria de la mujer. «¿Cómo va?», preguntó con un tono neutro, como si preguntase qué tiempo haría mañana. La comadrona lo apartó con un gesto brusco, fue hasta una vitrina y cogió un paquete de gasas esterilizadas. «Mal, va mal», contestó con aire molesto, luego se calló un segundo mirando al fondo de la habitación, midiendo sus palabras para expresar con exactitud lo que pretendía decir. «¿Se puede saber en qué pensaba? Meter a una mujer en este estado por esta carretera del demonio llena de curvas y mal asfaltada. ¿Es que no ha visto que estaba a punto de parir y que aquí estamos dejados de la mano de Dios?». Ian se sonrojó. La comadrona meneó la cabeza como un carnero a punto de embestir. De buena gana le hubiera estampado un coscorrón en la cabeza a aquel cretino sin sentido común. Volvió al paritorio, pero antes de entrar ladeó la cabeza dirigiéndose a él. «La ambulancia viene de camino, pero aún tardará media hora. Si se complica más la cosa, no sé qué va a pasar. Si cree en milagros, empiece a rezar».

Gloria dejó escapar una risa irónica:

—¿Imaginar a Ian rezando? Imposible. Un anglicano sin Dios, un súbdito de Su Majestad con la cruz de San Jorge, arrogante, impredecible, arrodillado ante un Cristo de un pequeño pueblo perdido en las montañas. Eso jamás habría ocurrido. Lo cierto es que ninguno de los dos morimos aquella mañana. Supongo que teníamos demasiadas ganas de vivir, de conocernos.

Al nacer, Ian pesaba poco más que un gorrión, su cuerpecito era quebradizo, de color triste; apenas lloró. Al verlo de cerca, Gloria sintió una grieta abriéndose en su garganta.

—Supe que algo no iba bien; el médico lo cogió de entre mis brazos enseguida, muy alarmado. Tenía ese color de la ceniza reciente, esa ligereza alrededor del cuello y en la nuca. Luego, cuando le hicieron las pruebas en Madrid, me dijeron que durante el parto lo retuve demasiado y eso había causado durante unos minutos falta de riego sanguíneo.

Gloria se interrumpió y miró fijamente a los ojos de Eduardo. No había puertas en

aquella mirada.

—Le corté el riego sanguíneo a mi propio hijo, me asusté ante la posibilidad de morir con él. En aquellos instantes de pánico habría cambiado su vida por la mía, yo quería sobrevivir a toda costa. Y ahora daría mi vida porque estuviera aquí, solo un poco más. Me dijeron que aquel parto traumático dejaría secuelas difíciles de prever en Ian. ¿Puedes creerlo? *Secuelas difíciles de prever.*

Le temblaba la voz.

—Quería a mi hijo por encima de cualquier circunstancia, por encima de todo. Pero hay algo que me horroriza. Empiezo a olvidar cómo era de verdad, a qué olía, cómo era su tacto, su voz. Es eso el olvido, ¿verdad? Esa es la verdadera muerte.

Tardó unos instantes en alzar la barbilla. La mirada se arrastró hacia Eduardo debajo de unas gafas con montura de pasta que le daban un aire intelectual, de mujer inteligente y un poco altiva. Eduardo no pudo evitar pensar que estaba hermosa, con aquella expresión de *madonna* de Miguel Ángel. Aquella fue la primera vez que sintió unos deseos irreprimibles de besarla, el primer deseo erótico en catorce años por otra mujer que no fuese Elena. Nunca engañó a su esposa, ni siquiera deseó hacerlo, aunque a veces Elena lo jodiera y lo castigase por cualquier tontería, «no me toques». ¿Y ella? ¿Lo engañó alguna vez? ¿Sintió al menos la tentación, el deseo, de hacerlo? ¿Fantaseaba con otros hombres cuando estaban juntos?

Ajena a esa vorágine de pensamientos que despertaba en Eduardo, o quizá solo fingidamente ausente, Gloria fue al secreter y le mostró lo que había estado leyendo al entrar él.

—Es una carta del hombre que mató a mi hijo. La trajo el cartero:

Gloria (qué estúpida esta duda de no saber cómo dirigirme a usted, si debo anteponer Señora, Apreciada, evidentemente eso no, si es mejor mantener la distancia del trato distante o proponer un acercamiento a través del tuteo...).

Posiblemente, a estas alturas ya sepa que el Consejo de Ministros ha firmado favorablemente mi informe de indulto. Agoto mis últimas horas, mis últimos minutos en esta celda, y lo hago escribiéndole esta carta antes de que amanezca, mientras mi compañero de encierro ronca en la litera de arriba y la luz de los focos del patio es lo único que puedo utilizar para guiarme en el papel. A lo lejos escucho el ladrido de un perro, parece furioso con algo, tal vez sea por culpa de la luna inmensa que aparece mordida detrás del muro. También escucho algunas toses, murmullos de conversaciones desveladas; realmente las paredes de las celdas no son tan gruesas como cabría suponer. Y quiero escribirle aquí, ahora, bajo las mismas sensaciones que he vivido estos años, en el mismo escenario, porque tengo la certeza de que al cruzar la puerta de la cárcel todo empezará a olvidarse, en ese mismo instante en el que ponga un pie en la libertad. Pronto la marca de esta experiencia será un momento efímero, un hueco negro en mi memoria que recrearé una y otra vez hasta desfigurarlo por completo, volverlo literatura, anécdotas que explicar a los que nada saben de lo que ocurre aquí.

Sé que me odia. No puede ser de otro modo, entiendo que haya luchado hasta el final, primero para conseguir la condena más dura posible y después para que no me concedieran el indulto. Es lo menos que puede hacer, lo menos que podría hacer yo si fuera usted. Así que asumo la posibilidad de que en el instante que reciba este sobre postal y vea el remitente lo rompa sin leerlo; pero confío en que la curiosidad, la misma repulsa y el desprecio que siente hacia mí la inciten a leer estas letras apresuradas. Me hubiera gustado poder decirlas ante usted, frente a frente, pero hace ya mucho tiempo

que abandoné la esperanza de que viniera a verme a la cárcel como le pedí varias veces el primer año de encierro, y mis abogados me han advertido de que tengo totalmente prohibido acercarme a usted, o ponerme en contacto, a partir del momento en el que sea puesto en libertad, así que este es mi único recurso.

Querría decirle muchas cosas, pero las palabras se vuelven feroces cuando las empuja la ira. Y usted ya ha sufrido bastante, sufrirá el resto de su vida. Como lo hago yo. Lo siento por usted, Gloria, y lo siento por mí, por nosotros. Quería que supiera que en mi libertad va mi penitencia. Las rejas en las que vivo no tienen nada que ver con el acero y no hay carcelero que pueda abrirme la puerta. Tal vez eso la consuele.

Rimbaud escribió:

*Qué es para nosotros mi corazón sino un paño de sangre
Y de fuego, y de miles de cadáveres, y de gritos interminables
De rabia, el hipo del Infierno que deshace
Cualquier orden; y el Viento del Norte permanece sobre sus despojos.*

Bórreme de su corazón, Gloria, y hágalo hoy, ahora, antes que después, antes que mi ponzoña acabe envenenándola mortalmente.

Suyo,

ARTHUR FERNÁNDEZ

Lentamente, Gloria apartó la carta de las manos de Eduardo y la estuvo mirando mucho tiempo. No la leía, solo la miraba, como si tratara de imaginar a Arthur inclinado sobre la repisa de la ventana, escribiendo bajo la luz de un foco del perímetro de la cárcel.

—Le han dado la libertad... y esto es todo lo que tiene que decirme.

Eduardo contempló largo rato esa mirada. Estaba vacía, era como una roca gigantesca que obturaba la salida de la luz. Sin violencia ni brusquedad, Gloria rasgó el folio, volvió a hacerlo repetidamente, hasta convertirlo en pequeños trozos que cupieron en su puño cerrado. Se levantó y abrió la mano. Los trocitos de papel se desperdigaron alrededor anárquicamente.

¿Qué son las palabras cuando uno no puede escucharlas? Yunque, martillos que impiden que se muera el dolor.

Gloria se equivocaba. La verdadera muerte no era el olvido, sino el recuerdo perpetuo, la imposibilidad de escapar de un instante fatídico que, a fuerza de repetirse, se acaba inventando, como una película cuyo final ya conoces porque la has visto cientos de veces, añadiendo cada vez algo más, un nuevo alfiler que ayude a mantener el sufrimiento actualizado. Eduardo querría no pensar en los labios de Elena mientras hablaba, no pensar en sus dientes perfectos... Ni siquiera podía olvidar sus dientes. Durante muchísimo tiempo conservó su cepillo en el estante, lo veía ahí cada mañana, con sus cerdas de color blanco y el mango anatómico, junto al enjuague bucal y el hilo dental. Llegó a creer que siempre se quedaría ahí, el cepillo de ella,

medio caído como un cisne en el vaso de cristal, tocándose con el suyo.

La muerte era tener atrapado en un círculo rojo el día del calendario que murieron su esposa y su hija, contar agónicamente los minutos que iban acercándose a ese momento, escuchar el tictac del reloj, como si descontar tiempo fuese lo único que podía hacer entre aniversario y aniversario. Durante catorce años.

Era verano, finales de agosto de 1991. Hicieron el amor entre las sábanas revueltas, de un modo calmoso. Eduardo eyaculó sobre el vientre de Elena y se dejó caer, con la respiración entrecortada. Ella le dio tiempo para recuperarse, fumaron un par de pitillos y volvieron a hacerlo otra vez, esta vez a la manera de Elena, de forma desmesurada, casi violenta, como una pelea donde los besos se pisaban con los mordiscos y las caricias con los gestos bruscos; un juego de fieras en que, a través de los gemidos y las procacidades al oído, entreveían las costuras que unían sus almas con más fuerza que cualquier otro lazo.

—Podríamos quedarnos así para siempre —dijo después Eduardo, cuando ya deberían haberse vestido, porque Tania estaba a punto de volver de su excursión y, sin embargo, ahí seguían, tumbados en la cama, dejando que los lazos de piel se fuesen desanudando por sí mismos, sin prisas. Eduardo alargó la mano y la posó sobre la curva de la cadera de Elena. Sus dedos resbalaron sobre el valle de su vientre hasta posarse en la vulva. Y allí se quedaron muy quietos, apenas rozando la grieta de los labios vaginales, sintiendo el calor de su sexo.

—Claro, ¿por qué no? —respondió entre risitas Elena, mordisqueándole un pezón sonrosado.

Los dos rieron con complicidad y luego se quedaron en silencio, acompasando sus respiraciones, ella con la cabeza sobre el vientre de él, él acariciándole distraídamente el hombro pecoso. Tumbado en la cama, Eduardo abarcaba con una sola mirada la naturaleza entera de su mujer. Cualquier otra cosa que no fuesen sus ojos era incapaz de expresar lo que sentía por ella; las palabras solo podían distorsionar, estropear la totalidad de esos momentos. Por eso él la miraba fijamente mientras hacían el amor, a veces despacio con una cadencia temblorosa y contenida, a veces salvajemente, siempre al impulso de las uñas de ella sujetas a su cadera. Necesitaba mirarla para penetrarla también con los ojos, y que ella lo mirase con las pupilas desorbitadas, como si fuesen parte los dos de la misma alucinación, para alcanzar el éxtasis, para anularse y dejar de pensar, y solo así sentir.

No era únicamente la atracción física, el deseo primitivo y visceral que Elena siempre despertó en él. Era mucho más que eso. Después de tantos años casados nada había cambiado en la esencia. Si acaso, los matices de la locura se habían suavizado, habían ido limando las aristas cortantes del desenfreno para situarse en un plano más cierto; a la exploración salvaje de los primeros años, al deseo de conquistar aquella

geografía a golpe de machete, había sucedido un aprendizaje concienzudo, una metodología de mapas, valles y ríos que desgranaba anotándolos como un topógrafo en su mente. Las sorpresas ya no eran abruptas y desconcertantes, sino un descubrimiento de cosas distintas, como hilos de agua subterránea que de vez en cuando emergían a la superficie después de escarbar la tierra. No tenía necesidad de forzar el camino; él andaba y el camino se le descubría sin rubor. Y su camino era Elena.

—Podríamos vivir así siempre —dijo ella, repitiendo, evocando, en realidad, las palabras de Eduardo, vuelta sobre sus piernas. Su vestido lila flotaba colgando con dos pinzas del alambre en la ventana. El viento jugueteaba con él, lo alzaba y lo dejaba caer, permitiendo ver jirones del paisaje abrupto, las rocas, la playa, las barcas en el amarre con las estacas clavadas en la orilla. El tiempo y el espacio eran maravillosamente inasibles, los sonidos que llegaban desde el exterior venían envueltos en la sutil y hermosa luz del atardecer.

Eduardo se incorporó y buscó en la mesita un vaso de agua. Dio un largo sorbo y suspiró mirando el techo. Un ventilador de aspas largas giraba perezosamente, removiendo el aire caliente de la habitación.

—Deberíamos darnos una ducha y vestirnos. Tania estará al llegar. Por cierto, no la he visto en toda la mañana.

—Estará en el pueblo con sus amigos. Hoy celebran una fiesta de despedida. Deja que disfrute de sus últimas horas de vacaciones.

Eduardo frunció el ceño. Para él Tania todavía era ese cuerpecillo frente al que debía agacharse cuando quería decirle algo, y se refugiaba en una vaga ignorancia, en un no querer saber demasiado cuando alguna reacción de su hija le advertía que se le estaba escurriendo entre los dedos sin que pudiera impedirlo. Para Elena, en cambio, su hija se había convertido en un compendio de pequeños y grandes dilemas que debía ir resolviendo sobre la marcha. A veces resultaba una tarea agotadora e irritante, pero en otros momentos la relación con su hija estaba llena de secretas gratificaciones, de confesiones, de temores compartidos, de volver a través de ella a los cruces de caminos de su propia adolescencia.

—Tiene casi catorce años; créeme, ya sabe más de lo que su carita aparenta.

Tania regresó entrada la noche, pero eso no fue lo que más enfureció a Eduardo, que estaba terminando de guardar sus libros en la bolsa de viaje, mientras Elena colocaba las sillas de la cocina encima de la mesa.

—Apesta a tabaco y alcohol. ¿Se puede saber qué clase de fiestas montan tus amigos?

El carácter de Tania estaba mucho más allá del aire transitivo de su padre. De respuesta rápida y deslenguada, no eludía el conflicto, incluso buscaba cualquier

excusa para medir sus fuerzas, inconscientemente, creyendo que el mundo solo era el decorado donde escenificar sus deseos. Pero aquella noche no midió bien su reacción. La transición del ambiente festivo entre amigos, música, algún canuto y algo de ginebra hacia el domicilio paterno fue demasiado brusca, como si no le hubiera dado tiempo a cambiar el registro, a ponerse el vestido apropiado.

—Déjame en paz, ya no soy ninguna niña que tenga que aguantar sermones de un pelmazo.

—¡A mí no me hables así! Te estoy pidiendo una explicación.

—¿Y cómo quieres que te hable, con el vocabulario de los sordomudos? Porque eso es lo que pareces.

El bofetón llegó de la nada, rasgando el aire como un silbido, y se estrelló con furia en la boca desprevenida de la muchacha. Tania dio dos pasos hacia atrás, empujada más por la sorpresa que por la virulencia del golpe. Un penoso silencio se adueñó de los tres, como si nadie, y Eduardo menos que ninguno, esperase lo ocurrido. Contempló su mano como un ente ajeno que hubiese tenido voluntad propia durante una décima de segundo. Elena se quedó quieta con un gesto crispado en la boca y Tania balbuceó algo que su padre no quiso oír pero que era perfectamente entendible, «eres un hijo de puta», antes de correr a su habitación y dar un portazo que hizo temblar los cimientos de la casa.

—No sé lo que me ha pasado —murmuró Eduardo, mirando a Elena.

Era la primera vez que le ponía la mano encima a su hija. Y con todo, lo peor no era el hecho, o si ella lo merecía o no, o el arrepentimiento instantáneo. Si hubiera podido volver un minuto atrás, sin duda habría frenado el gesto. Lo que no estaba dispuesto a confesar, ni siquiera ante sí mismo, era que había experimentado una absoluta sensación de desahogo al darle el bofetón a su hija.

Elena se quedó mirándolo con algo suspendido en los labios, una palabra o un comentario que pugnaba por salir pero que ella trataba de contener entre los dientes.

—No vuelvas a tocar a mi hija —acertó a decir finalmente, de modo frío, cortante, sin un atisbo de comprensión.

Eduardo sintió que ese círculo perfecto entre ellos tenía los polos achatados, que las lealtades no eran tan absolutas como él pensaba.

Salieron de Cadaqués temprano, antes de amanecer. La primera hora fue tensa, Eduardo al volante, caviloso, pendiente del tráfico pero, en realidad, sumido en una confusa mezcla de sensaciones de las que le hubiera gustado hablar en voz alta; Elena miraba por la ventanilla con la frente apoyada en el cristal, sin vislumbrarse en su expresión qué podía estar pensando; y en el asiento posterior Tania se sumergía en una especie de duermevela inquieto del que de vez en cuando emergía para fulminar con la mirada a su padre a través del retrovisor.

A mitad de camino encontraron un área de descanso con una gasolinera y una

construcción con forma de cabaña de madera que era el restaurante cafetería. Estaba cerca de un pueblo en la carretera de Toledo. Podrían haberla dejado atrás, pero Eduardo necesitaba descansar. Olía a recién segado. Más allá se vislumbraba una alameda con el suelo forrado de hojas. Realmente era un lugar bonito, inesperado.

—¿Por qué no nos hacemos una foto los tres? —preguntó con un aire exageradamente festivo Elena. Tania estaba sentada en una mesa al aire libre frente a ella, entreteniéndose levantando un poco la madera reseca del tablón de la mesa con las uñas. Eduardo había ido a buscar unos bocadillos al autoservicio del restaurante.

—¿Y qué tenemos que celebrar? —le preguntó con ironía—. ¿Que tengo un padre que es un cretino?

—Podemos celebrar que tengo una hija irresponsable, que no sabe medir ni valorar la libertad que tiene, ni lo mucho que su padre la quiere; tal vez podemos celebrar también la estupidez de tu madre, que creía que eras lo suficientemente madura para afrontar que todos podemos equivocarnos. A fin de cuentas, solo eres una niña.

—¡Me ha dado una hostia! —protestó Tania.

—Sí, es cierto, y no lo debería haber hecho. Pero dime una cosa: ¿cuántas bofetadas nos das tú a diario con tus contestaciones, con tus silencios, con tus menosprecios? Y las aceptamos porque eres nuestra hija, porque así es la vida, porque entendemos que necesitas sentirte fuerte...

Tania puso cara de fastidio.

—No sigas con ese rollo, mamá.

Esta vez fue Elena la que elevó el tono de voz.

—Seguiré con este rollo el tiempo necesario y tú te callarás y lo escucharás. Te crees con derecho a juzgar a tu padre pero no sabes nada de él, no te importa. Yo conocí a ese hombre antes de que tú existieras en mi pensamiento, me duele verlo sufrir por ti, por tu egoísmo. Sé que es difícil, que debes romper cosas para encontrar tu sitio, pero podrías ponerle las cosas más fáciles, solo te pido eso. No quiero que me pongas constantemente entre la espada y la pared, Tania, no puedes forzarme a elegir continuamente entre tú y él, no es justo. Tienes toda la vida por delante, ¿por qué tanta prisa en desafiarlo?

En ese momento apareció Eduardo con una bandeja de bocadillos y algunos refrescos. Al verlo llegar, madre e hija se callaron. Eduardo titubeó unos instantes, sin saber qué hacer con la bandeja ni dónde sentarse. Elena le hizo un sitio y le acarició la pierna bajo la mesa. Aquel gesto fue para él el mejor de los antídotos.

—Creo que tu hija quiere decir algo.

Tania miró ofendida a su madre, pero Elena la conminó con una mirada inflexible.

—Lo siento papá, no debí contestarte de ese modo, pero es que a veces me irritas

tanto...

Eduardo sonrió, levantando un poco el puente de las gafas sobre la nariz. Lo peor ya había pasado.

—Creo que eso lo he oído unos pocos millones de veces en la boca de tu madre.

La paz nunca vuelve del todo después de la pelea, el sosiego ya no es el mismo, quedan cosas por decir, aristas bajo la superficie que pinchan como espinas, pero si procuras evitarlas, las cosas pueden llevarse más o menos bien. Aquel acuerdo tácito les permitió desayunar con calma, recordando anécdotas de las vacaciones, que ni siquiera habían terminado aún pero que ya se evocaban con una tristeza anticipada. Elena insistió en hacer la fotografía en la alameda, sería el colofón perfecto a unas vacaciones que con el tiempo serían recordadas con cariño, pasando por alto aquel último incidente.

—Hagamos esa fotografía. —Eduardo buscó una piedra en la que colocar el disparador automático y los tres intentaron dar con el encuadre en el que encajar perfectamente. Rieron y posaron de diferentes formas, empujándose y haciendo las bromas de siempre. Pero por mucho que rieran, Eduardo ya no olvidaría aquella extraña sensación que había sentido al darle una bofetada a su hija, el primer gesto de violencia de su vida, la extrañeza de descubrir que podía dañar a quien más quería.

Volvieron a la carretera. Eduardo conducía despacio, con la ventanilla un poco bajada para que el aire lo ayudara a mantenerse despejado, mientras una parte de sus pensamientos trataba de organizar los inevitables trámites para incorporarse a la rutina diaria, cosas insustanciales pero necesarias como poner en marcha los contadores de la luz y el gas, avisar al presidente de la comunidad para que abriera la llave del agua, hacer las coladas, guardar las maletas, lavar el coche. Elena y Tania dormían en los asientos traseros acurrucadas una sobre la otra con una manta de viaje por encima. Las contempló por el espejo retrovisor, tan distintas, tan semejantes, ahora que no podían saberse observadas, que no podían ponerse máscara alguna, que estaban a merced de sus emociones.

Y de repente, todos sus pensamientos se volatizaron demostrando lo superfluos que eran.

Un golpe violentísimo sacudió el coche por detrás y tuvo la sensación de que despegaba del suelo y de que sus brazos eran arrancados por una fuerza centrífuga extraordinaria que le impedía mantener las manos sobre el volante y los pies sobre los pedales. Al mismo tiempo, o tal vez ocurrió después pero con una inmediatez que solapaba todos los instantes, una sacudida terrible, de derecha a izquierda, de arriba abajo, lo lanzó contra la plancha del coche, contra las maletas, contra el gato hidráulico y contra algo blando que no podía ser más que el cuerpo de su mujer o de su hija, que había salido despedido hacia delante.

Una idea se abrió paso como una lengua de fuego entre el desconcierto de

Eduardo. Aquello era un accidente, estaba dentro de ese accidente, como un muñeco sin voluntad zarandeado por las idas y venidas sin control. Estaba ocurriendo.

Sintió un dolor horrible en la rodilla, un dolor tan intenso que nunca antes podía haber concebido que existiera. Hubo más golpes y, en algún instante, el cristal de la luneta delantera estalló hecho añicos. Luego, el coche se deslizó boca abajo por un terraplén, quebrando cuanto se encontraba a su paso. Y por fin todo se quedó muy quieto y en silencio.

Una quietud y un silencio irreal.

Sintió en la cara la humedad del arroyo. El agua estaba entrando por la luneta rota. A ciegas, logró desasir el cinturón, pero no podía moverse. Estaba boca abajo, la cabeza le zumbaba como una batidora, nada estaba en su sitio, los ojos no veían, las manos no tocaban. Trató de levantarse, pero algo le hizo lanzar un aullido de dolor. Un trozo de metal, puntiagudo como el remate de una lanza, le ensartaba la rodilla, cosiéndolo literalmente a la plancha retorcida del coche. Apenas podía ver nada entre el humo y la sangre, que le nublaban la vista. Tentó con las manos alrededor y notó algo rozando sus dedos. Pelos. Una cabellera húmeda, la cabeza yerta, con el cuello partido de Elena. A escasos centímetros de su cara, ella lo miraba sin vida con una especie de pudor vergonzoso. Eduardo trató de levantarse, de moverla, pero resultaba del todo imposible. Dejó caer la cabeza hacia atrás y entonces pensó en Tania. No la veía entre el amasijo de metal y plástico, cristales, ropa y humo. Intentó llamarla, pero finalmente lo único que salió de su boca fue un borbotón de sangre. Su hija no estaba en el coche.

Y entonces la vio arrastrándose como una lombriz partida en la otra orilla, dejando tras de sí un rastro de sangre. Reptaba muy despacio con el vestido hecho jirones. Al final dejó de moverse, con la cabeza y el tronco en la tierra y las piernas flotando en el cauce del arroyo. Eduardo quiso llegar hasta ella, pero tenía la pierna atravesada por un hierro y casi todos los huesos rotos. La vio moverse, reptar un poco más, y luego, se quedó quieta. Con los ojos abiertos. Se convulsionó y vomitó sangre, y no se movió más.

Eduardo solo pudo quedarse allí, contemplando su agonía con rostro impasible.

Las tres semanas siguientes al accidente Eduardo estuvo en coma inducido. Los médicos dijeron que era la única manera de poder soportar el dolor de un cuerpo que había quedado hecho puré. La lista de huesos rotos y órganos afectados resultaba pavorosa. Después de varias operaciones lograron salvar la movilidad de la mayor parte de articulaciones, excepto la rodilla derecha, irrecuperable, que iban a tener que sustituir mediante una compleja ortopedia por una prótesis. En pocos días estabilizaron el bazo y las funciones renales, y aunque seguía sondado y orinaba y excretaba sangre, al menos pudo empezar a ingerir líquidos con cierta rapidez. Los

moratones de la cara le habían dejado un abultamiento amorfo y algunos cortes en la retina del ojo derecho, había perdido varias piezas dentales y tuvieron que coserle el lóbulo de la oreja izquierda, pero milagrosamente no le quedarían cicatrices visibles, excepto algunos cortes profundos en la parte posterior del cráneo que con el tiempo se disimularían sin problemas. No volvería a andar cómodamente y le dolerían las placas y tornillos, con los que le habían recompuesto la pierna, el resto de su vida. Con todo, eso no era lo peor.

Lo peor fue seguir con vida. Poco a poco dejó de oír las voces de los enfermeros y los médicos, concentrándose en el movimiento de sus labios, en sus dientes sucios con restos de comida entre las encías, las burbujas de saliva, cosas de ese estilo. Esas desconexiones con la realidad para sumergirse en otra capa más profunda de lo que lo rodeaba fueron ganando espacio y amplitud, cada vez eran más intensas y más frecuentes, y cada vez le resultaba más complicado mantenerlas bajo control. Lentamente se fue sumiendo en un pozo negro del que nada ni nadie podía sacarlo.

Cuando lo trasladaron de la UVI a planta, lo instalaron en una habitación a solas vigilada las veinticuatro horas del día con una cámara que un celador controlaba permanentemente desde el mostrador de la planta. Cada cierto tiempo lo visitaba un psicólogo del hospital, acompañado en ocasiones por algún miembro de la Asociación de Víctimas de Accidentes de Tráfico. El equipo sanitario temía que intentara suicidarse. Le administraban diariamente una dosis altísima de calmantes y de antidepresivos que lo sumían en un letargo del que no quería salir. Apenas caminaba y se mostraba reacio a completar los ejercicios de rehabilitación que le pautaban, no comía y procuraba dormir la mayor parte del tiempo. Ni siquiera se molestaba en pedir ayuda cuando sentía el retorno de la vía de orina, la bolsa llena y las sábanas manchadas. Solo dormía y, cuando estaba despierto, se dejaba mover de un lado a otro, escuchaba las preguntas de los médicos —«¿Le duele aquí?, ¿y aquí?»— y contestaba con leves movimientos de cabeza que no significaban ni lo uno ni lo otro. Acogía sin interés las palmaditas de ánimo de los conocidos que lo visitaban, deseando que se marchasen y lo dejaran en paz.

Recordaba la última visita del agente de la policía que llevaba su caso. Era un domingo por la tarde y la planta del hospital estaba casi vacía.

El policía estaba de pie, vestido con un traje un poco arrugado, chaleco y corbata a juego. Balanceaba levemente las piernas, como si estuviese a punto de perder la paciencia. Su colonia se entremezclaba con los olores de la habitación y el resultado era cargante y desagradable. Le dijo a Eduardo que el accidente lo había provocado un vehículo que los había embestido por detrás. Las pruebas de la unidad de Tráfico decían que probablemente se trataba de un todoterreno. La hipótesis de la policía fue que el conductor se saltó un *stop* antes de impactar contra la parte lateral del coche de Eduardo a una velocidad desmesurada. Tal vez, en un primer instante el conductor se

detuvo para auxiliar, pero al comprobar la gravedad del accidente debió de asustarse y huyó. Habían estudiado las rozaduras en la carrocería del coche de Eduardo para tratar de localizar el modelo, pero el agua había echado a perder los restos recientes de pintura. No habían encontrado más que un pedazo de tulipa y marcas de neumático. Muy poca cosa, admitieron. Probablemente, jamás darían con el culpable, a menos que apareciera alguien que recordase con exactitud la matrícula o hubiese presenciado el accidente, cosa harto improbable en un paraje tan poco transitado. En cualquier caso, lo animó el agente, habían emitido avisos en las comisarías cercanas y en la prensa.

—Tal vez aparezca algo que permita dar con los culpables. Pero debe tener algo presente, Eduardo: aunque demos con él, si ha tenido tiempo de reparar su coche, será su palabra contra la suya y lo soltarán. *In dubio pro reo*, se llama el principio. Pero no se preocupe, yo no soy de los que se rinden. Me jode especialmente la impunidad, ¿sabe?

Eduardo apenas le prestó atención.

Otra mañana llegaron los funcionarios del juzgado. Traían algunas pertenencias de su mujer y de su hija en un sobre y un montón de papeles para firmar. Eduardo les lanzó una mirada breve. Por aquellos días se le había reproducido un derrame bastante feo en uno de los ojos, teñido de sangre. Apartó la mirada, asqueado, y se abrazó a la almohada. El solo hecho de pronunciar una simple frase, pedir agua, levantarse para ir al baño, lo dejaba agotado.

Vinieron los trámites para proceder al sepelio. Elena no tenía familia, tampoco tenían contratado ningún tipo de seguro para estos casos, ella era demasiado vital para pensar siquiera en la posibilidad de la muerte, de modo que se celebró una ceremonia discreta y civil. Sus cuerpos fueron incinerados y se los entregaron en una urna. Con los gastos, se fueron los escasos ahorros de Eduardo, pero nada le importaba; tuvo que ser su padre el que se encargara de los preparativos, avisar a los amigos, recibir el pésame de los allegados, encargarse de las flores y de los engorrosos papeleos en el registro civil. Entretanto, Eduardo pasaba los días postrado, mirando sin ver el mundo a través de la ventana del hospital.

Cuatro meses después le dieron el alta, con las pertenencias de sus seres queridos en una mano y la urna con sus cenizas en la otra. Los sonidos cotidianos resbalaban sobre su piel como los rayos del sol, sin tocarlo. Las voces de los transeúntes, las bocinas de los autobuses, el parloteo en las terrazas de los bares, todo llegaba a él amortiguado, como si estuviera sumergido en una piscina y apenas oyera un eco sordo que lo volvía todo irreal. Su padre lo esperaba al otro lado de la acera con la puerta de un taxi abierta. Eduardo lo ignoró y se alejó arrastrando la muleta con la sensación de ser un muerto caminando sobre la tierra de los vivos.

Dejó de pintar, de ganarse el sustento, de salir a la calle, de asearse. A veces tenía algo que después supo que eran alucinaciones auditivas que no era capaz de desligar de los sonidos comunes. Se trataba de algo real, existían los sonidos y los subsonidos, y debía estar atento a ambos. Por ejemplo, podía estar escuchando una pieza compleja de Gordon, atento a las vibraciones de la música, y al mismo tiempo una parte de su cerebro escuchaba el movimiento de las alas de una libélula rondando cerca del oído, solo que la libélula no estaba allí aunque Eduardo se creía perfectamente consciente de su aleteo. Así empezó a perder lo que no lo ayudaba a comprender, la razón. Su cabeza se volvió un cuarto cerrado y oscuro donde convivía con sombras sin nombre. Sombras que lo rozaban, que lo sobresaltaban y lo hacían saltar de la cama empañado de sudor y gritando por las noches.

Las cosas que lo rodeaban, las personas con las que se encontraba en el ascensor, en el supermercado, en la calle, las conversaciones que escuchaba o pretendía mantener, dejaron de tener sentido, eran partes de un puzle que no encajaban, matices de colores, formas que no encontraban el engranaje para crear una realidad suficientemente creíble. Pasó semanas contemplando los retratos de su otrora admirado Lucian Freud. Sus cuadros le atraían con la misma intensidad magnética de siempre, pero ahora con una especie de hechizo maligno. Intentó buscarse en ellos, pero aquellos cuadros que tanto lo habían inspirado a ser un pintor de almas, a retratar las sombras que habitaban sus modelos, lo arrojaban ahora con sus miradas frías y despiadadas a un mundo de profunda desesperación. Aquellos ojos se clavaban en él, lo perforaban y lo atravesaban con una risa sardónica. Ya no sentía que el autorretrato de Freud que colgaba en su estudio era su hermano inspirador, sino que era su verdugo. Debió de ser en aquella época cuando empezó a pensar en la manera de terminar con ese picor que la sangre, circulando por sus venas, le producía. La vida, la vida dentro de su cuerpo, debajo de su piel, lo molestaba, le resultaba ofensiva.

Capítulo 6

Arthur cruzó el amplio vestíbulo del edificio de oficinas con una tarjeta de visita en la solapa. Todo el mundo parecía ajetreado; al reconocerlo, algunos le dedicaron un saludo de compromiso, otros fingieron no darse cuenta de su presencia, si bien la mayoría lo ignoraron sin el menor miramiento. Aunque seguía siendo el socio mayoritario de la empresa, pocos creían que tuviese el cuajo de presentarse de nuevo allí al salir de la cárcel. Para los trabajadores de su propia empresa, Arthur era un apestado.

Quieto entre los locutorios, estorbando, incómodo, sin saber qué hacer, adivinó la figura enorme de Nadia Rueda. Su vieja directora de producción le hizo un gesto con el brazo en alto. ¿Se alegraba de verlo de nuevo por allí? Era difícil de saber, pero Arthur sonrió, aliviado como un náufrago que encuentra una boya en medio del océano.

—Bonito traje —le dijo Nadia, sin prestar realmente atención, estrechándole vivazmente la mano y estampándole un sonoro beso en la mejilla. Rueda era, en todos los sentidos, una mujer de lo más enérgica.

Subieron en el ascensor al último piso. Como si él fuera el invitado, Rueda le hizo pasar a su antiguo despacho y cerró tras de sí con un golpe de talón. Arthur observó la que había sido su mesa de trabajo. Rueda la utilizaba ahora para apilar expedientes.

—Desde que tú te fuiste, nadie mejor que tú; suena como la letra de un jodido bolero, pero es la verdad. Pensaba que te tomarías unos meses sabáticos; todos lo pensábamos, por aquí.

—Después de todo, esta sigue siendo mi empresa en un ochenta por ciento, ¿verdad? —respondió Arthur—. Quería ver cómo siguen las cosas desde mi ausencia.

Rueda le hizo un gesto para que tomara asiento en un nuevo sillón de diseño sueco, que además de caro aparentaba ser de lo más incómodo. Arthur hubiera preferido sentarse en su vieja butaca de piel girada con respaldo de madera, quejumbrosa y delicada, pero acostumbrada a su peso. Aquella silla, sin embargo, ya no existía, debía de estar escondida en alguna parte del trastero.

Rueda lo puso al corriente:

—He organizado para esta tarde una reunión con los demás socios minoritarios y he preparado un resumen de los libros contables para que puedas estudiarlos con el asesor fiscal. Verás que las cosas van moderadamente bien. —Rueda abrió un cajón, sacó una hoja de papel y la dejó encima de la mesa, señalándola enfáticamente con la uña. Los golpecitos secos del esmalte sobre el papel se metían en el tímpano de Arthur como una abeja frotándose las patas.

—Has hecho un buen trabajo, aquí, Nadia.

Rueda se sentó en el pico de la mesa con los dedos cruzados sobre la entrepierna

con cara de sacerdotisa a punto de dar una mala noticia; alzó la mirada hacia el reloj de pared que había detrás de ellos, y luego sus ojos retrocedieron y se clavaron en Arthur.

—En realidad, yo he hecho muy poco. Cuando te encerraron le diste plenos poderes a Diana. Ahora es la filial de Estados Unidos la que gestiona tus negocios, yo estoy atada de manos; me limito a deglutir lo que ella mastica para nosotros.

—Hice lo que creí más oportuno, pero eso no significa que te haya apartado, sigues siendo muy importante para mí —respondió Arthur, con una corrección exasperante y poco firme.

Rueda soltó una carcajada hiriente.

—No necesitas ser cumplido. Las gordas seniles somos un estorbo en todos los sentidos. Es una putada hacerse vieja, ¿eh? Piensas que nunca va a pasar, y de repente: ¡zas!, aparece una de esas panteras negras, guapas y siliconadas hablando spanglish y ya te han borrado de la lista. Pero todavía no estoy muerta, joder...

—Nadie ha dicho lo contrario —afirmó Arthur.

Rueda tragó saliva.

—Supongo que te sientes traicionado, y no puedo culparte. Estuve a punto de ir a verte a la cárcel, varias veces, pero al final no tuve ovarios para hacerlo. Las imágenes de esa niña de seis años, las del muchacho aplastado debajo del coche, y tú saliendo esposado y borracho. Joder, Arthur, lo que hiciste, lo que pasó... Todos llegamos a pensar que te habías convertido en un hijo de puta.

Arthur escuchaba sin pestañear. No traslucía ningún tipo de emoción. Sabía lo que pensaba Nadia, como los demás. Incluso las mejores personas, las más fieles y honestas como ella, se preguntaban cómo pudo haber caído tan bajo; tal vez hacían sus cálculos para descubrir atemorizados que también podría pasarle a ellos; una mala racha, un gesto de desesperación, y todo se perdía: el trabajo, los amigos, las relaciones, la lucidez.

—... Pero fue un accidente, y no debería haberte juzgado, al menos yo no debería haber caído en eso, después de conocerte desde que empezaste a levantar esta empresa.

—Eso ya pasó, está superado —dijo Arthur, forzando una sonrisa que pretendía ser amistosa.

Rueda asintió sin creerlo. Estaba dolido, se sentía traicionado. Lo veía en su mirada nublada.

—¿En serio? Por aquí dicen que tienes pensado sacar a pasear la guadaña, y desde que saben que saliste de la cárcel muchos han empezado a recoger sus cosas. Yo ya tengo la mitad empaquetada.

Arthur apartó la mirada hacia la ventana. La luz del día le recordaba a los días anodinos en la universidad, cuando se le perdía la mirada detrás del invierno, incapaz

de escuchar al profesor de griego que se desgañitaba tratando de hacerle comprender la importancia de un discurso de Platón en el progreso de la dialéctica moderna: «¿No le interesa lo que explico, señor Fernández?», le asaltaba la voz del profesor, que temblaba de impotencia ante un alumno de espíritu distraído pero de un talento innegable. La voz de su directora era también esta lluvia, esa voz que recogía los pensamientos a la espera de que amainase.

—Necesito volver a la circulación poco a poco. Después ya veremos. Pero ahora necesito algo de ti, algo inmediato, y que no tiene exactamente que ver con tus tareas habituales.

—Si me vas a pedir sexo, te advierto que estoy sin depilar —soltó Nadia Rueda, sin demasiadas contemplaciones.

Ambos rieron y esa risa pareció devolver las cosas a su sitio.

—En la cárcel compartí celda con un preso llamado Ibrahim. Me salvó la vida, le prometí que iba a ocuparme de su situación procesal. Quiero saber qué opciones hay de sacarlo de la cárcel. Me gustaría tenerlo cerca.

—¿Qué delito ha cometido tu amigo?

Arthur se encogió de hombros.

—No me importa lo que haya hecho, Nadia.

—No le debes nada a ese hombre. Tú no eres un presidiario; manejas una empresa que genera millones de euros en inversiones: mándale una caja de bombones con una nota de agradecimiento, pero no te mezcles con esa gente.

Arthur recordó las palabras de su madre cuando era niño, un *piéd noir*, hijo de un teniente encarcelado en Francia por terrorista, pero hijo de un militar, al cabo. Los hijos de europeos no podían bajar a la *casbah*, ni corretear junto a los muros de la mezquita de Djemmá el Kebir con los niños argelinos autóctonos. Su madre, sus hermanos y él mismo vivían de lo que lograban vender en el mercado de la Tríada: bobinas, pilas, muebles de la casa, incluso la ropa; apenas les llegaba para comer, no había electricidad en la casa, ni teléfono, pero eso no importaba.

En el miserable apartamento donde vivían había un retrato con flores del general Sagan firmado de su puño y letra: «*Semper fidelis*». En el armario su madre guardaba los trajes de gala, los uniformes de campaña, las botas embetunadas, las cinchas de cuero tan lustrosas como las hebillas y un sinfín de condecoraciones de su padre por sus acciones en la guerra de Argelia... No tenían qué comer, pero «Francia ama a sus hijos aunque se descarríen», decía su madre cada vez que recibía el miserable cheque en francos que el Estado seguía enviando, nadie sabía por cuánto tiempo. Y por ello debían mantenerse fieles al ideario del teniente Fernández: ellos no eran chusma, eran distintos, eran mejores, y no debían relacionarse con esos piojosos del puerto que se colgaban de los camiones de abastos para robar una manzana o un pedazo de jabón mientras enarbolaban la bandera del FLN y cantaban aquel ridículo himno de los

parias de la nueva Argelia.

Había pasado mucho tiempo de todo aquello, mucho. Pero, al parecer, no el suficiente.

Arthur observó con hostilidad a Rueda, una culpa de la que ella no era culpable, pero que recibía por encontrarse allí. Ya no era un niño que aceptase de buen grado consejos inútiles y bienintencionados. Aquella vieja no sabía nada, como todos los que lo habían mirado con desprecio al entrar. No podían entender las relaciones que se establecen en una celda.

—Ocúpate de ello, y hazlo prioritariamente si quieres seguir trabajando aquí. Ah, y suspende la reunión con los otros socios de esta tarde. Mándame toda la información a mi hotel. Cuando haya estudiado los libros, ya nos reuniremos. No me gusta entrar a una partida sin conocer todas las cartas... Otra cosa, cuando vuelva por aquí, quiero ver mi viejo butacón, deshazte de esta abominación nórdica.

Rueda se puso y se quitó las gafas que le colgaban del cuello por medio de un cordel fucsia con nerviosismo. Quiso decir algo, pero Arthur se lo impidió alzando la mano.

—Ahora necesito quedarme solo, si no te importa.

Descolgó el auricular y marcó un número de teléfono.

En Chicago debía de ser ya muy tarde, pero Diana estaría todavía en su despacho, forzando al máximo a sus pobres becarios, exprimiéndolos como limones con su intransigente vehemencia mientras examinaba las gráficas luminosas y cambiantes de los mercados internacionales, el cierre de las bolsas en Tokio, Sídney, Hong Kong o Londres. No tardó más de dos minutos en escuchar su voz suave, su acento inglés en un castellano que nunca había logrado domesticar a pesar de haber vivido muchos años en Madrid.

—Arthur, ya eres libre.

Arthur sintió un cosquilleo en la garganta, un calor antiguo, como el recuerdo que se tiene de una brasa ante una chimenea apagada. Pensó fugazmente en una de tantas noches frente al mar compartiendo con Diana las hermosas lunas de verano en la Costa Azul. La imaginó de cara a la orilla, fumando con la mirada perdida, sus ojos almendrados de largas pestañas, y él tras ella, estrechándole la cintura entallada, acariciando su piel negra y brillante, suave y lisa, mimándola con la mirada, pensando en la suerte que tenía de ser deseado (amar era demasiado pedir) por una mujer como Diana. Su vida de amantes había sido, durante años, solo eso, miradas, sonrisas, pocas palabras, muchas caricias. Encuentros furtivos cuando ella venía a España con la excusa de tratar algún negocio o cuando él viajaba a Estados Unidos con la misma vaga razón.

—Sí, ya he salido. Gracias por ocuparte de todo.

—¿Ha habido algún problema con el papeleo? —La voz de Diana, más que su tono, resultaba un poco apremiante; pragmática norteamericana, después de todo; parecía ocupada. Tal vez otro cliente en el despacho, no tan importante como para ignorar su llamada, pero tampoco tan insignificante como para hacerlo esperar demasiado tiempo mientras ella charlaba por teléfono. Ya no era como antes, ya no le temblaba la voz con nerviosismo de colegiala.

—El abogado que me enviaste ha resultado muy eficaz. Felicidades.

—No me las des, la minuta la vas a pagar tú. Y no te va a salir barata, te lo advierto.

Era extraño, descorazonador, que su primera conversación en libertad con su otrora amante se malgastase en un intercambio doloroso de nimiedades.

—Ni una sola visita en tres años es demasiado castigo, ¿no te parece?

Silencio. Un silencio intenso. Al otro lado del hilo escuchaba la respiración agitada de Diana, una respiración confusa, que tanto surgía después del orgasmo como en los momentos de una discusión atroz.

—No estaba preparada para lo que ocurrió, Arthur. Sigo sin estarlo.

Escuchó un chasquido. Diana estaba encendiendo un pitillo. Así que había vuelto a fumar. Le afectó que su ex amante hubiese recobrado el pulso de su vida en su ausencia. Para él no era tan sencillo. Reanudar la vida, aprender de nuevo las viejas rutinas, no resultaba ser una tarea sencilla.

Contempló su reflejo en el cristal espejo de la puerta. Estaba hecho una mierda, hasta ese instante no se había percatado de cuán profundo era su deterioro.

—Yo he cambiado, Diana. Todos lo hemos hecho.

—Tengo trabajo, aquí, ahora no puedo hablar —respondió Diana. Su voz sonó hundida y lejana.

Arthur se sintió herido. Hizo una pausa, y de nuevo volvió a sonar su voz, pero esta vez fuerte y segura; un tono imperativo de jefe que esperaba una respuesta eficiente.

—Como quieras... ¿Qué hay del encargo que te hice? ¿Cuál es la situación?

—Me estoy ocupando. Pero ya te advertí cuando hablamos la última vez: Guzmán no es una puerta que pueda cerrarse fácilmente una vez decides abrirla.

—Deja eso de mi cuenta. Manda a ese Guzmán a Madrid cuanto antes.

Faltaba, sin embargo, algo por decir, algo que Diana necesitaba saber.

—¿Vas a ir a ver a Andrea?

Arthur pensó qué responder. Era una pregunta que esperaba, obvia, pero no tenía modo de afrontarla.

—Todavía no lo sé —mintió. Por supuesto que lo sabía.

Al colgar el teléfono se sintió profundamente cansado. Si alguien hubiese entrado en el despacho en aquel instante, habría encontrado a un hombre que sin ser viejo ya

no era joven, postrado en un sillón de incómodo diseño, un rey en un trono de barro. Si ese testigo involuntario se hubiese topado con su mirada, probablemente hubiese retrocedido atribulado, cerrando la puerta con sumo cuidado. La tristeza de Arthur no era resignada, no era melancólica ni nostálgica. Era un puño cerrado que giraba en el aire sin encontrar contra quién o qué descargar.

Pidió un taxi y le mostró al conductor la dirección impresa en un díptico de papel satinado que sacó del bolsillo interior de la americana.

—Eso está a más de setenta kilómetros —protestó el taxista.

Arthur aflojó el nudo de la corbata y se concentró en las vidrieras de su empresa. Detrás de los cristales podía adivinar las miradas de sus empleados vigilándolo. Las letras del nombre societario ocupaban todo el frontal del primer piso, «Incsa», uno de los mayores gestores de fondos de inversión de la zona euro. Todo aquello le pertenecía en su mayor parte, pero nunca lo sintió como propio.

—Como si está a setecientos. Conduzca, y suba el volumen de la radio. Me gusta esa canción.

Ya nadie escuchaba a Charles Aznavour. «Mourir d'aimer». Recordaba a su madre sentada frente al tocadiscos con las cortinas echadas, apretujando un pañuelo arrugado.

Les parois de ma vie sont lisses.

Qué extraño, Aznavour, un armenio.

*Je m'y accroche mais je glisse lentement
vers ma destinée, mourir d'aimer.*

Su madre añoraba al teniente Fernández, lo lloraba como una colegiala, y poco importaba que él hubiese sido demasiado aficionado a usar el cinturón con ella misma y con sus hijos, o que el mayor hubiese perdido un ojo porque un correa mal dado le hizo estallar el globo ocular con la hebilla. Él era aquel disco, girando en la oscuridad, aquella música, aquella voz:

*Tandis que le monde me juge,
je ne vois pour moi qu'un refuge.
Toute issue m'étant condamnée.
Mourir d'aimer.*

Ya no importaba si a la hora de sentarse a la mesa lo hacía con la pistola cargada a mano, a la derecha del cubierto, mirando por la ventana como un perro acorralado, con el cañón apuntando hacia sus hijos.

Mourir d'aimer.

*De plein gré s'enfoncer dans la nuit.
Payer l'amour au prix de sa vie.
Pécher contre le corps mais non contre l'esprit.*

Su madre llorando mientras el disco giraba ondulante bajo la aguja. Sabía que un día lo soltarían, y ella estaría esperándolo, con su vestido de tirantes rojo con cuadrados blancos, con el pelo recogido como a él le gustaba. Lo estaría esperando con su uniforme planchado, sus galones en las bocamangas, los honores, las medallas dispuestas.

*Laissons le monde à ses problèmes.
Les gens haineux face à eux-mêmes,
avec leurs petites idées.*

Pero lo que llegó fue un telegrama. Dos frases cortas, escuetas. Definitivas. En 1969. Sonaba Aznavour, y de las islas del puerto subía la fetidez de un carguero de bandera egipcia. Jugaban los niños que tenían infancia en la calle, al aro, a la pelota, a pegarse, a paracaidistas y patriotas del FLN. Arthur no, él estaba sentado frente a su madre, viendo cómo tenía que sujetarse al pomo de la puerta para no desmayarse. Arthur recogió el telegrama del suelo. El teniente no estaba en la cárcel, lo habían liberado unos meses antes, pero en lugar de volver junto a sus hijos prefirió correr junto a su padre putativo, al exilio con su general Salan, a Málaga, donde se escondían los restos del OAS. Allí lo encontraron unos mercenarios armenios a cuenta del servicio secreto. Ni siquiera gastaron una bala. Lo llevaron a la playa maniatado y le rompieron el cráneo con una pala. Luego arrojaron el cuerpo al mar. Quizá la marea lo devolvería a Argel.

Dos semanas después de recibir el mensaje llegó un aviso del negociado militar. La viuda debería hacerse cargo de los gastos del entierro si quería repatriar el cuerpo. Y además, oficialmente no le correspondería en adelante ayuda alguna del Estado. Pero su madre ya no era ella, ya no escuchaba nada, ni esperaba nada. Solo aquel disco, aquella canción, aquella voz:

*Puisque notre amour ne peut vivre,
mieux vaut en refermer le livre,
et plutôt que de le brûler.
Mourir d'aimer.*

Contempló el aparcamiento casi vacío más allá del muro de hiedra, no era un muro que impidiera entrar o salir, simplemente marcaba la discreta línea entre dos realidades, dentro y fuera, allí y aquí, y la enredadera y los setos simplemente

invitaban a pasar a un lado u otro. Una suave brisa movía de un lado a otro las hojas caídas de los plataneros. Al otro lado del muro que cercaba el recinto se abría una calle con casas adosadas a izquierda y derecha, todas idénticas, con los mismos tejados de teja rojiza y los mismos muretes de piedra coronados con setos bien cortados. Exactamente la misma vista que adornaba el folleto publicitario de la residencia, como si hubiesen tomado la imagen desde esa misma perspectiva en una hora idéntica. La residencia Paraíso: un lugar idílico, y tan bueno como cualquier otro para morir sin causar demasiadas molestias.

La luz de la tarde inundaba la habitación de una tonalidad pálida y acogedora, desgajando de la realidad los objetos, que parecían perder la consistencia: la ropa de Andrea sobre la cama, el cepillo del pelo sobre el tocador con cabellos atrapados entre las fibras, los zuecos de plástico modosamente alineados frente al escalón que daba acceso a la terraza. Lo desconcertó, sin embargo, ver el crucifijo sobre el cabezal de la cama y una pequeña Biblia en la mesita de noche. También había un vaso de cristal con agua junto a un tubo de pastillas azules. Una sombra de duda se cernió sobre la expresión de Arthur. Sí, todos habían cambiado en aquel tiempo, como le había dicho unas horas antes a Diana. Andrea también lo había hecho, sin duda. Aspiró el aroma de una camisa que descansaba en el respaldo de una silla. Al menos, el olor de su mujer seguía siendo el mismo después de tres años.

Andrea estaba en el pequeño huerto, ocupándose de unas tomateras. Parecía contentarse con un pedazo de tierra en el que hundir las manos en el sustrato húmedo, cortar las puntas amarillentas de las hojas secas, regar y abonar, explorar las raíces, contemplar a un pequeño gusano reptando en el tallo. Movimiento. Sentir el flujo de algo vivo. A eso se había reducido su vida. Tenía suerte.

Apareció una chica con el uniforme azul claro de la residencia y le preguntó si todo estaba bien con una falsa sonrisa.

—Todo está bien, gracias —asintió Arthur, apesadumbrado. Todas las cárceles se parecen, no importa de qué color se pinten las paredes de las celdas.

La chica miró al otro lado de la ventana y adoptó una actitud edificante:

—Su esposa está muy contenta de estar con nosotros, pierda cuidado. Se ha aficionado a la horticultura, y la verdad es que se le da muy bien.

—Es bueno saberlo —contestó él, concentrándose en el bulto reclinado de Andrea, que ahora anudaba unas hojas a una caña clavada en el suelo.

—Está mejorando, de verdad que sí. Ahora ya casi no grita por las noches y las pesadillas remiten. Solemos pasar mucho rato hablando —añadió la chica, con un secreto orgullo, como si buena parte de esa mejoría fuese mérito suyo. Arthur la miró con rencor: ¿quién era ella para suplantarle en la vida de Andrea?

—¿Le importaría dejarme solo?

Abrió la lama de la corredera y asomó el cuerpo recostándolo en el voladizo. El

aire frío que bajaba de la sierra le dio un buen mordisco en la cara. Encendió un pitillo fingiendo no recordar que estaba terminantemente prohibido fumar en todo el edificio. ¿A quién podía importarle que por una vez no cumpliera las reglas? El mundo estaba lleno de reglas absurdas.

—Andrea...

Ella miró a Arthur como si lo viera por primera vez.

—Estás tan guapa como siempre —añadió él, mirándola con una mezcla de amor y tristeza.

Mentía. La farsa resultaba lo bastante convincente para no sentirse culpable solo si evitaba fijarse en el pijama un poco más sucio de Andrea, si negaba que tenía el pelo un poco más largo de lo habitual en ella y cortado a trasquilones, si apartaba la mirada de las uñas rotas y mordidas y si evitaba sus ojos sin vida. Aquel espectro no era más que un punto suspensivo al final de un recuerdo de otra mujer que ya no existía pese a conservar algunos rasgos de su sombra. No quedaba nada de la joven esposa de la postal, de aquel viaje juntos a Argel donde compartieron calles y recuerdos endulzados de la infancia. Atrás quedaban las noches del desierto, fumando cannabis entre alfombras de finísima arena a la luz de una hoguera que nunca se extinguía por completo hasta el alba, saciados los dos de hacer el amor al abrigo de una duna.

—Te he echado de menos.

Ella rechazó su intento de tocarla. Se notaba el esfuerzo que hacía para mirarlo con desprecio, pero no lo lograba por completo. Tal vez le pareció que Arthur estaba más delgado, y más triste, y algo mayor. Pero no dijo nada.

—De verdad, he pensado en ti cada uno de estos días.

Andrea quiso contestarle algo hiriente, insultarlo: «yo a ti no, hijo de la gran puta». Pero no dijo nada. A veces quería hablar pero se quedaba callada. No encontraba las palabras, el tono, el momento. Tal vez callaba porque el silencio llevaba implícito todo, porque se había acostumbrado a asistir a su propia vida como una espectadora de piedra. Hablar era una pérdida de tiempo. Respirar era inevitable, pero podía guardarse las palabras. Lo que ella quería era que alguien la sacase de allí, no de la habitación, del jardín o de la clínica. De su cabeza. Que alguien la arrancase de su cabeza, de su cuerpo, de su interior, y que la llevaran a alguna parte donde no existiera ninguna Andrea, porque ella ya no tenía ganas ni empuje para seguir siendo quien era ni para dejar de serlo.

Comer, levantarse, acostarse, bostezar... Ni siquiera se preocupaba por su higiene; si la asistenta se entretenía más de la cuenta hablando por teléfono con un novio puertorriqueño o se quedaba embobada delante del televisor con una telenovela, Andrea se hacía las necesidades encima. No protestaba aunque estuviera inundada de mierda, ni pestañeaba, hasta que el hedor apestoso despertaba a la

asistente que tenía que cambiarle, malhumorada, los pañales, aprovechando para insultarla, «guarra, hija de puta», y darle un bofetón si nadie la veía, ante el que Andrea apenas pestañeaba.

Y todo aquel abandono era absolutamente voluntario. Era la penitencia que Andrea se había autoimpuesto. A veces arrancaba a llorar sin motivo aparente en la sala común del centro, mientras los otros pacientes jugaban juegos de mesa, leían el diario o miraban la televisión. Se quedaba en su silla mirando por la ventana hasta que los ojos se le enrojecían y entonces las lágrimas brotaban mansamente, le resbalaban por la cara, por la nariz y el cuello y le caían sobre las manos entrecruzadas. Incluso en su mutismo, los doctores podían intuir cuándo se le iban las ganas de vivir con más fuerza; era cuando temblaba aunque la temperatura interior fuera acogedora, o cuando apretaba los labios tercamente y se negaba a ingerir la sopa que le daban. Entonces era necesario sedarla más o, llegado el extremo, encerrarla en su cuarto cuidando de no dejar nada con lo que pudiera dañarse al alcance de su mano.

A la vista de lo que el dolor había hecho con Andrea, devorarla, resultaba casi imposible recordarla sentada en el butacón del despacho de la Universidad de París, con la espalda muy recta, corrigiendo exámenes con un lapicero rojo, trazando gruesos círculos en las faltas y erratas de sus alumnos con expresión inflexible: «Estos chicos no entienden que la poesía de Rimbaud no puede ser leída con la mente exclusivamente. Solo puede comprenderse si se dejan atrás todos los prejuicios... Por el amor de Dios. ¿Qué les pasa a los jóvenes de hoy? ¿No se atreven a pensar con libertad?». Verbalizaba sus pensamientos con vehemencia, incluso cuando daban aquellos largos paseos desde la calle Saint Suplice hasta Notre Dame, que terminaban siempre en la terracita de un café en cualquier muelle del Sena. Allí pasaban las horas como si el tiempo fuese suyo, fumando al donaire, arrebujados en gruesas chaquetas y gorros y bufandas, Andrea hablando de su verdadero amor, la poesía de Rimbaud, su vida.

El papel de Arthur en aquellas rutinas consistía en permanecer expectante, pendiente de cualquier gesto suyo que le hiciera saber que necesitaba otra *demi* de cerveza o un paquete de cigarrillos que él corría a buscarle a los quioscos cercanos. «A veces, pienso que te casaste conmigo solo por mi nombre», solía bromear Arthur con ella. Y Andrea se le quedaba mirando con una especie de éxtasis místico, antes de acariciarle la mejilla con cierta condescendencia: «Y porque eres francés, y poeta», apostillaba ella entre risas. Risas que abrían el camino a todos los deseos y los paraísos que un hombre podía imaginar.

Cuando se conocieron, él tenía veinte años, acababa de ingresar en los cursos meritorios de la facultad de letras, y ella era profesora adjunta del catedrático Cochard en la Sorbona. Tenía treinta años. Pero entonces eso no pareció un

impedimento para que se enamorara perdidamente de ella. Supo, nada más verla, antes de acercarse, que era también hija de Argel. Ninguna mujer podía ser tan bella, su piel tostada, su pelo largo sembrado de copos de nieve y su boca ancha, siempre dispuesta a la risa, al verso sin el influjo de las blancas edificaciones de su añorada ciudad.

Nevaba con elegancia, en París, la primera vez que la vio. Para él la nieve siempre era una danza misteriosa de cristales que iban y venían como siguiendo el ritmo de una danza secreta, dejando las calles preparadas para una película de reencuentros y nostalgias, aunque los personajes de a pie se afanaban en protegerse con burdas orejeras y gorros de lana, insensibles al paisaje que para ellos era cotidiano y molesto. En los muelles del Sena, las embarcaciones de recreo amaraban cabeceando sin turistas, mientras los camareros de los bistrós espantaban los copos como si fuesen moscas. Entonces la vio con su abrigo largo y su gorro algo torcido, contemplando divertida el juego de un perro que saltaba intentando morder los copos de nieve que flotaban sobre su hocico. Apartada del mundo, sentada en una gradería, apenas se movía y pronto terminaría por convertirse en una estatua cubierta de nieve ella también. Durante un buen rato, Arthur la estuvo contemplando, hasta que por fin ella lo vio.

Si pudiera borrar el ahora, gozaría acordándose de las noches que la ciudad les regaló, los clubs de música más secretos, el olor de sus cuerpos sudados y risueños bailando entre las putas, que son felices al mismo tiempo que tristes, sus paseos de madrugada por el Trocadero mientras un trompetista tocaba melodías de Miles Davis, marcando el ritmo con la puntera de un zapato desgastado sobre la acera repleta de colillas humeantes. En cada esquina una historia de aceite y vinagre; se dieron besos y se amaron en escaleras de incendios de viejos edificios.

¿Dónde estaba aquella Andrea? ¿Quién era este saco de huesos, esta vieja consumida, músculos y piel sin alma que la suplantaba?

—Quiero llevarte a casa, a *nuestra* casa. Volveremos juntos a Argel.

Ella volvió la cabeza nerviosamente, como en un espasmo. Sus ojos, en otro tiempo brillantes, viajaban ahora de un lado a otro, erráticos y vacíos. Hacía un poco de frío y se apretujó los brazos contra el regazo tapándose las manos con las mangas de la chaquetilla de punto que llevaba puesta por encima del pijama. De perfil, sus pestañas caían por su propio peso, como las ramas de un árbol cargadas de fruta, unas pestañas bonitas y unos ojos de expresión muerta.

Arthur dio un paso al frente y trató de acariciarle el hombro, pero Andrea se retiró, asustada. La mano de Arthur se quedó temblando en el vacío. Tras unos segundos de vacilación, cogió la mano de Andrea y la estrechó con fuerza.

—Sé que fue culpa mía, Andrea. Si hubiera estado aquí, con vosotras, si me hubiera dado cuenta de lo que estaba sucediendo ante mis ojos, podría haberlo

evitado. Pero no he perdido la esperanza. Ahora es distinto. Conseguiré que Aroha vuelva con nosotros.

Andrea examinó los dedos de su esposo, que la aprisionaban como garras. Sentía un deseo irreprimible de abofetearlo, de morderlo y golpearlo.

Existe una parte de la verdad que no se puede medir ni calibrar, no hay modo de saber qué proporción de mentira lleva pareja. En ese instante resulta confuso mirar a quien habla, porque al contrastar la mirada con el movimiento de la boca, las piezas, sencillamente, no encajan. Sabía que Arthur le estaba mintiendo, otra vez. Tapar el hueco que había dejado Aroha con otra cosa, cualquier cosa, una casa, un yate, un coche, una joya, un estúpido libro, y fingir que no había pasado nada.

—Suéltame.

Arthur no la obedeció. Por el contrario, apretó la muñeca con más fuerza, como si quisiera imprimirle las marcas de su presencia perdida en la piel.

—No puedo cambiar el pasado. Pero lucho para recuperar nuestra familia, volver al principio, a uno nuevo.

Andrea lo miraba, pero no lo veía. La silueta de Arthur que se bordaba en sus pupilas no era diferente de las tomateras del jardín. Lentamente, abrió aquella mordaza dedo por dedo, como si fuese la mano de un cadáver con el rígor mortis. Sin decir nada, volvió su atención hacia un tiesto medio volcado e ignoró a Arthur como si ya no estuviese allí. Hizo un tremendo esfuerzo para que él no la viese llorar.

Lo último que deseaba era el consuelo de aquel hombre al que había amado con la misma intensidad que ahora despreciaba.

Sonó el teléfono de la habitación varias veces antes de que Arthur descolgase.

—¿Por qué has tardado tanto en contestar? —lo fusiló una voz desconocida, sin preámbulos. Una voz masculina.

—¿Quién es?

—¿Eres Arthur Fernández?

Arthur respondió afirmativamente. El tono de voz al otro lado del teléfono era imperativo, un español con un leve acento que no sabía situar geográficamente.

—Necesito que vayas a la Casa de la Panadería. ¿Sabes dónde está?

—Sí, claro que sé dónde está, pero si no me dice quién es voy a colgar.

—Me envía Diana. Soy Guzmán. Te espero dentro de veinte minutos. Procura estar a la hora o no me encontrarás.

—¿A qué viene tanta premura?

—Ya deberías saberlo. Me estabas esperando.

—¿Por qué no vienes al hotel?

La única respuesta que recibió fue el sonido brusco y granuloso al otro lado de la línea. Le habían colgado.

Arthur permaneció un minuto con el teléfono en la mano, mirándolo con perplejidad.

Tuvo que dar un rodeo para llegar a la plaza Mayor. Había muchas calles en obras, Madrid siempre se está reinventando, como si fuera una ciudad que nunca se da por terminada. Para colmo, topó con un gentío vociferante que bajaba hacia la sede de la Comunidad con pancartas, gritando eslóganes difíciles de entender. Había empezado a llover, pero eso no amedrentaba a los manifestantes que se protegían con plásticos y paraguas multicolores. A un lado de la aglomeración, los antidisturbios observaban la riada humana con cara de pocos amigos.

Tal vez se retrasó cinco, diez minutos. La plaza estaba prácticamente vacía. Las sillas de las terrazas se amontonaban bajo las galerías cubiertas. Algunos ociosos fumaban observando la lluvia con aire melancólico. Aquel lugar que solía estar lleno de vida, con sus cafeterías bulliciosas a rebosar y el mercadillo de los sábados y domingos donde la gente intercambiaba sellos, libros o monedas, respiraba un aire nostálgico, atrapado en las reminiscencias italianas de sus magnos edificios. Arthur buscó con la mirada la llamada, popularmente, Casa de la Panadería. Se hallaba entre las dos torres del lateral norte de la plaza, en las antiguas balconeras reales donde los reyes borbones disfrutaban de las obras de teatro o de las ejecuciones que se solían celebrar allí.

Esperó un poco, merodeando arriba y abajo, pero nadie le prestó atención. Vio pasar un par de transeúntes, una señora con un paraguas enorme que conquistaba arrolladoramente con sus varillas el espacio, un japonés que miraba el cielo con aire de sentirse estafado, un perro sucio y mojado y un par de críos que chapoteaban en los charcos. Bajo la galería arcada había pequeños locales comerciales, algunos tapiados con ladrillos y un par de ellos en funcionamiento. Antiguamente, aquellos locales de techos abovedados habían sido talleres de orfebres y artesanos, tugurios y prostíbulos, incluso celdas de la Inquisición. Arthur entró en los comercios, una pequeña tienda de baratijas y un minicolmado boliviano. En ninguno le prestaron atención. Abandonó el pórtico, furioso.

Y entonces se le acercó alguien. Era un tipo de estatura media, sin nada destacable, uno de tantos, de no ser por un detalle. La mano que sujetaba su enorme paraguas negro tenía la piel abrasada y le faltaba la primera falange del dedo meñique.

—Estaba a punto de marcharme. Llegas tarde.

Arthur sintió una repulsión casi inmediata ante aquel desconocido. Su voz, gruesa como si hablase desde el interior de una bóveda, no se correspondía con su apariencia inofensiva. Y eso era lo que resultaba inquietante y desagradable. O tal vez fuera su aliento.

Guzmán mascaba chicle de menta y fumaba tabaco negro.

—Vamos a otro sitio donde podamos hablar con calma.

Entraron en un local a pocas manzanas de la plaza. No había mucha clientela y en general daba la impresión de ser un pub que por las mañanas atraía a oficinistas y a algunos estudiantes sin ganas de estudiar. Sin embargo, el olor de las noches más febriles impregnaba las paredes y la moqueta de color mostaza de los taburetes. Guzmán se acodó en la barra con cara de disgusto, sacudiéndose el pelo como un perro. Dejó el paraguas goteante entre sus piernas y se frotó las manos.

—Qué mierda de tiempo. Uno se imagina que aquí siempre luce el sol —se quejó.

El camarero sonrió al verlos y él le hizo un gesto para que se acercase. Estaba acostumbrado a dar órdenes y a que se le obedeciera con celeridad.

Arthur pidió un café solo. Guzmán lo miró de reojo con una sonrisa burlona y pidió un doble de ginebra con dos cubitos de hielo.

El camarero no tardó ni un minuto en volver con su encargo.

—Un poco pronto para empezar a beber.

Guzmán asintió, girando su vaso de tubo y observando los efectos tornasolados que la luz de la barra dibujaba en los cubitos de hielo.

—Es un poco tarde para tomar café, y tengo dificultades para conciliar el sueño si me paso con la cafeína. El *jet lag* no me sienta bien —dijo con una sonrisa irónica.

Guzmán, si es que era ese su verdadero nombre, se asemejaba a esa clase de tipos que se dejan caer somnolientos en cualquier rincón oscuro comiendo pistachos y bebiendo sin apartar la mirada del vaso, hasta que de pronto se derrumban sobre la barra. Sacó una cajetilla de marca chilena y le ofreció un pitillo a Arthur.

—Son una mierda, pero es lo que había en mi última ciudad.

Arthur rechazó la invitación, y le advirtió que estaba prohibido fumar en aquel local. Guzmán miró a su alrededor con fingido disgusto. Encendió el cigarrillo y lanzó una bocanada al aire adelantando a modo de trampolín el labio inferior. Tenía sarro en los dientes y paseaba por la lengua el chicle.

—Qué mierda de país. Uno imagina que aquí todo es juerga, sangría y permisividad —recalcó con fastidio—. Va de mal en peor, como en los peores años de la Ley Seca. —Lo dijo como si fuese realmente un mafioso en el Chicago de los años veinte.

Sin el parapeto del paraguas, Arthur pudo examinarlo detenidamente. ¿Tenía los ojos de color miel ahora, o era la luz de la barra, su reflejo en el iris, la que lo convertía en alguien de mirada distinta? Arthur anotó mentalmente que debía preguntarle a Diana dónde lo había encontrado. No debía de haber leído una docena de libros en su vida, pero era astuto, tenía la astucia de los supervivientes. Era de esos que llaman «guapos feos», tipos con la apariencia fingidamente descuidada y con el nudo de la corbata floja. Guzmán tenía la mano derecha en un bolsillo y se escuchaba

el sonido rugoso de un papel entre los dedos. Arthur tuvo la sensación de que el tipo llevaba esperando el momento de mostrarle algo, pero que al mismo tiempo iba postergando la decisión minuto tras minuto con malevolencia. No parecía ser consciente del tiempo. La realidad se concentraba para él en la observación del líquido transparente de su vaso.

Observando su mano mutilada, con la que sujetaba el vaso de tubo, Arthur pensó en lo que le había dicho Diana.

—Diana me ha advertido acerca de los métodos que sueles utilizar.

Guzmán esbozó una media sonrisa.

—La fama es una mentira. Todas las leyendas mienten, y la mía no es una excepción. Todos inventamos la verdad en función de nuestras necesidades. No soy el monstruo que has oído; pero me basta y me resulta útil que los demás así lo crean. En mi trabajo, no eres verdaderamente importante para nadie si no tienes fama de haber destripado a tu mejor amigo. Y lo cierto es que yo lo he hecho. Además, ¿qué te puede importar a ti mi manera de trabajar? Me han pedido que venga, y aquí estoy.

—¿Te ha dicho Diana lo que quiero de ti?

Guzmán lanzó una larga bocanada hacia el techo, y a continuación se puso a darle golpecitos al mechero con la uña del pulgar, haciendo saltar chispas de la piedra.

—Quieres que encuentre a tu hija.

—¿Y puedes hacerlo?

Guzmán le lanzó una mirada condescendiente. Los tipejos ricos como Arthur podían comprarlo pero no engañarlo; lo había investigado antes de aceptar la propuesta de Diana. Los seres humanos somos impredecibles, pensó. Podemos aferrarnos a cualquier cosa, a una esperanza, a un recuerdo, a un objeto, y preservarlo con nuestra vida si con ello logramos mantener un hilo de cordura en medio de la locura. Sacó del bolsillo un sobre y lo hizo correr con los dedos hasta tocar la taza de café.

—El informe de la policía sobre la desaparición de tu hija. Unos chapuceros, como era de esperar. Según lo que pone aquí, desapareció hace unos cuatro años. Entonces era menor de edad, pero ahora debería haber cumplido los veintiuno, con lo cual, en caso de encontrarla, podría decidir voluntariamente que no quiere saber nada de sus papás ricos. Lo cierto es que la policía no se esmeró mucho en buscarla. Cuando se quiere encontrar a alguien, se encuentra. Pero tu hija ya se había escapado antes, ¿no es cierto? Con un estudiante londinense que conoció en Heathrow se fugó a Gales, aquello duró tres semanas; a los dieciséis se escapó del internado suizo donde la ingresaste para desintoxicarla, estuvo perdida cuatro meses, hasta que se le acabó el dinero de su cuenta para gastos; a los diecisiete le rompió la nariz a su profesora de equitación y estuvo desaparecida dos meses en alguna parte de Portugal... etcétera. Con esos antecedentes, y con todo lo que he podido recopilar de

sus escándalos en la prensa rosa, no me extraña que la policía pusiera por delante otras prioridades.

Arthur se enderezó en el taburete y escrutó con dureza a Guzmán. Dejó la taza de café en el platillo manchado con un surco reseco.

—Para eso estás aquí, para encontrarla y traérmela a casa.

Guzmán buscó con la mirada un cenicero. Al no encontrarlo dejó caer la colilla en su bebida y alzó un dedo pidiendo otra consumición.

—Soy bueno, amigo, pero no soy el Mago de Oz. Han pasado cuatro años.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Guzmán emitió una risita, como si le hiciera gracia un chiste privado:

—¿Buscar un conejo blanco?

El camarero volvió con una nueva composición. Parecía incómodo, carraspeó y advirtió a Guzmán que estaba prohibido fumar. Guzmán asintió muy lentamente, clavando sus ojillos en el camarero, hasta que este parpadeó, balbuceando una disculpa, y retrocedió.

—Puedo encontrarla, pero cuesta caro, muy caro. Aunque necesito saber hasta dónde está dispuesto a llegar. No me gusta dejar las cosas a medias.

—Hasta donde sea necesario. No me importa si tienes que ir al infierno a buscarla —respondió con determinación, observando la mano masacrada de Guzmán.

Guzmán hizo una mueca irónica. Imaginaba los tipos con los que aquel padre desesperado había malgastado su fortuna: manipuladores, inteligentes y sin escrúpulos, vendedores de humo espoleados todos ellos por la misma codicia. Pero él no era así. No se detenía nunca, ante nada, hasta lograr su objetivo.

—Eso puede estar muy lejos, amigo. Te sorprendería la cantidad de gente que clama por una respuesta y cuando se la ofreces no es capaz de seguir adelante. No, la sangre se enfría con rapidez, y necesito saber que eso no ocurrirá en este asunto, o de lo contrario, me marcharé por donde vine. Es bueno que rememos todos en la misma dirección, y es mejor si lo hacemos con idéntico convencimiento.

—Quiero a mi hija en casa. No hay nada más de lo que hablar.

Guzmán hizo una breve pausa para beber un trago. Chasqueó los labios y asintió con decisión. Tenían un acuerdo, entonces.

—Podríamos empezar por ti: he oído que tuviste un accidente muy feo. Murieron un chico y una niña.

Las palabras de Diana volvieron a resonar otra vez en la cabeza de Arthur. Guzmán era una puerta que no podría cerrar a su antojo una vez abierta. Se sacudió aquella voz de su cabeza.

—Eso no tiene nada que ver, y además no es de tu incumbencia.

Guzmán negó lentamente con la cabeza.

—Todo tiene que ver, estamos conectados, el efecto mariposa y todas esas

zarandajas, ¿no te habías enterado? Y además: de ahora en adelante, y hasta que encuentre a tu chiquilla, todo lo que te afecte es de mi incumbencia. Así que adelante, cuéntame tu versión de lo que pasó.

Arthur se quedó pensativo. Alzó la mano y pidió una cerveza.

—Creo que fumaré uno de tus cigarrillos.

Guzmán le tendió el pitillo.

—... Por cierto, ¿Tagger no es un apellido judío?

Capítulo 7

El Español era una pieza única, un Stradivarius fabricado entre 1682 y 1687. A través de distintos períodos, aquel violín había pertenecido a la familia Tagger durante más de cien años. En las postrimerías de la II Guerra Mundial se había perdido, hasta que Gloria A. Tagger había logrado recuperarlo para el patrimonio familiar de un modo casi casual. Y, de repente, lo había cedido, a cambio de una cantidad de dinero cuya cuantía no había trascendido, a la colección de Stradivarius Palatinos del Palacio Real. Gloria no necesitaba el dinero, así que nadie acertaba a comprender por qué había decidido no volver a tocar nunca más con aquella pieza única y asombrosa, en cuya búsqueda se habían dejado parte de la vida su abuelo, su padre y ella misma.

Los técnicos de Patrimonio Nacional abrieron la urna con delicadeza, utilizando guantes. A pesar de los certificados de autenticidad y de la documentación que ya se había analizado por parte de expertos, debían realizarse unas pruebas de certificación adicionales. Un Stradivarius era un objeto casi litúrgico, aún más, casi alquímico, y como tal lo trataban. Sus características sonoras se consideraban únicas, aunque los exámenes de rayos X y los análisis del espectro de barniz de su superficie revelaban que no siempre había sido tratado con tanto mimo. El violín había sido sometido a severos cambios y modificaciones desde su origen, había sido sustituido, en fechas posteriores, el mango, el cordal y las cuerdas, además de ser barnizado periódicamente. Lo único que se conservaba intacto, y aun así magullado por cicatrices que revelaron los estudios, era el cuerpo de madera de arce. De algún modo, aquel violín que pronto iban a llevarse en un furgón blindado rumbo a las vitrinas del Palacio Real, era un poco el mapa por el que transitaban las décadas más tumultuosas de la siempre misteriosa y poco conocida familia Tagger, que había dado, como poco, tres grandes concertistas.

Mientras los operarios hacían su trabajo ante la atenta mirada de un notario y del abogado de la compañía de Seguros del Estado, Gloria deslizó la mirada hacia una vieja fotografía enmarcada de un joven con uniforme militar alemán del período de entreguerras. Parecía un prusiano sin sentido del humor, con expresión seria, que debía de oler a tabaco de pipa y que mostraba unos bonitos dientes de ciudad, todos en su sitio, un lujo para la época. Gyula A. Tagger era su bisabuelo.

—Poca gente lo sabe, pero tengo sangre balcánica, y judía, además. Y lo más curioso es que los judíos húngaros son en gran parte descendientes de aquellos judíos españoles, sefardíes, expulsados por la reina Isabel en el siglo xv.

—Es extraño que tu bisabuelo sirviera en el ejército alemán —dijo Eduardo, que la acompañaba aquella mañana. Gloria había querido que él fuera testigo de aquel traslado, y aunque Eduardo no comprendía el porqué, entendió que para ella era

importante, de modo que acudió sin pedir explicaciones.

Gloria pareció dudar antes de proseguir.

—Así es. Renegó de su origen, como los *marranos* medievales en tiempos de los Reyes Católicos, y como todos los conversos, fue el peor de los verdugos contra su propia gente. Se cambió el nombre y los apellidos, construyó un andamiaje nuevo para su pasado, y si hubiese podido, creo que se habría cambiado la sangre. Legítimamente, este violín le pertenecía, e imagino que se estará retorciendo sus bigotes prusianos viendo lo que le están haciendo.

—Los Tagger nacieron en el lago Balatón, en la Transdanubia húngara. Para cuando yo nací, ya por el año sesenta y ocho, la historia de mi bisabuelo y de *el Español* era un cuento nebuloso. Yo, como mi padre, nací en Madrid, y no fue hasta que cumplí los veinte años, cuando el gobierno húngaro nos invitó a la conmemoración del centenario de la Orquesta de Budapest, que descubrí los detalles de mi pasado húngaro, nazi y judío.

Parecía que aquella asociación le hacía gracia, pero no era cierto. Se apartó de la mesa donde los operarios analizaban las partes del violín como si fuesen anatómicos forenses.

—Lo primero que hizo mi padre nada más aterrizar en Budapest fue llevarme a visitar la tumba de mi abuelo. Recuerdo que era al atardecer, cerca del lago; el balneario de aguas medicinales estaba cerrado y el embarcadero vacío. Las familias venidas de Budapest para tomar sus baños se retiraban a las casas de huéspedes que se extendían entre los viñedos, a la sombra de los silenciosos montes Bakony. Corría una brisa suave que balanceaba las barcas de recreo amarradas. En aquella época mi padre acababa de sobrepasar los cuarenta y cinco años. Lo recuerdo sentado en el embarcadero, mientras contemplaba el reflejo de las nubes rojizas en la superficie del lago sin ser consciente del paso del tiempo. Balanceaba los pies descalzos, sentado en los listones húmedos de la pasarela. Desde allí podía verse la orilla septentrional. En las zonas pantanosas crecían grandes cantidades de juncos y cañas, y se veían los techos de la aldea, en su mayor parte de paja. «Aquí empezó todo», me dijo, mirándome de un modo extraño. Creo que fue aquella mañana en el lago Balatón, cuando me contó por primera vez la historia de mi bisabuelo Guyla, de su hijo, mi abuelo, y *nuestro* violín.

Gloria se acercó a la vitrina donde solo quedaba la percha acolchada del Stradivarius. Sonreía mientras evocaba aquel atardecer, sentada en un embarcadero desierto junto a su padre, escuchándolo embelesada contar la historia de sus antepasados. Aquel viaje fue, por muchas razones, inolvidable.

—A principios de los años cuarenta, el ejército húngaro, aliado de Hitler, había tenido muchas bajas en el frente ruso y poco a poco la balanza se iba inclinando del lado de los Aliados, de manera que el gobierno húngaro estaba iniciando

conversaciones para firmar por separado la paz. Pese al carácter secreto de esas conversaciones, todo el mundo las conocía y la presencia alemana era cada vez más agresiva. Era cuestión de tiempo que invadieran formalmente el país, de modo que el sentimiento antigermánico era cada vez mayor. En cambio, por orden de mi bisabuelo Gyula, mi abuelo y mis tías abuelas se dedicaban a atender a soldados alemanes de sus heridas en casa. Era común ver en su casa grupos de oficiales alemanes de permiso o convalecientes. Algunos tenían la cara horrorosamente desfigurada, tremendas quemaduras o algún miembro amputado. Mi abuelo, influenciado por las ideas de su padre, no podía evitar sentir lástima por aquellos jóvenes alegres y rubios que en otro tiempo, no hacía mucho, disfrutaban de una vida feliz en sus ciudades alemanas, con sus esposas, sus novias y sus hijos.

Eduardo asintió, interesado por la historia que Gloria le contaba.

—La guerra era una desgracia para todos —dijo, recordando que su abuelo luchó defendiendo el Alcázar, mientras su hermano asaltaba esa misma colina, en la Guerra Civil.

Gloria esbozó una sonrisa.

—Pero incluso en la guerra los jóvenes tienen enormes ganas de vivir. En 1943 mi abuelo era un joven prometedor, un brillante violonchelista de la primera Orquesta de Budapest. Su padre, mi bisabuelo, había sido con anterioridad operista del canciller Bismarck, e incluso había tocado ante altas autoridades nazis como Goering y Himmler en Berlín, antes de la guerra, con *el Español*. Nadie sospechaba que el impoluto expediente militar y musical de mi bisabuelo ocultaba un remoto origen judío, él se había preocupado de borrar debidamente cualquier huella, que no pudo recuperarse hasta mucho después. Gracias a eso, su hijo estaba exento de formar a filas y disfrutaba de un permiso especial como músico.

Gloria se acercó a la ventana y apartó con dos dedos la cortinilla. Fuera seguían los periodistas con sus trípodes, sus cámaras y sus micros esperando que llegase el secretario de Cultura para dar una rueda de prensa conjunta. La entrega del violín a Patrimonio era lo suficientemente importante como para que los políticos se prestaran a desplazarse a su casa para fotografiarse con ella.

—Dime una cosa, Eduardo. ¿Alguna vez has imaginado tener otros padres?, ¿haber nacido, en vez de en Madrid, en Trípoli, pongamos por caso? Tu vida, todo lo que ahora es, lo que ha sido hasta ahora, podría haber sido distinta, tan solo con que tu padre o tu abuela hubiesen elegido a otra pareja para acompañarles el resto de sus días. Una decisión así marca el resto de generaciones, ¿no te parece?

Eduardo no había pensado en algo semejante nunca. Y así, de sopetón, era una cuestión demasiado compleja para contestarla con una simpleza. En cualquier caso, Gloria no esperaba una respuesta de su parte. Reflexionaba en voz alta.

—En aquel viaje al lago de sus orígenes, mi padre me llevó a visitar la tumba de

mi abuelo, como he dicho al principio. Pero también me llevó allí para que viera otra cosa: junto a la tumba de mi abuelo no estaba, como era de suponer, la de mi abuela. Mi abuelo había enviudado muchos años antes de morir, y yo no conocí a mi abuela, pero sabía su nombre. Se llamaba Carmen de los Desmayos y nació en Aldea del Campo, Cáceres, en 1920, en cuyo cementerio parroquial estaba enterrada. Pero la lápida que me enseñó mi padre junto a la tumba de mi abuelo era la de una mujer que se llamaba Álenka W. T., nacida en Budapest en 1924 y muerta en algún lugar indeterminado de la frontera con Rumanía en 1944. Mi padre se acuclilló y acarició la superficie mohosa que se había ido adueñando del hueco entre ambas tumbas, lo suficientemente cerca la una de la otra para darse la mano bajo la tierra.

El ama de llaves entró en la estancia, fregándose las manos con el mandil. Se quedó prendida durante un instante de las evoluciones de los operarios sin entender por qué había que tapar con una gamuza un pedazo de madera, como si fuese un crío que puede constiparse. Luego se acercó a Gloria y le susurró algo al oído que, aunque no hubiese querido, Eduardo escuchó. Alguien llamado Guzmán estaba al teléfono y quería hablar con ella. Decía que era un periodista chileno que esperaba poder entrevistarse con ella antes de regresar a Santiago. Gloria se quedó un segundo pensativa. Luego le dijo al ama de llaves que le tomase el número y le diese cita para el día siguiente.

—¿De qué estábamos hablando?

—De tu abuelo y de la acompañante misteriosa en su tumba.

Gloria retomó el hilo de la conversación.

—Alejandra, Álek, fue el gran amor de mi abuelo antes de conocer a mi abuela. Y a juzgar por su decisión póstuma de ser enterrado junto a ella, diría que siguió siéndolo durante toda su vida. Mi padre lo sabía, en algún momento mi abuelo debió de sincerarse con él, quizá después de muerta mi abuela, quizá porque siendo hijo único, mi padre era el único que podía ocuparse de que se cumpliera su voluntad de ser enterrado junto a Álek. Al parecer era una chica guapísima, alegre y despreocupada, los relojes no se habían inventado para ella, vivía en otro mundo que nada sabía de guerras, horarios, obligaciones ni convenciones. Quizá por eso la amaba tanto mi abuelo, porque era como un pájaro que iba donde sus alas le pedían. Un ser aéreo.

«Un ser aéreo», repitió mentalmente sacudiendo la cabeza. Eso era lo que había dicho de ella Ian, su esposo, la primera vez que hicieron el amor. Exactamente eso: «Te amo porque eres un ser libre, un pájaro que va donde le piden sus alas». Y ella lo había creído cuando afirmaba que pretender cambiarla sería arrebatarle lo que precisamente lo enamoraba de ella. Pero eso era exactamente lo que había querido hacer. Cambiarla. ¿Por qué los hombres que aparentaban tanta seguridad eran a veces los más débiles y temerosos?

—Alejandra corría un gravísimo riesgo adicional, puesto que también era judía, pero a diferencia de la familia de mi bisabuelo, la suya no renunciaba a sus costumbres, aunque no se avenía a tomar precauciones. Ella también era música, como mi abuelo, tocaba el clarinete; de hecho, se habían enamorado durante los ensayos de un *allegro* de Sebastián Bach. Ahora la orquesta en la que tocaba Álek se había deshecho, muchos estaban muertos, otros huidos para no ser enrolados en las filas del frente soviético y los que quedaban mendigaban por las calles y los cafés de Budapest tocando piezas de Bach, Mozart, Beethoven o de Wagner, más del gusto alemán. Álek odiaba a los alemanes, y su desprecio no era menor con respecto al traidor Gyula A. Tagger, quien, por supuesto, se negaba violentamente a que su hijo siguiera cortejándola. Su desprecio la volvió imprudente, jactanciosa hasta un punto provocativo, sobre todo cuando hablaba del padre de mi abuelo, o cuando iba a Budapest a tocar en las cafeterías donde sabía que se reunían grupos de soldados alemanes y entonaba viejas baladas magiars que los extranjeros no podían entender y en las que Álek intercalaba, sin inmutarse, insultos contra los nazis, contra su Führer o contra el presidente Horthy y sus secuaces filofascistas. Algunos la habían visto por las calles de la capital codearse sin pudor con gitanos y judíos marcados con la estrella de David en la ropa, les cedía el paso por la calle, les daba comida, ella misma se negaba a coser el distintivo de los judíos en su ropa, cosa que se castigaba severamente. Mi abuelo discutía mucho con Álek, incluso había amenazado con romper el secreto enlace acordado para una boda que año tras año se iba retrasando por culpa de la guerra. Por supuesto, amenazaba en vano, amaba a Álek por encima de todos sus defectos y se casaría con ella en cualquier circunstancia, pero era la única arma que podía hacer dudar un poco la inquebrantable determinación de su prometida de no esconderse de los nazis. Solo cuando mi abuelo amagaba con marcharse y no volver al lago, veía los ojos grises de Álek enturbiarse con la duda, pero luego ella sonreía traviesa, lo estrechaba entre sus frágiles brazos y lo besaba. «No lo harás, no puedes vivir sin mí». Y era cierto, mi abuelo no podía vivir sin ella y el temor a perderla lo llevaba al borde del paroxismo.

Gloria hizo una pausa. Uno de los funcionarios que estaba examinando con una luz especial la superficie del violín le hizo una tímida seña. Gloria se acercó. Había una quiebra bastante reciente, y por reciente podía entenderse sesenta y dos años, en la base del mástil. A simple vista, esa herida era invisible y no afectaba en nada la sonoridad o el manejo del violín, pero el operario debía anotarlo en su informe. Alzó lentamente el violín hasta la altura de sus ojos y las pupilas brillaron con el reflejo de la luz menguante y rojiza de la madera. Por un momento, el rostro de Gloria también se vio atrapado por aquella luz. Eduardo no se atrevió a respirar. Temía romperla con tan solo rozarla.

—Los nazis no tardaron en comprender las letras de las canciones que componía

en su honor Álek por los cafés de Budapest, donde se había ido convirtiendo sin proponérselo en una especie de leyenda. A finales del año cuarenta y tres, un amigo judío de Álek fue detenido por la policía de seguridad húngara. Fue cuestión de tiempo que la delatara. Ni siquiera tuvieron que torturarlo demasiado, bastó con un par de dedos rotos y un diente partido para que les dijera dónde encontrarla, denunciando además ante los agentes, por escrito, que Álek era judía confesa y que incumplía sistemáticamente todas las leyes de segregación racial. Aquella traición no salvó al delator, que fue ejecutado en el acto. Lo arrojaron desde la ventana de un quinto piso y su cuerpo se estrelló contra los adoquines duros de una calle desierta una noche cualquiera, sin emitir un solo gemido.

»Un pequeño pelotón de guardias húngaros llegó de madrugada a la aldea. No hubo tiempo para resistirse o tratar de huir. Aunque nadie ofreció resistencia, el tío mayor de Álek, un profesor de música de la Academia húngara, fue muerto a golpes de pala por los soldados, que estaban en evidente estado de embriaguez. El único delito del tío fue pedir que le dejaran coger un maletín con sus libros antes de ser arrestado. Toda la familia presenció el asesinato sin poder mover un solo dedo, paralizados por aquel horror gratuito. El padre de Álek, ya muy anciano, se tapó los ojos con sus manos sarmentosas, incapaz de presenciar cómo linchaban a su hermano, pero los guardias lo obligaron a mirar. El pobre viejo miró hasta que los ojos se le quedaron secos.

»El pelotón estaba bajo el mando de un oficial alemán de las SS que apenas participaba, observando desde el coche sin capota los acontecimientos, fumando con expresión un poco aburrída; daba alguna orden en alemán a un subalterno que este trasladaba en lengua magiar a los guardias, que la cumplían con celeridad. Era apenas un niño. Un niño rubio, de rostro cuadrado y ojos azules y fríos como el lago.

»Registraron todas las casuchas de la aldea en busca de Álek. Cuando mi abuelo oyó el alboroto, acudió a ver qué ocurría. Tenía la esperanza de que Álek hubiera corrido a esconderse en el bosque. Protestó enérgicamente ante el oficial alemán, esgrimiendo el rango de su padre, mi bisabuelo, y su buena relación con las autoridades del Reich. Alegó que aquella aldea era pacífica, que se colaboraba con las autoridades, y que incluso decenas de soldados alemanes convalecían en su casa. Pero el oficial no atendió a razones: estaban dispuestos a masacrar a toda la familia. Estaba convencido de que la tortura de los más débiles ablandaría la lengua de los hombres. Durante una hora interminable, los gritos se extendieron por toda la ribera del lago.

Gloria se quedó suspendida en el aire, flotando entre las aguas de la nostalgia y la tristeza. Sin duda, había investigado aquella historia que le contó su padre, había ahondado en los detalles. La conocía tanto que ya formaba parte de su dermis.

—Mi abuelo lo presenciaba todo, apretaba los dientes, intentaba escaparse de

aquella locura, recordar el paseo por la ribera del Danubio de la mano de Álek, los planes que tenían antes de la guerra, la casa que pensaban construir cerca del balneario. Pero los gritos no cesaban. Nadie delataría a Álek, pero todos lo miraban a él, al hijo del judío renegado, al hijo del nazi, todos le imploraban que pusiera fin a aquello. Y lo hizo: «Diré dónde se esconde. Conozco su refugio», gritó. Y luego se desmoronó sobre el suelo, llorando como un niño. Entonces, el oficial alemán bajó del coche y dio una orden en voz alta. Los soldados retrocedieron, contrariados como perros a los que se impedía morder su presa. A continuación, mi abuelo condujo a los soldados hasta una vieja mina abandonada, donde Álek y él solían tener sus encuentros amorosos. Les pidió por favor que no le hicieran daño. El oficial sonrió, lo observó con algo maléfico en sus ojos azules y ordenó la batida. No tardaron en dar con ella, y aunque no opuso resistencia, los guardias se abalanzaron sobre ella y la apalearon en el suelo.

Gloria se deslizó suavemente hacia el sofá que tenía a la derecha de la ventana. Acarició el marco tallado y plateado con el retrato sepia de su bisabuelo y Eduardo tuvo la sensación de que aquella caricia se parecía demasiado a un arañazo.

—Lo último que vio mi abuelo de Álek fue su cuerpo frágil de pájaro arrastrado por el suelo hasta el coche del oficial alemán. Su rostro estaba hinchado y sangraba como algo sin vida. Pero se las apañaba para sonreír. Una sonrisa que enfurecía a los guardias y que hacía que la golpearan con más violencia. Pero ella se esforzaba por alzar la cabeza desde el suelo y mostrarle a mi abuelo su sonrisa de niña traviesa. Nunca más volvieron a verse. Mi abuelo logró llegar a España, conoció a mi abuela, a la que nunca le habló de Álek, se casó y en 1948 tuvo a su único hijo, mi padre. Con solo veinte años, él y mi madre, una alumna del Conservatorio de Madrid que entonces tenía dieciocho años, me tuvieron a mí.

—¿Y qué fue de tu bisabuelo?

Gloria chasqueó los labios. Hizo un gesto con los dedos en el aire como si trazara un signo de interrogación.

—No me has preguntado cómo dio la Gestapo con el amigo que delató a Álek, cómo se enteraron de que era ella la que había compuesto las canciones ofensivas contra el Reich que circulaban en octavillas por las calles. Fue él. —Gloria señaló el marco de plata—. Él la denunció, tal vez movido por el temor a que mi abuelo y sus hermanas se vieran involucrados en algo que podía dar al traste con sus planes de preservación, o puede que empujado por el odio visceral que sentía hacia Álek y su familia. Mi abuelo no tardó en descubrirlo. Cuando se enteró se produjo una escena terriblemente violenta. Mi bisabuelo estaba solo en casa. Tocaba una pieza de Schubert con *el Español*, de vez en cuando lo usaba para ejercitar los dedos y que la madera no olvidase su tacto.

»Mi abuelo irrumpió en la estancia fuera de sí, le gritó, se insultaron y llegaron a

pelearse a golpes. En un arrebato de ira, mi abuelo le arrancó el Stradivarius de las manos y lo estrelló contra el suelo, rompiendo el mástil. Después de eso se marchó de casa y no volvieron a verse nunca más. Mi bisabuelo murió pocos meses después, le dio un infarto mientras paseaba por los alrededores del lago. Dicen que hubo quien lo vio agonizando y pidiendo ayuda mientras se asfixiaba, pero que nadie quiso auxiliarlo. Hoy en día está enterrado en un nicho del cementerio de la aldea, lejos de mi abuelo y de Álek.

Detrás de las ventanas se oyó el murmullo de los periodistas y un coche acercándose. El secretario de Cultura había llegado y los conservadores de Patrimonio estaban concluyendo el peritaje. Gloria tenía que bajar para la rueda de prensa conjunta.

Después de lo que le había contado a Eduardo resultaba difícil de creer que pudiera recomponer el gesto y mostrar una sonrisa radiante como lo hizo.

—¿Y qué hay del violín? —le preguntó Eduardo, cuando ella ya se encaminaba hacia la salida.

Gloria acarició la urna donde habían vuelto a colocarlo para la sesión fotográfica.

—Mi padre habría disfrutado tocándolo, pero para cuando pude recuperarlo, sus dedos ya eran como garras agarrotadas, incapaces de sostener una cuchara.

—¿Por qué te deshaces de él, ahora? Es el violín de tus antepasados. —Podría decirse que encarnaba el alma de la saga Tagger.

Gloria se frotó la sien con una mano. ¿Cómo había terminado hablando de todo aquello?

—Verás, el violín de concierto como este es largo. No es fácil de manejar para un aprendiz. Lo normal para una persona que está aprendiendo es usar uno de tamaño menor, tal vez de $\frac{3}{4}$, incluso los hay apropiados para el aprendizaje de niños. Sin embargo, mi hijo se desenvolvía perfectamente con él. Incluso habíamos estado tocando juntos, aquí mismo, en esta estancia, una pieza de Strauss que apasionaba a mi padre: *Die Fledermaus Overture*. Siempre se nos resistía cuando la atacábamos juntos, pero aquella vez fue especial, como si él, en lugar de luchar con las notas, se dejase deslizar por ellas a través del violín; fue mágico. Entiéndeme: el violín es como un caballo, un ser vivo, rebelde y orgulloso, no se deja domar por un extraño, únicamente cuando reconoce el tacto de su amo se puede sacar lo mejor de él. Eso mismo ocurrió cuando mi hijo tomó el Stradivarius de mi bisabuelo: las cuerdas, la madera, la caja de resonancia, reconocieron en sus dedos a uno de los nuestros, a un Tagger. Fue como si esa cadena rota durante décadas volviera a soldarse. Y después de aquel milagro, dos horas más tarde, Arthur Fernández lo atropelló en una calle de Madrid... Ya no puedo tocarlo, ni siquiera verlo, porque cada vez que sus cuerdas vibran es como si gritasen de dolor, y esos gritos me están volviendo loca... No lo he dicho aún, pero mañana daré mi concierto de despedida. No quiero volver a tocar

nunca más.

La sala sinfónica del Auditorio Nacional de Música estaba abarrotada. Las filas del coro y alrededor del escenario eran un bullicio de personas buscando su asiento, la orquesta todavía no había hecho su aparición, pero las partituras y los instrumentos estaban dispuestos. Las grandes lámparas de cristal emitían destellos que poco a poco se iban diluyendo a medida que se rebajaba la intensidad luminosa de la sala. Aquella noche se interpretaba a Mahler, *Canciones de los niños muertos*, a cargo de la Orquesta Nacional de España. Guzmán tomó asiento. Frente a él tenía el escenario y sobre este pendían los espectaculares tubos de viento de un órgano de dimensiones colosales. A la derecha del tablado había una silla solitaria, algo apartada del conjunto que iba a ocupar la orquesta. Ese lugar correspondía a Gloria, situada frente al lugar que ocuparía el solista. En la horquilla junto al atril de la partitura refulgía con luz propia su bello Stradivarius.

«¿Cómo puedes decir que no te gusta algo que nunca has visto en directo?». Alguien, una mujer, le hizo esa pregunta quince años antes, mientras él la ayudaba a abrocharse el sujetador, con cuidado de no rozar las marcas de arañazos que le había dejado en la espalda. La música clásica le resultaba entonces aburrida. Se sonrió al imaginar qué diría aquella mujer de verlo ahora...

Se apagaron las luces y el auditorio se sumió en la oscuridad. Gloria apareció junto al solista y el director, ambos de la mano, saludaron y a continuación apareció el resto de la orquesta. Lucía un vestido de confección elegante con patrón de burda y hombros descubiertos de color negro que destacaba la blancura de su piel. Apenas llevaba un poco de carmín color tierra y algo de sombra en los ojos. El pelo recogido en un moño alto dejaba a la vista su cuello sin adornos y unos pequeños pendientes de perlas. Desde el escenario lanzó una rápida mirada hacia el patio de butacas, oculto en la misma penumbra que el resto del auditorio.

... «Se llamaba Candela, aquella mujer, una joven, en realidad. Debió de ser a mediados de los ochenta», recordó Guzmán, acariciándose la mano quemada. Candela era vasca, profesora de música clásica en una ikastola. Eso y, además, una activista de ETA que había viajado a Chile a comprar fusiles ametralladores en el mercado negro. Explicaba detalles de la vida de Chopin, de Mozart o de Tchaikovski con la misma facilidad que desmontaba y volvía a montar un fusil FARA de fabricación argentina.

El solista, un tenor alto con un traje color oscuro y pajarita a juego, enlazó su voz con las primeras notas de la orquesta:

*Ahora el sol se alzaré radiante.
Como si la noche no hubiera traído la desgracia.
No debes llevar la noche dentro de ti,
sino sumergirla en la luz eterna.*

Guzmán concentraba toda su atención en Gloria. No le importaba lo que ocurría a su alrededor, ni la música, ni la voz del solista. Solo el rostro concentrado, casi sólido de ella, y el suave vaivén de su cuerpo que se balanceaba al son de las notas como si las acompañase desde el violín al aire y las recogiera una y otra vez.

... Aquella chica vasca tenía también esa expresión que navegaba en la melancolía. Tal vez por eso se enamoró de ella. No tenía miedo, ni esperanza. Solo la música y su determinación. Era bello presenciar aquel derroche de energía en un único objeto, con un único fin, como si nada fuera más importante que aquel instante, y, en realidad, así era. Ella llegó a confesarle que solo lograba escapar de sus fantasmas cuando tocaba. La música creaba un escudo invisible que nada, excepto la propia música, podía atravesar. Ni las pinzas en los pezones, ni los golpes con toallas mojadas en el abdomen, ni las amenazas. La concentración absoluta cerraba las puertas a cualquier otra emoción.

En el intermedio, Guzmán salió a fumar. La calle Príncipe de Vergara brillaba con las farolas y las luces del Auditorio. Al otro lado de la acera, una larga cola de taxis esperaba pacientemente a que el concierto terminase. Guzmán hubiera preferido marcharse, Mahler era demasiado para él, y aunque podía admirar la maestría de Gloria y la voz del solista, la claridad de la orquesta y el buen hacer del director, lo cierto era que aquella música no lograba transmitirle emociones profundas. «Eso es porque necesitas educar el oído. Los verdaderos placeres no se degluten como si fueran hamburguesas», le habría dicho Candela, jugueteando con sus rizos entre los dedos.

No había estrellas en el cielo de Madrid. ¿Dónde está la constelación de Capricornio?

«¿Cuál es la constelación de Capricornio?», le preguntó Candela aquella tarde que le habían tendido la celada para detenerla en el planetario, y Guzmán, que era el cebo, se rascó la mejilla sin afeitarse y, después de un ligero titubeo, señaló cierta acumulación de estrellas en una esquina del firmamento representado en la cúpula. «Ahí la tienes», dijo, como si él fuese el descubridor de aquella constelación y ahora se la cediese magnánimo. Candela olía a lo que huelen veintipocos años dispuestos a comerse el mundo. Guzmán sintió el pecho de la chica acomodándose junto a su codo. Tenerla tan cerca, en la oscuridad del planetario, le hacía un daño difícil de explicar. Ella lo intuía; intuía el remordimiento de la decadencia a punto de convertirse en algo monstruoso y mezquino. Y lo aceptaba con benevolencia, sin saber lo que le esperaba. No hizo nada por apartar su cuerpo del contacto con el de Guzmán y él se lo agradeció. Lo contrario lo hubiera lanzado al abismo de su porquería. A veces convertimos algo natural en algo sucio con una reacción desproporcionada. Ella parecía saberlo, así que se limitó a pasarle las palomitas.

Era hermoso imaginarse no nato, viviendo en un amasijo lejano de estrellas,

esperando desde, acaso, toda la eternidad. Concebir que ya existiera en alguna parte de ese inmenso espacio antes de que su madre y su padre lo engendraran, presuponía algo misterioso, casi mágico. Guzmán se hubiera quedado para siempre sentado en esa butaca explorando con el codo los límites de aquel pezón, bajo la luz mitológica de Júpiter, pero entonces esa transgresión se habría convertido en rutina y habría perdido su significado. Para los tipos como él era mejor desear que tener. Si no hay expectativas, no hay decepciones. Apartó el codo con pesar y le puso la pistola Star en los riñones. «DINA, queda usted detenida, señorita».

Un pitido anunció que iba a reemprenderse el segundo acto del concierto. Guzmán volvió a su asiento. El exceso de música todavía lo tenía medio aturdido. Gloria parecía cansada, debía de estarlo, puesto que se estaba vaciando por entero. Observó las yemas irritadas, los dedos que todavía se movían de modo independiente, como si les costase volver a un estado pasivo.

No le fue difícil llegar hasta su camerino al terminar la función. Las flores abren las puertas mejor que las ganzúas. Sabía que a Gloria le gustaban las calas. Las llevó el día de su boda, hacía veinte años, y también el día que firmó el divorcio, pocos meses después de la muerte de su hijo. Su credencial falsificada como redactor de la revista *Allegro* le concedía una ventaja que no duraría mucho, en cuanto ella notase que no tenía ni idea de música. Sin saber exactamente lo que estaba buscando, aquello era lo más parecido a caminar a ciegas por un campo de minas confiando en que la suerte le evitaría pisar alguna. Y Guzmán era un tipo con suerte a pesar de lo que decían las cicatrices de su cuerpo.

Gloria se estaba alisando el pelo y lo saludó sin demasiado entusiasmo.

Charlaron un rato después de las presentaciones, y poco a poco Guzmán dirigió la conversación en círculos concéntricos, tras las inevitables preguntas y comentarios tópicos, hacia la vida personal de Gloria. Por qué se retiraba ahora, si era por la muerte de su hijo, tres años y medio después, etcétera. Aquella mujer era buena escurriéndose, pensó Guzmán: ni una mala cara, ni una palabra fuera de tono, pero ni una respuesta concreta. Habría disfrutado interrogándola en los sótanos de La Moneda unos cuantos años antes.

—¿Qué opinión le merece Arthur Fernández?

Gloria lo miró con frialdad.

—¿Qué opinión le merecería a usted el hombre que mató a su hijo?

—Pero tengo entendido que fue un accidente. Una desgraciada casualidad.

—Una casualidad que se llevó por delante la vida de mi hijo.

Guzmán se disculpó. Iba a dar por terminado aquel primer escaqueo antes de resultar sospechoso con su insistencia, cuando llamaron a la puerta.

Apareció un tipo más blando que gordo con expresión de funcionario amargado. Aunque intentaba disimularlo estirando mucho la espalda, Guzmán se dio cuenta de

que cojeaba de la pierna derecha. Traía flores, un ramo de orquídeas. «Fallo, amigo», pensó Guzmán. Sabía que Gloria detestaba las orquídeas. Pero, para su sorpresa, ella le hizo un comentario elogioso y lo besó afectuosamente en la mejilla.

—Le presento a mi buen amigo, Eduardo. Es un gran retratista. Tuvo mucho éxito en el pasado, y confío en que volverá a tenerlo en el futuro.

Guzmán estrechó la mano débil de aquel tipo que no le sonaba de nada. Su interés por la pintura era tan nulo como por la música. Sin embargo, la conversación tomó enseguida una deriva interesante. Eduardo mencionó que había visto a un par de funcionarios hacerse cargo del violín con el que Gloria había interpretado el concierto. Lo dijo con pena.

—Deben de haberle pagado muy bien para que se desembarace de él —dijo, un poco al azar, Guzmán.

Gloria le lanzó una mirada irónica.

—Le aseguro que no menos de lo que me costó recuperarlo.

—¿Y cómo consiguió recuperarlo?

—Es una de esas historias que se teje con casualidades. Curiosamente, fue un amigo de mi marido quien logró dar con él en una subasta en Viena hace cinco años. Estaba muy desmejorado, como si lejos de nosotros se hubiese convertido en un objeto vulgar. Habían reparado el mástil roto por mi abuelo, pero no era el mismo, era un objeto vulgar, sin alma. A través de ese amigo de mi marido contacté con uno de los mejores lutier de Madrid y le encargué una restauración a fondo.

—Mucho esfuerzo para disfrutarlo tan solo cinco años.

Gloria y Eduardo cruzaron una mirada significativa.

—En todo caso, ahora es patrimonio nacional. Y está bien que así sea... Es tarde y estoy cansada, señor Guzmán. Le agradezco su atención, pero creo que por hoy es suficiente.

—Parece una historia interesante para escribir un artículo. La trayectoria de *el Español*: de los campos de Hungría a las vitrinas del Palacio Real en Madrid.

Esta vez fue Eduardo quien dejó ir un comentario cansino. Dijo que como título le parecía bastante grandilocuente. Guzmán lo miró como si le hubiese caído una cagada de pájaro en la hombrera. Definitivamente, no le gustaba aquel saco de mierda.

—Puede, pero el tema lo vale. —Se dirigió a Gloria, poniéndose en pie—. Ya no la molesto más, solo una cosa. ¿Podría hablar con su marido —obvió intencionadamente que sabía que Gloria se había divorciado— y con su amigo, el que encontró el violín en Viena?

—Mi marido está dirigiendo una película en Australia, y no creo que vuelva al menos en seis meses.

—Resulta extraño que no haya estado en su concierto de despedida de los

escenarios —apuntó, con fingida ingenuidad, Guzmán.

Gloria se tocó nerviosamente una rodilla.

—Usted no conoce a los galeses.

—¿Y qué me dice de su amigo? ¿Sabe su nombre?

Gloria asintió.

—Puedo dárselo, aunque no creo que le sirva de mucho: Magnus Olsen. Por lo que tengo entendido, se suicidó hace unos años.

Guzmán la miró con sorpresa.

—¿El director del grupo inversor GRETR? Leí en la prensa lo de su estafa y procesamiento. La verdad es que el tsunami que causó la quiebra de su grupo también llegó a sentirse en las empresas de Chile. Aunque me cuesta creer que alguien pueda suicidarse por perder unos millones de euros que ni siquiera eran suyos.

—¿Y por qué no? —apuntó Eduardo—: Quizá los remordimientos pudieron con él. Llevó a la ruina a miles de familias enteras.

Eduardo advirtió la tonalidad oscura y la textura vidriosa que adquirirían los labios de Guzmán al esbozar una especie de gruñido que pretendía ser una carcajada.

—Estamos en el siglo XXI, y esto no es Japón, amigo —dijo Guzmán, lanzándole una mirada que más bien pareció una dentellada al cuello—. Aquí no se suicidan los ejecutivos que llevan al desastre a sus empresas, se mudan con las divisas a algún paraíso fiscal y que le den al resto. En los negocios no hay dignidad que valga, solo cuenta de resultados. En cualquier caso, se fue con sus secretos al purgatorio, o al infierno, que imagino es a donde van a parar los especuladores.

Se volvió hacia Gloria.

—Su marido es Ian Mackenzie, el director de cine. ¿Qué clase de amistad podía tener con un especulador como Olsen?

—Deberá preguntárselo a él cuando regrese de Australia —respondió Gloria sin inmutarse.

—Lo haré. Gracias, una vez más, por su tiempo.

Guzmán caminaba en silencio. Una indigente escribía algo en un muro: «SIT TERRA LEVIS». Qué terrible sentencia; una especie de condena a la infelicidad. Antes, Guzmán creía que el mundo esperaba algo de él. Tal vez una chispa de genialidad que lo acercara a esa especie de inmortalidad a la que aspiraban los pintores, los músicos y los directores de películas en Australia. Ahora sabía que nunca fue así. Nadie esperaba nada de él. Era vulgar, como cualquier otro, un farsante escondido detrás de un nombre, de un rostro que pasaría sin pena ni gloria por la vida. Lo único que esperaba el mundo era su derrumbe definitivo.

Por eso se acordaba de Candela. Ella fue su último tren hacia la dignidad:

—Venga *Paco*, no seas *weón* y suéltalo ya. Esto puede durar toda la noche.

El Bosco estaba perdiendo la paciencia. En la DINA lo llamaban así porque su visión infernal del mundo recordaba a los cuadros del pintor neerlandés, por el que su jefe sentía una extraña predilección. Era un tipo que apreciaba a Guzmán, habían trabajado juntos muchos años. Pero por la noche el frío en el desierto de Atacama ponía el humor de perros, así que el Bosco y sus dos hombres querían terminar con aquello y marcharse a casa.

—¿Dónde está la chica? —Y al volver a preguntarle le pateó las costillas, un golpe duro pero contenido. Guzmán apenas se pudo retorcer en el suelo, atado de pies y manos con estacas en el suelo. Sabía que el Bosco podía pegar mucho más fuerte. Era un buen tipo, a pesar de todo. Tenía que demostrar ante los suyos que no hay nada peor que un traidor, pero no quería hacer aquello algo más doloroso de lo necesario.

No iba a decir nada. Él lo sabía, el Bosco también y sus hombres igual. Pero era necesario seguir con el protocolo. La crueldad y la violencia necesitan un cauce para obtener un resultado. En la escuela de oficiales les habían enseñado lo importante que es no dejarse llevar por el instinto. «No somos animales desatados, somos profesionales», solía instruirlos el oficial de interrogatorios antes de explicarles qué cantidad de voltaje puede soportar un hombre en los genitales o una mujer con un electrodo introducido en el recto. Las formas eran importantes para el Bosco. No se consideraba un carnicero, ni siquiera se quitaba la chaqueta de ante que solía llevar ni se aflojaba la corbata como los matones baratos. Apenas se despeinaba cuando retorció las tripas a quien fuera necesario, incluso cedía a sus víctimas un poco de clemencia con su voz pausada y amable, les hacía creer que la piedad era posible, y a veces esa esperanza vana daba el último empujón al terror y facilitaba que hablaran. El Bosco era el verdugo con más delaciones obtenidas en su haber. Guzmán había sido su mano derecha, la misma que ahora sus antiguos compañeros le sujetaban con una correa y una estaca clavada en el suelo, mientras su jefe se acercaba con un soplete que siempre llevaban en el maletero del viejo Chevrolet azul con placas de Santiago. Guzmán ya conocía lo que ahora tocaba; dos días antes, otro desgraciado, uno cualquiera que ahora debía de dormir bajo un montón de tierra rojiza, había probado en su carne el filo de aquel soplete. Y había sido el propio Guzmán el que le había abrasado lentamente la cara.

Gritar en el desierto es descorazonador. No hay eco. La voz no encuentra obstáculos que la reboten, así que se pierde sin más en la noche. No hay nadie alrededor que pueda auxiliar, y aunque lo hubiera, no se atrevería a acercarse al círculo de luz que dibujaban los faros del Chevrolet.

—¿Una española, flaca y sin tetas? ¿Por esa puta vas a aguantar esto? —La voz del Bosco ya estaba serpenteando como una culebra hacia su cerebro. Era una pomada que calmaba la mano hirviendo, el vello que olía a corteza de puerco, las

uñas que se caían de los dedos. Era bueno el cabrón, tuvo que admitir Guzmán, casi sentías lástima por él, te hacía creer que lo disgustaba aquello, se tapaba la boca con un pañuelo y fingía un horror ensayado. Podía sacar la Beretta y pegarle ya un tiro. Pero no iba a ser tan sencillo escapar de aquello. Eso vendría luego, al final, y tal vez no sería necesario.

Tal vez lo iban a matar a golpes y abrasado. No puede ser que en las filas de la DINA campe la anarquía. A nadie le hubiera extrañado que cada noche bajase al sótano para interrogar a la vasca que habían cogido tres meses antes en el planetario. Lo normal eran los gritos, los gruñidos del verdugo violándola, aunque los guardias le hacían ascos porque era un saquito de huesos sin tetas. Y fue eso, precisamente eso, lo que alertó a los guardias. El silencio. Cuando Guzmán bajaba al calabozo no se escuchaba *música*.

—¿Cómo puedes ser tan mamón? Enamorarte de una prisionera; eso pasa en los putos folletines, no en la vida real, ¡¡¡no a uno de mis mejores hombres, coño!!!

Candela ya debía de estar lejos, siguiendo las rutas que cruzaban aquel mismo desierto que se decía era infranqueable, pero nada lo es cuando se tiene la voluntad férrea de vivir. Ella estaba a salvo en manos de los contrabandistas que entraban, ilegales, armas y droga por rutas que solo ellos conocían. A aquella hora, bajo aquel mismo cielo, ella estaba acercándose a la salvación, metro a metro, minuto a minuto. Todo bajo el mismo cielo estrellado. «Sigue la constelación de Capricornio», le había aconsejado Guzmán. Ella lo había mirado con sus ojos extraordinarios, poquita cosa, acobardada, solo mirada. «¿Dónde está la constelación de Capricornio?», le había preguntado. «Ahí arriba, al este de Sagitario». Era fácil verla, estaban a principios de agosto, y bastaba con trazar una línea desde Vega, atravesando la Vía Láctea, hasta llegar a Algedi y Dabih, los cuernos de la cabra marina.

Y allí estaba él, mirando hacia el sur del ecuador. No hay un lugar más hermoso en la Tierra para sentirse dentro y a la vez fuera de ella que el firmamento nocturno de Atacama. Incluso el sufrimiento horrible que causa un cuchillo seccionando el prepucio puede llegar a parecer que terminará desapareciendo. Pero para soportarlo hay que evitar desvanecerse, impedir que las lágrimas vuelvan borrosas esas cientos de miles de estrellas que titilan sobre el rostro desencajado. No importa que grites, nadie va a escucharte, tampoco ahí arriba. Pero a diferencia de la congoja del silencio aquí abajo, la indiferencia del firmamento es una promesa de paz. Pronto pasará, y todo será nada.

—Hay que cauterizar esto, no queremos que te desangres como un gorrino. Venga, hombre, no seas hijo de puta. Si no recupero a la zorra, me van a degradar por haber confiado en ti. Y eso no puede ser, amigo. Mi familia tiene que comer, y mis hijos van a ese jodido colegio inglés que me cuesta un ojo de la cara.

Guzmán escuchaba al Bosco, el hombre parecía compungido con la navaja en la

mano y las manos sangrando. Se había puesto guantes profilácticos y se había arremangado las mangas de la camisa. Podía haberle dicho a los otros que lo hicieran ellos, pero el Bosco no quería que se le fuera de las manos por un mal corte. Cortar una polla es como pelar una manzana, hay que hacerlo de una pieza, sin que se rompa. Guzmán lo sabía, él había ayudado a aumentar el ejército de secretos eunucos que pululaban por universidades y conciliábulos de media América Latina y España. Casi agradecía que el Bosco hubiera tomado las riendas.

«Mira el cielo —se decía—. No escuches tus gritos. No importa que te arranquen un dedo. El olor de la carne de la entrepierna, la sangre evaporándose bajo el soplete. No te mueras, mira al cielo. ¿Aquella es Orión? ¿Aquella es...?».

Ojalá hubiese llegado a encontrar el rastro de Capricornio.

Ojalá él no hubiese terminado delatando a Candela para salvar la vida a cambio de su pene, un dedo amputado y una mano abrasada.

Guzmán chasqueó los labios con un gesto de desprecio. Se estaba haciendo viejo, pensaba demasiado en el pasado y eso era síntoma de poco futuro.

Era hora de ponerse a trabajar.

No le resultó difícil dar con Mía Börjn, pese a cambiarse el nombre por uno menos reconocible, Irena Wlörking. No era muy común cruzarse en aquel pueblo medio deshabitado de la Costa Dorada con una mujer de más de metro ochenta de altura y apariencia de modelo nórdica. La *rubia*, así la llamaron los clientes del bar donde Guzmán entró a preguntar, vivía en la parte de la urbanización *fantasma*. Nadie sabía que aquella mujer era la viuda de Magnus Olsen, y probablemente jamás habían oído el nombre de su marido. La gente vive en la ignorancia, y eso facilitaba las cosas a tipos como Guzmán.

No era necesario ser muy perspicaz para comprender por qué la zona residencial tenía aquel sobrenombre. Un conjunto de casas a medio construir se encaramaba en una colina alejada del núcleo originario del pueblo. Las grúas de la construcción abandonadas se mecían perezosamente con sus contrapesos como veletas gigantescas, por todas partes se amontonaban escombros, materiales de construcción, verjas metálicas y carteles de promoción oxidados en los que se veía una recreación virtual de lo que debería haber sido el paraíso terrenal, calles asfaltadas con material insonoro, parques con árboles exóticos y enormes palmeras, fuentes y surtidores, piscinas y jardines mediterráneos, niños rubicundos, mujeres sonrientes, perros bien educados y maridos satisfechos con cochazos todoterreno. Lo único que quedaba de esa promesa era una sensación de postholocausto nuclear, un abandono quejumbroso que no tardaría en ser devorado por los matorrales y la basura. Había, sin embargo, una fase de chalets terminada, no más de una docena. Seguramente aquella fase inicial había logrado escapar antes del derrumbe del negocio inmobiliario.

Mía, o Irena, como se hacía llamar ahora, vivía en el chalet más cercano al mirador del mar. A pesar de que la casa parecía lujosa desde lejos, no lo era, en absoluto. La cerca del jardín estaba oxidada y no cerraba bien, Guzmán no encontró el interfono, sino un hueco que nunca llegó a tener el aparato incrustado, de modo que empujó la cerca y esta cedió con un crujido de abandono. El jardín estaba inacabado, un erial de matorrales descontrolados, árboles y plantas sin podar y una pradera de césped mal cuidada. En un rincón había una bicicleta y algunos juguetes esparcidos alrededor. Al otro lado de la casa se escuchaban voces de niños. Guzmán se guio por ellas hasta la parte trasera del jardín. Al borde de la piscina, una mujer escultural recogía hojas del fondo espejado con una pértiga.

—¿Señora Olsen?

La mujer alzó la cabeza. ¿Por qué la llamaban *rubia* en el pueblo? Tenía la piel oscura y tostada como una tuareg y su pelo, muy corto y con un largo flequillo, era de un negro azabache, que tal vez era tintado.

—¿Quién es usted? —preguntó con acritud. Su mirada no era amistosa. Tenía la cara perfecta, y la piel tensa, producto de la cirugía. Sin duda era mucho mayor de lo que aparentaba a primera vista. Sin embargo, debía de haber sido guapa, y mucho, de joven; incluso lo podría seguir siendo si hubiese envejecido con la naturalidad del tiempo, sin las agresiones del bisturí. Pero eso era justamente lo que tanto valoraban los hombres ricos de negocios que terminaban adueñándose de las chicas como ella: pómulos altos, cuellos sin pliegues, pechos turgentes y enhiestos, caderas y muslos sin piel de naranja, en definitiva la homogeneidad, la semejanza, y con ello el reconocimiento de un estatus superior al del resto de los mortales. Guzmán podía imaginar que aquella mujer no había sido mucho más que un objeto decorativo en la colección de objetos caros y exóticos de Olsen. Los dos niños que correteaban cerca, rubios, casi albinos, y que lo miraban con un desprecio incipiente aprendido en los colegios elitistas, habían sido su seguro, la garantía de que él no la expulsaría del Paraíso cuando se hartase y decidiera cambiarla por otro modelo más estimulante como hacía con sus coches de lujo.

—Me gustaría charlar un poco con usted sobre su difunto esposo.

Mía, o Irena, quien quiera que fuese en aquel momento, desvió la mirada de reojo hacia sus hijos y soltó la pértiga.

—Aquí no. Vamos dentro.

Guzmán asintió y la siguió hasta el interior de la casa. Vio un retrato de Olsen en posición adusta enmarcado en la pared. Posaba junto a sus hijos, un par de años más pequeños de lo que eran ahora. Curiosamente, ella no aparecía en el cuadro familiar. Olsen aparentaba ser una persona de orden, un tipo meticuloso y legalista, con su traje de corte recto, la corbata impoluta, el chaleco a juego abotonado, el pañuelo en el bolsillo superior de la americana con raya diplomática. Sus ojillos eran duros y sus

párpados tan diminutos que parecía carecer de pestañas.

La viuda miró de reojo a Guzmán, que permanecía de pie con las manos en los bolsillos.

—¿Viene de parte de la policía, de los acreedores o es un propietario que se siente estafado? —preguntó ella con cansancio cargado de sarcasmo. Llevaba puestos unos pantalones tejanos cortados de cualquier manera por encima de las rodillas. Tenía unos gemelos duros y trabajados, seguramente en la máquina de *steps* que había en un rincón, junto al ventanal desde el que se veía parte del jardín, la piscina y, más allá de la muralla de setos mal cuidados, la lejana y armoniosa película del Mediterráneo.

—Podría ser un amigo —dijo sin énfasis Guzmán.

—No sea ridículo. Mi marido no tenía amigos. Nadie que se dedica al mundo bursátil los tiene. En los últimos años, todo el que ha pasado por aquí es porque tiene algo pendiente con mi difunto esposo.

Guzmán decidió dejarse de rodeos.

—Trabajo para Arthur Fernández, esa es la verdad. —Guzmán dijo el nombre intencionadamente despacio, observando la posible reacción de la mujer. Pero ella se limitó a mirar al techo con cara de fastidio.

—No tengo ni idea de quién es. Le sorprendería ver la clase de gente que aparece por aquí asegurando haber tenido negocios con mi esposo. Pero yo no sé nada de sus negocios, nunca me interesaron, y él nunca se preocupó de que lo hicieran. Así que, sea lo que sea, le recomiendo que no pierda el tiempo conmigo. Hay un bufete de abogados de Barcelona que se ocupó del alzamiento de bienes, de la bancarrota y de las deudas. Tendrá que hablar con ellos.

Guzmán lanzó una ojeada rápida a su alrededor. No había objetos que tuvieran un gran valor. Algunas cosas antiguas, un par de jarrones chinos, alguna escultura de dudoso gusto, muebles antiguos pero sin un valor especial. El espacio estaba a medio llenar o a medio vaciar. Resultaba difícil saber si en aquella casa se estaban instalando o preparándose para una mudanza. Merodeó alrededor del salón sin un objetivo concreto. A veces hay que dejar de buscar para encontrar; eso lo había aprendido en su trabajo, las cosas están ahí, a la vista, esperando ser descubiertas si uno se toma su tiempo en observarlas. Le llamó la atención que en las baldas de una pequeña biblioteca solo hubiese libros de cine. *Historia del cine*, de Mark Cousins, *La cámara oscura*, de Marey, *El teatro óptico*, de Emile Reynaud, y tratados que parecían ser muy antiguos.

Fuera, en el jardín, los dos niños rubios y albinos se estaban zurrando de lo lindo. Un perro, tal vez un *teckel*, saltaba entre ellos y ladraba moviendo la cola, excitado, sin entender que aquello no era un juego. Las peleas entre los humanos nunca lo son.

—No vengo por asuntos de dinero.

—¿Es policía, entonces?, ¿detective?, ¿periodista?

Guzmán negó con una sonrisa.

—Ya le he dicho que trabajo para una persona. No quiero buscarle problemas, se lo aseguro.

La viuda lo miró con recelo.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Tengo entendido que su esposo ayudó a recuperar un valioso violín que perteneció a la familia A. Tagger. Me interesa la relación del señor Olsen con esa familia.

La viuda cogió uno de los tomos de una enciclopedia sobre la evolución del cine de posguerra en Europa. De entre las páginas que hablaban del *Ladrón de bicicletas*, de Vittorio de Sica, sacó una fotografía de tamaño mediano en la que aparecía un Olsen bastante avejentado ya junto a un individuo muy alto y corpulento que sonreía sin ganas, mientras el sueco le echaba su mano sobre el hombro. En la parte inferior había escrita una dedicatoria con rotulador.

To my friend Magnus. Ian Mackenzie. 03/01/1999, Berlin.

—Le apasionaba el cine —murmuró ella con un rictus de irritación—. Gastaba una fortuna en sus juguetes, películas viejas, libros, autógrafos u objetos que hubiesen pertenecido a algún actor famoso. Pagaba precios desorbitados a cualquiera que le consiguiera piezas originales. Así fue como conoció a Ian Mackenzie, el director de cine.

Guzmán examinó con atención la fotografía. Desde luego, el esposo de Gloria Tagger era un tipo apuesto, como lo había sido su hijo.

—Magnus lo conoció en el Festival de Berlín el año que estrenó su película más famosa. —Esperó que Guzmán comprendiera, pero este no sabía de lo que estaba hablando, así que terminó la frase a disgusto, como quien añade una obviedad innecesaria—: *Todo el mundo miente*. Fue un hito del cine, pese a las malas críticas iniciales. Magnus guardaba esa fotografía como uno de sus mayores tesoros.

—De modo que el vínculo entre la familia Tagger y Magnus no vino exactamente por la música, sino por el gusto cinéfilo de su marido.

—Así es. Creo que Magnus al principio no sabía que Ian era el esposo de la violinista. Eso vino después, cuando ellos dos se hicieron amigos. Recuerdo a Gloria A. Tagger, nos conocimos en una cena en su casa a las afueras de Madrid. Allí fue donde nos explicó la historia de ese violín vinculado a su familia desde hacía muchas décadas, y de los hasta entonces infructuosos intentos de recuperarlo. Por aquel entonces, Magnus tenía buenos contactos en cualquier esfera donde se moviese dinero, y como usted ya imagina, en el mundo de las subastas y las antigüedades es donde más dinero se mueve. No creo desvelar ningún secreto si le digo que esas galerías y casas de subastas funcionan, en más de una ocasión, como gigantescas

lavadoras donde se blanquea el dinero negro. Mi marido estaba tan fascinado con Ian y con su esposa que removió cielo y tierra para congraciarse con ellos. Unos meses después de aquella cena logró localizar el violín en una casa de subastas de Viena y los Tagger recuperaron su preciada pieza a un precio vergonzantemente elevado. Y con ello, Magnus se ganó el aprecio de su admirado director de cine y de Gloria.

—¿Qué clase de amistad establecieron?

—Magnus era socio de un club de cinéfilos muy selecto. Tanto que a veces llegué a pensar que formaba parte de alguna sociedad secreta de masones o de una secta. Por lo que sé, se reunían en una casa de antigüedades cerca de nuestro piso de Madrid un par de veces al mes, intercambiaban películas originales rarísimas de encontrar, libros, hallazgos, fotografías. Mi esposo se jactaba enseñando a sus colegas del club las fotografías dedicadas de Ian, e incluso logró llevar al director una vez a darles una charla. Lo paseaba como si fuese una pieza de caza mayor.

—Por curiosidad, ¿qué impresión le causó la señora A. Tagger?

A juzgar por la mueca de desagrado de la viuda de Olsen, no debió de ser muy positiva.

—Yo diría que por aquella época ella y su esposo estaban atravesando algo más que una crisis matrimonial. Discutieron bastante en la cena, lo cual, teniéndonos como invitados resultó ser bastante embarazoso. Luego me di cuenta de que aquellas discusiones eran bastante habituales, y que no les importaba pelearse en un lugar público llamando la atención de los demás. Ella bebía bastante y demostraba tener una lengua muy ácida. Su esposo me daba lástima, la verdad. Intentaba todo el tiempo contemporizar, pero ella no le daba tregua.

—¿Y por qué discutían?

—Hablaban mucho de su hijo, de Ian, al que, por cierto, solo vi un par de veces, y me pareció un muchacho magnífico. Un chico callado, algo retraído, pero muy guapo, con una elegancia que no se enseña sino que se lleva en el porte, sensible y culto. Creo que sus padres no se ponían de acuerdo acerca de su educación. Se referían vagamente a problemas de salud del muchacho, padecía algún tipo de enfermedad, aunque la verdad es que a mí nunca me dio la sensación de que estuviera enfermo. El padre era partidario de enviarlo aquel mismo año a un internado en alguna parte de los Alpes austríacos, una especie de residencia o sanatorio discreto y muy elitista. Gloria se negaba tajantemente a separarse de su hijo, acusaba a su esposo de inventarse aquella enfermedad para apartarla del muchacho. Aseguraba que estaba bien, y que, en cualquier caso, podía ser tratado en Madrid o en Barcelona sin necesidad de encerrarlo en aquella residencia... Supe por la prensa que el chico murió hace unos años en un desgraciado accidente, y que pocos meses después sus padres se divorciaron.

Guzmán asintió. Según sus cuentas, eso ocurrió un año, más o menos, después de

que la señora A. Tagger recuperara su violín gracias a la intercesión de Magnus y se estableciera una buena amistad entre los Olsen y los Tagger. Pero nada de eso lo acercaba a la hija de Arthur, a las circunstancias de su desaparición o a su posible paradero actual.

—Ha sido usted muy amable, y no la molestaré más. Solo le pediré que me anote la dirección de esa casa de antigüedades donde se reunía su marido con sus amigos cinéfilos.

Mía, o Irena, desvió la mirada hacia la ventana que daba al jardín. Sus hijos seguían atizándose de lo lindo, y ella tuvo que verlo necesariamente. Sin embargo, apenas pestañeó, como si no los viera, como si no estuviera allí. A continuación miró de arriba abajo a Guzmán como si acabara de verlo por primera vez. Vaciló. Por primera vez en la conversación no parecía segura de lo que debía hacer o decir.

—Supongo que ya sabe que Magnus se suicidó.

Guzmán lo sabía, como todo el mundo que de un modo u otro tuviese algún tipo de relación con el mundo de las altas finanzas.

—Yo y los niños lo encontramos colgando cuando volvimos de hacer las compras. Fue horrible. El muy hijo de puta se mató sabiendo que ellos lo verían, sus hijos. Que yo lo vería.

Esta vez fue Guzmán el que vaciló antes de hacer el siguiente comentario. La turbación de la viuda parecía sincera, como si todavía se mecieran las extremidades del cuerpo de su esposo ante la cara petrificada de los niños.

—Debió de ser terrible, lo lamento.

Ella hizo un gesto extraño con la boca, un chasquido de labios que resumía su hartazgo por todo lo pasado.

—Magnus fue siempre un cobarde, y lo siguió siendo hasta el final. Se quitó de en medio cuando su castillo de naipes empezó a temblar y me dejó a mí con los niños y todas sus deudas y problemas. Debería escuchar las cosas que me dejan en el contestador, insultos, amenazas de muerte, vejaciones de todo tipo, hacia mí y hacia mis hijos. Nadie se va a compadecer de mí o de mi situación... Lo que quiero decir es que en los últimos años no he dejado de ir de un lado a otro, siempre huyendo, siempre escondiéndonos por algo de lo que no soy responsable. Este es mi último refugio, ya no tenemos más ases en la manga. Si alguno de los enemigos de mi marido llega a descubrir que estoy aquí, me hará la vida imposible.

Guzmán le dijo que no debía preocuparse, no diría nada. Por alguna razón, aquella sueca le caía bien. Tal vez porque le gustaban los supervivientes; pero si a él no le había sido difícil encontrarla, tampoco lo sería para otros. Esconderse en una urbanización fantasma cuyo promotor era Magnus Olsen no era la decisión más inteligente. Pero, en cualquier caso, no era una decisión que le competiera. Recogió el papel que la viuda le anotó y se despidió con una sonrisa amistosa, prometiendo no

volver a molestarla.

Capítulo 8

Las relaciones intermitentes de amistad entre Eduardo y Olga tenían los inconvenientes propios de algo que ninguno de los dos había previsto. Así que podían discutir, pasar semanas sin verse, y de pronto, un día uno de los dos (normalmente Olga) descolgaba el teléfono y llamaba al otro como si nada hubiese pasado. Lo extraño de aquella ocasión fue el lugar donde Olga citó a Eduardo. En el interior de la iglesia de San Sebastián.

Eduardo se dejó caer en un banco de la última hilera, lo que le permitía contemplar el altar a través de las velas votivas que se consumían a diferente ritmo en los candeleros. Un monaguillo preparaba el libro de los Evangelios sobre el atril, luego abrió un sagrario repujado de plata que estaba a los pies de una imagen de yeso pintado de Jesucristo y colocó con primor el cáliz y las formas sobre el altar. En unos minutos empezaría la misa, y Eduardo no quería permanecer allí demasiado tiempo. La rodilla le dolía horrores, pero sus genes anticlericales le dolían más.

No tuvo que esperar demasiado para ver avanzar, por el pasillo lateral, a Olga entre la penumbra, con el sonido de unos afilados tacones sobre las losas del suelo sacro. Al sentarse junto a Eduardo, la luz de las velas incendió su rostro.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó Eduardo.

Olga llevaba la cabeza cubierta con un bonito pañuelo de seda natural. Nadie se cubría ya la cabeza cuando entraba en una iglesia, pero Eduardo encontró que el pañuelo le daba una simetría hermosa a la cara.

—Vengo de vez en cuando. Me ayuda a pensar y a estar un rato en paz conmigo misma. Hay gente que siente algo así en la cima de una montaña, frente al mar o en los cementerios. A mí se me aclaran las ideas viniendo aquí —contestó ella, al tiempo que se sentaba a su lado en el banco. Fue extraño ver el recato con el que juntaba las rodillas y se estiraba los bajos de la falda. Eduardo la miró con cierta perplejidad.

—No te imaginaba en un lugar como este.

Olga esbozó una sonrisa comprensiva.

—Madrid está llena de naufragos, ¿no te parece? Las olas de su mar invisible arrojan cada día a cientos de desesperados a sus orillas, están por todas partes. Para mí, esto es una especie de arca de Noé. Además, todos tenemos algo que hacernos perdonar, y aquí eso parece posible.

Eduardo miró las hileras de bancos; estaban casi vacías, aquí y allá había algunas personas, casi todas pasaban largamente de los sesenta. Tal vez ahí fuera hubiese miles de naufragos al borde de la catástrofe, pero la mayoría buscaban otras tablas que los mantuvieran a flote. En el altar se había desatado un pequeño drama: el monaguillo iba de un lado a otro con el vino sin consagrar todavía en una especie de vinatera, intentó hacerse a un lado para no tropezar con el sacerdote, que estaba

alisando el mantel de lino del altar, con tan mala suerte que el chiquillo trastabilló. Eduardo vio a cámara lenta la cara de espanto del muchacho, mientras el recipiente con el vino se iba al suelo, haciéndose añicos y esparciendo gotas de vino por todo el altar. La escena apenas duró unos segundos y casi nadie se dio cuenta, pero Eduardo leyó los labios del sacerdote y le pareció que ¿maldecía? en arameo. Eduardo sintió lástima por el monaguillo, que se afanaba en recoger torpemente los cristales de la vinatera.

Miró a Olga con una expresión a medio camino entre el azoramiento y lo inevitable.

—Supongo que te debo una disculpa.

—¿Por qué motivo?

—El comentario absurdo y con mala leche que te hice el otro día, lo de que no puedes tener hijos... Me comporté como un gilipollas. Sé que para ti es un tema delicado.

Olga asintió con aparente naturalidad. Tomó aire y dibujó una amplia sonrisa.

—¿Cómo va el retrato?

El quiebro implicaba omisión y Eduardo lo aceptó.

—Ya he localizado el hotel donde se hospeda Arthur, y he tomado algunas notas desde lejos. Hoy haré un pequeño aproximamiento. Te mantendré informada.

Olga guardó silencio unos segundos intentando corroborar esa vaga percepción que le decía que todo estaba cambiando entre ellos por culpa de aquel maldito retrato.

—La verdad es que me estoy arrepintiéndome de haberte metido en esto. Supongo que si te pidiera que lo dejases, no me ibas a hacer caso, ¿verdad?

Eduardo la examinó con franca curiosidad. ¿Qué le pasaba? Era ella la que parecía otra persona. En cierto modo le gustaba aquel cambio, destilaba algo limpio, auténtico, pero al mismo tiempo no estaba seguro de que aquella pureza fuera en sí misma algo bueno. Había visto ese aplomo y esa aparente serenidad en personas cuyo interior estaba carcomido por gusanos delirantes.

—¿Por qué sigues insistiendo en lo mismo?

Olga abrió su bolso de mano y dejó entre ambos un sobre acolchado.

—Tengo un amigo en la policía que me ha contado algunas cosas sobre Arthur.

—¿Desde cuándo tienes amigos en la policía? Creía que los detestabas.

—También detesto la coliflor y de vez en cuando tengo que comerla. El tipo al que pretendes retratar no es un personaje cualquiera. En realidad, Arthur Fernández es alguien más bien turbio. Tiene una de las mayores fortunas de Europa, y todo el mundo sabe que se dedica a la especulación y a negocios bancarios y bursátiles. Pero cómo llegó a formar este imperio sigue siendo algo oscuro. Se dice que empezó traficando con drogas, con clandestinos, con cualquier cosa que sonara a ilegal. Ha estado implicado en varios sumarios pero nunca se ha podido probar su relación con

hechos delictivos de una manera fehaciente.

Eduardo había abierto el sobre. Había dosieres fotocopiados, documentos de sus empresas, fotografías de Arthur en compañía de personajes poco recomendables de la alta delincuencia que a él no le resultaban en absoluto familiares.

—Si no encontraron pruebas contra él, significa que es un hombre inocente ante la ley.

—La inocencia depende demasiado a menudo de la minuta de los abogados, y él tiene los mejores. ¿Sabías que tuvo que huir de Francia precipitadamente cuando era joven? Parece que le auguraban mucho futuro como poeta, incluso llegó a publicar un poemario que la crítica acogió con entusiasmo. Pero un día, sin más, le dio una paliza a su tutor en la universidad, casi lo mata, y desapareció, para emerger convertido en el empresario que es hoy en día... Es una trayectoria de lo más extraña, ¿no te parece? Pero con todo, no es eso lo que más me inquieta.

Olga le pidió que mirase la última página del informe.

—No sabía que tuviera una hija.

—Desapareció unos meses antes del accidente que Arthur causó cerca de Oriente donde murió atropellado el hijo de nuestra clienta. Arthur dio positivo en la prueba de alcoholemia y en el test de drogas al que lo sometió la policía. Aunque no era la primera vez que tenía ese tipo de problemas, tuvo varias veces el carné retirado por exceso de velocidad, conducción temeraria y delitos contra la seguridad del tráfico, imagino que sus abogados habrán utilizado en su favor la circunstancia atenuante del estado de angustia y depresión en el que Arthur vive desde que su hija se evaporó, literalmente.

El juicio de Olga no era demasiado clemente para las debilidades de Arthur. Hablaba de él con un punto de irritación, casi con desprecio.

—No me gusta que te relaciones con esa clase de gente, Eduardo. Deberías dejar que Gloria y él se apañen con sus miserias.

El sacerdote hizo sonar la campanilla. La misa iba a dar comienzo. Eduardo lanzó una mirada al monaguillo. Estaba pálido y rígido como una escultura vaticana. La imagen del muchacho compungido lo entristeció. Cruzaron fugazmente las miradas y Eduardo le sonrió. Las cosas no siempre salen bien, no te preocupes, quiso decirle.

—Creo que puedo apañármelas solo.

Salieron de la iglesia. Bajo la cerámica conmemorativa a Lope, Olga encendió un cigarrillo y se quitó con un gesto nervioso el pañuelo. La calma que la rodeaba en el interior de la iglesia se esfumó con aquel gesto. Volvía a ser la mujer crispada de siempre, la que apretaba demasiado la boquilla entre los dedos y fruncía los labios como si estuviera permanentemente enfadada con el mundo y a punto de soltar un insulto.

—Ahí dentro has dicho que vienes aquí porque todos tenemos algo que hacernos

perdonar. ¿Qué tienes que hacerte perdonar, tú?

Olga lanzó el humo con furia.

—¿Eso he dicho? Me habré colocado con el incienso.

Eduardo recordó la primera vez que la vio:

Hacía pocas semanas que había salido del hospital y todavía estaba convaleciendo del accidente. En aquellas semanas ya había empezado a beber muchísimo y a descuidarse. Su padre iba a verlo de tanto en tanto, le traía ropa limpia que compraba en el mercadillo y que casi nunca se le ajustaba adecuadamente, porque Eduardo perdía entonces peso de un modo alarmante, no comía y apenas dormía. Solo bebía y fumaba, fumaba y bebía. Debió de ser por aquellos días cuando su padre le dijo que le habían diagnosticado cáncer de esófago. Eduardo era incapaz de recordar ahora si su padre sintió miedo, si lo dijo tranquilo o si simplemente lo comentó de pasada. No quería sumar más angustias y penas a la pérdida de Elena y Tania. Tampoco recordaba si el médico que le tenía que operar mencionó que no valía la pena hacerlo, que el cáncer había hecho metástasis y se había extendido de forma rapidísima al hígado y a los pulmones. Tal vez dijo en voz baja que le quedaban apenas tres meses de vida y que lo mejor era un tratamiento paliativo a base de morfina. Nada de quimio. Acompañaba a su padre a las analíticas y las biopsias como un autómatas. Esperaba que la enfermera los llamase, entraba con él en la consulta y escuchaba lo que les decían sin oírlo realmente. Luego se marchaba a casa. No llamaba a su padre, no le preguntaba cómo se encontraba. No sabía si le importaba. Lo más probable, ahora lo comprendía, es que no tuviese más cabida para el dolor. Se bloqueó.

El día que Olga llamó a su puerta, Eduardo estaba llorando. En realidad, en el preciso momento que sonó el timbre había dejado de hacerlo ya. Se sorbía los mocos como una criatura agotada por el llanto, mientras una a una repasaba las carátulas y portadas de los discos de la colección de jazz que su padre le había traído veinte minutos antes. «Quiero que las tengas tú», le dijo: a todos ellos, Mildred Bailey, Barbara Lea, Georges Benson, Armstrong, Gordon, Davis, todos sus tesoros. Su padre los dejó en una caja de cartón encima de la mesa de la cocina. Besó en la frente a su hijo y se marchó. Entonces Eduardo se derrumbó y no pudo seguir fingiendo que no sabía lo que sabía. En el tocadiscos sonaba «All the Things You Are» de Charlie Parker cuando sonó el timbre. Al principio, Eduardo creyó que la chica al otro lado de la puerta no era alguien real, sino una alucinación, un espejismo más. Quiso que se marchara, borrarla y seguir naufragando entre el saxofón y el piano, hundirse en ese mar de burbujas oscuro donde no se puede esperar nada. Pero la joven insistió, hasta que le abrió la puerta.

Olga era, en aquella época, muy joven, apenas tendría la mayoría de edad. Se presentó con unas botas de montaña manchadas de barro y una trenca de color caqui empapada de agua. Tenía el pelo tintado de color zanahoria y las pestañas

apelmazadas con una gruesa capa de rímel que las gotas que le resbalaban por las mejillas habían abierto en profundos surcos negros. Sus pechos eran pequeños, como tubérculos secos. Estaba nerviosa y se frotaba las palmas de las manos como hacen los adictos a la heroína cuando llevan demasiado sin su dosis. Pero Olga no era una yonqui en busca de unas monedas, ni venía a pedir la firma para cualquier causa falsamente solidaria con la que financiarse vicio alguno. Se presentó rápido y dijo que había oído en la radio su historia, lo de la muerte de Elena y Tania, cuatro meses antes. Dijo que ella vivía muy cerca del lugar donde había ocurrido el accidente y que había visto algo, algo que tenía que contarle.

Eduardo la hizo pasar. Olga observó el apartamento y los discos esparcidos por la mesa con una mirada huidiza. Aceptó el café que Eduardo le ofreció, pero no lo probó; se pasó todo el tiempo fumando y dejando caer la ceniza en el borde del platillo donde reposaba la taza. Le costó un poco empezar a hablar, y lo hizo con rodeos, mencionando que había visto algunos retratos de Eduardo en alguna galería, sin concretar. Inquietantes, pero profundos, fueron sus palabras. Tal vez debería haber dicho profundos por inquietantes. También preguntó por qué no ponía nombres a sus retratos anónimos. Porque eran eso, anónimos, respondió él. Nadie conoce sus nombres. Los nombres son excusas, invenciones tras las que ocultarnos. Ella dijo que lo comprendía. Eduardo no la creyó. Era demasiado joven, y además no estaba allí para hablar de sus cuadros. También dijo que era estudiante de Historia del Arte y que pensaba dedicarse de algún modo al negocio del mundillo pictórico. Tampoco la creyó.

Ella respiró, se tomó su tiempo: a veces le gustaba bajar hasta el arroyo para darse un baño. En verano era un lugar agradable y apartado de las miradas indiscretas. «En los pueblos —matizó— no está bien visto que las mujeres —y se incluyó— nos bañemos desnudas». El comentario incomodó a Eduardo y le pareció superfluo. Iba a decirlo, pero ella se adelantó retornando a lo que la había llevado a su casa. Entretanto, la música de Parker seguía deslizándose por el apartamento, aunque ninguno de los dos le prestaba atención.

Olga le dijo que unos minutos antes del accidente vio pasar un vehículo todoterreno de color oscuro. Le llamó la atención porque corría demasiado, como si conociera sobradamente la pista que llevaba al arroyo, o como si fuese un loco. No pensó más en ello hasta que dos minutos después escuchó el estruendo tremendo de un choque. El recodo del camino tenía una curva muy cerrada y si no se conocía era fácil salirse del trazado.

Cuando llegó al arroyo vio el coche de Eduardo volcado con las ruedas girando hacia arriba y, a pocos metros, el cuerpo de una chica. Entonces reparó en el todoterreno parado con la puerta del conductor abierta en lo alto del terraplén. El conductor corrió ladera abajo hasta llegar a la chica e inclinarse sobre ella. Gritó algo,

dio un par de vueltas alrededor de su cuerpo como si no supiera qué hacer. Y entonces, Olga comprendió lo que iba a pasar. Lo supo porque de repente el hombre dejó de agarrarse la cabeza y lamentarse. Se quedó muy quieto mirando en dirección al coche, luego miró alrededor, cerciorándose de que nadie lo había visto. Subió la ladera, recogió algo que ella no podía ver pero que imaginó eran partes desprendidas de la carrocería o la luneta del todoterreno, y desapareció a toda velocidad.

—Fui yo quien avisó a la ambulancia.

También hizo otra cosa, le explicó, sacando un papel arrugado, un pedazo de hoja de cuaderno escolar recién arrancado de la espiral de muelle: había anotado la matrícula del todoterreno.

Eduardo palideció. No sabía qué hora era pero la temperatura había bajado muchísimo. Miró el papel como si estuviera escrito en él una fórmula alquímica y entonces le preguntó por qué venía a contarle algo así después de cuatro meses. Olga respondió que al principio pensó que no debía complicarse la vida, no le gustaba la policía, ni tenía ninguna intención de acudir a juicios y ese tipo de cosas que ella creía que se esperan de un testigo.

—Declaré a la policía que no vi nada, pero no puedo seguir ocultando lo que sé. Lo que hagas o no, es asunto tuyo. Yo ya he cumplido con mi conciencia, pero si le dices a la policía que te lo he contado yo, lo negaré. No quiero jaleos.

Así cambia una vida. De repente aparece alguien y la parte por la mitad. Y nada puede seguir siendo tal cual era un minuto antes. Cuando apareció Olga, Eduardo era una especie de meteorito que volaba hacia ninguna parte, y al chocar con ella su rumbo se vio alterado hacia otro tipo de abismo. Aquella revelación no haría más comprensible lo incomprensible. Solo iba a empujarlo un poco más hacia la oscuridad, hacia otro estadio más hondo y negro.

Tal vez debería haber ido él mismo a la policía en cuanto ella se marchó. Darles la matrícula y la descripción del coche. Quizá eso hubiera cambiado algo, quizá lo hubiera cambiado todo. Pero no lo hizo.

—A veces me siento mal por haberte contado aquello —le dijo Olga, mirando la acera de enfrente de la calle Atocha.

Habían caminado sin prisa y ahora estaban parados frente a la casa de cultura de Rusia. Un tipo con cara de pocos amigos se apoyaba en la cancela metálica con las manos dentro de un abrigo gris vigilando a los transeúntes. No parecía un guía de museo.

—Tú solo querías ayudarme —la tranquilizó Eduardo. Habían pasado ya trece largos años de aquello; resultaba absurdo buscar razones o consuelos tanto tiempo después. Y sin embargo, Olga seguía empeñada en justificarse.

—El infierno está alfombrado con buenas intenciones... ¿Podrías pensar al menos

seriamente en olvidar esa maldita historia del retrato? Puedo conseguirte algo mejor, seguro.

Fueron a despedirse y Eduardo le ofreció la mejilla. Olga desvió el curso de su beso hacia la boca. No sabía por qué lo hizo, solo obedeció al impulso de hacerlo. Ni siquiera fue un beso pleno. Al notar sus labios, Eduardo crispó la boca como la entrada de una gruta.

Aquella noche, tumbada en la cama a oscuras, Olga se sentía estúpida. Recordar la escena en que había besado fugazmente a Eduardo la avergonzaba hasta hacerla sentir ridícula, y pensar en lo que le había dicho la irritaba. Se había expuesto demasiado ante Eduardo. Por suerte, él ni siquiera podía sospechar cuántas vidas acumulaba Olga en su cuerpo; estaba demasiado ciego, demasiado concentrado en el remolino de su propio ombligo para darse cuenta de cuanto lo rodeaba. Tal vez era mejor así, se dijo acariciando, bajo la camiseta del pijama, la cicatriz de la ingle. El recuerdo de un antiguo tatuaje que le había costado borrar de la piel.

Aquella cicatriz era el camino que la llevaba a una calleja empedrada, a media noche. La dirección anotada en un papel la conducía a un sótano. Era un lugar sórdido, oscuro y tenso. Ella era apenas una niña raquílica acostumbrada a soportar el peso de la vida sin exhalar una queja, pero solo tenía dieciséis años y estaba aterrada.

La mujer que le cogió el abrigo parecía colocada, sonreía con la boca caída como si se le hubiese derretido grotescamente el maquillaje.

—Noches alegres, mañanas tristes, ¿verdad? —La condujo hasta una pequeña habitación. En el centro había una camilla con ruedas y un flexo en el techo que provocaba una luz muy blanca e intensa. En un mueble con estantes de formica se alineaba diverso material quirúrgico. La mujer trató de tranquilizarla acariciándole el hombro, pero el tacto de su mano no hizo sino aumentar el temblor de Olga. Le dijo que se quitara el vestido y las bragas. Todo iba a ser rápido e indoloro. Se lo prometió.

—Bueno, jovencita, *vamos a sacarte eso* y podrás seguir con tu vida como si nada hubiera pasado.

Pero fue horrible, largo, penoso y muy doloroso. Todo se complicó desde el principio, dijo que solo iba a aspirarla, no estaba más que de tres meses. Pero le arrancó las entrañas. Podría haber muerto, y a veces pensaba que tal vez debería haberlo hecho. No quiso mirar aquello que la mujer le mostró antes de lanzarlo al cubo de la basura.

—Te pondrás bien. Pero deberías ir a un hospital, a uno de verdad.

No le hizo caso. Se marchó sintiendo que se moría a cada paso. Le costaba mantener el equilibrio y se guiaba apoyando la mano en el muro del callejón.

No pudo decir nada en casa. Su madre no habría creído que uno de sus novios la

había seducido y dejado embarazada. Eso no podía pasarle a ella.

El padre de Olga murió cuando ella tenía trece años. Un funcionario de prisiones preocupado por la quiniela los fines de semana, acaso angustiado por el dinero que nunca era suficiente, o por esos dolores de cabeza repentinos que el médico de la Seguridad Social no sabía cómo ni por qué le venían y que le trastocaban el humor haciéndolo más y más amargado. No le dio mala vida a su madre, ni buena tampoco. Fue una sombra pasando entre sus dedos sin dejar sustancia de carne. Desde niña, Olga debió contentarse con una apariencia de normalidad, con una vida que todos tenían y a la que su familia no podía renunciar. Pero en la intimidad su padre se recluía viviendo en su rincón sin molestar, asomando de vez en cuando y arrastrando las zapatillas, en pijama y bata, con un vaso de agua, sentándose frente al telediario y quedándose dormido a los diez minutos. Y su madre observándolo desde lejos con mirada de repulsión. Apenas recordaba palabras sobre cómo era su padre, lo que hacían juntos, ni de cómo se conocieron, y su madre jamás pronunció un solo comentario que hiciera intuir qué clase de sentimientos albergaba hacia él.

Ella nunca hablaba de sus sentimientos en público, las únicas rendijas para atisbar su vida interior aparecían cuando se emborrachaba o traía un nuevo novio a casa, después de que su padre muriera. Su madre era muy guapa, mucho más que cualquier mujer que los hombres con los que se acostaba merecían. Pero era así de fácil dejarse llevar por un cierto desánimo, como si aquella vida no debiera haber prosperado, como si el esfuerzo de ir cumpliendo años no hubiese respondido a un objetivo concreto, sino a la mera casualidad y al abandono resignado de su protagonista. Existía la gente así. Personas que no encuentran un objeto al hecho de vivir, que no esperan ni piden nada, excepto ir cumpliendo sus pequeñas mezquindades sin ningún sobresalto.

El último novio era un hombre al que se le había pasado el tren de la vida. Puede que tuviera unos cincuenta años, tal vez menos, pero los aparentaba. Solía presentarse en casa de su madre con un traje de sarga arrugado; a veces un botón de la camisa estaba roto a la altura del ombligo, como si no hubiera podido soportar el empuje de la barriga. Tenía las patillas largas y rizadas y un bigotito hitleriano que le cubría el labio superior, un poco caído del lado derecho, como si le hubiera dado una parálisis; en la mano derecha sostenía una cajetilla de pitillos Lola y un cigarrillo encendido entre el índice y el corazón. Tenía los dedos amarillentos y las uñas descuidadas, como su ropa y como los botines negros manchados de barro. Al principio miraba a Olga con indiferencia, como algo inevitable que no valía la pena contemplar con esmero. Sonreía poco, y cuando lo hacía era como si lo hubieran obligado a hacerlo, sin lograrlo del todo.

Pero esa mirada cambió sin que su madre se diese cuenta.

Aunque no podía recordar el mes, sabía que era miércoles. Los miércoles venían

del supermercado a traer los encargos de la semana. Olga recordaba el mango brillante de su bicicleta apoyada en la puerta, el sillín marrón desgastado y el chico descargando las cestas de mimbre hasta los topes. El novio de su madre estaba sentado frente a ella, mirándola muy fijamente. La estancia estaba en penumbra y la sensación de frescor contrastaba con el calor sofocante, blanquísimo, chirriante, del exterior. Sin prisa, él se levantó y se acercó a Olga, la agarró por la nuca sin violencia pero firmemente y la atrajo hacia su boca.

Aquella fue la primera vez, pero vinieron otras, muchas más. En sentido estricto, no podía decirse que él la forzara, no lo hizo con violencia, al menos. En realidad, Olga se dejó llevar como en un sueño narcótico donde nada importaba porque no tenía voluntad para cambiar las cosas ni impedir las, como si con cada beso aquel hombre le inoculara con la lengua un veneno paralizante.

Y sin darse cuenta, se enamoró de él. Un hombre casado que tenía treinta años más que ella y que también era el amante de su madre; incluso cometió la estupidez de tatuarse su nombre en la ingle, aunque habría hecho por él mucho más que tatuarse un símbolo inútil en la piel. Durante meses compartió a aquel hombre con su madre sin que ella lo sospechara. Buscaba excusas para llamarlo, aunque no siempre contestaba él, sino la voz de su esposa o de un niño pequeño; soportaba sus humillaciones, acudía como una perrilla en celo a cualquier tugurio en el que él la citara para follarla deprisa, y hundía las uñas en su carne para no gritar cuando escuchaba a su madre correrse con su verga dentro al otro lado de la pared.

Hasta que aquel viaje alucinógeno terminó abruptamente. Una mañana, él la había citado en una miserable pensión de la carretera de Villaverde.

Olga había decidido que le daría la noticia después de hacer el amor, mientras fumaban un pitillo en la cama. Pero *Ella*, la esposa de verdad, irrumpió en la habitación y fue como si todo su mundo mágico estallara en mil pedazos con aquella invasión, como la cabina confortable de un avión que de repente se despresuriza. Hablaron a gritos. No se puede hablar y gritar al mismo tiempo, todo se vuelve entonces inasumible y caótico.

Durante unos minutos, Olga creyó que su juventud ganaría la batalla, que él plantaría cara, que le diría a su mujer las mismas cosas que le susurró a ella entre las sábanas decenas de veces. Pero él claudicó; en realidad, ni tan solo presentó batalla. La dejó, sin más, como si nada hubiese sucedido, como si ella fuese un bicho repugnante colgado en su felicidad matrimonial.

—¡Vamos a tener un bebé! —gritó Olga.

No debería haber sido de ese modo, esperaba encontrar ese ritmo cálido que los acompañaba por las noches, cadera contra cadera, para decírselo: «Deja a tu mujer, y a mi madre. Ahora somos una familia», como si aquel bebé fuese el eslabón que no podía separarlos. Pero ese grito, animal y desesperado, fue lo único que le quedaba,

su última esperanza de retenerlo.

Él la miró con un horror de viejo podrido. Y en esa mirada, en esa décima de segundo, Olga comprendió su tremendo error. Supo que el Amor no existe, que los hombres son egoístas y débiles. Supo que odiaría para siempre a ese hombre que llevaba tatuado en la piel con la misma vehemencia que hasta un segundo antes lo había amado.

Él las dejó, a ella y a su madre, sin más, las alejó de su vida como se aparta a un insecto molesto mientras se echa la siesta, de un manotazo. Se acabaron los fines de semana románticos, los polvos incómodos y excitantes en la parte trasera del coche, las promesas, los poemas, los pequeños regalos, las llamadas a media noche; se acabaron los tatuajes, las miradas de complicidad.

Y cuando su madre, borracha y perdida, lo llamaba entre mocos por las noches sin entender las razones de su repentino abandono, Olga la miraba y odiaba al mundo.

No, Eduardo no podía siquiera sospechar una historia semejante. Él siempre la miraba con la impaciencia propia de quien se ve obligado a explicar lo obvio. Y lo obvio era que ahora Olga estaba asustada.

Entornó los párpados e imaginó un cuerpo desnudo, desvalido, muerto allí mismo, en medio del suelo sucio de su habitación. Su adolescencia asesinada.

Qué absurdo y poca cosa puede parecer un ser humano desnudo y muerto. Qué inútil e inservible es esa redención.

Capítulo 9

Según indica la costumbre, las oraciones de *salat* deben ofrecerse cinco veces al día, todos los días. La más importante es la de media tarde. Era la que Ibrahim practicaba con mayor devoción.

Hubo un tiempo en que él mismo dirigía las oraciones en congregación, cosa que el islam suní permitía a aquellos miembros versados en el Corán, y él lo era, como lo fue su padre, un hombre por encima de todo reproche. Ahora, sin embargo, Ibrahim se contentaba con buscar una superficie lo bastante limpia para inclinarse frente a una pared orientada al este, ante un imaginario *mihrab* que señalase el camino a la Meca. En aquella celda no había imán o funcionario religioso que le impusiera el motivo del rezo. Alá no puede permitir que ningún hombre hable con Él directamente, por ello existían los profetas y los ángeles. Pero allí no había ni lo uno ni lo otro. Lo que tenía que decir quedaba entre él y Dios. Aunque Dios no parecía querer escucharlo.

No podía reprochárselo. No bastaba con lavarse la cara, las manos, las axilas y los pies para sentirse purificado, ni postrarse en una esterilla para estar en el paraíso. Ni siquiera bastaba implorar el perdón para merecerlo, y él ni siquiera sabía si lo deseaba. Desde niño le habían enseñado el distanciamiento espiritual de los placeres, y que su único objetivo en esta vida debía ser la aniquilación del yo en Alá, que todos los seres humanos nacen con dos almas, la humana y la divina, y que la vida es una lucha continua, un camino de perfeccionamiento donde lo humano se ha de extinguir en favor de lo divino. Pero Ibrahim sabía, tras una vida de conflictos consigo mismo, que su fe no era sólida ni su comportamiento coherente. No, Dios ya no confiaba en él. Y él ya no confiaba en Su bondad. Aun así, adoptaba con solemnidad la postura *giyan*, de pie con la cabeza inclinada y las manos plegadas frente al pecho, luego se inclinaba hacia adelante, y después se postraba con las piernas hacia atrás y la frente en tierra.

Uno de los suras preferidos de Ibrahim era el dieciocho, el que mencionaba al ángel caído, Iblis, el único que llegó a desobedecer a Alá. Mientras lo murmuraba, no podía evitar pensar en su infancia. En lo que esperaban de él: «Y cuando dijimos a los ángeles “¡Prosternaos ante Adán!” se prosternaron todos excepto Iblis, que era uno de los genios y desobedeció la orden de su Señor». ¿A cuántos señores había desobedecido él, cuántos preceptos había infringido? No había honrado la memoria de sus padres, solo había llenado de lágrimas la vida de su madre, y tampoco había podido seguir el ejemplo de su hermano mayor, mártir entre los mártires de Argelia. Era un asesino, un traficante de armas, un mercenario. Un farsante.

Declinó la cabeza hacia la litera vacía de su compañero, Arthur, y alargó los dedos hasta la marca en el cabezal que había dejado la postal de su viaje de novios. Ibrahim no tenía hijos, ni esposa, ni una familia que lo llorase cuando estuviese

muerto, nadie que intercediera por él cuando Alá decidiera que su tiempo estaba cumplido y enviase al ángel de la Muerte. Todo lo había entregado en una ensoñación. De repente, sus días le habían traído a la vejez cercana, y no sabía cómo había sucedido. No había paz en su interior, nunca la hubo, pero tampoco guerra, ya, solo la derrota de la sangre vertida inútilmente, los remordimientos, las voces y las caras perdidas en su interior. Los sueños que alguna vez tuvo, siendo un crío, habían terminado en pesadilla.

Se volvió hacia la puerta de la celda y vio al director Ordóñez apoyado en los barrotes.

—No sé qué has hecho, ni cómo lo has logrado, pero te marchas de aquí —dijo, esgrimiendo el auto de libertad del juzgado.

Ibrahim miró la pared desnuda y dibujó con el pensamiento la imagen de aquella postal en el cabezal de Arthur. Argel, Andrea...

Quizá, después de todo, Alá no era un padre tan severo y silencioso como lo fue el suyo. Al parecer, El Misericordioso tenía sentido del humor, un sentido del humor amargo.

Arthur ocupaba una mesa al fondo del salón, junto a las cortinillas de visillo que permitían ver los troncos de los árboles del paseo del Prado. Una luz tibia matizaba su contorno, como si al taponar la luz de la ventana con su ancho cuerpo se mostraran a la par dos versiones del mismo hombre, su silueta maciza y el destello luminoso que desprendía. Pidió el desayuno al camarero y enseguida se concentró en una pequeña libreta. Fuese lo que fuese que estaba leyendo reclamaba toda su atención; el camarero tuvo que carraspear un par de veces hasta que Arthur se percató de su presencia y le dejó espacio para la bandeja con el desayuno. Café en taza, un huevo cocido, una pieza de fruta y un par de tostadas con mantequilla.

«Un desayuno bastante frugal teniendo en cuenta su portentoso físico», pensó Eduardo. Desde la *chaise longue* del vestíbulo tenía una visión privilegiada del salón en general y de Arthur en particular, lo que le permitía observarlo, estudiar sus movimientos, analizar la simetría de sus rasgos y su fisonomía sin interferencias.

Lo primero que le resultaba incongruente en aquel hombre era su nombre. Encontraba pocas fisonomías acordes a este, en algunos casos lo desmerecían y en otros lo agrandaban. Haciendo una extravagante asociación de ideas, Eduardo constreñía todos los Arthur del mundo en un patrón común: los imaginaba de fisonomía amable, quizá con una enfermedad de cierto postín, una debilidad respiratoria tal vez, jaquecas crónicas o algún soplo del corazón. Era fácil imaginar a un Arthur rubio, con el pelo poco firme, de manos contenidas. Máxime si aquel Arthur era poeta, o había pretendido serlo, como sabía Eduardo. Esperaba haberse topado con un hombre de mirada huidiza, no cobarde, sino más bien fugitiva y

exploradora, de hipersensibilidad ante los detalles más nimios, que debía por fuerza rozar los límites de la locura.

Pero aquel hombre no era así, no su aspecto físico ni su modo de comportarse, al menos. La ropa cara que lucía, traje italiano hecho a medida de color tierra, la corbata de seda a juego, los gemelos y el reloj de titanio, apenas lograban suavizar la brutalidad de un cuerpo demasiado fuerte, con músculos dispuestos a la lucha y al esfuerzo aprisionados bajo la camisa. Cogía de un modo poco cincelado el huevo para pelarlo, y su mano no titubeaba a la hora de llevarse la taza de café a los labios sin contemplaciones. Pero con todo, lo que más distanciaba a Arthur de su nombre era la mirada, el modo de leer aquella libretita y luego girar el cuello hacia la luz exterior de la ventana con aire reflexivo. No parecía que su reflexión fuese fruto de algo hermoso, acaso unos versos escritos o una idea anotada en un momento de inspiración, y tampoco brillaba en ellos melancolía o nostalgia. No, lo que arrastraba aquella mirada y aquel gesto tenso era más parecido a un cálculo frío, a estar sopesando pros y contras, opciones, posibilidades y alternativas a algo que rondaba por su fuerte y hermética cabeza.

Pero de repente el rostro de Arthur mutó de modo fascinante. Una sonrisa de vela latina le iluminó la cara al ver aparecer a otro hombre que captó inmediatamente la atención de todos los presentes.

El recién llegado vestía una especie de chilaba de algodón semejante a la que lucen los musulmanes en las festividades, con ribetes dorados de formas vegetales en el cuello de pico y las bocamangas. La chilaba lo cubría hasta las manos y las piernas, pero debajo de la ropa se adivinaban unos pantalones occidentales y unos zapatos de piel. La cara estaba atrocamente marcada por cicatrices zigzagueantes que le daban un aspecto temible. Sin embargo, el modo de recoger con un remolino en el aire la manga de la chilaba y de inclinar levemente el tronco hacia delante llevándose la mano derecha al corazón fue una secuencia de movimientos elegantes y suaves, casi etéreos, como si aquel hombre fuese más un bailarín de aire que un musulmán con aspecto de hacer estallar el salón entero por los aires, que era lo que sin duda temieron los comensales que ocupaban las mesas cercanas. Destilaba un innegable magnetismo, no tan solo a causa de las marcas y cicatrices de su rostro, sino también por su contención a la hora de coger los objetos o la atención sincera que parecía prestar a cualquier cosa que le llamase la atención. Parecía existir una convención tácita entre las dos pulsiones que inspiraba una especie de equilibrio entre la repulsión de su rostro masacrado y la admiración de su elegancia innata.

Durante un segundo, la mirada de Eduardo y la suya se encontraron. Eduardo se sintió escudriñado sin rubor, y a continuación, como si desdeñase una posible amenaza, volvió a charlar animadamente con Arthur. Ambos se levantaron y salieron juntos del hotel.

Eduardo los siguió a distancia.

Durante buena parte de la mañana recorrieron a pie las calles de Madrid, entraron en un par de librerías, compraron algo de ropa y a media mañana pararon en una terraza a tomar algo en el barrio de las Letras. Era viernes y las calles estaban llenas de peatones. La plaza de Santa Ana era un bullicio de terrazas, lateros y gente yendo y viniendo sin aparente destino. En las marquesinas del teatro Español, un grupo de sudamericanos compartía música entremezclándose con un grupo de turistas rusos que recibían las explicaciones de un guía joven que les señalaba los nombres inscritos en el frontispicio del teatro. A una distancia prudente, un coche de la policía local circulaba tan lentamente como en un bolero, y un chico subsahariano ofrecía publicidad de un garito de tapas, mientras que un par de gitanas enlutadas andaban merodeando entre las mesas de las terrazas con sus inevitables ramitas de romero y sus letanías de la suerte. Todo convivía sin aparente fricción. Un decorado sencillo, si no se miraba muy a fondo, que permitía a Eduardo mantenerse bastante cerca de Arthur y de su amigo sin ser descubierto. Por suerte no parecían tener prisa, lo que agradeció Eduardo; después de una larga mañana, la rodilla lo estaba machacando.

Arthur se detuvo ante la peana de la escultura de Lorca y de repente alzó la cabeza y su mirada se topó por azar con la de Eduardo. Este apenas tuvo tiempo de desviar la atención hacia el escaparate de una bodeguilla. No era probable que Arthur lo hubiese reconocido o que sospechase que lo estaba siguiendo. Sin embargo, cuando Eduardo volvió la cabeza, Arthur se alejaba hacia la salida este de la plaza con rapidez, alargando las zancadas, como si le hubiera entrado una prisa repentina. De su amigo no había ni rastro.

Eduardo aceleró el paso para no perder de vista a Arthur entre el gentío de la plaza, olvidándose de las punzadas cortantes de la rodilla.

Tras una corta carrera que lo dejó para el arrastre, alcanzó la bocacalle por la que había desaparecido Arthur. Era un callejón estrecho con bares de tapas muy concurrido, demasiado para abrirse paso si no era a fuerza de empujones.

—Mierda, ¡jodido lisiado! —se recriminó en un raptó de cólera, golpeándose la pierna maltrecha al comprobar que había perdido a su presa.

Nadia Rueda había avisado a Arthur de que Ibrahim ya era libre. Y allí estaba, efectivamente, frente a él.

Le gustaba tener cerca a su compañero de celda, se sentía más seguro, compartía con él algo que resultaba tangible y real en aquel mundo al que había vuelto repentinamente y que todavía lo aturdió. Pero también Ibrahim parecía otro fuera del entorno gris de la cárcel. Parecía brillar más, y aquel atuendo de algodón bordado le daba un aire al mismo tiempo extravagante y cautivador. Sin embargo, su natural

desconfiado seguía alerta.

—No mires, pero al fondo del salón hay un tipo de aspecto arenoso que no te quita la vista de encima.

Arthur no miró.

—¿Alguien del Armenio?

Ibrahim descartó la posibilidad después de examinarlo sin disimulo. Solo era un tipo raro, no una amenaza creíble. La sospecha era un hábito de supervivencia para él, eso era todo. Esperaba siempre lo peor de las personas y de ese modo estaba preparado para contrarrestar cualquier envite. Mantenerse en ese estado de alerta permanente y no caer en el cinismo era cuestión de equilibrio. En su opinión no existían personas buenas o malas, cosas buenas o malas; ese tipo de maniqueísmos eran para los libros. Él tan solo veía zonas grises, bailes de sombras, y procuraba mantener un pie en cada lado.

Arthur admiraba su entereza, y en cierto modo la temía. Incluso cuando era amable, la mirada de Ibrahim traspasaba a cualquiera y los demás sentían que ante esa mirada estaban indefensos. Nada es más peligroso que un hombre que sabe quién es y lo que quiere. E Ibrahim lo sabía. Hablaba poco, y cuando lo hacía parecía sopesar el valor de cada palabra con la certeza de que nada era banal, que cada sílaba ocupaba su lugar justo.

Intercambiaron algunas anécdotas de la cárcel, hablaron de la incomodidad de tener que encajar de nuevo en el mundo, pero siempre era Arthur el que empezaba y terminaba las frases, Ibrahim apenas traslucía sus verdaderos pensamientos. Estaba allí, escuchaba con atención, a veces sonreía mostrando su boca estropeada, pero nunca dejaba de estar al otro lado de la conversación, como un observador paciente.

Luego caminaron por Madrid recordando las calles de Argel: el barrio de Haï el Badr, los rincones más oscuros del puerto de Agha, el entorno de la avenida Didouche Mourad y el jardín botánico de Hamma, los teleféricos del Palais de Culture y el de Notre Dame d’Afrique. Cuando agotaron ese callejeo por la memoria, Ibrahim empujó la conversación hacia Arthur, hacia su presente, en realidad.

—¿Cómo está tu esposa? ¿Has ido a visitarla?

La pregunta, fuera de la celda, sonó extraña.

—¿Por qué lo preguntas?

Ibrahim comprendió su error rápidamente y trató de rectificar.

—Bueno, cuando estábamos encerrados no dejabas de repetir que lo primero que harías al salir sería ir a buscarla y llevártela de Madrid.

—Andrea no quiere verme, me culpa de la desaparición de Aroha, y en cierto sentido no le falta razón.

Ibrahim conocía la historia; Arthur se la había explicado hasta la saciedad. También conocía el efecto devastador que les había causado a ambos la desaparición

de su hija.

—No puede decirse que haya sido un padre excepcional. Uno cree que conoce a los hijos y que su responsabilidad está en mantenerlos protegidos, que no les falte de nada... Pero está claro que fracasé.

—Hay gente que tiene dos oportunidades en la vida. Quizá tú seas uno de los afortunados. Recuperarás a tu hija y a tu esposa, y harás las cosas mejor esta vez.

Arthur lo miró con curiosidad:

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Ibrahim apartó la mirada.

—No soy yo quien debe estarlo, sino tú.

—Si pudiera convencer a Andrea... Pedirle otra oportunidad.

—Hazlo.

Arthur meneó la cabeza.

—Ya te he dicho que no quiere verme. No conoces a mi esposa, temo que cada vez se vaya alejando más y más en ese pozo de silencio en el que está sumida y que, llegado el momento, cuando encuentre a nuestra hija, ya no pueda hacerla volver junto a nosotros... Si la hubieras conocido cuando era más joven, ¡era tan alegre, tan fuerte!

Ibrahim sonrió y asintió con la cabeza. Algo en su interior brillaba y el resplandor subía hasta sus ojos oscuros, como la visión de una hoguera a lo lejos, en la gruta de una montaña en plena noche. Él también tenía recuerdos.

—¿Por qué sonríes de ese modo tan extraño? —le preguntó Arthur.

La vida tenía una forma curiosa de experimentar con los seres humanos, pensó Ibrahim, borrando esa sonrisa delatora de su boca. Alá jugaba a los dados con los destinos mortales, desperdigando las piezas de un rompecabezas que siempre volvía a unirse de un modo u otro. Había quien llamaba a eso casualidad, tal vez fuera predestinación, no lo sabía. Quizá las ansias de ser libres y protagonistas de las propias vidas no eran más que anhelos quiméricos, locuras humanas, a la vista de los acontecimientos.

A veces, las puertas infranqueables se abren para ser traspasadas.

—Yo podría hablar con ella, si quieres. —Lo dijo sin pensar, dejándose llevar por el instinto.

La propuesta sorprendió a Arthur. Examinó a su amigo con ambigüedad. ¿Por qué no? Ibrahim era una persona especial. Le había demostrado una lealtad sin fisuras en la cárcel, aunque siempre tenía la sensación de que no todo era diáfano en sus intenciones. En alguna ocasión le había descubierto contemplando aquella fotografía de Argel con Andrea, pensando Dios sabía qué, acaso en su propia vida; y una noche lo sorprendió contemplando al propio Arthur mientras dormía en su camastro. Por alguna razón, Arthur sintió miedo, fue la única vez que realmente tuvo miedo de

Ibrahim, y fingió seguir durmiendo, sintiendo en la cara el aliento de Ibrahim e intuyendo su mirada profunda y cortante. Sin embargo, Arthur estaba vivo gracias a él, lo consideraba su amigo. Y además Ibrahim estaba agradecido por haberlo sacado de la cárcel. Era argelino como Andrea, se crio cerca de su barrio. A diferencia de Arthur, Andrea nunca se había sentido francesa, ella amaba Argel tanto como Ibrahim: si existía alguien capaz de ser el lazo que mantuviera a su esposa unida a la realidad, era él.

—Sí, ¿por qué no? Ve a verla, habla con ella.

Ibrahim asintió rocoso y sin traslucir emoción alguna. Desvió la mirada para escapar de la de Arthur y, en ese instante, otra cosa más imperiosa llamó su atención.

—El tipo del hotel está otra vez ahí, al otro lado de la plaza. Y no puede ser casualidad que nos hayamos tropezado de nuevo con él.

Eduardo se sentía fatigado. Después de haber recorrido medio Madrid jugando al espía sudaba abundantemente y la rodilla le quemaba. Caminaba renqueante calle abajo preguntándose qué clase de estupidez lo estaba empujando a perseguir a un desconocido de un lado a otro sin ningún sentido.

De repente se abrió un portal justo cuando pasaba por delante. Apenas tuvo tiempo para advertir con el rabillo del ojo un puño cerrado que se abalanzó sobre su cara. Tuvo el reflejo de girar la cabeza, pero solo pudo esquivar el golpe parcialmente. La mayor parte se estrelló entre la mandíbula y el cuello, dejándolo aturdido. Las gafas salieron volando. Antes de recomponerse, un segundo puñetazo en la boca del estómago le cortó la respiración. Fue un golpe certero, de profesional que sabía dónde pegaba. Un par de manos poderosas lo agarraron por las hombreras y lo empujaron dentro del portal como si fuese un saco de patatas. Todo sucedió en apenas cinco segundos y nadie se dio cuenta de nada.

El vestíbulo del portal estaba a oscuras, pero no lo suficiente para impedir que Eduardo viera la cara de su agresor. Era el hombre de la chilaba. Quiso protestar, pero se comió las palabras con un nuevo golpe, seco y duro, esta vez en la boca. Ibrahim le había pegado con algo metálico, tal vez un anillo o unas llaves. Eduardo sintió que todos los dientes se sacudían y enseguida notó en la saliva el sabor de la sangre. Ibrahim le propinó un rodillazo en el plexo que lo hizo caer redondo. Tumbado en el suelo notó el antebrazo de Ibrahim inmovilizándole la cabeza contra el suelo, mientras con la otra mano hurgaba bajo su camisa hasta dar con la cartera, arrancándosela violentamente. Con la cartera en la mano, Ibrahim se incorporó. Jadeaba un poco y tenía el pelo revuelto, pero podía seguir pateándolo durante un buen rato antes de estar verdaderamente cansado.

—¿Trabajas para el Armenio? —le preguntó a Eduardo, apuntándolo con el DNI que le había quitado de la cartera.

Desde el suelo, Eduardo alzó la mano pidiendo una tregua. O se explicaba rápido o aquel tipo era capaz de matarlo allí mismo.

—No sé de qué armenio me hablas. Me llamo Eduardo Quintana, y soy retratista, pintor.

La respuesta desconcertó a Ibrahim. Se acuclilló y observó de cerca la cara de Eduardo, que empezaba a inflamarse con rapidez. Desde luego no tenía el aspecto de ser un matón del Armenio. Ladeó la cabeza hacia el hueco de la escalera, que permanecía a oscuras. El atribulado rostro de Eduardo siguió la dirección de esa mirada. De entre las sombras emergió la silueta de Arthur Fernández.

—¿Quién cojones eres tú? —El tono de voz era imperativo, pero ya no vibraba en el aire la amenaza inminente. Eduardo necesitaba improvisar una excusa con rapidez. Y por supuesto, no debía decir la verdad. Eso lo hubiese estropeado todo. El cerebro se le movía dentro del cráneo como una lavadora descompensada.

—Soy retratista, me gano así la vida, y pensé en robarle algunos gestos, hacer un esbozo sin que se diese cuenta. —Mientras hablaba, Eduardo ganó unos segundos preciosos para lograr apoyar la espalda en la pared e incorporarse con mucha dificultad.

Arthur miró de arriba abajo a Eduardo como si no pudiera creer lo que acababa de oír. Sacudió la cabeza un par de veces y volvió a mirarlo, pensativo.

—¿Me tomas el pelo?

En aquel instante se encendió la luz de la escalera. A los pocos segundos apareció una mujer mayor con bata y arrastrando unas zapatillas de andar por casa. Al ver la sangre en el rostro de Eduardo lanzó un gritito de rata y volvió a la carrera sobre sus pasos.

—Será mejor que salgamos de aquí. Esa vieja no tardará en llamar a la policía. No creo que sea muy oportuno que te cojan aquí en tu situación, y a mí tampoco me conviene —advirtió con calma Ibrahim, masajeándose la mano con la que había golpeado a Eduardo.

Arthur dudó unos instantes. Sabía que tenía razón.

—No deberías andar por ahí espiando a la gente como un psicópata —aconsejó demasiado tarde a Eduardo. Este asintió pesadamente. Le dolía todo el cuerpo y tenía ganas de vomitar.

Ibrahim le devolvió la cartera.

—Ahora sé quién eres —dijo con una sonrisa irónica, guardándose su DNI—. Está bien saber cosas de los demás, nunca sabes cuándo puedes necesitar utilizarlas. Yo que tú, esperaré aquí a que venga la policía y pida una ambulancia. Puede que tengas algún hueso roto, y ese labio tiene mala pinta. —Se contuvo un instante en el quicio del portal con el pomo de la puerta en la mano, oteó el exterior como un cazador y, tras cerciorarse de que no existía amenaza, ambos salieron.

La policía llegó minutos después. Eduardo hubiese preferido no estar tampoco en el portal cuando llegaron, pero después de intentar alcanzar la calle se dio cuenta de que no iba a poder ir muy lejos. Tenía la rodilla inflamada y cada vez que respiraba notaba un dolor punzante en el costado derecho. Imaginó que tenía una costilla rota, así que no pudo hacer otra cosa que sentarse en un escalón y esperar que llegaran los agentes y después la ambulancia. No le explicó la verdad a la policía, al menos no por completo: les dio una secuencia exacta de lo ocurrido sustituyendo la descripción de Ibrahim y de Arthur por otra mucho más genérica e inidentificable.

Tampoco le dijo la verdad a Graciela cuando la llamó por teléfono y le pidió que viniera a recogerlo al centro de Urgencias donde le habían radiografiado los huesos para certificar que tenía una costilla fisurada pero no rota. Aparte de los moratones, no había nada que un par de días de reposo no pudieran devolver a su sitio. Con una receta de analgésicos y tres grapas en el labio, se sentó a esperar que llegara la casera.

—Ha sido un tipo del montón, no sabría decirte más. Me pilló por sorpresa y me metió en el portal. Imagino que quería robarme la cartera y el reloj.

Graciela lo miró con desconfianza.

—El reloj lo tienes en la muñeca, y la cartera en la mano.

Eduardo se acarició la mejilla inflamada. Realmente, Ibrahim golpeaba como un martillo pilón.

—Una mujer se asomó desde la puerta de su piso al escuchar los golpes. Supongo que los tipos se asustaron y salieron corriendo.

—¿Y esta paliza solo para quitarte la cartera y el reloj?

Eduardo pensó en la expresión irónica de Ibrahim y en la amenaza velada de sus palabras.

—El mundo está lleno de mala gente... ¿Te importaría llevarme a casa? Necesito unas gafas de repuesto.

—Lo que necesitas es una buena cena y un poco de compañía. Últimamente estás demasiado solo y parece que la soledad te está devorando —le soltó sin recato Graciela.

Eduardo no tuvo energías para protestar.

Sara estaba reclinada sobre una mesa redonda de formica. Como todos los zurdos, giraba de un modo extraño el cuaderno para dibujar y el antebrazo se le manchaba con las ceras de colores emborronando la página. Vestía un pijama de elefantes verdes que sujetaban ramos de globos de diversos colores. Un pijama infantil que cualquier chica de su edad se hubiera negado rotundamente a ponerse. Pero Sara no era como las otras chicas. En la estantería, cerca de su mano, descansaba el gato de la suerte.

—Buenas noches, Sara.

La niña alzó la mirada y se le iluminó el rostro con una sonrisa al ver a Eduardo. Se levantó y le estrujó la barriga con sus fuertes brazos. Su pelo le rozó el mentón. Olía a champú con esencias de limón.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—La doctora que lleva su caso dice que por ahora va mejorando; estamos convencidas de que si somos disciplinadas con la medicación, se pondrá bien muy pronto, ¿verdad, hija? —intervino Graciela con un tono exageradamente optimista.

Sara asintió con energía, como si los movimientos de su pequeña cabeza pretendieran refrendar una afirmación que en sus ojos apareció cargada de dudas. Otros niños de su edad no se percatarían hasta mucho más tarde de que las cosas no eran como se las habían contado, y ahí, en las mentiras, perderían la inocencia, la infancia; pero ella había aprendido a mentirse a sí misma desde hacía ya mucho tiempo.

—La doctora dice que pienso mucho, y que hay pensamientos que yo no puedo procesar adecuadamente porque soy muy pequeña todavía. Yo intento no pensar, pero los pensamientos piensan por mí y yo no sé cómo pararlos.

Eduardo le acarició la frente. Sara venía de otro mundo, vivía en otra parte, y solo cuando la medicación la aturdió lo suficiente su cerebro aflojaba el acelerador y venía de visita a esta otra realidad desde su isla de promisión. Como un fantasma, una media mitad que les prestaba a los demás.

—Los doctores no lo saben todo, ¿verdad?

La niña soltó una risita de complicidad.

—Así es. Lo que yo le cuento a Maneki, nadie más puede saberlo. Aunque a ti puedo contártelo, si te quedas a cenar. —Maneki era su gato de la suerte.

—La oferta es tentadora, así que no veo cómo puedo negarme —admitió él.

Fue una velada agradable. El vino abundante y la compañía de Sara, sentada a su lado, y de Graciela, divertida y contenta, logró que Eduardo dejara de pensar durante unas horas en la paliza que le había dado Ibrahim. Se puso a contar anécdotas de su infancia, de su padre, de sus discos, de los viajes que había hecho por el norte, de donde venían sus raíces. No pretendía impresionar a Graciela, al menos no de modo consciente, pero a juzgar por el brillo en los ojos de ella y por el modo arrobado en que lo escuchaba, con el codo en la mesa y la mejilla descansando en la palma de la mano abierta, así estaba sucediendo.

De repente, Sara se levantó y fue a una cómoda llena de cajones.

—¿Dónde tienes esas viejas fotografías, mamá? —Sara desordenó hasta dar con un álbum familiar.

Graciela hubiera preferido que no lo encontrara, que su hija no se sentara en la mesa con aire triunfal y lo abriera ante la mirada llena de curiosidad de Eduardo. Pero no hubo modo de hacerla desistir.

—Mira, aquí está mi madre cuando niña, en el pueblo.

Era el retrato de una niña, apenas empezando a ser mujer sin pasar por este invento moderno de la adolescencia. Un salto al vacío que se adivinaba en sus ojos de cejas sin depilar, vestida con una camisa negra llena de rozaduras, con una falda vasta y sucia. En su gesto de sonrisa indecisa, que no se atreve a ser feliz, estaba grabado un tiempo perdido. Parecía sorprendida por el haz repentino del fogonazo, nerviosa e incómoda por las órdenes del fotógrafo que la hacía posar junto a una vieja casucha de labranza con el techo de calamina y el portalón del corral abierto. Una niña que todavía no tenía el brillo borrado de la mirada, sin derecho a mostrar flaquezas.

—Apenas tenía diez años. Dios mío, cuánto ha llovido —asintió Graciela, cogiendo la fotografía con delicadeza, como si temiera romperla. Hablaba, en realidad, para Eduardo. Aprovechando que le mostraba las fotografías, al pasar las páginas del álbum le rozaba el antebrazo, contagiándose del calor embriagador y aparentemente casual de sus cuerpos.

Eduardo permanecía rígido, con la sonrisa cada vez más forzada. A veces escuchaba a Graciela desde su apartamento cantando boleros de Luis Miguel. Sonaban bien, Graciela tenía una voz agradable. Historias de reencuentros románticos, amores imposibles, pasiones desbordadas. Pero la vida no era un bolero. Él no deseaba saber más, y tampoco quería acercarse a Graciela; no quería atravesar la puerta de la complicidad que aquella mujer y aquella niña le habían abierto y que pretendían hacerle traspasar con un empujón, suave, amable, pero empujón a fin de cuentas.

—No pareces tú.

Graciela se encogió de hombros.

—Las fotografías no reflejan nada más que una imagen que con el tiempo se convierte en algo muerto —murmuró.

Eduardo contempló a Graciela como un perro contempla la luna. Estaba lejos, se veía el resplandor, ciertamente, pero no sabía nada de ella, no quería saberlo.

Graciela lo miró con un brillo que presagiaba las lágrimas. Pero continuaron con el álbum. Sara era la encargada de pasar las páginas, apenas dejaba tiempo para observar las fotografías y mucho menos sus detalles. La vida pasaba tan rápido de instantánea en instantánea como lo hacía en su cabeza bulliciosa y enfebrecida. Graciela y Eduardo la dejaban hacer con una sonrisa de aceptación cansada. Sara era un torbellino capaz de agotar las energías de cualquiera. Estaba acelerada y anticipaba lo que iban a ver en cada fotografía antes de mostrarla. A veces inventaba historias que solo existían en su imaginación partiendo de un instante grabado. Así, ella y su madre habían viajado por África hasta llegar a las tierras del Bajo Nilo donde nada menos que una descendiente directa de Cleopatra le había regalado a Sara el brazalete de oro macizo que lucía en la fotografía de los carnavales del año 2000.

Y para asegurarse de que Eduardo la creía, Sara corrió a la habitación y regresó con el brazalete para que pudiera sopesarlo por sí mismo.

—Oro macizo, en efecto —admitió él, con expresión de fingido asombro.

Sara continuó con su paseo vertiginoso de las páginas hasta que, en una, algo llamó vivamente la atención de Eduardo.

—¿Quién es la chica?

Graciela acarició el perfil de una jovencita embarazada, que mostraba el vientre muy inflado bajo un vestido de color índigo de tirantes y voladizo. Dio un sorbo a la copa de vino, grabando la marca de carmín de sus labios en el borde. Dejó la copa y la hizo girar entre los dedos, contemplando con amor la fotografía.

—Mi madre. Se llamaba Esperanza. Cuando estaba de buen humor, recuerdo que me canturreaba canciones infantiles. A veces, al anochecer, agotadas pero felices, nos sentábamos juntas en un banco de la plazoleta que había delante de nuestro pequeño piso, en Leganés. Me contaba entonces las cosas que, siendo una chiquilla, había visto en el cine de verano del pueblo cierta vez, los enormes edificios de una ciudad que salían en la pantalla, el ruido que hacían las bocinas de los Ford descapotables, el trajín de los tranvías. Describía, con los ojos brillantes, cómo eran los vestidos de las actrices, sus moldeados de pelo, sus maquillajes, sus largas piernas y sus cinturas entalladas, la distinción que mostraban al moverse, hablar o fumar. También me contó una vez, con una nostalgia que trataba de reprimir con una sonrisa, que un famoso fotógrafo quiso retratarla como si fuese una estrella de nivel mundial pero que su padre, mi abuelo, no lo permitió.

Habían agotado los cigarrillos y la botella de vino. Sara dormitaba en el sillón arropada con una manta y abrazada a su ya inseparable gato de la suerte. Graciela cerró lentamente el álbum de fotos y lo devolvió al cajón. Se acercó a Sara y le apartó el flequillo de los ojos. La niña se removió inquieta.

—Está fascinada con ese juguete. A veces busca por el barrio, entre los gatos de verdad, uno como este, pero dice ufana que ninguno se le parece. Ella cree que Maneki puede entender lo que le dice.

—Tu hija tiene una fantasía extraordinaria —admitió en voz baja Eduardo.

Graciela asintió. La dolencia que tenía diagnosticada era irreversible, y ella lo sabía, pero no podía evitar tener esperanzas cuando los síntomas remitían y parecía poder llevar una vida normal. Pero luego todo volvía a empeorar.

—Me pregunto una y otra vez por qué hay personas que alcanzan al menos un momento de felicidad y lo desperdician y otras nunca pueden llegar a tenerlo.

Eduardo apartó la mirada hacia los restos de la cena. Él no era la persona adecuada para contestar esa pregunta.

—Recogeré los platos —se ofreció.

Graciela lo dejó hacer, contemplándolo. Sabía lo que estaba pensando Eduardo, siempre sabía lo que pensaban los hombres de los que se enamoraba, pero había derrotas que no estaba dispuesta a asumir. Se acercó y le acarició el pelo, como si fuese un niño pequeño. Se inclinó y le besó en los labios. Sus labios estaban agrietados y eran fríos. Los de Eduardo rehuyeron el anhelo. Graciela retrocedió, un poco avergonzada.

—No quería incomodarte.

—No lo has hecho, tranquila —respondió él con un susurro pacificador.

Graciela lo miró despacio, con aire fatigado.

—Apenas sé nada de ti, lo poco que has querido mostrar, y no sé si eso es mucho o es poco. Pero para mí es suficiente, Eduardo. Con nosotras tienes un camino, si quieres. Otro principio. No soy tan ilusa para creer que me amas. Aún no, y no me importa. Puedo esperar.

Eduardo se había arremangado la camisa y estaba aclarando una copa. Durante una décima de segundo dejó de hacerlo, las burbujas del detergente resbalaron por la superficie de cristal y gotearon sobre la encimera. Ladeó instintivamente la cabeza hacia su derecha. Sara seguía durmiendo.

—No creo que tu hija y tú merezcáis cargar con un cadáver.

—No hables así. No estás muerto. Aunque quieras estarlo, lo cierto es que sigues aquí. Alguna esperanza debes de conservar. Y además, ni mi hija ni yo vamos a suplantar a tu familia, no vamos a cubrir un agujero, Eduardo. Lo que yo te doy es una oportunidad, para los tres.

Eduardo buscó un paño limpio y secó con paciencia un plato plano haciéndolo girar como un volante.

¿Sabría Graciela lo que significaba tener *charme*? Elena lo tenía. No es algo que pueda adquirirse, ni siquiera aprenderse. Es un don, un aire que envuelve ciertas cosas, a ciertas personas, desde que nacen. Es algo que las hace distintas en cualquier circunstancia, sea lo que sea que hagan, caminar, mirarte, respirar, tender una mano o cantar una canción. Son seres inmortales, pequeños ángeles errantes que vagan entre nosotros porque perdieron las alas en la Caída primera, que buscan el camino de regreso a casa. Si alguna vez una de esas personas se cruzase con ella, si se dignase posar en Graciela su mirada, dedicarle una sonrisa, podría entenderlo, de otro modo, cualquier cosa que pudiera decirle acerca de Elena resultaría vana.

—Es muy tarde ya. Te agradezco la cena y la compañía, pero mañana me toca madrugar. Debería irme.

—Sí, tal vez sea lo mejor —aceptó Graciela, con la rigidez de un maniquí fuera del escaparate. Sin darse cuenta se había corrido el pintalabios al frotarse la boca con el dorso de la mano.

Eduardo fue a la puerta. Graciela no se movió de la mesa, fumando con la mirada

perdida y una copa de vino en vilo. Eduardo giró el pomo y abrió, pero sin llegar a soltarlo, ladeó la cabeza por encima del hombro.

—Maté a un hombre, Graciela. Le disparé en la cabeza. Y a su mujer. Y habría matado también a su hijo si no me lo hubieran impedido. A ese hombre es al que le estás pidiendo que duerma cada noche pegado a tu espalda.

Se marchó sin esperar a ver la reacción de la casera.

La tarde olía a mimosas. Afligía el paisaje, demasiado hermoso para parecer real, el anticipo de una nostalgia, de un instante perfecto que en cualquier momento iba a estropearse.

—Tienes una visita.

Andrea frunció ligeramente el ceño, disgustada por la interrupción de la enfermera.

—No quiero ver a nadie —murmuró.

—No es tu marido —dijo la enfermera, anticipando su pensamiento.

Alrededor del perímetro del estanque se repartían estratégicamente bancos de madera que invitaban a perder la mirada en el fondo limoso y en los peces de tonalidades rojas y azules que de tanto en tanto emergían de la oscuridad y nadaban en círculos mendigando alguna miga de pan. En un tiempo una pradera de césped rodeaba el estanque, pero ahora se había convertido en un tepe de grama amarillento y seco.

Ibrahim contemplaba el agua apoyado en un árbol. Arthur le había preparado para lo peor, advirtiéndole que iba a encontrarse con poco menos que una paciente en coma: «Resulta frustrante hablar con ella, a veces incluso ridículo. No parece escuchar, ni ver, ni oír».

El rumor de una hoja lo sacó de su ensimismamiento.

Andrea se acercaba con paso dubitativo. Llevaba un corte de pelo torpe y poco femenino, ahuecado a los lados, sus ojos arrastraban una mirada errática, dejaba caer los brazos y las manos sin tensión a lo largo de su cuerpo, y con los hombros caídos adoptaba una posición de laxitud.

Pero aun así sintió que el corazón se le aceleraba.

Aunque devastada, Andrea no estaba muerta, no por completo, al menos. La niña que él conoció seguía allí, en alguna parte tras esas pestañas y ese mentón un poco caído que acompañaba el derrumbe de sus pómulos y su boca. Su piel estaba invadida por las arrugas y algunas manchas asomaban entre los pliegues; sus músculos ya no eran firmes y trabajados, le caía el tríceps y las caderas se habían desbocado. Pero era ella, lo sabía tan certeramente como lo supo el día que vio la postal de boda encima del camastro de Arthur.

Casi cuarenta años después, casi viejos, casi vencidos. Pero allí estaban, el uno

frente al otro.

—Hola, Andrea.

Andrea se vio sorprendida por aquella voz, inesperadamente suave. Esa calidez la rozó con el recuerdo de algo sucedido mucho tiempo atrás. En alguna parte de su memoria creyó reconocerla.

—¿Nos conocemos?

«De modo que me recuerdas. No sabes cuándo, ni dónde, en qué parte de tus recuerdos encajo, pero una parte profunda de ti me reconoce», pensó Ibrahim con una alegría extraña. Y sin embargo, no podía contestar afirmativamente.

—Me temo que no, aunque yo, como usted, nací y me crie en Argel.

La mención de ese espacio común del pasado iluminó brevemente las facciones de Andrea.

—Mi nombre es Ibrahim y soy amigo de su esposo.

Fue un espejismo que se borró con rapidez. Ibrahim imaginaba desconfianza, acritud, tal vez alguna escena desagradable; lo podía asumir, incluso era deseable. Cualquier cosa. Pero no estaba preparado para aquella mirada de piedra.

—Él sabe que usted no quiere verlo, por eso me envía. Quiere que sepa que está haciendo todo lo posible para encontrar a su hija y que yo me asegure de que estará bien, que no se va a derrumbar.

Andrealadeó imperceptiblemente la cabeza hacia el estanque. En alguna parte se removían inquietas las hojas caídas en el suelo, agitadas por una corriente de aire que parecía salir de la nada. Iba a llover, pensó. Y esa idea lo llenó todo: la lluvia, las gotas redondas, gruesas, pesadas, como de mercurio transparente, la lluvia inundándolo todo, el sonido de tambor sobre la hojarasca y los techos, las ondas expansivas en el estanque, los pajarillos revoloteando alocadamente en busca de un refugio, las nubes bajando como en pliegues desde la sierra.

—Va a llover —dijo—. Aquí la lluvia no pesa demasiado, es ligera.

—¿Entiende lo que le he dicho, Andrea?

—La lluvia aquí no es pegajosa —repitió ella, mirándolo con una súplica al final del túnel oscuro que eran sus pupilas.

Ibrahim comprendió. No pudo ni quiso evitar que su mano llena de muertes acariciase el rostro de Andrea, tan roto como el *suyo*.

—Es cierto —murmuró—: va a llover. Pero aquí la lluvia no es como en Argel, ¿verdad? Allí la humedad de la tierra mojada levanta vapores que roban el aire a los pulmones.

Y al decirlo rememoró una tarde de aquel verano que tuvieron que correr para no perder el autobús después de pasar el día en la playa, ella con las sandalias en una mano, él con la camiseta empapada atada a la cintura, con el pelo negro mojado aplastado contra la cara, goteante, aferrados a la barra de acero del autobús,

mirándose muy de cerca, mientras la tormenta azotaba el techo metálico del autobús y la sal del mar en sus pieles se mezclaba con el olor a gasoil camino de la ciudad.

Andrea husmeó aquellos dedos que se posaban en su cara con un levísimo temblor de nariz. Aquel olor un poco ácido le trajo una imagen: ¿dónde?, ¿cuándo? Autobuses muy viejos, chatarra. Pensó en las carreteras de interior junto a cercas y grandes balas de paja protegidas con enormes lonas negras para resguardar el heno de las heladas. Por encima de las espigas erectas asomaban los caballos y las cabezas con sombrero de los jornaleros bereberes. De vez en cuando, la carrera alocada de un perro levantaba una nube revoltosa de codornices. Los segadores cantaban canciones de Ouakjar Karkar al ir al tajo en los carros tirados por mulas remolonas. Al cruzarse con ellos, Andrea les sonreía y ellos, los más jóvenes sobre todo, se engallaban y cantaban más fuerte, saludando con sus grandes sombreros de paja. El sol recorría siempre sin prisa la curva del cielo en los campos de Argelia. Eran días estupendos, aquellos de la siega. Eran buenos tiempos, sí; el pasado que se inventa siempre es mejor que el presente.

Ibrahim se apartó suavemente, sintiendo en la yema de sus dedos una corriente que fluía desde su corazón confundido hacia aquel rostro petrificado. Todos esos recuerdos, medio inventados, medio vestidos, medio vividos, habían alimentado el valor para aceptar el encargo de Arthur, vencer su rencor e ir a ver a Andrea. Pero ahora ya no estaba seguro de nada. Quizá había esperado locamente que ella lo reconociera, que se echase en sus brazos como cuando eran poco menos que niños, y entonces todo habría estado bien, hubiese tenido sentido, y este escozor incómodo, este pálpito doloroso en el corazón no hubiese tenido razón de ser. Pero nada de aquello iba a ocurrir, ahora ya lo sabía.

Andrea se recogió en un abrazo de invalidez y dio media vuelta, alejándose por el camino marcado con setos bajos por el que había llegado. Se detuvo e irguió un poco, apenas perceptiblemente, los hombros. Se alisó innecesariamente el pelo y se volvió.

¿Dónde había visto aquel rostro, aún sin aquella cicatriz que lo desfiguraba? ¿Dónde había escuchado aquella voz que la removía por dentro?

Aquella noche, Andrea abrió el cajón superior del escritorio y puso encima de la mesa un cenicero de arcilla bastante tosco. En el fondo tenía grabada una dedicatoria. «Para la mejor madre, en el Día de las Madres». El último e ingenuo regalo de su hija, justo unos meses antes de iniciar la ruptura de los lazos maternos, de la confianza y la inocencia, a punto de entrar en ese angustioso lapso de tiempo en que los hijos descubren el poder de la mentira y aprenden el poder que tienen gestionando los miedos paternos, cuando convierten a los héroes de sus padres en monstruos que solo están en el mundo para hacerlos infelices a base de prohibiciones: no a los *piercings*, no a las discotecas, no a los maquillajes y, por supuesto, no a hablar de

sexo en casa. Aquel cenicero renegrido de arcilla cocida, un trabajo de manualidades del colegio, era lo último que quedaba de la inocencia de Aroha.

Se acercó a la ventana y abrió la lama un par de dedos, lo justo para poder fumar y que el humo saliera al exterior. Encendió el pitillo que había logrado comprarle a una celadora a precio de oro y contempló la luna en cuarto creciente. Pensaba en aquel desconocido, en su mano áspera rozándole la piel, un gesto que no le había causado extrañeza ni temor, sino todo lo contrario, una especie de calma, como si sus pieles ya se conocieran. ¿Por qué había tenido la sensación, al mirarlo, de que en aquellos ojos oscuros se encontraba en casa, en un lugar en el que el daño todavía no existía?

Su mano en el aire pasaba las páginas de su vida con la misma facilidad pasmosa que pasaban las décadas, los amigos, las muertes y los nacimientos, las fiestas, los viajes y las reflexiones cada vez menos profundas, cada vez menos ella y más la costumbre. Las amantes de Arthur, sus mentiras, sus negocios turbios, su desmesura por acaparar poder, dinero, influencia. Y ella cada vez más pequeña, más alejada de lo que un día soñó para sí. Los años que la fatigaban, los terrores y las depresiones de su marido, siempre atormentado por el pasado, un pasado en el que la sombra de un padre invisible vestido de campaña flotaba en la casa como una presencia maligna.

Dos, tres veces hubo una intentona por parte de Andrea de alejarse de él, de divorciarse, de empezar en alguna parte, cualquier parte, sola, sin necesidad de justificar su vida con la presencia de ningún hombre. Hubo un amante, un ingeniero de Madrid de la edad de Arthur, doce años más joven que ella. La edad ya era una losa entonces, un mecanismo de vida que los alejaba inexorablemente, uno más. Pero aquello no prosperó. Andrea nunca amó a otro hombre que no fuera Arthur, y el sexo o la falsa pasión eran placebos que no la satisfacían. Lo hizo para vengarse, qué estupidez, él ni siquiera se llegó a enterar, o fingió no hacerlo.

El terror al descubrir que estaba embarazada, pasados los cuarenta. En una ciudad extraña como Madrid, sin su familia, sin un hombre que la amase por encima de sus propias ambiciones. Las noches en vela viendo crecer su vientre, las peleas, las discusiones, las ausencias de Arthur, el primer intento de aborto con una sobredosis de pastillas. Nunca se lo contó a Aroha, su hija hubiese encontrado la puerta para todos sus males.

—¿Se puede saber qué está haciendo? Ya sabe que está terminantemente prohibido fumar en las habitaciones.

La voz de la celadora al otro lado de la ventana la sobresaltó. La había tenido delante de las narices todo el tiempo y ni siquiera la había visto. Andrea aplastó el cigarrillo en el cenicero y cerró la ventana. «Terminantemente prohibido», había ladrado la empleada. Le hizo gracia. Prohibir algo terminantemente es una redundancia, y por tanto una inutilidad enfática.

Ahora su mundo era así, un énfasis de cosas inútiles.

Aroha era, había sido desde su nacimiento, su principio y su fin, su paraíso y su tortura. Su hija había obrado el milagro o la maldición de darle la razón para vivir que había perdido hacía muchos años ya junto a Arthur. Y sin ella, sin el dolor diario que su hija sabía infligirle, pero también sin la esperanza que nadie como ella podía insuflarle, los días se habían convertido en aquella oscuridad infinita.

Andrea recogió las manos en su regazo como si todavía pudiera acunarla contra su pecho, era tan chiquita que daba cosa achucharla, parecía de cristal, tan débil, con tan poquito pelo, todo el tiempo durmiendo. Solo despertaba su boca cuando quería mamar, y nunca mucho, solo un poquito, y Andrea tenía que achucharle en el culo para que no se quedara dormida con el pezón en la boca.

Cómo se convirtió en aquella niña protestona, enfadada consigo misma, con cuanto la rodeaba, y especialmente con ella y con Arthur, era algo que no podía haber sucedido de un día al otro sin más. Debió de suceder poco a poco en un proceso de metamorfosis del que Andrea no supo darse cuenta, tanto la cegaba el amor incondicional, hasta que fue tarde. Eso era lo que más se reprochaba, no haberse percatado de cómo su hija se iba hundiendo bajo la pátina de orgullo y cabreo, con sus caprichos de niña consentida y rica que Arthur nunca quería frenar. Aroha se volvió voraz mucho antes de tiempo, cruel y exigente, llenaba su vida de cosas, cosas que podían pagarse con dinero, pero que se iban sin más, sin dejar nada.

«¿Qué son esas marcas?», le preguntó el día que entró en el baño y vio aquellos cardenales en los tobillos y debajo de las orejas. No eran muy alarmantes, marcas de dedos, y unas picaduras como de pulgas. Aroha reaccionó tapándose con una toalla y gritando como una histérica que no tenía derecho a entrar sin llamar, que el baño era *suyo*, y que lo que hiciese o dejase de hacer con *su* vida no le interesaba. Andrea reaccionó con una rabia descontrolada, gritando también, intercalando frases e insultos en francés y en árabe, como queriendo marcar distancia entre su pasado y el de su hija, *la jodida pija de Serrano* que no sabía valorar la suerte de haber nacido en una cuna de oro.

Se gritaron mucho, hasta desgañitarse. Y de repente, Andrea vio su rostro desencajado a través del espejo entelado por el vapor de agua y se sintió avergonzada. Porque aquella rabia no era contra su hija, era contra Arthur, que llevaba semanas en Estados Unidos follando a aquella puta negra que trabajaba para él; le gritaba a su hija porque se sentía vieja, abandonada, agotada, porque necesitaba volverse contra alguien para que no le explotase la cabeza.

—Lo siento —murmuró en la soledad de su habitación, con el cenicero de arcilla en su regazo, sentada en la cama y mirando la pared desnuda como si fuese una ventana al pasado, a aquel baño. Aroha dentro de la bañera, de pie, aferrando como si estrangulase la toalla, el pelo mojado cayéndole sobre unos ojos que la fulminaban

con odio y con pena. Que le gritaban pidiendo auxilio. Pero ella estaba tan ciega, tan ahíta de su propia frustración, que no quiso escuchar aquella mirada, lo que le decía, lo que le imploraba. No quiso entender que los gritos de su hija no eran de odio, ni de ira, sino de miedo, que estaba aterrada, perdida. Le tendía la mano, y Andrea la dejó caer.

No debió acceder a que Arthur la ingresara en aquel centro de Ginebra. Al volver era otra distinta. Y supo que la había perdido. Empezó a salir con aquellos amigos suyos, mayores que ella aunque no mucho. Aroha nunca quería traer a sus amigos a casa, no quería contaminarlos con la amargura que se respiraba en casa, eso decía.

La última vez que la vio se subió en el coche de uno de ellos. Luego el coche arrancó haciendo un ruido tremendo y levantando una nube de polvo. Cuando el polvo se disipó, el coche ya no estaba. Y su hija tampoco.

Hacía cuatro años y cinco meses. Y Andrea continuaba mirando aquella nube de polvo, esperando ver aparecer a su querida niña.

Tardó varios minutos en darse cuenta de que estaba llorando, un nudo de enfurecidas e incontroladas lágrimas, su boca se abría y cerraba en un grito mudo con los mocos asomando en la nariz y la saliva derramándose entre los labios.

Fuera empezaba a llover.

Capítulo 10

La casa de antigüedades era difícil de encontrar, como si sus propietarios no quisieran que los transeúntes dieran con ella por azar, sino solo después de una búsqueda minuciosa. Estaba ubicada en un pequeño local muy cerca de la calle León, sin cartel en la puerta o en la fachada que anunciara su razón. No había timbre y, a través de la lama de cristal opaco de la entrada, no se veía nada del interior. La puerta de madera tenía dos lenguas en forma de medio arco tachonadas con gruesos clavos de cabeza roma y un buzón de forja sin nombre donde se amontonaban folletines publicitarios y cartas bancarias. Parecía un lugar abandonado.

Guzmán llamó a la puerta dos veces con un intervalo de varios minutos y nadie acudió a abrir. Iba a marcharse cuando se activó la apertura mecánica desde el interior.

El aire estaba cargado con olores de madera y humedad mohosa. Imperaba un silencio monacal y una lámpara de pie con una tulipa acristalada era la única e insuficiente iluminación de una larga bóveda a cuyos lados se amontonaban cuadros, esculturas, libros, muebles e incluso ropa. Nadie salió a recibirlo pese al ruido que hizo la puerta al cerrarse. Al fondo, entre mesas de estilos distintos, sillas barrocas y muestrarios de armaduras, tras un alto mostrador de madera, un anciano revisaba unas monedas antiguas con una lupa. Tenía a mano un cenicero lleno de colillas y algunos paños sucios de tintura. Estaba envuelto en una espesa nube de humo.

—Buenas tardes —saludó Guzmán.

El anciano apenas levantó la cabeza y le dedicó un gesto de compromiso para, a continuación, ignorarlo sin el menor miramiento. Tenía un aspecto decimonónico, como la tienda. Usaba unas gafitas redondas sin montura que se sostenían sobre unas orejas puntiagudas con unas patillas casi invisibles, vestía una bata de cuello cerrado de tela vasta, como las que usaban antiguamente los empleados de los telares.

Guzmán hojeó algunos tomos que se apilaban en una mesita. Se trataba de una colección de cuentos de Kipling, una edición de los años treinta. El tacto áspero del papel amarillento y la letra de imprenta pequeña y abigarrada le trajeron recuerdos de su infancia. No eran buenos recuerdos. Dejó los cuentos y se acercó a un cáliz con la base de plata con una incrustación de mármol, un copón bastante pesado con la inscripción en latín «Sanctus Christi» y una cruz en relieve.

—¿Le importaría dejar eso en su sitio? —le advirtió el anciano desde el fondo—. Ese cáliz no es para usted.

Guzmán obedeció con cierta torpeza, como si fuese un ratero o un niño pillado in fraganti en una falta.

—Perdone, solo curioseaba. Estas cosas me llaman la atención. No puedo evitar pensar en sus dueños originarios, en sus historias.

El anciano lo miró ahora con mayor atención. Se había quitado las gafitas y limpiaba la lente con el faldón de la bata de un modo mecánico. Como si pesara mucho más de lo que, en realidad, apuntaba su figura escueta, salió del mostrador y se acercó. Acarició con los dedos el borde del cáliz que Guzmán había estado manoseando y le pasó un trapo con suavidad.

—Y hace bien sintiendo esa curiosidad. Las cosas son importantes, ¿sabe? Hasta el objeto más insignificante de esta casa merece el respeto de ir a parar a manos de alguien que sepa valorarlo. Aquí tenemos desde dedales de plata de las costureras de la reina María Eugenia hasta el certificado de construcción del Hispano Suiza que conducía el rey Alfonso XIII por las alocadas noches de Madrid. Hay uniformes del escuadrón de Húsares, pistolas del siglo XVIII, retablos cuidadísimos, tengo incluso un juego de copas precioso de cristal de Bohemia que perteneció al emperador Francisco José I, pero también una modesta gubia heredada de mi bisabuelo carpintero que no será vendida hasta que encuentre quien la cuide con el fervor que merece.

—Tiene usted una variedad impresionante de cosas antiguas.

El anciano sonrió con sorna.

—Es lo propio en una casa de antigüedades. Aquí el tiempo se detuvo hace mucho y así seguirá siendo mientras Dámaso Berenguer siga regentándola. Dámaso soy yo —aclaró el anticuario, mientras daba una rápida ojeada al espacio, como si quisiera cerciorarse de que nada se había movido de sitio.

—En realidad, no he venido a comprar nada —replicó Guzmán.

El anticuario entornó la mirada.

—No tiene pinta de policía ni de detective —dijo con suspicacia, observando la mano atrofiada de Guzmán, aunque no con asco, sino con curiosidad un tanto maliciosa, como si le atrajera la malformación—. Tampoco tiene aspecto de inspector del ayuntamiento o de Hacienda, pero nunca se sabe. ¿Viene a ver mis libros contables, a ver qué más puede rebañar la administración? Lo tengo todo en regla. Ya me han robado lo que puede ser robado.

—No soy nada de eso —lo tranquilizó Guzmán.

—Entonces, ¿qué es exactamente? Todos somos algo, en la medida que aquello que hacemos nos explica, ¿no le parece?

A Guzmán le hizo gracia aquella digresión del anciano. Según su teoría, Guzmán debería haber contestado que era un ángel caído, un demonio, una especie de monstruo con apariencia humana.

—Soy un hombre de negocios, y me han dicho que usted me puede ayudar. Estoy buscando a Magnus Olsen. Tengo en mi poder una secuencia grabada con praxinoscopio de Émile Reynaud, del año 1877. Tengo entendido que el señor Olsen paga bien cualquier filmografía original.

El anticuario apenas alcanzó a reprimir una exclamación. De inmediato, la

sorpresa dio paso a la desconfianza. El viejo examinó a Guzmán con un gesto a medio camino entre la curiosidad y la desazón.

—Y si ese Magnus Olsen es un coleccionista particular, ¿por qué viene a buscarlo aquí?

—He recorrido diferentes casas de antigüedades de Madrid preguntando. Y en todas me han remitido aquí; se dice que usted le ha vendido algunas piezas que son auténticas obras de arte y que además dirige usted un club selecto de amantes del cine, del cual Olsen forma parte.

El anciano apretó los labios como si quisiera dejar ir un silbido que finalmente no se dio. Sus dedos espantaron el aire con un deje de incompreensión.

—No recuerdo demasiado bien a Magnus Olsen, esa es la verdad. Tal vez alguna vez vino por aquí, pero hace ya bastante tiempo que no ha vuelto a aparecer. —El anciano torció la cara y se alisó el pelo revuelto. No se sentía a gusto hablando de eso. Dio un par de vueltas recolocando un par de escapularios y movió de sitio un tintero con plumas de engarce dorado—. En cuanto a lo de ese club de cinéfilos, realmente no sé quién puede haberle dicho algo así. Nunca ha existido tal cosa, al menos no aquí. Las únicas películas que a mí me interesan son las que protagonizaba Juanito Valderrama, y de eso hace siglos, ya ve usted. Me temo que no puedo ayudarlo.

Guzmán se encogió de hombros y forzó una sonrisa ingenua.

—Bueno, pues es una lástima.

El viejo asintió lentamente, pasando la lengua blancuzca sobre el labio superior.

—Quizá yo podría echarle un vistazo a esa bobina, si está interesado. Puede que no entienda de cine, pero sé valorar una buena antigüedad.

Guzmán sopesó la propuesta. Cualquier palabra errónea, cualquier gesto inoportuno provocaría que aquel sutil engranaje de mentiras que se estaba poniendo en marcha acabara deteniéndose.

—En realidad, esperaba poder enseñarle el material a Olsen. Y esperaba que me hablase de ese club suyo. Por lo que tengo entendido lo forman grandes expertos. Imagino que ellos valorarán más una pieza como la que pretendo vender.

—Sí, claro... ¿Ve eso? —Guzmán se volvió en la dirección que le indicaba el dedo huesudo del anciano. Señalaba un montón de cajas con marcas de rotulador pendientes de desembalar—. Es la partida completa de una herencia mal vendida. Los hijos de un matrimonio fallecido no querían saber nada del patrimonio acumulado durante décadas por sus padres. Es más común de lo que parece. A los cachorros hambrientos no les importan los recuerdos ni la historia de los objetos, lo único que les interesa es vaciar el inmueble de *trastos*. Eso es la vida de los viejos a ojos de los jóvenes: una acumulación innecesaria y molesta de objetos, experiencias y recuerdos inservibles. Qué injusticia. Los objetos de arte, los libros de la biblioteca más añejos

y algunos muebles de estilo napoleónico los puedo tasar a un precio más que justo; lo demás lo amontoño para desecharlo y venderlo a precio de saldo. Hay gente que cree que una casa de antigüedades es como una chatarrería, ya ve; suele confundirse lo viejo con lo antiguo, y eso es como confundir el valor de algo con su precio. Para que un objeto se convierta en antigüedad no basta con el paso del tiempo, los objetos no miden su valor en añadas, no son vinos. Una mierda siempre es una mierda, aunque esté muy reseca y no huela. —El anticuario rio su propia gracia con una sonrisa conejera, sin ganas. Pero Guzmán no lo acompañó en la carcajada.

—¿Y eso qué tiene que ver con Olsen?

Al anciano le extrañó que el desconocido le preguntara con tanta aspereza. Sintió una punzada de decepción, si bien sus decepciones eran como seísmos de muy baja intensidad; había sufrido tantas que ya apenas las notaba. Le molestó que alguien pudiera mostrar más interés por una transacción económica que por el valor intrínseco de lo que pretendía vender.

—Entre esas desechadas por los herederos hay una preciosa caja de los Lumière, que fue expuesta en una vitrina por primera vez en 1867 en París. Tiene un valor incalculable, pero sus propietarios no supieron verlo, y para poderme hacer con ella he tenido que comprar toda esta porquería. Mire, sinceramente, no creo que ese tal Olsen o cualquier otro que no se dedique al mundo de las antigüedades sepa valorar lo que usted ofrece.

—Aun así, intentaré dar con él. Gracias, de todos modos.

Guzmán le estrechó la mano. El viejo se rascó el lóbulo de la oreja, manifiestamente nervioso.

—Mire, en realidad, no es probable que pueda dar con ese sueco, a menos que sea usted médium. Tengo entendido que andaba en problemas con el fisco y la Justicia de su país, y que terminó suicidándose de un modo bastante tragicómico, por cierto.

Guzmán se esforzó por parecer sorprendido y decepcionado, a continuación.

—Para no recordarlo, tiene usted muchos detalles acerca de él.

—Su Reynaud me ha refrescado la memoria... Oiga, Magnus Olsen era un buen coleccionista, y pagaba lo que le pidieran como todos los millonarios que son excéntricos, pero lo cierto es que era un aficionado, y además ya no podrá hacer negocios con usted. En cambio, yo podría valorar en su justa medida ese material y hacerle una oferta en firme.

Guzmán fingió meditar, un tanto desorientado. Por supuesto, no existían tales bobinas. Así que improvisó.

—Tiene usted razón. Le traeré esas bobinas, tal vez lleguemos a un acuerdo. La verdad es que necesito el dinero.

Un tipo con algo de incalculable valor dispuesto a venderlo a un aficionado como aquel jodido sueco, y que además cometía la torpeza de mencionar que necesitaba el

dinero de manera perentoria: aquello era mucho más de lo que el anciano hubiera esperado sacar, y la perspectiva de un negocio provechoso predispuso a su favor a Guzmán.

—Vuelva cuando quiera —dijo acompañándolo casi hasta la puerta—. Los viejos anacoretas como yo también acabamos por reconocer la necesidad de compañía cuando ya no nos bastamos para llenar nuestra soledad con los ruidos de nuestra cabeza... La vejez es silencio, sí. Un silencio que tiene poco de calma y mucho de habitación vacía. Valoramos esas cosas de la vida cuando ya se están acabando, la compañía inteligente, los paseos, una buena cagada por la mañana, una canción que hemos escuchado mil veces sin prestarle atención...

Guzmán asintió. Ya tenía un pie en la calle, cuando algo que parecía haber olvidado, algo menor, le hizo volver sobre sus pasos.

—Oiga, Dámaso, una pregunta más, ¿conoce usted a Ian Mackenzie? Tal vez vino alguna vez acompañando a Olsen.

—¿Quién es?

—Un galés, director de cine. Puede que haya visto alguna de sus películas, aunque me temo que no las protagoniza Juanito Valderrama. —Lo dijo despacio, mirando fijamente al anciano. Disfrutó notando cómo se le contraían los músculos bajo su vieja e inútil máscara de indiferencia. El Bosco se lo había enseñado: que sientan el puñal entrando en la carne antes siquiera de mostrarles el objeto, que anticipen el horror que estás a punto de desencadenar, que te teman antes siquiera de mover un dedo.

—No sabría decirle. No, seguro que no —añadió el anticuario con una rotundidad que tal vez había emergido demasiado rápido a sus labios.

Guzmán aparentó sentirse frustrado.

—No importa, solo sentía curiosidad. Me ha sido de gran ayuda, se lo agradezco. Volveré con las bobinas de Reynaud.

No necesitó volverse mientras se alejaba calle abajo para saber que el viejo anticuario lo observaba tras los cristales opacos de su tienda. Guzmán sintió esa alegría casi instintiva, casi animal de los perros sabuesos que dan con un rastro de sangre, todavía débil, aún incierto, pero que ya no soltarán hasta que los conduzca a la presa. Nadie se derrumba la primera vez, lo sabía por experiencia. Pero aquel viejo había cometido suficientes torpezas para hacerlo sospechar. No tenía por qué haber mentido sobre Olsen, y lo había hecho para desdecirse después lastimosamente ante la posibilidad de perder un negocio lucrativo que nunca llegaría a darse; Guzmán no tenía ni había tenido jamás más cintas que las de su graduación como oficial de la Armada chilena. También había tratado de engañarlo al decir que no conocía ni recordaba a Ian Mackenzie. La saliva reseca acumulada en la comisura de los labios lo había delatado. Pero con todo, lo que más excitaba su instinto de sabueso era que

hubiese negado la existencia de algo de apariencia tan inocente como un club privado de cinéfilos.

Los años lo habían enseñado a ser paciente y observador. En los calabozos de la Moneda solía coger un taburete y colocarlo detrás de la puerta para observar con atención a los detenidos antes de interrogarlos. Podía pasar horas sentado, acumulando colillas a sus pies, escrutando cualquier signo de debilidad, cualquier herida por la que lanzarse en tromba. Otros preferían quebrar la voluntad de resistencia de los interrogados con fuerza bruta, palizas, palos, descargas, cuchillas, ratas, lo que hiciera falta. Guzmán no era de esos, no era un desquiciado ni un sádico. Tenía claro su objetivo, conseguir penetrar en la mente del detenido, averiguar lo que él o ella sabía. Por supuesto, la violencia era necesaria. A veces después de un largo suplicio, incluso la muerte era algo predecible, incluso deseable, si ya no se podía obtener más del interrogado. Pero siempre después de una larga y concienzuda planificación, un plan de asalto al alma del sujeto.

Solo los estúpidos y los tarados mienten sin necesidad. Y aquel viejo no era ni lo uno ni lo otro. En otras circunstancias, un par de apretones en las axilas con las tenazas habrían bastado para que le contara lo que ocultaba. Pero no estaban en los años ochenta en Chile, y desde luego España ya no era la que él recordaba de sus tiempos de colaboración en la lucha antiterrorista con la policía de Carrero Blanco.

«No existen las casualidades, solo son una forma distinta de entender el orden de las cosas, un código que hay que descifrar», pensó.

Tenía sed. Madrid entraba en el atardecer y sus calles, alegres y bulliciosas, le proponían algo nuevo en cada esquina. Una oportunidad para olvidarse de ser quien era. Se preguntó qué estaría haciendo la viuda de Olsen ahora. Quizá beber sola.

No lograba entender por qué aquella mujer le traía el recuerdo de Candela.

El pub disponía de un gran salón que resultaba agradable. Todas las mesas tenían un pequeño jarrón de piedra gris con ramos de flores bien recortados. Las paredes estaban pintadas de colores irreales, saturados de brillo. En uno de los lados había una barra con cristaleras reflectantes y un timbre que emitía un sonido de campana al presionarlo. A pocos metros había otra mesa ocupada por bohemios trasnochados con mocasines y cazadoras de piel desgastada, fumando canutos liados en maquinillas de picadura con esmero burocrático. Charlaban sobre arte y política como si fuesen vasos comunicantes, mientras las putas pululaban alrededor, mucho más atormentadas de lo que sus risas y sus aposturas apuntaban. Podía intuirse qué grande era el fracaso que habitaba ya entre ellas.

Otros clientes tenían una apariencia triste y derrotada, también había hombres con corbatas y trajes baratos, con maletines repletos de muestrarios inútiles, camioneros de ojos lánguidos que apuraban solitarios una cerveza y que se habían lavado la

cabeza en el área de descanso para estar mínimamente presentables. En un rincón había un piano con la tapa abierta y las teclas amarillentas como los dientes de un anciano. El pianista tocaba un popurrí de canciones sin gracia; lo hacía con un vaso de tubo hasta la mitad de ginebra que apuraba entre canción y canción, procurando que nunca se quedara vacío. Cuando alzaba el vaso en el aire, una chica del club acudía solícita a llenárselo. En un par de años aquel tipo estaría muerto, puede que sus dedos se hubiesen atrofiado por la artrosis, que ya no pudiera tocar nada, ni siquiera sostener el vaso de tubo entre sus dedos, garfios inútiles, para reclamar la atención de la mucama.

Sentado en una mesa, Guzmán lo observaba todo como una medusa flotando en el agua. Un cuerpo inerte que solo reaccionaba cuando alguien lo molestaba.

—¿Pensando en una vieja canción?

Una mujer con un lunar de crayón le sonreía recostada en la indolencia, mirando el mundo desde sus pestañas postizas con la sonrisa propensa al escarnio y un orgullo que, probablemente, no le servía de nada.

—No exactamente —contestó Guzmán, arrastrando las palabras desde el fondo de su mente.

—¿Te importa que me siente contigo? —Ya estaba sentada, así que Guzmán se encogió de hombros. «La gente debería tener cuidado con las plantas carnívoras», pensó, «son las que tienen colores más llamativos y al mismo tiempo las que resultan aparentemente más inofensivas». Aquella mujer no debía de saberlo.

Dijo su nombre, pero él lo olvidó antes de aprenderlo.

—Aquí estamos: en el *Ineluctable límite de lo diáfano*.

Con la voz pastosa, Guzmán le preguntó qué significaba eso. Ella sonrió, mostrando más de la cuenta unos dientes demasiado irregulares para resultar mínimamente aceptable sacarlos a pasear.

—No lo sé. Lo he escuchado en la radio del coche. Me ha hecho gracia y lo apunto para no olvidarlo. Lo hago con las palabras raras o las frases que me resultan curiosas. Las apunto para no olvidarlas. —No dijo para aprenderlas, para entenderlas o para usarlas posteriormente. Dijo para no olvidarlas.

Guzmán sonrió, movido por una curiosidad casi perversa por el comportamiento deforme de los seres humanos.

—Muy bien. Cuéntame tu vida.

—No hay mucho que contar. Me desvirgó un amigo de mi padre a los catorce años, antes de darme el primer beso, y desde entonces todo ha ido cuesta abajo —dijo ella entre risitas. Estaba borracha. O lo fingía.

¿Qué hacía él a los catorce años? Solo era un crío de pestañas cortas y cejas anchas subido a la atracción del pulpo en una feria de barrio. Pero no lograba recordar quién se llevó su primer beso.

La mujer seguía bebiendo. Acumulaba una larguísima lista de novios y exparejas, maridos y amantes, relaciones largas o cortas, todas con el común denominador de haber sido complicadas.

—Los hombres no saben darme lo que quiero.

—Pero ¿tú sabes pedirlo?

—Lo que yo necesito es que los hombres me muerdan con los ojos las piernas, el cuello, las tetas. Quiero sentirme deseada y no admirada como si fuese una escultura del jardín de Venecia. Necesito el roce de una mano nerviosa, *lúbrica* (esta palabra la he leído esta mañana en el anuncio de una crema vaginal), que me haga humedecer.

«Hay lugares para todo en este carnaval», pensó Guzmán. La gente quiere vivir otras vidas que imagina, pero pocos tienen el arrojo de atreverse a vivirlas. A ella no le importaba si la escuchaba o no. Simplemente necesitaba desahogarse. Había bebido demasiado y, realmente, él no le gustaba nada; aun así acabaría proponiéndole ir a la cama, simplemente porque no quería estar sola.

La mujer sacó una raya de coca y la extendió sobre un pequeño espejo de maquillaje. Cortó la lombriz en dos y cada uno esnifó su insecto con fruición. Ahí dentro, cerca de las penas, la coca se convertía en verdad. De repente, ella lo besó. «Bebo cianuro», pensó Guzmán mientras sentía su lengua dentro de la boca. Cerró los ojos y bebió esa cicuta.

Se dejó llevar al piso superior. La habitación era bonita. Tenía los techos abuhardillados con recubrimientos de madera y gruesas vigas de cedro. Las paredes encaladas no eran lisas, mostraban las protuberancias de una construcción en movimiento, como los quistes de grasa que le salen a los rostros viejos. El suelo estaba forrado de moqueta roja, y los espejos en pan de oro reflejaban cada parte de la anatomía por toda la habitación.

Guzmán se sentó en la cama, amplia, mortuoria, con una colcha de ganchillo blanca que olía a una limpieza sin vida. Era una cama triste, como todo lo que en los pobres intenta emular riqueza. No era la cama de una princesa, era la cama de una puta, pero tenía un dosel bonito y esos espejos en el techo que permitían conocer con exactitud la geografía de un cuerpo desnudo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, mientras se lavaba en el bidé.

Guzmán la observó con una profunda tristeza. «De lo viejo siempre surge lo nuevo», pensó. Lo repitió en silencio, intentando convertir aquel axioma en algo cierto, pero no lo consiguió. Apartó la mirada de la escena. Ella se deslizó hasta la cama y sonrió de lado. Podía notar bajo las yemas de los dedos el latido de su corazón: *Pum, pum, pum*, como los pasos de un gigante aprisionado en una jaula.

—Puedo conseguir acallar un rato esos gritos que oyes ahí adentro.

—¿Tienes una estaca para atravesarme el corazón? —Oía detrás del tabique los gritos de un travestido, el arranque de un camión en el aparcamiento, las risas de otras

putas en el pasillo, lejanas, como desde el fondo de una piscina. A veces estaba más cerca que nunca de la certeza de que la vida no era nada, una fantasía que podía desvanecerse con solo abrir los ojos.

—¿Quieres que te la chupe? —preguntó ella.

Guzmán sonrió con crueldad.

Permaneció muy quieto, mirando la oscuridad, penetrando en ella como si se adentrara en un bosque tupido lleno de niebla. Recordó la voz de Candela, la luz de los faros del coche del Bosco atravesando las partículas de arena flotantes en el aire, el sonido del soplete al encenderse la llama, la tibia humedad de los labios de los esbirros que lo sujetaban al reír. Cerró entonces los ojos y sintió otro tipo de oscuridad más profunda, sin matices. Notó cómo la mujer le bajaba la cremallera y lo acariciaba por encima del pantalón. Guzmán apretó los párpados recreando los dedos de aquella profesora de música vasca, el roce de las yemas calientes sobre su prepucio húmedo, el sabor de su lengua lamiéndolo lentamente, desde la base de los testículos hacia arriba, resiguiendo con placer la orografía de su miembro erecto.

La mujer se había quedado quieta. Miraba la piel abrasada como si hubiese abierto por error una puerta del infierno. El pene lacerado y la bolsa del escroto vacía y abrasada eran una verdad tan intensa que uno querría poder apartar la mirada de ese rostro.

—Venga, ¿no querías chupármela? Ponle un poco de imaginación. Una vez estuvo ahí realmente —dijo con una carcajada doliente Guzmán.

«La gente cree que sabe lo que es el horror, se sienten desgraciados. Pero siempre terminan mirando para otra parte cuando descubren otro terror mayor —pensó—, así de frágil es la condición humana».

Guzmán se puso en pie y de repente se sintió demasiado borracho y demasiado drogado para mantener el equilibrio, tropezó y se llevó por delante la lámpara de la mesita, rompiendo la tulipa y haciéndose un pequeño corte en la mano. Se arrastró hasta el baño dejando un rastro de gotas de sangre que, al caer, estallaban como cápsulas moradas contra el suelo. A cámara lenta.

Sobre la taza del váter había una cenefa de papel con un pajarillo de alas azules y amarillas; sus ojillos marrones miraban con profundo silencio. Guzmán trazó con el dedo el perfil del pájaro. Se subió los pantalones y se lavó las manos, contemplando los ríos de sangre que se llevaba el agua hacia el desagüe de la pica.

Cuando se marchó de la habitación vio a la mujer sentada en la cama.

Cerró la puerta con cuidado para que llorase tranquila.

Capítulo 11

El señor Who se apartó un poco y lanzó una ojeada al sótano. No le gustaba estar allí, era como recorrer los pasillos estrechos y claustrofóbicos de un submarino, y a él los lugares estrechos le provocaban ansiedad. El espacio estaba ocupado por una larga mesa repleta de todo tipo de objetos despiezados. Dos docenas de mujeres, algunas muy jóvenes, casi niñas, todas orientales, se repartían a lado y lado trabajando en silencio bajo unos gruesos fluorescentes que colgaban a través de pequeñas cadenas de las cañerías y desagües del restaurante que había sobre sus cabezas. En algunos tramos la cañería goteaba dejando cercos de agua pestilente sobre la mesa. El olor era penetrante, una mezcla de sudor humano, grasas, aceites de uso industrial y el que provenía de las cocinas.

Al final del pasillo había una cortina de gruesas lamas de plástico que desdibujaba las siluetas al otro lado. A juzgar por el zumbido de las máquinas se trataba de un telar ilegal. A Who le costaba reprimir el deseo de traspasar aquel umbral. Sabía que Mei estaba allí, en alguna parte de aquel laberíntico infierno. Había escuchado cosas terribles sobre lo que sucedía en estos talleres clandestinos y sobre las condiciones de los trabajadores, pero no debía pensar en eso, pensar en lo que podía ocurrirle a Mei lo hacía débil, y ella necesitaba que fuese fuerte por los dos. De otro modo, no podría sacarla nunca de allí.

En la escalera, Chang se estaba despidiendo de un cliente con un apretón de manos. Cuando Who era un crío y Chang se lo encontraba por la calle, lo hacía pasar a la trastienda del restaurante y lo invitaba a tomar té y a fumar, cosa que Maribel y Teo jamás le habrían permitido hacer. Chang sabía cómo hacerle sentirse importante, mayor. «Eres uno de los míos», le decía acariciándole la cabeza. Y a Who le parecía que ese era el mayor elogio que podía escuchar. Chang se mostraba locuaz y explicaba cosas de su pasado en Dalian, una importante ciudad costera de China. Solía fantasear con la idea de regresar un día y fundar un auténtico emporio.

Chang fue el primero en apreciar el potencial que su físico andrógino tenía y las cualidades que Who podía llegar a desarrollar para su negocio. Fue el primero que le ofreció dinero a cambio de sexo. El señor Who tenía entonces quince años.

Aquella primera vez, después de que Chang le eyaculara en la boca, el señor Who corrió al baño buscando aire y se puso a vomitar. El viejo lo observó con frialdad, no estaba conmovido, ni siquiera furioso o divertido. Cuando terminó de vaciar el estómago, le hizo enjuagarse la boca y le ordenó volver a empezar.

A cambio de esa nueva vida, la línea que separaba el bien del mal dejó de ser nítida para convertirse en una frontera borrosa, una tierra de nadie donde el señor Who vagaba como si viniera de un mundo donde se podía vivir sin respirar, sin comer ni beber, sin necesidades propias. Era cuestión de permanecer quieto y dejar la mente

en blanco. Dejó de sentirse incómodo, quería trabajar para olvidar el trabajo anterior, cada vez más, a medida que iban cayendo las barreras del pudor, primero, de la repulsión, después, hasta que terminó siendo un testigo indiferente de sí mismo. Desaparecieron la culpa y los principios morales, los escrúpulos. Los pensamientos hacia fuera de aquellas habitaciones de alquiler languidieron poco a poco hasta no ser más que una sopa pegajosa y molesta que procuraba apartar de sí.

Tras superar la barrera del tormento, con los años, se había convertido en un amante observador y lúcido. Ahora experimentaba sobre sus clientes la sensación del dominio absoluto, un dominio que a veces era sádico, y en otras ocasiones resultaba balsámico, en función de lo que ellos o ellas le pedían. Podía complacer sus necesidades sin que hiciese falta que estas fueran expresadas, basándose en la observación continua y atenta; cada gesto, cada detalle ocultaba algo; ese lenguaje subterráneo le enseñaba qué buscaban los hombres y mujeres que pagaban por sus servicios, cosas que, muy a menudo, ni siquiera ellos sabían. Los complacía a todos, era audaz entregándose, capaz de penetrar cualquier armadura que le pusieran delante. Por eso cobraba tanto, y esa era la razón de que fuese tan valioso para Chang; por esa misma causa, el viejo los mataría sin dudar a él y a Mei si descubría que estaba ahorrando todo aquel dinero para escapar.

Aquel día, Chang lo había invitado a comer. Quería ver cómo iba su progreso con el mandarín, o eso dijo. Pero tan pronto subieron al reservado que el viejo tenía en el último piso del edificio, el mismo donde su padre tuvo una vez el pequeño negocio de numismática y su madre la escuela de *ballet*, comprendió que quería otra cosa. El viejo escanció unos pétalos secos sobre el cuenco de madera de cedro y en pocos segundos un humo de aroma vegetal se extendió por la estancia. Se quitó los zapatos para entrar en el tatami y, con un gesto benevolente, cogió una cajita metálica y la abrió.

—Es pronto para colocarse, y tengo que trabajar en un par de horas.

Chang sonrió como una rata, mostrando los dientes. Le gustaba aquel chico, le gustaba de veras. Había hecho de él eso que se daba en llamar amablemente «un buen acompañante profesional». Who tenía autocontrol, lograba dominar las propias expresiones en el rostro y el lenguaje corporal. Un mal gesto, una mirada esquiva, una mueca a destiempo eran signos delatores más devastadores que cualquier mentira. Y el señor Who era, pese a su juventud, un gran amante profesional, el mejor de todos. Nada en él permitía anticipar o suponer sus pensamientos o sus intenciones. Pero a él no podía engañarlo.

—Tenemos tiempo todavía, así que ven, siéntate aquí con el viejo Chang y charlemos un poco, de padre a hijo, de abuelo a nieto, qué más da —dijo, ofreciéndole uno de los canutos de la cajita metálica. La voz de Chang no se elevaba más allá de unos pocos decibelios, y ese pequeño artificio suyo forzaba al eventual

oyente a prestar máxima atención a cuanto decía.

Un cuadro decoraba la pared con una pradera exuberante que se extendía hacia un río lejano. Unos campesinos con grandes sombreros cónicos de paja y rostros orientales doblaban la espalda entre campos de arroz. Por alguna razón, todos los occidentales se figuraban ese tipo de paisajes cuando pensaban en China. Who era de un lugar fronterizo entre Mongolia y China, su país había pertenecido a uno u otro en función de los avatares históricos, pero no recordaba haber visto jamás praderas semejantes, y mucho menos ríos como el del cuadro. La tierra que él conoció antes de venir a España a los nueve años, cuando murieron sus verdaderos padres, era seca y árida, olía a mierda de dromedario y era azotada día y noche por un horrible viento, de un lado a otro, sin colina alguna que opusiera resistencia durante miles y miles de kilómetros.

El señor Who encendió con unas delgadas cañas humeantes uno de los cigarrillos de la caja. Chang asintió complacido cuando dio una larga calada, cerrando los ojos y dejando ir poco a poco una humareda espesa. El viejo encendió a su vez un segundo canuto y se recostó en un almohadón. El fumadero pronto se llenó de un olor que basculaba entre el jabón de rosas y el limón. Chang aprovechó para rozar la mano de Who. El joven se estremeció casi de manera involuntaria y Chang sonrió secretamente por su pequeña mortificación.

—He oído algunas cosas por ahí... Dicen que te has encaprichado de una de mis trabajadoras.

El señor Who no movió una sola pestaña.

—Tus trabajadoras apestan a sudor. Y yo ya estoy servido por lo que se refiere a sexo.

—Eso está bien, me tranquiliza. La suerte te protege, y así debe seguir siendo. Por cierto, ¿conservas mi pequeño obsequio?

—Lo perdí.

—Lo perdiste.

—Olvidé tu gato de la suerte en el metro. Lo siento.

Chang se recostó en los cojines y se entretuvo contemplando la hermosa espiral de humo que se curvaba hacia arriba frente a sus labios.

—De modo que eres un chico que se puede permitir dejar olvidada por ahí la suerte. Eres afortunado. Pero la fortuna es díscola, a veces viene, y a veces va. Dime una cosa. ¿Qué es lo que te preocupa? Trabajas mucho, más que antes, ganas muchísimo dinero, aprendes muy rápido cuanto te enseño. Cada vez te pareces más a un verdadero hombre del continente, pero hay algo que te mantiene tenso, disperso. Algo te preocupa, al viejo Chang no puedes engañarlo. No tienes vicios que mantener, por lo que yo sé tu madre está bien atendida, pero tú trabajas y trabajas con una concentración demoledora, como si quisieras esconderte de algo, no pensar. No

entiendo por qué lo haces, por qué tanta prisa en ganar dinero.

—No hay nada que entender. Simplemente lo hago.

—¿Me quieres hacer creer que lo haces por amor al arte?

Who pensó en Mei, la imaginó en los sótanos de aquel mismo edificio y su cuerpo se estremeció de ternura y de ira. Por suerte logró contener la expresión compungida antes de dejar ir un gemido de dolor.

—Me gusta lo que hago. Todos tenemos un don, cada uno el suyo. El mío es amar y odiar a partes iguales. Soy algo así como un alquimista.

Chang lanzó una mirada de burla a Who.

—¿Y a mí qué me darás? —Se desabrochó la bata y se abrió de piernas mostrando su pene y los testículos rasurados—. Piensas que la vida es algo distinto a esto, que tú eres especial; crees que el mundo te debe una compensación, que la vida ha sido injusta, que debes equilibrar la balanza porque viste morir a tu padrastro sin razón y has visto toda tu vida a tu madre postrada en una silla de ruedas, ¿me equivoco? Pero no eres especial, muchacho. No hay un plan para ti, fuera del que yo te ofrezco. No hay nada romántico en esto que haces, ¿lo entiendes? Solo destrucción. Y ahora es lo que yo quiero, ver tu bonito rostro de marica salpicado con mi semen de viejo.

El señor Who observó atentamente la sombra del sexo de Chang.

—¿Quieres que lo haga ahora?

Chang soltó una carcajada que sonó como una nuez al partirse.

—Para eso te he pedido que vengas.

La mujer deslizaba la punta de su dedo corazón sobre el pecho agitado de Who. Después de tanta ausencia se sentía extraña junto a un cuerpo masculino. Alzó la mirada, apoyando en el torso de Who el mentón, y contempló su perfil duro.

—¿En qué piensas después de hacer el amor con una desconocida por dinero?

Who se deslizó fuera de las sábanas, apartando con suave firmeza el cuerpo desnudo de la mujer, y buscó la claridad de la ventana. Estaba atardeciendo.

—No pienso en nada —respondió Who. Y solo en parte mentía—. Deberíamos hablar de dinero.

La mujer se acarició las manos. Debería haberse preparado para este momento. El sexo con un prostituto no era ya el de sus deseos antiguos. Esto de ahora, lo ocurrido en la habitación unos minutos antes, no había sido más que un sucedáneo convulso y entristecedor. De repente le molestaba la presencia de aquel desconocido, haberse dejado arrastrar hacia su cuerpo, que solo era un espejismo.

—Claro, enseguida tendrás tu dinero.

—Bien. Si no te importa, usaré el baño para darme una ducha.

—Claro, sírvete.

«Los puentes que cruzan el paraíso y el infierno son estrechos. Tienes un pie en un lado y al momento siguiente estás en el otro. Y no sabes ni cómo ha sido», pensó Who, rememorando las veladas amenazas de Chang, sus sospechas sobre él y Mei. Miró fijamente la butaca sobre la que descansaba la ropa interior junto al vestido. Sus bragas de encaje diminutas, sus medias y su sujetador. Ropa cara y estimulante. Y en aquel momento supo que ya no podía seguir haciendo aquello.

Salió del baño vestido y con el pelo mojado. La mujer le lanzó una mirada que no guardaba intensidad alguna.

—Espera aquí. Iré a por tu dinero.

Who esperó mirando el título enmarcado de la pared.

De modo que aquella mujer era psiquiatra. Se supone que los psiquiatras son los guías en el camino, las teas que se adelantan para convertir la oscuridad en luz, el hilo de Ariadna para salir de nuestros propios laberintos. Sin embargo, aquella mujer no parecía muy segura de nada. Las personas no se explican a través de lo que hacen; las profesiones solo son disfraces.

Dio una vuelta alrededor de la estancia. El apartamento era lo suficientemente grande como para costar más de lo que cualquier trabajador mediano podría permitirse, pero resultaba frío, con pocos muebles de líneas minimalistas, colores grises y blancos, acero y cristal. No había fotografías personales, ni cuadros. Los únicos portarretratos que vio traían todavía las imágenes profesionales de los modelos, niños como querubines, hombres y mujeres de sonrisa perfecta y postiza. Tal vez, se dijo Who, aquel entorno explicaba mejor la personalidad de su clienta que el diploma expuesto en la pared.

Encima de la mesa de cristal vio una carpeta abierta. Apenas la miró por encima sin curiosidad, distraendo la espera. Pero algo le hizo prestar más atención. Sobre un legajo de documentos sobresalía una hoja de impresión oficial con casillas y cruces, datos personales y valoraciones. Esa página tenía grapada en una esquina una fotografía tipo carné. El señor Who estiró de la punta de la página y la examinó asombrado.

Cuando Martina regresó con los billetes cuidadosamente doblados en su mano cerrada se encontró la estancia vacía. El prostituto se había marchado sin esperar.

Extrañada, miró a su alrededor, sin comprender qué podía haber pasado. Todo estaba intacto, excepto la carpeta con los expedientes que había estado consultando unas horas antes y que había olvidado guardar en el archivador. La carpeta estaba casi exactamente en la misma posición. Sin embargo, recordaba haberla dejado abierta. Y ahora estaba cerrada.

Abrió el expediente y vio que las páginas estaban desordenadas. Después de hacer el recuento comprobó que faltaba la ficha biográfica con la foto de un paciente. Eduardo Quintana.

—No tiene buen aspecto, Eduardo.

No lo tenía. Se había afeitado rápido y mal, tenía diminutos cortes por toda la mejilla y partes donde el vello canoso de la barba destacaba sobre la palidez de la piel. En alguna parte había encontrado una camisa medio decente, pero no se había dado cuenta que los picos del cuello estaban manchados y que le faltaba un botón. La corbata, con un nudo grueso y mal hecho, tampoco ayudaba a mejorar su lastimoso estado. ¿Ya era jueves? Debía de serlo. No recordaba la última vez que se había levantado de la cama. La cabeza iba a estallarle.

Le dedicó una mirada descompensada a Martina. Un párpado le caía más que el otro. Torció la cabeza, como si buscara una perspectiva diferente desde la que examinarla.

—Usted tampoco está fresca como una rosa esta mañana, doctora.

Martina se ruborizó. Se tocó el pelo de modo mecánico y enderezó la espalda hasta notar el respaldo del sillón en los hombros.

—¿Qué tal va con la medicación?

«Tengo estreñimiento, vomito, no se me pone dura, y parece que ande todo el día con la suela de un zapato bajo el cielo de la boca». ¿Por qué le hacía preguntas cuyas respuestas ya conocía?

—Me siento bien, gracias.

—¿Y qué hay de las pesadillas?

—No he vuelto a tenerlas. Le aseguro que duermo como un lirón.

Martina no lo creyó.

Martina dejó cuidadosamente el bolígrafo entre las páginas de su libreta de anotaciones y cruzó los dedos sobre la mesa. Apenas había anotado nada. Aquel jueves no tenía ganas ni fuerzas para luchar contra Eduardo. Y aun así, después de masajearse la frente, logró esbozar una sonrisa.

—Hablemos de lo que ocurrió. Y después, tal vez le dé su receta.

—Ya lo sabe, tiene mi informe.

Martina asintió.

—No quiero hablar del accidente, Eduardo. Quiero escuchar lo que tenga que decirme de lo que ocurrió en la calle de la Montera cinco meses después. Quiero que me hable de estos últimos trece años de su vida encerrado.

Eduardo solo quería olvidar, pero nadie puede olvidar cuando todo el mundo se empeña en obligarte a recordar.

—No hay nada que hablar, doctora.

—Mató a una persona, Eduardo. Le disparó a sangre fría. ¿Y no hay nada de lo que hablar?

Eduardo la miró con dureza. Durante unos segundos, Martina creyó que iba a marcharse. Pensó que había ido demasiado lejos, que lo había perdido. Pero

lentamente, como un tren al que le cuesta ponerse en marcha, las palabras empezaron a fluir, muy despacio, en un tono que era casi un susurro.

—Todos tenemos algo que hacernos perdonar —afirmó lacónicamente. ¿No era eso lo que le había dicho Olga en la iglesia de San Sebastián?

—No puede ver las cosas así, de ese modo tan distante.

—La carne se pudre y se descompone, como los recuerdos. Eso es lo que yo sé. Elena murió, y mi hija también. Y yo debería haber muerto con ellas, pero no sucedió. Y nunca sabré por qué. Puede que todo sea una simple moneda lanzada al aire, un juego en el que nunca sabes de qué lado caerá la suerte.

—La vida es mucho más que azar. Es el resultado de nuestros actos, Eduardo. Y no puede pretender escudarse en eso para eludir sus responsabilidades.

—¿Acaso si supiéramos que la vida es un mero accidente y que no hay nada después, renunciaríamos a agotarla? No. Beberíamos igualmente este cáliz hasta la última gota. Y luego suplicaríamos más. Siempre queda una razón, y no importa la que sea, para seguir adelante. Pero eso no hace que las cosas sean mejor, doctora. Las cosas suceden, y no sabemos por qué.

—¿No hay nada en lo que crea? ¿Nada que le haga cuestionarse si lo que hizo sirvió para algo? Tiene que haberle dejado de algún modo una secuela.

Eduardo no sabía en qué creía. ¿En las personas? ¿En Dios? ¿En la eternidad? Todo el mundo cree en algo, o eso dicen. Pero no existía credo alguno para él. No tenía ninguna razón para sentir apego por sí mismo, no había nada que pudieran arrebatarle. Vivir o morir. No era algo que tuviera demasiada trascendencia hasta hacía apenas unos meses. La aparición de Gloria, la posibilidad de aquel retrato, era una mera excusa para seguir adelante un poco más.

—¿Podría darme un poco de agua? —Hubiera preferido pedir vodka, whisky, veneno, pero solo podía esperar que la doctora le sirviera un poco de agua.

Martina se levantó y fue a la pequeña nevera del despacho. Al abrirla, Eduardo pudo entrever su mundo gastronómico: yogures, fruta, un tomate solitario, y una cerveza que se fue como una quimera cuando ella volvió con una jarra de agua fría y un vaso de plástico desechable.

La doctora suavizó el modo de pasarle el vaso. Quería fingirle afecto. «Estamos avanzando», le decía su mirada. Eduardo fingió que se lo creía. Bebió sin apresuramiento y le devolvió el vaso. Martina volvió a llenarlo con cierta torpeza. Unas gotitas formaron burbujas sobre el barniz de la mesa. Eduardo tomó el vaso pero no bebió, lo sujetó con ambas manos, como si buscara calor en la punta de los dedos.

—Matar a alguien no me convierte en un asesino —dijo sin convicción. Ni siquiera él creía sus palabras, pero le repugnaba seguir hablando de aquello.

Martina examinó cuidadosamente su expresión y se dio cuenta de que, siendo

sincero, no lo era del todo.

—¿Y entonces? ¿Por qué sigue sintiéndose culpable?

Eduardo la miró fijamente. Esa mirada de horror frío y ausencia removi6 inquieto a la doctora.

—¿Por qué no me da mis recetas y me deja en paz?

Al cruzar la verja del cementerio, un profundo silencio envolvi6 a Eduardo. Era tarde, faltaban unos veinte minutos para cerrar y el encargado de mantenimiento puso cara de fastidio. Mir6 ostensiblemente su reloj de pulsera, pero Eduardo no le hizo caso. Le gustaba aquella hora crepuscular, cuando el cementerio estaba casi vaci6 de visitantes y las sombras se iban adueñando de las tumbas en el suelo y de los edificios de nichos, cubriendo las l6pidas. La lluvia habi6 dejado un olor a campo segado. Si se mantenía inm6vil y cerraba los ojos, podi6 escuchar el sonido casi inaudible de las hojas secas caídas de los árboles rozándose entre sí, el goteo de la pradera de hierba donde crecían como tallos las tumbas. Notaba la tierra encharcada debajo de sus zapatos. Se sentía c6modo en aquella quietud, rodeado de tumbas muy distintas, algunas con flores de pl6stico y otras con ramos naturales que languidecían en los jarrones sin agua.

No sabía qué se suponía que debi6 sentir. La doctora habi6 esperado en vano un ataque de ira, un remordimiento compungido, la confirmaci6n de que dispar6 contra aquel hombre por venganza. Pero no era verdad. Y ella no podi6 entenderlo. Lo único cierto es que, más allá de un vaci6 cercano a la calma, no experimentaba nada. La muerte no teni6 un sentido claro para él, no era algo en lo que quisiera pensar. Lanz6 una mirada a su alrededor y record6 el sepelio de su padre. Estaban presentes varios adultos, él mismo, los primos, los tíos, los hermanos, y a su alrededor los niños no paraban de pegarse patadas y pellizcos mientras los operarios reabrían el nicho familiar encaramados a un elevador eléctrico. En la plataforma del elevador estaba el ataúd con dos coronas de flores. Los adultos mantenían una compostura formal, algo irreal que chocaba con los juegos de los niños y los intentos estériles para obligarlos a guardar silencio. Los operarios golpearon el cemento podrido con una piqueta y retiraron la l6pida. Uno de los funcionarios sac6 con un rastrillo un amasijo de maderas putrefactas que se descomponían al tocarlas. Rápida-mente metieron todo en una bolsa de basura industrial. Procuraron ser discretos, pero se les escap6 un hueso redondo y gris. Aquel hueso habi6 sido su madre. Introdujeron el ataúd de cedro con molduras doradas y un crucifijo y luego, antes de sellar el nicho, colocaron encima la bolsa con los restos que habían sacado previamente.

Eso era la muerte.

La tumba que buscaba hoy estaba en un edificio de nichos bastante nuevo, al fondo de una calle sin asfaltar. La calle quedaba ciega al final de una rotonda

coronada con un arcángel de yeso bastante tosco que presidía aquel reino callado desde una columna de granito oscuro, con las alas abiertas como un pájaro en pleno vuelo, la mirada ciega hacia arriba y los brazos musculosos y desnudos extendidos hacia las tumbas, como un segador repartiendo semillas. El nicho era el tercero por la izquierda, en el tercer piso de un total de siete. Alguien había dejado un ramo reciente de azaleas en la argolla que colgaba en uno de los extremos de la lápida.

Teodoro López Egea. Motril, 1946 - Madrid, 1991.

Esa era la vida que había segado. Teodoro López Egea era el conductor del todoterreno negro con la matrícula que Olga le dio. El hombre que había provocado la muerte de su esposa y que había huido como un miserable mientras su hija Tania agonizaba desangrándose en la orilla del arroyo.

Eduardo acarició la repisa del nicho cubierta de polvo y contempló su mano. La memoria solo necesitaba ese leve empujón para empezar a rodar cuesta abajo: su padre guiándolo por una cantera abandonada y el polvo de yeso que le manchaba los zapatos y que a poco que se levantaba le picaba en los ojos.

—Cógelo bien, por la empuñadora. ¿Notas el tacto? Es ferroso y extraño, pero con el hábito te acostumbras. Ahora fíjate en la mirilla y apunta con suavidad.

Nunca le gustó aquel revólver Astra con que su padre lo enseñó a disparar. Le parecía un objeto ligero pero inhóspito, inhumano. Algo que mata antes que la muerte; cuando escuchas el sonido del disparo, todo ha pasado ya antes de suceder, y nada ni nadie puede evitarlo. Eduardo estiró el brazo y apuntó a la sombra que proyectaba el recuerdo de un padre y un niño practicando tiro en una cantera que retronaba a cada disparo. ¿Cómo sería liquidar a esa parte oscura e insistente que siendo tú vive fuera de ti y que te persigue machaconamente? El tacto de un arma en la mano de un niño no es distinto al de un hombre. «Los tibios son culpables», murmuró apretando el gatillo imaginario. El gatillo percutió en el vacío de su mente. Recordaba cada paso previo, cada segundo, cada sensación de la muerte de Teodoro López Egea, abatido por un revólver Astra que ya había empezado a dibujar la línea de meta de su destino muchos años antes, en la mano de un niño instruido por su padre.

Era invierno, hacía un frío pálido que traían en las caras los transeúntes. Eduardo se parapetó junto a un contenedor de basura y sacó el revólver, empuñándolo con ambas manos. No sentía nada ni veía más que el hormigueo de personas que iba pasando junto a él sin prestarle atención. Y, al mismo tiempo, lo sentía todo, el tacto del revólver oculto bajo la ropa, el peso del abrigo que iba absorbiendo la lluvia, la respiración exaltada, el bombeo de su corazón, la voz que martilleaba en su cabeza como un tambor: «hazlo, hazlo, hazlo».

Entre el mar balanceante de paraguas distinguió a Teodoro López Egea. Apenas

veía parte de su rostro bajo un enorme paraguas negro que dejaba caer un reguero de agua por las varillas, se le veía relajado y sonriente. Iba hablando animadamente con un chiquillo al que cogía de la mano, el niño iba embozado con un chubasquero y apenas dejaba a la intemperie la nariz; al otro lado, caminaba una mujer de cuerpo estilizado y musculoso con un paraguas azul oscuro, cogida del brazo de él. Eran felices, todo les iba bien, estaban juntos: un padre, una madre, un hijo. Una familia bajo la lluvia, un día corriente. Nada tenía que pasarles, nada inesperado. La muerte menos que nada. Esa estampa, lejos de apaciguar a Eduardo, de hacerle reconsiderar su locura, lo enervó hasta casi asfixiarlo. ¿Esa era la imagen del remordimiento?, ¿se sentían culpables, acaso?

No estaba a más de veinticinco metros, se acurrucó tras el contenedor, como para reunir fuerzas, apretó el revólver con ambas manos, contó hasta tres y respiró profundamente. Cuando estuvieron cerca, les salió al paso con un movimiento rápido.

Teodoro López Egea miró con los ojos llenos de estupor el cañón del revólver y durante un segundo se quedó con la boca abierta sin decir nada. Luego se sacudió, como si se dijese que no había visto lo que sí había visto e, inmediatamente, le sobrevino un gesto de pánico que ridiculizó su rostro adusto, vergonzante ante su esposa y su hijo. El hombre trató de huir, parapetándose detrás del cuerpo de su mujer. «Cobarde», pensó Eduardo. Un cobarde que deja morir y huye, que se esconde detrás de quien se supone que ama. Gimoteando, «por favor, por favor». Lo hizo callar introduciéndole con fiereza el cañón en la boca, rompiéndole varios dientes. Nunca había disparado un arma contra nadie, no sabía qué clase de sensación causa el estrépito de un disparo al penetrar en la carne, el microsegundo irreparable en el que ya no puedes ordenar al gatillo que vuelva a su posición inicial una vez lo has accionado.

«Solo es un sueño —se dijo—. Hazlo y se desvanecerá. Mávalo».

Disparó y tuvo la certeza de que aquello no podía ser real. El sonido fue demasiado blando y el fogonazo no mucho más intenso que un fósforo al prender. Ni siquiera notó el movimiento de retroceso en la mano. Pero el balazo que le reventó la cabeza fue muy real. Teodoro cayó de lado, como si le acabaran de cortar los hilos invisibles que lo sostenían en vilo.

Entonces, Eduardo se volvió hacia el chiquillo, que gritaba con los ojos fuera de las órbitas. «Cállate, cállate». La única manera de acallararlo fue dispararle. Pero el cuerpo de su madre se interpuso entre la bala y la cara del pequeño gritón. El impacto le entró por la espalda y, por un momento, Eduardo creyó que la bala no había salido. La mujer había arrastrado en la caída al niño, como si el último impulso quisiera apartarlo de la calle; se tambaleó, dio un traspié y cayó de bruces al suelo. Eduardo vio el débil hilo de sangre que asomaba del agujero a quemarropa en su espalda.

En pocos segundos todo había ocurrido. Los paraguas giraban de un lado a otro

entre los cuerpos y la lluvia rebotaba sobre ellos impasiblemente, y la sangre se diluía con mucha rapidez. Alguien le golpeó con fuerza en la cabeza, por detrás.

Todo se quedó quieto. Lo último que vio fue el cuerpo del hombre. Había quedado mirando al cielo con los ojos abiertos, reconcentrado sobre sí mismo con las palmas vueltas del revés. Y en la mano izquierda sujetaba unos billetes manchados de sangre y empapados por la lluvia.

En aquel mismo instante lleno de horror, de la asimilación absoluta del acto, su mente empezó a sepultar la evidencia con un pesado manto de silencio y desconexión.

Capítulo 12

Graciela examinó con atención al hombre que permanecía de pie frente a ella. A pesar de la cicatriz que le desfiguraba el rostro, debió de ser en su época un hombre apuesto. Su rostro era duro, como si hubiera dilapidado todas las alegrías que le quedaban, y aun así, aquellos profundos ojos que la taladraban inspiraban una especie de calma rearmada, como si nada pudiera hacerse cuando las furias de la naturaleza se desatan, excepto admirar esa belleza destructora.

—Es importante, señora. Si no lo fuera, no habría venido a molestarla. Necesito saber dónde está Eduardo.

—Deje su teléfono. Si aparece por aquí le diré que ha venido.

Estaban en la entrada del salón. Ibrahim ocupaba prácticamente todo el hueco de la puerta y Graciela le cerraba el paso interponiendo su cuerpo. Se antojaba una débil defensa si aquel hombre se decidía a entrar, pero lo cierto era que Ibrahim parecía exquisitamente amable, como si el carácter le hiciera de contrapunto a su fisonomía amenazante.

Desde el fondo del vestíbulo apareció Sara, todavía en pijama y descalza, con unas estrellas de purpurina en las uñas de los pies que se había puesto ella misma. Había pasado mala noche y el resultado eran unas profundas ojeras y el pelo revuelto. Arrastraba en una mano el gato de la suerte chino que Eduardo le había regalado; últimamente no se separaba de él. Se sorprendió al ver a Ibrahim. Pero no se amilanó. Sus ojos se concentraron en aquel hombre como si pretendiera hipnotizarlo.

Ibrahim le sonrió.

—Bonito gato.

—Bonita cicatriz, debió de dolerte mucho. ¿Lo mereciste? —contestó Sara.

Graciela fue a intervenir, pero Ibrahim apenas la miró de reojo para detenerla.

—En realidad, sí. Dolió mucho, y sigue doliendo, las cicatrices son ríos subterráneos, ¿sabes? Como la lava que fluye bajo los volcanes, nunca se apagan. En cuanto a si lo merecía, digamos que eso ya no importa. El caso es que, la mereciera o no, me la hicieron y debo convivir con ella. ¿Qué me dices de tu gato?

Sara entornó los párpados y luego los abrió paulatinamente sin apartar la mirada de Ibrahim. Aunque le agradaba que la hubiese tratado como una persona adulta, no terminaba de fiarse de él.

—En realidad, no es chino. Es japonés. Se llama Maneki. Me gusta ese nombre para un gato. Según los colores, atraen el dinero, la felicidad, ahuyentan las enfermedades. Aunque, en realidad, este es especial. Me mira fijamente y consigo que esto —Sara se tocó con el índice la frente— se quede quieto un buen rato.

—Me haría falta uno de estos.

—¿A ti te gustan los gatos?

Ibrahim asintió. En Meco había cuidado durante un tiempo a un cachorro negro y tostado alimentándolo con leche y dejando que durmiera entre su ropa. Pero el gato había crecido y había empezado a sentir querencia por los gorriones que Ibrahim atraía con migas de pan a la ventana enrejada de su celda. Un día encontró al felino arrancándole la cabeza a uno. Tuvo que deshacerse de él, pero prefirió no explicarle a la niña cómo lo había hecho.

—¿Vas a hacerle daño a Eduardo?

—¿Debería hacérselo?

—No. Él también tiene una cicatriz, pero no la merecía. Como mamá. —Graciela se encarnó hasta ponerse lívida, lo que no pareció importarle a Sara—. Todo el mundo tiene cicatrices. Pero no todo el mundo las merece.

Ibrahim asintió.

—Eso es cierto.

La inmovilidad en el rostro de Ibrahim debió de convencer a Sara. Inesperadamente, apareció una hermosa sonrisa en su boca. Ese era el verdadero poder de Sara; sus estados de ánimo, anárquicos y cambiantes, contagiaban la atmósfera que la rodeaba.

Graciela se acercó y posó una mano apaciguadora sobre el hombro de su hija, implorando con la mirada un poco de comprensión a Ibrahim.

—Le diré a Eduardo que ha estado aquí, cuando regrese.

Ibrahim le dio una tarjeta con un número de teléfono.

—Dígale que el señor Arthur quiere hablar con él, urgentemente.

Luego tendió la mano a Sara. Esta observó la palma llena de callosidades y, antes de aceptar el apretón, le preguntó, muy seriamente:

—¿Tú has matado a muchos gatos?

Este abrió las manos quitando importancia al asunto; en realidad, Sara lo había sorprendido gratamente. Cuando creciera sería una luchadora magnífica.

—Solo a los que se comen mis pájaros. Si tu Maneki no come gorriones, puedes estar tranquila.

—Yo mantendré a mi gato lejos de tus gorriones. Y tú no le harás cicatrices a Eduardo.

Ibrahim soltó una carcajada sincera. Pero el rostro de Sara se mantuvo imperturbable.

—De acuerdo —acabó admitiendo Ibrahim con seriedad—. Un trato es un trato.

Sara le estrechó la mano con firmeza. Acababan de sellar un pacto entre personas serias y adultas.

Arthur Fernández ocupaba un magnífico despacho con vistas al paseo de Recoletos. Eduardo admiró la preciosa colección de libros en la gruesa biblioteca de

caoba donde destacaba una colección completa de poetas franceses, desde Baudelaire, Rimbaud o Verlaine hasta Mallarmé.

El empresario recibió a Eduardo de pie. En un rincón, Ibrahim paseaba como una pantera domesticada. Parecía totalmente inofensivo y mostraba una actitud solícita y amistosa. Eduardo no pudo evitar una contracción del estómago al recordar la paliza que le había dado aquel hombre sin pestañear.

—Veo que sus golpes se han curado bien —dijo Arthur a modo de saludo, señalando el rostro de Eduardo.

—Podría haber sido peor —asumió Eduardo. Ibrahim ladeó la cabeza. Si hubiese sido un perro o un murciélago, habría orientado las orejas hacia Eduardo, pero se limitó a lanzarle una breve mirada y asintió con un leve parpadeo.

Arthur lo invitó a sentarse. Aunque el espacio era suficientemente amplio para evitar el contacto, Arthur se inclinó hacia adelante, invadiendo el espacio de su interlocutor. Eduardo se sintió incómodo, y tal vez eso era lo que Arthur pretendía.

—Así que quiere hacerme un retrato. ¿No fue eso lo que dijo? ¿Sigue interesado a pesar de nuestro *accidentado* primer encuentro?

—Por supuesto.

Arthur cruzó sus dedos poderosos y apoyó los codos en los muslos, reposando el mentón en el nudo de dedos. Durante un largo minuto, Eduardo soportó su escrutinio sin mover un solo músculo de la cara. Mientras, la colonia dulzona de Ibrahim rozaba su nuca cada vez que el argelino pasaba detrás de él como una presencia invisible pero latente.

—Estará de acuerdo conmigo si le digo que me parece una propuesta un tanto extraña. No me conoce, no sabe nada de mí. Y su forma de presentarse, dedicándose a seguirme por Madrid, no ha sido muy heterodoxa. Así que imagino que tendrá una razón de peso para convencerme.

Eduardo había ensayado la respuesta. Pero de alguna manera las palabras se reordenaron de un modo distinto a como él había previsto.

—Me dedico a hacer retratos de personas que por alguna razón emiten destellos distintos a los demás, rostros que no son ciertos ni falsos, blancos ni negros, sino una amalgama de grises. Su rostro, si me lo permite, es como el acero. La luz resbala sobre él, pero no lo traspasa ni lo calienta, no lo moldea. Solo la refleja. He leído algunas cosas sobre usted en la prensa. Es un hombre rico, famoso. Pero la experiencia de haber causado la muerte de aquel joven y de la niña en el atropello en enero del 2001 debe de haberlo transformado. Me gustaría saber en quién se ha convertido después de estos tres largos años en la cárcel.

Se hizo un tenso silencio. Si el comentario de Eduardo había molestado a Arthur, este evitó rigurosamente demostrarlo. Pasados unos segundos, se levantó e hizo un aparte con Ibrahim. Hablaron en voz baja y en francés. Luego Ibrahim salió del

despacho. Arthur volvió al sillón pero no se sentó. Acarició el lomo de piel con cierta brusquedad, como si sus dedos no estuvieran acostumbrados a la delicadeza.

—Espero que no te importe que te tutee... ¿Quieres conocerme a través de un cuadro? Vamos, no puedes hablar en serio. Tú debes saber mejor que nadie que el arte no es verdad: «No es más que una mentira que nos ayuda a comprender la Verdad. El artista debe idear la manera de convencer a los demás de sus mentiras». ¿Sabes quién dijo algo tan terrible? Un colega tuyo.

Eduardo conocía la fuente, Pablo Picasso. Y en esencia, estaba de acuerdo con él. Pero la verdad que buscaba no era una simple metáfora, una imagen. Examinó con ojo crítico el perfil de Arthur, inconscientemente ya lo estaba dibujando en su mente. Los griegos clásicos habrían dicho sin duda que era un hombre bello, pero a la par parecía trascender esos caprichos para ir en busca de algo mucho más profundo. Algo que un forastero en su vida no podía captar. Era intrigante y cautivador a partes iguales.

—El arte es lo que más puede acercarse a la psique humana. No podemos mentirle.

Arthur sonrió, como si no tomara muy en serio sus palabras.

—Conozco esas veleidades. Yo también las tuve una vez. La Belleza y la Verdad. La concreción del alma humana en una frase asombrosa, en una pincelada magistral, en una nota mágica... pero ya no creo en la capacidad redentora del arte.

—Entonces, ¿para qué me has pedido que venga? —preguntó Eduardo con una voz que le salió ronca.

Arthur se acercó y se sentó en el brazo del sillón con los brazos cruzados. Escrutó a Eduardo como si fuese un animalillo.

—Como es lógico, yo también te he investigado a ti. Lo sé todo: que perdiste a tu familia, que mataste al hombre que causó el accidente, que has estado trece años encerrado y que te has intentado suicidar media docena de veces... Así que mi pregunta es: ¿cabe el artista en su propia obra? ¿Vas a pintarme a mí o pretendes hacer un autorretrato, Eduardo? ¿Qué nos une? ¿La pérdida? ¿La culpabilidad? ¿El remordimiento?

Eduardo se sintió estúpido.

—No lo sé, sinceramente, no lo sé.

Arthur se quedó pensativo.

—También he averiguado que esa idea de retratarme no ha salido de ti. Trabajas para Gloria A. Tagger, la madre del chico que murió en aquel accidente.

Eduardo sintió un intenso calor en la nuca. Fue a decir algo pero Arthur lo interrumpió.

—¿Sabías que Mallarmé tuvo un hijo, Anatole, que murió a los ocho años? Mallarmé escribió cientos de fragmentos y notas para un poema fúnebre que nunca

llegó a concluir. El poeta quería resucitar a su hijo a través de su genio, devolverle la vida que la Muerte le había arrebatado. Nunca pudo acabarlo, él, que todo lo podía con la palabra. Jamás logró tapar ese vacío que dejó «el viento de nada/ que sopla [...] y una ola/ que te lleva». Ni siquiera se atrevió a escribir que su hijo estaba muerto, porque al hacerlo, hubiera tenido que reconocer que así era: «te lo diré/ no, porque entonces/ desaparecerías/ y yo me quedaría solo/ llorando/ tú, yo, mezclados». Puedo imaginarme sus horas quietas bajo el candil, sosteniendo la pluma en vilo. Y luego su desesperación, la inutilidad de las palabras para dar rienda suelta a su dolor, noche tras noche.

Observaba a Eduardo como si ya hubiese obtenido de él lo que quería y no necesitase preguntarle nada más.

—Lo que esa mujer pretende es no olvidar a su hijo a través del odio que me profesa.

—Tal vez no sea así —aventuró Eduardo—. Quizá nuestras mutuas pérdidas nos hacen similares.

Arthur soltó una carcajada hiriente.

—No sabes mucho de Gloria A. Tagger, ¿verdad?

«Va a negarse», pensó Eduardo con un sobrecogimiento.

Pero Arthur abrió las manos y asintió.

—¿Dónde querrás que pose?

Eso significaba que aceptaba; la confirmación de esa idea tardó unos segundos en llegar a la mente de Eduardo.

—No lo he pensado aún —balbuceó—. En mi casa, o en cualquier otro sitio. Al principio me bastará con unos bosquejos. Luego ya veremos.

—Podemos empezar mañana mismo, temprano.

—De acuerdo —aceptó Eduardo, todavía bajo el efecto de la sorpresa.

Arthur le tendió la mano y la estrechó con fuerza.

—Podrás retratarme, pero hay una condición. Me contarás todo lo que hace o dice Gloria. *Quid pro quo*.

La reunión había terminado.

Ibrahim esperaba al otro lado de la puerta. Por su expresión de interés, resultaba evidente que había estado escuchando buena parte de la conversación. Se ofreció a acompañar a Eduardo a la salida.

—¿Conoces la poesía y la música sufí? Roza la metafísica, crea algoritmos que explican la esencia del alma humana, y lo hace con los versos, los números, la métrica... Pero incluso nosotros fracasamos en el intento de aportar esa voz de autenticidad. A lo más que aspiramos es a la armonía, al equilibrio si se quiere... Pero lo que tú buscas es retratar algo irretratable, amigo: tú buscas el mapa del interior de

un hombre.

Eduardo observó con fascinado espanto las cicatrices de su cara. «Dos hombres llenos de cicatrices», pensó. Aunque en esencia eran distintas. Las suyas eran cicatrices de rendición; las de Ibrahim eran signos de lucha.

—La fealdad es más reveladora que la belleza, ¿no te parece? —dijo Ibrahim, como si le hubiese leído el pensamiento—. A veces nos sentimos fascinados por lo que más repudiamos, lo más odioso, y con el tiempo logramos aceptar como permisible lo que antes nos parecía repulsivo. Así somos los seres humanos, complejos y movibles. Pero he aprendido una cosa: lo que sentimos en lo más hondo nunca perece, espera su momento para emerger a flote... Ten cuidado, pintor, tal vez termines encontrando el retrato de tu propio infierno. Piensa en ello cuando pongas en marcha tu pincel.

Le dio una palmada en el hombro y se alejó hacia el despacho de nuevo.

Eduardo lo oyó dejar escapar una risa tan débil que apenas podría distinguirse de un murmullo entre dientes.

A pesar de aquel acuerdo, durante las semanas siguientes Eduardo apenas logró progresos en su trabajo.

Arthur no era un modelo al uso. Nunca se sabía si iba a aparecer a la hora acordada o cuando le convenía; a veces ni siquiera se presentaba y no se molestaba en avisar, dejándolo con las telas preparadas y los pinceles a punto. Y cuando aparecía, apenas lograba permanecer quieto veinte minutos. Arthur detestaba la inmovilidad, gesticulaba nerviosamente y su rictus se endurecía cuando se sentía observado. Cuanto más avanzaba, Eduardo más dudaba de poder lograr lo que Gloria le había pedido.

En eso pensaba mientras volaba hacia Barcelona. Gloria estaba ultimando allí los detalles para una fundación que iba a llevar el nombre de su hijo, y a pesar de las reticencias de Eduardo, había insistido en ver los primeros bocetos. El asiento de ventanilla le permitía divagar mientras la mirada se perdía entre nubes y claros. La azafata retiró el vaso de whisky de la bandeja y lo sustituyó por otro lleno. Eduardo prefería el vodka, pero no tenían a bordo. Tampoco se podía fumar, ni eludir el hediondo perfume del tipo del asiento contiguo. Deseaba aterrizar cuanto antes en El Prat y emborracharse a conciencia. Ebrio podía aceptar el absurdo mayúsculo de su vida, lo que estando sobrio le resultaba insoportable al punto de asfixiarlo.

—Es realmente muy guapa. Y tiene usted muy buena mano —dijo el acompañante, examinando los apuntes de Gloria con los que Eduardo se entretenía dibujando. En su mirada, Eduardo notó los celos. Celos de un fantasma. Son tan perfectos y tan inmutables como nuestra mente quiera crearlos.

Las puertas abiertas no invitan a llamar, sino a entrar sin miramientos, de modo

que Eduardo cerró el bloc de dibujo desviando la mirada hacia la ventanilla justo cuando el piloto anunciaba el inicio del descenso hacia el aeropuerto de Barcelona. Abajo podía ver las crestas espumosas de las olas, la estrecha franja de playa y las urbanizaciones lujosas de Gavà con sus casas uniformes, sus jardines y sus piscinas. A la derecha, la ciudad se aprisionaba entre el mar y la montaña. Desde arriba, parecía un lugar perfecto. Como todo lo que se observa desde la distancia.

El hotel era económico pero estaba limpio. A cambio de la estrechez de la habitación y de la inevitable moqueta, desde la terraza ofrecía unas magníficas vistas del barrio Gótico y de las callejuelas de la judería. Las azoteas se unían entre sí como un laberinto de antenas, coladas, pajareras y chimeneas de ventilación. Tuvo tiempo para deshacer la bolsa de viaje y tomar un botellín de vodka con limón del mueble bar.

Gloria lo esperaba en veinte minutos. Tenía la dirección del restaurante, preguntó en la recepción y no quedaba lejos. Decidió dar un paseo. Callejear por Barcelona era una experiencia magnífica si uno no sentía la tentación de enamorarse. Como con todas las amantes, a poco de conocerla empezaban a aflorarle los defectos.

Gloria lo vio llegar y alzó la mano para saludarle desde la otra acera. Aquella mujer tenía la capacidad de reinventarse continuamente, se maravilló Eduardo. Tal vez fuera el Mediterráneo, la luz fosforescente y pulcra de aquella mañana o su atuendo informal, pero lo cierto era que parecía haber rejuvenecido diez años desde la última vez que la había visto en la casa de las afueras de Madrid. Ocultaba los ojos bajo unas enormes gafas oscuras, como las divas, y llevaba el pelo suelto sobre los hombros. El viento que venía de los amarres del puerto le disfrazaba la cara con un velo de cabellos que iba y venía sin que ella lo impidiera.

Se saludaron con afectuosidad, incluso Gloria le acarició un instante la mejilla, lo que lo invitaba a una familiaridad que este no pudo resistir. Caminaron entre los mástiles titilantes de las embarcaciones de recreo a través de una pasarela de madera a ras de agua. Podrían haber estado en Mónaco, en Cannes o en Casablanca, sorteando cajas de aparejos y los cubos de pescado de la lonja mientras se ponían al día como dos viejos amigos que han aplazado más de lo necesario un encuentro largamente esperado. Eduardo intuía en todo aquello algo que no era cierto, una puesta en escena demasiado perfecta, pero de alguna manera no le importaba, se dejaba llevar por la risa cordial de Gloria, por el ambiente marinero, por su propio engaño. ¿A qué estaba jugando? Qué importancia tenía. Solo tenía que dejarse llevar por aquella mujer y creer lo que ella quisiera.

El restaurante era exclusivo, apenas media docena de mesas que estaban vacías. El dueño los recibió congratulándose de su suerte inesperada, reconoció a Gloria y se declaró un ferviente admirador suyo, los agasajó en exceso y los acompañó a un rincón bonito, junto a un gran ventanal que daba a las estribaciones del muelle y al

rompeolas. Las paredes estaban decoradas con motivos marinos, redes viejas y algunos útiles de pesca. A los pocos minutos empezó a sonar música melódica a volumen muy bajo. Sentados frente a frente, sus caras apenas se iluminaban parcialmente con una lamparilla que dejaba el resto en penumbras, creando una tristeza que no terminaba de germinar.

Charlaron durante unos minutos de cosas sin importancia: viajes, proyectos, incomodidades del día a día. Eduardo tenía la sensación de que Gloria eludía el tema que los había llevado a reunirse, demoraba, tal vez por temor, el momento de hablar de Arthur. No tenía prisa, aunque su ansiedad hubiese querido mostrarle, nada más tomar asiento, los borradores y las primeras pruebas. Deseaba complacerla, adivinar en sus ojos un destello de admiración.

Tal vez Olga tenía razón, a qué negarlo. Se estaba enamorando de un fantasma.

Fue al acabar el plato, mientras esperaban los cafés —ninguno quiso postre—, cuando Gloria le preguntó directamente.

—¿Puedo verlo?

Eduardo lanzó una mirada aquiescente a Gloria, cuya complicidad quería asegurarse.

—Únicamente son pruebas.

Gloria accedió a la justificación con una mal disimulada impaciencia. Eduardo apartó los platos para hacer sitio y sacó las cartulinas de su portarretratos, media docena de esbozos que diseminó sobre la mesa como una mano de cartas boca arriba. Podían examinarse como una secuencia con sentido continuo del paso de las semanas, los días, las horas, incluso de los minutos. En cada imagen, siendo la misma, se apreciaban los matices del estado de ánimo de Arthur, incluso la hora en la que había sido retratado, la luz exterior y la ausencia creciente de ella, que emanaba del modelo. En algunas poses aparecía vestido con una camisa negra con el cuello abierto, el detalle llegaba incluso a las arrugas en el nudo flojo de la corbata, al hilo que se aflojaba en un botón, a los pliegues del cigarrillo que sostenía, podía casi escucharse el rumor del tabaco al consumirse, el inaudible sonido del humo al escapar a través de los pelos invisibles de su nariz. Sin embargo, y a pesar de los detalles, no había nada nimio o anecdótico. Cualquier cosa que aparecía servía para explicarlo, realzaba un matiz de su cuerpo.

En otra imagen aparecía tumbado de costado en un sofá, al desgaire, con una descuidada afectación que también iba desapareciendo a medida que avanzaban las sesiones, cada vez menos forzosas y forzadas, cada vez más cerca de esa metafísica a la que aspiraba Eduardo, como si a base de repetición el rostro de Arthur y su cuerpo entero claudicasen, bajasen la guardia para mostrarse tal cual. Eduardo tenía un talento innegable para manejarlo, buscando siempre la luz y la contraluz que permitía traslucir, como una radiografía, su piel, sus ojos, su cabello rojo, sus labios

entreabiertos, casi podía escucharse cómo hablaba, su voz, lo que decía en el mismo instante en el que estaba siendo atrapado por el pincel. Su voz grave, el susurro de unas palabras de desconfianza, de incomodidad al darse cuenta de que estaba siendo poseído, diseccionado, en lugar de retratado.

—Reconozco que es un trabajo que me tiene totalmente absorto —murmuró Eduardo, atraído él mismo por aquellas láminas.

Gloria examinaba el trabajo de Eduardo como si contemplase un paisaje de tierras baldías y descorazonadoras. En el fondo de sus ojos brillaba, sin embargo, una creciente curiosidad.

—¿Cómo es de cerca? —preguntó casi con vergüenza.

Eduardo se quedó pensativo. Gesticuló sin emitir sonido alguno, como si removiera los pensamientos para disponerlos en orden de salida.

—Viene a mi estudio, nos sentamos, charlamos, guardamos silencio, luego posa para mí, aunque no mucho tiempo, es inquieto y se cansa. Trato de atrapar su esencia, pero quizá aún sea pronto para pretender lograrlo. Si he de serte sincero, creo que la posibilidad de llegar a conocerlo realmente a través de su retrato es muy remota.

—De eso se trata, para eso te contraté.

Eduardo se revolvió en la silla.

—Nada parece ser completamente cierto o falso en él. Me inquieta su mirada. Es como un cuchillo que raspa las capas inútiles de la piel, que aparta las escamas muertas. Siempre te observa, en todo momento. Y solo cuando se da cuenta de que la intensidad de esa mirada terminará por aplastarme, finge que se distrae con alguna cosa. Pero incluso entonces puedo escuchar el ruido de los pensamientos de su cabeza.

Gloria se acercó la copa a los labios y bebió despacio, como si ganase tiempo para recomponer la máscara habitual, desapasionada y distante. Existía una tensión visible, una lucha por ver quién se apoderaba de quién dentro de ella misma. Y de esa tensión debería surgir la verdadera Gloria, su imagen perfecta.

—¿Por qué dejó su prometedor carrera de un modo tan precipitado? Habría llegado a ser un gran poeta.

Eduardo se vio sorprendido por la confidencialidad del tono con que formuló la pregunta. Como si sintiera cariño, una pena cariñosa, si eso es posible, por el hombre que, supuestamente, debía odiar.

—Ocurrió algo muy desagradable con el catedrático que dirigía su carrera. Tuvo que abandonar precipitadamente Francia.

Gloria ya parecía conocer ese detalle. De hecho, Eduardo empezaba a sospechar que ella conocía todo lo que podía ser conocido de Arthur Fernández. Y del mismo modo, tenía la desagradable sensación de que también sabía más de él mismo de lo que fingió la primera vez que se vieron.

—¿Te lo ha contado?

Eduardo asintió. Los sueños mudan con rapidez hacia las pesadillas. Basta un gesto, un segundo, una decisión tomada de modo impulsivo y desaparece un horizonte para que emerja el siguiente.

Con veinte años recién cumplidos, Arthur era una de las grandes promesas de Cochard, su tutor y mentor, una especie de experimento en el que Arthur ejercía el papel del buen salvaje y el eminente catedrático el de pródigo padre intelectual y maestro.

Aquella tarde en la Sorbona no quedaban muchos alumnos rondando por el claustro, era un viernes a última hora y las clases se acercaban al final del trimestre. El viejo Cochard recibió a su más aventajado alumno en la penumbra de su despacho en el ala oeste. Sobre el escritorio del anciano catedrático había una fotografía enmarcada en la que él mismo estrechaba la mano del papa Pío XI, dedicada por Su Santidad. En la pared sobre el escritorio lucía un grueso crucifijo de formas barrocas.

El catedrático invitó a Arthur a sentarse de modo poco ceremonioso. Normalmente era distante y altivo con sus alumnos, pero sentía una predisposición especial hacia aquel jovencito *piéd noir*, un diamante en bruto que él se había propuesto laminar con paciencia y mimo para mayor gloria de las letras de la República. Cochard hablaba sin cesar humedeciéndose con la lengua los labios de contorno abrupto, agrietado y cálido, y el aliento le olía a tabaco inglés. Mientras hablaba, gesticulaba mucho con sus manos que disimuladamente tocaban el antebrazo, el hombro, el bíceps de Arthur. El joven se retiraba prudentemente, pero el viejo continuaba como si nada, fingiendo no darse cuenta, divertido, condescendiente y paternal. Paternal.

—«¡Pobre barquilla mía, entre peñascos rota, sin velas desvelada, y entre las olas sola! ¿Adónde vas perdida? ¿Adónde, di, te engolfas? Que no hay deseos cuerdos con esperanzas locas». Es de Lope de Vega; tu padre era de origen español. ¿Nunca te habló de Lope?

—Mi padre era francés, aunque naciera en España. Y apenas sabía leer o escribir su nombre en español —replicó Arthur.

El catedrático lo miró de un modo extraño.

—Un poeta puede ser muchas cosas, pero no puede permitirse la cobardía. Experimentar lo desconocido debe ser el motor que te mueva. Vamos, Arthur, tú que tanto admiras a Rimbaud, dime: ¿qué habría sido de él sin la protección de Verlaine? ¿Y qué le costaba dejarse llevar por las experiencias de su venerable mentor?

Sin previo aviso, los dedos ganchudos del viejo Cochard le aprisionaron la cara. El viejo catedrático se inclinó sobre su pómulo huesudo y lo besó con una humedad hiriente.

—No haga eso, profesor, no lo haga.

—¿Te molesta la efusividad entre hombres? —le preguntó el catedrático con una media sonrisa cargada de sarcasmo.

Los ojos se le nublaron. Volvió a Argel, a la penumbra del amanecer desvelando poco a poco el espacio de su cuarto. La mirada estaba fija en la pared, en el granulado del estucado. Escuchaba la voz de Fabien, el primo venido del continente para cuidarse de la repatriación de la familia. El primo rico, eso decía, y todos lo creyeron. Un maldito embustero pederasta que se encaprichó de su culo tan pronto lo vio, el culo todavía blanco y sin pelo de un niño al que su madre fingía no escuchar gritar porque el primo Fabien era su pasaporte de regreso a Francia tras la muerte de su marido. Arthur escuchaba otra vez al viejo cerdo abrochándose el cinturón después de haberlo hecho sangrar por el ano, el quejido de los muelles de la cama, el lamento sordo de la puerta al abrirse, el gruñido de él. Siempre soñó con arrancarle el pene de un mordisco, machacarle la cabeza hasta esparcir sus sesos por la habitación, verlos derramarse, resbalar por la pared. Pero el miedo lo paralizaba. Y la mirada de su madre, y los papeles con el sello de la nueva República en la cartera del violador.

El anciano acercó los labios a Arthur e intentó besarlos de nuevo con un gesto que se quedó a mitad de camino entre lo lascivo y lo alegre. La reacción de Arthur fue furibunda. Le dio un empujón al viejo que lo hizo trastabillar y caer sobre el sillón.

—¡No te atrevas a tocarme! —le gritó con brutalidad, amenazándolo con el puño cerrado.

El rostro del catedrático estaba demudado, rebosante de sorpresa e indignación, tal vez fingidas, quizá calibrando el enorme error de cálculo que acababa de cometer y pensando ya en las consecuencias que aquel acto impulsivo iba a acarrear a su reputación en el claustro de la universidad. Tenía que reaccionar con rapidez, antes de que aquel inconsciente enfurecido abandonara el despacho y propagase por todas partes lo ocurrido.

—No volverás a publicar uno solo de tus ridículos versos en este país. Si mencionas lo ocurrido, me encargaré personalmente de que te devuelvan a esa pocilga africana de la que nunca debiste salir. Jodidos monos argelinos con sangre española.

Arthur, que ya se dirigía hacia la puerta con largas zancadas, se detuvo. Apretó los puños y giró sobre sus talones, encarándose con el viejo. Frente a él había un gran espejo con molduras doradas. A través del espejo veía el crucifijo, los estantes, la mesa y al propio Cochard. Tenía un aspecto ridículo, medio caído en el sofá, con la melena gris alborotada sobre la cara y sus ojillos pardos llenos de odio y miedo. Pero no era eso lo que Arthur veía, eran las imágenes de la infancia, los pasos de Fabien, pasitos cortitos de monja, el dolor que le atravesaba las vértebras cuando aquel cerdo lo penetraba, primero con las uñas y luego con su pene sucio. Era la impotencia, la

humillación de arrastrarse a la letrina en el patio trasero sin que nadie lo viera y quitarse la ropa interior manchada para aplicarse yodo; era el desprecio hacia sí mismo por no haberse atrevido, en todas aquellas noches, a matar a su violador, la sumisión a su terror. «Gentuza —pensó—, gentuza que se cree con derecho a coger de los demás lo que les apetece sin pedir permiso, gentuza dispuesta a traficar con las ilusiones de los ilusionados. Bastardos sin escrúpulos ni alma».

Podría haberse marchado en aquel momento, olvidar por completo lo ocurrido, escupir la saliva que el viejo había dejado impregnada en sus labios con el ósculo repulsivo, pero no lo hizo. Aquel beso le había violado la boca, le quemaba como un ultraje, tanto como su mirada de rencor y temor, tanto como sus amenazas de conmitón. Agarró, sin mirar, el primer tomo de la estantería, *El libro Pagano o libro Negro*, de Rimbaud, y golpeó con fuerza el rostro de Cochard. Lo golpeó una y otra vez hasta que las páginas se desmembraron del cuerpo del libro y las tapas quedaron salpicadas de sangre.

Su carrera como poeta quedaba atrás para siempre.

—Le rompió los dos pómulos, varios dientes y le vació un ojo. Nadie hubiera creído su versión de piojoso ante las razones del malherido catedrático. Nadie hubiese permitido que semejante escándalo saliera a la luz. Arthur tuvo que marcharse, y no solo de la universidad. Si la policía lo hubiese atrapado en Francia, un jurado lo habría condenado a una dura condena sin piedad ni atenuantes.

Gloria se sintió un poco decepcionada. Esa voz distante, esa mirada vacua en Eduardo le resultaba muy dañina, por más que ahora comprendía que era su arma preferida para alejar de sí cualquier atisbo de sentimentalismo.

—Parece que sientas lástima por él.

Eduardo la miró sin comprender la ligereza de aquel comentario.

—En ocasiones, una anécdota despierta muchos monstruos.

—¿Cuántas anécdotas han convertido a Arthur Fernández en lo que es?

Eduardo apartó la mirada, turbado.

—No entiendo a qué te refieres. Yo no puedo odiar a ese hombre, Gloria. No me ha hecho nada.

Gloria no respondió. No con palabras. Una ráfaga de aire hizo tintinear las hojas de las ventanas. Echó la cabeza hacia atrás y se acarició la nuca como si sus pensamientos se vieran interrumpidos por el beso en el cuello de un fantasma. Lentamente, dio la vuelta a las manos de Eduardo poniendo las palmas hacia arriba. Retiró los puños de la camisa y examinó las cicatrices de sus muñecas. Debía de haberlas visto docenas de veces, pero parecía que era la primera vez que se fijaba realmente en ellas, como si antes le hubiesen pasado desapercibidas. Lo hizo sin dulcificar el rostro ni esbozar siquiera un atisbo de negación o excusa. No le

importaba la decepción que él pudiera sentir, únicamente su cometido.

—Tú has sido víctima, has sido verdugo, y ahora eres espectador. ¿Eso crees?

Se llamaba negación, pensó Eduardo. Contra eso le medicaba Martina un jueves de cada mes.

Gloria se encogió de hombros con un punto de hastío, incluso con un levísimo tono de aburrimiento que mortificó a Eduardo.

—Este no es el hombre que mató a mi hijo. Ese rostro no refleja nada más que una imagen de algo muerto. Los dos lo sabemos.

Eduardo acercó la copa de vodka con tónica a sus labios. Pero antes de beber se quedó contemplando las burbujas efervescentes. En la superficie del líquido flotaba un insecto. No era tiempo de hormigas voladoras, pensó, como si nada hubiese sido dicho antes, sacando el insecto con los dedos. A veces la mente encontraba extrañas formas de fuga.

—Tal vez deberías buscar a otra persona. Le diré a Olga que te devuelva el anticipo. Yo ya no estoy seguro de poder hacerlo; ahora mismo, no estoy seguro de nada, sinceramente.

Gloria torció el gesto. Deslizó sus dedos sobre la mesa y acarició el relieve de las venas en el torso de la mano de Eduardo. Este sintió una descarga eléctrica que, a su pesar, lo emocionó.

—Sé que dentro de ese hombre hay un monstruo, lo sé, y necesito verlo aflorar. Y solo puedes hacerlo tú.

Eduardo negó con la cabeza. No era una negación convincente, sino más bien un gesto de descreimiento. ¿No tenemos todos un monstruo dentro, acaso? Esperando el momento propicio para desembarazarse de esa falsa piel que lo oculta. Arthur, Gloria, él mismo.

—Deberías hacer caso de la recomendación de Arthur en aquella carta que te envió desde la cárcel: bórralo de tu vida, olvídate de él, o lo único que te queda de tu hijo, el dolor de haberlo perdido, también te lo acabará robando. Y entonces no te quedará nada. Absolutamente nada.

Gloria dejó la servilleta en la mesa. Cogió uno de los esbozos del retrato de Arthur y lo estuvo contemplando durante un largo minuto. Después lo rasgó lentamente por la mitad.

—¿Para qué sirve el dolor si no lo compartes con quien te lo inflige? Yo no sirvo para perdonar, Eduardo. Necesito entender y necesito odiar.

Los dos se echaron al medio de la calle sin mirarse, en silencio. Ambos tenían sus motivos para ir por la vida sin prestarle atención al mundo.

Gloria no podía confiar en nadie. Estaba sola, y en ocasiones la soledad pesaba como un plomo que la arrastraba al fondo de un pozo oscuro, donde no podía ver ni

respirar. Lo único que tenía eran sus pensamientos, su rabia desconcertada y sin rumbo, su loco deseo de conocer al hombre que había matado a su hijo. Conocerlo, y luego verlo morir lentamente ante sus ojos, estudiar su agonía, percibir cada partícula de sufrimiento en su rostro. Mientras alimentara esa esperanza, su hijo seguiría viviendo, ligado a él. A través de él. Y para lograrlo tan solo contaba con la ayuda de aquel hombre incierto y roto. Eduardo caminaba a su lado y la miraba con un poso de decepción que podía romper en mil pedazos la admiración que ella había sabido labrar con paciencia para envolverlo.

—¿Me acompañas al hotel? Hoy no me apetece estar sola.

Eduardo apartó la mirada con torpeza mientras ella empezaba a desnudarse y se dirigía a la cama, invitándolo en silencio a acompañarla.

Hicieron el amor. En realidad, decir eso es exagerar, una perversión de la palabra. Gloria le mostró su cuerpo desnudo tumbado sobre la sábana como una pincelada de color desvalido, una acuarela de tonos azulados muy pálidos. Eduardo contempló sin deseo pero con necesidad sus curvas, los pechos grandes y un poco caídos, la piel sin brillo, el vello púbico. Gloria tendió la mano y lo atrajo hacia sí sin necesidad de tocarlo, bastaban los hilos invisibles de sus dedos para que él se dejara llevar. Todo está escrito en la piel, todo.

Fue silencioso, penoso en ciertos momentos, cuando trató de penetrarla, pero no lograba una erección en condiciones. Maldijo el Risperdal, le echó la culpa al beber demasiado, pero lo cierto era que veía el rostro de Elena mirándolo desde el sillón donde se amontonaba la ropa.

Gloria no pensaba en nada. Para encontrarle utilidad a aquel ejercicio nauseabundo de avanzar, parar y retroceder una y otra vez en busca de algo que ni siquiera sabía qué podía ser en el cuerpo de Eduardo, en su sexo flácido, tenía que esforzarse, incluso ver la escena desde fuera, con perspectiva, de por qué se sometía a aquella atrocidad. Eduardo no le interesaba como hombre, el único hombre que le había interesado sexualmente había sido su esposo, Ian, y desde el divorcio no había querido, sentido ni necesitado tener otras relaciones. Probablemente, aunque estaba enamorado de ella, Eduardo jamás le habría pedido aquel sacrificio. Se habría conformado con lo que ella quisiera darle. Pero las opiniones solo resultaban molestas observaciones que tenía que apartar si pretendía mantener a su lado a Eduardo; si superaba la repulsión que le provocaba aquella especie de entrega prostituida, podía convencerlo. El sexo es más revelador que lo anodino, cuando los sentidos y los instintos se desatan uno se vuelve menos precavido, comete errores. Se vuelve maleable. Es una historia tan vieja como la humanidad.

Apenas una hora más tarde, Eduardo estaba sentado en la cama desecha

contemplando el cuadro de Hopper que colgaba en la pared, sin nada concreto en lo que pensar. Se sentía cansado, no físicamente, sino desgastado como una piedra de afilar, algo inservible sin la cualidad que lo define. Era como un barco de vela con el trapo desgajado por las tormentas, al capricho de las corrientes y los vientos, cualquiera podía zarandearlo, variar su rumbo o hundirlo si eso le complacía. Se olió las manos, la piel de la cara, la barbilla. Olía a ella, a su vagina. No pudo evitar que le resultara lastimoso cuanto había ocurrido, el modo en el que todo se había consumado. Podía escucharla ahora en el baño, utilizando la pastilla de jabón y el gel abundantemente para quitarse el olor de Eduardo; pensar eso, y saber que estaba en lo cierto, lo lastimó. Con toda certeza, aquella mujer nunca le pertenecería, ni siquiera una partícula de ella.

Asaltó el mueble bar y salió a la terraza con el último botellín de alcohol.

Un minuto después notó a su espalda la presencia de Gloria. Se volvió hacia ella con tristeza y contempló su cuerpo húmedo envuelto en la toalla de baño. Tuvo la fugaz visión de Graciela y su pecho amputado.

—Hay algo más sobre Arthur que no te he contado en el restaurante. Él sabe que el retrato es un encargo tuyo. Si ha aceptado posar ha sido únicamente a condición de que se lo cuente todo sobre ti. Pero, en realidad, no hay mucho que pueda contarle. No sé quién eres. No te conozco.

El rostro de Gloria se endureció como una piedra lisa, impenetrable.

—Pobre Eduardo, tan ciego, tan perdido... ¿Y qué crees saber tú sobre ese hombre al que empiezas a admirar?

Capítulo 13

De regreso en Madrid.

Eduardo abrió los ojos despacio. Hubiera preferido no tener que despertar, continuar tumbado en la cama sin esperar otra cosa que el minuto siguiente, acechando las sombras que el paso del día iba proyectando en las paredes de su apartamento. Pero quien golpeaba la puerta al otro lado desde hacía diez minutos no parecía dispuesto a dejarlo en paz. Se arrastró fuera de la cama con la boca pastosa y los huesos entumecidos. Olía a rancio y, por un momento, al ponerse en pie y notar que se le iba la cabeza, maldijo la facilidad que tenía para esconderse dentro de una botella de vodka. En el tocadiscos crepitaba la última pista de un disco que había olvidado quitar. *Kind of Blue*, de Miles Davis. Miró a través de la mirilla y solo adivinó una camisa azul con los botones abiertos.

—Abre, ya sé que estás detrás de la puerta. —La voz imperativa, omnipresente de Ibrahim.

Eduardo se frotó la sien, la cabeza iba a estallarle. Ni siquiera sabía qué hora era, qué día de la semana. El rugido del estómago y la debilidad de sus músculos le hicieron notar que no recordaba la última vez que había tomado algo consistente. Entreabrió la puerta sin quitar el fiador de cadena. Lo justo para ver emerger por el resquicio la cara desfigurada de Ibrahim.

—¿Qué quieres? No me encuentro en condiciones.

Al otro lado de la puerta Ibrahim arrugó la nariz.

—A juzgar por tu olor resulta evidente. Hueles como si ya te estuvieras descomponiendo. Abre la puerta o la tiraré de un puntapié. Tenemos que hablar.

Eduardo abrió a su pesar y le dejó el paso franco a Ibrahim, que le dedicó una mirada severa y luego observó con desagrado el apartamento desordenado y sucio.

—Aquí hay más metano que en una central nuclear. O abrimos la ventana o explotaremos en cualquier momento. —Descorrió las cortinas y abrió el pestillo de la ventana. Debía de ser ya tarde, se escuchaba el bullicio de los niños en el parque al salir de la escuela y una luz granatosa tamizaba las cortinas. Ibrahim cogió uno de los botes de pastillas abierto encima de la mesa y leyó la etiqueta, y a continuación husmeó en la nevera, que estaba casi vacía.

—¿A qué has venido? —preguntó Eduardo. Le costaba articular las palabras, como si una avispa le hubiera picado en la lengua inflamándosela.

El musulmán se acarició mecánicamente el pelo. Antes de contestarle, se apostó tras la ventana, observando la acera de enfrente.

—Hace una semana que Arthur no sabe nada de ti, y yo tampoco —dijo cuando se hubo contentado con lo que veía afuera.

Así que ya había pasado una semana, calculó Eduardo, desde que había regresado

de Barcelona. Pensar en eso reavivó el escozor que sentía.

Fue al grifo y bebió un vaso de agua con regusto a cloro que escupió en la pica. Buscó inmediatamente el lugar donde había olvidado los cigarrillos pero no lo encontró, de modo que se puso en la boca una colilla arrugada y la encendió, entornando los párpados. Después de pasar días escondido en la borrachera, sus ojos eran distintos, desnaturalizados, como si pertenecieran a otra persona.

—Pregunté por ti en la oficina de Olga y me dijo que hace días que no te ve aparecer, y que tampoco contestas al teléfono, así que vine aquí. Graciela está preocupada y Sara ha pasado dos noches enteras como un perro frente a tu puerta, no ha habido manera de convencerla de que tú no mereces esa clase de fidelidad. Deberías preocuparte por esa niña. Tal vez sea la única persona que siente cierto aprecio por ti.

De modo que ahora aquel desconocido tuteaba a sus conocidos y se había convertido en alguien familiar para ellos, pensó Eduardo. Y lo molestó hasta irritarlo, aquella invasión de su intimidad, de su círculo. Tal vez era aquella una forma difusa, infantil y enfermiza de celos.

—Gracias por el consejo, lo tendré en cuenta, viniendo de quien viene: tú debes tener una vida social muy enriquecedora —ironizó.

—Vístete y salgamos. Necesitas aire, y yo también. Alguien tendrá que desinfectar este cuarto.

Eduardo obedeció. No tenía ganas de discutir. Y la actitud de Ibrahim dejaba bien a las claras que no iba a darse por vencido.

Salieron a la calle y caminaron hasta la plaza del museo Princesa Sofía. Con el buen tiempo, los patinadores y los titiriteros con sus perros pulgosos y sus torpes juegos malabares se habían vuelto a adueñar de las escalinatas de acceso al museo. Las terrazas de los bares adyacentes se estaban llenando rápidamente de turistas. Por detrás de Atocha el horizonte se teñía de colores intensos. La vida fluía y, en medio de ella, Eduardo se sentía como una burbuja de extrañeza.

Ibrahim cruzó en un par de largas y decididas zancadas la plaza y ocupó con su sólida presencia una mesa que acababa de quedar libre y que se disputaba una jauría de japoneses que se retiraron intimidados. El musulmán pidió un café expreso. Eduardo pidió vodka, doble y sin hielo. Cuando el camarero se retiraba, Ibrahim lo retuvo.

—Mejor un bocadillo, y olvídate del vodka. —El camarero miró inquisitivamente a Eduardo y este asintió resignado. Ibrahim no preguntaba, no daba consejos. Simplemente había que aceptar lo que decía, sin más.

—¿Por qué me miras así? ¿Te doy pena? —La forma de mirarlo de Ibrahim lo molestaba. No eran amigos, no tenía derecho a compadecerse de él.

—Me caes bien —se limitó a decir Ibrahim, rasgando con sus maltrechos dientes

el sobre de azúcar para verterlo sobre el café cuando los sirvió el camarero. En el modo de decirlo, como de pasada, no puso demasiada intención, eso no significaba mucho. Había matado a hombres por los que sentía mucha más simpatía. Mientras movía la cucharilla en la taza, tocando la loza, miraba a la espalda de Eduardo por encima de su hombro y chequeaba la plaza y los alrededores.

—¿Hemos matado a alguien? Estás tan tenso que pareces un gato a punto de saltar sobre algo —le espetó, molesto, Eduardo. El bocadillo de embutido seguía intacto en el plato. Cada vez que lo miraba sentía náuseas.

Ibrahim le lanzó una ojeada furtiva y por primera vez esbozó una sonrisa que dejaba entrever su dentadura maltrecha.

—Es una pregunta estúpida, ¿no te parece?

Lo era, en efecto.

Eduardo escrutó en las pupilas de Ibrahim. Su mirada, ahora se daba cuenta, era fúnebre, siempre lo era; ese vacío del que hablaba también lo conocía, lo había experimentado y se había instalado en su interior. No destilaba piedad ni condescendencia, ni tan siquiera un atisbo de hipócrita hermandad. Solo constataba una realidad reconocible para ambos. Las personas a veces se traicionan entre sí, y eso forma parte de la aceptación normal de la condición humana. Pero nada duele más que la mezquindad de los que suponemos a nuestro lado incondicionalmente.

—¿Has matado a mucha gente?

Ibrahim escuchaba por los ojos, con los labios apretados y los dedos cruzados con fuerza sobre la mesa.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Me preguntaba si te pesan los muertos, eso es todo.

Ibrahim desvió la mirada y murmuró algo en árabe. Recordó la voz de un imán resonando en su corazón adolescente, frente a la fosa oscura y profunda donde yacía el sudario con el cuerpo de su padre. Las palabras de aquel hombre de Dios, la virulencia y el odio de su fetua contra los franceses y sus descendientes, mientras los demás hombres asentían y murmuraban versículos de misericordia y piedad con la cabeza baja y las armas escondidas bajo la ropa. No eran asesinos, eran patriotas, eran hombres santos, les repetía el imán, escupiendo llamas por el infierno de su saliva, que caía sobre el rostro aún sin desfigurarse de Ibrahim. «Matar no nos convierte en asesinos», le repetía el hombre santo, conteniendo el temblor de la ira en su mano. «No por Argelia, por el FLN, por Dios». Recordando aquellas palabras, Ibrahim contempló sus manos, ya viejas, con la sangre de los hombres que había matado incrustada en la piel como un tatuaje, mezclada con la suya propia en un caudal invisible que lo unía para siempre con sus víctimas. Una muerte no es distinta a cualquier otra, y todas pesan lo mismo cuando llega la noche.

—Conozco a asesinos que jamás le han puesto la mano encima a nadie, viven

entre nosotros, son padres y madres, hermanos e hijos, gente de aparente bondad, gente de bien que acude a su trabajo, cumple con escrupulosa limpieza sus obligaciones, son respetables y en muchos casos amados, incluso admirados. Pero yo sé reconocer al chacal cuando lo veo agazapado tras sus miradas; les bastaría la ocasión, el lugar y la circunstancia para desatar su instinto.

—Yo soy un asesino —dijo, con la voz ronca, Eduardo.

Ibrahim lanzó una mirada de conmiseración a Eduardo. Un pobre perro lamiéndose sus lastimosas heridas.

—Tú, amigo, solo eres el sepulturero. Matar a un hombre no te convierte en un asesino.

Apenas unas semanas atrás, en la consulta de la doctora, Eduardo había utilizado ese mismo argumento para defenderse. Pero ahora ya no estaba tan seguro.

Sin darse cuenta, había empujado el bocado apenas mordisqueado hacia un lado y perdía la mirada en las migas de pan esparcidas por la mesa.

—¿Y qué me dices de Arthur? Tú lo conoces mejor que yo, eres su amigo, ¿dirías que él sí es un asesino?

Ibrahim no se inmutó por el zarpazo irónico. Eso no le rozaba siquiera la piel. Pero reconoció que aquel hombrecillo con una camisa demasiado anticuada tenía, a su manera, una dignidad de la que él carecía. Se puso en pie y dejó un billete de veinte sobre la mesa.

—Pregúntaselo tú mismo. Todavía tienes un retrato que hacer. Cumple con tu cometido, y luego vuelve a tu agujero a lamerte las viejas heridas. Quizá consigas curarlas.

Eduardo escrutó con atención a Ibrahim. Había algo en él que no encajaba, pero no lograba descubrirlo.

—Se me hace extraño que una persona como tú sea tan leal a alguien como Arthur.

Ibrahim le clavó una mirada asesina.

—La única lealtad que debo es a mí mismo.

—Pero lo proteges.

Ibrahim dejó escapar una risita perturbadora.

—Para ser artista, estás muy ciego, amigo. ¿Qué crees saber? La apariencia es un estorbo, un engaño para los simples... Y ahora, corre a tu destino, ratoncito.

Eduardo lo vio alejarse por un extremo de la plaza hasta que su camisa y su pantalón de tergal se perdieron entre la gente que deambulaba arriba y abajo.

—¿Te hago un conjuro guapo? —La silueta de luto de una gitana con una ramita de romero en la mano y sus dientes postizos de oro lo abordó. Eran tres y se repartían las mesas como un escuadrón en orden de combate. Eduardo no se molestó en ser amable. La zalamería de la gitana le daba grima. Se levantó de mala gana.

—No hay conjuro que me proteja, a mí —murmuró, apartando de su camino a la gitana con un gesto brusco.

—¡Que te echo el mal de ojo, desagradecido! ¡Vas a ser un desgraciado toda tu vida, por mis muertos!

Eduardo no pudo reprimir una carcajada rabiosa que hizo que los transeúntes se volvieran a mirarlo como si estuviese loco.

La cafetería donde lo esperaba Arthur estaba al principio de la calle Fuencarral. Apenas cruzando la Gran Vía, dos prostitutas fumaban apostadas junto a un fotomatón ofreciéndose. Una de ellas le guiñó un ojo apagado a Eduardo, y al hacerlo sus pesadas pestañas postizas simulaban el abrir y cerrar de un triste telón. Eduardo apretó el paso. Las fronteras invisibles a veces no son más que un paso de peatones. Lo cruzas y te crees a salvo, en otro mundo más llevadero.

Vio a Arthur en un rincón. Hablaba con alguien. Eduardo pudo reconocerlo. Era el periodista de la revista *Allegro* que había visto en el camerino de Gloria unas semanas antes. ¿Qué hacía conversando con Arthur? Eduardo tuvo un mal presentimiento.

Arthur escuchaba a Guzmán encerrado en un mutismo concentrado. Miraba a la pared, como si tras las cortinas hubiese algo que solo él podía ver, algo horrible, a juzgar por la tensión que adquirirían los músculos de su cara sin que él se percatase.

—¿Estás completamente seguro?

—Completamente. Era él, el pintor. Estaba con ella en Barcelona, comieron en un restaurante. Esperé a que se marcharan para entrar. Encima de la mesa había una cuartilla rota por la mitad... ¿Adivinas la imagen que se formó al juntar los pedazos? Sí; tu retrato. Luego subieron a la habitación de Gloria. No puedo decir lo que hicieron durante una hora y media, pero puedo imaginarlo. —Lo dijo con una mezcla de curiosidad y de asco, como si hubiera sido testigo de algo contra natura, algo que no debería suceder. Era evidente que, incluso para alguien como Guzmán, Eduardo no merecía las atenciones de una mujer como Gloria.

Arthur hundió los dedos en el cabello y se aferró la frente, intentando comprender aquel giro inesperado. ¿Eduardo y Gloria? No tenía ninguna lógica. De repente, miró a Guzmán con desconfianza.

—¿Por qué estabas en Barcelona?

Guzmán acarició las rugosidades de su mano abrasada y sonrió. Sacó un sobre y lo dejó encima de la mesa.

—¿Qué es eso?

—Tengo entendido que durante el invierno de 1990 enviaste a Aroha a un centro internado de Ginebra, ¿cierto?

Arthur asintió.

—Este es el historial clínico del hijo de Gloria Tagger. Curiosamente, cuando tu hija ingresó allí, el chico estaba también internado. De modo que es más que probable que se conocieran. —Guzmán escrutó atentamente el rostro de Arthur—. ¿No lo sabías?

Arthur leyó rápidamente el informe, apenas de una página, pero más que suficiente para hacerlo palidecer. Al acabar, alzó la cabeza y vio la ironía en los ojos de Guzmán, que fumaba lanzando las volutas de humo hacia el techo. Arthur recordó la advertencia de Diana: «Guzmán no es una puerta que pueda cerrarse una vez la has abierto». Arthur ya no podía detener lo que él mismo había puesto en marcha, lo comprendió después de ver sus ojillos pardos brillando como los de un depredador.

—No tenía ni idea. Debe de tratarse de una casualidad.

Guzmán se puso en pie y se ajustó la americana. Miraba hacia la puerta, y al ver a Eduardo, sonrió.

—Digamos que hay algo en toda esta historia de la desaparición de tu hija que no me cuadra: una chiquilla rebelde que se escapa de casa a menudo, una violinista con una historia de novela con un hijo al que tú atropellaste accidentalmente, una casa de antigüedades, un tiburón financiero... Bueno, tal vez las casualidades existan, pero cuando se concentran tanto dejan de serlo y se convierten en pautas, ¿no crees? Una puerta abre otra. Y mi trabajo consiste en atravesarlas todas.

Eduardo y Guzmán se cruzaron en la puerta. Este saludó al pintor con un ademán militar.

Al ver a Eduardo, Arthur saltó del sofá, cogió la chaqueta y le lanzó una mirada enturbiada, como ido.

—Necesito caminar, aquí me ahogo. Salgamos.

—Conozco a ese hombre —dijo Eduardo al salir a la calle.

Arthur contemplaba el cielo como si fuese consciente de lo lejos que quedaba del suelo.

—Hay personas a las que es mejor no conocer —se limitó a contestar.

Arthur caminaba con paso nervioso hacia las callejas de Malasaña, a Eduardo le costaba seguirle el paso.

—¿Dónde has estado todos estos días? Creía que teníamos un retrato que hacer, tú y yo.

Eduardo sentía mordiscos en la rodilla renqueante. No podía seguir el ritmo de Arthur y, además, intuía que algo grave había sucedido. Se apoyó en un chaflán y se masajeó la rodilla.

—Lo dejo, Arthur. En realidad, creo que no fue una buena idea desde el principio.

Arthur se detuvo y lo miró de manera tenebrosa. Esa era la palabra. Tenebrosas eran sus miradas cuando algo parecía incomodarlo. Era su manera de marcar una línea invisible que no debía traspasarse.

—¿La señora Tagger ya no necesita tus servicios?

De modo que era eso. Lo sabía.

—Así que es tu amante. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Eduardo titubeó, desviando la mirada a un lado y otro de la calle como un animal acorralado (Ibrahim le había llamado ratoncillo, y eso era).

—No soy su amante; solo su herramienta.

En uno de los callejones que desembocaban en la calle Espíritu Santo un mendigo imprecaba a otro, le graznaba como un cuervo y lo zarandeaba con gestos nerviosos. Se estaban pegando por la fruta podrida de un cubo de basura. A medida que la discusión subía de tono, la rabia de ambos se iba enardeciendo.

Arthur no apartaba la vista de ellos.

—Pobre Gloria, una madre destrozada... Seguro que no le ha resultado difícil seducir a un pobre imbécil como tú. Apuesto a que estás enamorado de ella. Todos los hombres se enamoran de Gloria A. Tagger.

La pelea de los mendigos iba en aumento. Ahora se habían enzarzado en una secuencia torpe, lenta, pero brutal de golpes. La escena evocaba la pintura de Goya *Duelo a garrotazos*. Dos desarrapados luchando a bastonazos en un paraje desolado, enterrados hasta las rodillas. Nada honorable, únicamente fuerza bruta, arañazos, mordiscos, patadas con mala intención dirigidas a los testículos. Se estaban matando, literalmente, por una manzana podrida y un cartón de leche caducado. Y ninguno de los dos pararía hasta que uno lograra su objetivo. Pero incluso el objeto, la comida, terminaba perdiéndose en la maraña de la pelea. Ya no importaban las sobras desparramadas por el suelo. Lo que los empujaba a golpearse sin tregua era una rabia sin dique, un odio tan intenso y tan profundo que no encontraba gritos donde articularse. Querían matarse el uno al otro, matarse a sí mismos, matar su historia, su pasado, sus fantasmas, asesinar su presente y cerrar el futuro. Tal vez esperaban que interviniera alguien para poner fin a la pelea y establecer unas tablas. Pero nadie intervino.

Eduardo contempló la escena como si no estuviera allí.

Arthur y Gloria, Gloria y Arthur. Pensaban que lo podían todo, jugar a su antojo con los demás. Acaso seguir haciendo daño al otro, emponzoñando sus miserables vidas, como si ese veneno fuese la sangre que ya no corría por sus venas.

—Tú has perdido una hija y la sigues buscando. Gloria ha perdido un hijo y, de alguna manera, también ella lo sigue buscando. Y yo me siento atrapado en esta espiral, lanzado de una parte a otra sin voluntad propia. Ya basta, para mí es suficiente.

Arthur contempló con distancia a Eduardo, sin un atisbo de pena, de comprensión o de afecto.

—Te sientes una víctima en todo esto. Pero lo cierto es que no eres inocente.

Estás tan manchado como todos nosotros. ¿Qué me dices de ese hombre al que mataste? Y de su mujer, a la que dejaste postrada en una silla de ruedas... ¿Crees que ella ha podido dejarlo correr? ¿Crees que no te odia con toda su fuerza?

El *arabesque* era perfecto en la secuencia de cuatro ejecuciones, una junto a la otra en la pared, justo sobre el maniquí que conservaba los tules y gasas del vestido y unas viejas zapatillas con los refuerzos de las punteras completamente desgastados. Desde la silla de ruedas, Maribel extendía con docilidad el brazo derecho hasta proyectarlo como una línea recta sobre la pared, los dedos juntos, el índice un poco más alto, el meñique culminando una suave cascada. A continuación giraba el torso con un movimiento sincronizado y hacía exactamente lo mismo con el izquierdo. Contemplando las sombras, uno podía imaginar el suave remar de unas alas en el aire. Con los ojos cerrados, pero sin apretar los párpados, concentrada en dar a su respiración el caudal justo de aire, imaginaba que la silla no existía. Aquel movimiento básico necesitaba del cuerpo en perfil, apoyado respecto a una pierna, *demi-plié* una y otra vez, una y otra vez, hasta que el muslo dejaba de sentir la presión del cuerpo, mientras que la otra se elevaba recta hacia atrás, elevándose a gusto de la cadera como una elegante cola de aire. Así, brazo y pierna estirados creaban una línea larga y estilizada. Era lo más parecido a volar que podía aspirar a conocer el cuerpo de un ser humano sin alas, y Maribel había experimentado aquella libertad, aquella imposibilidad de líneas y formas que desafiaban la gravedad cientos, miles de veces.

Abrió lentamente los ojos y sintió de nuevo la pesadez sombría de la habitación, la bolsa de orina, el tubo de la sonda, el tacto rugoso del plástico, la atrofia de los músculos inservibles de sus piernas que tantas veces la habían sostenido. Contempló la secuencia de ejercicios inmortalizada en las cuatro fotografías enmarcadas en la pared. Se trataba de una demostración de la escuela de danza en una gira por Barcelona. Al frente de sus tres alumnas más aventajadas, Maribel realizaba los cuatro movimientos con un vestido completamente negro y muy ceñido que solo dejaba libres y a la vista los hombros y brazos y la puntera de las zapatillas. La dificultad del ejercicio radicaba en que se realizaba sobre la base irregular y mohosa de la playa, con la orilla de fondo. Debía de ser un ejercicio muy doloroso, en aquellas circunstancias, que requería un gran equilibrio y concentración de fuerza y obstinación. Sin embargo, el rostro de Maribel, como el de sus alumnas, no dejaba escapar un ápice de duda. Alta, de pelo negro y lacio que le caía con elegancia sobre el pecho, destacaba su mirada fija en el infinito, como si en alguna parte estuviera la barra invisible donde apoyarse. Irradiaba determinación.

Como le ocurría casi siempre al enfrentarse a aquellas fotografías, colgadas de manera que era inevitable entrar en su antiguo dormitorio sin verlas, Maribel se acarició la piel. Aquellas imágenes la desafiaban a recordar lo que nunca podría

volver a ser: joven, ligera, etérea, hermosa y libre.

A los sesenta años no debía sentirse vieja, las mujeres de su edad se cuidaban, utilizaban cremas y recurrían sin rubor a la cirugía con tal de seguir viviendo la virtualidad de una juventud que aun anidando en sus corazones ya no acompañaba sus cuerpos. Pero Maribel se sentía como una anciana milenaria. Su piel se había tornado escamosa por culpa de la falta de oxigenación, sus huesos se habían tornado quebradizos por la falta de ejercicio y sus músculos sencillamente se desmoronaban sobre un saco de piel, casi líquidos. Se preguntó qué pensaría Teo, su esposo, de verla en este estado de lamentable abandono. Para su marido, conquistarla fue un largo desafío que ella no le puso fácil, jugando a tentarlo una y otra vez antes de entregarse, fingiéndose indiferente al amor y entregada únicamente a su verdadera pasión, la danza.

Teo fue un hombre paciente, no demasiado hablador, incluso tal vez con una apariencia fría y distante, pero sabía perseverar, como correspondía a su carácter meticuloso y obstinado, que lo convertía en un excelente coleccionista y numismático. Esas cualidades, perseverancia y paciencia, abrieron una pequeña brecha en el muro de Maribel, y una vez logrado eso, la brecha se hizo grieta por pura fuerza sinérgica. Siempre imaginó que envejecerían juntos, que su declive sería una suave descendente, él con sus monedas, ella con sus libros de técnica, enseñando en la teoría lo que por cansancio y lógica de la gravedad ya no podría mostrar en la práctica.

A veces todavía creía que era posible, al entrar en el dormitorio. Tenía miedo de perder los olores si dejaba penetrar el aire contaminador de fuera. Ni siquiera permitía que su hijo entrase allí. Aquel era su santuario, el único lugar donde todo continuaba siendo como antes de que un malnacido le quitase las dos cosas que más quería. Su capacidad de volar y el corazón del único hombre al que había amado.

Abrió el armario ropero donde colgaban los trajes y camisas de Teo. Cada cierto tiempo las llevaba a la tintorería de siempre, donde le devolvían las prendas planchadas. Cuando el olor de la ropa empezaba a evaporarse, Maribel buscaba el frasco de loción que él utilizaba y rociaba suavemente los cuellos, los puños y las mangas, de modo que cuando abría el armario era como si su marido le saliera al encuentro: inspiraba despacio el aroma de las camisas y exhalaba el aire muy lentamente, y su corazón agradecía aquel baile de los sentidos. Aunque no fuera un hombre elegante, Teo siempre fue pulcro y de una sobriedad casi inglesa en el vestido y en el calzado. Medio par de mocasines italianos descansaban junto a los cepillos y betunes adecuados a cada color.

Conservaba también un guardarelojes con algunos modelos de poco valor, y poco comprometidos estéticamente, a juego con corbatas lisas, pañuelos y bufandas. Todo estaba perfectamente ordenado, doblado, desdoblado y vuelto a doblar. En esa tarea

Maribel podía dejar ir muchas horas de la mañana, pero no le importaba, no tenía más que hacer que recordar, doblar y desdoblar y echar de menos.

Al fondo del armario había una bolsa de plástico oscuro que Maribel muy rara vez se atrevía a abrir, aunque era incapaz de deshacerse de su contenido. Era la ropa que llevaba puesta su esposo el día que su asesino le voló la cabeza a traición. La policía se la entregó después de la autopsia y ella no quiso quemarla ni arrojarla a la basura, a diferencia del abrigo que ella lucía aquella mañana y que quedó agujereado con un surco negro de pólvora pero sin apenas sangre. En la bolsa guardaba la camisa azul pálido que le gustaba ponerse los domingos para ir al centro numismático. Tenía el cuello un poco pelado, desgastado por el uso, y muchas veces discutieron porque a ella le ponía de los nervios verlo con aquella camisa, pero él no quería cambiarla porque desde que consiguió un *áureo* del emperador Alejandro Severo acuñado en el año 223 d. C. era su camisa talismán. Aquella camisa tenía ya incrustadas, como cicatrices en la entretela, las salpicaduras de sangre, los restos de huesos del cráneo, de cuero cabelludo y sesos que se desparramaron de repente con una violencia demoledora al descerrajarle el tiro.

También guardaba la chaqueta de pana desgastada en los codos y el pantalón chino de color oscuro. Ni siquiera vestía adecuadamente el día que lo mató aquel loco. Y esa idea tan absurda se había enquistado en la mente de Maribel a lo largo de todos aquellos años. Como el diente de un piñón desgastado, su cerebro se detenía en esa obsesión cada vez que por alguna razón se decidía a abrir la bolsa y extender el contenido sobre la colcha de la cama.

—No ibas a conjunto, pero no quisiste hacerme caso. Últimamente estabas tan despistado e irritable con tus monedas y tus cosas, que ya ni siquiera me dejabas elegirte la ropa.

Casi catorce años después, continuaba sin entender por qué a ciertas personas que se consideran felices se las castiga de un modo tan atroz e inesperado. ¿Quién decidía esa suerte? ¿Dios? ¿El azar...? ¿Y por qué ella?, ¿por qué a ella, y no a cualquier otra? Había luchado duro toda la vida, comprendía que la existencia es sacrificio, dedicación, esfuerzo y un tesón a prueba de fracasos. La danza clásica la había disciplinado adecuadamente, pero también le había enseñado que a cambio de ello se obtenía una recompensa. Y ella apenas tuvo tiempo de disfrutarla, unos pocos años, «los más hermosos», le decían los amigos románticos y optimistas, «los más irreales», le decían los que no se dejaban llevar por emociones fáciles. Ni siquiera pudieron tener el bebé que ella tanto deseaba y que Teo también anhelaba. Al final adoptaron a su hijo, y aunque Maribel se había entregado en cuerpo y alma a amarlo, en su fuero interno le dolía la certeza de que su esposo nunca lo sintió plenamente como suyo.

—Ojalá pudieras verlo. Se ha convertido en un chico apuesto, trabajador,

inteligente y muy sensible, pero ahora necesita un padre que lo ayude a transitar por el tiempo de la confusión.

Maribel no se sentía con ánimo para luchar contra lo inevitable. Los hijos crecen, toman conciencia, una conciencia errónea en parte, de sí mismos, y se van, no importa si lo hacen físicamente o no, dejan de pertenecer a los padres. Los hijos son un préstamo que tarde o temprano hay que devolver a la vida. Últimamente, cuando Who la miraba, sentía una turbación extraña, como si su hijo estuviera esperando algo de ella, una señal, como si quisiera decirle algo pero no supiese cómo hacerlo. Y cuando le preguntaba, él se ponía otra vez la máscara de ángel que siempre había sido, la besaba en la frente y se marchaba cargado de tristeza y de demonios.

Tardó en escuchar el sonido del timbre. Cuando por fin lo oyó, miró la hora con extrañeza. Era temprano para que su hijo regresara a casa, y además él nunca llamaba. Usaba sus propias llaves. Quizá eran otra vez aquella pareja de ancianas Testigos de Jehová que venían a verla cada tarde con sus revistas y su espíritu proselitista, encomiable pero inútil en su caso. Empujó la silla de ruedas por el pasillo hasta la puerta, anticipando cualquier excusa que no resultase ofensiva para sacárselas de encima cuanto antes.

Pero al abrir la puerta no vio a las ancianas con sus rostros de beatas, y tampoco a su hijo. El hombre que la miraba desde el vestíbulo con cara compungida era un fantasma venido desde el pasado. El rostro que poblaba sus pesadillas desde hacía casi catorce años.

—Buenos días, señora. Soy Eduardo Quintana.

Pronto llegaría la primavera, se notaba en la brisa nocturna y en las copas de los árboles que iban aflorando los primeros brotes, demasiado débiles aún para sobrevivir a una helada de última hora. Así era Mei, un brote que quizá no soportaría una nueva helada, pensó Who.

En el callejón que daba a la parte trasera del edificio donde vivía, una prostituta trabajaba a su cliente. Era una de las chicas de Chang. Ambos intercambiaron una mirada de reconocimiento. No merecían la conmiseración del otro, solo se dedicaban al contrabando con las penas de la gente, las hacían más llevaderas y seguían su camino. Eran ese tipo de gente, la prostituta y él. Sombras sin brillo. El tipo sobaba con obsesión el glúteo de ella y le lamía la oreja. La chica seguía mirándolo. «Vamos, no te pongas sentimental», parecía decirle al señor Who. «Tú tienes tu tragedia, yo la mía, pero eso no cambia las cosas para nosotros. No somos dos enamorados». Hay quien dice que las putas aman el dinero fácil. «Imbéciles. No saben de lo que hablan», pensó Who. Imaginar que ese era el destino que Chang tenía escrito para Mei lo hacía volverse loco.

Entró en casa y se descalzó para no hacer ruido. Vio luz bajo la puerta en el

dormitorio de Maribel. Fue a ver si necesitaba algo, pero a medio camino se detuvo. La oyó llorar. Maribel siempre lloraba sola y nunca lo hacía a oscuras. Desde niño, Who había crecido con esa tristeza. También había aprendido cuándo era mejor dejarla sola.

Desanduvo sus pasos y subió a su habitación.

Dejó la chaqueta encima de la cama sin hacer. Se sentó delante del ordenador y abrió la carpeta con las fotografías escaneadas que había recopilado de aquel primer y único viaje que hicieron los tres juntos, por sorpresa, aquel verano de 1991: él, Maribel y Teo a Menorca. Había pensado utilizarlas para grabar una presentación y añadirle algo de música. A Maribel le gustaría el detalle.

Aquel fue un viaje inesperado, Teo nunca quería moverse de Madrid, como mucho se escapaba de vez en cuando a Toledo o a Cáceres, pero nunca iba más allá. Sin embargo, fue él quien se presentó una mañana con los billetes de avión.

Recordaba un transbordador que conectaba algunas calas de la isla que solo eran accesibles por el mar. En las fotografías se veía a su padre con las gafas un poco por encima de las cejas. Sonreía a medias, torciendo el bigote como los galanes de cine. Maribel estaba a su lado. Entre ambos, él se apretujaba contra sus piernas, un niño con la cara un poco pálida por culpa del vaivén de la embarcación. El mar lo atemorizaba. Apoyado en la baranda del mirador, contemplaba las bandadas de gaviotas surfeando sobre las crestas enloquecidas de las olas que morían, una tras otra, con un sordo rugido a lo lejos.

Debió de ser feliz, aquel verano, aunque él no lo recordaba del todo así. Sí recordaba en cambio los días en que los escuchaba discutir y los sorprendía en la cocina recomponiendo el gesto con la rapidez que tienen los que están entrenados para disimular sus fragilidades.

Cuatro meses después, Teo estaba muerto y Maribel en un hospital con la columna vertebral partida.

El señor Who dejó vagar la mirada hasta que de pronto sus ojos se detuvieron detrás del ordenador. La pared estaba forrada con un panel de madera, y detrás de esos paneles se escondían los secretos del señor Who. Y alguien había movido un listón.

Maribel estaba en la silla de ruedas junto a la cama acariciando el tul de un vestido de danza, el último que utilizó antes de sentir sus vértebras rotas. Miró fijamente al señor Who y sus ojos parecían de cristal, de una certeza insoportable. Se irguió en el respaldo de la silla y, con un gesto lánguido, dejó sobre la cama la hoja del expediente sobre Eduardo que el señor Who le había robado a Martina. Allí estaba la fotografía del asesino de su padre, el hombre que les había destrozado la vida sin ninguna razón.

—¿Cómo has podido ocultarme algo así?

El señor Who intentó calmarla, pero Maribel rechazó su intento de cogerle las manos como si tuviera la lepra. Le temblaban los labios, y aunque su gesto parecía implorante, su mirada era exigente y dura.

—No quería hurgar en tus heridas.

—¿Desde cuándo tienes esto?

—La primera vez que lo vi fue por casualidad, en el Parque del Retiro. Estaba dibujando a una mujer. Lo reconocí por las fotografías que guardas, los recortes de periódico de lo que ocurrió. Pero no estaba seguro, así que volví al día siguiente con la esperanza de encontrarlo para cerciorarme. Estaba sentado en el mismo banco, como si esperase a alguien que no apareció. Durante semanas volvió al mismo sitio, y yo lo seguí. Lo observaba, intentaba imaginarme qué clase de hombre es. No había una razón para hacerlo, no tenía ningún plan, ni sabía qué haría llegado el momento de abordarlo. Un día me acerqué a él en el metro. Me senté a su lado, lo observé de cerca, vi las marcas de sus muñecas, las arrugas de su piel, las canas en su pelo. Oí su cuerpo y escuché su voz. Hablé con él, lo incité, lo provoqué, en realidad. Quería comprobar si me recordaba, si nos recordaba, pero él no reaccionó. Había imaginado esa escena muchas veces antes, lo que haría, lo que le diría. Pensé, mientras se acercaba el metro, que iba a empujarlo, arrojarlo a las vías y ver cómo las ruedas lo aplastaban, pero llegó el metro, se detuvo y fui incapaz de hacerlo. Unas semanas después conocí a una persona. Por casualidad encontré esa hoja de un expediente: ahí lo explica todo.

Maribel echó la cabeza hacia atrás como si una mano invisible le tirara del pelo y dejó ir un gemido de dolor.

—¿Por qué? —acertó a preguntar, mirando a Who con una mezcla de incredulidad y sorpresa.

El señor Who se sentó a los pies de la cama.

—Porque necesito comprender al hombre que nos mató.

Usó el plural porque así lo sentía. Aquel día no solo murió Teo, si acaso él fue el más afortunado de los tres porque había muerto en el momento. Pero ellos habían tenido que seguir muriendo cada día un poco. Después de los nueve años, en aquella casa no volvieron a entrar juegos, ni risa, ni aire fresco. Maribel se alejó de él, lo hizo suavemente, sin brusquedades, del mismo modo que se fue alejando de todo, convirtiendo su vida en oscuridad, la misma oscuridad permanente de su dormitorio. El amor, el verdadero amor, se acabó antes de empezar. El señor Who había aprendido a cuidar de ella a su modo. Sonreía, y su sonrisa era distinta a la de Maribel, porque mientras la de su madre solo era un gesto pintado, la suya lo era de anhelo. Necesitaba recuperarla, su cariño, la devoción que apenas había podido disfrutar. Pero nunca logró volver a sentir aquel calor, y poco a poco se fue sumiendo

en su propio mundo de sonidos suaves, moviéndose por la casa de puntillas para no molestarla. Who dejó de ser niño, de ser adolescente, dejó de ser joven, para convertirse en la sombra de una madre inválida.

Maribel le tomó la cara por el mentón con una mano para obligarlo a mirarla a los ojos. Who la esquivaba, no quería conectarse a la realidad de aquella mirada inquisitiva.

—Ha estado aquí. Esta mañana.

La mueca de Who se desfiguró por completo.

No esperaba eso. Sintió que la garganta se le secaba por culpa de una rabia que ascendía del estómago. Imaginó por un instante a su madre, postrada en la silla, indefensa ante la presencia de ese hombre.

—¿Aquí? —preguntó, como si hubiese sido diferente encontrarlo en el supermercado de la calle o al doblar una esquina—. ¿Y qué ha pasado?

—Nada. Ha dicho su nombre. Nos hemos mirado durante un largo minuto, y le he cerrado la puerta. No ha vuelto a llamar, pero sé que ha permanecido de pie al otro lado durante mucho tiempo. Podía oírlo. Luego se ha marchado.

Maribel contempló el dormitorio. La cama, el armario, la cómoda, la vitrina con las monedas, la atmósfera quieta, la ficción de que nada había cambiado.

—Quiero que acabes con esto, hijo. No quiero saber que ese hombre sigue respirando el mismo aire que nosotros. No quiero saber que vuelve a acercarse a mí.

El señor Who se puso en pie.

—No lo hará, te lo prometo.

Capítulo 14

Sobre el mostrador de madera había un periódico que destacaba en portada la tragedia del incendio en un edificio cercano. La portera lo había dejado a medio leer al ver entrar a Guzmán. Era una señora de mediana edad que hacía mucho que no se depilaba el bigote. Recibió a Guzmán apoyada en una escoba con un cigarrillo en la boca. La boquilla estaba manchada de carmín.

—La casa de antigüedades de aquí al lado, ¿sabe si está cerrada? No contestan al timbre.

—Dámaso cierra la tienda antes de las cinco. No volverá hasta el lunes. — Hablaba y echaba humo a través de los dientes separados, a la vez.

Guzmán fingió contrariarse.

—Lástima, le traigo algo que le interesa mucho. ¿Usted no sabrá decirme dónde vive?

La portera lo miró con desconfianza. Instintivamente irguió los hombros y mordió con más fuerza la boquilla del cigarrillo. Empezó a enumerar con voz de agravio sus tareas: limpiar la escalera, tirar la basura, atender a los del gas que venían a hacer la revisión... ¿Cómo quería que estuviera al tanto de dónde vivían todos los comerciantes de la calle? Y aunque lo supiera, ¿por qué iba a decírselo? Tal vez las porteras tenían fama de hablar demasiado, pero ella, y se señaló el pecho con el pulgar enfáticamente, no era como otras porteras, que se pasaban el día leyendo el *Lecturas* o el ¡*Hola!* detrás del mostrador. Ella trabajaba.

Guzmán sonrió. Y detrás de su sonrisa pensó lo fácil que le resultaría estrangular con una mano a aquella gallina. Sin embargo, ya había visto lo que quería.

—Lo entiendo. Volveré el lunes cuando Dámaso abra la tienda.

Salió a la calle con sensación de desahogo. Fue a sentarse en una terraza desde la que podía ver la portería del edificio y la casa de antigüedades que tocaba la fachada. No tenía más que esperar.

Su café casi estaba intacto cuando vio salir a la portera y alejarse calle abajo dejando tras de sí la estela de humo de su cigarrillo. Guzmán volvió al edificio y empujó la puerta de entrada. La portería estaba vacía, habitada en todo caso por el olor dulzón y cargante del cigarrillo de la portera y por las voces que se colaban por el hueco del ascensor. De alguna parte venía música, una canción de Lucho Gatica que Guzmán reconoció: «Contigo en la distancia».

*No existe un momento del día
en que pueda apartarme de ti.*

Esa música lo congració con el mundo durante un minuto.

El cuarto de la portera tenía la mampara abierta. Junto al mostrador ya no estaba

el periódico, sino una nota escrita en una hoja cuadriculada con letra infantil. «Vuelvo en cinco minutos». Y montando guardia, había dejado apoyada en la pared la escoba. Guzmán metió la mano por detrás de la mampara y abrió el pestillo. En un corcho de la pared colgaban las copias maestras de todas las llaves del inmueble. Para facilitar el trabajo tenían un portaetiquetas con el piso exacto. Cogió la que decía «almacén de Dámaso».

La puerta auxiliar de la casa de antigüedades estaba junto al ascensor. Una vez dentro, palpó con la mano hasta encontrar un interruptor, y un fluorescente ramplón se encendió. A la derecha estaba la puerta de acceso a la tienda. A la izquierda, un tramo de escalera descendía un piso por debajo de la acera hasta otra puerta cerrada. Guzmán decidió investigar aquella parte.

El almacén era amplio, por todas partes se amontonaban cuadros, cajas de libros, relojes de pie, muebles, cómodas, sillas, tapices y otras cosas sin catalogar.

Durante un buen rato, Guzmán estuvo husmeando sin tener una idea clara de lo que estaba buscando. Sabía por experiencia que las personas mienten por dos razones: para ocultar algo o para inventarlo. En el caso de Dámaso, estaba claro que escondía algo. La cuestión era averiguar de qué se trataba.

Lo que había allí no parecía demasiado interesante. Cosas. Solo cosas mudas, sin respuestas para sus preguntas. Decepcionado, se sentó en un viejo baúl con temas florales y herrajes antiguos y contempló sin prisas el entorno. A veces hay que dejar de mirar para ver, no guiar la búsqueda y darle una oportunidad a la casualidad. En un rincón había una serie de muebles que llamaron la atención de Guzmán por la disposición que tenían. Aunque a primera vista el almacén parecía desordenado, no lo estaba. Los objetos se agrupaban por algún tipo de afinidad, bien de época, de estilo o de naturaleza.

En una parte estaban los objetos más antiguos, muebles de estilo napoleónico; en otra, algunas piezas más barrocas; enfrente, objetos de los años setenta u ochenta. Pero frente a él, entre hileras de cuadros y percheros, espejos y algunos cuadros con escenas de caza, había una enorme mesa de mármol travertino sobre una alfombra que imitaba una piel de tigre y que estaba replegada bajo las patas de la mesa, como si al moverla de sitio hubiese arrastrado la alfombra.

Guzmán apartó lo que le estorbaba hasta abrirse paso. Debajo de la alfombra asomaba la rendija de una trampilla en el suelo. Mover la mesa le costó varios intentos y buena parte de su fuerza. Fuese lo que fuese que había allí abajo, Dámaso no tenía medio de acceder sin ayuda, la mesa pesaba demasiado para una persona tan vieja. Y a juzgar por las telarañas que se estiraron como chicles cuando abrió la portezuela tirando de ella, hacía mucho tiempo que no había vuelto a utilizarla.

La boca no era más grande que un cuadrado de metro y medio por metro y medio, aproximadamente. Estaba muy oscuro y no se veía el fondo ni los contornos, excepto

el inicio de una escalera vertical pegada a uno de los lados. Aquello parecía un acceso a un refugio subterráneo. Tal vez se trataba de otra parte del almacén que Dámaso había dejado de utilizar hacía años.

Palpando la oscuridad como un ciego y con la ayuda de un mechero, Guzmán dio con una caja de luces. Accionó el interruptor y se escuchó un zumbido eléctrico.

Guzmán dejó ir un silbido de admiración.

Aquello no era un cobertizo, ni un garaje ni un cuarto de herramientas. Las paredes estaban aisladas con un revestimiento de fibras naturales, la iluminación del techo resultaba tenue, a base de pequeños alógenos dirigibles. En el centro de la estancia había dos docenas de butacas de color rojo plegables con cómodos respaldos, y enfrente, una enorme pantalla con un retroproyector y un DVD. Estaba en una sala de proyecciones, en un cine privado. De modo que el viejo le había mentido, y aquí estaba la naturaleza de su mentira: allí estaba lo que parecía el club de cinéfilos del que le había hablado la viuda de Olsen.

En una vitrina se exponía una copia casi idéntica del primer proyector salido de la fábrica Lumière en 1895. Junto al proyector había una caja metálica con algunas cintas expuestas por primera vez en Lyon ese mismo año, pequeñas historias que apenas duraban diez minutos: *Le jardinier*, *L'arroseur*, *L'usine Lumière*. Calculó que aquello debía valer una verdadera fortuna. Tal vez el viejo era desconfiado por naturaleza y prefería mantener aquello en secreto por miedo a que le robasen. Debían de reunirse allí un grupo de coleccionistas muy escogido, sibaritas que se regodeaban disfrutando en privado de aquellas maravillas. No era extraño que la gente rica pagase cifras astronómicas para disfrutar en privado de obras de arte. A menudo eran personas anónimas que enviaban a algún empleado a las subastas para no dar la cara; incluso se habían dado casos, más o menos aireados por los medios, de personas importantísimas que habían llegado a pagar por obras robadas de museos o de cualquier parte con tal de tener en exclusiva cualquier cosa que se les antojase. Quizá eso se la ponía dura a esos caprichosos, se dijo Guzmán, recorriendo despacio la estancia. Tener lo que nadie más podía tener. Quizá.

Pero había algo que seguía sin encajar. No sabía lo que era pero estaba ahí, a la vista, esperando que él encajase las piezas, retándolo.

El Bosco siempre le aconsejó tener paciencia cuando empezaba un *expediente*. En la DINA los llamaban así, no casos o investigaciones. Para cuando los expedientes llegaban a sus manos nunca se trataba de averiguar una verdad oculta. No necesitaban pruebas, no había que seguir pistas ni jugar a ser policías, detectives de novela. Ellos no estaban para perder el tiempo. Estaban para resolver expedientes: conseguir confesiones, nombres, fechas y direcciones. Firmas de culpabilidad. En la DINA jamás había inocentes. Jamás. Todos eran culpables de lo que se les acusara, a veces aunque no se les acusase formalmente de nada. No entraban en los calabozos de la

Moneda para esperar un juicio justo o una absolución improbable. Quien caía en las manos del Bosco y su equipo de interrogadores (no les gustaba usar la palabra verdugos o torturadores, eso era minimizar la importancia de su trabajo) lo hacía para confesarse culpable. Para cerrar un expediente y mandarlo al archivo. Y aun así era necesario ser paciente: ponderar el uso de la fuerza, dominar la escenografía del terror, ser amable o brusco, buscar una rendija de debilidad en la resistencia del prisionero, buscarla día y noche, durante días, semanas o meses (nadie se le había resistido más de tres meses) hasta dar con ella.

Podía ser un miedo infantil (él sentía pavor hacia los perros desde que siendo niño vio despedazado a su hermano por una jauría de cimarrones mientras buscaban entre las montañas de escombros del vertedero sur de Santiago), podía ser un hijo, una esposa o esposo, un padre o una madre. Podía ser el orgullo herido, la vanidad, el miedo a la traición y la delación de los compañeros. Podía ser la humillación sexual, la carencia afectiva, cualquier cosa... Y cuando la descubrían, cuando intuían esa brecha, entonces sí. Entonces se lanzaban sobre ella sin piedad hasta penetrar en el fondo del alma del interrogado. Le sacaban todo, lo dejaban vacío, y luego entregaban su cuerpo, el despojo, a la muerte y la fosa común.

—¿Qué escondes aquí, viejo cabrón? ¿Qué me ocultas?

Había llegado la hora de cambiar de actitud, se dijo Guzmán. Puede que España no fuese Chile en los tiempos duros de la Junta de Pinochet, ni siquiera era la España del GAL y la lucha contra ETA. Pero los hombres eran los mismos y reaccionaban ante los mismos estímulos, y todavía tenía contactos, gente que le debía favores, que lo temía, y solo unos pocos que lo recordaban con aprecio. Tal vez no era un policía ortodoxo, ni un investigador al uso. No era míster Limpio, ni Harry el Sucio. Detestaba ese tipo de clichés. Guzmán era otra cosa. Una cosa que aquí no habían visto todavía. Y le resultaba irritante y frustrante la sensación de sentir que no lo tenía todo bajo control. De modo que iba a ponerle remedio.

A diferencia de la primera vez, a Guzmán le dio la impresión de que la casa de la viuda de Olsen era vulgar, que el mar quedaba demasiado lejos y que el sol que hacía hervir la fachada encalada no era más que el anticipo del erial en que acabaría convertida toda la urbanización. No había rastro de los niños rubicundos y guapos de anuncio de IKEA y tampoco se escuchaban los ladridos histéricos del *yorkshire*. Todo estaba en silencio.

Guzmán entró en la casa a través del jardín. La viuda Olsen leía una revista de moda tumbada en el sofá. Llamó su atención golpeando con un nudillo la ventana.

Ella alzó la cabeza y al verlo se le crispó el rostro. Se levantó con fastidio y le abrió la corredera.

—Y ahora ¿qué quieres? —Miraba a Guzmán y le decía en silencio que no

debería haberlo recibido la primera vez.

Guzmán reconoció que tenía unos ojos preciosos.

Tal vez fueron esos ojos los que rindieron a Magnus Olsen, quién sabe si en una de esas fiestas elitistas en alguna embajada, donde los que traspasan el cordón rojo se saben elegidos. Quizá la viuda llevaba años entrenando esa mirada ante el espejo, esperando su momento, la oportunidad de escapar de su barrio en el suburbio de Estocolmo, donde su belleza solo servía para provocar las procacidades de los paletas armenios y turcos que la veían pasar como algo extraño, como un diamante caído en una porqueriza.

—He pensado que deberíamos terminar nuestra conversación.

Ella se apartó con gesto de fastidio. Con la expresión de que nadie se conforma nunca con lo que se le da, que todo el mundo quiere siempre más.

Estaba guapa con su camisa de marca cara y su pantalón ceñido. Tal vez tuvo que pedir prestado para comprarse su primer vestido, quién sabe lo que tuvo que hacer para pagarse el disfraz. Debió de conseguirlo, y acaso disimuló cómo se le aceleraba el corazón al verse en un palacio versallesco con frescos en las paredes y los techos, rodeada de luces de cristal que reflejaban en exceso los brillos de sus joyas de pega. Seguramente, la primera vez tuvo que reprimir el temblor de la mano cuando un camarero le ofreció una copa de champán, beber despacio, como si lo hubiese hecho toda la vida. Fiestas donde las putas de lujo se disfrazaban de sofisticación a la caza de un plan de jubilación dorado.

—No me vas a dejar en paz, ¿verdad?

Miraba a Guzmán con un profundo desprecio a sí misma: toda una vida de tragar humillaciones, como un mono amaestrado con collar de diamantes, siempre a mano de un tirón del amo, como un trofeo que lucir ante los amigos y los enemigos, como un bien intercambiable: «Ponte ese vestido escotado, al ministro le gustan tus tetas», «Sonríe al gerente de ese banco. Solo quiere que se la mames en el asiento trasero de su Mercedes. Dependemos de él para que apruebe un préstamo millonario».

Esos ojos huérfanos de ilusiones que tantas veces, en tantos sitios, habían tratado inútilmente de conmover a Guzmán.

—El día que se suicidó tu esposo, ¿qué pasó?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —preguntó. Su laxitud había dejado paso a una mirada ofensiva.

—La clase de pregunta que tiene una respuesta. Puedo pagar por ella, o puedo hacer unas cuantas llamadas para que los amigos que andan despedazando lo que queda del patrimonio de Olsen averigüen que esta casa está a nombre de su viuda. La cosa está jodida para los inmuebles, pero creo que aún podrían recuperar unos miles de euros si te desahucian. Créeme, los bancos no son mucho más compasivos de lo que era tu esposo, y no les ablandará el corazón la visión de esos dos angelitos rubios

que están ahí fuera. Un cheque de unos cuantos ceros o una orden de desahucio, tú eliges.

La viuda de Olsen no reprimió la expresión de asco y desprecio que Guzmán le provocaba. Él soportó estoicamente su mirada hasta que ella comprendió que los gestos de orgullo eran banales cuando no se está en condiciones de exigir. Acarició con la uña del índice la arruga que le atravesaba la frente y hurgó en el bolso que tenía a mano en busca de la cajetilla de cigarrillos. Guzmán creyó ver algo metálico, parecía una pistola. Quizá la viuda había abierto el bolso en busca del pitillo, pero no era descartable que lo hubiese hecho para que él viese el arma, a modo de advertencia, dando a entender que sabía y podía defenderse. Guzmán no se dejó impresionar. Para intimidar a alguien no basta con amenazarlo. Tiene que existir la posibilidad de un peligro real.

—Últimamente apenas nos veíamos. Todo el mundo da por supuesto que nos hemos marchado a Estocolmo, pero yo no puedo volver allí. La empresa de mi marido me utilizó como testaferro en algunos negocios y la policía me detendría en cuanto pusiese los pies en territorio de la Corona. Por eso, y por otras cosas, lo odiaba. Apenas dormíamos juntos y yo pasaba mucho más tiempo aquí que en nuestro piso de Madrid.

—Pero la noche que se suicidó estabais todos en Madrid, juntos.

—Me llamó el día antes. Me dijo que quería verme a mí y a los niños, pero no dijo por qué. Nunca daba explicaciones, solo esperaba que se cumplieran sus órdenes con premura y sin rechistar. Así que fui con los niños al piso de Serrano. Ya habían empezado los problemas con su empresa en Suecia, las inspecciones del fisco, las acusaciones de estafa y defalco, y yo me había acostumbrado a verlo envejecido, taciturno, irascible. Se estaba destruyendo muy deprisa, él, que estaba siempre tan orgulloso de haber salido de la cloaca por su propio ingenio, de haber triplicado su fortuna en solo unos años, ahora veía cómo se le iba todo de las manos. Y no podía soportarlo. Pero aquel día, cuando abrió la puerta y nos recibió, parecía otro hombre; quizá no el que yo había conocido todavía, pero sí un tenue reflejo. Estaba eufórico, seguro de sí mismo, con la mirada voraz de siempre. Me dijo que había encontrado la manera de salir de sus apuros económicos y con la Justicia. «Una carta maestra ha caído en mis manos». Eso me dijo. Me prometió que volvería a ser todo como en los buenos tiempos, aunque no podríamos regresar jamás a Suecia; empezaríamos aquí, luego en Tarragona, y seguiríamos en Málaga, y luego en Murcia... Volvería a levantar un imperio de la nada. Yo lo creí —concluyó ella con cierta sorna—. No podía hacer otra cosa sino creerlo.

—Esa *carta maestra*, ¿te explicó qué era?

Ella lo miró como si la hubiesen descubierto en tierra de nadie, entro dos fuegos sin parapetos en los que ocultarse.

—No me lo dijo. Nunca me decía nada, y yo no necesitaba, ni quería, conocer sus trapicheos.

La respuesta era tan obvia como descorazonadora. Pero Guzmán no había ido hasta allí para preguntar cosas que sabía que no serían respondidas. Solo había sido un tanteo. La verdadera razón de su visita era resolver una duda de otro tipo.

—Cuando tu marido se ahorcó, ¿qué fue lo primero que viste? —Guzmán continuaba mirándola, preguntándose qué grado de sinceridad podía esperar de ella. La viuda debió leerle el pensamiento, porque sonrió con malicia.

—Su cuerpo pendiendo en una viga travesaña del salón y el charco de sus excrementos en el suelo. Todavía le goteaba el pantalón. La mierda le caía por los pies. No sé por qué, pero estaba descalzo. Se había quitado los calcetines y los zapatos, pero no el resto de la ropa, excepto el cinturón. Fue lo que utilizó para colgarse.

Guzmán se quedó pensativo un instante. Le habría gustado ver el cadáver de Olsen antes de que llegara la policía y los forenses para descolgarlo. La gente común imagina que suicidarse es sencillo, pero se equivoca. Si lo fuera, muchos no agotarían el billete, elegirían bajarse antes. En particular, ahorcarse es una maniobra que parece sencilla, pero no lo es. Puedes romperte el cuello y entonces la cosa sale bien, es rápido y casi no llegas a sentir el dolor, apenas un crujido que no alcanzas a comprender. Pero si no calculas adecuadamente, el peso, la sujeción, la altura desde la que te precipitas, si fallas, te ahogas y agonizas durante minutos.

Él había visto a un preso ahorcarse en una celda. Utilizó una sábana, pero no colocó el nudo en la posición adecuada. Durante minutos estuvo pataleando y dando manotazos al aire a escasos centímetros del suelo. Guzmán estaba allí, contemplándolo, esquivando sus desesperados intentos de aferrarlo, implorando con los ojos una ayuda que Guzmán no quiso prestarle. Podría haberlo alzado por las rodillas, era un preso que pesaba poco, pero habría sido peor intervenir. Aquel hombre había decidido poner fin a su vida, y él no tenía derecho a impedirselo, se lo hubiese reprochado después, pasado el instante de terror, cuando se reanudasen las torturas y los interrogatorios que ya no podía seguir soportando. Solo tenía que vencer el miedo, aquel instante de terror absoluto ante la muerte. Y después dejarse ir. Guzmán creía que no hay que interferir en el destino de la naturaleza.

—Tu marido pesaba cuánto, ¿cien?, ¿ciento diez kilos? El cinturón tenía que ser realmente bueno para soportar su peso. Además debía de estar muy bien anudado a la viga. Imagino que pelearía frenéticamente para desembarazarse de él cuando sintió que le faltaba el aire.

—¿Qué insinúas?

—Que tal vez no se suicidó.

—Eso es lo que dice el informe de la policía. Deberías consultarlo antes de hacer

ese tipo de especulaciones.

—Ya lo he hecho. Desde que lo encontraste hasta que hiciste la llamada a emergencias pasaron más de treinta minutos. También dice que el apartamento aparecía ordenado, sin signos de robo o de lucha, pero la mujer que limpiaba tres veces por semana el piso de tu marido declaró que había encontrado los cajones y la ropa de los armarios revuelta y colocada de manera distinta a como él acostumbraba.

La viuda de Olsen apartó la mirada. Aquellos ojos tan bonitos y tan muertos. «Una lástima», pensó Guzmán. Durante un segundo le recordaron a los de Candela la primera vez que ella le preguntó si iba a matarla.

—Yo ordené el piso, los cajones, la cómoda, antes de llamar a la policía.

El recuerdo de Candela se esfumó.

—¿Por qué?

—Mi esposo siempre guardaba una importante cantidad de dinero en efectivo, y joyas. Ese dinero y esas joyas iban a parar a su harén de putillas. Le gustaban las niñas cuanto más jóvenes mejor, y tenía una reserva para satisfacer sus caprichos. Yo no estaba dispuesta a permitir que, una vez registradas las propiedades, los abogados entregasen ambas cosas a los acreedores, así que me puse a buscar por todas partes, hasta que encontré el dinero. Una suma importante, suficiente para empezar de nuevo en otra parte. No sé, todo fue muy rápido y pensé mil cosas a la vez: que había manipulado pruebas, que mis huellas aparecerían en todas partes, y que si me encontraban con el dinero me obligarían a devolverlo o, en el peor de los casos, podría haberme convertido en sospechosa o cómplice de un asesinato.

—¿Recuerdas algo más?

La mujer se quedó pensativa. Parecía dudar. Lo miró con desconfianza.

—Antes has dicho que estabas dispuesto a pagar por mis respuestas. Ese cheque... ¿De cuánto estamos hablando?

Guzmán lanzó una mirada alrededor con resignación.

—Supongo que habrá suficiente para dar un par de capas de pintura a las paredes y colocar los apliques que faltan. Será menos de lo que te costaría la minuta de un abogado penalista, eso sí, pero al menos tal vez decida no denunciarte a la policía por falsear una declaración y robar bienes intervenidos judicialmente. —Guzmán no sabía cómo se decía «hijo de puta» en sueco, pero pudo imaginar que eso era exactamente lo que ella dijo entre dientes.

—Mientras revolvía el apartamento, alguien llamó por teléfono. No lo cogí, dejé que saltase el contestador automático. Era una voz masculina, de alguien que parecía muy mayor. Parecía muy cabreado. Mencionó una grabación y le exigía a Magnus que se la entregase.

La mirada de Guzmán brilló como el reflejo de una llama sobre una superficie oscura y lisa. Imaginó a quién podía pertenecer esa voz.

—Eso tampoco sale en el informe policial. ¿No te parece algo relevante?

—Ya he dicho que no quería y sigo sin querer saber nada de sus negocios. Borré el mensaje. ¿Es suficiente?

—Solo otra cosa más. Y será la última. La primera vez que nos vimos, mencioné que trabajaba para un hombre llamado Arthur Fernández. Dijiste que nunca habías oído hablar de él, y casi me convenciste. Reconozco que eres buena escondiendo tus impulsos, supongo que tienes experiencia. Pero me mentiste. Te delató un simple parpadeo, ya sabes, como cuando abres una ventana y te sorprende una ráfaga de viento.

La viuda de Olsen se puso en pie con decisión. Miró a Guzmán como lo hace quien toma sus propias decisiones y apechuga con sus propios errores.

—No sé quién coño eres ni lo que buscas. Pero hemos terminado. Págame, si quieres, por lo que te he dicho, o denúnciame; la verdad es que ya no me importa. Quiero que te marches y que no vuelvas nunca más a esta casa.

Guzmán calibró con ojo experto la determinación de la mujer. Vio a Candela en la sala de interrogatorios la primera vez frente a él, de pie, con las manos anudadas a la espalda, encarándosele: «Puedes partirme el espinazo, si quieres. Pero no me arrancarás lo que tengo dentro». Entonces Guzmán no lo sabía, pero aquel fue el principio de su único fracaso y su único triunfo en la vida. Lo que tenía dentro, las ganas de vivir, las esperanzas, nunca logró quitárselo.

Antes de marcharse, le extendió a la viuda de Olsen un cheque mucho más generoso de lo que hubiera sido suficiente para que ella se sintiera agradecida. A fin de cuentas, los gastos corrían por parte de Arthur, y ser generoso con el dinero de los demás era algo que le hacía sentirse especialmente bien.

—¿Por qué tanto? —preguntó ella, asombrada.

Guzmán la miró con cierto aprecio. Le gustaban los supervivientes. Le gustaba aquella mujer, a qué negarlo.

—Porque espero que el dinero te anime a hacer un largo viaje a la otra parte del mundo. Tal vez puedas empezar de nuevo sin nadie que te trate como a su mascota.

Cuatro días después, Guzmán tenía la sensación de que el exterior se mantenía a una distancia prudente, variable según la velocidad a la que se desplazaba. Se le ocurrió que él era un trozo muy pequeño de un todo mayor y que a su vez también alguien observaba su minúscula vida desde alguna parte. La realidad era un juego de muñecas rusas que podía no tener fin.

Se entretuvo escuchando a un músico ambulante que tocaba la guitarra española. Era un joven de aspecto lánguido que tocaba extraordinariamente bien. Tenía la funda de la guitarra extendida frente a sus pies con unas pocas monedas y algunos CD grabados por él mismo. Podría haber sido un virtuoso sin parangón que cobraba

millones por ofrecer un concierto en los principales auditorios del mundo, pero sencillamente la gente pasaba de largo sin tiempo para detenerse a escucharlo.

—El arte no puede cambiar el alma del bruto, porque el bruto humano se ha vuelto sordo y ciego y ya no tiene alma que perder —murmuró, dejando unas monedas en la funda que el músico tendía en el suelo. No era una frase suya. Era de Candela.

A lo lejos se imponía el edificio de caliza y granito del Palacio de Oriente. Los turistas se fotografiaban al otro lado de la verja que circundaba el patio de armas mientras la Guardia Real procedía a su ceremonioso cambio de turno. Detrás del Palacio se encontraban los jardines de invierno del Campo del Moro. Desde allí se disfrutaba de una excelente vista del Palacio y del río Manzanares. Los paseos arbolados adelantaban la inevitable primavera. Aquella mañana lucía un sol que todavía no era sofocante. Los pavos reales desplegaban sus plumas como arcoíris de colores entre las praderas sin que los paseantes los molestaran. Algunos se paraban y hacían fotografías.

Dámaso no. Y tampoco se entretenía a dar de comer a las palomas que abrevaban en la fuente de las Conchas, aunque llevaba en la mano una bolsa de pan migado que había comprado en el quiosquillo de la entrada este.

Guzmán lo seguía a cierta distancia. De no ser porque se volvía continuamente, Dámaso hubiese parecido lo que en apariencia era, un viejo jubilado un domingo por la mañana paseando sus horas sin otro quehacer que dejarse llevar por la melancolía. Incluso la ropa lo acompañaba en aquella apariencia inofensiva: camisa clara abotonada hasta el cuello, chaquetilla de punto, pantalón gris con la cintura demasiado alta y el cinturón bien ceñido, zapatos con suela de goma, las gafas colgando de un cordel sobre el pecho, el pelo bien peinado, blanco, escaso, las patillas rectas, el mentón bien afeitado. La imagen de un abuelo venerable, o tal vez un poco arisco, solitario, pero inofensivo en todo caso.

No resultaba difícil imaginar, al verlo entrar en los baños públicos cercanos a la Caverna, que quizá tenía problemas en la próstata, que iba cuatro, cinco, seis veces por hora al baño para no dejar caer más que unas gotas de un color rojizo que lo hacía gruñir. Alguien con buen corazón le habría recomendado que fumase menos. Respiraba con dificultad al subir las escaleras del baño, como si los pulmones fuesen un fuelle roto por el que se escapaba el aire. Tal vez también pensaron, los que al cruzarse con él en la escalinata le cedían el paso con una sonrisa amable (los domingos por la mañana la pretensión de ser amable estaba más a flor de piel), que el chico que lo seguía, un adolescente de menos de quince años con granos de acné y unas gafas de tebeo, era su nieto. A nadie se le ocurrió compararlos y darse cuenta, a simple vista, que eso era imposible. El chico era demasiado moreno, tenía el pelo demasiado rizado, y su nariz era diametralmente opuesta a la de Dámaso. Pero la

gente no piensa en esas cosas cuando se cruza con desconocidos. No imagina sus vidas, no se pregunta nada. No tiene por qué hacerlo.

Guzmán sí se hacía preguntas. Una detrás de otra, y nunca las dejaba morir en un punto suspensivo. La gente no le interesaba. Solo quien era sujeto de sus preguntas.

No le había resultado complicado averiguar algunas cosas sobre el anticuario. La gente es poco cuidadosa con su pasado, sobre todo si se cree a salvo. Habían bastado algunas llamadas a viejos colegas, conocidos de otra época, de otro país muy distinto a este de ahora. Sus antiguos camaradas de la policía española, que recurrían a él, sin escrúpulos, para que les echase una mano en la lucha de finales de los ochenta contra los refugiados de ETA en Chile, ahora se mostraban esquivos. Le habían advertido seriamente de que no querían verse involucrados en nada que tuviera que ver con él. Ahora eran comisarios, jefes, subdelegados, tenían más que perder y menos ganas de perder lo que tenían. Se amparaban en excusas de mierda, se escudaban en sus familias, sus carreras, en frases culpables —«Lo que hicimos en aquellos años no estuvo bien»—, para disfrazar el miedo. Ninguno de estos cabrones que le colgaba el teléfono había perdido más que él, pero aun así se mostró con ellos condescendiente, comprensivo.

No quería molestarlos, no venía desde el pasado para pincharles su burbuja de mierda. Solo quería un poco de información sobre un tipo que no encajaba. «¿Para qué quieres saberlo?», le preguntaban con recelo. «Mejor no lo sepas y sigue con tu farsa, hombre». Negocios privados. Ahora trabajaba por su cuenta. La mayoría de ellos sabía que lo expulsaron de la DINA por el asunto de aquella profesora de música, quizá hasta podían imaginarse que no lo dejaron abandonar la policía de Pinochet con una simple palmadita en la espalda. No querían saber los detalles y apartaban la mirada con horror cuando veían su mano atrofiada. «Deberías ver lo que hay debajo de la cremallera», pensaba Guzmán.

De un modo u otro, había logrado recopilar suficiente información sobre aquel venerable jubilado que ahora se dirigía hacia la salida de los jardines seguido muy de cerca por aquel adolescente.

Si la gente fuera más observadora, se hubiera preguntado por qué Dámaso había comprado la bolsa de comida para las palomas y ahora las tiraba en la papelera para que esas ratas del aire se peleasen por las migas. Tal vez alguien habría reparado en la mano del anciano cuando rodeó la cintura del chico y dejó caer los dedos, demasiado cerca de su glúteo. Guzmán desconocía si estaba casado o era viudo, si tenía hijos o nietos, si pensaba retirarse a alguna casita de la sierra cuando el negocio de las antigüedades no le diera para más. Pero sabía que Dámaso Berenguer era, además de anticuario, muchas otras cosas, o al menos las había sido una vez en la vida: estraperlista, falsificador, blanqueador de dinero para grandes fortunas y pederasta.

Solo por esto último había tenido algún pequeño problema con la Justicia a mediados de los noventa. Lo sorprendieron unos clientes en el lavabo de un bar con un jovencito que, como este que ahora se subía en su coche, un Seat aparcado junto a la verja, parecía su nieto, solo que estaba con los pantalones bajados y Dámaso estaba, literalmente, comiéndole el culo. Si la policía no llega a sacarlo de allí a base de golpes de porra y empujones, los clientes lo habrían despellejado vivo. Cumplió seis meses de pena que fueron conmutados por una multa.

Mientras conducía siguiendo al coche de Dámaso hacia la zona industrial este a las afueras de Madrid, pensó en las estrellas del desierto de Atacama, en la piel suave, un poco agria por el sudor y la falta de higiene de Candela, en sus charlas en el jergón tirado en el suelo del calabozo donde se suponía que tenía que interrogarla y no enamorarse de ella. «¿Tienes hijos?». «No. ¿Para qué? No quiero verlos sufrir en este mundo de mierda». Decía mucho esa palabra, «mierda», y con los años Guzmán se daría cuenta de que eso se le había pegado, la mierda en la boca y en la suela de sus zapatos.

Pensó, luego, cuando el coche de Dámaso giraba sin poner el intermitente hacia un desvío en el que ponía «Polígono industrial Las Cárdenas», en el Bosco y sus hombres, en que, a pesar de las perrerías que le hicieron aquella noche, su jefe no quiso matarlo. Debió hacerlo. Hoy estaría vivo y no tendría en Santiago una viuda y tres huérfanos. Podría haber visto llegar la democracia y a un juez español intentando empujar a Pinochet, al viejo paseando por medio mundo fingiéndose patéticamente senil y enfermo. «Nunca hay que dejar las cosas a medias», le decía siempre el Bosco. Y tenía razón. Lo supo la noche que Guzmán se presentó en su casa y le voló la cabeza con una escopeta de postas.

El coche de Dámaso, un Seat de color azul con una pegatina en el cristal posterior que rezaba «Ven a Cuenca», aparcó junto a una nave industrial. Detrás de la valla, un perro encadenado a un pilón de cemento ladraba mostrando unos dientes amarillos y afilados. El viejo y el chico bajaron del coche y entraron en el recinto. Dámaso tenía la llave. El perro aumentó la intensidad de sus ladridos y tiraba con fiereza de la cadena tratando de alcanzarlos inútilmente. A Guzmán le aterraban los perros. Literalmente lo paralizaban. Tuvo que hacer todo el acopio de valor que pudo para vencerse a sí mismo y, pasados unos minutos, decidirse a salir del coche y saltar la valla que Dámaso había vuelto a cerrar con llave. Pegado a la pared opuesta al perro, se acercó a la entrada, aunque el animal, por más esfuerzos frenéticos que hiciera, no podía alcanzarlo.

La nave estaba vacía. Servía de almacén, y todavía quedaban algunos palés con bobinas de cobre en una esquina. Apoyado en la pared había un gran cartel en el que ponía «EN VENTA» y el número de teléfono de una inmobiliaria. Un puente grúa cruzaba de lado a lado el techo. El gancho de grandes dimensiones colgaba en medio,

sujeto por una cadena de gruesos eslabones. Había polvo y mugre por todas partes. A la derecha, una escalinata accedía a un altillo con un módulo prefabricado que debió de ocupar las oficinas cuando la empresa funcionaba. A través de los cristales esmerilados se distinguían las siluetas de Dámaso y su acompañante.

Guzmán podía imaginar lo que iba a encontrarse, mientras subía por los escalones metálicos sin preocuparse de si hacía ruido o no. Imaginar es anticipar el futuro, el lejano y el inmediato. La escena que iba a presenciar no lo preocupaba. Lo que pasaría después, tampoco. Lo sabía perfectamente. El futuro lo inventaba él.

La puerta de placado estaba hundida y en mal estado. Tenía roturas y un agujero que parecía causado por un golpe, tal vez un puñetazo, como si alguien hubiese descargado su rabia en un gesto inútil que lo único que debía de haberle provocado era lastimarse los nudillos. Tal vez el causante había sido un trabajador de la antigua fábrica, despedido de la noche a la mañana sin contemplaciones. O quizá alguien que Dámaso había llevado ya antes allí.

Encontró al viejo y al chico muy pegados el uno al otro, para que, fuese lo que fuese que estaban haciendo, quedase entre ellos de un modo más íntimo, aunque antes de que Guzmán irrumpiera (porque eso es lo que hizo, irrumpir) estaban solos y no tenían de qué esconderse, de qué avergonzarse. Puede que de ellos mismos. Ambos lo miraron con sorpresa, al unísono, y sus miradas le resultaron cómicas y trágicas a la vez. El chico no se atrevió a moverse. Solo se separó del anciano unos centímetros, suficientes para mostrar su mano derecha agarrando el pene tristemente erecto de Dámaso. Durante unas décimas de segundo no lo soltó, como si temiera caerse al vacío. Por su parte, el viejo hizo un gesto impreciso, un amago de subirse la cremallera. En el bolsillo trasero del pantalón asomaba el pico de un pañuelo. Quizá pensaba limpiarse con él al terminar.

—Lárgate, chico —le ordenó Guzmán al muchacho. Este titubeó un momento, buscó en Dámaso algún tipo de respaldo, una razón para negarse a obedecer, pero el viejo estaba pálido como la cera y miraba al suelo. Finalmente, el mucamo salió cuidando de no tocar a Guzmán, que obstruía con su cuerpo casi toda la puerta. Le oyeron bajar los escalones a la carrera.

Dámaso no ofreció resistencia, ni siquiera trató de justificarse. No le preguntó nada, no dijo palabra alguna.

Y aun así, Guzmán sacó del bolsillo una porra extensible, azotó al aire para montarla y golpeó al viejo en la carótida por el lado derecho, justo entre la mandíbula y la clavícula. El golpe fue tan violento que Dámaso se desplomó como un saco de patatas, sin sentido. Podría haber evitado golpearlo, al menos de buen principio, pero Guzmán no sintió ningún tipo de remordimiento. En su escala de valores, una escalera de caracol que subía y bajaba según le convenía, lo que había visto no merecía ser contemplado con indulgencia.

Abrió los ojos un segundo pero los volvió a cerrar. Le molestaba la luz. Le llegaba el olor de ropa mojada, una chaqueta de piel en el respaldo de una silla, incluso percibía el goteo de un paraguas y el sonido amortiguado de tambor muy por encima de su cabeza. Debía de estar lloviendo en la calle. Oyó cerca de su rostro la voz de Guzmán. El aliento era dulce, chicle afrutado. Quizá fresa.

—¿Cómo te encuentras?

Dámaso intentó incorporarse, pero el dolor en el cuello se lo impidió.

—Tranquilo, no te muevas o te harás daño —le susurró Guzmán tocándole el pecho.

Dámaso se palpó la cabeza. Solo tenía una pequeña brecha en la ceja y algunas magulladuras. Lo peor era el zumbido en el cerebro y una fuerte contractura en el cuello. El corazón le latía muy rápido y desacompañado.

—Estás aturdido por el golpe —le anticipó Guzmán. Se acercó por detrás y le tocó amistosamente el hombro. Dámaso pudo ver su mano abrasada y el meñique amputado. Parecía estar realmente aliviado de que no hubiese ocurrido nada grave. Tenía una forma de mirar directa, limpia y sin tapujos, y sonreía con los labios muy abiertos, como los niños en la cabalgata de Reyes. Y sin embargo, había algo tenebroso en el modo en que inflaba el pecho al respirar.

Estaban en el sótano del almacén donde Dámaso había disimulado su pequeña filmoteca. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que Guzmán había estado removiendo las cintas y los rollos de película sin ningún cuidado. Aquel estúpido ni siquiera era consciente del valor de lo que había estado maltratando. Preguntar qué hacían allí y cómo había dado con aquel lugar carecía de sentido. Y aun así lo preguntó.

—No tienes ningún derecho a hacer esto. Lo que yo haga con mi vida es asunto mío. Si quieres denunciarme, hazlo. Pero no puedes hacer esto —repitió.

Guzmán asintió. Era cierto, no tenía derecho a hacer *aquello* (todavía no había hecho nada). Pero eso no cambiaba las cosas. Si acaso, las clarificaba. El derecho o no a hacer algo, lo justo, lo injusto, lo legal, lo ilegal... Palabras, conceptos abstractos que no servían de mucho en aquel instante. Fue a buscar una silla y la arrastró hasta quedarse sentado frente a él con los antebrazos apoyados en el respaldo. Durante un largo minuto no dijo nada. Se limitó a observarlo atentamente. Quería hacerle sentir la ansiedad de la espera. «Y ahora ¿qué va a pasar?».

—Menudo chiringuito te has montado aquí abajo. Es más secreto que un refugio nuclear. ¿Y todo para ver películas de Charles Chaplin con tus amiguitos? Cuesta creerlo, la verdad. Y más conociendo tus antecedentes.

—No es de tu incumbencia. Aquí no se hace nada ilegal.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué me has mentado?

Dámaso tragó saliva. Si aquel tipo hubiese sido policía tal vez habría podido

esperar que las cosas salieran moderadamente bien. Pero no lo era, y eso lo aterraba.

—Aquí viene gente que desea preservar su intimidad. No sé quién eres ni lo que buscas, pero estás cometiendo un error muy serio. Te vas a meter en un buen lío.

Dámaso intentaba aparentar firmeza, pero la voz le temblaba. La fachada de resistencia se desmoronó por completo cuando Guzmán alargó la mano, aquel atrofiamiento de carne y piel arrugada, y le quitó las gafas. Sin los aumentos, los ojos de Dámaso no eran más grandes que los de un ratón.

—No te pongas a la defensiva, viejo. Solo quiero que hablemos, podemos intentar ser civilizados.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? ¿Eres un chantajista? Has pinchado en hueso, entonces. No tengo un euro.

—No seas imbécil. No estoy aquí para hablar de tus perversiones enfermizas; me importa poco a quién se la metes por el culo. Tengo preguntas, quiero respuestas. Eso es todo, fácil si te dejas llevar, si no te resistes. No me gusta ver sufrir a los demás sin necesidad. Me hago mayor, ¿sabes? Me estoy ablandando.

—¿Qué preguntas son esas?

—La primera: el día que Magnus Olsen se suicidó recibió una llamada que quedó grabada en el contestador. ¿Fuiste tú quien lo llamó?

—Ya te dije que apenas conocía a Olsen. Yo no lo llamé.

Guzmán tensó los hombros. Antes de que Dámaso pudiera reaccionar recibió por sorpresa un puñetazo en la boca que le partió el labio y lo hizo tambalearse en la silla, aunque Guzmán no lo dejó caer. Alargó el brazo justo para sostenerlo a tiempo. Extrañamente, no lo hizo con violencia, evitar que cayera, sino con cuidado, como si el viejo fuese un pobre anciano que había sufrido un tropezón en la calle y un alma caritativa hubiese acudido a auxiliarlo. El efecto fue desconcertante.

—Eso no es poner las cosas fáciles, Dámaso. Es entrar en un callejón sin salida. No te preocupes de lo que crees que yo sé, no intentes medir lo que puedes o no decir, lo que yo espero que me digas. Es un error muy común. Créeme, amigo. Tengo experiencia. Concéntrate en lo que sabes y suéltalo, libérate de esa carga voluntariamente o tendré que arrancártela yo. ¿Esa voz en el contestador era la tuya?

Dámaso asintió lentamente.

—Mucho mejor... Ahora háblame de la grabación que le reclamabas en la llamada. Pensando en el chico que te cogía la polla hace un rato, se me ocurre pensar que no es una película de Harold Lloyd, ¿verdad?

Dámaso no perdía de vista el puño de Guzmán. Notaba el sabor de la sangre resbalando por las encías, penetrando a través de los huecos de los dientes y atragantándolo.

—Recopilo películas *especiales*. Cosas que algunos clientes pedían por encargo. Piezas únicas que ya no se encuentran en ninguna otra parte. Repito, nada ilegal. Pero

lo que tú estás haciendo es un delito muy grave. Magnus Olsen era parte del club, le presté una película muy antigua y tardaba en devolvérmela, así que se la reclamé. Eso es todo.

—Mientes.

—Te juro que digo la verdad.

No podía decirse que no le había dado una oportunidad. Era lo justo, pensó Guzmán, lo que el Bosco le había enseñado: hay que darle a los interrogados la oportunidad de comportarse con cobardía, de traicionarse a sí mismos, a sus familias, a sus amigos, a sus banderas, sus himnos y sus patrias, a sus ideales. Hay que dejarles la oportunidad de entregarse íntimamente, sin testigos, y hacerlos saber que eso está bien, que el dolor es un calvario inútil e innecesario cuando todo está perdido de antemano.

Pasada esa oportunidad había que machacarlos hasta reducirlos a migajas.

Guzmán se levantó con parsimonia y se acercó a un armario metálico con la puerta corredera. En media docena de estantes se alineaban bobinas y rollos de película ordenados alfabéticamente y por fechas. Le gustaba el cine, sobre todo el cine americano de los años ochenta y noventa. No era muy exigente: Kevin Costner, Tom Cruise, Michael Douglas. La gente decía que ese cine era basura comercial. Pero a él le gustaba ir al cine y comer palomitas. Una vez se lo dijo a Candela, en la celda, después de besarla, cuando los labios ya estaban cicatrizando los primeros golpes que había recibido al ingresar en el calabozo. Ella no se había rendido. Él sí.

Ella se rio cuando le confesó que le encantaban *Waterland* y *Top Gun*. La risa de Candela era ancha como su boca, con los dientes delanteros un poquito separados. Siempre se había imaginado esa clase de risa en la protagonista de *Rayuela*, y no sabía por qué. Candela se reía sin hacer ruido para que los carceleros no la oyeran y vinieran a robarle su alegría, sus gotas de alegría. Eso le ofendió un poco a Guzmán, que se burlara de sus gustos cinematográficos, pero no dejó de sonreír. Ni de pensar que se reía como la protagonista de la novela de Cortázar.

—¿Te refieres a estas películas? —le preguntó a Dámaso. Tenía en las manos un rollo, copia del original de *Yo acuso*. Guzmán no lo sabía, pero esa cinta tenía un valor incalculable. Aparecían, además del metraje, las pruebas desechadas por el director francés Abel Gance. Guzmán no era consciente de que aquella película era del año 1919, pero al ver la expresión de temor de Dámaso, que se removió en la silla alargando los brazos sin atreverse a levantarse, supo que había acertado.

—Ten cuidado con esas planchas, por favor. Son muy frágiles.

«Los niños son frágiles, las esperanzas son frágiles, las nubes son algodón. La vida es un frágil equilibrio que se rompe con facilidad, los libros se queman, las palabras arden», pensó Guzmán. Abrió la protección de la película y la hizo añicos. Le siguieron *La rueda* y *Napoleón*, también de Gance. Sin un atisbo de pena,

destruyó en un minuto las películas que situaron al cine francés en lo más alto antes del cine sonoro.

En un arranque de atrevimiento, de desesperación e insensatez (los soportes de la valentía). Dámaso saltó de la silla y trató de detenerlo entre súplicas y lágrimas. Lágrimas de quien presencia el fin de su mundo, una tragedia incomprensible, y sin embargo, no siente nada ante la pérdida de la inocencia de un niño.

—Por favor, por favor, no sigas. Esto es una pérdida irreparable —imploraba Dámaso, tratando de quitarle una bobina.

Guzmán lo miró con desprecio. Sus ojos descendieron sobre el viejo como la niebla desde las montañas.

El abuelo del Bosco era italiano, fascista convencido, pero más proclive a Hitler que a Mussolini, a quien siempre acusó de ser demasiado italiano. Prefería la eficacia objetiva alemana. Aquel anciano de aspecto venerable le explicó en cierta ocasión que su jefe de las Waffen SS lloraba escuchando a Wagner mientras sus hombres azuzaban a los perros contra las abigarradas colas de judíos que se hacinaban en la estación a la espera de ser enviados a los campos de exterminio. Y al recordarlo, el anciano vertía lágrimas.

Se quitó de encima a Dámaso con un fuerte puntapié en el estómago. El anticuario boqueó como un pez agonizando.

—Puedo seguir, y lo haré. Quemaré este sitio contigo dentro si te empeñas en hacerme perder el tiempo y la paciencia.

Dámaso escupió un grumo de sangre. Le costaba respirar.

—¿Qué grabación le reclamabas a Olsen? No te reprimas, contesta a la pregunta. No voy a juzgarte. Es simple curiosidad. No me importan las razones, todos tenemos una para hacer algo o dejar de hacerlo.

En ese preciso instante Guzmán pensó en arrancarle la lengua con unas tenazas. Pero no lo hizo, ni dejó de sonreír. Aquel cabrón no le servía para nada mudo.

—Ahí tienes una buena colección, viejo. Apuesto que te ha costado media vida conseguirla. Y ya ves lo fácil que puede evaporarse el esfuerzo de todos estos años.

Dámaso cerró los ojos. Se escuchaba el ronquido de su respiración. Tumbado de lado y recogido en posición fetal, las babas y la sangre habían creado un pequeño charco junto a su boca. Poco a poco una mancha parduzca asomó por detrás del pantalón. Se lo había hecho encima. Alargó la mano y señaló hacia la pantalla frente a las butacas.

—Detrás, en el falso tabique —dijo con dificultad.

A simple vista, detrás de la pantalla no había nada más que una pared baja, pero al tocarla se reveló que era un plafón de pladur hueco. A la derecha, a medio metro del suelo, se disimulaba una hendidura. Guzmán empujó con la mano y esta cedió mostrando una caja fuerte empotrada. Era realmente sofisticada. Tenía dos entradas

de seguridad y un código digital.

—¿Qué escondes aquí, la cepa del ébola?

El viejo sacó una llave de su bolsillo, la otra estaba oculta bajo una caja de enchufes. Las introdujo y las hizo girar a la vez. Luego tecleó un código de tres letras y cuatro números y la caja se abrió.

—No sabes lo que estás haciendo —murmuró, secándose la boca con el dorso de la mano.

Guzmán se acercó a la caja fuerte y apartó a Dámaso sin contemplaciones. Nunca le dio miedo cruzar una puerta abierta ni preocuparse de lo que encontraría al otro lado. Nada podía ser peor que lo dejado atrás.

Encontró varias docenas de estuches negros que simulaban ser libros. Cada uno tenía una pegatina en el lomo con una fecha y dos letras separadas por un punto. Guzmán apostó que aquella era la letra de Dámaso y que las letras eran iniciales de un nombre y un apellido. Abrió algunos estuches; todos contenían un disco compacto grabado con las mismas iniciales y fechas que en la tapa.

—¿Qué hay aquí?

—Películas pornográficas, muy explícitas.

Guzmán comprendió.

—Apuesto a que son de los miembros de tu club de cinéfilos. Y me juego la mano que tengo sana a que aparecen en posturas comprometidas. ¿De qué se trata? ¿Pornografía infantil?, ¿zoofilia?, ¿sado?

El anticuario lo miró con aire afligido y no dijo nada. Guzmán asintió con fingida complacencia. «Todo está inventado —se dijo—, las perversiones, a fuerza de repetirse, resultan tediosas. Los ricos ni siquiera saben ser originales cuando deciden comportarse como auténticos degenerados. Los imagino aquí, sentaditos unos junto a otros, en las butacas, viendo la pantalla, fumando sus puros y masturbándose entre ellos, soltando risitas, haciendo comentarios vulgares». ¿Era así, o por el contrario le imprimían a la cosa un sesgo más intelectual? ¿Hablaban de enfoques, de luz, de interpretación?

—Imagino que te pagaban verdaderas fortunas por visionar tus películas. Debe de tratarse de gente muy rica.

Dámaso le lanzó una mirada amenazadora.

—No solo veían las películas. Algunos han pagado mucho para participar en ellas. Personas que ni siquiera puedes alcanzar a imaginar, y que harán lo que sea necesario para que esto no salga a la luz.

Guzmán examinó detenidamente al viejo. Comprendía que otros hombres pudiesen sentir pánico ante esa mirada encendida y sin nada dentro. Pero él no sentía su presión. Guzmán vivía de la violencia y en la violencia como su único paisaje posible. No había nada que Dámaso o sus poderosos amigos pudieran hacerle o

quitarle que no le hubiesen hecho o quitado ya.

—¿Eso es lo que le pasó a Magnus Olsen? ¿Lo matasteis vosotros?

—No sé de qué me hablas.

Guzmán respiró con pesadez. Se le estaba agotando la paciencia.

Parsimoniosamente, se quitó el cinturón. Era un cinturón de cuero con una gran hebilla. Lo zafó bien por los extremos dando varias vueltas alrededor de los nudillos y lo extendió, provocando un chasquido. Antes de que el viejo comprendiera lo que iba a hacer, Guzmán dio un salto y le puso el cinturón en el cuello, apretándolo con fuerza.

—Cuando te falta el aire es horrible —le susurró al oído, atrayendo la nuca del viejo hacia su hombro y estrangulándolo con fuerza. El anciano gruñía y trataba inútilmente de liberarse de la presión—. Los pulmones se expanden desmesuradamente, buscan cualquier resquicio, cualquier burbuja para seguir bombeando oxígeno. Puedes morir en cualquier instante, pero tu cerebro sigue funcionando. Eres capaz de responder preguntas. Basta con aligerar la presión y permitir que entre un poco de aire, suficiente para articular la respuesta. Eso es lo que creo que pasó con Olsen, solo que quien lo hizo no calibró bien y lo ahogó. Después simularon, de modo bastante torpe, el suicidio. Pero la policía lo creyó. La policía cree cualquier cosa con tal de que parezca plausible.

Guzmán aflojó la presión del cinturón sobre la garganta del viejo. Dejó que tosiera y que abriese la boca avariciosamente para llenarse los pulmones. Tenía los ojos lagrimosos y no paraba de escupir.

—Los matones que enviaste fueron tan incompetentes que no borraron el mensaje.

Dámaso se masajeó el cuello; su piel arrugada y flácida había adquirido un tono rosáceo que pronto se volvería amoratado. Tenía los ojos fuera de las órbitas, como un sapo aplastado por las ruedas de un camión. Pero se negaba a hablar. O tal vez tenía la glotis cerrada. Guzmán meneó la cabeza con resignación. Sacó una navaja automática y la abrió. La hoja fina y delgada como la de un estilete apuntaba hacia la cara del viejo como un dedo amenazador.

—No aguantarás, viejo. No resistirás ni dos minutos lo que voy a hacerte. Y total, ¿para qué? Terminarás diciéndome lo que quiero saber y te morirás aquí, solo, como un perro, en tus propios excrementos.

Dámaso palmeó protegiéndose la cara.

—Olsen nos hizo ganar mucho dinero, ciertamente, y él también lo ganó, además de influencias decisivas para sus negocios. Tenía acceso a la caja fuerte, a los libros donde se anotaban los datos reales de los clientes, que siempre figuran en las cintas con pseudónimo por razones obvias. No nos dimos cuenta de que nos estaba robando material hasta que fue demasiado tarde. Hacía copias de las cintas y chantajeaba a los

propietarios. Algunos le pagaron, otros le concedieron situación de privilegio para sus trapicheos, pero fue demasiado lejos. Calibró mal su última extorsión. Yo intenté hacerlo entrar en razón cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, por eso lo llamé. Pero era tarde. No conozco los detalles de lo que le ocurrió, ni quise averiguarlo. Pero sí estoy seguro de una cosa: yo no lo maté, y ningún miembro del club lo ordenó; la mayoría de ellos ni siquiera llegaron a enterarse de lo que estaba sucediendo. Si lo hubiesen sospechado siquiera, mi seguridad se habría puesto en peligro, ¿comprendes?

Guzmán examinó con detenimiento la caja fuerte.

—¿Qué grabaciones copió?

—Puede que docenas. Nunca lo supe con exactitud. Después de su muerte, el club se disolvió y todo el material se destruyó.

Guzmán enarcó una ceja, incrédulo, y señaló las cintas de la caja fuerte.

—Esas son las más importantes, las más comprometedoras. Nunca las he utilizado, pero necesito que las personas que aparecen ahí crean que puedo hacerlo. Si no fuese así, estaría muerto hace mucho tiempo. Son mi garantía para una jubilación tranquila.

—La última cinta que Olsen robó... ¿Era de tu colección *top*?

Dámaso empalideció más, si eso era posible. Unas venillas azules le asomaban bajo los ojos, como raíces que no tenían dónde posarse. Guzmán apenas escuchó la afirmación titubeante de sus labios.

—¿A quién comprometía? Apuesto que en alguna parte guardas una copia de seguridad.

Por primera vez, Dámaso recobró el control de la situación. Dejó escapar una risita muy débil que poco a poco creció de intensidad hasta convertirse en una carcajada seca, malévolas y atroz.

—No tienes ni idea de lo que estás buscando, ¿verdad? Has llegado hasta aquí con tu intuición, pero ahora sientes que eres un ciego que ha perdido su bastón.

Guzmán saltó hacia adelante, agarró al viejo con una mano por la garganta y con la otra le golpeó con brutalidad el rostro, dos, tres veces, hasta que escuchó el crujido del tabique nasal hacerse añicos.

Para cuando lo soltó, el viejo ya no reía.

—Vas a contarle todo a este ciego. Vas a ser mi faro, y tal vez, cuando acabe contigo, te deje el corazón latiendo en ese pecho de puerco.

Al salir del almacén, Guzmán sudaba. Se limpió con el pañuelo las salpicaduras de sangre en la camisa respirando con hondura. Su instinto le decía que parase un taxi y se dirigiera directamente al aeropuerto sin pasar por el hotel, que se olvidase del dinero que Diana le había prometido y que Arthur tenía que pagarle. Podía volar a

Santiago, a Buenos Aires, a Lima o a cualquier otro sitio donde esconderse durante los próximos meses.

Pero Guzmán solo escuchaba su instinto cuando este le servía a sus propósitos. Desde niño, le repateaba dejar los crucigramas a medias, las adivinanzas sin resolver. Pero lo que siempre le jodía más, en la escuela, en la calle, era que alguien pudiera llegar a creer que era tonto y que podía tomarle el pelo sin que ello acarrease consecuencias.

Pidió un taxi, pero no le dio la dirección del aeropuerto.

Capítulo 15

El director del banco saludó a Arthur con empalago de siervo. Como si Arthur no hubiese estado tres años largos sin aparecer por allí, como si el director del banco desconociese la causa de su ausencia. Arthur pidió ir a su caja fuerte y que lo dejaran solo.

Allí había guardado cosas que no debían poder relacionarse con él, pasaportes falsos de varias nacionalidades imposibles de detectar sin un control exhaustivo, divisas en dólares, euros y yuanes que no constaban en los libros de contabilidad, documentos de cuentas fiscales en lugares permisivos con el fraude y la evasión, informaciones de espionaje industrial, empresas satélites, planes de ingeniería fiscal que Diana había organizado durante años para él, tan intrincadas y complejas que ningún inspector fiscal podía por sí mismo desenmarañar. También había una pistola HK semiautomática con sus dos cargadores municionados para la que no tenía licencia.

Cogió un sobre al fondo de la caja. Dentro guardaba un CD. Lo sopesó en la palma de la mano y los dedos le temblaron, como si pesara como un yunque y apenas pudiera sostenerlo.

Al llegar al despacho se sentó frente a la pantalla del ordenador. Las imágenes destellaban en la oscuridad, reflejando las siluetas en el rostro reconcentrado de Arthur.

Al principio aparecía una pared de ladrillo. En la parte más baja, a la altura del suelo, había un cerco de hollín y restos de algo que había ardido no hacía mucho, tal vez un par de sillas rotas, una estantería y un par de puertas ennegrecidas y humeantes. Era difícil adivinar todos los detalles, la grabación no era buena, la cámara se movía demasiado y no se detenía el tiempo suficiente en los encuadres. La sombra de quien grababa se delataba en la pared. Se escuchaba la respiración de quien estaba grabando y un ruido sordo por encima de su cabeza, como si estuviese lloviendo. Debía de oler de un modo nauseabundo porque una mano de quien grababa se llevaba un pañuelo a la cara para taparse la boca. En el suelo se veían jeringuillas y una cuchara ennegrecida.

A la derecha del encuadre aparecía un tipo con el torso desnudo, ajado y de vello canoso, con el rostro tapado, arrastrando los pies. Se acercaba a un radiocasete y lo ponía en marcha.

—¿Es esta la música que te gusta? —La voz que se escuchaba era gutural, con un acento difícil de identificar.

*Who can say where the road goes,
Where the day flows?
Only time...
and who can say in your love grows,*

as your heart chose?

Only time...

La cámara giraba entonces 180 grados. Quien dirigía aquella siniestra coreografía permanecía en un aparte, en la penumbra, fumando un pitillo cuya pavesa destellaba en la oscuridad. Con un gesto le indicaba al cámara hacia dónde enfocar. Nadie hablaba. Solo se escuchaba la música, la lluvia y el sonido rasposo de la mano del cámara al rozar el micrófono del aparato.

La cámara enfocó hacia un rincón.

Arthur congeló la imagen.

Era ella. Su hija. Aroha. Sonreía a la cámara y saludaba con la mano como si se tratara de un vídeo familiar.

Arthur adelantó el tronco asentando los pies en el suelo, aunque la habitación entera parecía haberse volatizado. Examinó el rostro de su niña, su perfil imperfecto en la imagen granulada, mal enfocada, sin apenas iluminación. Apenas hacía unos meses que había regresado del internado en Ginebra y parecía que las cosas iban mejor. De nuevo iba bien con los estudios, parecía que llevaba una vida ordenada, clases en el Liceo Francés, excursiones a caballo, amigos de la urbanización; la vida plácida y típica de una niña rica. Podía reconocer cada una de sus múltiples pecas bajo los ojos y las aletas de la nariz que ella ensanchaba al reír.

Puso la grabación en marcha de nuevo.

No reía ahora.

El objetivo avanzó buscando, ahora sí, el rostro de Aroha. Estaba demacrada, tenía el pelo sucio. La cámara la molestaba tan de cerca, trataba de protegerse con la palma de la mano pero no era suficiente, así que gateaba como un bebé, desconcertada, con movimientos lentos, torpes y letárgicos. Tenía la bragueta de los pantalones abierta, se veía el triángulo de las bragas, y bajo la camiseta sin mangas asomaban los tirantes del sujetador de color negro. Había perdido una zapatilla, o quizá se la había quitado y ahora no la encontraba para volver a ponérsela.

—Venga, para ya con esa mierda. —Su voz sonaba pastosa, como un chicle que no se despega de la suela del zapato, sino que se estira y se estira y se vuelve filamentosos, enredado, torcido e incomprensible. Estaba colocada. Quizá se había pinchado en la ingle, de ahí la cremallera abierta, puede que tal vez en la palma del pie, de ahí la pérdida del zapato. Cualquier sitio inverosímil donde esconder la picadura de la aguja para ocultárselo a sus padres. (Los padres ya no buscan en la intimidad de sus hijas a partir de cierta edad; si por casualidad abren una puerta y la ven en ropa interior, giran la cara avergonzados, balbucean una disculpa. Las madres son distintas. Las madres saben. Y callan).

—Dile algo a la cámara —silbó la voz tras el objetivo.

—¿Qué quieres que le diga?

—Dile que llegarás un poco tarde a tu clase de equitación —dijo alguien emergiendo lentamente de la penumbra de su rincón y situándose delante de ella. También tenía la cabeza cubierta con un pasamontaña.

—Ya vale con esta tontería. Quiero irme a mi casa —se alarmó Aroha, arrastrándose asustada hacia un rincón mugriento.

—Aún no. Primero jugaremos un poco. Como las otras veces.

Aroha era un blanco móvil. La cámara la seguía por el suelo, pegando la espalda a la pared. Había un cambio de encuadre, un movimiento brusco e involuntario de la grabación. La imagen se apagaba.

Al encenderse de nuevo aparecía el armazón de una cama descuadrada en el suelo. Aroha estaba ahora atada con alambres trenzados a la estructura por pies y manos. Su cuerpo desnudo describía una curva de lado, pero no se resistía ni se debatía para liberarse de las ataduras. Mostraba una expresión de laxitud y sus brazos y piernas brillaban bajo el foco de luz artificial de la cámara. Sus extremidades parecían lacadas, tenían la textura de una muñeca de porcelana, irreal. El tipo del torso velludo estaba arrodillado frente a Aroha a la altura de la cabeza y le acariciaba el pelo sudoroso con una ternura inusitada. Arthur hubiera jurado que le temblaban los dedos al acariciar el perfil de su mejilla. Pero quizá solo era el pulso de quien sujetaba la cámara. Miraba furtivamente a la cámara, como si esperase una orden.

—Hazlo —le ordenó la voz del otro encapuchado, fuera del encuadre.

El tipo se puso encima de ella simulando el coito. Al principio, Aroha parecía *experimentar* una sensación de mero desagrado, miraba a la cámara y murmuraba algo que no podía entenderse porque balbuceaba, su voz producía un sonido embelesador con un siseo líquido, de fuente, de grifo que gotea. Tenía las pupilas apagadas, pero poco a poco esa confusión o molestia se encauzaba hacia una aceptación resignada. Era evidente que Aroha ya había pasado por aquello otras veces, y no de modo involuntario.

Pero aquella vez, todo fue demasiado lejos.

El otro encapuchado apartó al viejo.

—Así no. Yo te enseñaré.

Se bajó la cremallera de su pantalón tejano con roturas de marca cara y se inclinó entre las piernas de la chica, mientras con la mano derecha, su mano de dedos finos y delicados, le dejó ir una terrible bofetada.

Al ver su imagen congelada un segundo, Arthur sintió que la garganta se le secaba y luego tuvo una sensación parecida a haber tragado una enorme libélula que aleteaba atascada en su tráquea.

—Hay que hacerlo con violencia. Si quieres que parezca real, tiene que ser real.

En un chispazo de lucidez, Aroha comprendió lo que le iban a hacer. Moviéndose con energía la cabeza de un lado a otro con una desesperación fría, pasiva y

resignada, narcótica.

—¿Qué haces? Para, para. Me haces daño.

Pero él no paró. Cogió un palo, similar a una defensa policial. Aroha abrió la boca de par en par y aulló con todas sus fuerzas al notar aquello en la vagina.

—Cierra los ojos —musitó Arthur con la voz quebrada y los ojos arrasados de lágrimas.

Era absurdo; todo lo que estaba viendo ya había sucedido, pero al poner la cinta en marcha era como si volviese a ocurrir, y él deseó que Aroha cerrase los ojos; todo pasaría y se olvidaría. Incluso aquel horrible sufrimiento.

Y la música tronaba, apagando los alaridos de su hija, mientras la espalda del encapuchado cubría la visión del objetivo de la cámara:

*Quién puede decir adónde lleva el camino,
¿Hacia dónde fluye el día?
Solamente el tiempo.
Y quién puede afirmar si su amor crece,
Del modo que su corazón eligió hacerlo.
Solamente el tiempo.*

Arthur apagó el ordenador pero sus pupilas continuaban cosidas a la pantalla. Tenía un delirio febril en la mirada. El pavor se reflejaba en su boca, abierta de manera incongruente, a punto de gritar pero petrificada en ese grito mudo. Dos gruesas lágrimas, redondas y perfectas, resbalaban por sus mejillas. Tardó en percatarse de la sombra que se proyectaba sobre la pantalla del ordenador. No venía de dentro, sino de fuera, a su espalda. Lentamente, giró la cabeza y vio a Guzmán, nimbado por la luz de una lámpara que recortaba su silueta. No le preguntó cuánto tiempo llevaba mirando.

Era obvio que demasiado.

Ambos se miraron en silencio durante unos segundos. Guzmán se acercó a la gran cristalera del despacho que se asomaba a Madrid. La gente se veía abajo, muy lejos, parecían autómatas que no podían decidir por sí mismos adónde ir ni qué hacer. Los trazos de colores terrosos de la calle contrastaban con las nubes de vino, de naranja y limón descendiendo sobre las terrazas de los rascacielos.

La silueta de Arthur, que seguía sentado frente al escritorio, se reflejaba en las grandes cristaleras entremezclándose con la suya propia. Eso era lo más cerca que iban a estar el uno del otro, pensó Guzmán, y no podía decir que no lo lamentase. Dos sombras mezcladas en el reflejo de un cristal.

—Yo tenía un instructor de interrogatorios en la DINA, un tipo profesional que me cogió cariño, vete a saber por qué, los afectos de la gente como nosotros son extraños. Una de sus premisas era que existe una forma de inteligencia que pasa por una fingida ignorancia. Hay que partir de cero, nos decía, no dar nada por sabido, borrar lo que crees saber para llegar a lo que necesitas saber. De otro modo, las ideas

preconcebidas se convierten en trampas que nos apartan de lo evidente. Si me viese ahora, en este punto en el que tú y yo nos encontramos, aquel instructor me habría dado un buen rapapolvo, por estúpido. Y no podría reprochárselo.

Guzmán miró de reojo a Arthur. Estaba desmejorado, podía imaginar el efecto devastador que causaba en él el visionado de la grabación en la que su hija era violada. Se preguntó cuántas veces la había visto, qué clase de tortura se autoinfligía al hacerlo.

—Deberías haberme hablado de esta cinta, ¿no crees?

Arthur miraba al vacío con los labios poco firmes, la boca entreabierta y los ojos grandes y brillantes. Guzmán se acercó a un conjunto de figurillas de porcelana que simulaban un grupo de músicos tocando y acarició sus formas.

—Fue Olsen, ¿verdad? Él intentó chantajearte. Y tú lo mataste.

Arthur lo miró con un sarcasmo lleno de odio.

—Para ser tan listo, no tienes ni puta idea.

Magnus Olsen no era nadie en la vida de Arthur hasta aquel día anodino y lluvioso de finales del 2000. Recordaba haber estrechado su mano débil en una ocasión, cuando su filial norteamericana había estado buscando financiación a través de las empresas de riesgo de capital del consorcio que Olsen representaba. Tenía la mirada de perro acobardado y sudaba como si tuviera miedo de que alguien lo pillara en una mentira. Era un tipo inesperadamente vulgar, sin ningún otro aliciente a la vista que su reloj de oro y una esposa muy guapa.

Olsen se pasó toda la reunión mirándolo con cara de tener una flebitis; Arthur tenía impresa la imagen de su corbata que resbalaba inadecuadamente sobre la camisa abierta y de su aliento apestando a whisky de Malta. En algún momento, Olsen consiguió apartarlo de los demás y llevarlo a un rincón. Hablaba un español difícil, reteniendo cada sílaba antes de dejarla salir como un borbotón. Al principio, preguntó cortésmente por Aroha. La pregunta incomodó a Arthur, pero no lo sorprendió. Las reiteradas desapariciones de su hija y sus problemas eran cotilleo común, y no únicamente en la prensa sensacionalista, también en su entorno de negocios. Arthur pensó que Olsen pretendía congraciarse con él, ganarse su confianza para futuros negocios, así que se lo quitó de encima con cuatro palabras, más o menos amables.

—Tengo entendido que tu hija desapareció hace una semana.

—La policía está en ello.

—Esperemos que no sea más que otra de sus escapadas.

Dos días después, Olsen lo llamó a la oficina. Parecía muy nervioso, y lo apremió para verse con él en algún lugar discreto en Madrid. Arthur intentó darle largas, pero Olsen lo cortó tajantemente. Dijo que tenía una información muy importante y fiable sobre el paradero de Aroha. Le advirtió, antes de colgar, que bajo ningún concepto

debía acudir a la policía.

Arthur no le dijo nada a Andrea, no quería preocuparla. Su esposa apenas se levantaba de la cama atiborrándose de pastillas y pendiente del teléfono. Además, estaba harto de falsas pistas, de gente que solo llamaba esperando cobrar por unos indicios que siempre terminaban siendo falsos.

En cambio sí lo consultó con Diana, que por aquellos días se alojaba en un apartamento en el barrio de Salamanca que compartían a escondidas.

—Deberías ir a la policía —le aconsejó ella—. Conozco a Olsen, y seguro que intentará meterte en algo sucio.

Pero Arthur no le hizo caso.

Se citaron a las afueras de Madrid, en la carretera de Extremadura. Olsen lo esperaba en el interior de su coche, aparcado detrás de una estación de servicio. Los camiones estacionados en batería lo ocultaban a la vista, pero no parecía sentirse seguro. Antes de abrirle la portezuela a Arthur para que este subiera se aseguró de que nadie los vigilaba. Parecía paranoico, tenía los nervios desatados y era obvio que no había dormido demasiado.

—Y bien, ¿qué es eso que tienes que contarme?

Olsen se desató con una truculenta historia de deudas, amenazas de cárcel, acreedores que le estaban haciendo la vida imposible. Arthur conocía parte del asunto, había sido noticia en la prensa económica. Durante semanas se habían estado ventilando detalles precisos o inventados de los hechos, las reacciones de la mujer y los niños, el escándalo en la empresa, y todo tipo de invenciones acerca de una vida privada que parecía ser mucho más turbia de lo que aparentaba. Cientos de inversores confiaron en Magnus Olsen, y cientos de miles en *su* empresa, le entregaron su patrimonio familiar, pusieron su futuro y el de sus familias en sus manos, y él les falló. El mercado se hundió y había dejado en la ruina a mucha gente.

Pero nada de eso interesaba demasiado a Arthur. Durante diez minutos escuchó los lamentos de Olsen, sus excusas variopintas y sus disparatados proyectos para reflotar sus negocios. Cuando dijo que necesitaba dinero, mucho dinero, Arthur comprendió que había sido una pérdida de tiempo ir hasta allí. Pensó que aquel timador también quería enredarlo en su tela de araña.

—Si tienes problemas de financiación deberías hablar con Diana o con mi secretaria, Rueda. Convoca una reunión formal, y no me hagas perder el tiempo.

Se dispuso a salir del coche, pero Olsen lo sujetó con fuerza por el antebrazo.

—Sé dónde está tu hija —dijo a la desesperada, mirándolo a los ojos con el enfurecimiento de un loco.

Arthur lo miró como si no comprendiese. Olsen se frotó ambas manos como si le hubiese salido una urticaria. Tenía la cara enrojecida y, a pesar de que no hacía calor dentro del coche, una mancha de humedad se le estaba formando en el cuello de la

camisa y bajo las axilas.

—Tu hija corre un grave peligro, Arthur. Y yo puedo ayudarte; sé dónde está, pero tal vez mañana ya la hayan llevado a otro lugar.

Arthur tensó las mandíbulas, lo atrapó por la solapa sucia de su americana y lo zarandeó con fuerza, exigiéndole respuestas.

—¿Qué quieres decir?

Olsen aseguró que al verse con Arthur se ponía en un gravísimo riesgo, y también a su familia, pero necesitaba dinero, mucho dinero, repitió.

—Llámame mañana, y prepara la transferencia. Te enviaré una clave y un número de cuenta. Cuando haya recibido confirmación del ingreso, recibirás las coordenadas por correo electrónico desde un cibercafé del lugar donde está tu hija. Luego no volverás a verme.

Aquello era un chantaje en toda regla; de pronto, Arthur lo comprendió, y dejó de zarandearlo.

—Pero ¿tú te has vuelto loco?

—Me temo que no, Arthur.

Arthur notó una nube que le enturbiaba la mirada y un ardor en el estómago que le ascendió por la garganta como un puño de fuego. Fuera de sí, golpeó a Olsen en el rostro con violencia.

—¡Tú eres un hijo de puta! Me vas a decir ahora mismo dónde está mi hija o te arranco el alma a golpes.

Olsen se zafó como pudo de los puños de Arthur. Abrió la puerta del coche y consiguió sacar medio cuerpo fuera. Arthur le había partido el labio inferior y tenía la camisa manchada de sangre.

—Para, para ahora mismo si quieres volver a ver a tu hija —farfulló en medio del forcejeo.

Un punto de lucidez detuvo la ira de Arthur. Por más que quisiera despedazar a aquel cerdo entendió que, al menos de momento, estaba en sus manos. Dejó de golpearlo y trató de serenarse.

—Iré a la policía.

Olsen trataba de recomponerse la ropa. Abrió la guantera y cogió un paquete de pañuelos de papel.

—No lo harás. La gente que tiene a tu hija lo sabrá enseguida y se desharán de ella sin dejar rastro. Jamás la encontrarían. Créeme, sé de lo que te hablo —dijo mientras se secaba con un gesto de dolor la sangre del labio.

—¿La han secuestrado? ¿Qué habéis hecho con mi niña? —El timbre de voz de Arthur era implorante. Pero Olsen no se ablandó. Al contrario, aquella muestra de debilidad le permitió esbozar una sonrisa satisfecha.

—Mañana, recuerda. Ahora baja del coche —le dijo, antes de arrancar y

marcharse.

Al llegar a casa, Arthur sopesó sus posibilidades una y otra vez. Su primera tentación fue acudir a la policía, pero desechó la posibilidad enseguida. Aquella era la primera pista fiable en semanas de dónde podía estar Aroha, y no iba a dejarla escapar. Fue a la caja de seguridad del banco y sacó parte del dinero que Olsen le exigía, y también guardó en el cinturón la pistola HK para la que no tenía licencia. De un modo u otro iba a sacarle la información que necesitaba. Y si para lograrlo debía arrancarle la piel a tiras o agujerearle medio cuerpo, lo haría sin vacilar.

A la mañana siguiente, Arthur se sentó frente al teléfono a esperar, pero Olsen no llamó. Arthur esperó durante horas, hasta que empezó a oscurecer. Solo entonces aceptó que no iba a hacerlo. Decidió ir a su casa, y mientras conducía oyó la noticia en la radio: Magnus Olsen se había suicidado. Su esposa y sus hijos lo habían encontrado colgando en el salón.

Arthur aparcó en el arcén y golpeó violentamente el volante, maldiciendo. Acaba de esfumarse la única opción de dar con Aroha.

—Dos semanas después recibí un sobre postal. No tenía ninguna particularidad, no había sello ni remite, solo su nombre escrito con letra de imprenta. En el interior había una funda de plástico transparente con un disco compacto. Le acompañaba una nota.

Arthur le mostró a Guzmán la nota manuscrita:

Esta grabación la hizo Magnus Olsen, él es quien está tras la cámara. Si alguien sabía dónde está su hija debe de ser él o alguna de las otras dos personas que aparecen. Siento no poder ayudarle más. Espero que no sea tarde.

—De modo que yo no maté a Magnus Olsen. Y no fue él quien me entregó la cinta, sino alguien anónimo. He tratado de averiguar de quién se trata durante estos cuatro años, pero no lo he conseguido. Pasar los tres últimos en la cárcel ha dificultado un poco las cosas. Por eso te contrató Diana.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

Arthur cerró el puño y apretó los labios. Fue una décima de segundo. Enseguida recuperó su máscara de leve toque melancólico.

—Después de visionar la grabación comprendí que eso no sería posible. La muerte de Olsen invalidaba, definitivamente, esa opción. Automáticamente me habría convertido en sospechoso. Y por encima de todo, Andrea habría terminado descubriendo lo que le estaban haciendo a Aroha, y eso hubiese acabado con ella. He ocultado la existencia de la cinta estos años por ese motivo.

Guzmán se sirvió un poco de whisky sin pedir permiso, moviendo la cabeza.

—Ese no ha sido el único motivo, ¿verdad? Hay otra razón más poderosa.

Guzmán lo comprendió al ver la cinta. Dámaso se había resistido con todas sus fuerzas a decirle dónde la escondía. Con todas sus fuerzas, hasta que estas se agotaron. Al principio, Guzmán creyó que la terca resistencia del viejo se debía a que él aparecía en la grabación simulando que violaba a la menor. Pero al visionar las escenas se dio cuenta de que lo que el viejo pretendía esconder era otra cosa.

—Tú ya sabías cuando me contrataste quiénes eran los tres tipos que salen en la grabación.

Miró a Arthur, junto a su escritorio. Estaba muy quieto y callado, contemplando la pared. Su pelo rojizo le caía desordenadamente sobre la frente y respiraba muy suavemente, como lo hacen los moribundos antes de apagarse.

Le costó semanas conocer su identidad. Visionó aquella terrible grabación una y otra vez en busca de algún indicio, cualquier cosa que le diese información del lugar, de las personas que salían junto a su hija. Llegó a la conclusión de que aquello no había sido algo brutal e inesperado, caótico y terriblemente violento, como parecía, sino una puesta en escena con un claro sentido, con una intención artística; resultaba repulsivo, pero adecuado, llamarlo de aquel modo: aquello no tenía nada que ver con un simple vídeo pornográfico de pederastia, tampoco era exclusivamente una película *snuff* repleta de detalles sangrientos. Era mucho más, pretendía ser mucho más. En cierto modo era un testamento, una declaración de intenciones, la visión terrible del mundo de alguien que, pese a verse obligado a permanecer en el anonimato, buscaba alguna forma de reconocimiento. Aquello era obra de un experto, de alguien que conocía las interioridades del mundo de la imagen.

Vio la cinta decenas de veces, hasta que descubrió algo. En un momento, cuando el suplicio de Aroha se hacía más duro, ella miraba a uno de los encapuchados a los ojos y murmuraba algo implorando. Ella lo conocía. Confiaba en él.

Arthur leyó una docena de veces aquella súplica hasta descifrarla: «Quiero irme con mi madre. Ian, por favor. Quiero irme con mi madre».

—No tardé en descubrir que Aroha había coincidido en el internado de Ginebra con un tal Ian. Su padre era Ian Mackenzie, el director de cine. Su madre era también artista, una violinista muy reconocida.

Averiguó dónde vivía y se presentó en la casa, a las afueras de Madrid, una residencia de lujo. No pudo acceder a la urbanización por culpa de los controles de seguridad. En vez de eso apareció en la caseta de los guardas una mujer con aspecto hombruno que dijo ser la ama de llaves. Aquella mujer le informó que la señora estaba fuera de España, en una gira de conciertos por Europa con la Orquesta de Budapest. Tardaría meses, tal vez un año en regresar.

Aquello lo frustró, pero no se dio por vencido. No cometió la torpeza de

preguntar por el chico. Durante los días siguientes se las apañó para saber cuanto pudo de él: en qué centro estudiaba primer curso de Artes Cinematográficas, qué amigos frecuentaba, adónde iba, cuándo, con quién.

Una tarde siguió a Ian hasta una zona boscosa a las afueras. Era un lugar polvoriento y sucio donde los fines de semana, durante la mañana y la tarde, las familias del extrarradio aprovechaban para hacer sus excursiones cargados de fiambreras, *tuppers*, sillas plegables, juegos de cartas y mantas para echar una incómoda siesta entre la pinaza después de atiborrarse de morro, oreja o careta de cerdo. Cuando caía la tarde y empezaba a anochecer sobre las torres KIO, que se veían alumbradas a lo lejos, las familias cedían el pinar a las prostitutas senegalesas, a los putos adolescentes de origen magrebí y rumano, a los pequeños camellos y a una farándula de animales nocturnos con aspecto de fracasados. En cuanto caía la noche, una larga hilera de faros desfilaba ante aquella feria de la miseria en busca, cada cual, de su vicio.

Ian se movía con naturalidad en aquel ambiente. Algunas veces se detenía a charlar con alguna prostituta en decadencia bajando la ventanilla de su coche, otras compraba droga a algún traficante al que se abrazaba amistosamente. Una vez, Arthur vio cómo aparecía de entre una maraña de matojos, subiéndose los pantalones. Tenía la cara arañada y una expresión de satisfacción indecible. Se subió a su coche silbando, encendió un cigarrillo y, durante un minuto, permaneció en el interior recostado en el asiento, escuchando la melodía que salía de su equipo de música.

Cuando se marchó, Arthur bajó a ver qué había detrás de los matojos. Encontró a una chica; en realidad, era poco más que una niña de trece o catorce años, un poco más joven que Aroha. Estaba sentada con las piernas recogidas bajo sus brazos llenos de raspaduras. Tenía la cabeza hundida entre las rodillas y lloraba como lo que era, una chiquilla. Su camisa escotada de color hueso y el pantalón de piel ceñido la disfrazaban de persona mayor, como su maquillaje descorrido por culpa de las lágrimas, excesivo a todas luces. También creaba la ilusión el relleno del sujetador tirado a su lado, como los zapatos, uno de los cuales tenía el tacón roto.

Arthur le preguntó qué había pasado. La chica alzó la cabeza y lo miró. Su rostro era grotesco. Una pestaña postiza se había despegado del párpado y le colgaba de un extremo del ojo derecho, mientras que el izquierdo se estaba cerrando con un abultamiento morado que crecía por momentos.

La chica se refregó los mocos que le caían con el antebrazo, sorbió por la nariz, y dijo que estaba bien. A Arthur no se lo pareció, de modo que dijo que iba a llamar a la policía y a una ambulancia. Ella se negó rotundamente: Ian era su novio. La obligaba a hacer cosas extrañas, como subir allí y dejarse hacer de todo por extraños mientras él lo grababa a escondidas. Y ella se prestaba a complacerlo porque lo quería.

—¿Querer? ¿Cómo puedes decir eso? Pero tú ¿qué edad tienes?, ¿catorce años?,

¿quince?

¿Era eso lo que le había hecho a su hija? ¿Aquel ladrón de infancias la había hecho creer que la quería?

—Deja al menos que te lleve a casa. Tus padres estarán preocupados.

La chica no parecía ya tan segura de sí misma. Era como si una parte de ella luchase contra la otra, la que quería volver a ser una niña en brazos de su familia y la que prefería perderse en los tentáculos de un monstruo destructivo. Finalmente, hizo una mueca con los labios, como cuando Aroha mordía las manzanas de caramelo en la feria de San Isidro porque no tenía paciencia para reblandecerlo lamiéndolo.

—Si quieres, puedo mamártela, y te olvidas de que me has visto.

Arthur nunca olvidaría la mirada de odio de aquella chiquilla cuando, entre gritos y forcejeos, la entregó en la comisaría más cercana.

Y decidió que era suficiente.

La mañana siguiente amaneció con una tromba de agua. Desde la ventana del bar junto a la mesa en la que estaba sentado Arthur, se veía la calle desdibujada por la lluvia y la tienda de ropa del chaflán. En su cabeza se repetía una y otra vez la escena de la noche anterior, la chiquilla con la pestaña caída, su rostro demacrado y su mirada de odio, y las imágenes se entremezclaban con la grabación de Aroha. La cabeza iba a estallarle y sentía tanta presión en el pecho que le costaba respirar.

Cuando vio salir de la tienda del chaflán a Ian, dejó un billete en la mesa y salió a su encuentro. El joven caminaba hacia él sin darse cuenta de nada, se protegía de la lluvia con la capucha de una sudadera militar y llevaba una bolsa de cuero en bandolera. Parecía un buen chico, un chico más. Pero aquel cabrón de aspecto bisoño y aire despreocupado tenía a su hija.

—Sé quién eres —dijo interponiéndose en su camino, deteniéndolo con una mano en el pecho.

Ian lo miró con extrañeza. No con sorpresa, dudas o miedo. Solo con extrañeza, como si aquella mano en su pecho fuese un bicho, un insecto que se había desplomado desde un tejado a su sudadera casualmente.

—Soy el padre de Aroha. He visto la grabación. Me vas a decir ahora mismo dónde está.

De cerca, su mirada era líquida. Ambigua e inclasificable.

—No sé de qué me habla.

No se alteraron sus músculos, ni sus facciones, ni un leve temblor. Nada, excepto el breve parpadeo que causaban las gotas de lluvia atrapadas en sus cejas y entre sus pestañas.

Arthur respiró. «Respira. Respira. Contrólate o lo perderás todo». Si Ian había tenido alguna vez un corazón, estaba muerto y enterrado. Eso decía su mirada,

cuando giró la cabeza hacia la calle, cuando volvió a mirarlo.

—No conozco a ninguna Aroha.

Arthur desató los nudos que aprisionaban su rabia. Le echó las manos al cuello y lo empotró contra la persiana de un comercio. La sacudida les arrojó una masa de agua acumulada en el toldo.

—Te mataré aquí mismo, bastardo, si no me dices dónde está.

Ian no se amilanó. Lo miraba a los ojos. Y entonces Arthur notó el tacto frío en el cuello del cañón de un pequeño revólver del 22. Escuchó muy cerca de su oído cómo Ian lo amartillaba.

—Suéltame —dijo sin perder la calma.

Arthur aflojó la presión sobre el cuello sin soltarlo del todo. Fue el propio Ian quien, sin dejar de apuntarlo, se hizo a un lado. Volvió la cabeza a un lado y otro, como un boxeador, y guardó el arma en el bolsillo de la sudadera.

—¿Pensabas que me ibas a pillar desprevenido? Hace días que sé que me sigues. Has estado preguntando por mí, por mi madre, por mi padre. Incluso has llevado a la policía a una de mis chicas. No me importa, ya se ha vuelto a escapar de casa, ya corre hacia mí como todas... Como tu hija.

—Te mataré, cabronazo. Lo haré.

Ian empezó a reírse. Se reía de un modo tan inocente, tan limpio, como un niño bañado en agua bendita.

—Tal vez está muerta y enterrada. Entonces nunca encontrarás su cuerpo, no tendrías dónde llorarla. O tal vez está viva y preguntándose si es mejor una vida con vosotros o lo que yo le ofrezco. Tendrás que vivir con eso.

—Te arrancaré esa sonrisa de la cara. Sé cómo hacerlo para que dure y duela.

—Tal vez —asumió Ian. Miró a Arthur con aquella mirada tan fría, tan distante, como si fuese el reflejo de un río helado. Y luego se alejó, como si nada, como si solo hubiese tenido un tropiezo estúpido con otro transeúnte.

Arthur se quedó en medio de la acera bajo la lluvia, contemplando su espalda, la sudadera con colores de camuflaje cruzada por el asa de cuero de su bolsa en bandolera, pegada al cuerpo. Vio cómo se mezclaba entre la gente y se convertía en uno más, anónimo, sin una historia que interesara a nadie. Cuando reaccionó, Ian ya se había perdido y él estaba empapado. Las gotas se estrellaban sobre su pelo rojizo, ahora de color barro, rebotaban sobre su cráneo y se esparcían en mil partículas. Algunas personas lo miraban como si estuviera loco.

Empezó a andar muy despacio, como si le hubiesen inoculado un veneno paralizante que todavía mantenía sus piernas entumecidas. Como si caminase dentro de un sueño pegajoso. Subió al coche y durante varios minutos estuvo mirando la lluvia tamborileando sobre el cristal delantero empañado de humedad. Debajo del asiento guardaba una petaca dorada, un regalo de los trabajadores de su empresa

cuando cumplió los cuarenta. Hacía catorce años que no había vuelto a probar una gota de alcohol. Nunca pensó que llegaría a utilizarla. Pero ahora la llevaba cargada como una pistola debajo del asiento, dispuesto a usarla a la menor ocasión.

Bebió un trago largo, hasta que le faltó la respiración y la garganta empezó a arderle. Tosió y escupió parte del alcohol sobre la ropa.

Quería morir. O quizá no fuese así exactamente. En aquel instante, recostado sobre el respaldo del asiento, le costaba vivir. Se preguntó qué debía hacer, qué iba a contarle a Andrea, a la policía. Se preguntó por qué su vida se había ido a la mierda sin más. Era un cobarde, esa era la verdad. Un cobarde incapaz de aceptar la responsabilidad de sus actos. Siempre había sido así. Siempre había elegido qué hacer, a quién amar, cómo vivir, con quién. Había jodido su carrera de poeta, su matrimonio, y había perdido a su hija. Aroha lo odiaba; lo odiaba por todo el daño que le hacía a Andrea, a ella misma.

Era demasiado inteligente, demasiado sensible para no darse cuenta del tipo de hombre que era su padre. Un cobarde. Y no lo soportaba, por eso se escapaba de casa, por eso los escándalos, el fracaso escolar, para castigarlo, para hacerle sentir un poco del daño que él les infligía a los demás. Había aprendido la lección, de verdad que sí, murmuró mientras se le escapaba un llanto nervioso. Quería decírselo, sentarla ante sus ojos y pedirle perdón. «Perdóname, hija. Vuelve a casa».

El cielo crujió con un sonoro trueno. Arthur giró la llave de contacto y el limpiaparabrisas se puso en marcha. En aquel instante, justo en aquel instante, vio a Ian al otro lado de la calle, esperando en el semáforo junto a una tienda de ropa de novios. Lo vio a través de una rasgadura de la humedad en el cristal. Su cabeza cubierta con la capucha de la sudadera. Si el cristal hubiese tardado un poco más en abrir aquel surco como una ventana, si él no hubiese activado en aquel instante el limpiaparabrisas, no lo habría visto. Pero estaba allí, enfrente. Y el destino lo llamaba.

Se le nubló el entendimiento, estaba borracho, eso es lo que le dijo Diana que debía alegar cuando la llamó unas horas después desde la comisaría de la policía local donde lo detuvieron. «No declares nada hasta que lleguen los abogados, yo me ocupo de todo».

Diana siempre se encargaba de todo, lo hizo catorce años atrás, y muchas otras veces, cada vez que el alcohol le causaba algún problema. Ella recogía la mierda que él iba dejando.

Guzmán dio una vuelta alrededor de la mesa escritorio. Se detuvo frente a una estantería con libros de derecho mercantil y la estuvo mirando con las manos en la espalda. Estaba ganando tiempo y acumulando signos de interrogación.

—Te salió bien la jugada. Homicidio por imprudencia con atenuante de

alcoholemia positiva. Chica lista, Diana. Cuatro o cinco años en lugar de quince, no está mal. Pero cometiste una gran torpeza. Dejaste que tu egoísmo, que tu ego de marchito herido por la impasibilidad de un niño te superase, y al hacerlo cerraste la única puerta que tenías para llegar a tu hija.

—No era la única puerta. Quedaba el tercer hombre, el encapuchado del torso desnudo.

—Dámaso, claro. Me ha contado lo del club de cinéfilos del que formaban parte él y Olsen. Gracias a Olsen consiguió que sir Ian Mackenzie, el famoso director de cine, les ofreciera unas valiosas charlas acompañado muchas veces de su joven y prometedor hijo. Unos meses antes de que desapareciera Aroha, Ian Mackenzie dejó de acudir a las reuniones del club. Sus compromisos lo iban a llevar a Australia para dirigir una nueva película. Para entonces, Olsen era asiduo de su casa. Antes de marcharse de viaje, el padre del chico fue a ver a Dámaso. Fue una reunión confidencial. Le explicó que desde niño Ian tenía diagnosticado algún tipo de enfermedad mental. No entró en los detalles de a qué tipo de disfunción se refería. Solo mencionó, con preocupación, que desde los trece años tomaba medicación neuroléptica y había pasado por diferentes ingresos, siempre llevados de forma discretísima, en clínicas mentales de Suiza y de Inglaterra. Sin embargo, de normal indolente, se mostraba entusiasmado por todo lo que tuviera relación con el cine. Su mente se ocupaba obsesivamente en esa actividad, y eso, según el parecer de su padre, era bueno. Lo mantenía ocupado y lejos de esas zonas de sombra que tanto lo preocupaban. De modo que le pidió al viejo que introdujese al muchacho en el grupo más privado de socios, que en definitiva velase porque su interés no decayese. Y Dámaso lo hizo. Tal y como le pidió.

Guzmán se quedó pensativo, dando golpecitos con el índice en sus labios.

—¿No es gracioso? El padre quería mantener a salvo a su hijo y, para hacerlo, lo metió directamente en la boca del lobo sin saberlo. Quien quiera que escriba nuestros guiones ahí arriba tiene un sentido del humor muy retorcido.

Al cabo de unos meses, Ian ya estaba enterado de lo que hacían Olsen y el viejo. No tardó en descubrir que el club de cinéfilos era, en realidad, una tapadera para encubrir algo mucho más grave. Pero no los amenazó con ir a la policía o desmontar el chiringuito... En lugar de eso ¡exigió que lo dejaran participar! Quería experimentar, esa es la palabra que utilizó. Poco después apareció con Aroha.

—Parecían estar muy unidos, ya me entiendes. Al principio, el viejo y Olsen no le dieron mucha importancia. La chica les pareció una más, Ian era un joven apuesto y solía apañárselas para meter en sus *rodajes* a putillas adolescentes que hacían lo que él les pidiera con tal de contentarlo, chicos drogadictos, críos de la calle. Pero Aroha era especial: muy educada, culta, aunque un punto irreverente. Era evidente que estaba enamorada de Ian... Y también resultó evidente para todos que empezaba a

tontear peligrosamente con el mundo de las drogas. Dámaso no le dio importancia hasta que vio en el periódico la fotografía de Aroha y supo de quién era hija y que había desaparecido. Se asustó y llamó inmediatamente a Olsen. Tenían un problema muy gordo encima y debían *solucionarlo*.

Guzmán detuvo su relato y fijó una mirada marmórea en Arthur. Este se la devolvió con una expresión interrogante.

—¿Qué hicieron con mi hija?

—Dámaso no lo sabe. Créeme, si lo supiera me lo habría dicho. Pero empiezo a tener una ligera sospecha de quién te envió esta cinta. Quizá debas estirar con un poco más de energía ciertos hilos.

—Déjate de chorradas. ¡Quiero saber dónde está Aroha! ¡Qué hicieron con ella!

Guzmán replegó su extremidad y examinó su propia mano como si se tratara de una mascota, un perro pequeño, feo, pero al que se le termina cogiendo cariño. No parecía escuchar las palabras de Arthur.

—Mira esto. Míralo bien. Esto antes era una mano, una mano sana. Ahora no es mucho más que un amasijo de carne replegada sobre sí misma, pedazos inútiles de dermis, epidermis, terminaciones nerviosas atrofiadas y articulaciones destrozadas. —Arthur contempló aquella masa sin forma con poco interés—. Existen prótesis e implantes increíblemente fiables, de un material nuevo que encaja a la perfección en el hueco dejado por las piezas perdidas. Es un tratamiento quirúrgico muy eficaz pero carísimo, de modo que, ¿sabe lo que tendré que hacer si quiero tener una mano y una ficción de polla que tocarme con esa mano impostada? Pagar algo de peor calidad, bueno, sin duda, pero de peor calidad, y eso me afecta. Me afecta no tener una mano tan perfecta como la tuya, un pene mínimamente digno de cualquiera, ¿me entiendes? Vosotros sois los afortunados, los que mostráis al mundo esas dentaduras impolutas... Pero lo cierto es que todo esto, el lujo, los cuadros, los dientes perfectos, no son más que harapos con los que disfrazarse. Un suspiro te lo da todo, el siguiente te lo quita, y el ciclo puede repetirse tanto como el capricho de los dioses lo quiera.

—¿Por qué no dices de una jodida vez lo que tengas que decir?

—Lo estoy haciendo, pero tu no me escuchas. La aparición de esta cinta lo cambia todo. Si la policía la encontrase, demostraría que asesinaste a Ian. —Hablabla con calma, atisbando a través del estrecho escaparate de sus párpados el enojoso y delator temblor del miedo de Arthur—. Si eres honesto conmigo, quizá podamos llegar a un acuerdo, tu y yo, sin que nadie más tenga por qué saberlo.

—¿Qué quieres? ¿Más dinero? Tráemela y te daré lo que quieras... Lo que quieras.

Guzmán sonrió.

—Por supuesto que me lo darás, Arthur. Por supuesto.

Capítulo 16

No debían estar allí, era peligroso y lo sabían. Pero la necesidad de estar juntos les hacía volverse imprudentes. La luz sucia de la bombilla en la pared de ladrillo le sacaba punta a la miseria del callejón como a un lápiz. Un lápiz con el que trazar las cañerías goteantes, los charcos de humedad grasienta, las zonas de penumbra detrás del restaurante de Chang.

Mei tenía la mirada perdida. Nadie podía defenderse de esa mirada.

—Nunca pensé que esto fuese así —susurró.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Who, mientras acariciaba un mechón de pelo que se escapaba del pañuelo que le tapaba la cabeza. Mei trabajaba en la planta clandestina de Chang que envasaba comidas rápidas. El viejo no aseguraba a sus trabajadores, los forzaba a dormir en colchones junto a las máquinas de envasado y no les pagaba un sueldo, pero obligaba a Mei a esconder su hermosa cabellera oscura con un pañuelo sanitario. El mundo podía llegar a resultar esperpéntico.

—Me refiero a todo —dijo ella contemplándose las manos, desolladas por culpa de los plásticos y los conservantes. Alzó los ojos almendrados y esbozó una tímida sonrisa. Tenía una boca pequeña, de labios finos y poco carnosos. El señor Who pensó, la primera vez que vio esa boca, que debía de estar hecha para cantar canciones tristes. Cuando la metieron en el contenedor de un carguero con rumbo a un puerto de España, se pasó todo el viaje consolando a las decenas de personas que como ella viajaban ocultas y asustadas, algunas por propia voluntad y otras forzadas a hacerlo, diciéndoles que España era un lugar hermoso, de aire limpio y gente que siempre sonreía. Ese cuento calmó muchos miedos, porque la gente cree cuando necesita hacerlo, y todos, también ella, querían creer sus propias palabras.

Pero el Paraíso no tenía puertas que ella pudiera franquear.

Mei pensaba, a pesar de todo, que no tenía derecho a quejarse. Trabajaba veinte horas al día, comía y hacía sus necesidades en el taller clandestino, y jamás podría pagarle a Chang y a los hombres que la habían traído a Europa la deuda contraída con ellos. No quería preocupar a Who, pero sospechaba que tal vez pronto iban a trasladarla a otra ciudad, había oído hablar de un lugar en la costa de Andalucía donde Chang y sus socios estaban montando prostíbulos clandestinos; a las más jóvenes y guapas ya se las habían llevado, y aunque nadie sabía dónde, todos podían imaginarlo.

Pero, a pesar de todo, no debía quejarse. Su madre solía decir que ella era la más fuerte de todos sus hermanos, la mayor y en la única que podía confiar. «Cuando todo se desmorone —le decía—, tú permanecerás en pie, como el pilar de nuestra casa». Nacida bajo el sino de *Ma*, su signo era el caballo. De niña, su naturaleza era optimista y llena de alegría, siempre afrontaba los problemas con entusiasmo y eso la

hacía popular entre sus vecinos. Aunque ya no sentía ese ansia vivaz de viajar y vivir aventuras, de conocer gente y hacerse valer, todavía lograba insuflar algo de esperanza a sus compañeros de encierro. Ella tenía que ser fuerte cuando los demás se mostraban débiles. Un proverbio de su tierra decía que «el enfermo siempre sana, a menos que la suerte lo rechace». Ella creía en la suerte, siempre, bajo cualquier circunstancia. La suerte que se labra uno mismo.

Además, estaba él, el señor Who; él era la suerte de Mei. Tal vez fuese cierto eso que decían los ancianos, que el amor empieza por los ojos y termina con la costumbre, pero ella no quería creerlo. Los ancianos se vuelven duros e intransigentes a fuerza de derrotas, y Mei no se cansaba de contemplar aquel rostro que ahora tenía a escasos centímetros de su aliento. Antes de que él apareciera, Mei no creía en el futuro, solo en el paso siguiente, en el pedido siguiente, en la hora siguiente. Pero un año después le gustaba escucharlo cuando él prometía que la iba a sacar de aquella jaula, que estaba ahorrando dinero para comprar nuevos pasaportes y regresar a China, juntos, para empezar una nueva vida, formar una familia, tal vez un negocio. Who tenía un plan, siempre los tenía, y era fácil creerse sus sueños. Porque aunque soñaba, era sincero al hacerlo.

Who se esforzaba cada día, le pedía que le cantase canciones, que le hablase de su país, de su gente. Quería enraizarse, acercarse a todo lo que ella era y él aspiraba a ser. Mei lo complacía, sin hacerle caer en la cuenta de la contradicción que significaba que ella hubiese ido a parar a España con la esperanza de un futuro paraíso que ahora comprendía que nunca existió; exactamente el mismo paraíso que Who estaba inventando y que también acabaría descubriendo que era un espejismo, en China. Pero sus sueños los mantenían unidos, cada vez más, y ella necesitaba un poco de esperanza. Mentir no es faltar siempre a la verdad, es solo aferrarse a la parte de la realidad que conviene para no hundirse. De modo que Mei alimentaba las fantasías chinas de Who y a cambio aceptaba creer que aquel chico de una belleza inaudita y vestimenta un tanto estrambótica, dulce y sensible como un niño, podría ser capaz de arrancarla de las garras de Chang.

Aquella noche, Mei había decidido dar un paso más en su locura ensoñada. A primera hora de la tarde, el viejo Chang había irrumpido en el sótano y les había ordenado que se dispersaran. Solía ocurrir cada cierto tiempo. La policía hacía redadas en busca de trabajadores ilegales, pero Chang debía de tener a alguien sobornado, porque siempre lo avisaban con suficiente anticipación. La cincuentena de mujeres del taller se esfumaba y solo permanecían en la cadena la media docena que tenían los papeles en regla. Al cabo de unas horas, todo volvía a la normalidad. Pero aquella tarde la policía parecía que se lo estaba tomando muy en serio. Registraron a fondo el taller, encontraron los cubos de excrementos, los colchones enrollados bajo las mesas de trabajo y los restos de comida abandonados precipitadamente. Se

llevaron a Chang para interrogarlo; probablemente, en unas horas sus abogados conseguirían sacarlo y estaría de vuelta, pero entretanto, Mei podía disfrutar de unas horas de libertad que quería compartir con Who.

—Podríamos aprovechar y escaparnos —dijo el señor Who con una ansiedad que evidenciaba demasiado que ni siquiera él creía en esa posibilidad. No todavía.

Mei le puso un dedo en los labios. Tenía la uña desgastada por un lado y el esmalte resquebrajado, el tacto era áspero y emanaba un olor que el agua no había podido desprender de la piel. Pero era un dedo suyo, y eso bastaba. Un dedo que acarició el perfil de su boca como un pequeño lazo de seda, tan suave como las tiras de las zapatillas de danza de su madre.

—Los sueños que no se deben soñar hacen daño —sonrió ella.

Who cogió aquel dedo y lo estrechó en su mano. Mei no sabía mucho de él, solo lo que necesitaba que supiese. Who lo prefería así, no quería ponerla en peligro, y sobre todo no quería asustarla con lo que hacía, con lo que pensaba hacer.

—Chang no volverá esta noche, al menos. Tenemos eso —añadió Mei, pegando mucho su pequeño cuerpo al torso de Who. Al abrazarla, él sintió sus costillas bajo el vasto vestido y el delantal que no se había quitado. Sintió su diminuto corazón empujando hacia fuera, como si el pecho de Who fuese un muro y el corazón de Mei un ariete con el que derrumbarlo—. Quiero que sea hoy. Ahora, contigo —dijo ella muy bajito, con la voz amortiguada contra la chaqueta de Who.

Mei nunca había hecho el amor con un hombre, ni la había visto nunca ninguno desnuda; incluso en la intimidad imposible del taller se las apañaba para asearse y hacer sus necesidades con un pudor que era la última barrera contra la animalización a la que las empujaba el hacinamiento. Pero había oído hablar a Chang, y sabía que su turno no tardaría mucho. Iban a llevársela, la entregarían a cualquier desconocido, o tal vez el propio Chang y sus hombres la violarían primero en grupo, la forzarían a tomar drogas, la golpearían y la someterían a todo tipo de salvajadas y vejaciones. Iban a quitarle lo poco que le quedaba, su dignidad, la iban a convertir en un despojo; así que quería permitirse el último acto de libertad. Quería saber, aunque fuera por una vez, qué se sentía cuando alguien te ama con ternura, despacio, con amor.

Nunca imaginó que podía ser tan hermoso. Mei tensaba las venas de la garganta y abría la boca como los gritos de un mudo. El señor Who no quería apartar la mirada de sus ojos entrecerrados mientras la penetraba con una dulzura que le surgía de alguna parte recóndita y largamente olvidada. Mei era su espejo, donde derrumbarse sobre sí mismo y caer, caer, más y más en esa mirada sin que le importase, una posibilidad de salvación, una cierta justicia poética. De repente se sentía perdido y torpe, sus dedos temblaban de un modo incontrolable; él, que hacía del sexo su profesión, de las perversiones su especialidad, ahora se demostraba que la vida es

mucho más que la experiencia vivida, que todo vuelve a empezar, que nacemos de nuevo cada vez que encontramos una frontera inexplorada. Y Mei era su Nuevo Mundo.

Ella vio que afloraba un brillo demasiado cercano a las lágrimas en los ojos de Who; no tenía otras experiencias, y puesto que ella también sentía ese goce supremo que la acercaba al abismo del llanto imaginó que ese era el lenguaje del amor, de modo que acarició los párpados de Who queriendo curarlo, decir que estaba allí con él. Que eran tan reales como las cosas imposibles.

Lograron un orgasmo que sumió a ambos en una extraña perplejidad. Mucho rato después, ambos permanecían aún uno dentro del otro sin moverse, sin querer romper ese cordón invisible que los unía. Aún permanecieron callados mucho más, con las piernas entrelazadas, él acariciando el tapiz de rojeces en que se había transformado la delicada piel de Mei pese a su cuidado al tocarla y besarla, y ella explorando las formas del pecho tatuado de Who.

—Te late el corazón muy deprisa. ¿Tienes la necesidad imperiosa de llegar a alguna parte? —le preguntó ella con una sonrisa preciosa, limpia de culpas o temores. Quería abrir ese camino de complicidades que llegan después de la intimidad física, ese placer de poder decir y escuchar cosas que solo pertenecen a los amantes después del coito, cosas y gestos que en otras circunstancias Mei jamás se habría atrevido a mostrar.

Pero el humor del señor Who se había oscurecido. Seguía allí, junto a ella, y deseaba permanecer a su lado cuanto pudiera. Pero el ruido de la calle, las voces de su mente ya lo estaban arrastrando por el cabello hacia la otra realidad que habitaba fuera de aquel cuarto. Estrechó muy fuerte a Mei con ambos brazos y sus piernas le entrelazaron las caderas. Mei se hizo dúctil y cedió cuanto pudo para fusionarse con él. Podía sentir el barrunto en el interior de Who, casi escuchaba sus pensamientos. Y no eran buenos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con una sombra de duda. Había oído decir que algunos hombres se alejan insoportablemente los minutos después del coito. Y no deseaba que Who fuese de esos.

El señor Who quería encontrar las palabras exactas para expresar lo que sentía.

—¿Qué pensarías si descubrieras que este no soy yo?

De repente, la densidad en la voz de Who se hizo extrema. Mei se incorporó sobre un codo y lo examinó con atención.

—Diría que estoy loca, porque eso significaría que lo que ha pasado no ha pasado, y que por tanto lo que he sentido no lo he sentido realmente. Si tú no eres este que está aquí conmigo, eres un fantasma. Así que yo estoy loca y fantaseando.

Who todavía no tenía la capacidad de asumir la facilidad deductiva de Mei, le costaba aún comprender su visión de lo obvio como un modo de ingenuidad.

—Lo que quiero decir es que soy otras personas. Hay otros dentro de mí, y no te gustaría conocerlos a todos.

—Abrimos las puertas que queremos abrir para que la luz vaya entrando poco a poco —respondió conciliadora.

—¿Siempre tienes una opinión para todo? —preguntó Who un poco molesto.

—No, no siempre, aunque imagino que debe de haberla. —No era estúpida, sabía lo que Who pretendía decir, pero no quería escucharlo. Apenas lo conocía fuera de su compañía, siempre viéndose de manera furtiva, robando tiempo al tiempo, diciendo cosas que deberían ser dichas con paciencia de un modo abrupto. Esta noche era la primera vez que habían podido compartir unas horas, una cama y la intimidad de sus cuerpos. Y por mucho que no tuviese experiencia, Mei era consciente de que no era la primera mujer que Who amaba, pese a la contención de él, como si siendo un bailarín experto hubiese olvidado los pasos primordiales, el aprendizaje, y se esforzase en recuperarlos con ella. No había querido apabullarla ni espantarla. Pero ahora lo estaba haciendo con sus preguntas y sus palabras.

—¿Qué harías si pudieras compensar un dolor con otro ajeno? —le preguntó el señor Who.

Hay preguntas que se lanzan como cebos. Pero aquella no lo era.

Mei se estremeció. No quería conocer lo que había detrás de todas esas puertas. No hasta estar convencida de poder soportar o al menos comprender lo que iba a encontrar en su interior.

—No tengo clara conciencia de lo que pretendes decirme —reflexionó unos segundos—, pero nunca se ha demostrado que el trasvase de desgracias cure el daño causado, el daño primigenio, quiero decir. Simplemente se termina convirtiendo en una cadena de errores y sufrimiento que te aleja del origen, pero que no te acerca al final de ese dolor.

El señor Who comprendió que no debía ir más allá. Ella se lo estaba implorando, y la necesidad de ser sincero no buscaba que ella lo comprendiera, sino simplemente la de quitarse a sí mismo de encima una pesada carga. No era justo.

—No sé por qué te he dicho todo esto, lo siento —dijo, tras un breve suspiro.

—Claro que lo sabes, pero eso ahora no importa —contestó ella, cerrando un instante los ojos. Sus pestañas eran pequeñas y le daban una expresión lánguida a su mirada. Mei se sentó en la cama y empezó a recoger la ropa—. Tengo que regresar al taller ahora o los hombres de Chang empezarán a sospechar. Y a ti te están llamando al teléfono móvil.

El señor Who buscó el teléfono en los bolsillos de su guardapolvo. Era el número de una clienta. Imaginaba lo que quería decirle. Colgó sin contestar.

—No es nada importante.

Mei acarició la mejilla de Who. Volvía a mentirle, pero sentía que una vez más

sus mentiras eran una especie de escudo que tejía a su alrededor para protegerla. Mientras las mentiras se reflejan en el rostro de quien miente, el mentiroso no está perdido porque todavía no se ha convertido en un hipócrita. Y la expresión de Who era transparente como la de un niño.

—Dejemos las imposturas para los impostores, ¿te parece?

El señor Who pretendió decir algo, pero ella se lo impidió sellando sus labios con un beso.

—No sé qué es lo que te atormenta. Pero sí sé que no se puede caminar hacia adelante mientras miras hacia atrás.

Al regresar a casa, el señor Who debía enfrentarse inevitablemente a la mirada atormentada de su madre. Desde que le contó que había encontrado a Eduardo, después de decirle que iba a matarlo, no habían hablado más del asunto, como si fuese algo zanjado sobre lo que no valía la pena discutir ni dar más vueltas. Pero ella empujaba la silla hasta la mesa a la hora de la cena y se quedaba mirándolo cortar la carne rebozada, servirse la ensalada y aliñarla con poco vinagre. No le decía nada, y era su silencio lo que no dejaba escuchar el sonido de los cubiertos. Un silencio expectante, una mirada imperativa, que cada noche, cuando Who dejaba los platos en el fregadero y le daba el beso de buenas noches, se tornaba decepción. «¿Cuándo lo vas a hacer?». Eso era lo que le preguntaba su madre sin mover un músculo de la cara.

Pero cada noche regresaba a casa con las manos vacías. Y limpias.

—Hay una mujer, y una niña. Lo quieren. Forman una familia.

Estaban en la cocina, ya habían cenado y en el hule quedaban unas migas de pan y el surco de humedad de un vaso. Who lo dijo sin pensar, le salió así, mientras recogía las migas y secaba la humedad del hule con una bayeta. Para evitar mirar a su madre, dirigió la mirada al televisor. Anuncios de detergente. Limpio como una patena. Se preguntó cuánta gente sabría qué es una patena. La piel de Mei era limpia como una patena. Sus ojos también. Hubiera querido refugiarse en ellos y no tener que enfrentarse solo a los de su *madrstra*.

Cuando inconscientemente quería poner distancia con Maribel, no pensaba en ella como su madre; al menos en eso, el veneno que Chang trataba de hacerle beber con sus lavados de cerebro surtía efecto. Cuando Teo le pegaba (no solía hacerlo, esa era la verdad, pero alguna vez sí le dio algún que otro bofetón que sonó más a desahogo que a castigo), también pensaba en él como su *padraastro*. Como algo ajeno que de vez en cuando crece por encima de la uña. Un pedazo de piel que se desliga de la carne y que es molesto y escuece hasta que lo arrancas.

—¿Qué quieres decir con eso?

No fue una pregunta. Fue un abordaje. «Atrévete a decir lo que estás pensando, di

que tienes dudas, que no sabes qué hacer. Dime a la cara que no vas a vengar la muerte de *mi* esposo».

Who miró a Maribel. Ponerle nombre también la alejaba de su cuerpo echado adelante, expectante, con los codos apoyados en los brazos metálicos de la silla de ruedas. Como si pudiera levantarse, saltar hacia él. La miró esquivando aquel apremio, se entretuvo quitando las migas de pan que se habían quedado enganchadas en la bayeta. En la televisión, un anuncio de desodorante. Natural. Lo único natural es la piel, a veces cuando suda. A veces cuando se apena. A veces cuando se muere.

—Digo que han pasado catorce años, que las personas cambian.

No le dijo que estaba enamorado de una trabajadora ilegal.

No le dijo que tenía miedo de ir a la cárcel, que era joven, que tenía un futuro, cualquier futuro, lejos de esta casa que también lo había vuelto inválido a él. Tampoco le dijo a Maribel que la quería, que siempre la querría, donde quisiera que fuese, como nunca llegó a querer a Teo. Que algún día sería abuela, y él le enviaría fotografías y postales de su casa nueva, de su negocio nuevo, de sus nietos con sangre española y china. Que les enseñaría las canciones que ella le cantaba de niño, que no los dejaría fumar, ni siquiera tabaco chino. Que nunca tendrían que humillarse para comer.

No hubiera servido de nada, lo supo en aquel momento. Sus palabras, sus razones, habrían rebotado en la mirada de muro de Maribel. No quiso decirle todo aquello para no sentir que se le abría una herida que nunca se cerraría, para no escuchar ni ver que a su madre no le importaba la felicidad de su hijo (extrañamente, Who jamás se había llamado a sí mismo *hijastro*). Solo su propio dolor. Y que ese dios era insaciable y exigía todos los sacrificios, y el de las esperanzas de Who antes que ninguno.

Se limitó a sacudir las migas de la bayeta en el fregadero, pero esta vez Maribel no le recriminó que así atascaba el desagüe, que utilizase el cubo de la basura, que para eso estaba. Cuando Who se volvió, ella había salido de la cocina. La escuchó entrar en el dormitorio de Teo. Un minuto después oyó las ruedas de la silla deslizándose por el parqué de regreso. Con un movimiento enérgico rodeó la mesa y se detuvo a un centímetro de él. En el regazo traía una cajita metálica de color verde oliva rectangular. La puso sobre el mármol.

—Ábrela —le ordenó a Who.

No necesitaba hacerlo. Sabía lo que contenía. Había escuchado aquella historia cientos, miles de veces. Aun así, Maribel la repitió, abriendo la caja por él. Le costaba hablar por culpa de una emoción tan intensa como desgarradora.

—Desde que era poco más que un niño, Teodoro sentía fascinación por las monedas, los timbres, los billetes. Decía que el dinero se ensucia al pasar de mano en mano, pero que cuando por fin sale del circuito que lo infecta se convierte en algo

hermoso, en un objeto que simboliza el afán de los seres humanos a lo largo de la historia por cuantificar las cosas, por darles una forma concreta, por vencer la arbitrariedad del simple intercambio. Un billete como este, una moneda igual que estas que hay aquí explica parte de ese afán por civilizarnos. Le gustaba imaginar a qué olían recién salidos de la ceca o de la imprenta, en cuántos bolsillos habían viajado, qué lugares habían visto, qué cosas se habían comprado y vendido con ellos como hilo conductor, cuántas vidas se habían arreglado o destruido, cuantas desdichas o alegrías habían causado. Tenía una de las mayores colecciones de este país, empleó toda su vida en reunirla, pero le faltaban estas, exactamente estas piezas con las que vivió obsesionado. Conseguirlas era su sueño, su pasión. Un hombre sin sueños ni pasiones no es más que una mortaja, y no importa si son sellos o latas de cerveza. Cuando se tiene una obsesión no se descansa hasta cumplirla, por absurda que pueda parecerle a los demás. Teo tardó años en dar con las piezas que guarda esta caja, se gastó tanto dinero que casi nos lleva a la ruina, y tanta energía que casi enferma. Tú deberías saberlo, deberías recordar su cara aquella mañana, cuando por fin cerró el trato. Era el hombre más feliz, más lleno de vida, más orgulloso que yo haya visto jamás. Nunca lo había visto de ese modo, levitando por encima de todos nosotros. Creo que fue el instante en que más lo amé... Y en aquel preciso momento, ese hombre que se presentó en mi casa hace unas semanas como si no hubiese pasado nada, ese que tú dices que tiene derecho a cambiar, me lo arrebató. ¡Sentí su sangre salpicándome la cara!, ¡vi cómo se le caían de las manos las monedas!... No pude reaccionar. Y aun así, fui capaz de interponerme entre tú y el disparo que te habría matado y que me quebró para siempre la vida. Me perdí para salvarte. Me lo debes. Me debes la vida de ese asesino.

—¿Aun a costa de arruinar la mía?

Maribel no contestó. Lo miró fijamente. Y la herida que Who no quería abrir empezó a sangrar.

A veces Sara odiaba a su madre, a veces incluso odiaba a todo el mundo. Excepto a Eduardo. Él se mantenía a salvo de esa sensación un poco inconcreta que, pensándolo bien, quizá no era odio propiamente, sino más bien un creciente malestar cuando estaba con otras personas, una especie de inquietud que siempre escuchaba por debajo de la piel, como el discurrir del agua por la cañería cuando tiraba de la cadena. Ocurría que en ocasiones ese leve runrún de queja crecía dentro de su cabeza hasta llegar a ocupar todos sus pensamientos. No sabía por qué le ocurría, ni existía un detonante para que sucediera. Pero sucedía, y ella no era capaz de impedirlo. Cuando eso ocurría intentaba tranquilizarse (ahora tenía un aliado, su gato de la suerte, lo abrazaba fuerte, le hablaba y le cantaba canciones fingiendo que no oía lo que oía, ese zumbido de moscas atrapadas en su pabellón auditivo).

Solo se le ocurrían símiles para explicar lo que le ocurría, y la doctora le decía que eso estaba bien, las imágenes que ella inventaba con sus sensaciones ayudaban a los demás a comprenderlas mejor. Pues bien, esa sensación en el oído era... «¿Como cuando atrapas una mosca en un vaso boca abajo y la escuchas golpearse contra el vidrio?», le insinuó Eduardo, cuando ella quiso explicarle que no le había pegado una patada en la rodilla maltrecha por malicia, sino porque escuchaba *eso* dentro de su cabeza. Y era así exactamente. Por eso Eduardo era distinto, porque era como ella.

Antes de escaparse de casa había visto a su madre sentada junto a la ventana. Tenía la cabeza erguida y los hombros rígidos. Estaba fumando en su dormitorio y el humo le desfiguraba la cara, o se la hacía de nuevo, de un tono de queja. Esa era la postura que su madre adoptaba cuando algo la entristecía. Y si estaba fumando al lado de la cama significaba que muy pronto iba a empezar a llorar, y luego bebería y el llanto se volvería como la lava, espesa, pegajosa y abrasadora. Cuando veía a su madre así, el rumor de la rabia de Sara empezaba a crecer, y las moscas comenzaban a volar demasiado cerca de su oído. Y entonces sentía unos deseos irreprimibles de escaparse de casa, de meterse debajo de un banco de la calle, como ahora hacía, encogida sobre las rodillas, abrazando a su gato y tapándose la cabeza con las manos, hasta que el ruido cesaba. No huía para castigar a su madre, ni por malicia. «No, claro que no. Es solo que necesitas correr, gritar, porque si no, te rompes por dentro». Sí, Eduardo la entendía. A veces, años atrás, él también necesitaba hacerlo, le confesó.

Ahora estaba mejor. Esa era la verdad. Ya no necesitaba seguir escondida, el suelo estaba sucio, había colillas de cigarrillos y cáscaras de pipas que se le metían en los calcetines y le pinchaban las pantorrillas. Podía volver a casa, conocía el camino, solo se había alejado un par de manzanas. Se sacudiría el polvo, se alisaría el pelo y regresaría tranquilamente. No quería ir al hospital otra vez. No, ahora estaba bien, solo había sido un pequeño aviso, para que su madre dejase de llorar antes de empezar a hacerlo. Cuando estaba triste la odiaba un poco más. Y no quería odiarla. Por eso le gustaba, también, Eduardo. Porque su madre parecía una flor dentro de una flor cuando él rondaba cerca. Porque la veía pintarse los pómulos con el *polvorete* y se reía nerviosamente cuando se le caía la polvera al suelo. Eduardo ahuyentaba las tristezas, se las quedaba para él, las suyas y las de los demás. Por eso siempre iba con los hombros un poco echados hacia adelante, como si cargara con un pesado saco de arpillera repleto de tristezas de los demás.

—No me he escapado por maldad —le dijo a su gato, moviéndole el brazo de plástico arriba y abajo como si jugasen al yoyó. Pero a su gato no podía mentirle, así que tuvo que taparle los ojos con la mano porque le dio un poco de vergüenza.

A veces uno se escapa para que lo encuentren. Y a ella le gustaba saber que su madre y Eduardo estaban buscándola en aquel preciso momento. Juntos. Dejaría que la buscasen un poco más, y luego se dejaría coger.

—Bonito gato.

La voz no tenía cara, solo pies. Más bien un par de botas de suela ancha y remaches dorados paradas justo delante de su cara. Sara miró desde el suelo a través de los intersticios de madera del banco. Unos ojos la miraban, y por encima de ellos estaba el cielo. Un cielo bonito, de colores malvas y naranjas.

—Puedo verte. Y a tu gato también.

Movida por la curiosidad, asomó la cabeza como un ratoncillo que otea el horizonte antes de aventurarse fuera de la madriguera.

—No es un gato cualquiera. Se llama Maneki.

—Ya me lo había parecido. —Ahora el desconocido se había acuclillado y los ojos y la voz tuvieron cara. Una cara que a Sara le gustó. Había caras que le gustaban y otras que no. Esta sí. Inquieta, sus ojos saltaron enseguida al paquete que llevaba debajo del brazo. Le gustaban los paquetes. Guardan cosas que quizá no todo el mundo tiene permiso para ver—. Deberías salir de ahí abajo. Las lombrices van por el suelo, pero las mariposas vuelan. Y ya no llueve, no hay peligro para tus alas.

Sara sonrió. ¿Cómo podía él saber que ella escondía unas alas invisibles que se rompían cuando llovía? Aceptó la mano que él le tendió y salió de debajo del banco.

—Así está mucho mejor. Me llamo Who. Creo que tu gato y yo ya nos conocemos.

—¿Cómo es posible? Nunca lo dejo salir solo.

—Ya sabes que los gatos son espíritus libres. Tal vez, cuando duermes, salta por la ventana y patrulla el barrio. Quizá nos hemos visto por la calle alguna noche.

No era posible que Maneki se escapara por las noches porque Sara se ponía de rodillas en la cama y lo vigilaba atentamente; le ordenaba cosas con la mente (los gatos tienen una gran capacidad telepática). Maneki a veces obedecía sus órdenes mentales, movía el brazo o pestañeaba con parsimonia; otras veces no (así demostraba su carácter independiente). Sara nunca le había contado estas cosas a su madre, ella habría dicho que eran figuraciones suyas. Pero Eduardo sí la creía, si bien le advirtió que no era bueno ir contando esas cosas por ahí: «No todo el mundo está preparado para ciertas cosas. La gente cree lo que quiere creer, de modo que eso, lo que ellos creen, es lo que acaba convirtiéndose en lo que llaman *realidad y verdad*». Sara comprendió lo que Eduardo quería decirle. Si andaba diciendo por ahí que su gato de juguete cobraba vida cuando ella se lo pedía sin palabras, o que tenía alas invisibles que se lastimaban con la lluvia, o que las moscas transparentes le zumbaban en el oído, los demás la mirarían con cara de desconcierto y la tomarían por tonta, por loca o por algo mucho peor: la acusarían de no vivir en la realidad y de no aceptar la verdad.

—¿Por qué te escondes debajo de un banco? ¿Por qué no detrás de un árbol o en un portal?

Sara examinó de arriba abajo a Who. Era como una mancha oscura que vestía una mancha muy blanca, con el pelo revuelto y sus uñas pintadas de negro. Le pareció que tenía la voz muy aññada, como si el niño que vivía dentro de él no hubiese crecido a la par que su cuerpo. A ella le ocurría algo similar: su mente crecía demasiado aprisa y el cuerpo no podía seguirle el ritmo, así que no era una niña de trece años pero lo parecía, lo cual solía ser un problema para hacerse respetar en el mundo de los adultos, demasiado proclives a dejarse llevar por las apariencias. Por eso, también, le gustaba tanto Eduardo: veía lo que había que ver y no se perdía en el paisaje. Eduardo la tomaba en serio.

—Porque entonces quizá no me encontrarían. Y yo quiero que me encuentren.

—¿Y tardarán mucho, esta vez? Pronto anochecerá.

Sara se encogió de hombros.

—Tú me has encontrado.

—Pero yo no te buscaba. Al menos, no a ti... Eso debe de significar algo.

El último brillo de la tarde después de la lluvia alumbraba directamente el rostro de Sara. Usó la mano como visera para verlo mejor. Pensó en ese instante en el jarrón de latón sin flores que su madre tenía en la cómoda del recibidor; era un jarrón feo, a ella se lo parecía y debía de serlo. Un jarrón sin flores. Pensó en eso sin saber por qué. A veces le ocurría: pensaba en cosas sin sentido, sin ningún motivo aparente, simplemente la imagen se adueñaba de su pensamiento y no podía pensar en ninguna otra cosa. Tampoco supo por qué la imagen de ese jarrón feo sin flores la puso de repente tan triste. También le ocurría que, de vez en cuando, se entristecía sin más; podía andar por la calle de la mano de su madre cantando cualquier canción que había escuchado en la radio y entonces se cruzaba con la cara de una persona mayor, o con una mujer con la sombra de bigote en el labio, o con un perro con la oreja mordida, o veía el toldo de una heladería descolorido, y en ese momento la canción se le iba, se escondía en alguna parte dentro de ella y se quedaba taciturna y muy triste.

De repente, al ver al señor Who, más exactamente al ver cambiar de brazo su paquete, pensó en el jarrón, en su casa, y la música se le fue a otra parte. Un jarrón sin flores. Un jarrón de latón.

—¿Me harías un favor? —le preguntó el señor Who—. ¿Podrías entregarle este paquete a Eduardo? Dile que es de parte de Teodoro López Egea.

Sara cogió el paquete. Le gustaba tener una misión.

—Y ahora será mejor que vuelvas a casa. Creo que es lo que está diciendo tu gato.

Sara lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú también escuchas a Maneki?

El señor Who sonrió.

—Ya te he dicho que nos conocemos del barrio.

Capítulo 17

Martina marcaba los días pasados con una raya roja y señalaba los eventos venideros con círculos de diferentes colores (verdes las visitas, amarillo los festivos, azules los jueves últimos de cada mes. ¿Por qué Eduardo estaba en un círculo azul y no en uno verde, como los demás? El verde es color esperanza. El azul es color de la nostalgia, del cielo, de lo imposible). En la muñeca de Martina el reloj de pulsera iba sumando segundos a los minutos. Las 10:45. Las 10:46. Las 10:47... Y él continuaba callado.

Había dicho algo a las 10:44. Tenía el momento fijado porque mientras hablaba no apartaba la mirada de ese reloj de pulsera cuadrado, pequeño, dorado, de mujer. Sus ojos se deslizaban del reloj a la fina pelusa decolorada del antebrazo de la doctora y se detuvieron un instante en una pequeña marca en su piel, un lunar poco más grande que una peca del tamaño de una lenteja. Imaginó que debía de tener más por todo el cuerpo. Un cuerpo de pequeñas lentejas que debía cuidar con protección solar cuando iba a la playa.

La doctora había anotado en su libreta de anillas la frase. Estaba allí y no podía negarla: «Yo los maté. Aunque solo él está muerto». Y para darle énfasis, ella la había subrayado con dos trazos gruesos que habían dejado el relieve al otro lado de la hoja.

—Fui a verla a su casa —añadió a las 10:48, como si aquella frase estuviera incompleta y reclamara su final.

Fuera de ellos dos, del despacho y del calendario, fuera del reloj y de la frase anotada en la libreta, el mundo era más luminoso, más sencillo y llevadero. El último frente de borrascas de la primavera se alejaba en forma de curva con puntas sobre el mapa de Europa, hacia el mar, donde cabe todo. Lucía un sol hermoso y todavía no había llegado el bochorno que pega la ropa al cuerpo; todavía no había caravanas interminables de expatriados que escapaban de Madrid cargados de maletas y esperanzas de descubrir algún paraíso económico. La ciudad era acogedora en aquellos días de mayo, se dejaba querer. Quizá la doctora estaba pensando en su apartamento de la costa, en los pintores a los que había encargado repasar las paredes y reparar la herrumbre del óxido en las barandillas. Tal vez estaba haciendo planes mentalmente, descontando días en rojo, para escapar también. Eso explicaría la distancia que Eduardo notaba entre su expresión, circunspecta, como si aquella frase escrita fuese un problema irresoluble de álgebra, y el brillo al final de sus ojos, un brillo ensoñado y ausente.

¿Por qué razón había ido a ver a Maribel? No lo sabía. Esa era la verdad. En aquellos casi catorce años no había sentido la necesidad de hacerlo, excepto en alguna ocasión, cuando sus pesadillas eran tan intensas que parecían mensajes codificados de su culpa, que le hablaba en un idioma que no entendía. Es después de

sentir el impulso, que intentamos racionalizarlo. La verdad es que llegó hasta su portal, subió las escaleras, llamó al timbre y no pensaba en nada. No esperaba nada. Solo sentía que debía hacerlo. Estar allí.

Martina anotó algo en el borde de la hoja, sobre la frase subrayada, un apéndice con letra diminuta que Eduardo no alcanzaba a leer. Él tenía los brazos cruzados sobre el pecho, se protegía contra la soledad. «No hagas eso», solía recriminarle a Tania cuando le daba una charla y su hija adoptaba aquella actitud defensiva, como si al apretar las manos debajo de las axilas cerrara un caparazón donde las palabras rebotaban y caían exangües a sus pies. No importaba cuánto se desgañitase. Mientras Tania mantenía los brazos cruzados, no había nada que hacer.

—¿Qué impresión le causó ver a Maribel después de todos estos años?

En el momento inmediatamente posterior a llamar al timbre, Eduardo quiso correr escaleras abajo. Y cuando la puerta se abrió deseó ser invisible, no estar allí, pero eso era imposible. Vio a una mujer en una silla de ruedas, con las piernas enrolladas en una manta escocesa, vestida con un kimono de seda artificial. Tenía el pelo casi blanco recogido en un moño con una tirantez extrema.

¿Se acordaba ella de él? No solo se acordaba, sino que no lo había olvidado.

—Ha dado un gran paso adelante, Eduardo. El perdón cura las heridas, pero no puede esperar que las cosas sean de repente como usted quiere. Necesitan tiempo — dijo Martina. Y a él le pareció que escuchaba a una monja. Encerrada en un claustro cuyo único contacto con el mundo era un torno por el que intercambiaba pastillas, recetas y consejos inútiles. Solo le faltó hacer la señal de la cruz. En la liturgia de la doctora el equivalente fue extenderle una receta de neurolépticos sin que tuviera que pedirla.

Eduardo observó sus uñas pintadas de color hueso en el borde del papel. Avanzamos. ¿Hacia dónde? El perdón, ¿de quién?

—¿Quiere preguntarme algo?

Hay mundos irreconciliables, que viven de espaldas al otro. Tiró de las recetas hacia su mano.

—Nada, doctora.

—Bueno, pues nos vemos en junio.

«Tal vez», pensó Eduardo. «Tal vez».

Decidió caminar. No era un día para desperdiciar enterrado en el metro. No estaba alegre, pero compró unas flores sin escuchar los consejos de la florista. «Unas cualquiera», dijo. Y la respuesta ofendió a la chica, que acomodó como un pistolero las tijeras de podar que asomaban sobre su delantal de cuero. Se quitó uno de los guantes verdes que llevaba puestos y señaló unos manojos que descansaban recién regados en el mostrador: margaritas, rosas, verbenas... Eduardo asintió, como si

todas le parecieran bien. Solo quería alegrar un poco el jarrón de latón sin flores que tanto entristecía a Sara. Fueron margaritas, blancas y lilas. Las azules eran más caras. Paseando con ellas por la calle aquella mañana soleada parecía un enamorado, a no ser por el gesto desmayado con que las sostenía, como si pasara a un caniche empeñado en oler todos los pipis de las farolas. Eso le daba el aire de alguien que había recibido un «no». Quizá por eso algunas personas, sobre todo las mujeres, lo miraron con cierta compasión.

Al llegar a la esquina de la calle León, un tumulto de gente impedía el paso. Se escuchaban sirenas de bomberos y una espesa humareda ascendía por encima de la manzana de edificios. El viento traía cenizas y un olor de madera y plástico. Eduardo logró abrirse paso entre los curiosos y vio coches de la policía y ambulancias subidos en la acera frente a una casa de antigüedades. Un bombero estaba tirando abajo la puerta de madera con una piqueta y otro rompía el escaparate. La policía municipal apartaba a los mirones y el SAMUR tendía una loneta a modo de cortina para proteger la intimidad del lugar y permitir que los médicos pudieran trabajar tranquilamente.

Desde detrás de esa mampara de tela llegaban voces apremiantes. Por debajo, Eduardo vio aparecer una pierna colgando sobre una camilla de campaña. La pierna pertenecía a un cuerpo en carne viva de alguien sin rostro que apenas dejaba ir un murmullo de vida. Durante varios minutos, un médico y un auxiliar trataron de reanimar su corazón con masajes rítmicos y frenéticos. Alguien trajo una mascarilla y una bombona de oxígeno. Desde su posición, Eduardo no podía ver si la persona abrasada reaccionaba o no, pero se le ocurrió que aquellos golpes le debían de haber hundido varias costillas. Dos enfermeros y dos bomberos con la cara y el casco cubiertos de hollín trasladaron la camilla a la ambulancia más cercana. La policía abrió paso y el ulular de la sirena se alejó calle arriba, en contra dirección.

Los bomberos empezaron a rociar la casa de antigüedades con espuma y mangueras a presión. En el edificio de viviendas contiguo, la policía desalojaba a los inquilinos y los empujaba hacia la zona de seguridad. Algunos protestaban (hay quien protesta aunque alguien intente protegerlo), otros lloraban, cargaban una jaula con un periquito, un gato en brazos, un perro que ladraba enloquecido con el ruido de las sirenas que taladraba su sensible oído canino. Algunas personas hablaban con los agentes y estos tomaban notas en su libretita. El incendio había devastado buena parte del local; al parecer se había originado en los sótanos de la tienda. La acumulación de ropa vieja, de muebles y de pinturas había acelerado las llamas con una voracidad de la que apenas se habían librado algunos objetos que los bomberos iban sacando poco a poco por la puerta y las ventanas rotas: una escultura en bronce de Marco Aurelio con el rostro ennegrecido, un crucifijo barroco con la cruz chamuscada, cucharas, platos, vasos, un sillón Luis XIV. Desde fuera, aquel trajín evocaba el saqueo de una

casa en convulsos tiempos de revolución.

Pasados quince minutos, el fuego empezó a remitir y los merodeadores de desgracias perdieron interés. Solo quedaron los más recalcitrantes, aquellos que sentían un placer secreto por la desgracia ajena. La masa compacta de curiosos se fue disolviendo sin más, y cuando los bomberos terminasen su trabajo solo quedaría una mancha negra en la fachada y la cinta balizadora de la policía municipal. La ciudad se acostumbra a todo.

Eduardo se apartó para dar un rodeo. Se le había quedado impregnado en la ropa el humo, y las margaritas parecían más tristes y lánguidas. Entonces vio a Ibrahim. Estaba entre los pocos que todavía permanecían detrás de la barrera y su cabeza destacaba por encima del resto. Contemplaba la escena impasible. Ibrahim giró la cabeza y lo vio. Intercambiaron una mirada. Eduardo había iniciado el gesto de saludarlo, pero detuvo su brazo a medio camino. Como si no lo hubiera visto, Ibrahim retrocedió y se alejó en dirección opuesta.

Al llegar a casa, la noticia del incendio había saltado ya a las emisoras de radio. Sentada en el vestíbulo, junto a sus revistas de moda, Graciela escuchaba el transistor con la mirada ausente y un pitillo a medio consumir entre los dedos. Decían en antena que solo cabía lamentar el deceso de Dámaso Sebastián, de setenta y dos años de edad, propietario de la casa de antigüedades desde hacía más de cuarenta años y sin familia, según los testigos. Dámaso había muerto antes de llegar a la unidad de grandes quemados del Hospital de la Paz a causa de la gravedad de las quemaduras y la inhalación de gases, a la espera de lo que concluyera la autopsia forense.

—Ha sido aquí al lado. Me he traído el incendio en la ropa —dijo Eduardo a modo de saludo, dejando las flores en el mostrador de la portería, junto a un paquete envuelto en papel de estraza—. Son para tu jarrón vacío. Creo que a Sara le gustarán.

Graciela resbaló sobre las flores sin prestarles atención y se concentró en él. Fumaba fingiendo estar tranquila, pero apretaba demasiado la boquilla al dar las caladas y expulsaba el humo sin pausa por la nariz.

—¿Sabías que pago para follar? Al menos, lo he hecho, una vez.

Lo inopinado de la pregunta que conllevaba la respuesta golpeó a Eduardo en la frente, como si le hubiesen dado por sorpresa un palmoteo entre ceja y ceja.

—No creo que sea algo que yo necesite saber, sinceramente.

Graciela aplastó el cigarrillo en el cenicero como si estuviera ahogándolo en un barreño lleno de agua.

—Claro; se me olvidaba: tú no necesitas nada de mí, ni de mi hija. No te interesa nada de nadie, en realidad.

Eduardo se sintió desconcertado por aquella hostilidad sin cuento. Graciela cogió el paquete del mostrador y lo sopesó entre las manos.

—... Pero esto sí te interesa. Resulta que el tipo que cobra por darme por el culo

te conoce. Sabe dónde vives, sabe cómo te llamas, y por supuesto, sabe lo que mi hija y yo sentimos por ti. Dudo que sepa lo que tú sientes por nosotras, aunque es lógico, eso no lo sabes ni siquiera tú.

Eduardo no contestó. Se había quedado con la lengua pegada al cielo de la boca. Tenía los ojos fijados obsesivamente en las lengüetas de la camisa *beige* de manga larga que llevaba puesta Graciela. Equidistante a las puntas del cuello de la camisa, un escapulario se balanceaba con su respiración agitada. Se notaba el relieve de un pecho bajo los botones de marfil hinchándose y deshinchándose. Solo uno.

Eduardo desvió la mirada hacia las margaritas. Sara tenía razón: los jarrones vacíos provocan tristeza.

Se volvió hacia Graciela y la miró sin vergüenza ni culpa. «El perdón ayuda», le había dicho Martina. Pero ella no sabía cómo son las cosas, era como una monja detrás de su torno. Lo único que sentía era una profunda tristeza, y ni siquiera podía afirmar con rotundidad que la sintiera por él mismo. Pensaba en Sara y en Graciela, en las personas que, como ellas, inventaban héroes en los que creer, héroes capaces de tenderles la mano para impedir que siguieran cayendo. Tal vez existían, pero él no lo era. Nunca lo había pretendido.

—Te lo he intentado explicar muchas veces, Graciela. No soy el hombre que crees que soy. Me has inventado como compañero para ti, como padre para Sara. Pero ese hombre solo ha existido en tu cabeza.

—¡¡¡No me llamo Graciela!!!... —El grito resonó por encima de la transmisión de la radio, y durante un instante la hizo enmudecer, como si las palabras la hubieran traicionado, pero enseguida se recompuso—. No me hables de lo que yo invento, de lo que yo siento, de lo que yo creo. No sabes nada. Estás tan ciego...

Los dos se miraron en silencio. A ella le temblaban los labios y unas lágrimas que no terminaban de salir convertían el iris de sus ojos en espejos luminiscentes que reflejaban la silueta desdibujada, borrosa, de Eduardo.

—No quiero ponerlos en peligro a ti o a Sara. Recogeré mis cosas y te pagaré lo que queda del mes. Me iré mañana mismo.

Graciela sacudió la cabeza, pero esta vez sin furia, en todo caso como la cola de una tormenta que se va alejando con su rumor hacia las montañas. Con ese halo de tristeza que queda en el paisaje goteante sin sol.

—Sigues sin entender nada, ¿verdad? —Le alargó el paquete que llevaba rato sosteniendo entre las manos—. Ese tipo le pidió a Sara que te diera esto: de parte de Teodoro López Egea.

Eduardo examinó el paquete como si fuera un objeto extraño que no sabía por dónde abrir. Cuando alzó la cabeza, Graciela miraba hacia la puerta entreabierta del apartamento. Sara estaba en el umbral, con un pie calzado con un calcetín rosa con elefantitos azules asomando y medio rostro. El otro medio permanecía oculto detrás

del marco de la puerta. También asomaba la mitad de su gato. Aquella media mirada de un solo ojo se concentraba en él. Había algo distinto en ella. Las palabras que se escuchan cambian la percepción de lo que se ve. Ni Graciela ni Eduardo sabían cuánto había escuchado Sara.

—Vuelve dentro, hija —le pidió Graciela, acompañándola con un gesto perentorio de las manos hacia el apartamento, como si pretendiera contener su cuerpo para que no escapara, como un herido que se sostiene las vísceras después de pisar una trampa bomba para no desangrarse.

Antes de desaparecer tras la niña, Graciela se volvió hacia Eduardo.

—Solúcionalo, sea lo que sea.

Eduardo asintió. Quiso decirle que no olvidara colocar las flores en el jarrón. Eso mitigaría un poco la tristeza de Sara.

El paquete contenía un par de billetes muy viejos de cien pesetas con la esfinge de Goya, más uno de mil con el retrato de Luis Vives; también contó varios de veinticinco pesetas con la cara de Flórez Estrada. En total, unas mil trescientas pesetas en billetes emitidos entre 1944 y 1947. A primera vista eran billetes sin nada particular, viejos, en desuso, tal vez con un valor para coleccionistas que nada tenía que ver con él. Pero al alzarlos y observarlos a contraluz podían apreciarse diminutas manchitas en forma de explosión disecada. Había una nota escrita en un pósito: una dirección y una hora. Fue a la nevera y solo encontró los restos de un vino con muy mala intención. Se llenó un vaso y lo bebió sin respirar. Repitió la acción hasta que las manos dejaron de temblarle.

«El castigo no tiene sentido si no entiendes por qué eres castigado». Durante trece años largos de encierro, todos los esfuerzos de los psiquiatras y de los funcionarios que lo habían interrogado fueron destinados a hacerle comprender esa verdad. Y esa pretensión era la que perseguía la doctora Martina cuando afirmaba que solo pretendía ayudarlo a *reinsertarse*. Era una palabra extraña, significaba que en algún momento él había formado parte del engranaje al que todos se someten, que antes de ver morir a Elena y a Tania él había sido un pequeño piñón de una maquinaria que funcionaba sin demasiadas fricciones. Con la muerte de su familia el piñón se había estropeado y había causado una avería en cadena, más muertes, más sufrimiento, tan inútil como el suyo. No había querido confiar en la Ley, y eso era imperdonable. Más incluso que la tragedia que había provocado en Teo, en Maribel y en su hijo, piñones sin importancia para la maquinaria como él, al fin y al cabo. «No podemos permitir que cada uno se tome la justicia, minúscula, por su mano. Entonces provocaríamos el caos, y la máquina toda dejaría de tener razón de ser», le había advertido Martina.

Un loco mata sin razones, o con las suyas, incomprensibles para los demás. Pero él no era uno de esos psicópatas con los que había convivido a lo largo de trece años

en Huesca. Eduardo actuó empujado por un *arrebato*. Otra palabra que a la doctora le encantaba anotar en su libreta. A él podían curarlo, afirmaba. Podían repararlo, reinsertarlo como algo nuevo. Bastaba con agachar la cabeza, con olvidarse del pasado, con aceptar el perdón.

Pero la doctora se equivocaba.

Eran las siete de la mañana y el parque estaba vacío. El vigilante que abrió la cancela se desentumecía los músculos como un gran león después de la siesta. Observó con curiosidad al señor Who, y su mente, aturdida por una noche de incómodo sueño en su garita de vigilancia, no distinguió si se trataba de un hombre o de una mujer. El señor Who caminó sin prisas hacia el Palacio de Cristal cruzándose con los primeros paseantes con ropa de deporte que se dedicaban a hacer *footing* por El Retiro. Después vendrían los paseantes de perros con sus bolsitas para los excrementos, los quiosqueros, los camiones de reparto y la patrulla montada de la policía municipal.

El estanque artificial tenía la apariencia de una laguna galesa. Sobre la superficie verdosa flotaba una ligera neblina.

Eduardo esperaba sentado en uno de los bancos del extremo sur. Tenía la mirada vacía. Se restregaba mecánicamente las muñecas, primero una, después la otra, como si le acabaran de quitar unos grilletes. Who estuvo observándolo largo rato, con una mezcla de decepción y resentimiento. Había estado esperando tanto aquel momento, lo había preparado tan concienzudamente, que ahora le parecía que aquel hombre abatido con una gabardina de color hueso no estaba a la altura de lo que se esperaba de él. Sintió también la ira de no poder decir que lo odiaba como debía. Who había odiado toda su vida a una sombra, y tuvo la sensación de que no pertenecía a aquel hombre.

Eduardo escuchó pasos a su derecha y se volvió. Al ver a Who, la piel debajo de la incipiente papada se sonrojó. No supo si debía ponerse de pie o permanecer sentado. Se quedó a medio camino de la duda, con el culo al borde del asiento y un brazo flexionado sobre el respaldo. «Así que eres tú». Sus labios no se movieron, fue su mirada la que habló. No lo sorprendió, realmente. Cuando Graciela le describió a Who —«no parece un hombre y tampoco una mujer, tiene una especie de línea invisible que lo parte en dos mitades»—, Eduardo recordó casi al instante aquel encuentro de hacía meses en el metro al salir de El Retiro con aquel joven que olvidó el gato chino. Recordó la inquietante sensación de que ya lo conocía, de que aquel encuentro no fue casual.

—Has crecido —fue lo único que se le ocurrió decir. Era una frase estúpida, dadas las circunstancias, como si los uniera un vínculo familiar lejano, un tío que reencuentra a su sobrino después de catorce años y descubre que el mocoso es ahora

un hombre en la plenitud de su vida.

Who se sentó a su lado. Aquella mañana traía un tres cuartos, negro, de entretiempo con las solapas del cuello alzadas. Metió las manos en los bolsillos y hundió la barbilla elevando los hombros. Miró fijamente la neblina del estanque que ya empezaba a perder solidez. Entre los jirones aparecía de vez en cuando la superficie y asomaban burbujas de aire y suaves ondas en el agua causadas por los peces.

—Tenía mis dudas de si vendrías o no —admitió Who, mirándolo de reojo—, pero algo me decía que lo harías. En realidad, es como si te conociera desde los nueve años. He soñado contigo cada noche. —El aire que lo envolvía era triste, no amenazante. Un tono de tristeza que se alejaba del dolor que la causaba, un dolor lejano enquistado como una enfermedad incurable que había aprendido a sobrellevar.

Eduardo sacó del bolsillo los billetes que Who le había hecho llegar a través de Graciela. Estaban cuidadosamente doblados en un fajo que colocó en el banco entre ambos.

—No había necesidad de amenazar a Graciela y Sara. Fui a ver a tu madre, y sabía que tarde o temprano volverías a aparecer. Hubiese acudido de todas maneras a tu llamada. Aceptaré lo que sea, estoy cansado de seguir cargando con esto.

Who intentó calibrar la sinceridad de Eduardo, pero no lo consiguió. ¿Sabía que estaba allí para matarlo?, ¿que escondía en uno de los bolsillos un pequeño revólver del 22 que pensaba utilizar? Podía imaginarlo, sin duda. Pero no tenía miedo, y no debía de ser porque confiase en poder convencerlo para que no lo hiciera. En el fondo, parecía esperar precisamente todo lo contrario.

—No pensaba hacerles daño. Yo no soy así. No soy como tú. —Se puso de pie, miró al estanque. Sacudió la cabeza y la ladeó hacia Eduardo—. ¿Has experimentado alguna vez la sensación de ser un árbol sin raíces? Yo me siento así desde que tengo uso de razón.

Eduardo esquivó el sol que se reflejaba en los ojos de Who. El rencor que brillaba en ellos era como una luciérnaga atrapada en una cuenca oscura de cristal. Se concentró en las algas que flotaban bajo la película verdosa del estanque. Se dejaban mecer como serpentinas cerca del ciprés de India, en cuya corteza estaba grabado su nombre y el de Elena. Quería decirle al joven que lo entendía, que uno no es nada si no se tiene una tierra donde arraigar. Su tierra era su familia, y sin ella Eduardo solo era un tronco podrido por dentro esperando que cualquier tormenta lo partiera por la mitad.

Se dio cuenta de lo que Who iba a hacer; lo adivinó en el movimiento de su mano dentro del bolsillo del tres cuartos. Vio la culata de madera que el chico aferraba. «Hazlo —pensó—, acabemos con esto». Pero instintivamente se recogió sobre sí mismo. Nadie quiere morir, ni siquiera los que quieren hacerlo.

—Demos un paseo —le pidió Who. No era una orden, sino la aceptación de algo que parecía inevitable para los dos.

Eduardo asintió. Se levantó y miró el bulto en el bolsillo de Who. No había nadie alrededor. Por el sendero de tierra batida que cruzaba detrás de ellos se veían a lo lejos algunas personas corriendo. Nadie acudiría a ayudarlo.

—¿Me vas a disparar por la espalda?

Who no respondió. Esbozó una sonrisa tibia que parecía ajena a su estado de ánimo, como si sus labios se hubiesen acostumbrado a trazar esa curva difusa en cualquier circunstancia. Una ráfaga de aire le revolvió el pelo negro cubriendo como una nube esa sonrisa. Adelantó el mentón indicándole a Eduardo que caminara.

Eduardo empezó a andar, un paso, dos, curiosamente no le dolía la rodilla, no le dolía nada. Miraba al suelo, sus zapatos con las punteras un poco desgastadas, las hormigas que ya empezaban a levantar los conos de sus hormigueros, una hoja seca y errática que revoloteaba sin brújula, una cagada seca de perro.

—Te he estado observando durante meses; no pareces un psicópata, ni un demente... Entonces, ¿por qué hiciste aquello?

—Tu padre causó el accidente que mató a mi familia. Dejó morir a mi hija, que ahora sería unos años mayor que tú. La dejó desangrarse en la orilla del arroyo.

Dejó de escuchar los pasos de Who en la grava tras él y giró la cabeza sin volverse por completo. Who se había detenido. Tenía una expresión de desconcierto, de desvalimiento absoluto, y por un momento, entre la bruma de recuerdos vividos y reinventados, Eduardo vio al mismo chiquillo aterrorizado, con su gorro y su bufanda, al que estuvo a punto de matar. Se dio entonces cuenta de que el joven no lo sabía. Nadie le había explicado el porqué de aquello.

—Mientes. Teo jamás hubiera hecho algo semejante.

Eduardo se volvió por completo hacia él. Sintió pena por aquel junco solitario, tan fuera de lugar como él mismo, tan solo y herido por algo que nunca debió suceder pero que había sucedido.

—Mientes —repitió Who, y su voz sonaba como un grito en medio de una tempestad.

Pero Eduardo no mentía:

—Cuando Olga me dio la matrícula del coche de tu padre y me describió cómo era, enloquecí, solo sentía una furia y una ira incontenible. No trato de justificarme ni de hacer que tu madre y tú me perdonéis. Solo quiero que lo entiendas.

Las palabras de Eduardo rebotaban sobre la imagen inmóvil de Who, como si le hablase a una estatua de sal, al cuerpo de alguien que se había marchado dejando un reflejo de ropas y carne sin alma. No puedes decirle a alguien que comprenda lo que es incomprensible. Que acarree con el peso de esa incomprensión.

—¿Cuándo ocurrió el accidente?

—El amanecer del 16 de agosto de 1991, en la carretera de Toledo. Volvíamos de vacaciones, Elena y Tania dormían, y entonces nos embistió el todoterreno de tu padre y nos echó de la carretera.

Who miró hacia la lejanía, como si su mente se abriera paso a través de los velos del tiempo. Buscando al niño que se mareaba en un transbordador y que aquel verano en una isla pasaba las tardes sorteando muros de una finca, mientras las cigarras cantaban en un prado seco y a lo lejos se veía el mar, más lejano y más azul cuando lo contemplaba desde lo alto de un túmulo, mientras Teo y Maribel vivían su segunda luna de miel en la casa con las persianas echadas y un perro negro ladraba a las mariposas.

Maribel conservaba todos los objetos evocadores de aquellas vacaciones inesperadas. Los billetes del transbordador, los del vuelo desde Madrid, las entradas de un museo de historia marina donde pasaron una tarde agradable. Estaban las fotografías, el collar de cuencas pintadas de colores chillones que Teo compró en un puesto ambulante a un alemán con aspecto de *hippy* perdido en otra época para regalárselo a Maribel. Quedaba el sabor de frambuesa de un helado de dos bolas en terrina, la herida en la cabeza que Who se hizo al caerse de un pino intentando emular a una ardilla. Pero sobre todo, conservaba la certeza de que aquel viaje propuesto de repente por Teo había cerrado algunas heridas entre sus padres adoptivos. Sus gemidos amordazados tras la puerta del dormitorio, bajo el olor de la trementina y las flores silvestres.

—El 16 de agosto de 1991 estábamos fuera de Madrid. Llegamos a la isla el 12 de agosto, y nos quedamos hasta el 22 del mismo mes. Seis días después de ese accidente.

Una bandada de palomas grises con las puntas blancas pasó ante ellos. Perseguían a un gorrión que llevaba una miga de pan en su pequeño pico. Al final, el gorrión soltó su botín y las palomas lo dejaron en paz pero hambriento. La vida es como es, parecían decir sus ojillos mates viendo desde un matojo de madreselva cómo las palomas se enzarzaban en una pelea por la migaja de un gorrión.

La mano que Who escondía en el bolsillo sujetando el tacto frío del revólver se aflojó y apareció a la vista como un interrogante.

—No es posible, Olga dijo que... Ella lo describió perfectamente, me dio aquella matrícula. —Eduardo balbuceaba como un borracho al que se le agolpan las ideas de manera turbia en la frente y las palabras en la punta de la lengua. Miraba a Who con los ojos muy abiertos, como si este fuese un impostor, un mago que lo había pillado desprevenido con un truco de magia y se preguntara dónde estaba el secreto, qué se le había escapado.

La mano de Who cerró la interrogación con un signo de exclamación. El punto de un puño cerrado que, inesperadamente, cayó sobre la mejilla de Eduardo, que cayó al

suelo, más por la sorpresa que lo hizo trastabillar que por la fuerza del golpe. Who no lo dejó levantarse. Cuando Eduardo se apoyó en el codo para incorporarse, le dio un fuerte puntapié que lo alcanzó en las costillas.

—¿Por qué te inventas esa historia?! ¿No te basta con haberme jodido la vida? ¿Ahora quieres reírte de mí, haciéndome creer que mataste a mi padre y dejaste en silla de ruedas a mi madre solo por lo que te dijo alguien? ¿Algo que ni siquiera quisiste comprobar si era cierto?

La mano había regresado al tacto seguro del revólver, pero ya no lo ocultaba. Eduardo tenía la boca del cañón entre sus ojos obligándolo a bizquear, como si fueran metálicos y los atrajera aquel imán.

Eduardo bajó los párpados y apretó los dientes. Escuchó el mecanismo de retroceso del martillo y notó la boca del cañón buscando acomodo en el centro de su frente, como un dedo que escarbaba tratando de perforarle la piel encarnada por el miedo para encontrar el punto neurálgico de sus pensamientos. ¿Por qué Olga le había mentado? ¿O era Who quien lo hacía? ¿Por qué la creyó entonces a ella y ahora creía al joven?

Todos los porqués quedaron suspendidos al escuchar el golpe seco, de cerrojo, del martillo sobre el percutor. Una, dos, tres veces consecutivas, el mismo clic golpeando en el vacío al girar el tambor. No hubo detonación, ni dolor abrasador e instantáneo, ni olor a pólvora, todo lo que se supone que se siente instantáneamente cuando recibes el impacto de una bala en la cabeza.

Eduardo abrió los ojos temblando. Who lo miraba fijamente. Lo atravesaba con aquella mirada que hervía de dolor, de desesperación. Sus ojos lloraban como ríos de lava y las lágrimas resbalaban por sus mejillas y le herían las mejillas como el ácido.

Había vaciado el tambor del revólver en el suelo.

Capítulo 18

Los ojos de Arthur estaban desdibujados. Al observarlos a contraluz adquirirían un tono verdoso. Olga bordeó con un dedo el perfil de sus pupilas y sintió, debajo de la pintura, la frialdad de un río con un fondo de piedras enmohecidas. Apartó la mano asustada. Pero los ojos del retrato seguían buscándola. Eduardo había hecho un gran trabajo, en apenas cuatro meses había conseguido lo que pretendía Gloria, una radiografía del interior del hombre que había matado a su hijo. En sus trazos contenía lo que nadie más habría sido capaz de lograr en tan poco tiempo. Y sin embargo, cuando Eduardo le entregó el lienzo a Olga tres días antes, no parecía feliz ni satisfecho con el resultado.

—Está terminado. Pero es incompleto, inacabado —admitió con resignación.

Ahora, al contemplar la mirada furiosa de Arthur, una furia que emanaba de muy adentro, Olga creía entender lo que Eduardo había querido decir. En algún momento durante aquellas semanas, la pose del modelo ante el pintor había variado y el resultado era contradictorio, disfuncional. Al descubrir Arthur que aquel retrato tenía como destinataria a Gloria, su predisposición se había transformado en otra cosa, en una especie de acusación sorda que latía en cada rasgo de su fisonomía. Pero no era únicamente Arthur el que había cambiado. Olga se encontró con un Eduardo diferente, más abatido y vacío que de costumbre, como si en aquel esfuerzo hubiese entregado las últimas energías que le quedaban y aun así sintiera que había fracasado, que no podría alcanzar, por más bocetos que repitiera, el objetivo que tenía en su cabeza, la obra que previamente habría imaginado.

Eduardo le había pedido que fuese ella la que entregase el cuadro a Gloria. Él no quería verla, no quería saber nada más de aquel trabajo, ni de Arthur, ni de nadie. Casi se marchó del apartamento de Olga sin recoger el cheque que le pertenecía, y cuando ella se lo recordó, miró aquel pedazo de papel como si estuviera sucio. Olga pensó por un segundo que iba a romperlo, pero lo dobló por la mitad y se lo guardó con parsimonia en el bolsillo.

—No voy a pintar ningún retrato más, Olga. Lo dejo. Graciela y Sara se marchan de Madrid. Sus padres tienen una casita en un pueblo de la Costa Brava y Graciela me ha pedido que las acompañe. Tal vez decida aceptar la invitación.

Eso había ocurrido tres días antes. El retrato continuaba en el estudio de Olga. Aún no se había atrevido a desmontarlo del armazón y envolverlo para enviárselo a Gloria. Y aunque se escudaba en múltiples excusas para no haberlo hecho todavía, lo cierto era que Olga tenía miedo, un miedo inconcreto pero creciente. No sabía en qué forma ocurriría, pero estaba segura de que aquel retrato era la llave que podía abrir las puertas que ella había logrado mantener cerradas durante catorce años. Se preguntaba si no era mejor destruirlo, y a punto había estado de hacerlo, esgrimiendo

unas tijeras cuya punta llegó a rozar la boca carnosa y perfilada de Arthur. Pero el retrato le había cogido la mano como si unos dedos invisibles le oprimieran la muñeca. «No te atrevas a hacerlo», le había dicho el rostro anguloso de sombras pastel. Y no se había atrevido.

Todo aquello era absurdo, se dijo al levantarse esa mañana, mientras tomaba un café en batín sentada frente al caballete. Solo era una pintura inquietante, no un objeto vivo. Arthur no sabía quién era ella, por mucho que su retrato la siguiera a todas partes del apartamento, y Gloria no era más que una clienta extraña, seguramente trastocada por la muerte de su hijo, su divorcio y por haber dejado atrás los años más brillantes de su carrera. En cuanto a Eduardo, no sospechaba nada, ella se lo habría notado, lo conocía bien, mucho mejor de lo que él sospechaba. Tal vez aquella idea absurda de irse con la casera y con su hija enferma era lo mejor que podía sucederle a todos. Últimamente, cuando estaba frente a él, Olga sentía el absurdo impulso de querer contarle la verdad. La verdad. Esa palabra le hizo ladear de un lado a otro la cabeza. Se tocó el vientre por encima del raso del batín como si el significado de ese concepto estuviera tatuado en la diminuta cicatriz que le asomaba unos centímetros por encima del pubis. La verdad era que no podía tener hijos. Que estaba sola, que se sentía sucia y culpable, y que por más que se preocupara por Eduardo, que intentara un imposible ejercicio de compensación, no podía desandar lo andado.

Tenía apenas dieciséis años. Eso debería haber bastado como excusa. La adolescencia es un purgatorio del que no siempre se sale indemne, y en decisiones inmediatas para las que no estás preparado se decide tu destino: el cielo o el infierno, cualquier forma de ellos, sean lo que sean. Para ella la moneda había caído del lado oscuro. Se enamoró del hombre equivocado (no dejaba de preguntarse si lo estaría hoy en día, y la respuesta —probablemente no— la atormentaba, porque eso significaba que había destruido su vida y la de Eduardo por algo que al final no habría valido la pena), y aquel encuentro cambió para siempre su destino.

Después de aquel hombre, de quedarse embarazada, la mujer que podría haber sido, cualquiera de ellas, desapareció. Esta Olga que tomaba café amargo y fumaba con las rodillas recogidas en el sofá frente al retrato de Arthur era una máscara que se derretía y se deshacía por momentos. Algunas noches llegaba a casa borracha después de pasar por la boca de cualquier desconocido en una discoteca. Entonces se miraba al espejo y veía el carmín descornado, el pelo despeinado y el rímel convertido en chorretones debajo de los párpados. Buscaba en el reflejo la mirada y solo veía oscuridad. Esta era la verdad. Esto era ella. Contarle a Eduardo lo que hizo no iba a cambiarlo.

—Deberías quemar ese retrato. De hecho, debería haberlo quemado yo.

Olga volvió la cabeza con un sobresalto. Eduardo estaba junto a la puerta, con las

llaves del apartamento en una mano.

—No te he oído entrar —dijo, pero su gesto tenía otra interrogación: «¿Qué haces aquí?».

Eduardo hizo tintinear las llaves a modo de campana, Olga había olvidado que le había hecho una copia mucho tiempo atrás, aunque hasta hoy nunca la había utilizado. Rodeó el sofá sin apartar la mirada del retrato y se acercó hasta quedar a un metro.

—Tenía la vaga esperanza de no encontrarte, de no tener que afrontar esto —dijo calmadamente, como si le hablara al retrato de Arthur. Pero le hablaba a ella, aunque no la miraba. Solo lo hacía su nuca con una profunda arruga por encima del cuello de la camisa. Aquel pliegue hundido tenía una expresión severa.

—¿De qué me hablas? —preguntó Olga. Se sintió incómoda y notó un frío repentino en los pies desnudos. Pies bonitos con las uñas pintadas.

Eduardo se encogió de hombros, como si el retrato lo hubiera decepcionado. La arruga de la nuca se torció como una mueca burlona cuando giró el cuello y se encaró con Olga. Hasta ese momento ella no se percató del abultamiento sanguíneo del ojo derecho y de la hinchazón del labio inferior.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó, levantándose del sofá como un resorte. Quiso palpar las heridas recientes del rostro de Eduardo, pero este apartó la cara dando un paso lateral.

No eran esas las heridas que le dolían.

—Hay algo que quiero enseñarte, así que será mejor que te vistas. No iremos muy lejos, solo un paseo.

Quedaron unos puntos suspensivos al final de la frase que Eduardo no estaba dispuesto a resolver por ella.

—¿A qué viene tanto misterio?

Eduardo la miró con rostro pétreo, más muerto que de costumbre, con la boca un poco entreabierta, mostrando las encías y la lengua agrietada.

—Vístete, Olga. —No era un ruego.

Eduardo condujo hacia las afueras de Madrid y tomó la carretera de Barcelona. Olga miraba por la ventanilla a ratos, para escapar mentalmente del habitáculo cerrado del coche. Hablaba de cosas insustanciales con un nerviosismo que denotaba su incomodidad con el silencio de Eduardo.

—¿Adónde vamos?

Eduardo le dijo que pronto lo sabría. Para acallar la posible protesta de Olga subió el volumen de la radio. En las noticias seguían hablando del incendio de la calle León. Al parecer, nuevas pistas encontradas por la policía hacían sospechar que no se trataba de un incendio fortuito, sino de un intento de encubrir el asesinato del

propietario de la casa de antigüedades, quien, según el informe forense, presentaba signos de haber sido torturado brutalmente antes de ser abrasado. La policía estaba interrogando a diferentes testigos, entre ellos la portera del inmueble contiguo, y afirmaba tener datos fiables del posible autor. Al oírlo, Eduardo pensó en la mirada de Ibrahim y en su extraña actitud al reconocerlo.

—¿Te importa que ponga otra cosa? —Era una pregunta de cortesía que Olga hizo al tiempo que cambiaba de dial. Clásicos de los años ochenta. «La calle del olvido», de Los Secretos:

*Por la calle del Olvido vagan tu sombra y la mía,
cada una en una acera, por las cosas de la vida.*

Eduardo apretó el volante.

—Quita esa canción, por favor.

—¿Por qué?

Era la canción preferida de Elena, la tarareaba a todas horas.

—Quítala.

Olga apagó la radio y lo escrutó, visiblemente molesta.

—¿Qué está pasando, Eduardo? Estás muy raro.

Eduardo miró por su retrovisor, luego miró al frente. Estaban dejando atrás la aglomeración de la ciudad.

—Ten un poco de paciencia —murmuró, como si hablase consigo mismo.

El tráfico cada vez era menos denso y, sin darse cuenta, Eduardo conducía demasiado aprisa, como si tuviera necesidad de acabar con todo aquello cuanto antes. Los campos empezaron a pintar el paisaje dándole una dimensión más humana y quieta, la carretera pasó de dos carriles por sentido a uno estrecho, sin arcén, donde los matorrales de hierbas silvestres se atrevían a crecer en los taludes, avisando de que al mínimo descuido del esfuerzo humano volverían a colonizar el espacio que por naturaleza les pertenecía. El cielo era de metal limpio, despejado y sin nubes, Eduardo tuvo que bajar el parasol y Olga se colocó unas grandes gafas oscuras. Entre ambos solo se interponía el rugido del aire penetrando por las ventanillas a medio bajar y el sonido de los neumáticos sobre el cada vez más maltrecho asfalto. En algún momento empezó a flotar en el ambiente el olor intenso de curtidos y tintes, y a lo lejos apareció un pequeño pueblo con algunas naves industriales a las afueras.

Olga se incorporó en el asiento, muy rígida.

Eduardo giró en un desvío y tomó una carretera secundaria. A los pocos metros apareció el hilo brillante del arroyo que discurría paralelamente a la vía y se detuvo en una curva que giraba a la derecha. El lugar exacto por el que catorce años antes su coche se había precipitado al arroyo. Paró el motor y dejó las manos sobre sus rodillas. Inconscientemente acarició por encima del pantalón la derecha, como si al volver al lugar de los hechos su vieja herida se hubiese abierto para respirar.

Se escuchaba el cauce tranquilo del arroyo, el viento mecía los cañizos de la orilla, y crecían flores silvestres cerca del agua. Unos pájaros negros iban y venían como una mancha en el cielo, tal vez golondrinas o vencejos, no sabía distinguirlos desde tan lejos. Por encima de sus cabezas, muy lejos de todo, el brillo metálico de un avión surcaba el espacio dejando una estela de rizos blancos, como un meteorito.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó muy nerviosa Olga.

En cambio, Eduardo se mostraba tranquilo.

—¿Dónde fue? ¿Dónde viste el coche de aquel tipo?, ¿dónde se bajó?

—No puedo acordarme con exactitud. Han pasado catorce años.

Eduardo la miró con frialdad. Él, por el contrario, recordaba exactamente cada uno de los detalles del accidente, no había podido olvidarlos. Se habían ido haciendo más y más nítidos con el paso del tiempo.

—Cuando me pediste que pintara este retrato me preguntaste algo que yo no supe responder. Me preguntaste por qué no acudí a la policía el día que viniste a verme a mi casa, por qué no les conté lo que me dijiste sobre el conductor que mató a Elena y Tania. Ahora tengo la respuesta, aunque tú ya la tenías entonces, hace catorce años.

Olga se estremeció. Lo sabía. Eduardo lo sabía.

—Me mentiste. Nunca antes has estado aquí, ¿verdad? No viste el accidente, no hubo ningún coche, ni hombre, ni matrícula. Te lo inventaste todo. Sabías que yo mataría a ese hombre y me utilizaste para que lo hiciera. Fui tu brazo ejecutor... Y lo único que me viene a la cabeza, en lo único que puedo pensar desde ayer es por qué. ¿Por qué hiciste algo semejante?

Olga se quitó las gafas de sol y dobló meticulosamente las patillas. Le temblaba la mirada. Pensó, en aquel momento, en la imagen del crucifijo de plata que su madre siempre llevaba al cuello, en su balanceo cuando se agachaba para auparla en brazos y ayudarla a cruzar al otro lado del arroyo.

—Conozco este lugar mejor que cualquier otro, en eso no te mentí. Al otro lado de la orilla, detrás de esos cañizos se abre un pequeño sendero que lleva a una casa de labranza. Cuando era niña la llamábamos «la Casa de las Penas» porque vivía un hombre solitario y amargado al que se le fue la mujer con un comerciante de aspiradoras de Zamora. Los niños son crueles; íbamos hasta allí por el sendero y le tirábamos piedras a las ventanas hasta que el hombre se asomaba. Entonces le gritábamos que era un cornudo y barbaridades por el estilo. Lo hacíamos a una distancia segura, prestos a salir corriendo si salía de la casa a perseguirnos. Pero nunca lo hizo, nunca fuimos capaces de hacerlo salir. Un día vino la Guardia Civil a descolgarlo. Se había ahorcado en una higuera. —Señaló con las gafas en la mano hacia el este—. Allí había antiguamente un granero y una cuadra para animales de corral y mulos. Cuando salía de la escuela, mi madre me traía en brazos para darles de comer a las cabras y a las gallinas. Le tenía especial cariño a un pato de color

marrón que vi nacer y que alimentaba con mi mano. Un día unos críos del colegio jugaban a indios y vaqueros por el corral. Los que hacían de indios tenían unas flechas muy bien hechas con cañas; las puntas eran chapas de coca-cola machadas con una piedra muy afiladas. Uno de aquellos indios ensartó a mi pato. Lo enterré yo misma, no muy lejos de esas piedras... Esta es la geografía de mi infancia. Aquí pensé que siempre sería feliz. Pero fue aquí donde comprendí que nunca lo sería.

Una franja de luz penetraba a través de la ventanilla del coche y partía la expresión de Olga en dos: una parte brillaba como si fuera de cera y la otra se desdibujaba y se escondía entre sombras.

—Sabía que era un error proponerte pintar el retrato... Lo sabía, y aun así no hice más por impedirlo —añadió, meciendo las gafas delante de sus labios.

Aquella noche, la noche anterior al accidente, pensó que iba a morir. El calor era sofocante y pegajoso, no podía dormir, ni siquiera con la ventana abierta. Además, había vuelto a tener una hemorragia, la tercera en dos semanas desde que le practicaron el aborto. Hemorragia era una palabra demasiado grande para nombrar las gotas de sangre que le habían traspasado las bragas hasta llegar al colchón. Pero esas gotas significaban que algo iba mal, terriblemente mal dentro de su cuerpo. Le dolía el vientre y tenía fiebre; había perdido el apetito y no quiso quedarse a cenar para que su madre no sospechara. Aunque ya lo hacía.

Aquella noche discutieron por una nimiedad, una pelea absurda por el uso de la televisión. Cada una quería ver una cosa distinta y su madre zanjó la cuestión con una virulencia desmesurada, apagando el aparato con un gesto tan brusco que casi lo hizo caer de la cómoda. Su madre la llamó caprichosa, malcriada y desagradecida. Se lo gritó desde dentro de las tripas, apretando los puños y con los ojos fuera de sí. Y de repente, como si no pudiera seguir conteniendo aquella ira, le cruzó la cara con un bofetón.

—Me miró con un odio inaudito. Entonces no pude leer dentro de esa mirada, porque la mía era igualmente turbia. Yo también la odiaba a ella. La odiaba por haber traído a Teo a casa la primera vez, por no darse cuenta del juego de seducción que él estaba desplegando ante sus propias narices para enamorarme. Odiaba a mi madre por permitirlo, por no impedir que yo, una niña malcriada, jugase a un juego demasiado grande para mí y quedase atrapada en aquella red. Sentía celos de ella, celos enfermizos, y la acusaba en secreto de ser la culpable de que él me hubiese abandonado, de que hubiera salido de nuestras vidas para dejarme aquel vacío. Pero sobre todo la odiaba y la culpaba de haber convertido mis ovarios en un desierto donde no germinaría nada nunca más. ¿Cómo podía haber pasado ante sus ojos sin que hiciera nada? Para no perder a Teo se había fingido ciega y sorda, se había humillado y había preferido compartirlo conmigo y compartirme a mí con él. Y al final nos había perdido a ambos. Así que, cuando me dio aquel bofetón, todo el odio

que ella sentía hacia mí se convirtió en el mismo que yo sentía por ella. Y se lo devolví, y la llamé zorra, mala madre, hija de puta... Deseé que se muriera, que cayera fulminada en aquel instante por un rayo.

—El hombre que te sedujo y te dejó embarazada es el hombre que yo maté.

Olga asintió. Gruesas lágrimas le corrían por el barranco de los ojos, bordeaban el párpado dibujando el perfil y caían como hilos de rímel sobre su nariz y su boca sin que se preocupara de secarlos. Buscó un cigarrillo y el mechero en el bolso con gestos apresurados. Le costó encender el pitillo y manchó la boquilla de humedad.

—No puedes imaginar cuánto llegué a odiarla, cada vez que sentía el dolor dentro y recordaba aquel sótano donde me practicaron el aborto; cada vez que escuchaba a mi madre llorar por él y la veía contemplando una fotografía de ellos dos se me revolvía el estómago.

Pensaba en su torso desnudo aquel primer fin de semana, cuando la desvirgó. Veía su imagen después de haber hecho el amor, con los pantalones puestos pero el cinturón y la cremallera abiertos, la mata de pelo rizado que llegaba hasta un dedo por debajo de su ombligo. Veía la mirada de Teo que una hora antes era de felicidad y que después de ir al lavabo a ducharse era confusa y esquiva, y que Olga no entendía. Recordaba que se sintió estúpida ante aquella mirada que la rehuía y que se preguntó si había hecho algo mal, si no se había comportado como se suponía que debía hacerlo una mujer adulta, una amante experta, como su madre.

La avergonzaba todavía la humillación que sufrió cuando se acercó a él y se puso de rodillas ante sus genitales para hacerle una felación y él la rechazó con un gesto demasiado parecido al hastío. En aquel momento supo que nunca sería feliz, lo supo con absoluta certeza, y tuvo ganas de llorar, de vestirse y de correr lejos de aquel lugar. Pero él la retuvo, le pidió disculpas, dijo que estaba nervioso, se justificó con mil razones cuando hubiese bastado una sola, porque Olga quería creerlo, quería apagar aquella voz en su interior que la advertía.

Hubo momentos en los que la mentira tenía visos de verdad. Aquella noche que bailaron desnudos en la orilla, el susurro del mar, la luna, la botella de vino semienterrada en la arena, las velas que no lograban mantener encendidas entre risas. El romanticismo era un vestido barato, fácil de tejer, y a ella le gustaba vestirse con él, aunque Teo hablaba poco, y nunca de un futuro común o posible. Ella lo aceptaba con impaciencia.

Hasta que apareció Maribel, su esposa. Entonces dejó de creer.

—Nunca podré borrar de mi mente aquella escena. La alegría de la casa, nuestra alegría, los dos desnudos, peleando en broma en la cama, la inmensa felicidad, esta vez que sentía yo, mientras esperaba el momento de decirle que estaba embarazada. Y entonces apareció ella en medio del dormitorio, con un vestido de tirantes, vaporoso y blanco que me pareció muy hermoso y que anunciaba la silueta de sus

piernas y de su cadera bajo el trasluz de la ventana. Se adornaba con unos pendientes en forma de flor cerrada, dorados como el collar que lucía en su pecho palpitante. Sostenía un bolso de viaje color café por el asa con ambas manos y asomaba un libro, no recuerdo cuál, por la cremallera abierta. Se quedó muy quieta, impasible, asentada en sus zapatos de tacón. No dijo nada hasta que nos dimos cuenta de su presencia. Fue Teo quien la vio primero, yo estaba encima suyo haciéndole cosquillas, pensando: «Ahora se lo dirás y él te estrechará entre sus brazos».

Aquella ingenuidad aún le dolía, y se culpaba por ella. Al ver a su esposa, Teo arrojó a Olga de su lado con violencia, literalmente se la quitó de encima como uno se despoja de las sábanas cuando va tarde a alguna parte. Y toda la felicidad se esfumó de repente succionada por la mirada de aquella mujer que era un agujero negro en su universo. El universo de ellos dos. Fue penoso verlo suplicar, casi de rodillas, balbucear disculpas abrazado a las piernas que se vislumbraban bajo aquel vestido tan bonito de tirantes (ahora recordaba el detalle de los dos botones de nácar que unían las cintas al corpiño), ignorando a Olga, como si no existiera, como si no hubiese existido nunca, lamentando su existencia. Maldiciéndola.

Olga se arrebujó en una esquina de la cama cubriéndose con la sábana que todavía olía al semen caliente, reciente, de aquel que ahora la negaba. Pero no había modo humano de protegerse de la mirada de aquella mujer con un cuerpo tan hecho, tan firme, tan bello, que la hacía sentirse vulgar y poca cosa. «Solo eres una putilla que le ha hecho creer que todavía puede ser joven», le decía aquella mirada. «No eres más que eso, una mancha, una afrenta que él sabrá hacerse perdonar. Y yo lo haré, lo perdonaré aunque nunca se lo perdone, porque lo amo, porque es mi hombre, porque soy su mujer. Porque tú no eres nada, no eres nadie. No existes».

Maribel le ordenó a Teo que recogiera su ropa. No quería pasar ni un minuto más en aquella habitación. Él la obedeció como un perrillo faldero, avergonzado y al mismo tiempo anhelante. Se vistió con torpeza, buscando la camisa entre las sábanas arrugadas y la ropa interior de Olga, y cuando ella quiso decir algo, hacerse presente, la asesinó con la mirada.

«Estoy embarazada». Lo dijo al principio muy bajito, le costaba sacar las palabras, encontrar el aire para decirlas. Él no la escuchó y siguió vistiéndose apresuradamente, uniendo los botones y los ojales de la camisa de modo disparate. Y entonces Olga lo gritó, lo aulló, en realidad: «¡Estoy embarazada!». Esta vez no pudieron darle la espalda a lo dicho; ni Teo, que no supo dónde posar su mirada errática, ni Maribel, que dejó escapar un gemido al tiempo que el bolso se le caía de las manos y el libro que llevaba dentro se desparramaba con las tapas abiertas y el lomo boca arriba. Un silencio dañino se enroscó entre los presentes.

Fue Maribel la que recobró antes la compostura. Incluyó las piernas de lado con elegancia para que no se le vieran las bragas al agacharse y recogió con mimo el

libro, sacudió el polvo del que se había impregnado la tapa, el polvo invisible y molesto que el viento arrastraba desde la playa, y se enderezó con la misma dignidad, estirando los bajos del vestido alisando una arruga ficticia. «Esperaré fuera», le dijo con voz neutra a un Teo abatido que contemplaba un zapato entre las manos sin saber en qué pie iba.

«Esperaré fuera» significaba esperar al otro lado de aquel momento, retrasar voluntariamente las manecillas del reloj unos minutos para repetirlo sin tener que vivirlo de nuevo, no de aquella manera. Era su manera de decir que «esto no ha pasado», que «no tiene que ver con nuestras vidas. No somos responsables. Solo eres una putilla calentorra, una estúpida que no ha tomado las precauciones debidas, y ahora tendrás que afrontarlo sola. Nosotros estamos *fuera*».

—No volví a ver a Teo, dejó de contestar a mis llamadas y un día escuché el mensaje de una máquina advirtiéndome de que el teléfono al que estaba llamando había dejado de existir. No sabía dónde vivía, nunca me lo dijo, pero recordaba la matrícula de su coche. Pudiste comprobar por ti mismo lo fácil que es obtener los datos personales de alguien a través de los archivos de Tráfico. De modo que empecé a merodear por su barrio como una loca. Lo veía trabajar en su tienda de numismática, justo en el piso inferior de donde su mujer tenía la escuela de danza. Pasaba las tardes viéndola a través de las cristaleras desde la acera con su maillot negro y sus alumnas que la obedecían disciplinadamente. Parecía un cisne seguido de sus polluelos, toda etérea, toda elegancia.

»Me preguntaba cómo era posible que continuasen con sus vidas, que fingieran que yo no existía. Me recreaba imaginando que por las noches discutían, se gritaban y se insultaban por mi causa, por nuestro bebé que todavía no había nacido ni nacería nunca. Soñaba que Maribel le negaba su lado del lecho, que lo obligaba a dormir como un perro a los pies de la cama, que le tiraba los restos de su comida para que los comiera en el suelo. Imaginaba a Teo atormentado por el castigo y la culpa, preguntándose al menos qué había sido de mí, echándome de menos.

»Pensar en esas cosas, imaginarlas, no me traía la paz, pero al menos me consolaba como consuela el alcohol, mientras nos mata. Pensar en la desgracia de los que me hicieron desgraciada me ayudaba a serlo un poco menos. Pero ni siquiera pude concederme ese consuelo. Día tras día los veía salir del edificio, y entre ellos, el niño que habían adoptado, que *no* era hijo de Teo, que él *no* quería. Y sin embargo, aquel niño entre ambos cogido de sus manos era el eslabón que había vuelto a unirlos.

Eduardo llevaba mucho rato sin hablar ni moverse. Estaba tan inmóvil que parecía haber abandonado su cuerpo para irse a cualquier otra parte. Pero su mirada seguía fijada al frente, al arroyo. De vez en cuando sus párpados aleteaban despacio y secaban la humedad de sus ojos.

—Y decidiste vengarte de ellos. —Su voz sonó como si hablase detrás de un muro hueco.

Olga negó con la cabeza. Las cosas no eran tan simples y al mismo tiempo lo eran. La venganza requería de un esfuerzo y de una planificación de la que ella no era capaz en aquel momento. Fue la casualidad la que le dio la oportunidad de hacerlo.

—Te vi en urgencias un día. Había acudido al hospital porque la hemorragia y el dolor iban a matarme. Estaba sola esperando a que me atendieran porque mi madre se negó a acompañarme. Mientras esperaba en la camilla, escuché a unas enfermeras hablar de lo que te había ocurrido, que tu esposa y tu hija estaban muertas y que tal vez tú, si seguías negándote a vivir, no superarías la convalecencia. Pasé una noche horrible en el pasillo, pero por alguna razón no pude dejar de pensar en ti y en tu familia. Podía entender que no quisieras comer ni tomar la medicación. Eras tan desgraciado como yo; el infortunio te había llegado de modo tan inesperado como a mí. Calculé que tu odio hacia quien te había hecho aquello debía de ser tan grande como el que yo había acumulado contra todo el mundo, especialmente contra Teo y su esposa. Como si no tuviéramos derecho a nada. Por la mañana me dieron el alta y, cuando iba a marcharme, pasé por delante de tu habitación. La puerta estaba entreabierta y no me atreví a entrar, pero pude verte. Estabas tumbado en la cama con una vía en el brazo y mirabas hacia la ventana con la cara todavía inflamada por los golpes. A tu lado, sentado en una silla incómoda, tu padre te hablaba, pero tú no le prestabas atención. Estabas destrozado, y por terrible que parezca, eso me confortó, me hizo sentir menos sola... En el puesto de flores del vestíbulo compré un ramo y pedí que te las subieran.

Hizo una pausa en su narración para tomar aire y aclarar las ideas. Eduardo no la apremió.

—Meses después tuve que ir a comisaría para hacer unas gestiones de documentación. Estaba en Madrid, así que me acerqué a la oficina de Puerta del Sol. No te había olvidado, pero no pensaba a menudo en ti. Poco a poco todo se iba diluyendo, a medida que el dolor físico se iba curando. Estaba aprendiendo a sobrellevar mi vida, las discusiones y el silencio acusador y terco de mi madre, incluso empecé a tontear con un chico de un pueblo cercano. Dejé de acercarme por la casa de Teo y confié en que, con el tiempo, aquello pasaría a formar parte de un pasado que conseguiría mantener amordazado en lo más profundo de mí. Mientras esperaba en un despacho a que me atendieran, me entretuve leyendo por encima los documentos que había colgados en un corcho. Había fotos de personas desaparecidas, de delincuentes prófugos de la justicia, cosas de ese estilo. Y entonces me detuve en un aviso concreto. La policía pedía colaboración para esclarecer un doble homicidio imprudente, por *omisión* (recuerdo esa palabra y que no supe qué significaba): se trataba de tu esposa y de tu hija, del accidente que sufriste. Daban una descripción

vaga del coche que podría haber sido el causante, algunas letras posibles de la matrícula, el modelo todoterreno. Cuando entró el funcionario me preguntó si me encontraba bien, debía de estar pálida, me imagino. Me debatí conmigo misma, quise decirle algo, algo que yo sabía. Pero no logré que las palabras me salieran.

Como si la mera fuerza de voluntad fuera suficiente, Olga había creído que podría rehacer su vida hasta el instante de ver aquel anuncio. Comenzar de nuevo, retomar los estudios en Madrid, enamorarse de alguien a quien no le importase que no pudiera tener hijos. Pero la voluntad no siempre basta para torcer el destino. Salió de la comisaría todavía conmocionada por aquel imprevisto traspié en sus planes de olvido, preguntándose si existe eso que llaman señales de la vida, señales que no siempre descubrimos ni sabemos interpretar. Y la respuesta, afirmativa, le vino en forma de saludo: «¿Cómo estás, Olga?».

—Tardé un poco en reconocerlo. Tenía la cara más bronceada y redonda, estaba hinchado y se había dejado crecer una barba mal cuidada salpicada de canas. Pero era él, Teo. Llevaba en la mano derecha unas bolsas con paquetes, se acercaba Navidad, y en la mano izquierda sostenía a su hijo, un niño guapo que no supe distinguir con nitidez porque iba medio tapado con un gorro de lana y una bufanda. El niño miraba un escaparate sin prestarme atención y Teo sonreía: «Qué sorpresa encontrarte, te veo muy bien».

«Estoy bien», susurró Olga, aunque su voz salió ronca.

Le faltó el aire y tuvo que ordenarle enérgicamente al corazón que volviera a ponerse en marcha. Teo la examinaba, a medio camino entre la travesura y la ligereza. No paraba de sonreír y ella se preguntaba por qué lo hacía. Él habló sin dejarle hacerlo a ella, como si no quisiera darle pie a estropearle un guión pensado de antemano. Le contó que las cosas le iban bien, «moderadamente», apuntó con falsa nostalgia. Y entonces alargó su mano derecha, la que sostenía las bolsas con regalos de Navidad, y le acarició un mechón de pelo. Las cosas le iban bien, sí, pero la echaba de menos. «Ya me entiendes».

Olga no lo entendió, no quiso hacerlo, en realidad. Y como si todavía fuera la niña tonta e ingenua de unos meses atrás, Teo le susurró, acercando su aliento al oído, que podrían retomar las cosas, volver a verse de vez en cuando para *divertirse*, aunque, apuntó con un leve reproche, deberían ser más discretos y poner medios para evitar *accidentes*.

Olga lo miró como se mira a un monstruo bicéfalo con una cabeza horrible y la otra grotesca. «Eres un hijo de la gran puta». Esa fue su respuesta, y Teo puso cara de estúpido, de niño al que le quitan en el último momento un juguete que ya creía tener.

—Pasé toda la noche en vela, reviviendo ese encuentro, sus palabras, su mirada, el tacto de sus dedos en mi pelo, el olor de su aliento en mi mejilla. Vomité varias veces, lloré lo indecible, lo maldije, lo insulté, hasta que poco a poco empezó a

encajar la idea de hacerle daño, un daño tan terrible como el que yo sentía, tan humillante y definitivo. Yo sabía que Teo tenía un todoterreno oscuro, y al menos una de las letras coincidía con el coche que había provocado el accidente que mató a tu familia. No fue algo premeditado, fue algo que ocurrió en mi cabeza de repente, como cuando alguien resuelve un problema que ha estado estudiando durante tiempo y de pronto las piezas encajan sin esfuerzo, por sí mismas... A la mañana siguiente fui a verte a tu casa.

Olga miró el arroyo, la pradera seca en declive, el cañizo al otro lado de la orilla.

—No sabía que ibas a matarlo.

Eduardo la miró con una dureza extrema. Había empezado a sudar, como si la lucha que sostenía en su interior expulsara a través de la piel el calor que lo abrasaba.

—¿En serio? ¿Y qué creías que iba a hacer?

—No creía nada. No pensaba nada, ni siquiera me cuestioné que la muerte de Teo fuera una opción. Solo quería joderlo, demostrarle a todo el mundo la clase de cerdo que era, desmontar su farsa de vida perfecta. No pensé en las consecuencias que tendría para ti.

Eduardo contempló la portezuela del lado de Olga, la tapicería acolchada y sucia de color marrón. La mano de Olga descansaba en el nervio de la ventanilla. Aquella mano delgada, una vez, en el centro penitenciario, quiso tocarle la entrepierna. Estaban en una sala donde se permitía que los presos y sus visitas se tocasen físicamente, sin el impedimento de una mampara de doble cristal sucia con las marcas de huellas que se buscan desde el otro lado y con los relieves dados a través de aquel muro transparente. Sentados en la mesa, uno junto al otro, Olga deslizó su mano hasta la bragueta de Eduardo y posó sobre el pene su mano, como si fuese una mariposa ligera. «Puedo consolarte, si quieres. Te debo al menos eso». Y él se dejó consolar. Y aquella noche lloró hasta quedarse seco.

—No pensaste en las consecuencias. Pero siempre las hay, y no importa si pensamos en ellas o no. Están ahí.

La mirada de Eduardo se había desviado hacia la izquierda, en algún punto entre la orilla del arroyo y un pinar. Olga siguió la misma dirección. Un joven se acercaba caminando. En las pesadillas de Eduardo, ese joven era un hombre que emergía del bosque semidesnudo y acosado por perros feroces. Pero aquella mañana no se escuchaban ladridos ni existía urgencia en el andar del aparecido. Caminaba hacia el coche con la seguridad de lo inevitable.

—¿Quién es?

Eduardo examinó a Olga casi con lástima. El pasado, el futuro... ¿Quién sabe? No lograba odiarla por lo que había hecho. Pero tampoco lograba perdonarla. Martina se equivocaba. El perdón no era un camino para él.

—Es el hijo de Teo.

Olga lo miró con inquietud.

—¿Y qué hace aquí?

«Cerrar un círculo», pensó Eduardo.

—¡No puedes dejarme con él!

Podía.

El señor Who se detuvo ante la portezuela abierta. Alargó el brazo y tiró del cuerpo de Olga hacia afuera. Ella se aferró al marco de la puerta como un alfeñique, una marioneta rota mientras le gritaba a Eduardo.

Eduardo puso el coche en marcha y se alejó despacio, obligándose a no mirar por el retrovisor.

Capítulo 19

Arthur entró en la cafetería que había frente al edificio de la Audiencia Nacional. Eran las diez de la mañana y la barra estaba repleta de jueces, abogados, fiscales y policías de paisano. Funcionarios que impartían la justicia de los hombres, pero que también tomaban café, comían montaditos y leían los periódicos deportivos. Algunos también iban al servicio público y olvidaban subirse la cremallera o meter el dobladillo de la blusa por dentro de la falda. También se manchaban la chaqueta, tenían cara de haber pasado una mala noche, contaban chistes verdes de dudoso gusto y dejaban escapar carcajadas poco señoriales. Arthur conocía algunas caras, recordaba algunos nombres, saludó con un apretón de manos poco firme, hizo algún gesto de reconocimiento desde lejos, pero esencialmente se sintió incómodo. No le gustaba aquella gente.

Ibrahim había entrado detrás de él y su apariencia poco amistosa, a pesar de verse edulcorada con un traje oscuro bastante presentable, llamó la atención de los que estaban más cerca de la entrada. Lo miraron con desconfianza, cuando no con abierta aversión. Él los ignoró con una sonrisa desafiante que tensó la cicatriz de su rostro.

Vieron la espalda de Ordóñez en una de las mesas.

—Buenos días, director —saludó Arthur.

Ordóñez levantó la vista del periódico que estaba leyendo. A falta de otras noticias de mayor interés, los medios seguían volcados en el incendio homicida de la calle León. El artículo que estaba leyendo Ordóñez venía a doble página con un titular que se asemejaba al título de una novela wéstern de Marcial Lafuente Estefanía: «Tras los pasos del asesino». Acompañaba la crónica una fotografía del sospechoso. Arthur apenas parpadeó al reconocer a Guzmán. Era una foto de pasaporte, bastante antigua, con un pie que informaba de sus diferentes alias y antecedentes como exagente de la DINA y posteriormente mercenario a sueldo. Ibrahim también alcanzó a verla antes de que el director de Meco cerrase el diario y los invitara a sentarse. Intercambió una breve y significativa mirada con Arthur, pero no dijo nada.

—¿Tiene intención de volver a meterme en su cárcel, director? —le preguntó Arthur a Ordóñez, al tiempo que se sentaba. Ibrahim lo hizo frente a Ordóñez de modo que podía controlar la entrada y su espalda quedaba protegida por la pared. «Costumbres de preso», pensó el director.

—¿Por qué lo pregunta, Arthur? ¿Se ha metido en algún lío? —Era una pregunta que pretendía ser humorística, y Ordóñez la reforzó con su sonrisa de ejecutivo italiano. Vestía inmaculadamente, con un traje de sastrería de tono suave a juego con la corbata listada y la camisa. No parecía el director de una prisión, sino el alto cargo de una multinacional.

—Me imagino que no llama usted a sus exreclusos para desayunar con ellos a menudo —contestó Arthur, que siguió con el tono amable de su interlocutor pero dejando entrever cuán lejos estaban el uno del otro. Tal vez, entre las paredes de Meco, Ordóñez era Dios, pero aquí fuera la balanza tenía otro equilibrio.

Ordóñez se ajustó los puños con gemelos de la camisa bajo la bocamanga de la americana y carraspeó. Lanzó una ojeada rápida a su alrededor, preguntándose lo que debían de pensar los que lo estaban viendo en compañía de Arthur y, sobre todo, de Ibrahim.

—Tengo una reunión en el despacho del juez Gutiérrez dentro de veinte minutos. —Lo dijo como si verse en privado con el tal juez Gutiérrez lo elevara a la altura de los funcionarios dignos de ser envidiados, pero ni Arthur ni Ibrahim reaccionaron como esperaba, de modo que se alisó el pelo engominado y peinado hacia atrás—. He pensado que podíamos charlar unos minutos.

—Usted dirá.

—El Armenio se fugó ayer durante un traslado penitenciario. Ha matado a un guardia civil de custodia y ha malherido a otro. Por ahora hemos logrado contener la información, pero la prensa no tardará en enterarse. Quería que lo supierais por mi voz. Ha jurado ir a por ti, Arthur. —Ladeó la cabeza y observó unos segundos a Ibrahim. Nunca le había dado problemas en Meco, pero era esa clase de preso que pone nervioso a cualquier funcionario—. Y no creo que te baste con Ibrahim para pararlo.

Arthur asimiló la noticia con entereza. Ibrahim, como si no fuera con él.

—Le agradezco el detalle, director. Pero intuyo que no me ha llamado solo por eso. —Arthur se encogió de hombros—. No creo ser santo de su devoción, y me sorprende tanto celo.

Ordóñez escrutó el rostro de Arthur y se dio cuenta de que no tenía miedo, solo experimentaba el cansancio de una tensión continua que le iba desgastando, como un soldado que espera en la trinchera bajo las bombas y las balas la orden liberadora y dramática de lanzarse campo a través contra el enemigo.

—Hay algo más, efectivamente. He visto las grabaciones del accidente el día que atropellaste al chico y a la hija del Armenio. Probablemente no lo sepas, pero en ese cruce existe una cámara de Tráfico colocada en la fachada de un comercio de ropa. La policía local la utiliza para sancionar infracciones peatonales o a conductores que no respetan la prioridad de los viandantes... Es extraño que durante el juicio nadie reparase en las imágenes que podrían haber aclarado algunos puntos oscuros. Lo cierto es que la cámara no enfoca al tráfico rodado, sino, como he dicho, al paso de peatones.

—No veo adónde quiere ir a parar, director. Fue un accidente, cumplí mi condena y recibí un indulto. ¿Y ahora se dedica usted a investigar? Tal vez se equivocó de

profesión.

Ordóñez hizo oídos sordos. Buscó junto a los pies de la mesa su maletín y lo abrió en el regazo.

—Esta es la secuencia que captaron las cámaras, justo antes y después del accidente —dijo colocando media docena de fotogramas bastante borrosos sobre la mesa.

En las fotografías no se veía nada que aparentemente no hubiese sido probado en el juicio. En las primeras se veía a Ian y a Rebeca entre otras personas que esperaban para cruzar el paso de peatones. A continuación aparecía en el encuadre el morro del coche de Arthur, el caos de la gente, la niña que salía despedida hacia la derecha y el chico que era arrastrado por el coche hasta estrellarse contra una fachada.

—Fíjate bien en estas tres —le indicó Ordóñez, apartando el resto—. Aquí se ve a Ian mirando al frente, y a su lado, aunque cuesta observarlo por las cabezas que la tapan, está Rebeca. En esta otra, la siguiente, Ian gira la cabeza hacia la niña y le habla. Ella hace un movimiento brusco, como queriendo desembarazarse de algo. Mira bien. Ian la sujeta por el brazo con fuerza y la niña quiere soltarse. Y en esta tercera, justo antes de que aparezca tu coche en el encuadre, Rebeca intenta huir, retroceder, e Ian la agarra por el pelo. Tengo la sospecha de que se conocían. Ian y la niña. No estaban allí juntos por casualidad, y desde luego, si nos fiamos de lo que hacen sospechar las imágenes, era en contra de la voluntad de la niña.

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—He podido averiguar que aquella mañana Rebeca acudió a su colegio como hacía normalmente. Su madre la dejó sin ninguna indicación particular, pero a media mañana alguien se presentó a recogerla y se la llevó. Según el bedel, se trató de un familiar, aunque no acreditó esa circunstancia. De hecho, cuando se le comunicó a la madre su muerte, dijo que no era posible porque su hija estaba a aquellas horas en el colegio, a varias manzanas del lugar del accidente. Rebeca nunca debía haber estado allí. Podríamos suponer, solo suponer, que esa persona sin identificar que se hizo pasar por familiar de Rebeca fuese, en realidad, Ian. Y si así hubiese sido, ¿por qué se la llevó del colegio? ¿Adónde la pensaba llevar? ¿Qué pretendía hacer con ella?

Arthur había adoptado la postura de un jugador de póquer.

—Sigo sin ver la relación conmigo.

—Aquí hay algo que no me cuadra, demasiadas casualidades. Conozco la historia de la desaparición de tu hija, Arthur, y esto es lo que yo intuyo: que existe una relación entre eso, la muerte de Ian y estas fotografías. El juez Gutiérrez es un buen amigo, voy a explicarle mis sospechas y a pedirle que mueva los hilos para que se vuelva a investigar todo el caso. Aquí hay algo más grave, mucho más grave, lo sé. Si estoy en lo cierto, se probará que no mataste a Ian por accidente, sino que fue un homicidio premeditado. Y entonces, tu indulto será papel mojado. He querido

avisarte primero, por si tienes algo que decirme. Si conoces algo sobre el pasado de Ian, ahora es el momento de decirlo.

El reloj de acero de Ordóñez brillaba con el reflejo de las lámparas colgantes.

—Han pasado los veinte minutos, director. Si no quiere ser descortés con su amigo magistrado, será mejor que se dé prisa.

Ordóñez consultó la hora y frunció el ceño.

—Quédate las fotografías, tengo más copias. Quizá cuando el Armenio te encuentre seas más propenso a darle explicaciones a él que a mí. —Se puso en pie y miró a Ibrahim con curiosidad—. En cuanto a ti, no sé qué papel tienes en todo esto, pero a menos que estés implicado, yo iría pensando en buscarme otro trabajo si no quieres que te salpique la mierda.

Al quedarse solos, Arthur volvió a las fotografías y las examinó detenidamente, sin el disimulo que le había impuesto la presencia de Ordóñez. Sus ojos mostraban asombro y una sombra de oscuridad le torció la expresión de la boca.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Ibrahim. No estaba inquieto, solo quería saber a qué atenerse. No pensaba volver a la cárcel, precisamente ahora—. Todo lo que ha dicho Ordóñez, ¿qué significa?

Arthur tardó en volver en sí. Y cuando lo hizo, su mirada aún era errática.

—Ordóñez solo especula —dijo sin convicción—. Me odia, soy como un pez que se le ha escurrido entre los dedos. Está convencido de que soy culpable y de que tengo que saldar mi deuda.

Ibrahim observó una de las fotografías que Arthur sostenía entre los dedos.

—¿Mataste a ese chico a propósito?

Arthur tardó unos segundos en responder. Y lo hizo sin palabras. Bastó su mirada aceitosa y resbaladiza, casi transparente.

Ibrahim inspiró con fuerza y dejó salir el aire de sus pulmones despacio, a través de la nariz.

—Todo este tiempo me has mentado, me dijiste mil veces que fue un desgraciado accidente.

—No podía contárselo a nadie... Si hubieras visto lo que ese cabrón le hizo a Aroha...

Ibrahim se rascó la cicatriz de la cara. En ciertas ocasiones le escocía como si volviera a abrirse. Ahora era uno de esos momentos. «Quien te traiciona una vez, lo hará dos veces, y tantas como pueda. Los traidores no tienen honor, ni códigos, ni respeto. Por eso hay que extirparlos, son como un tumor que amenaza metástasis. Traen con ellos el miedo, la debilidad, la mentira». Eso dejó escrito su padre antes de ser asesinado, y su hermano mayor se encargaba de leerle cada noche la misma carta, las mismas palabras, alumbrados bajo la sábana con una linterna: «No podemos ser amigos de quien por naturaleza nos considera inferiores; el perro no es el mejor

amigo del hombre, es su mejor y más fiel esclavo. Así nos consideran los europeos y eso es lo que esperan de nosotros; no amistad, ni colaboración, ni lealtad. Únicamente obediencia ciega y gratitud de siervo por las migajas que nos ofrecen. Por eso nuestra lucha con ellos es a muerte».

—Todo esto, ¿tiene algo que ver con el incendio de la casa de antigüedades? He visto la fotografía del periódico. El tipo al que acusan es el mismo que has contratado para encontrar a Aroha.

—Guzmán no ha matado a ese viejo.

—Entonces, ¿quién ha sido? ¿Por qué siempre apareces tú en medio de todo?

Arthur se sacudió exasperadamente el pelo. Aquella cabellera pelirroja que parecía de fuego cuando le daba la luz del sol.

Ibrahim cerró los ojos. Estaba en una plaza, a las afueras de Argel. Había mucha gente aglomerada en torno a un espectáculo que hacía aullar y gritar desafortunadamente a la muchedumbre. Era principio de 1963. A fuerza de codazos y escurriéndose por debajo de piernas y entrepiernas que apestaban a sudor y a orines secos, Ibrahim logró acercarse a la primera fila. Estaban azotando a tres hombres, los tenían amarrados con el dorso desnudo a unos postes de castigo. Eran exsoldados del ejército auxiliar francés, oriundos de Argelia que habían prestado armas al servicio de Francia. Y Francia se había marchado con la cola entre las piernas, abandonándolos a su suerte como a otros miles que estaban siendo masacrados por todo el país.

Aquellos desgraciados ya no se quejaban pese al castigo. Llega un momento en que es inútil quejarse o pedir clemencia. Tenían la espalda literalmente despellejada, la piel se les separaba del cuerpo como papel de cebolla con cada golpe de vara que recibían. Alguien de entre el tumulto sacó un machete y les grabó en la carne desnuda la palabra «siervos». Todo el mundo aplaudió aquel alarde de ingenio cuando el artista alzó las manos en alto para saludar con el machete mientras la sangre le corría por los antebrazos. Ibrahim no se rio. El estómago se le contorsionó y vomitó allí mismo, para burla y jolgorio de los presentes. Pero ellos no podían entender que la herida mal cosida que le atravesaba la cara, todavía abierta, se la había hecho alguien con un machete como aquel. Un machete de paracaidista para marcar a los propios hermanos.

Cuando abrió los ojos, Arthur seguía allí. «Podrías haber sido tú, o tu padre, o tu hermano, o tu madre. Los hombres de pelo de fuego y mirada glauca, que no lograron escapar a tiempo. Podrías haber sido tú el hombre que sufría martirio, y yo quien te marcaba con el machete de tu padre».

—Al menos dime una cosa. Dime que ha valido la pena.

Arthur le cogió el antebrazo con fuerza. Ibrahim sintió de nuevo las ganas de vomitar de aquel niño, pero contuvo la arcada.

—Escucha, Ibrahim. Estoy cerca de encontrar a Aroha, más cerca de lo que he

estado en estos cuatro años. Quiero recuperar a mi hija, y haré lo que sea para conseguirlo, *lo que sea*. Tú preocúpate de proteger a Andrea. No quiero que a ese degenerado del Armenio se le ocurra acercarse a ella. Déjame lo demás a mí. Todo esto terminará muy pronto.

Terminará pronto. Eso le dijo Ibrahim, aquel principio de 1963, al hombre apaleado que tenía más cerca de los tres. Se acercó y se lo susurró al oído. Pero ya no podía escucharlo porque estaba muerto.

Ibrahim había seguido visitando a Andrea durante aquellos meses y su presencia se había convertido en habitual. Ya no era necesario inventar excusas para hacerlo, fingir que era Arthur quien le pedía que fuese a verla, hacerle compañía y darle esperanzas sobre la búsqueda de su hija.

Al atardecer daban largos paseos por los bosques cercanos a la residencia. Se les veía juntos, sentados junto a una cerca, charlando animadamente entre los altos alcornoques, o sencillamente caminando por un prado amarillento uno junto al otro, en silencio. Aquellas primeras caminatas se hicieron pronto costumbre y Andrea las esperaba con disimulada impaciencia. La aparición de Ibrahim rompía sin querer su existencia indolente y cotidiana. Así, de ese modo, ambos se daban la oportunidad de redescubrirse, de reinventarse a su gusto.

Ibrahim le hablaba de la poesía y la filosofía sufí, de la música que convirtió a su padre en virtuoso, y cómo un hombre como él, enfrentado con uñas y dientes a la vida, podía sentirse, sin embargo, tan próximo a la inmortalidad absoluta en ciertos momentos.

Andrea no perdía detalle, pero de vez en cuando él la descubría pensativa. Cuando Ibrahim trataba de encauzar las conversaciones hacia el pasado de ella, le lanzaba una mirada que era como una balda, un cerrojo infranqueable; pero poco a poco la distancia de su sonrisa respecto a sus ojos fue reduciéndose y ese muro comenzó a perder consistencia.

Aquella mañana se enzarzaron en una especie de pulso dialéctico, en un francés trufado de palabras árabes a una velocidad endemoniada. Cuando se daban aquellos duelos, de eso se trataba, descubrían en el otro a un semejante divertido y sagaz, rápido de palabra y de mente, reían a carcajadas, soltaban su frase o su párrafo y el otro replicaba con idéntica inmediatez. Una asistenta hacía las veces de árbitro que desconoce las reglas del juego y se limitaba a sonreír como una boba yendo con la mirada del uno a la otra.

—¿Qué os decís? —le preguntó a Ibrahim.

—Nada que no hayan dicho otros antes. Un juego que de niños potenciaban nuestros profesores en las escuelas al aire libre, junto a la mezquita, para desarrollar la dialéctica. Nos lanzamos versos. Andrea utiliza a Rimbaud y yo replico en bereber

con algún poema cabilio. Me nombra a Verlaine y yo le golpeo con Nouara. Me pone un traspié con Baudelaire y le dejo ir un directo con Farid Ferragui. Nos divierte.

Ibrahim le había traído un pequeño regalo a Andrea. Se trataba de una pequeña bolsita de cuero. En su interior había un pequeño libro con las tapas de cuero de vaca; contenía la letra de más de cincuenta poemas cabilios.

—Los escribió mi padre durante su juventud. Era un gran poeta, como lo son algunos hombres que viven en la desesperación.

Si esperaba un gesto afectuoso y entusiasmado, se equivocaba. Andrea contempló el poemario con una expresión tímida.

—Casi he olvidado leer cabilio, y apenas recuerdo ya el árabe clásico.

Ibrahim le mostró su desastrosa dentadura con una amplia sonrisa.

—Así desempolvharás las viejas canciones de la infancia. Es la poesía lo que permite mantener la serenidad, y al mismo tiempo nos da la esperanza de que un día despierte la niñez que una vez habitó nuestro cuerpo.

Andrea contempló a Ibrahim asombrada y sobrecogida por la candidez de aquella voz, por la paz de aquella mirada, tan distinta y tan distante de su cuerpo recio y su cara desfigurada. Aquella cicatriz de Ibrahim era un poderoso imán, pero no se atrevía a preguntarle cómo y cuándo se la habían hecho.

—Mi hija nunca quiso aprender la lengua en la que su padre y su madre se enamoraron. No quería saber nada de Argelia, del pasado, de la historia. A veces imagino que, cuando vuelva a mis brazos, cuando pueda estrecharla contra mi pecho, me pedirá que le enseñe viejas canciones de la Cabila, que le hable de sus callejuelas, de sus olores. Entonces abro los ojos, despierto aquí y sé que ya no podré enseñarle nada porque lo he olvidado todo.

Ibrahim le acarició el pelo casi sin atreverse a rozarla. Asombraba tanta ternura en una mano como la suya.

—Los hijos siempre aprenden tarde las lecciones que las madres están dispuestas a enseñarles. Volverá contigo, y tú recordarás cada paso de tu infancia, y la revivirás para ella.

Era difícil no creerlo. Escuchando a Ibrahim, su convicción de que más pronto que tarde su hija volvería a su lado crecía día a día. A través de la esperanza de Ibrahim, ella volvía lentamente a un estado de ánimo cercano a la vida. No era un avance lineal ni sencillo; sobre todo por las noches, cuando él se marchaba y la oscuridad lo llenaba todo, se tornaba taciturna, sórdida y triste. Y en esos momentos de negrura y desesperación trataba de engañarse diciéndose que solo anhelaba un poco de paz, una certeza. No quería creer que su hija había muerto. Que no hubiera aparecido su cuerpo después de cuatro años la había arrastrado a las puertas de la locura, y si no había cruzado el umbral, si se aferraba todavía con las uñas al marco, en este lado de la cordura, era porque esa misma tragedia, esa misma ignorancia,

mantenía viva la débil ficción de que en alguna parte seguía con vida.

—Te prometo que de un modo u otro daremos con ella —le aseguraba Ibrahim.

Y ella le aferraba la mano y decía que sí, que lo creía. Que lo creía con toda la fe de una madre que llora a su hija.

—La vida es injusta, como un tahúr. Te lo pone todo al alcance, te hace creer que la felicidad no es una exageración desmedida, y cuando te entregas a su juego, confiada, te lo arrebató todo en una única mano, pero aun habiéndote dejado sin nada no te permite retirarte de la mesa, te obliga a seguir ahí, jugando la misma partida que sabes que ya no vas a poder ganar.

Ibrahim se sintió turbado, bajó la mirada incapaz de sostener la de Andrea.

—La vida tampoco ha sido para mí lo que esperaba —le confesó en un arranque de sinceridad cuyo trasfondo ella no podía comprender.

—¿Quién eras antes de ser esto?

«Antes de ser esta cicatriz», le preguntaban sus ojos.

Él la miró con ternura.

«Esta cicatriz eres tú», se dijo en silencio.

Había caminado un largo y penoso trecho para llegar a un punto que no esperaba. Pero sabía que era aquí, y no en otra parte, donde debía estar. Junto a ella.

—Necesito hacerte una pregunta, Andrea. Lo necesito porque dependen muchas cosas de tu respuesta.

Andrea lo miró con ansiedad. Y con temor.

—¿Amas a Arthur, todavía?

Andrea se quedó muy quieta. Luego parpadeó como si le molestase una mota de polvo y se apartó de Ibrahim.

—Eso no importa.

—Por supuesto que importa. ¿Qué otra cosa puede ser más importante?

La aleta de la nariz de Andrea vibró al expulsar el aire.

Hubo un tiempo en el que Arthur era tan valioso para ella que cada uno de los desprecios que él le prodigaba la mortificaba de manera insoportable. Pero en aquel entonces ella soportaba sus infidelidades, sus cambios de humor y sus terrores nocturnos como el pago a cambio de disfrutar de sus caricias, de sus palabras que todavía eran capaces de escribir universos de belleza inconmensurable. Cuando Arthur la abrazaba, Andrea sentía que sus brazos la abarcaban con desesperación, como si ella fuese la única certeza inquebrantable de su vida. Y eso la hacía sentirse feliz, única y especial. Pero ya no sentía eso, y hacía mucho que dejó de sentirlo.

Ocurrió que su matrimonio se dirigió inexorablemente hacia la comodidad de lo seguro, la antesala de la muerte de cualquier pasión. De pronto se dio cuenta de que cuando hacían el amor, cada vez con menos frecuencia y de modo más burocrático,

Arthur se comportaba con ella como un extranjero de visita. Su mirada empezó a ser la de otro y sus halagos y frases mágicas ya no sonaban ciertas, perdieron su poder tautológico (eso es el verdadero amor: la culminación de la mística) y se transformaron en fórmulas aprendidas como las de un oficiante en misa.

Fue en aquella época, poco antes de que naciera Aroha, cuando descubrió que estaba enamorado de otra mujer llamada Diana, la jefa de la delegación de su empresa en Chicago. Antes se había acostado con otras, y siguió haciéndolo después, pero aquella mujer negra y hermosa, ambiciosa y terrenal, era distinta. Esa mujer cambió para siempre a Arthur, lo despojó de sus sueños de poeta y lo transformó en un hombre lleno de ansiedades más cercanas: coches, dinero, acciones, influencias y juegos de poder. Para Andrea dejó los despojos, el sucedáneo del hombre que pretendía seguir haciéndola creer que no había cambiado. Un cuerpo sin alma, ya.

Una noche Arthur llegó a casa muy alterado. Andrea lo había estado esperando despierta porque tenía algo importante que decirle, pero él ni siquiera la vio al entrar. Traía la ropa mojada y los zapatos manchados de barro. Fue directo al garaje y volvió al cabo de unos minutos con una bolsa industrial de basura en la mano. Cuando se dio cuenta de que Andrea estaba en el salón, se sobresaltó.

—¿Cuánto llevas ahí, espiándome?! —le preguntó exasperado.

Andrea lo miró irritada. ¿Espíandolo? ¿Se había vuelto loco? Había pasado la noche en vela, esperando a que llegase, alegre al principio, triste y enfurecida, por ese orden, a medida que había ido pasando las horas de vigilia. Y ahora le hacía sentir como una extraña en su propia casa.

—Tenemos que hablar —le dijo deslizando la mirada hacia la bolsa que Arthur sostenía. En la otra mano sujetaba las llaves del coche—. ¿Piensas marcharte otra vez?

—Ahora no es momento, Andrea —contestó Arthur. Había estado bebiendo, y tal vez había tomado algo más. Tenía las pupilas dilatadas y no paraba de pasarse la lengua por los labios. Olía a prostíbulo.

Aquel olor ofendió profundamente a Andrea, como la mirada que él puso de incompreensión cuando se lo dijo:

—Aroha ha pasado mala noche, los cólicos no la han dejado dormir. Tenemos que llevarla al hospital.

—¿Y qué quieres que haga yo? Tiene cuatro meses, por el amor de Dios, es normal que los tenga.

Algo sucedió en ese momento, un choque brutal entre lo que eran ambos en aquel preciso instante. Toda la confusión estalló de manera inverosímil, Andrea se puso a gritarle y a insultarlo de manera insensata, los reproches acumulados salieron de su boca como un torrente, remontándose a ofensas ridículas mezcladas con heridas profundas con una virulencia inmensa.

—No aguanto más. Cogeré a la niña y nos marcharemos de casa.

Arthur la miró con un odio hacia sí mismo, hacia ella, hacia todo, que nunca antes le había visto. En la habitación de arriba se escuchaba el llanto de Aroha.

—Haz lo que te dé la gana —le gritó él. Se marchó dando un portazo y Andrea se quedó en medio del salón, contemplando los cristales rotos de un jarrón que había tirado al salir.

Arthur regresó de madrugada. Andrea lo oyó entrar en el dormitorio, quitarse la ropa y dejarla en el colgador, sentarse en su lado de la cama y suspirar. La estaba mirando, notaba su mirada, pero fingió estar dormida. Permitted que él la atrajera hacia sí hasta encajar sus cuerpos, dejó que llorase apoyando la barbilla en su hombro y que las lágrimas resbalasen por su brazo hasta el camisón. Escuchó sus disculpas, lo terrible que había sido aquel día para él, su promesa de que iba a cambiar para volver a ser el de antes.

Lo escuchó y aceptó sus palabras. Pero en el interior de su ser, aquella noche de hacía catorce años Andrea dejó de amar a Arthur.

La recepción estaba en su apogeo. Los camareros iban de un grupo a otro haciendo equilibrios con bandejas de jamón y entremeses de salmón y de queso. Se movían como equilibristas entre los invitados. En la terraza del hotel habían instalado dos barras, una junto a la piscina y otra cerca de la balconera que se asomaba al casco antiguo de Madrid. El secretario de Estado de Cultura daba un discurso desde una carpa montada en el centro de la terraza. Nadie lo escuchaba, pero eso no parecía importarle. Sonreía a las cámaras como un actor secundario y mediocre.

Arthur alzó la mirada. Eduardo había aparecido a su derecha. Tenía un aspecto lamentable.

—¿Qué haces tú aquí?

Eduardo dejó caer una risita de borracho que sabe controlar su nivel etílico. Apuró la copa de un trago para horror de los que lo vieron (aquel vino costaba trescientos euros la botella) y asaltó a un camarero para tomar la siguiente.

—En la recepción del hotel he visto a Ibrahim. Le he dicho que tenía que hablar urgentemente contigo y me ha acompañado a los ascensores. Su cicatriz es como un pase vip. La azafata no ha sabido cómo negarle que me dejara pasar.

—No deberías estar aquí. Y menos en este estado.

Eduardo lanzó una mirada a su alrededor con expresión divertida.

—¿Por qué? Soy el retratista oficial del rey. Y esta es tu corte, ¿no es así? Jueces, políticos, empresarios, escritores, actores, abogados... Apuesto a que todos ellos te deben algo, algún favor. Tal vez te temen, incluso apuesto que muchos te desprecian. No eres uno de ellos, pero puedes comprarlos. Te pertenecen. ¿No es justo que espongas a tus siervos, a tus lacayos, el catálogo de bufones que te entretiene?

Eduardo elevaba el tono de voz lo suficiente como para llamar la atención de los que lo rodeaban sin pretenderlo. Arthur le lanzó una mirada furibunda, lo atrapó disimuladamente por el codo y lo apartó hacia una esquina de la terraza.

Bajo la moteada luz del atardecer, las tejas de las viejas casas del barrio de los Austrias brillaban como si acabase de llover. En la terraza se habían encendido los farolillos que colgaban como una verbena barata de cables invisibles. A lo lejos se escuchaban las campanas del convento de las Clarisas. Si uno cerraba los ojos, podía imaginarse en cualquier pequeño pueblo manchego. Acabados los parlamentos en la carpa, sonaba en los altavoces música de Schubert. El contraste era casi cómico.

—¿Te has vuelto loco? ¿A qué viene todo este numerito?

Con la capacidad que solo tienen los mimos, el rostro de Eduardo mutó abandonando aquella representación de borracho deslenguado. Se acercó a Arthur para examinar su rostro como si fuese miope y hubiese olvidado las gafas. Había pasado tantas horas tratando de descifrar aquella expresión que la conocía como si fuese su propio reflejo. Y sin embargo, ahora comprendía lo que quiso decirle Gloria cuando le presentó los primeros bocetos en Barcelona: no había sabido captar lo esencial, la verdadera naturaleza de Arthur.

—Si ahora volviera a retratarte, serías alguien completamente nuevo.

Arthur le sostuvo la mirada impasible, consciente de las docenas de invitados que, aunque fuese de reojo, estaban pendientes de él. Pero bajo su cuidada máscara albergaba una ira latente y un desprecio que le supuraba por las costuras de la boca.

—¿Qué más quieres? Ya tienes tu retrato; puedes ir a llevárselo a Gloria y decirle la clase de monstruo que soy, llénale los oídos de lo que quiera escuchar.

Eduardo se hizo con otra copa y la apuró de un trago.

Arthur era un farsante, como lo era Gloria, como lo era Olga, como lo era él mismo, atrapado en unos recuerdos que ya no sabía discernir entre lo cierto y lo falso. Vivían de imposturas, se llenaban de ausencias para disimular su vacío, del mismo modo que veía a aquellas mujeres adornadas con joyas caras para esconder su mediocridad, dramáticamente evidente al meter la uña del meñique para librarse de un tropezón atrapado entre los dientes, como sonreía aquel alto funcionario que apartado de las cámaras rozaba con disimulo el pezón de una sufrida camarera, como el fingimiento de risas que no acompañaban las miradas, siempre en busca de alguien más importante a quien prestar atención. Todo aquello era una mentira llena de grietas que nadie quería ver. Porque las grietas eran ellos. Todos ellos.

—Acabo de descubrir que maté a un hombre inocente, catorce años después. Maté a la persona equivocada. —Le pesaban las palabras como piedras que tenía que vomitar—. Soy una maldita mierda, un mal chiste.

El hombre que habitaba el cuerpo de Arthur emigró en aquel momento. Se fue lejos, a un lugar donde la mirada de Eduardo no pudiera atraparlo.

—Nadie es inocente, Eduardo. Creí que ya te habrías dado cuenta de eso.

Eduardo arrastraba las sílabas.

—Exactamente, nadie lo es. Lo que me lleva a una terrible conclusión: quien mató a mi familia anda por ahí, riéndose de mí.

Arthur lo traspasó como un cuchillo, limpiamente.

—¿Qué importa ya? ¿Volverías a matarlo?, ¿te vengarías? Ya hemos cometido suficientes estupideces en la vida.

Eduardo apartó la mirada. Probablemente, Arthur tenía razón.

—Pero si al menos pudiera saber que su vida no ha sido mejor que la mía...

Arthur lo observó con lástima. Su mirada le decía que de nada sirve descubrir las cosas que descubrimos si no podemos hacer nada al respecto.

Ya no existía el pequeño hotel de las afueras. El paisaje había cambiado dramáticamente. Y ese cambio le dio la medida de cambios más profundos y personales. Arthur no había vuelto allí en catorce años y al bajarse del coche experimentó esa transformación inevitable que nos enfrenta a la última etapa de nuestra vida.

Le costó reconocer las ruinas del edificio pobladas por matorrales tan altos que impedían ver el antiguo muro de piedra que rodeaba la finca. Una parte del techo a dos aguas se había desplomado como si le hubiese caído un obús y las hermosas tejas árabes habían perdido su brillo original colonizadas por el verdín. La mayor parte de las ventanas estaban tapiadas con ladrillos y la parte del piso inferior servía de mural para los grafiteros. En una esquina un cartel herrumbroso anunciaba que el inmueble estaba en venta. Los números de teléfono de la inmobiliaria estaban tan borrados que casi no podían leerse. El trazado de la carretera había sido modificado y ahora pasaba por detrás del hotel. Hasta allí llegaba el zumbido molesto y continuo de la circulación de camiones pesados. También habían construido una gasolinera con multitienda.

Aquel lugar había sido su paraíso. El paréntesis de cada fin de semana dibujado en su rutina diaria durante años. Las cortinas de aire campestre y discreto, las flores recién cortadas en la repisa, la gran cama toledana con cabezal de madera oscura, las cestas de fruta fresca, el coqueto comedor con media docena de parejas, a menudo las mismas, cómplices y acurrucadas en sus secretos, que se saludaban sin decirse nada, unidos por miradas de una cierta alegría resignada, compartiendo todos ellos la misma clandestinidad medio culpable, medio efervescente.

—Apuesto que en Chicago no existen sitios así —le decía a Diana, cogiéndola de la mano con seguridad tras los parterres podados con formas estrafalarias, animales y florales, disfrutando del silencio que solo rompían los nidos de los pájaros que costaba identificar entre las ramas más altas de los árboles. Y ella, vestida de manera

informal con sus tejanos y su camiseta de tirantes, sin adornos ni zapatos extremados, con sus zapatillas deportivas, se dejaba llevar por aquella invención, le sonreía y lo abrazaba por la cintura sin ningún miedo, apoyaba su cabeza de ébano en el pecho de él y le besaba el cuello dejando un rastro de cálida saliva en su piel.

Cada fin de semana iban allí. Cuarenta y ocho horas robadas al tiempo a base de construir laboriosas coartadas con Andrea que lo habían convertido en un mentiroso experto y convincente. O eso creía él. Unas pocas horas, suficientes para mantener la máscara de ser especial y distinto sin que la vulgaridad cotidiana la agrietara.

Pero también el tiempo que se inventan y se regalan los amantes se acaba volviendo codicioso. Aquella ficción perfecta quería más, más tiempo, más días, más intensidad. Llegó el momento en que ya no bastaba con lo que se ofrecían en secreto. Siempre hay alguien que está dispuesto a perder el paraíso, a comer la manzana con la promesa de algo que siendo imperfecto es más cierto. En su caso, fue Diana la que quiso más. Le exigía la legitimidad de la luz, poder disfrutar de las pérdidas cotidianas de una pareja común, sufrir el desgaste de la convivencia, de las cosas a medias que acaban convirtiéndose en la lucha por imponerse al otro, por no sucumbir ante la pareja, quería saborear en carne propia la lenta derrota del desgaste que trae el día a día. Ya no le bastaba el empalagoso espejismo que Arthur había creado para ella.

—Quiero verte enfermo, y débil, inseguro. Quiero verte ausente, enfadado, distraído, conocer tu egoísmo, tu vena infantil, quiero verte llorar. Y quiero estar ahí, a tu lado. Ya no quiero amar una ficción. Quiero amarte en carne y hueso.

Aquel fue el motivo de la discusión la última vez que estuvieron en el hotel. Hacía catorce años. Aquella noche fatídica que empezó mucho antes, al atardecer, bajo las hojas puntiagudas de una palmera, mientras Diana se quejaba amargamente y se llamaba a sí misma «fulana», en español (normalmente hablaban en inglés, para aumentar la distancia con el presente). Hacía un calor de chocolate espeso, sin la humedad del mar, con la pesadez de los guijarros secos y los trazos de los arroyos secos, la tierra del estanque cuarteada, los moscones zumbando y libando alrededor de las matas de flores.

La culpa fue de Arthur. No debería haber cedido al encantamiento de serpiente de la intimidad, a su propia invención. Habían hecho el amor de pie, contra las puertas de madera de un armario que había grabado en la superficie de sus pieles sudorosas los relieves y nudos de la madera. Y se habían quedado desnudos tumbados en el frío suelo de cerámica.

Fue esa fantasía de creer que uno habita el universo la que le hizo cometer la torpeza de decirle lo que pensaba cuando ella le preguntó. «Pienso en ti, esto es genial, estoy en la gloria»; debería haber dicho algo así, algo que los oídos de Diana estaban dispuestos a escuchar porque entraba dentro del guión escrito para sus fines

de semana. Pero no fue eso lo que dijo, sino algo mucho peor. Dijo la verdad.

—Pensaba en una pensión de la calle Al-Mansur, en el puerto de Argel. Tenía un ventilador como este, aunque el aire que agitaba era distinto, salado, casi líquido, se te enganchaba a la piel con el olor de las algas, el aceite y la grasa de los amarres. La luz era también de otro tono, se paseaba por los muebles como la mano de un gigante recorriendo su precio. Se escuchaba desde la ventana el susurro del mar, el claxon de los camiones en los muelles de carga, los gritos de los estibadores, las risas de los niños (tendrías que escuchar la risa de un niño argelino, no se parece a ninguna otra música del mundo). Pensaba que, en aquella habitación, mi corazón latía también con fuerza, porque era más joven, más impetuoso, y más ingenuo. Pensaba en Andrea, tumbada a mi lado, contra mí, pegados y pegajosos como si fuésemos dulces churrupeados a punto de deshacernos... Pensaba en el camino que me ha traído desde aquella habitación hasta esta.

También pensaba en abandonar aquella aventura con Diana, todas las Dianas de su vida, romper aquel paréntesis de fines de semana, regresar a casa y abrazar a Andrea.

Pensaba en que de regreso a casa pararía en cualquier parte a comprarle unas flores. Y algo también para Aroha. Tal vez una lamparita de esas que traen dibujitos de osos.

Aquel bebé se había interpuesto entre ellos como un muro que se levantaba poco a poco, piedra a piedra. Lo pensó la primera vez que la vio en el paritorio, mientras el médico le anudaba el cordón umbilical. Incomprensiblemente, Arthur sintió un escalofrío más cercano al temor que a la ilusión. Se preguntó qué era aquel pedacito de piel encarnada que berreaba como si el mundo ya le perteneciera y lo reclamase con tanta solicitud. Qué clase de cosa, no se le ocurrió otra palabra, era aquel trozo de vida que cabía en unas manos enguantadas que la recogían como el agua en un cuenco. «Es tuya», le dijo el médico, entregándosela como una ofrenda, como un regalo. Y aquel poder lo asustó.

No pudo evitar pensar en su padre, el teniente de paracaidistas con su uniforme de gala, sus condecoraciones, alto, fuerte, pelirrojo, con el tatuaje de su unidad en el cuello como la marca indeleble de sus prioridades afectivas. «La patria antes que nada». ¿Lo era? ¿Era igual que su padre, o solo conservaba su carcasa?

No podía evitar aquella asociación perniciosa y enfermiza. Cada vez que veía a Andrea entregar su pezón sonrosado a una boca que ya no era la suya, sino la de esa criatura, se sentía un intruso. Apenas se atrevía a tocar a aquel bebé que lo miraba sin verlo todavía, buscando su voz como hacen los ciegos con los ojos erráticos, arrugando su pequeña naricita cuando él se acercaba a la mecedora porque reconocía su olor. Era como si no quisiera ensuciarla, como si no quisiera admitir que el egoísmo luchaba a brazo partido con la ternura cada minuto desde que ella vino al

mundo, sin decidirse todavía de qué lado caería la contienda.

En eso pensaba, contemplando el lento giro de las astas del ventilador mientras Diana le acariciaba el pecho. Y se lo dijo.

—Esto nuestro se terminó.

Pero nada termina nunca. No al menos cuando nosotros lo decidimos, ni como esperamos que suceda. La vida ya le había enseñado esa lección con anterioridad en manos de su primo francés, en el despacho de Cochard, en su trayectoria hasta llegar a donde ahora estaba, reinando sobre una inmensa montaña de ponzoña. Pero aquella tarde no quiso escuchar esa voz pernicioso, dañina y burlona. Aquel amanecer, mientras se vestía con una urgencia repentina, como si el tiempo que Andrea le había concedido para recuperarlas antes de perderlas del todo hubiese entrado en descuento, Arthur se sintió capaz de forzar los límites prescritos del destino.

La carretera se estrechaba y en un tramo vio las balizas y las vallas de obra cortando el único carril. A la derecha se abría un ramal secundario que atravesaba un pueblo desierto y continuaba durante unos cientos de metros, paralelo a un arroyo que no veía pero que escuchaba discurriendo por debajo del terraplén. Tomó aquel atajo sin aminorar la marcha ni detenerse en una señal de *stop* que apenas era visible entre los matorros.

Y entonces embistió a un coche que en aquel instante circulaba en su mismo sentido.

Se golpeó contra el volante y el cinturón de seguridad evitó que saliera despedido contra la luneta delantera. Durante unos segundos perdió el conocimiento, y cuando lo recuperó se preguntó qué había sucedido. De no ser por la evidencia de otro vehículo, abajo, en el terraplén, volcado con las ruedas girando en sentido inverso, podría haberlo soñado. Bajó del coche con paso titubeante, mareado, y se acercó con temor al borde de la carretera.

A la derecha el arroyo se estrechaba. Al otro lado había un cuerpo tendido con las piernas flotando en el agua. Arthur se lanzó terraplén abajo, trastabilló, cayó y se levantó como un resorte. Corrió hasta aquel cuerpo. Todavía respiraba, una niña que se estaba marchando tan rápidamente como el caudal de su sangre. Se moría por las orejas y la boca, por la nariz.

—No te muevas. Voy a pedir ayuda. —Como si aquel cuerpo tronchado pudiese ir a alguna parte.

Llegó al coche y buscó el teléfono. No tenía cobertura. «Piensa, Arthur. Piensa». Pero no podía detener el giro de sus pensamientos ni los gritos de su cabeza. Todos hablaban a la vez, todos querían imponerse. Recordó las obras de antes del desvío. Allí habría alguien trabajando. Sabrían qué hacer, avisar a la ambulancia. Arrancó y aceleró. El sendero era demasiado estrecho para dar la vuelta, iría un poco más

adelante, hasta encontrar dónde girar y volver atrás. Uno siempre cree que encontrará un lugar donde poder retroceder.

A cincuenta metros la senda se ensanchaba lo suficiente. Y entonces Arthur se detuvo. «¿Qué vas a hacer? Están muertos», le decían sus ojos a través del retrovisor. «Los has matado. Pero ha sido un accidente. Lo vas a echar todo a perder, justo ahora».

Muchos kilómetros más adelante, Arthur entró en el bar de una gasolinera. El encargado apenas le prestó atención cuando le pidió con voz nerviosa el teléfono.

Arthur no llamó a la policía. Ni siquiera se le pasó por la cabeza. Marcó el número de Diana y se lo contó todo con la voz entrecortada por el llanto. No, no le había visto nadie. Sí, estaba casi seguro de que estaban muertos. No había dejado señales de su vehículo.

—Entonces no ha pasado —dijo Diana con frialdad.

Y eso le alivió el corazón. No ha pasado. Todo puede volver atrás, basta con borrarlo. Es lo que quería escuchar. Lo que necesitaba creer. Ella se encargaría de todo. Diana siempre lo hacía. Y también lo hizo en aquella ocasión.

Capítulo 20

Tumbado en la cama, el Armenio permaneció durante unos segundos con la mente en blanco. Le gustaba aquella hora silenciosa en la que el nuevo día prometía cosas distintas; cosas que al final terminarían siendo las mismas de siempre, lo sabía, pero que al abrir los ojos con aquel límite rojizo en el horizonte le parecían un misterio por desvelar. Respiró hondo disfrutando de la fugaz sensación de quietud, de la pureza del silencio y de la dicha de la calma. La marihuana aturdía su mente, mientras entonaba el estribillo silabeando las palabras de «Highway Star», de Deep Purple:

Nobody gonna take my head I got speed inside my brain.

No sabía por qué razón había abierto los ojos con esa canción en la mente, aunque siempre despertaba entonando alguna cosa. Era una costumbre de años.

En el suelo había un profiláctico usado y un cenicero repleto de colillas sobre un charco de cerveza derramada. A los pies de la cama revuelta estaban tirados los pantalones, el pasaporte falso de Bosnia y Herzegovina y una bolsa de deporte con algunas mudas y unos miles de euros en el falso fondo. En pocas horas sería historia, iba a perderse definitivamente entre las difusas fronteras de la antigua Yugoslavia, la tierra de promisión para hombres como él. No era algo tan terrible, desde luego que no, llevaba en centros de reforma y cárceles desde que tenía uso de razón, era su hábitat natural, el olor de desinfectante, las pinturas gruesas de los módulos, el trato poco cordial de los guardias y el miedo disfrazado de arrojo ante los demás reclusos.

Pero se sentía ya viejo y cansado, los jóvenes llegaban a la cárcel con nuevos códigos, sin lealtades ni respeto, y a la mínima oportunidad intentaban destronarlo, su poder ya no era omnipresente y tarde o temprano sucumbiría. No estaba dispuesto a permitirlo; quien ha sido un emperador no puede consolarse siendo un reyezuelo de taifas. Con su fuga de la cárcel apuñalando al guardia civil ponía fin a una vida carcelaria de leyenda. Y esa leyenda debía permanecer incólume para los restos. No volvería a una cárcel española, jamás.

—Esto tiene que acabar —dijo la mujer tumbada a su lado. Ella fumaba también marihuana y descansaba la mano en un vientre menos terso de lo que él recordaba. Tampoco recordaba esos ramilletes de arrugas cayendo del perfil de sus párpados, ni las grietas diminutas en el labio superior. Tenía los ojos del color de la hierba en otoño, no era guapa pero eso no parecía un inconveniente para encontrarla deseable. Se llamaba Azucena, y en el dedo lucía una alianza de oro blanco grabado con el nombre verdadero del Armenio, el que jamás le revelaba a nadie y que aquellos que lo conocían no se atrevían a pronunciar en su presencia.

—Acabará pronto. En un par de días unos colegas que se dedican a pasar putas y

esclavas me llevarán a Sarajevo. Me deben unos cuantos favores. Y desde allí, ¿quién sabe? Turquía, Irán, Afganistán. Hay muchas oportunidades ahí fuera para la gente como yo. Pero primero me voy a ocupar del hijo de puta que mató a nuestra hija.

—No importa adónde vayas, Eladio, ni lo que hagas. Rebeca no va a volver, y tú nunca dejarás de huir, nunca. Así has perdido tus años, así me perderás a mí también. Huyendo de tu propia vida.

El Armenio sintió que perdía aire. No quería pensar en la realidad. No quería responder a los dedos de aquella mujer tan sola como él que buscaba los suyos para entrelazarlos.

Azucena trabajaba como asistente social. Se conocieron en la cárcel un año antes de tener a Rebeca. Ella era la única persona que le había demostrado algo parecido al amor. Se preocupó de enseñarlo a leer y a escribir. Y le había dado una hija, Rebeca, a la que apenas había visto una vez por año, para sus cumpleaños, porque no le gustaba que su mujer la trajera de visita, una cárcel no era lugar para una niña tan pequeña destinada a convertirse en princesa. No quería que al hacerse mayor guardase el recuerdo de un padre entre barrotes, pero él siempre llevaba una fotografía suya en la cartera que mostraba a todo el mundo cuando estaba de buen humor.

La cambiaba cada cierto tiempo, adaptándola a los cambios de la niña; había leído libros de pedagogía infantil y hacía creer a cuantos lo escuchaban que era un buen padre, que se preocupaba de su educación; en su interior había creado la ficción de una familia normal, donde él se ocuparía de inculcarle a su hija la máxima que regía para él ante la vida: «No te metas con nadie, pero si alguien te busca, que te encuentre». Él le allanaría el camino, apartando de ella los peligros, protegiéndola y a la vez enseñándola a mostrar los dientes y a morder cuando fuera preciso. Soñaba con verla algún día en la universidad a la que él nunca pudo ir, convertida en una prestigiosa abogada, incluso ironizaba con un futuro en que su hija vistiera la toga judicial y alcanzara las más altas cotas, por qué no el Tribunal Supremo. Mentirse es una forma de sobrevivir al desengaño. Y durante seis años, los que había cumplido su niña, esa ficción lo sostuvo firme y decidido.

Azucena se estaba abrochando el sujetador sentada en la cama. El cabello revuelto le cubría el rostro ojeroso.

—Deberías entregarte. Todavía tengo amigos en Tratamiento Penitenciario. Ellos pueden ayudarnos.

—No me voy a entregar, Azucena. Quítate esa idea de la cabeza.

—¿Y qué harás después de matar a ese hombre? ¿Cuántos más tendrán que caer para que dejes de odiarte y de odiar a todo el mundo?

Cuando ya no quedan esperanzas es necesario inventarlas. Y si ello no es posible, sí lo es vivir con odio. Convertir la venganza en un motor que no se cansa, que te

obliga a mantenerte alerta, un objetivo que te empuja a seguir adelante cuando ya no hay nada que pueda hacerlo. Matar a Arthur se había convertido en su único propósito.

—Deja ese discurso de monja para los reclusos nuevos. A mí ya no me sirve. Soy un callo por dentro.

Azucena le dirigió una mirada cansada que en lo más profundo anunciaba lo inevitable.

—Ya no puedo seguir con esto. Necesito seguir adelante. La enterramos hace cuatro años. Pero tú no la dejas marchar. Te aferras a nosotras para no ahogarte, pero me estás hundiendo contigo.

El Armenio examinó con indiferencia a Azucena. También a ella la había perdido. No le importaba, siempre había estado solo.

—Haré lo que tengo que hacer, y luego me marcharé para siempre; no te preocupes. No volverás a saber de mí.

Ibrahim no movió ni una pestaña cuando descubrió al Armenio a pocos centímetros de su espalda. Desde que Ordóñez los puso sobre aviso, sabía que solo era cuestión de tiempo que apareciera. Iba escoltado por un gigante que tal vez tuviera unos treinta años. El grandullón se afeitaba el cráneo al cero dejando en el centro una cresta de pelo rizado y oscuro que le daba el aspecto fiero de un mohicano. Su rostro estaba invadido por sus ojos. Eran grandes, saltones y vidriosos, con las pupilas dilatadas como un agujero negro en expansión continua. Se acababa de meter una raya de coca. Apenas parpadeaba, como si alguien le hubiera cosido los párpados a las cejas anchas y espesas. Tenía los brazos tatuados. No tenía ni un centímetro de piel libre.

—¿Podemos hablar pacíficamente, por una vez? —le preguntó el Armenio.

Ibrahim examinó al gigante y calculó sus opciones. Le iba a costar derribarlo, y no era seguro que lo lograra sin recibir unas cuantas heridas a cambio. No había mucho donde elegir. Metió la mano en el bolsillo del pantalón, y el gigante gruñó como un perro rabioso. Ibrahim sacó unas monedas y las dejó caer en la barra donde había estado bebiendo una cerveza. Abrió las manos en señal de paz y el Armenio tiró de la correa de su perro para tranquilizarlo.

—Salgamos a la calle.

El gorila se apostó a la derecha del Armenio vigilando alternativamente el entorno y de reojo a Ibrahim.

—Las cosas más simples son las que echas de menos cuando las pierdes, ¿verdad? No recordaba lo que es pasear por el centro de Madrid.

—¿Cómo has logrado escaparte de la cárcel?

El Armenio se alzó la camisa y le mostró una fea herida de arma blanca a la altura

del hígado. Estaba recién curada y los puntos todavía no habían cicatrizado. Le había ido de poco.

—Si te autolesionas, esos hijos de puta te hacen caso. No pueden dejar que te desangres, va contra la ley. Así que cuanto más profundo es el corte, más caso te hacen. ¿Tú sabías que los místicos de la Edad Media solían recurrir a la laceración para llamar la atención de Dios? Sangrar es bueno, purifica. Provoqué una pelea, dejé que me hirieran y tuvieron que trasladarme al hospital. Humala y sus colegas hicieron el resto, me debían algunos favores —sonrió, mientras señalaba al gigante.

—¿Y qué quieres? —lo apremió Ibrahim.

—Quiero empezar de nuevo, ¿entiendes? Mira, no es que uno decida ser un cabrón o un hijo de puta sin alma, es que simplemente las cosas pasan y tú te dejas llevar.

El Armenio hizo una inflexión, escrutando a Ibrahim con aquellos ojos enormes que le ocupaban toda la cara, como si esperase que él hiciera o dijera algo. Pero Ibrahim no sabía qué hacer ni qué decir.

—A veces hablo mucho; y es extraño, porque no suelo tener nada que decir, pero es que el silencio me molesta, ¿sabes?

Por una vez Ibrahim estuvo de acuerdo. Nunca se había sentido cómodo hablando demasiado.

—Lo mejor será que digas lo que has venido a decir y que te dejes de rodeos.

El Armenio lo señaló con el dedo índice y esbozó una sonrisa de complicidad. Tenía los dientes separados, pequeños y sucios en forma de serrucho.

—He oído que tu jefe ha contratado a un tipo bastante siniestro, un profesional que anda por ahí haciendo preguntas sobre su hija. El tipo va rápido y directo, por lo que me han contado. Me conmueve su interés. Pero eso no va a impedir que le arranque las tripas a ese cabrón. Mató a mi hija. Ya puede interponer un ejército entre él y yo. Arthur es hombre muerto. Nada ni nadie va a impedirlo, quería que lo supieras.

Ibrahim levantó la cabeza con un movimiento calmo y equilibrado. Sus ojos se fijaron en las arrugas de su contrincante. Como todos, también aquel viejo luchador empezaba a marchitarse y no quería reconocer que su tiempo había pasado. Pensó en las fotografías que Ordóñez les había enseñado en las que aparecía Ian con Rebeca.

—¿Por qué me cuentas eso? Lo de tu hija fue un accidente, Arthur estaba borracho, no fue consciente de lo que hacía, y créeme, si hay algo que lamenta de aquel día es la muerte de esa criatura.

—Eso no me importa —le cortó enfáticamente el Armenio—. Para mí es indiferente si estaba borracho o sobrio. Lo que quiero decir es que yo no soy uno de esos maníacos que andan por el mundo dando la murga sin ton ni son. Yo le doy al magín. —Y se señaló la sien como si fuese a volarse la tapa de los sesos—. Sé lo que

soy y sé lo que hago, no digo que esté bien. Solo digo que las cosas son así. Pero ¿y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Me caes bien, Ibrahim. De hecho, te admiro. Hace años que coincidimos en diferentes cárceles, y nunca te he visto apartarte de ti mismo. Todo el mundo te teme, pero sobre todo, te respeta. Yo también. Conozco tu pasado, esas historias que se cuentan por ahí cuando estabas metido con los fundamentalistas. Eres un tipo con escrúpulos, a pesar de todo. —Hizo ademán de tocar la cicatriz serrada que cruzaba la cara de Ibrahim, pero la mirada de este lo detuvo justo a tiempo—. Por eso no entiendo qué haces protegiendo a Arthur.

—No sé qué crees que sabes, pero me hablas de la prehistoria. Y en cualquier caso, no es asunto tuyo.

El Armenio creía tener un don: ver lo que los demás esconden. La gente era manipulable, él les daba lo que necesitaban y cogía a cambio lo que quería. Las personas *honradas* se servían de tipos como él para complacer las perversiones de sus existencias hastiadas y aburridas que buscaban un poco de peligro. Todas esas señoritingas que veía en las tiendas de Serrano, en sus cochazos con sus maridos calvos, viejos y barrigudos podridos de pasta, todas necesitaban una polla en su culo, una raya de coca, un espectáculo de pelea clandestina, una timba o una orgía. La perversión solo era aceptable como un juego para esa gente, un poquito de dolor, unas gotas de sangre, alguna palabrota susurrada al oído, pero si les mostraba a la bestia, se cagaban de miedo. Sin embargo, Ibrahim no era como él, ni como ellos. Lo desconcertaba no saber quién era, qué debilidades tenía, cómo atraparlo. ¿Por qué no lograba inspirarle ese terror que sometía a los demás?

—Tienes razón, tus motivos debes de tener para proteger a ese hijo de puta. Espero que sean suficientemente fuertes, porque voy a ir a por él y a por todos los que se interpongan en mi camino, y no me gustaría que fueses uno de ellos. Al contrario: confiaba en convencerte para que me ayudes. Quiero que me entregues a Arthur. Por eso estamos hablando, y esa es la única razón por la que mi amigo de los tatuajes no se está comiendo tu hígado crudo. —Miró con sus grandes y acuosos ojos a Ibrahim. Parecía un escualo a punto de atacar—. Sé que la mujer de Arthur está ingresada en una residencia a las afueras de Madrid. Te he visto visitándola; no sé la razón, pero sospecho que esa mujer te importa más de lo que debería.

El rostro de Ibrahim se ensombreció. El Armenio casi pudo escuchar el chasquido de sus dientes al apretar las mandíbulas.

—Si te acercas a Andrea, no dejaré un hueso sano en tu cuerpo.

—Relájate, no quiero hacerle daño a ella. Pero se lo haré si me obligas. No vas a protegerla siempre. A Andrea, así se llama, ¿verdad?, lo único que le importa es saber dónde está su hijita, Aroha. Tal vez ese tipo que ha contratado Arthur sea muy bueno,

he oído atrocidades de él, pero créeme, no logrará encontrarla. Si quieres averiguar algo sobre chicas monas que desaparecen, conozco a unos buenos amigos que podrían ayudarte. Un intercambio de información. Es cuanto te pido. Eso o esto. — Señaló a Humala, el gigante tatuado que le dirigía una mirada gélida y una sonrisa canina—. Piénsalo, Ibrahim. Mi oferta no durará mucho tiempo; tengo cierta prisa por acabar con esto y desaparecer.

El padre de Ibrahim le enseñó que el *tasawwuf* es el hilo invisible que comunica a los hombres con Dios y que explica la relación de este con todo lo Creado. Como las notas que salían de su *ney* cuando se sentía perdido. No era algo que pudiera expresar con palabras, pero cuando se sentía confuso y triste, buscaba en su caña los recuerdos de las palabras de Mustafa al-Alawi: «En el ser humano hay un pedazo de carne que si está sano, todo él está sano, y si está corrupto, todo él está corrupto. Y ese órgano es el corazón». Su padre le decía que tenía corazón de guerrero rabita, y que por eso sufría a causa del conocimiento de su naturaleza. Las palabras de aquel anciano venían a buscarlo ahora, entre las notas del *ney*, lo veía mover su cuerpo escueto, hecho de poco más que aire. «Rezo por ti», le decía con los ojos buscando un camino que nadie podía encontrar. «Rezo por tu corazón oscuro y luminoso. Para que venzas en esa lucha, porque todo hombre necesita encontrar su destino y no errar por la vida sin objeto».

Pensaba ahora en la tumba de su padre, aquel pequeño túmulo de piedras donde crecían flores silvestres azotadas por el aire caliente, la cola del siroco, en lo alto de la colina. Bajo las nubes de plomo que acercaban el cielo a la tierra. Un cielo y una tierra fuera de la historia, del tiempo. Añoraba esa quietud intemporal, algo tan simple como una brizna de hierba en la palma de la mano que el aire se llevaba haciéndola girar como una libélula borracha.

Argelia iba con él a todas partes. Una Argelia doliente y manchada de rojo: el primer hombre que mató disparándole por la espalda delante del monumento a los Mártires, la bomba que estalló cerca de la calle Hadj Omar, junto al palacete otomano que los franceses utilizaron como ayuntamiento, los tiroteos a turistas frente al museo de El Bardo, las palizas a los chivatos en el hipódromo mientras de reojo miraba cómo iban sus apuestas en las carreras de caballos. Y cada vez que cometía un atentado o un delito sentía que su corazón se pudría, pero no podía quitarse esa capa de odio que lo atrofiaba, no bastaban las palabras ni los pensamientos para curarlo.

En cada hombre o mujer que atacaba veía el rostro pelirrojo y saludable de Luis Fernández, veía a su madre sujeta por sus esbirros, sentía cómo se le abría la carne bajo la afilada hoja de su machete. Y el pensamiento se le nublaba, empujándolo a ser lo que se esperaba que fuera alguien como él: un sicario, un asesino, un degenerado, un sectario retrógrado... Solo de ese modo veía claridad en sus víctimas. Creían saber

quién los mataba y por qué.

Habían pasado mil vidas. Las banderas ya no ondeaban en ninguna parte, los himnos no le conmovían, no buscaba a Dios. No esperaba nada de los hombres, ni de sí mismo, y el recuerdo de las enseñanzas de su padre solo era polvo seco en sus manos y tristeza frente al espejo. Y aquel rostro seguía mirándolo.

Únicamente el *ney* le daba descanso.

Cuando lo extrajo de la funda de piel y se lo mostró a Andrea, parecía exactamente lo que era, una rama hueca con seis agujeros frontales y uno para el pulgar. Un instrumento humilde de pastor que, sin embargo, tenía su origen en el principio del hombre. Ibrahim la animó a probar. Le indicó cómo debía poner los dedos explicándole que cada dedo tenía la capacidad de intervalo de un tono. La sopladura debía ir en una dirección algo oblicua, colocando el extremo entre los dientes y la mandíbula superior, dirigiendo el aire con la lengua.

Andrea hizo varios intentos, pero no logró que emitiera ningún sonido. Terco como una mula que no reconoce a quien la monta, el instrumento se negaba a *moverse*.

Ibrahim sonrió. Tocar aquel instrumento parecía sencillo, pero se necesitaba toda una vida para dominar la técnica. Él podía superar las tres octavas y gamas muy diferentes de un sonido profundo y grave que al tomar la flauta en sus manos emergió como por arte de magia sin dificultad.

Andrea sintió que se le encogía el corazón, sorprendida por aquel lamento que parecía emerger no del instrumento, sino del músico. A medida que las notas se encadenaban, iban creando un manto de púrpura sobre Ibrahim, como si fuera un ángel errante, a medio camino de alguna parte. Aquel sonido lo apaciguaba y lo llevaba hacia un remanso de tranquilidad donde se evaporaba todo el cansancio y la tristeza. Incluso el perímetro abrupto de la cicatriz parecía amoldar sus aristas. Poco a poco, se dio cuenta de que Ibrahim le estaba *hablando*.

Le decía cosas que no podían ser dichas con palabras, y ella lo entendía. Lo entendía. Le contaba un largo viaje donde los paraísos y los infiernos se confundían, donde los recuerdos y los deseos eran la misma cosa. Sin mirarla ni tocarla, concentrado en el sonido y no en sus dedos, Ibrahim la tomaba en brazos y la llevaba a un prado desde el que se veía a lo lejos el mar de arena del Sahara, sus dunas cambiantes que danzaban con el viento atravesando, del mediterráneo al mar rojo, el continente con aquella enorme aridez, tan seca como la cicatriz que le rompía la expresión. Tan hermosa.

Le habló del amor que un hombre puede sentir.

—Para, por favor —le suplicó Andrea, apretándose el vientre con las manos, como si los recuerdos la hubieran preñado y ya estuvieran a punto de nacer, pegando patadas, reclamando su presencia.

Pero Ibrahim no se detuvo. No podía hacerlo, porque aquella música no era suya, no emergía de sus pulmones ni la traducía el *ney*. La música era *samaa*, el lenguaje del tiempo, de la memoria, el sonido de la comprensión y de la aceptación. No podía detener aquel hilo tejido de aire, solo acceder a él, ser el puente entre sus almas perdidas en un tiempo inmemorial. Solo podían danzar como derviches, girar sobre sí mismos hasta el infinito, crear una espiral por la que transportarse a lo que eran realmente, despojados de lo que los aprisionaba. Las notas se transformaron en gritos; gritos provenientes de sus heridas. Andrea podía escucharlo chillar, suplicar, maldecir y rezar, escuchaba cómo lo torturaban y, por más que se tapaba los oídos para no escuchar, allí seguía el dolor, gritando, hasta que esos sonidos fueron remitiendo, alejándose como los graznidos de pájaros migratorios para transformarse en algo más suave y líquido.

Cuando Ibrahim terminó de tocar porque el aire de sus pulmones no tenía más que decir, estaba agotado. Habían perdido la noción del tiempo. Comenzaba a anochecer y la habitación de Andrea se angostaba a medida que la invadía la débil oscuridad que se colaba por la ventana. A lo lejos asomaba el contorno de las montañas y el bosque más cercano. Las estrellas se encendían poco a poco. Una larga guedeja le caía a Ibrahim en medio de las cejas y le acariciaba la nariz, pequeñas gotas de sudor le recorrían la frente inundando sus arrugas y le temblaba el labio inferior. No se atrevía a mirar a Andrea, sentada frente a él en el borde de la cama con las manos recogidas sobre el regazo. Durante unos segundos, Ibrahim permaneció quieto, con la mente en blanco. Necesitaba volver a llenarse después de haberse quedado vacío. Respiró hondo disfrutando de la fugaz sensación de quietud, de la pureza del silencio y de la dicha de la calma, consciente de que al abrir los ojos tendría que mirarla, conociendo de antemano las preguntas que vería en sus pupilas.

Andrea se levantó y se acercó, con el sigilo de una sombra descalza, a la ventana. Sus dedos se mecían con el suave balanceo de la cortina transparente.

—¿Quién eres tú? ¿Para qué has entrado en mi vida? —le preguntó al horizonte. Y en el horizonte estaba Ibrahim.

Ibrahim apartó la mirada y tropezó con el retrato de Aroha que Andrea había colocado junto al cabezal de la cama. Era apenas una niña que nada sabía de lo que dentro de tres, cuatro o cinco años le sucedería. Tenía esa inocencia arrogante de quien no teme porque no conoce. «Podría haber sido tu padre», pensó. Y ese pensamiento se extendió sobre sus otros pensamientos como una mancha de aceite. Cuando Andrea se marchó de Argel, durante unos años él siguió acudiendo a una pequeña parcela de tierra que había no muy lejos de Annaba, se sentaba en las piedras y hacía planes de cómo sería la casa que construiría allí para ellos, los hijos que tendrían, ese tipo de cosas que sirven de armazón para un futuro sin fisuras. Se sentía tan confiado que no se le pasaba por la cabeza que las cosas pudieran ser de otra

manera. Era distinto a los demás, ya desde que era niño.

La gente de Annaba era taciturna, pesimista y con alma doblada por el trabajo y las penalidades, pero él no era así. Allí donde otros veían sufrimiento y sudor, él veía esfuerzo para conseguir una vida mejor; preveía con mucha antelación qué cosas cultivaría, cómo roturaría la tierra, dónde compraría las cabezas de vacuno, dónde construiría el granero, incluso traía revistas donde se mostraban unos grandes tractores venidos de América que podrían ayudarlo a hacer más productiva la granja. Durante aquellos años se imaginó trabajando de sol a sol, firme y fuerte, convencido de que cada imaginario golpe de azadón lo acercaba un poco más a su sueño. Se juró que jamás se resignaría a su suerte, jamás se plegaría al destino de perderla.

Pero el tiempo pasó, aquella parcela fue vendida a unos hombres de negocios egipcios que construyeron pisos baratos y él olvidó sus juramentos o los dejó enterrados bajo el cemento y los ladrillos.

—Conozco a un hombre que puede ayudarnos a descubrir dónde está tu hija. Alguien que no es Guzmán.

Aquellas palabras aventaron las brasas de los ojos de Andrea. Y al mismo tiempo sintió que el frío se le iba metiendo por todo el cuerpo.

—¿Qué hombre?

Ibrahim le habló del Armenio. De su hija de seis años que murió en el accidente, de la clase de hombre que era.

—Pero el precio que pide es muy elevado...

—No tengo dinero, pero si hablas con Arthur, él pagará lo que le pida.

Ibrahim la sacó de su equívoco:

—No es dinero lo que pide. Quiere que le entregue a Arthur.

El frío que Andrea sentía dentro se tornó glacial.

—Hazlo. —Su voz no parecía suya. Pero lo era.

Ibrahim la miró perplejo. Una perplejidad que solo en parte era auténtica. ¿Por qué seguía cargando sobre ella el peso de una decisión que él ya había tomado? ¿Qué buscaba? ¿Legitimizarla? ¿Compartirla con ella para crear un vínculo más fuerte? En ocasiones, el amor también hace mezquino a quien ama y objeto de las miserias más ocultas al ser amado.

Andrea miraba para otro lado, como si oyera por los ojos y se negase a escuchar. Los engranajes de su mente se habían bloqueado, como si lo que Ibrahim le había dicho fuese un palo entre los dientes de las ruedas que los impedía seguir girando.

Ibrahim insistió. Necesitaba estar seguro de que ella comprendía lo que le estaba pidiendo. No lo haría por él, sino por *ella* y para *ella*.

—¿Realmente es lo que quieres?

Andrea se apretó el cuello como si estuviera lleno de agujeros por los que se le escapaba la razón.

—Quiero recuperar a mi hija.

Capítulo 21

La verja estaba abierta y en la explanada había una furgoneta de alquiler con los portones traseros abiertos. Un par de operarios cargaban cajas del interior de la casa. La viuda de Olsen supervisaba la operación con los brazos cruzados y les indicaba cómo colocar cada cosa. Tenía prisa por acabar cuanto antes. Al lado de la furgoneta, los niños estaban sentados en su coche y entre ellos asomaba la cabeza de su perro *yorkshire*.

—Así que te marchas.

La viuda de Olsen desvió la mirada hacia aquella voz con un sobresalto. Al ver a Guzmán con el hombro apoyado en un pino seco, sintió una pesada decepción.

—¿Tú, otra vez? —preguntó con ansiedad—. Teníamos un acuerdo. Dijiste que no volverías a molestarme.

Guzmán ojeó alrededor y se detuvo un instante en el coche cargado de maletas con los niños y el perro en el asiento trasero.

—Las cosas han cambiado un poco.

La viuda de Olsen se tocó el cuello, como si se tomara el pulso. Guzmán la encontró muy desmejorada. Había adelgazado desde la última vez que la vio y su modo de vestir era descuidado, incluso el recogido del pelo. Parecía una mujer vulgar, como si se escondiera detrás de ese disfraz para pasar desapercibida. Si alguien hubiese dicho que aquella mujer había sido la envidia de todas las fiestas y recepciones de la gente guapa de la sociedad, quien lo escuchase habría pensado que se estaban burlando de él.

Se apartó de la furgoneta para que los operarios que la cargaban no pudieran oírla.

—Ya te dije todo lo que sabía. ¿Por qué no me dejas en paz?

Guzmán encendió un cigarrillo con una cerilla. Ya nadie las usaba, pero a él le gustaba el sonido del fósforo al rascar la cajetilla, con la pequeña combustión azul y naranja que se producía. Hubiera jurado que los cigarrillos tenían mejor gusto si los encendía de ese modo. Sacudió la mano y tiró la cerilla.

—En realidad, no me dijiste todo lo que sabías, y por eso estoy aquí. Me parece que todavía no hemos terminado nuestra conversación.

La viuda de Olsen miró a los lados como un animal acorralado. Tal vez pensando que no tenía escapatoria, se resignó y le propuso entrar en la casa. No quería inquietar a los niños. Guzmán la siguió bajo la atenta mirada de uno de los operarios, que creía haber visto esa cara en otra parte aunque no lograba ubicar dónde.

El salón estaba casi desmantelado. Había embalajes en una pared, mantas y una carretilla de mano, el suelo tenía impresas de un color más claro las marcas de las patas de la mesa, de un sillón, de un mueble. Los hogares que se abandonan precipitadamente dejan un poso de tormenta, de desastre.

La viuda de Olsen metió las manos en los bolsillos de un ceñido tejano y se plantó ante Guzmán con la mandíbula crispada.

—He leído el periódico y he visto las noticias. Si alguien te reconoce y te ve hablando conmigo tendré problemas, y ya tengo bastantes.

Guzmán también leía los periódicos y escuchaba la radio. Sabía que lo acusaban de causar el incendio en la casa de antigüedades de Dámaso. Había tenido que salir de Madrid precipitadamente y desde entonces no dormía en un lugar fijo más que una o dos noches. Sin embargo, no parecía nervioso o preocupado. En cierto modo, incluso esperaba que algo así ocurriera. Le habían tendido una encerrona. Podía sospechar de Arthur, de los colegas de la policía con los que había contactado para pedirles ayuda y que veían en él una amenaza del pasado, incluso de cualquiera que tuviera que ver con el club que dirigía el viejo. Dámaso se lo había advertido. Si removía el avispero, las avispas se iban a cabrear, y según parecía, algunas avispas eran muy, muy importantes.

Otras veces le había ocurrido. Él mismo había orquestado en el pasado campañas de difamación contra personas que interesaba quitar de en medio, oponentes del régimen, hombres de negocios cuyos intereses chocaban con las ambiciones de algún miembro de la Junta Militar. Montar una inculpación no era difícil, pruebas falsas, colocar indicios convenientes, filtrar datos falsos a la prensa y generar el caldo de cultivo en la opinión pública, propicia a la cacería de un falso culpable. Las cárceles y los cementerios estaban llenas de inocentes que no lo parecían. Aquello era tan viejo y tan zafio que casi le aburría.

—Yo no he matado a Dámaso; no me hubiera importado hacerlo de ser necesario, pero no lo fue. Me dijo lo que necesitaba después de apretarle las tuercas un poco. — No le importaba si ella lo creía o no. Sabía manejar aquellas situaciones. Pero no soportaba dejar cabos sueltos cuando empezaba algo—. Alguien me quiere cargar el muerto, y eso me obliga a tener que adelantar mi partida. Pero primero acabaré lo que he venido a hacer.

—Yo ya no tengo nada que ver con eso. Solo quiero largarme con mis hijos y olvidarme de toda esta porquería.

Guzmán sonrió y la observó con curiosidad sincera. «Realmente, hay personas así —se dijo—. Personas que creen que pueden entrar y salir cuando quieren de los actos que cometen sin afrontar las consecuencias, con su espíritu limpio».

—Arthur Fernández recibió, a los pocos días de morir tu marido, una grabación. En esa cinta se veía a Olsen, a Ian y a Dámaso torturando a su hija. La grabación venía con una nota exculpatoria, como si quien la enviaba quisiera quitarse el peso de la responsabilidad en lo que allí se veía. —Observó la reacción de la viuda, el inconsciente encogimiento del estómago y la aceleración de su pecho bajo la camisa con escote en uve—. Dijiste que no sabías nada de ninguna cinta, que no tenías ni

idea de lo que hacía tu marido. Pero mentiste. Esa cinta la encontraste tú, y se la enviaste a Arthur anónimamente.

La viuda de Olsen miró al techo, atravesado de grietas en la estructura que ya no se preocuparía en mandar remozar. Respiró con fuerza buscando una pausa imposible. Cuando la mirada descendió hacia Guzmán, parecía otra persona. Pequeña, culpable, desbordada por algo que nunca llegó a comprender por completo. La maldad humana.

—Yo no lo sabía —murmuró como si en el paladar una mosca verde aleteara para liberarse. Y se acarició los hombros buscando cobijo en sus propios brazos.

Encontró la cinta por casualidad, mientras registraba con premura los armarios, los cajones, intentando adivinar dónde escondía Olsen el dinero, las joyas, los documentos de valor que le pertenecían porque se los había ganado durante años soportando encima el peso de aquel hombre que, colgando en la viga, no parecía, sin embargo, pesar nada. Estaba escondida detrás del mármol de la cocina, se dio cuenta al rozar por casualidad el zócalo y observar que se movía. En aquel momento no supo qué era, pero supuso que debía de ser lo bastante importante para que Olsen lo hubiera escondido de esa manera, así que se lo guardó en el bolso.

No vio la grabación hasta dos días más tarde. Vomitó varias veces, incrédula, incapaz de asimilar que Olsen pudiera haber participado en algo así. Él tenía hijos, apenas unos años más pequeños que aquella chiquilla. Sabía que era un cerdo, que la engañaba con putillas mucho más jóvenes, lo conocía porque había sufrido en su propia carne muchas de sus perversiones... Pero aquello era monstruoso, incluso para un monstruo como él. La primera reacción que tuvo fue deshacerse de la cinta, la tiró al cubo de la basura y la dejó allí durante días. Pero nunca se atrevió a llevarla al contenedor. Por supuesto, tampoco quería ir a la policía. Comprendía exactamente lo que aquello significaba y el modo en que iba a comprometerla. De repente, la muerte de Olsen cobraba otra dimensión. Aquellas imágenes eran tan comprometedoras para tanta gente que no le costó imaginar que su marido no se había suicidado. Si los que lo habían asesinado descubrían que esa cinta estaba en su poder, podía suponer el peligro que correría su familia.

Se autoconvenció diciéndose que debía velar por el futuro de sus hijos, que tenía la obligación de protegerlos y de protegerse a ella misma. A fin de cuentas, su único delito era haber dormido con aquel bastardo, ella no era responsable de aquella monstruosidad, y además, no podía hacer nada por impedirlo. Pero se engañaba, y era consciente de ello. Cada noche las secuencias de esa cinta volvían a aparecer en su cabeza, se repetían con todos los detalles hasta arrancarle la bilis del estómago. Iba a la cocina, cogía la cinta, la miraba, la volvía a tirar... Hasta que decidió hacer lo único que su dignidad estaba dispuesta a permitirle, un solo gesto de valentía.

Enviarle la cinta a Arthur.

Guzmán se había sentado sobre un montón de libros embalados y listos para cargar. Seguía con los ojos el ir de un lado para otro de la viuda de Olsen, que se paraba, hablaba entre llantos y reanudaba su monólogo trufado de justificaciones exculpatorias, quejas, lamentos y gestos exasperados. El catálogo de razones para no hacer lo que en conciencia debe hacerse era tan extenso como el cinismo de los seres humanos. Si ella pretendía que la comprendiera o que la exculpase, se equivocaba de persona. Guzmán no la juzgaba, y no podía darle el perdón que ella suplicaba con la mirada. Él no era cura, no se hablaba con Dios.

Lo que le interesaba era algo muy distinto. En la grabación aparecían cuatro personas: Aroha, la hija de Arthur que estaba desaparecida desde entonces; Dámaso, que estaba muerto y de cuya muerte lo culpaban a él; Magnus Olsen, que quizá se había suicidado pero que muy probablemente alguien había asesinado, fingiendo luego el suicidio, y aquí la lista de sospechosos se elevaba a tantos posibles como víctimas de sus intentos de extorsión; y quedaba Ian. Excepto quizá Aroha, todos estaban muertos, fingidamente de modo accidental o voluntario. Guzmán intuía que el autor de aquellas muertes era el hilo conductor que debía llevarlo hasta Aroha, y por eso descartaba a Arthur. Él no podía haberle tendido la trampa del incendio porque Guzmán era la última posibilidad que tenía de encontrar con vida a su hija.

En sus últimos años de vida, el Bosco sufrió un pernicioso glaucoma que lo impedía distinguir más allá de las sombras y los tonos de luz más claros. Utilizaba unas gafas de pasta con aumentos de culo de botella para leer. Pero cuando quería examinar algo con atención, se colocaba las gafas a modo de visera sobre sus pobladas cejas, y sus ojillos aletargados se reconcentraban en el objeto como el *zoom* de una cámara. Decía que así veía con más nitidez lo evidente. Sin el estorbo de los aumentos.

Ahora, Guzmán tenía esa misma sensación. Veía mucho mejor sin estorbos ni artificios de por medio.

—Solo te preguntaré una cosa más: ¿hiciste una copia de esa cinta? ¿Se la enviaste a alguien más?

La mujer detuvo su deambular errático por el salón. Se mordió el labio concentrando la mirada en la ventana. Los operarios estaban acabando su trabajo y los niños se impacientaban en el coche. Miró a Guzmán y asintió levemente, haciendo un enorme esfuerzo de voluntad para inclinar positivamente la cabeza.

Media hora después, Guzmán acompañó a la viuda de Olsen hasta su coche. Los operarios habían terminado de cargar con las cajas de la mudanza y esperaban dentro de la furgoneta con el motor encendido. El conductor le dirigió una mirada inquisitiva y luego le comentó algo a su compañero. Guzmán se dio cuenta, pero los ignoró. Su rostro se había vuelto demasiado conocido. La viuda de Olsen se sentó al volante y le

ordenó a los niños que dejaran de alborotar. El perro ladraba nervioso con la cabeza fuera de la ventanilla. Se miraron sin nada más que decirse. Ella asintió, puso el motor en marcha y el coche tomó la salida lentamente seguido por la furgoneta de la mudanza.

Guzmán se quedó solo en la explanada frente a la casa. El viento azotaba el cartel de la inmobiliaria que anunciaba que la propiedad estaba en venta. Los juguetes de los niños, un triciclo, una pelota de fútbol deshinchada y una canasta con la red rota creaban una atmósfera de abandono reciente. Guzmán se colocó las gafas de sol mientras la viuda de Olsen se alejaba con su familia y sus pertenencias, las pocas que le quedaban. Le deseó suerte, se la deseó de verdad. A donde quiera que fuera, iba a necesitarla.

Caminó sin prisa hasta su coche y durante unos minutos se sentó dentro reordenando sus pensamientos. Todo tenía sentido, se dijo, un sentido lógico que lejos de congraciarse con el género humano, confirmaba lo que la amarga experiencia le había enseñado.

—La bondad es un cuento chino —dijo, escupiendo por la ventana.

Abrió la guantera y cogió el móvil. Marcó el número de Arthur y esperó a escuchar respuesta. Saltó el contestador automático. Guzmán sonrió con cinismo. También Arthur soltaba amarras. Guzmán se estaba quedando solo y acorralado, pero no le importaba. Los perros se vuelven más fieros cuando se quedan sin escapatoria. Y él era un perro de los peores, un chucho callejero.

—Soy yo —dijo hablándole al contestador—. Ya sé quién tiene a tu hija. Llámame. Creo que es hora de hacer un trato.

Dos días después, Guzmán fumaba un cigarrillo de marca argentina (ya no le quedaba prácticamente ninguno, pero no pensaba quedarse hasta agotarlos todos. Su vuelo para Santiago, con escala despiste en Buenos Aires, salía en menos de veinticuatro horas). Sobre la mesa de Arthur estaba el periódico del día, doblado por la página de sucesos.

En la carretera de Alicante a Valencia se había producido un accidente de tráfico con un único implicado que por razones desconocidas había volcado y, en consecuencia, incendiado. La conductora había muerto carbonizada y todavía no había podido ser identificada. La policía había encontrado a escasos metros a dos niños pequeños y a un perro en el arcén, detrás de la valla protectora. Aunque aterrados, no parecían haber sufrido ningún daño. Las circunstancias eran de lo más extrañas y la policía había iniciado una investigación. Guzmán sabía que, de un modo u otro, las pesquisas terminarían llevando a los agentes a él. Imaginó que encontrarían alguna huella o cualquier otro tipo de indicio que, quien quiera que estuviese detrás de las muertes de Dámaso y ahora de la viuda de Olsen, haría aparecer

oportunamente para incriminarlo. El cerco a su alrededor se iba cerrando inexorablemente.

—Tienes muchos cojones presentándote en mi despacho —lo increpó Arthur, señalando la noticia del periódico. Aquella mañana no se había afeitado y tenía mal aspecto. Daba la sensación de que había dormido en la oficina, debajo de los párpados le asomaban unas bolsas hinchadas y tenía la corbata floja sobre el cuello desabotonado de la camisa.

Guzmán sonrió. Si de algo carecía, literalmente, era de cojones.

—No me quedaré mucho tiempo. Lo necesario para terminar lo que vine a hacer y cobrar mis honorarios. Alguien se está tomando muchas molestias para hacerme quedar como un asesino: primero Dámaso, ahora la viuda de Olsen. Alguien con los suficientes escrúpulos, sin embargo, para salvar al perro y a los niños.

—¿Por qué me miras así? —lo increpó Arthur—. No tengo ninguna razón para querer hacerle daño a esa mujer.

Guzmán asintió.

—Eso es cierto... De hecho, deberías estarle agradecido.

—No veo la razón.

Guzmán se acercó a un cenicero de cristal verde y aplastó el cigarrillo exhalando el humo de la última calada por los orificios de la nariz.

—La esposa de Magnus Olsen fue la persona anónima que te envió la cinta en la que aparece Aroha. —Dejó que la sorpresa calase hondo en Arthur, examinando atentamente sus reacciones. Le pareció que su aturdimiento era sincero—. Ella no sabía lo que hacía su marido, pero lo descubrió. Encontró la grabación después de que él se suicidara. Al ver lo que contenía comprendió que las personas que estaban implicadas en ese tipo de cosas eran demasiado poderosas, muchas con una posición respetable, y que harían lo que fuera para preservar su imagen. Por eso no tuvo el valor de acudir a la policía. —Señaló el periódico encima de la mesa—. Temía por su vida y por la de sus hijos, y los hechos han terminado por darle la razón, al menos en parte. Sin embargo, no olvidó el asunto como habría hecho cualquiera en su situación. Esa chica era decente, ¿entiendes? No era como tú y yo. Cada vez que veía la grabación recordaba que era madre, que también tenía hijos, y que también ellos estaban expuestos. Por eso te envió la grabación. Esperaba que tú tuvieras el poder de parar aquella locura. No lo hiciste, acabar con todo esto, como ella suponía, sino que tú mismo te dejaste absorber por ese sifón imparable.

Arthur cogió el periódico y observó la fotografía que acompañaba la noticia. El coche volcado, la cinta balizadora de la policía y la manta térmica que cubría el cuerpo sin vida de la viuda de Olsen.

—Todo esto es una locura —murmuró.

—Lo es, pero no eres el único que se ha dejado arrastrar por ella. La viuda envió

una segunda copia de la cinta, también anónimamente, a otra persona.

Arthur alzó la mirada y miró con ansiedad a Guzmán.

—Sospecho que es esa otra persona la que ha acabado con Dámaso, primero, y con la propia señora Olsen después. Cada paso que yo he dado hacia tu hija ha sido borrado después por esa persona. Quiere quitarme de en medio y cerrar todas las puertas que puedan llevarme a Aroha. Y parece que cuenta con medios para hacerlo... Esa persona es la única que puede decirnos dónde está tu hija.

—¿Quién es? ¿A quién más le mandó esa cinta?

Guzmán abrió los brazos, como si lo agotase decir lo obvio:

—Se trata de *ella*, Gloria A. Tagger. Magnus Olsen era amigo de la familia desde que los ayudó a recuperar *el Español*, el preciado violín de los Tagger. Frecuentaban su casa, salían juntos el fin de semana y conocían y trataban el difícil carácter del hijo de ambos. Cuando la esposa de Olsen vio la cinta por primera vez, reconoció de inmediato a Ian. Y se las apañó para hacerla llegar a manos de su madre.

Guzmán comprobó que Arthur lo estaba escuchando.

—Antes de que mataras a su hijo simulando el accidente, Gloria ya era consciente de en qué estaba metido Ian. Desconozco si estaba haciendo algo al respecto, si pensaba hacerlo o si lo hubiera hecho. ¿Sabía ella que Aroha era tu hija? Y si lo sabía, ¿en qué momento lo averiguó? Deberíamos preguntárselo, ¿no crees?... Tengo la sensación de que esta historia es como el esparto anudado en trenzas que cuanto más agua recibe más se endurece y enrosca sobre sí mismo.

El vestíbulo central de la estación de Atocha rebosaba de vida. La bóveda filtraba la luz y la lanzaba en cataratas de tonos naranjas sobre las altas copas del invernadero. Algunos críos se entretenían moviendo con un palo la capa de verdín de la charca de las tortugas para hacerlas salir a la superficie; había tantas que no podían contarlas. Las voces metálicas de los altavoces anunciando la llegada o salida de algún tren se mezclaban sin fricción con el rumor de los zapatos sobre las baldosas, las conversaciones y las llamadas de teléfono. Unos músicos ambulantes paseaban entre los quioscos de prensa y las mesas de las terrazas tocando sin demasiada gracia el acordeón y una guitarra.

Gloria tendría que haber sido ciega para no ver a Arthur esperándola al pie de la escalera mecánica que subía al segundo piso. Al reconocerlo entre la gente, se quedó quieta. Luego retrocedió buscando el amparo de los pasajeros que bajaban del convoy, como hacen los animales más débiles que se protegen en el centro de la desbandada. Pero la riada la empujó hacia adelante. Cuando se dio cuenta de que no tenía escapatoria, caminó hacia él con la cabeza erguida y la zancada firme, desafiándolo a que se interpusiera en su trayectoria.

También Arthur la miraba. Presagiando su furia. Y alrededor de ambos, la gente

iba y venía, se interponía en su campo de visión, desaparecía entre los pasajeros del andén y luego volvía a emerger inamovible.

Fue Guzmán quien la interceptó. La sujetó por el codo con firmeza atrayéndola hacia él. Estaban en medio del paso y estorbaban.

—Tenemos que hablar, señorita Tagger.

Gloria lo reconoció, aunque tardó unos minutos en ubicarlo. Era el periodista que la entrevistó en su gala de despedida de los escenarios. Lanzó una mirada fulgurante a Arthur y luego a Guzmán, preguntándose qué relación tenían.

—Suéltame —le ordenó.

Guzmán obedeció con una media sonrisa. Le gustaban las mujeres con carácter.

—No organice un espectáculo. No será necesario. —La escoltó hasta Arthur.

Fue Arthur quien habló primero.

—Lo sé todo. Guzmán lo ha descubierto.

Gloria se revolvió con rabia.

—¿Qué sabes? ¿Que el retrato que Eduardo ha hecho es para mí? Nada de eso me importa ya.

Arthur negó con la cabeza. Eduardo y su maldito retrato no eran más que una cagada de paloma en el suelo para él. Tampoco le importaban las locas motivaciones que podía tener Gloria para que le pintase su retrato. Podía quemarlo, rajarlo o colgarlo en una pared de su casa y dedicarse a escupirle todas las mañanas del resto de su vida, si eso era lo que quería.

—¿Dónde está mi hija, Gloria?

Gloria A. Tagger lo miró como si hubiera perdido el juicio. Buscó el testimonio de Guzmán para que este confirmase que estaba realmente loco, pero Guzmán la observaba impasible, invitándola a contestar la pregunta de Arthur.

—¿Por qué me preguntas a mí? ¿Cómo quieres que yo lo sepa? Tal vez esté en el infierno, esperando para abrirte la puerta.

Los ojos de Arthur centellearon de ira. Podría golpearla hasta dejarla sin sentido allí mismo.

Guzmán se adelantó.

—Sé que la esposa de Magnus Olsen le envió una cinta unos meses antes de que muriera Ian; fue justo después de que Olsen apareciera ahorcado en el salón de su apartamento.

—¿Qué estupidez es esa? Conocía a la mujer de Olsen y a su marido, pero jamás tuve amistad con ella, y nunca me envió ninguna cinta.

—Me lo dijo ella misma —insistió Guzmán sin perder la paciencia.

—Pues miente.

—Decía la verdad.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque está muerta. La han asesinado por decírmelo.

Como si la muerte fuese la prueba irrefutable de aquella verdad, Gloria se quedó callada. Y sin embargo, ella jamás recibió esa cinta.

Guzmán escrutó ese silencio con intensidad y una sombra de duda se cernió sobre él. Estaba convencido de que la mujer de Olsen le había dicho la verdad, pero empezó a sospechar que Gloria no le mentía.

—En esa cinta aparecen juntos Ian y la hija de Arthur —abundó, ignorando que Arthur seguía junto a ellos, con los nervios crispados.

Gloria abrió la boca absurdamente.

—Eso es ridículo, ¿mi hijo y tu hija? —dijo mirando a Arthur, como si trataran de convencerla de que el mundo no era redondo—. ¿Qué clase de broma absurda es esta?

Arthur afiló la mirada buscando en el interior de Gloria. De reojo inquirió a Guzmán. O ella mentía muy bien o Guzmán estaba equivocado.

—Sabes perfectamente que se conocían. Estuvieron juntos en el internado de Ginebra. No es ninguna broma. Yo recibí también una copia de esa cinta. La he visto con mis ojos decenas de veces durante estos años. Puedo describirte cada detalle, cada sonido y cada imagen de lo que tu hijo le hizo a Aroha.

Gloria agitó las manos en abanico y apartó el rostro. No alcanzaba a comprender lo que trataban de decirle. Se negaba a aceptarlo. No podía ser. Arthur la cogió por el brazo, tenía el bíceps y el tríceps destensados, como si se le hubiera escapado la fuerza, y la atrajo hasta tener su cara a dos centímetros de la boca. La rabia que sentía giraba en espiral entroncándose con la pena y la incomprensión.

—Durante treinta y cinco minutos y quince segundos, exactamente, tu hijo torturó a mi hija, se aprovechó de ella, le introdujo un hierro por la vagina y *enseñó* a Olsen y a Dámaso cómo debían hacerle daño para que las imágenes resultaran más *dramáticas*.

Gloria miró aquellos ojos que centelleaban muy abiertos, que la acusaban a ella, sin entender. Aquella monstruosidad era un bocado que no podía ser digerido.

—¡¡¡Mientes!!! Primero matas a mi hijo y ahora quieres envenenarme con esas patrañas —gritó, desembarazándose violentamente de la mano de Arthur.

El grito de Gloria alarmó a la gente que pasaba junto a ellos camino de la escalera. Algunos pasajeros la miraron alarmados. La locura asusta tanto que todavía se piensa que es contagiosa, como la lepra. Y en aquel instante, Gloria parecía necesitar una camisa de fuerza. Su rostro demudado tenía la boca caída y respiraba con el ansia de un asmático, moviendo las manos de lado a lado y tratando de apartar de ella un bicho repugnante. Un bicho invisible que únicamente ella podía ver.

La rabia de Arthur se descomponía como un azucarillo dejando un poso de dudas, de incomprensión. Por momentos, la reacción de Gloria lo intimidaba, como la

sorpresa de Guzmán, que la observaba con el ceño fruncido, igual que hace un científico que examina una rata blanca en la probeta y comprueba con extrañeza que el resultado de su experimento no es el esperado. Pero él había visto la cinta y luego había hablado personalmente con Ian. Recordó su reacción fría y cínica, la seguridad que demostró, sabiendo que estaba bien protegido y que nada podía ocurrirle. No; era imposible que ella no supiera la clase de monstruo que había engendrado.

—Hablé con él. Antes de atropellarlo —dijo en voz baja, casi susurrando. Parecía imposible, se decía, moviendo la cabeza de derecha a izquierda—. Solo quería que me dijese dónde estaba Aroha, qué había hecho con ella. Solo pensaba en eso. Pero él me miró como si yo estuviera loco, peor, como si fuese un bufón divertido. Sí, lo divertía mi sufrimiento, mi impotencia y mi ira.

Gloria no quería escucharlo. Pero Arthur no se detuvo.

—No fue un accidente, ¿entiendes? Lo vi esperando en el semáforo entre la gente. Sonreía y parecía un buen chico, alguien con toda la vida por delante. Con toda la vida por delante para continuar haciéndole daño a los demás con su cara de ángel. Arranqué el coche y me lancé contra esa abominación sin pensarlo. Y lo maté. Pero es como esos insectos que pisoteas una y otra vez y siguen moviendo sus patas, riéndose de tus esfuerzos.

El tren para Zaragoza iba a salir por la vía dos. El procedente de Barcelona entraba por la cinco. Los humidificadores del invernadero seguían extendiendo su manto de rocío y las tortugas trataban de escaparse en la charca del acoso de los colegiales. Los músicos rumanos se iban con la música a otra parte. Y en medio de la escalera, aquellas tres personas, dos hombres y una mujer, se veían atrapados por una burbuja de silencio, ajenos a todo lo que no fuera su sufrimiento.

—¡Te mataré por esto! Juro por Dios que no descansaré hasta verte muerto —dijo lentamente Gloria, remontando el rostro críptico de Arthur.

Guzmán los observaba. Él no se dejaba llevar por las emociones que arrastraban a Arthur y a Gloria a una lucha sin fin donde ninguno de los dos podía ganar. Su trabajo no era ese. Necesitaba saber quién había matado a Olsen, a Dámaso y, sobre todo, a la viuda de Olsen. Era extraño, pero aquella mujer tan distinta a él, tan alejada de su mundo, le había traído por momentos el recuerdo de Candela. Tal vez porque había visto en ella el mismo empeño terco y a veces absurdo de aferrarse a la vida que tenía la profesora de música. Quizá porque sus ojos pardos tenían también aquellas pequeñas manchas verdes que al mirarlas parecían un universo en expansión. Puede que simplemente pensara que al menos alguien merecía un futuro mejor del que ellas dos habían tenido.

Su contador estaba descontando minutos, él sabía que lo razonable era cobrar su minuta y largarse, se había expuesto demasiado con aquel caso, su cara estaba en todos los periódicos y se acumulaban los testigos que podían relacionarlo con todas

aquellas muertes. Era un chivo expiatorio ideal, y muchos a los que había incomodado llamando a su puerta lo entregarían gustosos al altar de los sacrificios. Pero allí seguía, en la estación más grande y populosa de España, a la vista de cualquiera que tuviera un poco de curiosidad, de dotes de observación. Podía aparecer una patrulla de policías en cualquier instante. Con sus antecedentes, nadie lo iba a creer. Y allí estaba, dispuesto a llegar hasta la persona que había ido tejiendo aquella tela de araña para atraparlo en su propio juego.

Quizá se estaba haciendo viejo. Puede que el cinismo ya no fuese esa capa de grosor suficiente para mantenerlo a salvo de las alegrías y desgracias de los demás. «Siempre llega el momento de la culpa, del remordimiento, incluso para nosotros — le decía el Bosco—. Y entonces es cuando hay que dejarlo y vivir el resto de nuestras vidas con las pesadillas». Tal vez había llegado para Guzmán ese momento.

—Todavía queda algo por aclarar: si la mujer de Olsen le envió a usted la cinta con la grabación y nunca llegó a recibirla, entonces ¿quién la recibió?

Capítulo 22

Dolores, el ama de llaves, estaba en la cocina. Preparaba un almuerzo a base de huevos fritos y beicon. Refunfuñaba algo que Eduardo no podía entender, malhumorada, como si aquel almuerzo fuese un imprevisto que la obligaba a alterar su rutina diaria.

—La señora no está —dijo, mientras espolvoreaba la yema de los huevos con unos granos de sal.

Eduardo observaba sus idas y venidas sentado en una silla, con el portarretratos de tubo apoyado en el suelo y entre sus rodillas. Si Gloria no estaba, ¿por qué el ama de llaves lo había llamado por teléfono pidiéndole que viniese?

—Hay alguien que quiere verle —dijo ella adelantándose a su pregunta, mientras se secaba las manos con un paño de cocina. Colocó el almuerzo en una bandeja y comprobó que todo estuviera en orden—. Le espera en la parte trasera del jardín. Yo le acompaño.

En la parte de atrás de la casa el sol caía en oblicuo sobre un cenador de forja. El jardín crecía al donaire, sin nadie que le impusiera disciplina a los arriates de flores entre los que crecían amapolas silvestres y bayas de mala hierba. Sentado frente a una mesa redonda de forja blanca y desconchada, un hombre de espalda ancha en mangas de camisa levantaba la vista y observaba con gesto de desaprobación en los labios las hojas caídas y los insectos que infectaban un rosal enredado en la celosía. Al escuchar los pasos de Eduardo y del ama de llaves, volvió la cabeza hacia ellos y ese leve disgusto se transformó en una curiosidad cordial. Con un movimiento juvenil que no casaba con su aspecto de hombre tranquilo y maduro, saltó los dos escalones del cenador y le cogió la bandeja al ama de casa.

—Al menos algunas cosas no han cambiado. Tus almuerzos son estupendos —dijo con una sonrisa franca. El ama de llaves se sonrojó tímidamente. Solo eran dos huevos fritos con unas tiras de beicon y un tomate abierto por la mitad en cuya superficie brillaba una fina capa de aceite de oliva. ¡¿Qué clase de porquerías comían por esas tierras de Australia?!

—Este es Eduardo, señor. El retratista que quería conocer.

—Dolores, usted nunca se acostumbrará a dejar ese tratamiento cuando habla conmigo, ¿verdad? ¿Tanto le cuesta llamarme Ian, simplemente? Ayudaría a que no me sienta como un Windsor cada vez que le pido algo. —Se volvió hacia Eduardo y le ofreció su mano a modo de saludo, mientras con la otra sujetaba en precario su almuerzo—. Por fin nos conocemos. Soy Ian Mackenzie.

Eduardo lo había imaginado. Siempre hay un rastro indeleble de los padres en los hijos que los identificaría en cualquier parte. Si Ian hijo hubiese llegado a tener la edad de su padre... ¿cuarenta?, ¿cuarenta y cinco años?, probablemente habría

adquirido también aquel aire un tanto aristocrático pero al mismo tiempo con una alegría despreocupada, una mezcla algo difusa de *gentleman* inglés y actor californiano en horas bajas.

Se sentaron bajo la sombra cuarteada del cenador. Ian cruzó los dedos por encima de la bandeja con los codos apoyados en la mesa. Por un instante, Eduardo creyó que iba a rezar alguna plegaria. Pero no lo hizo.

—Así que tú eres el retratista que ha contratado Gloria... Qué locura, apuesto que nunca habías tenido un encargo así. No sé en qué pensaba cuando te llamó, ni lo que pretendía. En realidad, nunca he sabido muy bien lo que ella piensa. Gloria es una mujer especial, supongo que ya te has dado cuenta.

A Eduardo le molestó la desenvoltura con la que hablaba de Gloria. Apenas hacía cinco minutos que se conocían y se expresaba sin ningún pudor. O tal vez le ofendía la desfachatez con que se adueñaba del espacio, la familiaridad con el ama de llaves y su falso halago a pesar de que no había probado el almuerzo y no le importaba que las moscas se posaran sobre la yema de los huevos; le ofendió su tez morena, su sonrisa que estaba solo de paso, su aplomo. Le molestaba imaginarlo en la cama con Gloria, sus dedos de nudillos con vello tocando esa misma piel que él había disfrutado una única vez, sabiéndose destinatario de una limosna. Sí, estaba celoso. Y sabía que era absurdo.

—Creía que estabais divorciados —dijo con aparente naturalidad, espantando una mosca pringosa que revoloteaba sobre la bandeja.

—Oh, sí, lo estamos. Pero eso no impide que hayamos alcanzado cierto grado de entendimiento. Vivo en Australia, me instalé allí definitivamente poco después de la muerte de Ian, pero me gusta venir de vez en cuando para descansar; a fin de cuentas, yo compré esta casa. Formo parte de ella y ella forma parte de mí. —Aunque lo dijo con inseguridad, oteando el entorno abandonado, la hierba desbocada, las flores enfermas. Si aquel fue alguna vez su sueño, había terminado por convertirse en una lastimosa caricatura.

Después de un rodeo, sus ojos volvieron a Eduardo.

—Hubiéramos podido ser muy felices aquí, los tres. En algunos instantes creo que lo logramos. Pero las cosas nunca salen como uno espera; no es como en una película, no puedes elegir el encuadre adecuado ni dirigir a los actores, ni controlar las entradas y salidas, la luz, el sonido. No puedes cortar y pegar para que la edición quede tal cual la tienes en la cabeza.

Ian se había sentado de lado en la silla, cruzando una pierna sobre la otra. Sacó una cajetilla de tabaco de marca australiana y la dejó encima de la mesa sin abrirla. Durante unos segundos estuvo jugueteando con ella entre los dedos.

—¿Te has acostado con ella? —le preguntó sin aspavientos. Podría haberle preguntado si le dolía una muela y su expresión no habría variado—. Imagino que sí.

Gloria tiene la capacidad de hacerse irresistible cuando se lo propone.

Eduardo notó que se le calentaban las orejas. Tosió con timidez, incómodo e irritado por la mirada sarcástica de Ian.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Porque no me contestaría. Y, en realidad, porque no me interesa la respuesta.

—Y entonces ¿por qué me lo preguntas a mí?

—Porque desde que nos hemos conocido tienes ganas de decírmelo. Supongo que no te ha hablado muy bien de mí, y el hecho de que hayas hecho el amor con ella hace que me veas como un intruso. Gloria también es muy buena en eso, en lograr que la gente crea lo que ella quiere que crean. Es manipuladora y adorable. O lo era, hasta que Ian murió.

Hablaba de ella como si fuese algo lejano, de lo que, sin embargo, no podía desprenderse. Una fatalidad de la que Eduardo quedaba excluido. Y él quería que lo supiera.

—Me gustaría ver el retrato de ese tipo, si no te importa. Siento curiosidad.

Eduardo no se negó. Desenroscó el tapón del tubo y apartó la bandeja fría con el almuerzo para desplegar el retrato de Arthur.

Lo había cogido aquella misma mañana del apartamento de Olga. Se preguntó qué habría sido de ella. Había tratado de arrancarle al señor Who la promesa de que no le haría daño, pero el joven únicamente le había concedido un gesto ambiguo que podía interpretarse de cualquier manera. Se la había entregado sin preocuparse por su suerte, pero no podía evitar la sensación agrídulce de la culpabilidad.

Ian contempló durante varios minutos el retrato, inclinado como si de un mariscal examinando un mapa de guerra se tratase. Lo recorría de arriba abajo y de derecha a izquierda con detenimiento. Los ojos le brillaban pero Eduardo no sabía si era por la admiración que le despertaba su destreza o por los sentimientos encontrados que le causaba tener tan cerca el rostro del hombre que había matado a su hijo y rematado su agónico matrimonio. Cuando terminó de examinarlo chasqueó los labios con un punto de decepción.

—Un hombre corriente que irrumpe en tu mundo como una bola de fuego y lo destruye por completo.

—Te aseguro que Arthur no es un hombre corriente, en ningún aspecto.

Ian abrió las manos como si tuviera que rebatir una obviedad.

—Quizá haya estado alimentando una fantasía. Incluso en la distancia, no ha habido un solo día en que no me imaginara a este hombre, en que tratara de averiguar qué pensaba, si se sentía como puedo sentirme yo. —Hizo una pausa y se acercó a la celosía. Observó los pulgones que ascendían por el tallo de una rosa—. O como puedas sentirte tú. Debe de haber sido duro pasar horas retratando al hombre que mató a tu familia.

Eduardo estaba recogiendo el retrato enrollándolo con cuidado. De repente, sus manos se detuvieron.

—¿Qué estupidez estás diciendo?

—¿No lo sabías?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

Ian pasó el índice sobre la hoja del rosal y la yema se le impregnó de una sustancia pringosa. Se limpió con el pulgar. Ahora tenía dos dedos manchados. Pensó que era necesario podar severamente aquella planta, pero tuvo dudas de poder salvarla incluso así. Tenía la enfermedad demasiado extendida. Valía más la pena arrancarla de cuajo y plantar un brote nuevo. Ojalá fuera tan sencillo con las personas. Se acercó a la toma de agua que goteaba y se lavó la mano. Luego se olió los dedos.

—Arthur Fernández fue el hombre que mató a tu mujer y a tu hija. No era la primera vez que se veía involucrado en un accidente fatal. Ese fue el verdadero motivo de que Gloria te contratara. Por decirlo de algún modo: Arthur es el puente que une nuestras orillas.

Eduardo sintió que la cabeza le iba a estallar.

—Te lo estás inventando.

—En absoluto. Este retrato es el vaso comunicante entre tu desgracia y la nuestra. Gloria lo sabía todo desde el principio. Antes de contratarte te había investigado a fondo.

Tal vez la policía hubiera podido encausar a Arthur Fernández. Después del accidente, aquel agente que vino a visitarlo al hospital se tomó muchas molestias pese a su indolente resignación. Aquel agente fue retirado del servicio con un expediente de expulsión pocos meses después por un caso poco claro en el que le imputaron un delito del que siempre se declaró inocente. Pero antes de eso había encontrado algunos indicios que apuntaban hacia Arthur. Detalles que por sí mismos podían aparentar estar inconexos pero que iban configurando un puzle que para aquel funcionario que gastaba horas de su tiempo libre en investigar tenían sentido: recibos de un pequeño hotel en la carretera de Toledo la noche anterior al accidente, un tique de gasolina en un lugar apartado cuyo propietario recordaba haber visto a alguien hablando por teléfono muy nervioso cuya descripción casaba con la de Arthur...

Pero al poco tiempo, Eduardo mató a Teodoro en una calle de Madrid, a la vez que aquel agente anónimo y perseverante fue encausado por otro asunto y apartado de la investigación. La policía encontró en casa de Eduardo la matrícula de Teo anotada en un papel, averiguaron que había consultado sus datos en los archivos de la DGT. El vehículo de Teo correspondía con la marca y el modelo con el que se había dado a la fuga. Incluso apareció un peritaje en el que se indicaba que el todoterreno

presentaba un golpe en el parachoques que había sido reparado recientemente. Para los nuevos investigadores el asunto estuvo claro desde el principio: aunque Eduardo nunca confesó los motivos por los que atacó a Teo y a su familia, dieron por cierto que Teo era el hombre que causó el accidente y que Eduardo se había tomado la justicia por su mano.

Caso cerrado. Se olvidaron para siempre de Arthur Fernández. Y de Eduardo Quiroga. Las carreteras estaban llenas de indeseables que causaban accidentes y se daban a la fuga. A veces los atrapaban, otras no. Las penas impuestas por el homicidio imprudente y la omisión de socorro no compensaban el esfuerzo de recursos en investigaciones de largo recorrido. Pero un asesinato a plena luz del día en el centro de Madrid causaba una alarma social que el Estado no podía ni debía aceptar. Así que lo encerraron trece años y tiraron la llave.

Pero para Gloria no se había terminado. A los pocos meses de morir Ian, empezó a investigar la vida de Arthur. No se trataba únicamente de conseguir las pruebas que lo incriminasen. La policía lo detuvo en el acto y él no pudo declararse inocente. Era mucho más, quería averiguarlo todo sobre su pasado, sobre su familia, absolutamente todo. Se convirtió para ella en una obsesión. En aquellos cuatro años había gastado buena parte de su patrimonio pagando investigadores, a menudo sin escrúpulos, que la engañaban y le sacaban el dinero, y también había destrozado su matrimonio. Ian trató de convencerla de que lo que estaba haciendo era una locura sin sentido. Pero no le hizo caso; no se lo hacía a nadie. Incluso había vendido la parte más importante de su pasado: la venta de su violín al Ministerio de Cultura respondía a la necesidad encubierta de obtener dinero.

Y un día apareció en su casa un tipo bajito, avejentado y enfermo. Traía bajo el brazo una carpeta sucia anudada con una goma por la que sobresalían papeles y fotografías. Fumaba como un carretero y hablaba tan bajito que casi no se le escuchaba. Tenía la obsesión de que lo vigilaban por todas partes y era incapaz de estarse quieto. Padecía el *mal del escritor* y su párpado derecho se abría y cerraba compulsivamente. Su discurso era desquiciado por momentos, pero cuando se centraba en lo que contenía aquella carpeta que protegía como si fuese Gollum con el anillo, lo hacía de modo increíble. Aquel hombrecillo destrozado era el exagente que se ocupó al principio del caso de Eduardo. Al igual que Gloria, aunque por motivos bien distintos, estaba obsesionado con Arthur Fernández.

Tal vez, para la policía aquel caso estaba solucionado y más que prescrito, pero no para él. Se sentía víctima de una conspiración para apartarlo del caso de Eduardo. Le juró a Gloria que el caso le había costado la expulsión del Cuerpo y seis años de cárcel en Guadalajara, todo maquinado en su contra después de desobedecer las reiteradas órdenes de dejar de «tocar los cojones», lo dijo literalmente. Había recurrido su condena varias veces, pero nadie le había hecho caso. Las pruebas eran

convincientes en su contra, así que no le quedó más remedio que irse sumiendo en el pozo de la desesperación anónima en que caen los desgraciados que son aplastados por el engranaje del poder. Irremisiblemente. Al salir de la cárcel malvivió como investigador privado de tres al cuarto. Así era como se había enterado de que Gloria andaba haciendo preguntas sobre el pasado de Arthur Fernández.

Le mostró, lleno de emoción, el fruto de todos aquellos años en los que no había dejado de seguir buscando indicios y pruebas contra aquel hombre que ahora era mil veces más rico y poderoso que hacía catorce años, mientras que él era mil veces más insignificante.

—Pero son los minúsculos virus los que acaban doblando a los gigantes. Me gusta pensar que soy como ese catarro mal curado que termina convirtiéndose en una neumonía fatal —afirmaba entre risitas de loco.

Le mostró a Gloria facturas de las empresas de Arthur firmadas por alguien de su filial en Chicago a nombre de familiares de segundo o tercer grado de agentes que de un modo u otro estuvieron implicados al principio de la investigación. También averiguó que pocos meses después de ingresar Eduardo en el psiquiátrico, el coche de Arthur, un todoterreno negro, fue reparado en una planchistería de Pau, una pequeña ciudad del País Vasco francés; la reparación consistió en alinear los bajos después de un fuerte golpe frontal y del cambio de la carrocería en todo el lateral derecho. Después fue pintado con otro color y vendido a nombre de la empresa. Aquel hombrecillo le mostró papeles que demostraban que la documentación para exportar el vehículo era falsa.

—Eduardo la cagó —dijo rascándose la cabeza como si tuviese piojos (y tal vez los tenía)—. Mató al hombre equivocado. Ese Arthur es un hijo de la gran puta.

Gloria comprobó todo lo que aquel hombre le dijo. Incluso visitó el lugar donde se suponía que Arthur pasó la noche anterior con alguien, pero el hotel ya no existía. Sí logró dar con la gasolinera donde repostó y hablar con el dueño de la cafetería que corroboró lo dicho por el exagente. Aquella madrugada alguien muy parecido a Arthur había estado allí y había hablado por teléfono con alguien.

Cuando volvió a Madrid intentó contactar con el exagente, pero este había desaparecido del mapa. Aunque ella nunca llegó a enterarse, aquel hombrecillo se llamaba Alberto Antequera, tenía cuarenta y seis años y era natural de Villafranca de los Barros, provincia de Badajoz. En el momento de ser retirado de la policía y condenado a seis años de cárcel, cumplía su vigésimo año de servicio, sin una sola mancha en su expediente hasta entonces. Tenía dos hijos, Alberto, de ocho años, y Fátima, de cinco. Su mujer, Rosa, pudo superar la cárcel de su marido, pero no su deterioro mental. Terminó abandonándolo y consiguió que un juez dictase una orden de alejamiento. No volvió a verlos nunca más.

En los bajos fondos por los que se movía desde que fue excarcelado lo llamaban

San Vito por sus tembleques. Algunos sentían aprecio por él y le daban trabajillos en recuerdo de los buenos tiempos, pero la mayoría lo despreciaban o lo ignoraban. Dos semanas después de contactar con Gloria lo encontraron apuñalado en el puente de Vallecas. Un mes más tarde detendrían a los presuntos autores. Dos menores que iban hasta las cejas de coca y que quisieron robarle el reloj.

Gracias a esa persona cuyos detalles de su vida Gloria nunca llegaría a conocer, supo de la existencia de alguien llamado Eduardo Quiroga.

Logró dar con él a través de su marchante, Olga. Previamente se había enterado de que acababa de salir del psiquiátrico y que trabajaba haciendo retratos a granel para centros comerciales, que vivía en Lavapiés y que cada mañana acudía a una cita con sus fantasmas en El Retiro, junto al Palacio de Cristal. Lo siguió y lo observó dibujando en su cuaderno y bebiendo sin parar en los bares de alrededor durante muchos días. Quería estar segura de que era la persona destrozada que ella era también, asegurarse de que cuando le propusiera el trabajo, él aceptaría. Y tal vez, en su *fuero* interno, esperaba encontrar un alma gemela. Sumar entre ambos el valor para volver a hacer lo que hizo Eduardo catorce años atrás. Aunque esta vez con el hombre apropiado. El hombre que había jodido sus vidas.

Ian miró con lástima a Eduardo.

—Lo sabías, tenías que saberlo de alguna manera. Nada es casual en esta vida, pero a veces preferimos fingir que no sabemos las cosas.

Eduardo pensó en cada una de las ocasiones en las que se había encontrado con Gloria. Algo en su interior le había dicho que ella jugaba con él, que Eduardo no era para ella más que el primer peón de la línea de ataque, el que está destinado a abrir la brecha en la defensa enemiga y después ser sacrificado. Ian tenía razón; lo había sabido todo el tiempo, pero se lo había negado a sí mismo, aferrándose a ella para lograr respirar un poco más. Solo un poco más.

Ian congeló la imagen. Acarició sin tocar el perfil de su hijo. Un niño de seis o siete años, con la mirada profunda, un poco triste, desconcertado. Tenía un aire ingenuo con el rostro pecoso, demasiado mayor ya, sin embargo, para el tipo de peinado infantil que lucía, con la raya a un lado y el flequillo aplastado contra la frente. Como si pensara que nunca podría pasarle nada, que siempre iba a estar cerca de él para protegerlo.

Fue durante unas navidades en la casa de sus abuelos paternos, en Gales. Su hijo debía de tener siete, tal vez ocho años. Había un río que moría en verano mucho más arriba del pueblo, dejando solo a su paso por el puente una torrentera de guijarros rotos, desperdicios y ramas de árbol podridas. Tan solo en primavera, y durante dos semanas de mayo a lo sumo, podía pescarse alguna cosa que no fuese una rata

muerta. Y sin embargo, su hijo adoraba aquel lugar. Lo recordaba desde muy tierna edad, ya con aposturas de hombre fatigado, caminando por el paseo de las acacias que lo bordeaban, como si buscara las esquinas de un pasado que ni siquiera había vivido aún.

Hacia el atardecer el tiempo solía girarse sin aviso. Lloviznaba siempre, en Gales, una fina cortina de agua empujada por las ráfagas de viento, soliviantando las coladas de las casas, sucia y gris, como el cielo que la escupía. Aquella tierra era ideal para las nostalgias. El traje perfecto para un músico. Pero Ian hijo no quería ser músico. En realidad, lo único que le gustaba a su hijo era caminar por aquel puente sobre el río mirando la punta de los zapatos, sumido en pensamientos que estaban muy lejos de donde quisiera que se encontrara en cada momento. En ocasiones alzaba la mirada sorprendido, como si de repente sus pasos lo hubieran traído sin pretenderlo frente a la fachada de la casa de sus abuelos paternos, invadida por un espectacular ejemplar de viña virgen, una fronda de pequeñas incertidumbres de color rojizo en las que cada hoja sostenía suspendida una gota de lluvia.

Ian se divertía con el señor Mathew, su abuelo, pero sus caracteres eran diametralmente opuestos. Al viejo no le importaba que su nieto fuera medio judío por parte de madre. Era un gigante extravagante que se ufanaba sin fundamento de tener sangre normanda, mora o de cualquier otra raza según su grado de ebriedad. Era divertido y deslenguado como su hijo, y aunque sentía aprecio por su nieto y por su nuera los consideraba demasiado taciturnos. Solía jactarse de que no le preocupaba entender la vida, sino vivirla.

De joven tocaba el arpa y disfrutaba con una banda que iba por las verbenas de aldea en aldea en la temporada de las fiestas mayores del valle. En Pembroke conoció a la que sería durante más de cincuenta años su esposa, Mery, una mujerona sólida como los cimientos de una iglesia románica, a quien se veía en la grabación apoyada en la barandilla del balcón, con su batín y sus pantuflas, fumando con parsimonia, moderna y decidida para su época y su entorno, perdida la mirada en los campos que se extendían al otro lado del río, donde aparecía entre los surcos, de tanto en tanto, la espalda y los riñones de algún campesino.

Su hijo tenía el gen melancólico de la abuela, además de aquella misma mirada profunda e inquietante. Mery siempre escuchaba la misma música, un nocturno de Chopin para violín y piano que Mathew odiaba. El viejo se quejaba de que con una melodía tan triste, tan dramática, uno imaginaba que iba a ocurrir una desgracia en aquella casa. Pero, en cambio, el corazón de su nieto palpitaba de alegría cuando se acercaba al picaporte de la entrada y sentía en su mano el tacto de la madera, justo antes de que las puertas se abrieran y apareciera su abuela, envuelta en sus olores de harina y verduras frescas, con su voz de ratón añorado, increpándolo: «¿Qué haces andando por el río con este frío? ¿No sabes que pululan los muertos buscando un

cuerpo que los abrigue, insensato?». Y luego sentaba al niño en sus rodillas y le susurraba al oído aquella misma música una y otra vez, y le contaba historias oscuras de *animés*, seres mitológicos de los bosques, brujas y santeros a la lumbre de un fuego menguante que el niño absorbía con la mirada extasiada.

La vieja casa de los abuelos paternos ya no existía tal como era desde hacía mucho. Se la llevó el tiempo, y con ella sepultó la figura de Mery. Una noche apareció muerta en la superficie del río helado. Nevaba y ella estaba boca arriba, vestida con su camisón, descalza, con las manos extendidas y los ojos abiertos mirando el firmamento. Nadie supo nunca cómo llegó allí, qué hacía en el río a aquellas horas de la madrugada. Y por qué su cara mostraba aquel horror que le petrificaba las pupilas y la boca en un silencio de terrible agonía. Mathew perdió toda su alegría, la ahogó en *brandy*, y no consintió que se tocara un solo clavo de la casa tal cual estaba cuando ella se fue, hasta que también él se murió, unos años después, a causa de un proceso cirrótico.

Las ruinas que quedaban de aquel lugar solo olían a humedad y tristeza. Pero el río seguía allí, esperando a Ian cada mañana. Durante años. Fue en aquella época, más o menos, cuando empezaron los problemas. Y la causa siempre era Ian. Ya entonces las discusiones empezaban a ser rabiosas, y el tema recurrente era el carácter del muchacho. Ian era un chico inquieto, en eso Gloria estaba de acuerdo con su esposo. Pero Ian padre exageraba; ella podía controlar sus cambios de humor, entendía su carácter laberíntico e introvertido, extremadamente sensible. No podía ser de otro modo, siendo sus padres una violinista y un director de cine; pasaban más tiempo en un avión que en suelo firme. El chico, a su manera, los castigaba por las repetidas ausencias. Eso era todo. A ella le hubiera gustado, por supuesto, que continuara con sus estudios musicales, pero no era la música lo que lo atraía, no hasta el punto de dedicarle el esfuerzo que requería. Pero tampoco el cine, para contrariedad de su padre.

Ian recordó la última vez que estuvieron juntos en la casa del río. Aquella tarde su hijo correteaba por la orilla con una vieja cámara móvil, grabando cuanto se le antojaba. A veces enfocaba a su padre y le pedía que dijera algo. Ian miraba de lado hacia la cámara con un pitillo en la boca.

—Apaga eso, ten un poco de respeto. Aquí murió tu abuela, se la llevaron los muertos.

Por la noche vieron desde la ventana del dormitorio a Ian. Iba desnudo completamente y caminaba hacia el río, bajo un cielo preñado de estrellas y una temperatura a varios grados bajo cero. Había estado nevando hasta tarde y las huellas quedaban impresas con profundidad en el camino. Ian padre salió corriendo escaleras abajo. Encontró a su hijo tumbado en el lecho del río, dejando medio cuerpo en la superficie helada, de tronco para arriba. La capa de hielo crujía, agrietándose como la

cara de un viejo. Ian padre saltó como una exhalación ante el peligro de que el hielo cediese y lo sacó de malas maneras.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué pretendes? ¿Ahogarte?

Entonces Ian miró a su padre como si fuese estúpido o ciego.

—Solo quiero mirar, mirar hasta que logre ver —le contestó mirando el fondo del río reflejado en sus ojos. O era su mirada la que reflejaba el hielo. La misma mirada fría de su abuela. La misma mirada congelada.

No volvieron a la casa de Gales hasta dos años después de la muerte de Ian en Madrid. Gloria y su marido iban a divorciarse. La última imagen que conservaba de aquel lugar era la de su padre aplastando el cigarrillo en la baranda del puente. Luego avanzaba sobre las tablas húmedas como si la pesadumbre que cubría su cuerpo un tanto desangelado fuese la mejor de las armaduras. La niebla se enramaba entre las cañas y las encinas, y se arrastraba sobre la superficie lisa del río, con olor a limo, escondiendo el nacimiento de los pilares del puente. Sobre los andamios despuntaba la silueta de la casa, cuya mitad superior ya reflejaba el alumbre del día.

—Prométeme que la cuidarás siempre. Que la protegerás de sí misma y de los fantasmas que la persiguen.

Ian todavía no había cumplido los treinta. Y aquel hombre que le hablaba con sus espesas cejas blancas y su barba perfectamente recortada lo intimidaba. Ian se acababa de casar unos días antes y todavía no se había acostumbrado al tacto de la alianza. Nunca pensó que se casaría tan de repente, y ya estaba esperando un bebé.

Tomaba café demasiado frío con el hombre que ahora era su suegro. Era la primera vez que hablaban a solas. En realidad, era la primera vez que hablaban. Y sentía el peso de aquella mirada profunda e inquisitiva.

Se lo prometió. A pesar de que no alcanzó a entender lo que aquel anciano le decía.

Ahora recordaba las palabras de su suegro. Y las entendía. Ahora sí.

Se casó creyendo que sabía lo que necesitaba saber: que la amaba, que tenía un carácter tan independiente como el suyo, que era apasionada en la cama y tierna en la cercanía, que nunca llegaría a acostumbrarse al clima de Gales y que jamás le caería bien a su padre (con respecto a su madre tenía dudas), pero que aun así aceptaría pasar temporadas en la casa del puente, y que pondría buena cara cuando su suegro borrachín empezase a desvariar sobre sus orígenes y las historias de los clanes familiares. Se casó sabiendo que aquel hijo que esperaban los uniría como una sola cosa, los fundiría en una pieza de acero irrompible. Pasara lo que pasara. Supo que jamás habría otra mujer en su vida, se acabaron para él los flirteos con las actrices en busca de un papel, las noches de borrachera con los amigos del rodaje, los calzoncillos encima de la nevera, la basura sin vaciar, las camisas arrugadas y los

partidos de fútbol. Renunció a todo lo que antes era su vida y que ahora le parecía ridícula antes de conocerla. Convencido. Feliz.

Pero todo eso no bastaba. No para continuar juntos toda la vida. No conocía entonces el pasado de los Tagger, aquella fotografía del bisabuelo Ulrico vestido con el uniforme prusiano, la culpa heredada de un judío filonazi que siempre rondaba en la mesa cuando se reunían a cenar con la familia. Ian no entendía por qué ella se empeñaba en conservar en el dormitorio el retrato de aquel hombre al que tanto odiaban en su propia familia, y por qué a veces la encontraba contemplando aquel retrato con algo místico en la mirada, acariciándolo como si fuese la imagen de un amante añorado. Y luego, por el contrario, se irritaba profunda y secretamente cuando alguien decía que su hijo Ian era clavado al retrato de su bisabuelo.

Y lo era. Por más que ella se empeñase en reconocerle a su hijo el parecido con la familia Mackenzie, como si eso pudiera mantenerlo a salvo. Pero la verdad era que aquel chiquillo era Tagger por los cuatro costados. Ella no quería verlo y él no podía impedirlo. Pero mantenía la promesa hecha a su suegro.

Protegería a Gloria a toda costa. Incluso de ella misma.

Capítulo 23

Como si notara la presencia oscura que acababa de entrar en la habitación, Ian detuvo el vídeo.

—¿Qué haces aquí?

Ian escuchó la voz de Gloria estrellándose en su nuca. No estaba sorprendida. No estaba contenta de verlo. Se levantó del sillón y la saludó alzando el vaso de whisky.

—Tenía algunas cosas que resolver por aquí y pensé en pasar a ver cómo iba todo. No es tan raro. Esta sigue siendo mi casa. —«Tú sigues siendo una promesa incumplida», pensó—. Recordaba viejos tiempos, cuando recuperamos *el Español*. Qué lástima que tu padre no llegase a ver ese momento. —Acompañó el comentario con una sonrisa agrisulca que disimuló con un trago—. Regreso a Sídney por la mañana —añadió, como si eso debiera tranquilizarla. Como una advertencia para no desaprovechar aquellas pocas horas juntos con discusiones y reproches. Pero el demonio que todos los galeses esconden dentro había escrito otro guión—. Aunque por lo que parece, te las apañas para no echarme de menos. —Señaló con el vaso el retrato que descansaba ya enmarcado en un soporte junto a la ventana—. Hoy he conocido a tu retratista. Parece que sus servicios incluyen algunos extras además de la pintura. Pero ten cuidado: el pobre hombre se ha enamorado de ti, y eso es como querer meter en tu cama un alacrán. Hay que saber manejar la situación para que no te envenene mientras te besa.

Gloria avanzó y se detuvo a medio camino entre Ian y el retrato de Arthur. Los miró alternativamente, como si fueran un espejo y su reflejo.

—Quiero verla —dijo ella con voz apagada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ian con naturalidad.

Dolores tenía la manía (convertida en virtud) de ser ordenada y meticulosa. Sus padres le enseñaron que el rico siempre sospecha del sirviente, sospecha que le sisa el dinero y la comida, que no cumple con diligencia sus obligaciones, que es negligente con los recados que se le encomiendan. Para sobrevivir en una buena casa (esa era la máxima aspiración, el Dorado al que las personas como Dolores aspiraban) resultaba fundamental tener siempre una coartada contra las acusaciones de los dueños. Cuando aquella mañana Gloria le preguntó por un paquete recibido cuatro años atrás, lo lógico hubiera sido decir que no se acordaba, y nadie hubiera podido reprochárselo. Sin embargo, Dolores subió a su pequeña habitación en la buhardilla y removió los papeles que guardaba en una caja de zapatos hasta dar con el recibo de entrega. Volvió junto a Gloria y se lo entregó, ufana. La firma que venía abajo a la derecha era la del señor Ian. «Si lo has perdido, yo no tengo nada que ver», decía su mirada de sirvienta eficiente.

—La grabación que envió la viuda de Magnus Olsen. Podemos llamar a Dolores;

ella afirma que te la dio a ti.

Ian Mackenzie no necesitaba que le restregaran ninguna prueba. Recordaba perfectamente el día y la hora que el ama de llaves le entregó aquel sobre sin remitente. Estaba solo en casa, Gloria y su hijo habían ido a Madrid y él trabajaba en un guión que no terminaba de gustarle. Después de que la reina le concediera la medalla de las Artes, su fama como director había crecido exponencialmente al número de arribistas y había desesperados que le enviaban cosas de todo tipo esperando obtener su ayuda. En circunstancias normales aquella grabación habría ido a parar a la pila de discos compactos, dossiers y guiones que recibía cada cierto tiempo, esperando una oportunidad que, probablemente, no llegaría nunca. Pero aquella mañana, Ian no lograba concentrarse en el trabajo. Todavía revoloteaba sobre su cabeza la muerte de Olsen. Los medios de comunicación coincidían en dar la misma versión que la policía. Magnus se había suicidado debido a la presión que soportaba por su bancarrota y sus problemas judiciales. El caso no se iba a investigar, por tanto. Pero eso no lo tranquilizaba.

Todavía podía disfrutar de unos días antes de regresar a Australia para acometer la última parte de un rodaje que le estaba suponiendo un gran esfuerzo mental, pero lo cierto era que no lo hacía. Apenas dormía, las discusiones con Gloria eran cada vez más fuertes y el motivo era el de siempre: su hijo Ian. Necesitaba regresar a los rodajes, ponerse detrás de las cámaras, subirse a un autobús y recorrer el desierto australiano. Al menos allí podía fingir que su vida era la misma de siempre.

Puso la grabación y encendió el televisor dispuesto a concederse diez minutos de distracción. Con un whisky en la mano. Después volvería a trabajar.

Nada lo previno sobre lo que iba a ver. Hasta que fue demasiado tarde.

En realidad, Magnus Olsen nunca le cayó bien. Quizá uno de los motivos era el modo displicente, casi feudal, de tratar a su hermosa esposa. La poseía como un nuevo rico sin apreciarla realmente. Aquella mujer era un bocado demasiado exquisito para la boca de tiburón del sueco. Se comportaba con ella como si fuese una puta cara, le tocaba el culo sin disimulo en presencia de otras personas y la aferraba por la cintura como si estuviera agarrando una jarra de cerveza. Ella le daba lástima, y también sentía deseos, fantasías que alguna vez se permitió calmar en solitario encerrado en el baño.

En cualquier caso, Olsen era una puerta a la que los tipos como él necesitaban llamar para financiar sus películas. La mentira que había inventado Magnus todavía no presentaba demasiados resquicios, parecía sólidamente instalado en la abundancia y además, y eso era una suerte, era un amante del cine que tenía, justo era decirlo, unos vastos conocimientos que lo asombraron. Olsen lo admiraba, no solo porque era

un mitómano, sino porque apreciaba sinceramente su obra, lo que inevitablemente predispuso a Ian a vencer sus reticencias respecto a su calaña. Las gestiones de Olsen para recuperar el violín de los Tagger terminaron de evaporar aquellas dudas iniciales y les abrió definitivamente las puertas de su casa. Ian aceptó dar un par de charlas en el club de Dámaso, se prestó como intermediario para acceder a otros directores, actores y gente del mundillo. Aquel grupo era muy selecto, gente con poder y dinero suficiente para no tener que guardar en el cajón ninguno de sus futuros proyectos por falta de financiación o trabas burocráticas. Frecuentando a aquellas personas conseguía un cheque en blanco.

Resultaba embriagador.

Además, su hijo disfrutaba también de aquellas sesiones nocturnas en el club. Él lo observaba frente al proyector cuando pasaban una película de Harold Lloyd, y se daba cuenta de que devoraba con los ojos cada detalle. Preguntaba cosas impropias para un neófito que dejaba embobados a los asistentes a las tertulias, hacía comentarios oportunos y por primera vez lo veía abandonar su mutismo permanente y ese aire retraído y taciturno que lo acompañaba desde que nació. Parecía otro chico, más feliz, más centrado.

Desde que era niño, fue evidente que no era ni sería jamás como los demás, flotaba en él algo indeciso que en ocasiones rayaba la crueldad, como cuando ató a un cachorro de perro con alambres de espino a un poste y estuvo contemplando durante horas cómo el animalito se debatía para liberarse desollándose el cuello. Pero al mismo tiempo era capaz de analizar lo que sus ojos siempre vivos veían con una naturalidad que desconcertaba en alguien de tan corta edad, como el día que contemplando un árbol seco se volvió a mirarlo y le dijo que las cosas nacen para morir sin que exista dramatismo en ello. Tenía siete años.

Ian y Gloria mantenían una pugna sórdida y secreta por dirigir aquellas fuerzas contradictorias que luchaban dentro de su hijo. Forcejeaban sin darse cuenta entre ellos, vertían sus temores y sus esperanzas en su hijo; él era el campo de batalla donde combatían. Mackenzie confiaba que siguiera sus pasos, que encontrase en el cine una forma de exteriorizar lo que lo atormentaba; los mejores genios a menudo han rozado la locura, y su hijo tenía un potencial enorme, si el genio lograba imponerse. Gloria lo confiaba todo a la música; lo obligaba a disciplinarse con el violín y el piano, aseguraba que la música creaba espacios nuevos en el cerebro, asociaciones neuronales que su hijo necesitaba llenar de armonía y orden.

Cuando Ian renunciaba a una clase con su madre para ir con él a ver una película de cine mudo al club de Dámaso en compañía de Magnus, Mackenzie sonreía por haber obtenido aquella mezquina victoria sobre su mujer.

—No me di cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que fue tarde —admitió. Se frotó la cara como si estuviera mojándola—. Cuando Olsen me llamó (recuerdo

aquella conversación como si hubiese tomado un alucinógeno), no podía entender lo que me estaba diciendo. Mi cerebro no era capaz de asumirlo. Me quedé sentado en la habitación del hotel con el teléfono en la mano, pensando que era una broma. Pero no lo era. Aquel hijo de puta me contó lo que hacía Ian en el club, las cosas terribles en las que participaba.

«Nadie lo obliga a hacerlo, créeme. Le sale de dentro». A miles de kilómetros, desde Madrid, Olsen lo llamaba a Sídney para decirle que su hijo era un genio. Un genio perverso y retorcido. «Tengo las pruebas. Así que será mejor que vengas. Necesitamos hablar y llegar a un acuerdo. No me gusta hacer esto, Ian; te admiro sinceramente. Pero mi vida se va a la mierda y necesito liquidez».

—Me estaba chantajeando. Amenazó con enviarte las pruebas. Pensé que iba a enloquecer, no podía pensar, ni reaccionar. Cogí el primer avión que encontré y me presenté en su casa.

—¿Por qué no me lo dijiste? —No buscaba consolarlo, ni le decía que juntos podrían haber afrontado lo que fuera. Ir a la policía, internar a su hijo si era necesario. No; le recriminaba no haberla hecho partícipe, haber callado todos aquellos años. En su voz vibraba un desprecio absoluto, carente de otras emociones.

«Prométemelo».

Se lo prometió. Que protegería a Gloria de todo y de todos. También de ella misma. Y su suegro lo miró con un ojo que tenía una nube transparente en la pupila, se estaba quedando ciego. Pero todavía era capaz de ver: veía lo que Ian Mackenzie, el marido de su hija, llevaba en su interior, lo que era capaz de hacer. Recordaba la sonrisa triste y trágica de su suegro. Aquel viejo que cargaba con historias de judíos y guerra, de exilio y violines, de tumbas secretas. Una sonrisa de dientes desiguales (no quiso nunca utilizar dentadura ni implantes), sucios de sarro, devastados de masticar tanta vida.

No se dijeron más. Nunca volvieron a hablar de ello.

Cuando Ian bajó del avión que le traía de Australia, embotado por la falta de sueño, con el pelo encrespado y unos grandes bolsos violáceos bajo los párpados, ya sabía lo que tenía que hacer.

Magnus Olsen no lo esperaba tan pronto. Eran las siete de la mañana y detrás de la puerta escuchó el televisor encendido. Las noticias. En el mundo pasaban cosas, pero no le importaba ninguna. Olsen abrió la puerta a medio vestir con la camisa desabotonada y el cinturón flojo. Asomaba su panza peluda, el ombligo era como una araña enroscada en un nido de pelo rizado y negro, los pezones pequeños y puntiagudos sobre unas tetillas colgantes. De cerdo. Puso cara de sorpresa, no de miedo. Cara de querer decir «por qué tanta prisa, no es para tanto».

Ian sabía lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. No le golpeó, aunque el esfuerzo por controlarse le provocó una contractura en el cuello. No dijo nada. Se quedó

mirando aquel cuerpo calculando lo que debía de pesar. «Ciento diez, ciento veinte kilos. Grasa amorfa», pensó. Una bola de sebo rodando contra su felicidad. Magnus lo invitó a pasar. Andaba todavía descalzo, dejaba pequeñas marcas de los pies en el parqué. Había café recién hecho, tostadas a medio morder en un platillo y un pitillo humeando en un cenicero que necesitaba vaciarse. La televisión al fondo, ropa tirada en el sofá. Olor a perfume de puta barata. La única ventana que daba a la calle quedaba a la derecha y solo podía verse el edificio de enfrente. Lejano. Una viga de madera gruesa atravesaba el techo dividiendo el espacio del falso techo por la mitad. Podía soportar el peso.

—Ya sé que piensas que soy un bastardo. —La voz de Olsen sonó respetuosa y compungida. Pero su mirada era turbia, codiciosa—. Tienes que entender que no pretendo perjudicarte a ti o a tu familia; lo que ocurre es que las cosas para mí se han puesto extremadamente difíciles, y necesito dinero. —Movía sus manos gruesas (las mismas con las que apretujaba los glúteos de su esposa sin escrúpulo) como si acariciara un balón imaginario. Hablaba, se justificaba, fingía estar al borde de los nervios.

Ian no lo escuchaba. No necesitaba aquel prólogo.

—Te pagaré, pero quiero ver esa cinta primero —dijo cortando por lo sano.

Magnus Olsen tenía la expresión de quien está acostumbrado a vivir en la desconfianza y las mentiras. Era un buen jugador de póquer, y un buen jugador nunca muestra todos los ases de su mano hasta que llega el momento.

—Por supuesto, pero ahora no la tengo aquí. No soy imbécil. La tengo guardada a buen recaudo, no te preocupes. Cuando me pagues, te la haré llegar. Es el procedimiento habitual.

De modo que ya lo había hecho antes con otros. Para él era un «procedimiento habitual». Incentivar las debilidades de los demás y aprovecharse de ellas. Ian cambió de estrategia. Lo amenazó con ir a la policía. Olsen soltó una carcajada irónica. Los dos sabían que no lo haría.

Olsen se había convertido en una espada de Damocles sobre sus cabezas. Podría pagarle y no tendría garantía de que le diese la cinta, tampoco de que no hubiera otras o de que no intentase sacarle más dinero en el futuro. Supo que tenía que quitarse aquel parásito de encima.

Todo fue muy rápido y violento. Silencioso. Y fue ese silencio el que acentuó la sensación de irrealidad mientras se abalanzaba sobre él, desprevenido, y lo lanzaba al suelo de una patada en el plexo. Magnus trastabilló como un oso desorientado. Sin pensar en lo que hacía, simplemente actuando guiado por el instinto, Ian le arrancó el cinturón y se lo enroscó alrededor del cuello. Olsen se debatió palmeando en el aire y lanzando golpes sin ton ni son que impactaban mayoritariamente en los hombros de Ian. Aquel gordo luchaba con fiereza, pateaba con los ojos fuera de las órbitas. Pero

Ian lo estrangulaba con una fría determinación que nunca imaginó que pudiera tener dentro.

Fue demasiado fácil matar a alguien. Y durante mucho tiempo lo turbó aquel descubrimiento. Por la noche, ya de regreso a Australia, revivía aquella escena, la secuencia de movimientos preconcebidos en su mente y ejecutados con una disciplina impecable. Veía los ojos de Olsen que mutaban del desconcierto a la ira y después al miedo para terminar apagándose con una súplica. Notaba la presión del cinturón en sus nudillos, el sonido del cuero retorciéndose sobre la tráquea de Magnus, el golpeteo de sus talones en el suelo de madera y el gorgoteo del aire al escaparse de sus pulmones.

—No encontré la cinta. Creo que no tenía ninguna intención de dármela y además no tenía tiempo para buscarla. Lo subí a la viga, anudé el cinturón y lo dejé colgando.

Gloria miraba a aquel hombre que había sido su marido, el padre de su hijo, y no lo reconocía, anonadada y estúpida. No podía imaginarlo haciendo algo así. Era demasiado guapo, demasiado alegre. Era un genio. No un asesino. Sus manos, sus ojos y su cuerpo estaban hechos para crear cosas, imágenes. No para destruirlas.

—Cuando llegó la cinta, tú y yo ya estábamos demasiado alejados. No podía explicártelo, no lo habrías entendido —añadió Ian con la voz rota.

Gloria cerró los ojos y se los frotó con los dedos como si quisiera hundirlos hacia adentro para no ver más. Buscó una silla y se sentó. Le temblaba el cuerpo. Alzó la cabeza y topó de frente con el retrato de Arthur. Sintió una amargura infinita al contemplar aquel rostro de expresión embalsamada. ¡Cómo odiaba a aquel hombre! ¡Cómo odiaba en aquel momento a todo el mundo!

Ahora comprendía algunas cosas. Cuando Ian regresó de Australia, semanas después de la muerte de Olsen, se mostraba ausente e irritable, y aunque él lo achacaba al cansancio del rodaje y a las dificultades económicas, Gloria pensó (qué ingenua) que su marido tenía alguna aventura amorosa, cuando lo que cargaba era la quiebra de su conciencia. Revivió con vértigo una tarde horrible, la peor hasta entonces. Ella estaba ensayando y revisando unas partituras. En un sillón, Dolores tricotaba. Le gustaba hacer prendas de punto que regalaba a gente que nunca se las ponía.

Oyó gritos en el despacho del piso superior, su marido parecía fuera de sí, maldecía y lanzaba insultos en inglés que retumbaban por toda la casa. De fondo se escuchaba la voz de su hijo, también gritaba, pero su sonido quedaba sepultado por la virulencia de su padre. Se estaban peleando.

—Iré a ver qué pasa —dijo Dolores, con extrañeza, alzando la cabeza y ladeándola como si con eso pudiera afinar el oído.

Gloria ya se había levantado.

—No. Ya voy yo.

Subió la escalera y al entrar en el despacho se quedó paralizada. Su esposo tenía arrinconado a su hijo entre la mesa y un sofá. Alzaba los brazos y desde fuera no podía adivinarse si pretendía abrazarlo o estrangularlo. Pero al ver la cara descompuesta del chico y los ojos iracundos de su padre, la intención quedaba más clara.

Su hijo sangraba por el labio y tenía un leve moratón en la mejilla. Apenas unas gotitas carmesí que le rozaban el cuello de la camisa. Unas gotas de las que ellos no eran conscientes pero que se clavaron en la mirada de Gloria. Incrédula, ella saltó de uno al otro con un interrogante que ellos no quisieron responder. Su hijo se desembarazó del cerco que trazaban los brazos de Ian y salió del despacho, no sin antes detenerse en la puerta y lanzarles a ambos una mirada de odio infinito.

—Vosotros me habéis convertido en lo que soy. ¡Ojalá estuvierais muertos!

Gloria hizo ademán de detenerlo, pero su hijo la detuvo en seco con una amenaza.

—No me toques, puta judía. No volveré a esta casa jamás. Mientras él esté aquí, olvídate de mí.

Las palabras inesperadas golpeándola en el estómago, las palabras que más duelen y hieren y matan, porque son las que vienen del amor de tu vida. La peor traición, la peor muerte para una madre es el desprecio de su hijo. Un desprecio incomprensible.

Ian se marchó dando un portazo que hizo temblar las juntas del marco, pero sus palabras continuaban allí aplastando a Gloria contra el suelo. Se miraba los pies, preguntándose por qué estaban allí, sosteniendo su cuerpo. Lentamente, remontó los ojos hasta su esposo, al otro lado de la estancia. Ian le daba la espalda, una espalda ancha de hombros fuertes y bíceps gruesos, suficiente para colgar de una viga a un cerdo de ciento veinte kilos. Suficiente para cargar en silencio con lo que acababa de hacer. Tenía la frente apoyada en la pared, igual que las manos. Como si estuviera atrapado y se empeñase en empujar hacia afuera para encontrar una salida.

—¿Qué le has hecho a mi hijo?

Él se revolvió despacio. No la miró a los ojos. En aquel momento no habría podido sostener el disimulo, la tragedia que ya no tenía modo de parar.

—Una discusión entre nosotros. Ya sabes cómo es, se le pasará.

A él, tal vez. Pero ella no iba a olvidar aquello.

—¿Le has pegado?

Ian tragó saliva, como si engullera pequeñas migas de pan sin masticar. Pan amargo.

Nunca le había puesto la mano encima a su hijo. Tampoco había matado nunca a nadie. Siempre hay una primera vez, y luego es más fácil.

—Necesita ayuda, Gloria. Nuestro hijo *no está bien*.

Ella no lo escuchaba.

—¿Le has partido el labio?

Ian se desesperó. Avanzó hacia ella con algo en la punta de la lengua. Pero en el último instante las palabras recularon y volvieron a bailar en su interior.

—He hecho lo que tenía que hacer. —Las aletas de la nariz se hinchaban con la respiración farragosa. No sabía si llorar, si gritar. Sacudió la cabeza con resignación—. Tú no lo entiendes. Tenemos que llevar a Ian a alguna parte. Hay que sacarlo de aquí.

Sacarlo de su vida, debería haber dicho. De su cerebro enfermo, de su corazón podrido.

—Quiero que te vayas de esta casa —respondió Gloria.

Ciega. Estaba ciega. Si él se lo hubiese dicho entonces, si se lo hubiese contado, ella habría encontrado el modo de arreglar las cosas, habría sabido qué se debía hacer. Ian estaría vivo y aquel retrato nauseabundo no estaría allí.

No le importaba lo que su hijo hubiera hecho.

—Quiero verla. —Su cuerpo seguía allí pero ella ya se había marchado a otra parte donde los pensamientos podían frenarse para no enloquecer—. Necesito verlo para saber que es verdad.

—No necesitas ver la verdad para reconocerla —dijo Ian—. La destruí.

Mentía, pero jamás permitiría que ella viese lo que el fruto de su vientre era capaz de hacer. Jamás.

—Existe otra cinta. Tal vez más de una.

Ian desvió la mirada hacia aquella voz nueva que venía de la puerta. En cuanto a Gloria, se encogió levemente pero no se mostró sorprendida.

Sabía que él estaba allí.

Guzmán había estado escuchando detrás de la puerta. Le había concedido esa venia a Gloria, que hablara con su marido, como cuando antes de interrogar a un detenido le daban la oportunidad a algún familiar de entrevistarse a solas con la esperanza de que confesara sin tener que pasar por el suplicio. Casi nunca funcionaba, pero él se sentía mejor intentándolo. Después...

—Supongo que ya sabes quién soy.

Ian lo reconoció al instante, aunque nunca habían hablado ni se habían visto de tan cerca. Durante aquellos cuatro meses, Ian había sido una sombra que llegaba siempre tras aquel mercenario para borrar las huellas de lo que descubría. Guzmán se acercó al retrato de Arthur. Le dio la impresión de remolino interior, esos retratos de místicos de la Edad Media donde no se sabía dónde acababa el éxtasis y empezaba la locura, o viceversa.

—... Y ya sabes para qué he venido.

Ian asintió. Aunque las cosas no deberían haber sucedido de ese modo. Después

de matar a Olsen, pensó que había enterrado el asunto. Una mañana recibió la llamada de una persona con unos modales exquisitos que quería hablar con él, en persona. Esa persona lo citó en la terraza de un lujoso hotel del centro de Madrid, a plena luz del día. Se encontró con un hombre de mediana edad, apuesto y distinguido. Vestía traje italiano y lucía gemelos de oro a juego con el broche de la corbata. Tenía un brillo de inteligencia continuo en sus ojos pardos y se depilaba las cejas discretamente, trazando un arco perfecto sobre aquellos ojos intensos. No dijo su nombre, pero desde el principio de la conversación dejó muy claro que actuaba como intermediario de un grupo de personas que, por razones obvias, no podían mostrarse públicamente. «Por razones obvias», repitió dos veces. Parecían personas civilizadas y decentes tomando un café mientras discutían los términos de una transacción comercial. Aquel hombre distinguido (que olía a perfume excesivo y que le rogó a Ian que no fumase cuando este quiso encender un pitillo) dijo estar al corriente de la situación en la que Ian se había visto envuelto, y añadió, mientras rasgaba el sobre de azúcar y vertía menos de la mitad en la taza, que Olsen no se había suicidado. «Sabemos que lo ha matado usted. Pero eso no debe preocuparle. Ese hombre se había convertido en un auténtico quebradero de cabeza para algunos de mis representados. Era cuestión de tiempo que alguien solucionara la cuestión, y en cierto modo, debemos estarle agradecidos».

Ellos se encargarían de que no tuviera problemas con la policía. Y de que tampoco los tuviera su hijo. Por supuesto, las actividades del club se habían suspendido (no dijo terminado). A cambio, le pedían que se olvidara de lo que sabía. «Quid pro quo», dijo con una sonrisita académica. «Vuelva usted a Australia, continúe con su trabajo que, por lo que me comentan, es fantástico. Cuenta usted con influyentes admiradores que sabrán facilitarle la financiación que necesite en el futuro». La alternativa a aquel acuerdo era mejor no tenerla en cuenta. «Por razones obvias», volvió a añadir. No necesitaba enumerarlas, pero lo que hoy era un suicidio mañana podía ser un asesinato. Podrían aparecer pruebas que acusaran de violación a su hijo, y aquel chico no soportaría la cárcel. «Las generaciones de ahora no son como la nuestra». Eso por no mencionar lo que supondría para Gloria, no ya en su carrera sino en su espíritu, que aquello saliera a la luz. «Entre usted y yo, a los ricos les molesta sobremanera tener que dar explicaciones. Eso los acerca al resto de los mortales, la responsabilidad de sus actos. Y no están dispuestos a rebajarse... Por razones obvias».

—No debería haber ocurrido así. *Ellos* dijeron que se ocuparían de todo.

—Pero entonces apareció Arthur e introdujo una variable en la partida con la que ninguno de vosotros contaba. Y sin embargo, ¿no era obvio que un padre como él no iba a cruzarse de brazos mientras su hija desaparecía?

Gloria se mecía suavemente en la silla, apretujando un pañuelo arrugado entre las

manos. Tenía esa cara que se le queda a la gente después de vomitar. Descompuesta. Sus ojos se habían vuelto de nácar. No dejaban traspasar la luz ni la devolvían.

—Arthur recibió una copia de esa cinta y vio lo que Ian le había hecho a su hija... No fue un accidente. Lo atropelló a propósito... Y tú lo sabías —dijo, mirando a su esposo. Ahora comprendía, sí, y no quería comprender, no quería la lucidez de saber que la desesperación de su marido cuando ella le dio la noticia por teléfono era mucho más desgarradora que la suya propia. Porque él sumaba el silencio, la culpa y el remordimiento—. Tú fuiste el responsable.

Ian no se defendió. Él introdujo a su hijo en la boca del lobo, ciego, incapaz de darse cuenta de que estaba abriendo de par en par las puertas de la fatalidad. De nada le servía decirse que la naturaleza de su hijo era enfermiza y que tarde o temprano aquel mal de los Tagger habría encontrado cualquier otro sitio para germinar.

—Mataste a Dámaso, y luego a la esposa de Olsen. Pensaste que me inculparían a mí, como tras la muerte de Dámaso... Pero dejaste vivos a los niños. Eso te honra, aunque te equivocaste. Los niños hablan, tienen buena retentiva, les gustan los uniformes de la policía, se sienten importantes. Creo que no tardarán en venir a verte un par de agentes.

Ian no contestó. Se acercó a Gloria y se acuclilló frente a ella, buscándole la mirada.

—No te dije que había vuelto porque no quería implicarte en todo esto. Quería mantenerte a salvo. Pero cuando te llamé y me contaste que habías contratado a Eduardo, el tipo del que aquel policía te habló, para que retratase a Arthur, me sentí impotente. Me vi atrapado en una pinza que se iba cerrando sin remedio hasta este punto en el que estamos. Traté de convencerte de que te alejases, pero tú eres terca. Siempre haces las cosas a tu manera. Y entonces supe que tenía que acabar con esto de una vez por todas. Ya no bastaba con haber quitado de en medio a Olsen. Había más personas que sabían lo que hizo Ian, gente que podía volver una y otra vez hasta el infinito, amenazarnos con otras grabaciones, chantajearnos. Pero lo que no podía permitir era que destruyeran la imagen de nuestro hijo que tú has construido. Eso era lo único que te quedaba, a lo que te aferrabas. Y no estaba dispuesto a permitir que te lo robaran. Eso, al menos, debía quedarse contigo. Maté a esas personas, es cierto. Pero ya estaban muertas, sentenciadas, aunque ellos no lo sabían. No iban a dejarlas vivir de ningún modo, no después de que Arthur empezase a remover la mierda.

Gloria apartó la cara con asco. No soportaba la presencia de Ian, ni su tacto, ni su olor. Él no lo entendía. A ella le daba igual lo que hubiera hecho su hijo. Era carne de sus entrañas, hubiera hecho lo mismo que él: mentir, traicionar, asesinar, pero no para proteger un recuerdo o una idea. Lo hubiera hecho para salvarle la vida. Su mirada se concentró en el retrato de Arthur e inmediatamente una idea la hizo levantarse e ir hasta el cubilete de bolígrafos que había en un buró. Cogió unas tijeras y, antes de

que Ian o Guzmán pudieran reaccionar, se abalanzó sobre el lienzo y lo acuchilló una, dos, tres, cuatro veces, lanzando aullidos animales.

Los dos hombres se quedaron mirándola sin intervenir, hasta que, agotada, Gloria dejó caer las tijeras y salió de la habitación.

—No te perdonaré jamás por esto —dijo lacónicamente, mirando a Ian Mackenzie.

Guzmán recogió las tijeras del suelo. Tenían la punta afilada. Contempló sin emoción los jirones del cuadro, entre los que emergía medio ojo de Arthur.

—Me das lástima, Ian. Lo digo sinceramente. Ese empeño tuyo de querer conservarlo todo a cualquier precio es lo que te ha llevado a perderlo todo.

Ian lo miró furioso. Podía pelear con Guzmán, y tal vez lograra arrebatarse las tijeras, aunque no tenía opciones de vencerlo. Leyéndole el pensamiento, Guzmán abrió la boca con un gesto de reproche y le mostró la pistola Glock que llevaba en la cintura.

—No deberías haber matado a la viuda de Magnus. Ella no tenía culpa de nada, solo quería ayudarnos y olvidar, seguir con su vida.

—Nadie puede seguir con su vida después de verse metido en algo así.

Guzmán endureció el rostro. Fue hasta la puerta del despacho y giró la llave que estaba en el pomo.

—Así es. Y eso me lleva a la parte que me interesa de esta conversación. Tengo prisa por acabar con esto. Me espera un avión. Así que nos vamos a saltar directamente el protocolo habitual.

Sin previo aviso sacó la pistola y le descerrajó un disparo a quemarropa en la rodilla.

—¿Dónde está la hija de Arthur? ¿Qué hiciste con ella? Tengo un cargador con doce balas. Y las usaré, una por una, hasta que me lo digas. En la mano, en el codo, en el pie, en el hombro... Haz cuentas.

Aquel día, Dolores llegó a última hora de la tarde, como todos los martes, su día de fiesta. El autobús que la llevó hasta la urbanización iba casi vacío. «Cualquier día cierran la línea», le dijo el conductor. «A los ricos les da grima el transporte público. Es demasiado democrático. Vamos, que huele a Humanidad». ¿Y qué iba a hacer ella si quitaban el único autobús que la dejaba cerca de la casa? «Pues hacerse rica, Dolores», le contestó socarrón el autobusero.

Lo primero que le extrañó, y que luego contaría a la policía, fue ver la puerta del despacho del señor Ian cerrada con la llave por fuera. Esa puerta siempre tenía la llave por dentro. Llamó con el nudillo pero no se atrevió a entrar.

Lo segundo que le sorprendió, y que fue lo que le provocó el desvanecimiento y el posterior chichón en la frente al golpearse con la loza del váter (por eso, se justificaría más tarde, tardó tanto en llamar al 091: «Me desmayé al menos quince

minutos, y si me desperté fue porque el agua de la bañera me mojó la cara espabilándome»), fue encontrar el suelo encharcado por debajo de la puerta del dormitorio de la señora Tagger. Cuando abrió la puerta, la encontró desnuda con la cabeza y medio cuerpo metido en la bañera y los brazos caídos sobre el azulejo.

Gloria ideó un final apoteósico y dramático. Se había ahogado en la bañera llenándola de agua tibia y sales de baño. Antes había dejado puesto un nocturno de Chopin, en recuerdo a la abuela paterna de su hijo. Junto a la bañera había una botella de buen vino descorchada y restos de un canuto. Se había entretenido en doblar la ropa con parsimonia. Por si se arrepentía en el último instante, previamente había ingerido una caja completa de un potente somnífero. Apenas derramó unas gotas de agua; ni siquiera se debatió.

Capítulo 24

Situado en una calle empinada y estrecha, con el toldo recogido y sin más anuncio que una pequeña placa junto a la puerta, Chez Farida era un pequeño rincón de Argelia en Tirso de Molina. El local estaba decorado con motivos típicos, los clientes ocupaban unas mesas bajas y bancos con cojines de colores llamativos. De vez en cuando, la dueña permitía que artistas argelinos expusieran su obra en las paredes rebozadas y pintadas de color caldera. Ibrahim solía visitarlo de tanto en tanto para mitigar la nostalgia con la cocina casera *machwi*, porciones económicas de asados, croquetas de patatas y postres de miel. Aquel mediodía no había demasiados clientes. La chica que atendía las mesas lo saludó con familiaridad y le indicó una mesa cerca de la entrada de la cocina, donde se escuchaba a la cocinera trajinar entre perolas acompañando con una voz alegre la música *chaabi* que salía del equipo de música, no demasiado alto. De la cocina escapaban vapores de menta y especias. Faltaba el aire del mar, pero si cerraba los ojos y se recogía en un rincón, Ibrahim podía imaginar que estaba otra vez en casa.

Arthur llegó diez minutos más tarde. A él también le gustaba la cocina tradicional y el ambiente recogido del restaurante. Solían reunirse de vez en cuando allí y pasaban largas sobremesas. Pero aquel día Arthur no estaba de buen humor y tenía prisa. Rechazó la carta del almuerzo y pidió una cerveza de barril, dejándose caer como un plomo en el banco.

—¿A qué viene tanta urgencia?

Ibrahim acompañaba el ritmo de la música que venía de la cocina con los dedos sobre el mantel y miraba las fotografías en blanco y negro expuestas en las paredes. Retratos de paisanos, gentes a las que la vida no había tratado bien y cuyo sufrimiento revoloteaba en sus miradas, algunas esquivas, otras fijas en el observador como una acusación directa. Cabezas de ancianos campesinos con cabelleras hirsutas, mujeres con la sombra del bigote asomando en una sonrisa arrugada, niños felices con las dentaduras melladas saltando en ropa interior al mar desde una roca. Aquellas instantáneas sin tiempo de un artista anónimo que esperaba poder vender alguna fotografía, con la falaz creencia de que la exposición del sufrimiento pueda interesar a alguien, contrastaban vivamente con las caras reales de los pocos clientes del local. Jóvenes argelinos que fumaban tabaco rubio, vestidos con camisetas del Real Madrid y tejanos holgados, matrimonios que compartían un pincho de cordero con unos hijos pequeños irrespetuosos bebiendo coca-cola. La realidad siempre tiene dos caras, pensó Ibrahim. Y la nostalgia era la más inconcreta.

—¿Dónde está enterrado tu padre? —le preguntó sorprendentemente a Arthur. Este lo miró de reojo enarcando una ceja.

—En la fosa común de un cementerio municipal en un pueblecito de Málaga,

donde lo mataron. Mi madre no tenía dinero para exhumar el cadáver. Y luego yo no he querido hacerlo. Para qué.

—¿Alguna vez lo visitas?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

Ibrahim señaló una imagen colgada en la pared, a la derecha de la mesa donde estaban sentados. Era una imagen extraña, donde los tonos de gris imprimían una tensión extraordinaria al paisaje de nubes muy bajas entre las que se recortaba en lo alto de una loma un pastor bereber envuelto en un manto raído. El pastor y un perro miraban de espaldas al objetivo el horizonte del desierto que se abría ante ellos.

—Esas son las colinas de Djebel Adjdir. Ahí está enterrado mi padre. Aunque no puede verse, detrás del desierto, en la dirección que mira ese pastor, está el mar. Me gusta pensar que mi padre mira hacia aquí, que sus ojos me siguen allá adonde voy.

Arthur observó la fotografía sin interés. Ibrahim no solía dejarse llevar por la nostalgia.

—¿Sabías que mi padre militó en el FLN? Participó muy activamente en nuestra guerra de Independencia. Durante años tuvimos que mantener en secreto el lugar donde estaba enterrado. A las autoridades no les gustaban los mártires y no querían que la tumba se convirtiera en un lugar de peregrinaje. Habrían exhumado el cadáver y lo habrían mandado a una fosa común. Pero lo que no lograron ellos, lo ha logrado el tiempo. Ya nadie se quiere acordar de aquellos tiempos ni de sus protagonistas. No hay peregrinos, ni flores, y nadie deja ya promesas o peticiones en un papel debajo de una piedra. Los héroes de entonces evidencian la mediocridad de los de ahora.

Miró a Arthur con la sensación del tiempo suspendido, como si ya no estuviera sentado en esta mesa.

—Me marcho de Madrid. Quiero pasar mis últimos años en Argel.

Arthur lo miró sorprendido.

—No puedes marcharte, cuando te soltaron con la condicional fue uno de los requisitos. Si sales de España y dejas de presentarte en el juzgado cada quince días te declararán prófugo de la Justicia.

—No tengo intención de regresar.

—No tienes el pasaporte, y te detendrán en la frontera.

Ibrahim sonrió. Papeles, muros. Invenciones que no pueden detener el viento. La gente entraba y salía del restaurante. Iban y venían, con sus vidas auestas. No lo sabían, pero eran libres.

—Me las arreglaré.

Arthur estaba desconcertado por aquel aire enigmático en la mirada de Ibrahim.

—¿Y qué vas a hacer?, ¿volver al tráfico de armas?, ¿a las drogas?, ¿a las peleas? Ya no eres joven, y aquella tierra es dura con los débiles.

Ibrahim asintió al tiempo que se tocaba la cicatriz de la mejilla. Él ya no era el

mismo. Las heridas se curan. Con tiempo, con paciencia, con voluntad.

—Hay algo más que quería decirte. Le he pedido a Andrea que me acompañe.

Arthur soltó una carcajada nerviosa.

—¿Qué tontería es esa?

Ibrahim tomó aire y se lo contó todo.

—Estoy enamorado de Andrea desde que éramos niños, desde mucho antes que tú la conocieras. Esa es la única razón por la que tú has seguido vivo todos estos años en la cárcel.

No era más que un chiquillo del arrabal, sucio, enclenque y descamisado, comiéndose los días entre el miedo y las ganas de ser lo que era: un niño de doce años con ojillos legañosos al que le embriagaba la desesperación de vivir. Tocaba ya entonces el *ney* y decía conocer los secretos del *sukrum*, el baile sagrado de los derviches. Hablaba, miraba, reía y besaba sin ninguna reticencia a las chicas que se dejaban. Le gustaba sobre todo aquella chica tímida y poca cosa que vivía en Bab el Oued. Se bañaban desnudos en la playa, y fue en el agua cuando empezaron las caricias como un juego de ahogadillas al principio, y de repente en algo mucho más tierno, torpe y directo. Y allí, ocultos bajo la barcaza, él la besó con la experiencia que ya creía tener, pero ella solo logró escupir como un hombre y decirle que no le gustaba eso de que le metiera la lengua en la boca. Vinieron luego las excursiones en tren hasta Hydra, los atardeceres en la alberca para refrescarse y quitarse la sal del mar. Y los anocheceres en la terraza con vistas a la costa, el regreso a Argel con la ropa interior mojada dentro de una bolsita de mercado, la mirada avergonzada de ella, la mirada triunfante de él por aquel beso robado con lengua.

—Me he enamorado de la hija pequeña del dueño de la librería París. Pienso casarme con ella y marcharme a Francia.

—¿El cerdo del librero? Es un colaboracionista, un chivato de la policía que además pasa información al OAS. ¡Es un verdugo! —le gritó furioso su hermano.

¿Qué significado tenía esa palabra, «verdugo», para un niño de doce años? ¿Qué amplitud y profundidad podía tener en su joven cerebro el concepto de la muerte? Sí, su padre estaba muerto, y estaba acostumbrado a los tiroteos nocturnos, a ver a su hermano mayor llegar a casa a altas horas de la madrugada manchado de sangre que no siempre era suya. Vivía rodeado de violencia, y podía gritar como el que más las consignas antieuropeas que repetían los líderes de la lucha como un mantra, conocía de memoria el nuevo himno de la nueva Argelia escrito por Mufdi Zakariya: «Somos soldados en la revuelta de la verdad». ¿Y qué? Lo único que quería era ver llegar un nuevo viernes para correr a la playa y bañarse desnudo con Andrea. Veía en los ojos de su hermano y en el silencio doloroso de su madre que era un mal musulmán, un mal hijo, un mal hermano y un mal patriota. Pero para Ibrahim el mundo, aquel

mundo de locos podía irse al infierno. Él era feliz.

—Me da igual, pienso irme con ella y...

La primera bofetada le reventó el labio inferior. La segunda le acertó de lleno en la nariz.

—¡Eres un *traidor* a tu sangre y a tu patria! —le escupió su hermano entre dientes, todavía con el puño con el que lo había golpeado cerrado como una amenaza. Ibrahim contempló las gotas de sangre estrellándose en la palma de su mano y miró a su hermano con una profunda rabia. Se sentía estafado, traicionado, él sí, por su propia sangre.

—Vete a tu cuarto, Ibrahim —acertó a decir su madre con voz temblorosa. Su cuerpo se había empequeñecido como si quisiera hacerse invisible.

—... Pero...

—¡¡¡Vete a tu cuarto!!!

Se sintió desgraciado, y no lo entendía. ¿Cómo podía enfurecerles de esa manera que quisiera ser feliz? La infancia de Ibrahim era el paso lento del tiempo y el sonido amortiguado de la calle, y el paso de los coches que sobresaltaban a su hermano mayor si se paraban más de lo necesario frente a la puerta: «Ibrahim, asómate a ver quién es», le susurraba, siempre dispuesto a escaparse por los patios interiores. La tensa espera, un miedo que se había adueñado de todos desde que los terroristas del OAS ejecutaran a su padre. Ahora era su hermano mayor el que había cogido el testigo. Y cuando él cayese, sería Ibrahim el que debería continuar la lucha. Y entretanto, la espera escuchando a todas horas las soflamas de Budiaf o Ben Bella, los héroes de la batalla por Argel en la que su padre combatió a los paracaidistas del general Jacques Massu. Pero él no quería ser un mártir de la patria, como su padre y su hermano. Quería estar con Andrea.

Fue entonces cuando se escuchó el sonido de neumáticos en la calle sin asfaltar. Un coche oscuro con las luces apagadas del que bajaron tres hombres. Los coches oscuros que irrumpían en la noche con los faros apagados traían el mismo augurio. De repente se habían apagado también las luces de las ventanas de los vecinos apresuradamente.

Venían a por ellos. Ibrahim corrió a avisar a su madre y a su hermano. Pero llegó casi al mismo tiempo que la puerta de la calle, una débil plancha de conglomerado, saltaba por los aires hecha astillas. En el tiempo de un parpadeo su hermano estaba saltando por el ventanuco que daba al patio trasero, sin tiempo a ponerse la camisa y medio descalzo. Al saltar perdió una sandalia que su madre recogió plantándole cara a los tres hombres, esgrimiéndola como cuando Ibrahim iba a recibir una buena zurra por cualquier cosa que la hubiese sacado de quicio, y solían ser muchas. Solo que esta vez uno de los hombres se la arrebató sin dificultad, propinándole una patada en el estómago que la hizo caer al suelo con un gemido sordo.

Los otros dos intrusos eran demasiado corpulentos para colarse por el ventanuco y tardaron un tiempo precioso en saltar al otro lado. El tercero se quedó con él y con su madre. Un tipo apuesto, alto, con la tez olivácea que imponen las largas estancias en el desierto. Pelirrojo. Tenía el tatuaje de unas alas atravesadas por un puñal en un lado del cuello ancho, de luchador. Y una frase: «La patria antes que nada». Cuando avanzó hacia su madre, todavía tendida en el suelo, Ibrahim se interpuso en su camino gritando como una alimaña. El hombre no lo había visto al principio y logró desconcertarlo un momento. Pero reaccionó enseguida con una mirada de asco profundo. Su enorme mano, callosa y peluda, le aprisionó literalmente la cara con una presión descomunal. Ibrahim notó que sus pies se despegaban del suelo, y después se vio lanzado como un guiñapo contra la pared. Una, dos, tres veces. Hasta que perdió el sentido.

Cuando abrió los ojos, notó la camiseta empapada de sangre. Su madre tenía un ojo amoratado y el vestido medio roto, se cubría con pudor un pecho oscuro y seco que le asomaba por el vestido rasgado, pero se mantenía altiva, casi sonreía y lo miraba con amor. Le decía que fuese fuerte. Que todo pasa, también lo terrible.

Los que habían salido en persecución de su hermano estaban sudorosos y frustrados. Uno de ellos esgrimía un revólver del 38, dijo que le había disparado, pero no estaba seguro de haberle acertado. Su hermano conocía bien el laberinto de callejones, plazuelas sin salida y tapias del barrio, no se había dejado atrapar, era listo y rápido. Le alegró saber que esos cabrones no habían podido ponerle las manos encima. Estaban nerviosos y frustrados.

No se le ocurrió que eso empeoraba las cosas para él y para su madre.

El hombre del tatuaje en el cuello dio un paso al frente.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó, agarrando por el cuello a Ibrahim y zarandeándolo como si quisiera arrancarle la cabeza. El hombre le cogió la barbilla con una mano y le examinó el rostro con ironía. Ibrahim giró violentamente la cabeza y logró desembarazarse de esa mano que tenía los dedos helados. Pero el pelirrojo volvió a aferrarlo con más fuerza, obligándolo a mostrarle los dientes. Unos dientes que entonces eran preciosos, llenos de cuentos y canciones—. ¿Dónde está tu hermano, guapito? Seguro que anda por aquí, enterrado en los montones de mierda, escondido como lo que es, una rata. Si gritas lo bastante, si hago que grites, ¿crees que saldrá de su escondrijo, o seguirá escondido viendo cómo sufres? ¿Y si luego empiezo con tu madre?, ¿qué me dices?, quieres a tu madre, ¿le pedirás que se entregue?

Ibrahim no contestó. La mordaza de aquella mano apretándole las encías se lo impedía. No supo qué le pasó, por qué hizo lo que hizo. Mordió con todas sus fuerzas aquella mano vellosa y enorme que olía a pólvora y a cigarrillos, a betún de botas militares. Mordió con todas sus fuerzas hasta sentir la sangre en sus labios.

El pelirrojo lanzó un aullido de dolor y golpeó con el puño libre la cara de Ibrahim, pero el chiquillo no se soltaba, como un sabueso agarrado a su presa. Entonces el hombre sacó un machete que guardaba en la funda de la pantorrilla. Era un arma militar de enormes dimensiones con un filo ancho y serrado y punta curva. En el pomo tenía una bola de acero con una brújula. Ibrahim sintió el impacto de ese pomo como la bola de una maza medieval en la boca devastándole los dientes. Fuera de sí, el pelirrojo del tatuaje se incorporó sosteniéndose la mano. Otro de los hombres le dio un puntapié haciéndole sentir el sabor de la mierda de perro enganchada en la suela de una bota militar. Luego, el hombre del tatuaje se dejó caer a peso con las rodillas en su pecho, mientras el otro le sujetaba las manos y el tercero se entretenía en mantener a raya a su madre a base de golpes.

Allí se murió el niño que podría haber sido, aquella noche, mientras dos extraños lo sujetaban en el suelo y la punta afilada de un machete rompía los músculos de su cara y le rajaban la piel. Allí, entre alaridos, a través de los ríos de sangre que le nublaban la pupila dilatada, contemplando sin comprender la masa bamboleante de su madre, que ya no gritaba, que tan solo lo miraba con un amor infinito, despojándose de ella, como si quisiera absorber todo el dolor de su hijo, no solo el que estaba sintiendo, sino ya anticipando el que estaba por venir.

Niños mutilados que se convierten en hombres incompletos, incapaces de sentir nada realmente, solo viviendo sucedáneos del amor, de la pasión, de la alegría. Instantes fugaces de felicidad que penden continuamente de un hilo, sin saber nunca cuándo se volverá a abrir la herida para respirar, en una pesadilla, en una mirada, en un recuerdo venido por azar.

Ibrahim miró a Arthur.

—Por eso habría que destruir a los ladrones de infancias. Porque es el peor crimen que se puede cometer contra un ser humano: robarle la esperanza, destruir su alma. Eso hizo conmigo tu padre, el teniente Luis Fernández.

Arthur se había quedado con la boca abierta y el rostro petrificado. Miraba a Ibrahim, escarbaba con sus ojos, sorprendido y asustado.

—No puede ser cierto —dijo con la voz descompuesta.

Ibrahim le ofreció la cicatriz.

—Aquí tienes la prueba.

Aun así, Arthur sacudió la cabeza y tragó saliva.

—Esto no tiene pies ni cabeza, no tiene sentido.

Tenía todo el sentido que tiene el azar, que es una forma de justicia.

—¿Recuerdas la primera vez que te vi en la celda? Fue como ver a tu padre. Eres su viva imagen. Y cuando me contaste tu historia, supe que eras el hijo de aquel teniente que me destrozó la vida. Te hubiera matado en aquel instante, pero entonces

sacaste aquella postal de tu viaje de novios y la pegaste en la pared. Sonreíste y me dijiste el nombre de tu mujer. Entonces supe que Alá es sabio, y que cada camino, por largo que sea, siempre lleva a alguna parte. Tú me la has devuelto.

Ibrahim se levantó y lo miró con frialdad.

—Ahí fuera está el Armenio. He sido yo quien lo he avisado de que vendrías.

Arthurladeó el cuerpo agazapado y tenso. El Armenio estaba en la entrada con su espalda apoyada contra la puerta, y detrás de él asomaba la cabeza rapada de un gigante con un tatuaje en el cuello. Arthur se revolvió contra Ibrahim, colérico.

—No puedes castigarme por algo que yo no hice. No soy mi padre; sería incapaz de hacer algo como lo que él te hizo.

—Claro que lo eres. Todos somos nuestro padre. Te miro y lo veo a él, y me hierva la sangre. Su misma mirada, el pelo rojizo, ese modo de torcer la boca. No puedes escaparte de eso.

Arthur se puso en pie.

—¡No tienes derecho a juzgarme!

Ibrahim lo sostuvo por el brazo.

—Puedes intentar huir, pero si lo haces, Andrea nunca sabrá lo que ocurrió realmente con Aroha. El Armenio conoce a gente que se mueve en el mundo de la delincuencia relacionada con la trata de personas. Nadie desaparece sin dejar un rastro que ellos no puedan rastrear. He hecho un trato con él: tu vida a cambio de la información que nos diga dónde está tu hija.

Arthur frunció el ceño. Estaba pálido. Miró con odio a Ibrahim.

—¿Y quién eres tú para negociar con mi vida? Guzmán va a encontrar a Aroha, no necesito al Armenio para nada.

Ibrahim no perdió el temple. Soltó el brazo de Arthur y abrió las manos para demostrarle que no se iba a interponer en su camino. «Ahora, la decisión es tuya. Puerta delantera o puerta trasera».

Arthur devolvió la mirada desorbitada de espanto hacia la puerta. El Armenio se acercaba con las manos en los bolsillos del pantalón, sin prisa.

—O tú o Aroha —repitió Ibrahim.

Arthur eligió la puerta trasera. El impulso del miedo lo empujó hacia la cocina a toda prisa. El gigante de cabeza rapada que acompañaba al Armenio fue en pos suyo. Se oyó el estruendo de platos cayendo al suelo y los gritos de la cocinera preguntando qué significaba aquel correcales.

—¿Por qué lo has avisado? No quedamos en esto —le preguntó el Armenio a Ibrahim, medio enojado y medio risueño. Los clientes habituales le lanzaron miradas recelosas. No era uno de ellos, desentonaba como una mancha negra sobre una camisa blanca, arruinándola.

Ibrahim contempló la fotografía del pastor y su perro que colgaba en la pared.

—Todos tenemos derecho a demostrarnos lo que somos verdaderamente. Ahora, Arthur ya sabe de qué está hecho. De todas maneras, no irá muy lejos. Sé exactamente adónde se dirigirá.

El Armenio lo miró con curiosidad, incluso con un brillo de envidia y de admiración.

—Así que es cierto; tienes principios. —Lo dijo como si Ibrahim fuera un leproso que sobrellevaba su enfermedad con dignidad. Sacó un papel del bolsillo y se lo entregó. Había anotada una dirección y unas coordenadas cartográficas—. Encontrarás a la chica aquí.

Ibrahim leyó el papel.

—¿Viva?

El Armenio hizo una mueca que no significaba nada.

—Tal vez. Ciertas cosas no deben preguntarse con demasiada insistencia. Bastantes favores he saldado para conseguir ese papel... Hay asuntos en los que incluso gente como tú y yo no deberíamos meternos. Deberías marcharte ya, Ibrahim. Vuelve a tu pueblo y no mires atrás. Ese es mi consejo.

Ibrahim guardó la dirección. Los únicos consejos que había escuchado en su vida eran los de un hombre que estaba enterrado en una loma desierta junto a su padre.

—Te diré adónde se dirige Arthur.

Desde que era muy pequeña, Aroha tenía un lento despertar. Era muy perezosa por las mañanas, se pasaba mucho rato en la cama bostezando y remoloneando, y a poco que su madre se despistaba, volvía a quedarse dormida como si no le interesara nada de lo que ocurría fuera de su cuarto. Enfadada y harta de llamarla, Andrea le pedía a Arthur que la sacase de las sábanas. Él entraba en la habitación sin encender la luz, le pasaba la mano por el pelo revuelto y le besaba la frente, hablándole muy bajito hasta que, poco a poco, la rescataba del sueño y de la modorra. Era el único que tenía la paciencia necesaria para hacer que su hija se levantara sin gruñir y no llegara cada día tarde a la escuela. Aroha prefería también que él la acompañara hasta el colegio y no le importaba entonces que la cogiera de la mano hasta los escalones de la entrada. Allí la esperaban sus amigas comiendo pipas y poniéndolo todo perdido de cáscaras. Un revoloteo de uniformes escolares (polo rojo con el emblema del colegio bordado en oro, faldas a cuadros y calcetines grises hasta la rodilla) que se alborotaba como un avispero solo para ver cómo Arthur le pasaba la cartera a su hija y le daba un abrazo de oso enterrando en sus brazos su cuerpecillo del que únicamente sobresalía parte de la cabeza.

—Mis amigas dicen que eres guay. —«Guay», dicho con un caramelo de fresa en la boca y con los correctores dentales convirtiendo su sonrisa en un aparatoso y metálico suplicio.

La voz de su hija le llegaba lejanísima: «Eres el mejor padre del mundo». «¿Del mundo?». «Del mundo entero y parte del universo». «Eso está mejor». Sí; cuando ella fue una niña, él fue un héroe.

Pero en algún momento dejó de necesitar que fuese a despertarla porque lo hacía ella solita antes de que sonara el despertador o que Andrea tuviera que llamarla. Pequeños cambios, como cuando él le pedía que se sentaran a charlar un rato y ella contestaba con cualquier excusa para no hacerlo y acto seguido se encerraba en el despacho de Arthur para hablar por teléfono y compartir con un desconocido (¿quién?) las confidencias de las que él fue excluido. «Cosas que al principio parecían derrotas asumibles, cambios que sufren los hijos al crecer y alejarse», se decía Arthur. No debería haber aceptado aquel desapego ascendente sin luchar. Tendría que haber hecho caso a las señales de alarma que aquel último verano empezaron a acumularse: «Necesito dinero». Y él se lo daba a cambio de un rato de conversación, de un mimo o de un beso, demasiado apresurado. Compraba su cariño, y ese afecto cada vez era más escaso y le salía más caro. «¿Qué tal los estudios?». «Bien». «¿Qué libros estás leyendo ahora?». Tal. «¿Me das el dinero?». Si le preguntaba demasiado se molestaba, así que dejó de preguntar. «Al menos aprueba el curso». «Que sí, pesado. ¿Me das el dinero o no?». «¿Para qué tanto?». Una excursión con las amigas a Valencia, un fin de semana a caballo por la sierra, un reproductor de música nuevo. Y se lo daba.

Y poco a poco, mientras ella se acercaba a la adolescencia, empezaron los verdaderos problemas. Las escapadas de casa, los avisos a la policía, los novios indeseables demasiado mayores, siempre demasiado mayores, la rebeldía continua, los enfrentamientos, las broncas, los portazos y los primeros síntomas de que estaba empezando a flirtear con las drogas. Las visitas inútiles al psicólogo, las expulsiones de los colegios.

De repente la había perdido, sin darse cuenta. Aquella ya no era su niña, no le pertenecía. Y en su mirada empezó a ver los reproches y las acusaciones. Se daba cuenta de la clase de hombre que era su padre, de las infidelidades para con su madre, de las ausencias prolongadas que trataba de suplir con cosas que podían comprarse.

Él no estaba en casa el día que Aroha desapareció. No la vio lavarse los dientes (libres ya del corsé metálico), peinarse y salir para no volver. Había otra mujer en el espejo que él miraba en esos momentos, en una habitación de hotel. Un cuerpo desnudo y brillante que le sonreía a través del reflejo y se le ofrecía. Mientras su hija caminaba hacia su perdición, él le estaba follando el culo a una amante que jamás llegaría a amar como amaba a Andrea y a su hija. Y eso lo torturaba. ¿Por qué, entonces? ¿Por qué lo hacía? Tirar su vida por la borda consciente de cada paso que daba. No lo sabría nunca, tal vez la respuesta estaba en esa voz interior que lo acusaba de farsante cada vez que se acercaba a la felicidad. Quizá no merecía ser

feliz.

No era tarde, se dijo, pestañeando porque el sol le daba en los ojos. Bajó del coche convencido de que Andrea todavía lo amaba, no podía creer que fuera verdad lo que le había dicho Ibrahim. Ella no lo traicionaría de ese modo. Solo necesitaba verla una vez más, mirarla a los ojos para que se diera cuenta de cuánto le pesaba el pasado. Podían cambiar, las personas cambian. Guzmán había encontrado por fin el paradero de Aroha, no necesitaban para nada al Armenio. Se marcharían los tres, empezarían de nuevo, esta vez de verdad.

Con los ojos enfebrecidos y la mente en mil pensamientos, atravesó el aparcamiento de la residencia sin percatarse de las dos siluetas que aparecieron entre los coches, hasta que fue demasiado tarde.

El Armenio le salió al paso mientras su perro de presa lo rodeaba para cortar la retirada. Arthur intentó retroceder, pero se dio cuenta de que no podría escapar.

—No necesitas hacer esto —titubeó, tratando de no perder de vista al gigante que merodeaba como un lobo acechante detrás de él—. Puedo pagarte lo que me pidas si dejas que nos marchemos. Pon el precio, el que sea.

En los ojos del Armenio brillaba un resplandor de antorcha al fondo de una caverna.

—¿Cuánto vale la vida de una hija? ¿Cuánto has pagado tú por intentar recuperar a la tuya?

En un descuido, el gigante se abalanzó sobre Arthur. Este pudo esquivar su puño que pasó rozándole la oreja con el zumbido de un expreso. Instintivamente, Arthur le dio un codazo con todas sus fuerzas partiéndole la nariz. El gigante se sacudió aturdido llevándose las manos a la cara con un gruñido animal, pero no cayó al suelo. Arthur intentó aprovechar la ventaja para derribarlo, pero este se revolvió con rabia y lo atrapó con una mano en la tráquea, inmovilizándolo. Alzó el otro puño para asestarle un golpe definitivo.

—¡Aquí no! —le ordenó el Armenio. El gigante detuvo el puño, temblando de ira. Durante unos segundos dudó, pero finalmente soltó un bufido y bajó el brazo—. Al coche.

No sabía dónde estaban. En algún lugar de la sierra, probablemente. Lejos de Madrid. Adonde mirase solo veía pinares y una carretera secundaria que serpenteaba hasta perderse tras una colina. Estaba anocheciendo. Las primeras estrellas se balanceaban en la línea difusa del crepúsculo. Un aire cálido acariciaba las hierbas altas que Arthur tenía a sus pies. Le habían quitado los zapatos y los calcetines y lo habían atado a una piedra. Las aristas le estaban cortando la cara interior de los brazos, forzándolo a echarse hacia adelante para aliviar la presión. El Armenio estaba

sentado en un tocón seco. Tenía una espiga en la boca y escuchaba una canción en su cabeza con los ojos entrecerrados, la tarareaba en voz muy baja y acompañaba el ritmo con un leve balanceo del cuerpo. Unos metros más allá, el gigante trazaba un arco de pis sobre un matorral. Su nariz se había inflamado como una patata y tenía la cara manchada de sangre seca.

El Armenio abrió mucho los ojos y escupió la baya.

—Cuando yo era niño la gente venía aquí con la familia a pasar el día alejados de la ciudad. Mi padre cargaba su seiscientos con las sillas plegables y la mesa de camping. Mi madre compraba careta de cerdo, oreja, rabo, y montábamos unas comidas de miedo. Entonces nadie se preocupaba de los incendios, todo el mundo hacía fogatas y no se pedían licencias municipales. Las cosas eran más sencillas. Después de comer, mis padres extendían una manta bajo una sombra y se echaban la siesta mientras yo me dedicaba a explorar. Este tocón era un pino precioso, gigantesco. Dicen que puedes leer la edad de un árbol en los anillos de su tronco. Y este era muy viejo. Recuerdo que un día intenté subir hasta la rama más alta, pero me caí y me abrí la cabeza. Mis padres ni siquiera se dieron cuenta hasta que despertaron y vieron el rastro de sangre. Después de curarme en el ambulatorio, con cinco puntos de sutura, mi padre se pasó todo el camino hasta casa dándome bofetadas por haberle fastidiado su día de campo, y mi madre estuvo todo el viaje llorando.

Lanzó una risita como si aquel recuerdo le pareciera trágicamente gracioso y miró a Arthur con expresión intrigada.

—Apuesto a que tú nunca te has subido a un árbol.

Lentamente la oscuridad iba envolviendo el paisaje en un velo de sombras. Todo permanecía pero al mismo tiempo se marchaba. El Armenio suspiró mirando al horizonte inyectado de sangre.

—A menudo he imaginado que yo era un hombre como los demás. Que mi hija se encaramaba a este árbol, aunque yo no echaba la siesta, sino que la vigilaba desde abajo con los brazos preparados para recibirla si se caía. Suena ridículo lo que un hombre imagina cuando lleva media vida encerrado, las cosas que cree que hará cuando sea libre. Pero resulta que ya nadie viene a hacer fogatas porque está prohibido, que el árbol hace tiempo que fue talado, que este lugar se ha convertido en un basurero de condones, latas y colillas donde vienen las putas y los yonquis a disfrutar de su día de campo... Resulta que ya no tengo una hija por la que sufrir por si se cae y se hace daño.

Miró con tristeza a Arthur y vaciló un instante queriéndose cerciorar del efecto de sus palabras.

—Cuando se colma el vaso de la amargura, el corazón deja de sufrir porque ya no siente. Dejé de torturarme pensando en lo que no fue, ni será; olvidé las preguntas que nadie puede contestarme porque no tienen respuesta, porque no existe un Dios

que pueda darme consuelo. Y llegado a ese punto, lo único que me ha dado paz estos cuatro años ha sido la seguridad de que un día estaríamos aquí, tú y yo, de este modo exacto, y que antes de matarte te diría estas mismas palabras.

Hizo una seña a su esbirro y el gigante fue al coche y sacó del maletero una bolsa de deporte sobre la que asomaba el arco de una sierra y el mango de un hacha.

El Armenio se puso en pie y comenzó a arremangarse. Le mostró un afilado machete de supervivencia con una mueca que le ensombrecía el rostro. El Armenio había jurado que se vengaría y debía cumplir su juramento. Se había labrado una reputación que necesitaba mantener, porque los hombres como él dependían por entero de ese respeto ganado con sangre para sobrevivir. Por eso la muerte de Arthur tenía que ser recordada durante años; los presos hablarían de ella en los corrillos de los patios carcelarios, los funcionarios de prisiones sentirían temor al escuchar los detalles, los nuevos novatos sabrían, apenas puesto un pie en la cárcel, quién era el Armenio.

—Te despellejaré como se pela una naranja con un machete como el que utilizó tu padre para rajar a Ibrahim; después mi amigo te cortará en pedazos y esparciré tus restos en varios kilómetros a la redonda de estas montañas para que las alimañas se alimenten de ti. Pero creo que guardaré tu corazón y se lo llevaré a tu mujer para que lo vea antes de sacarle los ojos y matarla a ella también. Sé que le he prometido a Ibrahim que no le haría daño, pero ambos sabemos que no puedo cumplir esa promesa. No quedará nada de ti, Arthur, ni de lo que has sido o creado en esta vida. Nunca habrás existido, ni tú ni los tuyos. Pero lo más importante es que morirás sin saber qué fue de tu hija, con la incertidumbre de si todo lo que has hecho, el daño y el sufrimiento que has causado, ha servido para algo.

Capítulo 25

Mayo dejaba un olor a tormenta alejándose. En la charca que había junto a la casa, los sapos asomaban sus ojos saltones mirándola. Olga dejó la maleta en el suelo sin decidirse a empujar la puerta. Volver era una derrota, así lo sentía. Las piedras de la fachada la recibieron con un gesto abrupto, los hierbajos que crecían en un tiesto abandonado la saludaban con una burla. Había creído que podía vencer, alejarse de aquel lugar para no regresar nunca, forzar las fronteras de su destino y escapar. Pero allí estaba de nuevo. Y su maleta de colores estridentes con ruedas anunciaba que volvía para quedarse.

Empujó la puerta y entró en aquel ambiente quieto que reconoció con dolor. Apenas había cambiado nada. Los mismos muebles aunque con otra distribución, los mismos cuadros en las paredes, el mismo polvo y la misma quietud. Al fondo se escuchaba la televisión. Tenía el volumen demasiado alto, como para llenar de sonidos el silencio asfixiante.

Su madre estaba frente al espejo de forma ovalada. Se estaba cepillando su larga cabellera de color gris sucio sentada en una silla de mimbre. El cabello le caía lacio sobre los hombros desnudos, la piel pálida punteada con oscuros lunares, desnuda de cintura para arriba, los pechos secos, arrugados, caídos sobre el ombligo moviéndose como péndulos con el movimiento de los brazos.

—Hola, mamá.

La anciana detuvo el cepillo entre sus enredos y miró a Olga a través del espejo. Sus ojos sin color, mortecinos, relampaguearon un instante, bajó las pestañas y reanudó con brío la tarea de peinarse. Como si no hubieran pasado catorce años. Olga se acercó y le cogió el cepillo de las manos, sustituyéndola, como cuando era niña y su madre le decía cómo debía hacerlo para no darle tirones. Olga la miró en el reflejo. Eran demasiado parecidas para imaginar que podían tener vidas tan distintas. Unidas por un lazo invisible. Pertenecía a aquella oscuridad, a aquel olor, a aquella tristeza ensimismada donde las moscas revoloteaban sobre una fuente de fruta que empezaba a pudrirse y los amantes que su madre había tenido posaban para ella en una galería de retratos sobre la cómoda. Una galería de fracasos y espejismos, de falsas huidas y de promesas que todos habían incumplido. Y entre ellos, en un rincón, también Teo.

—Aquí no puedes quedarte. No eres bien recibida.

Olga no tenía voluntad para enfrentarse a ella y contarle toda la verdad. La verdad era un rencor que se volvía contra ella. Su madre la acusaba de haber malogrado su oportunidad de ser feliz con el único hombre que la había amado. Pero se engañaba, Teo jamás había amado a nadie que no fuese él mismo.

En la televisión hablaban de Arthur. Los muertos estaban floreciendo como las amapolas entre los campos de trigo. Como manchas rojas. Un juez de la Audiencia

Provincial había abierto una investigación que relacionaba las muertes de Gloria y su esposo con la de Arthur. El caso estaba bajo secreto de sumario pero las filtraciones anunciaban un escándalo de dimensiones mayúsculas con los ingredientes de una novela negra: prostitución de menores, drogas, vídeos pornográficos y asesinatos.

—Necesito solo un par de días para aclarar las ideas. Después me marcharé y no volverás a verme nunca más.

Subió a su antigua habitación y encontró el colchón sin sábanas y sin almohadones. La mesa escritorio estaba llena de polvo, y al abrir un cajón descubrió que un ratón había hecho de sus cuadernos escolares su madriguera. Las telarañas perpetuaban el aire amortajándolo. Nadie había entrado allí desde que ella se marchó. Abrió la maleta y se quedó mirando la carpeta que había entre las camisas. Tras enterarse del suicidio de Gloria, Eduardo no había querido verla ni hablar con ella después de que Who la dejase marchar. Tampoco había aceptado el resto del dinero que le correspondía por el encargo.

Una tras otra, Olga colgó en la pared con chinchetas aquellas páginas de dibujo y se sentó en el filo de la cama a contemplarlas. Formaban una secuencia única en la que los trazos iban ganando fuerza y consistencia hasta convertirse en algo sólido, como si cada apunte fuese pelando capas de una cebolla para llegar al cogollo. Y allí, en el centro, se detenía. Como si hubiese sido incapaz de ir más allá. Aquella autopsia de un cadáver, ahora tenía más sentido; había visto las imágenes en televisión del cuerpo de Arthur despellejado y mutilado de un modo terrible. Pero lo que más le había llamado la atención era el empeño de sus asesinos en desfigurarle el rostro, como si hubiesen pretendido borrarlo, destruir el entramado de vivencias y emociones que se superponían en el trabajo de Eduardo. Sin aquellos ojos que miraban con un punto de oscuridad, sin su boca recta y su nariz un poco torcida, Arthur no era nada.

Su madre entró en el cuarto sin llamar. La puerta no estaba cerrada por dentro. Dio un paso y su mirada se fue hacia los dibujos colgados en la pared. Los observó con extrañeza porque le eran ajenos. Puso cara de disgusto. No le gustaban, o tal vez la incomodaba que estuvieran allí colgados. Miró a Olga, sentada en el filo de la cama con la maleta por deshacer, las rodillas muy juntas y las manos apretadas en el regazo. Parecía una colegiala. Tal vez su madre sintió un ligero temblor de culpa, de nostalgia y de amor. Pero si eso ocurrió fue a demasiada profundidad para lograr salir a flote.

—¿En qué lío te has metido? —Su voz era recelosa. «En qué lío me has metido», quería preguntar.

Olga alzó la cabeza y la miró con pena. A veces quieres querer a alguien y no sabes cómo llegar a esa persona. Se acumulan tantos desencuentros que terminas por perder la senda y no hay modo de recuperar el rumbo.

—Abajo hay dos policías que preguntan por ti.

Olga se llenó los pulmones de aire y asintió. A veces no queda más remedio que asumir que las cosas son como son porque no pueden ser de otra manera. Todo lo demás es un brindis al sol. Una quimera. Esa certeza le hizo sentirse ligera por primera vez en mucho tiempo. Dejar de luchar contra lo imposible la liberó. Bajó la escalera sin el peso en los hombros y saludó a los policías.

Querían preguntarle por Gloria y por el asesinato de su marido. Habían encontrado los restos acuchillados del retrato de Arthur y sabían que ella había sido la intermediaria entre aquella familia y Eduardo. No la acusaban de nada, enfatizó uno de ellos, *sabían* que era inocente.

Olga sonrió con tristeza. Inocente. Limpia de toda culpa, bendita como un bebé recién nacido. Alzó la cabeza y vio al pie de la escalera a su madre en camisón, el pelo mojado y sus calcetines negros, los brazos cruzados sobre el pecho. La envolvía una suave penumbra. La miraba en silencio. Un silencio cargado de reproches y de desprecio. Sin remedio.

Cuando Who la llevó a una casa abandonada, Olga pensó que iba a matarla. Pero no lo hizo inmediatamente. En lugar de eso, la dejó encerrada echando la cadena por fuera durante dos días y dos noches. Pensó que la dejaría allí morir de hambre y de sed. Quizá, pensó durante aquellas dos noches, Who quería hacerla enloquecer.

Olga consumía las horas sentada en el mismo sitio, hincaba los codos sobre sus rodillas plegadas y se quedaba absorta contemplando la puerta, atenta a cualquier sonido o a la más leve modificación de la tonalidad de la luz que se colaba por debajo. Al principio el terror no le daba pausa para pensar y tampoco le permitía dormir. Pero, lentamente, empezó a recordar cosas que tenía olvidadas, momentos que nunca debieron de tener una importancia definitiva pero que ahora afloraban con naturalidad, y que la hacían sonreír, incluso reír a carcajadas, o que la sumían en un llanto desesperado unas veces, calmo y nostálgico otras. Como si la oscuridad y la imposibilidad de moverse demasiado la obligaran a ver mejor y a economizar esfuerzos, ahora era capaz de ver con nitidez la figura de Teo, como si estuviera sentado frente a ella, su fantasma, recriminándole con una mirada condescendiente lo que le había hecho. Y eso la enfurecía. Porque aquel fantasma que balanceaba entre los dedos la patilla de sus gafas de montura metálica no se sentía culpable, y la acusaba en cambio a ella.

La mañana del tercer día escuchó el sonido de los neumáticos de un coche frenando al otro lado de la cancela. Aturdida y desfondada, Olga gateó hasta clavar su ojo por una resquebrajadura de la puerta.

Distinguía la silueta de una mujer. No podía verla bien a través del cristal sucio de polvo del coche. La mujer bajó dos dedos la ventanilla y asomó por ese balcón unos

ojos pardos y rasgados que la miraban a ella, que sabían que estaba allí, espiando por el resquicio de la puerta. Olga retrocedió empujada por la intensidad de aquella mirada. Escuchó el portón del coche abrirse y el crujido de pasos por el suelo polvoriento, la cancela oxidada abriéndose, el crujido del candado que cerraba la puerta al caer junto a la cadena con un sonido metálico. La puerta se abrió y la luz del exterior iluminó la oscuridad cegando a Olga.

Tardó unos segundos en reparar en ella.

—Tranquila, no voy a hacerte daño. Me llamo Mei. —Le tendió una mano indicándole que la acompañase.

Olga la siguió hasta el coche con paso vacilante, utilizando la mano como visera para protegerse del deslumbre del sol.

Mei abrió una botella de agua y se la ofreció con una mirada que se balanceaba entre la compasión y una curiosidad inquieta. Olga bebió como un camello desesperado. El agua le caía a chorretones por el cuello desdibujando la mugre que su piel había acumulado en aquellos dos días y dos noches durmiendo en el suelo de aquella pocilga.

—Despacio. —Su voz era hermosa e inspiraba paz.

Olga bebió más despacio. Luego aceptó el bocadillo que la chica le ofreció, partiéndolo a trocitos pequeños y pasándoselo con dificultad entre los bultos. Olga comió, pero no tenía realmente hambre. El estómago se le había cerrado. Mientras masticaba el jamón dulce, miró a Mei. Sus ojos estaban fijos en la carretera, apenas le dedicó una mirada fugaz. Estaban tomando la carretera de regreso a Madrid.

—¿Qué vas a hacer conmigo, ahora? —le preguntó a aquellos ojos que fruncían el entrecejo envuelto en sesudos pensamientos que la excluían a ella.

—Nada —le contestó la chica—. Tranquila. Ya ha pasado todo.

Olga miró aquella mano extraña que la apaciguaba. La creyó.

—Descansa un poco —le dijo ella.

Olga trató de cerrar los ojos, pero no podía. El corazón le latía con fuerza. Se calmó un poco, sin saber por qué, cuando entraron en los barrios periféricos de Madrid. Hasta que se dio cuenta de que aquellas calles le empezaban a resultar familiares. La estaba llevando a casa.

Cuando Mei detuvo el coche delante de su portal y le pidió que bajase, dudó, desconcertada. La chica que durante todo el viaje no había dejado de mirarla con esa especie de ternura curiosa la animó con una amplia sonrisa.

—Buena suerte. Ahora tendrás que recoger los restos de tu vida y hacer algo nuevo con ellos.

Olga la miró sin comprender lo que quería decir.

—¿Dónde está el señor Who?

La chica le dedicó una caricia cariñosa en la mejilla.

—Ahora ya nadie puede hacerle daño.

Mei arrancó y se alejó calle abajo. El tráfico de Madrid no tardó en engullirla.

Olga no pudo verla llorar.

Tres horas antes, Mei estaba muerta. Los hombres que la rodeaban fumaban ignorándola, se pasaban las colillas unos a otros para encender los cigarrillos. Encima de la mesa de cristal sucio había latas de cerveza, restos de cocaína y migas de pizza, además de un cenicero repleto. La mano de Chang la mantenía firmemente sujeta a la silla con su mano en el hombro.

—Venga, mujer, prueba —le decía, señalando el polvo blanco sobre la mesa. Pero Mei se resistía. Tampoco cedía voluntariamente al manoseo del viejo Chang, que le apretaba una teta con la mano libre con tal fuerza que Mei pensó que iba a arrancársela.

—¿Es virgen? —preguntó uno de los hombres que la rodeaban.

Chang soltó una carcajada.

—¿Eres virgen, Mei? ¿Te queda al menos algún agujero incólume?

Aquellos hombres la miraban con avidez. La habían comprado como se compra el ganado. Ella no podía hacer otra cosa que prestarse a sus sucias bocas, a sus manos que apenas se contenían impacientes. La usarían como habían hecho con otras trabajadoras de Chang y luego la llevarían a un tugurio de cualquier ciudad donde la obligarían a prostituirse a todas horas hasta dejarla exhausta, y cuando ya no les sirviera de nada, terminaría sus días enferma y tísica en cualquier callejón rebuscando entre las basuras para subsistir.

Ella no lo iba a permitir. Sabía que a la menor oportunidad que se le presentase se quitaría la vida. Y sentía una mezcla de temor y de triste desesperanza ante la perspectiva de morir, apenas cumplidos los veintiún años, ahora que por fin había encontrado el sentido de su viaje en la vida. Se había enamorado del único hombre que estaba destinado a ella. Pero todo iba a terminar antes de empezar, y eso le parecía cruel. ¿Por qué le había sido concedido el don de conocerlo si no podría disfrutar de su compañía? ¿Por qué existía gente como Chang?, ¿qué clase de heridas le había causado la vida para haberse convertido en aquel monstruo insensible? La arrastraron hasta un diván y la tumbaron, obligándola a desnudarse. Como no lo hizo por propia voluntad, la golpearon y le rasgaron el vestido. Sus manos trataron de proteger el pecho y el pubis de aquellas miradas que la apuñalaban entre risas. Tenía la sensación de que el mundo continuaba su marcha fuera de allí, pero que ella estaba atrapada sin remedio en aquel instante, sin escapatoria. Intentó buscar refugio en la nostalgia, en los momentos, pocos, en que había sido realmente feliz, libre. Pensó en la mirada de Who, en su sonrisa, en sus promesas. Pensó en una tarde de campo con la luz del sol bañando su rostro y el aroma de la hierba barrida por una suave llovizna

que le pegaba la ropa al cuerpo y le aplastaba el flequillo contra la frente. Recordó las manos de Who recogiendo con veneración su rostro entre los dedos. Y cerró los ojos.

Lo primero que Who notó al entrar en la habitación fue el ambiente infecto. El tipo que estaba apostado en la puerta lo había recibido con una risita de envidia. «Ahí dentro se lo están pasando en grande, los muy cabrones. Tienes suerte de que Chang te dispense esas atenciones». Who le habría arrancado aquella sonrisa de perro amaestrado a patadas. Podría haberlo hecho.

Olía a sudor y las espaldas sudorosas de media docena de tipos formaban un semicírculo en torno al diván. Entre la muralla de carne vio la piel pálida de una mujer y un pezón sonrosado. Se le encogió el estómago.

—Ah, por fin llegó nuestro *amante perfecto*. —Chang estaba drogado, como los otros. Tenía la cara enrojecida y las pupilas dilatadas. Tenía el torso desnudo mostrando el tatuaje descolorido de un dragón que con sus garras atravesaba a una serpiente que le ocupaba todo el pecho y parte de su barriga. La cremallera del pantalón estaba bajada.

—Ven, acércate, pupilo. Venga, vamos —lo incitó entre risas, palmeándole la espalda y empujándolo hasta el diván—. Queremos un número en directo. Queremos que nos enseñes a hacer el amor. ¿No es eso lo que dices hacer con tus clientes? ¡Señores, deben saber que mi chico jamás folla! Él solo construye arte con su polla privilegiada.

Who sintió que se moría mil veces, que su cuerpo se desmembraba, que su cerebro estallaba al descubrir el cuerpo de Mei. Era como un paraje desolado, un prado de hermosas flores pisoteadas sin compasión. Ella volvía la cara avergonzada contra el respaldo de piel. Estaba como muerta.

—¿Qué has hecho? —murmuró Who, mirando con odio a Chang, incapaz de contener el temblor de su mano al tocar el hombro lleno de arañazos de Mei.

El viejo esbozó una sonrisa de fauno viejo y podrido.

—Todavía nada, apenas unas tortas y un poco de calentamiento. Te estábamos esperando. —Miró a Who con malicia—. ¿De verdad creías que ibas a poder engañarme? Lo sé todo, chico. Sé que has estado ahorrando para comprar dos pasaportes, y que uno era para esta zorra. Y también sé que te la has estado tirando a mis espaldas, y eso podría tolerarlo, pero no que te hayas enamorado de ella y que pretendas abandonarme. No puedes dejarme hasta que yo lo decida así, eres mi mayor inversión, picha de oro. Y ahora te voy a dar una lección que no olvidarás la próxima vez que se te pase algo así por la cabeza. Vas a follarte a esta perra delante de nosotros y después la meteré en un burdel para que le saquen hasta las ganas de respirar.

Who tuvo la impresión de que un terremoto sacudía el edificio, que el techo caía

sobre la habitación y que el suelo se abría a sus pies. Después de escuchar las palabras de Chang y de ver cómo Mei le ocultaba la mirada avergonzada, solo tenía en la mente una idea que lo martilleaba. Separarle la cabeza de los hombros a Chang.

Notaba los golpes que recibía por todas partes para que lo soltase, pero no sentía el dolor, era como si golpearan un saco de arena mojada. Tenía la presa, con la cabeza de Chang bien sujeta, y no la dejaba ir, apretando los dientes con una fuerza descontrolada. Quería sacarle los ojos de las órbitas, ver cómo le estallaban. Pisotearlos como las huevas de una serpiente venenosa. Entonces sintió el pinchazo en el costado y vio el rostro del gorila de la puerta que ahora no sonreía solícito y con envidia pero que sostenía un afilado estilete que por suerte no había clavado hasta la empuñadura. Sin embargo, fue suficiente para soltar momentáneamente a Chang, que cayó de rodillas rojo como un tomate y tosiendo porque la tráquea se le había cerrado. Who se abalanzó sobre el tipo del estilete sin pensar y sin conciencia del peligro. No existía nada, ni nadie. Solo su deseo de destruir cuanto se encontraba a su paso. Nadie puede luchar contra esa determinación suicida por mucho dinero que reciba a cambio. Nada puede vencer a la desesperación. Who le arrebató el estilete al mercenario y se lo clavó en el hombro apoyando todo el peso en la empuñadura. El otro lanzó un alarido y se le quedó el brazo colgando inerte. Who arrancó la hoja, se volvió hacia los demás y los retó a atacarlo. No lo hicieron. La victoria era demasiado cara, por ahora. Si quería a la zorra, que se la quedase. No irían muy lejos, sabrían esperarlo para ajustar cuentas. Uno tras otro abandonaron el despacho. Los dos últimos se llevaron al tipo herido. Who sabía que en menos de cinco minutos los hombres de Chang que estaban en el restaurante subirían a por él. Lanzó una mirada animal a Chang, que seguía tumbado en el suelo, con el cuerpo incorporado sobre el codo, vomitando saliva y alcohol. Sin pensarlo, Who le clavó el estilete en la nuca. Con la rabia de todas las ofensas sufridas, de todas las mentiras y todos los engaños padecidos durante aquellos años en que llegó a pensar que podría haber sido su admirado y verdadero padre. Sin compasión.

Arrancó una manta del sofá y cubrió con ella a Mei, que estaba paralizada por el miedo y lo miraba como si no lo conociera. Who no perdió el tiempo con explicaciones.

—Por la escalera de incendios —le dijo, adelantándose y abriendo la ventana.

Habían logrado alejarse de Madrid lo suficiente para sentirse a salvo. El pinchazo tenía mal aspecto. Había que cerrarlo. Pero no podía pensar en eso. No podía pensar en nada. Tuvo que detener el coche en el arcén. Le temblaban las manos, como si hubiera salido de un trance con los nervios desatados. Estaban junto a un campo sembrado, las espigas verdes se alzaban ladeadas hacia el sol y las amapolas se abrían hueco a codazos aquí y allá como lunares de color en la monotonía. El silbido de los

aspersores de riego danzaba lanzando remolinos de agua que salpicaron la carrocería. A lo lejos se escuchaba el ladrido de un perro y se distinguía la silueta de un hombre encorvado sobre una zanja. Más allá solo estaba el cielo. Uno pasa de un instante al siguiente sin pausa, sin poder parar.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó Who a Mei.

Ella dijo que no con un breve movimiento de la cabeza mientras se inclinaba y le levantaba la camisa para examinar el corte. No era grave, dijo aliviada, como si ella fuese experta en heridas. De hecho, lo era. Su mirada era triste, humillada. Eso era lo que más le dolía, la incompreensión de la maldad humana.

—Tenemos que buscar un médico que cure eso.

Ya habría tiempo, dijo Who, abriendo la guantera del coche. Le mostró los flamantes pasaportes y los billetes de avión.

—¿Pekín?

Él la miró como si no entendiera su sorpresa. ¿Adónde si no? Ella contempló su fotografía en el pasaporte falso con una falsa identidad. En realidad, le pareció que no era ella sino otra persona. También era otra la que había pasado meses encerrada en un taller clandestino, la que había estado a punto de ser vendida como una cabra, la que tenía las uñas de Chang clavadas en un pecho. Ninguna de esas mujeres era Mei, lo sentía así, aquellas experiencias no eran suyas, no habían logrado empaparla para borrarla del todo. Alargó la mano y entrelazó sus dedos con los de Who. Iría con él a donde fuera, porque sentía que no había otra cosa que pudiera hacer.

Porque no deseaba nada más que hacerlo.

Entonces empezó a hablar. Despacio, dejando que fueran las palabras las que eligieran la forma que tomaban, sin prohibirles ser dichas. Se lo contó todo, sin dejarse nada. Quién era, de dónde venía, lo que había estado haciendo, lo que había querido hacer. Le habló de Maribel y de Teo, de Eduardo y de Olga. Le explicó que la había dejado encerrada en una caseta porque no sabía qué debía hacer con ella, confiando que la suerte o el azar decidieran por él. Habló tanto que al terminar su boca parecía haber masticado todo el desierto del mundo, tenía la lengua pastosa y los labios agrietados. Y en todo aquel rato no miró a Mei ni una sola vez. Su mirada no se apartaba de las espigas y de las amapolas, del hombre que se movía a lo lejos como una sombra de sí mismo.

Hubo un silencio largo. Necesario.

Al cabo, Mei le tocó la barbilla y le hizo mirarla. Buscaba en los ojos de Who lo que quedaba por decir, lo que no necesitaba ser dicho pero que ella necesitaba comprender. Y lo que vio fue suficiente.

—Tenemos que volver a por ella.

Who dijo que era peligroso volver atrás. Los estarían buscando, tenían que huir, ahora. Alguien la encontraría, escucharía sus gritos. No la había dejado demasiado

lejos de la carretera. No podían arriesgarse.

Mei le acarició la mejilla.

—Tenemos que devolvérsela a la vida, que sea ella la que decida.

El señor Who puso el coche en marcha. Apenas recorrieron doscientos metros.

El impacto de la primera bala hizo saltar en mil pedazos la luneta trasera. Luego vinieron más, como una traca de petardos. El coche dio un giro brusco y se estrelló contra una farola.

—¡Corre! —le ordenó Who a Mei.

Bajó del coche con un cuchillo y echó a correr en dirección opuesta a Mei. Los estaba alejando de ella. Se escucharon gritos, más disparos. Cuando Mei miró atrás, vio al señor Who peleando con los hombres de Chang. Uno de ellos le disparó por la espalda, a quemarropa. El cuerpo del señor Who se catapultó hacia adelante.

Como si pudiera volar.

La noche anterior todavía no había decidido qué hacer con Olga. Miraba la llave del candado de la caseta y no alcanzaba a dar con una solución. Sus pensamientos y sus sentimientos eran contradictorios. Seguía preguntándose por qué había dejado con vida a Eduardo, y la única respuesta que le venía a la cabeza era que no quería matarlo. Y que tampoco deseaba, a pesar de todo, hacerle daño a Olga. Ella le había contado los detalles de su relación con Teo, lo del niño que había perdido, la imposibilidad de tener más hijos. Comprendía el odio que ella había acumulado. Y en lo más profundo de su ser empezó a sentir un creciente desprecio por Teo. Pero otra parte de él le decía que Olga le mentía, que aquel hombre que él recordaba, su padre, no podía haber hecho aquello. Necesitaba recuperar la serenidad.

Se lo contó todo a Maribel. Necesitaba que ella le dijese qué hacer, que le dijese que Olga se lo había inventado todo. O que al menos demostrase que ella lo desconocía. Pero lejos de lo que él esperaba, Maribel no pareció sentirse afectada en lo más mínimo.

Horrorizado, el señor Who descubrió que su madre lo sabía todo. Lo había sabido todo el tiempo. Y no le importaba.

—Tú no lo entiendes. El amor está por encima de todo.

Who enmudeció, mientras trazaba con su mirada un arco en busca de un lugar por el que escapar del desprecio de su madre, de aquella sensación de desamparo absoluto que le iba creciendo desde las entrañas.

—Olga era una niña, apenas. ¡Se enamoró del amante de su madre! Teo se acostaba con las dos, la sedujo porque tenía casi treinta años más que ella, la dejó embarazada y se desentendió de ella y de su verdadero hijo. Y mientras tanto jugaba con nosotros al juego de la familia feliz. No lo entiendo —dijo sacudiendo la cabeza, que iba a estallarle—. No entiendo cómo puedes perdonar algo así: me fue a buscar a

China porque no podías tener hijos, aunque para él nunca fui más que una mascota para tenerte contenta, y luego tiene un hijo de su carne y se olvida de él como si fuese una carroña molesta. ¿Y tú me exiges que sacrifique mi vida para vengarlo? ¿Es que no te importa nada lo que pueda pasarme, Maribel?

Maribel estaba enfurecida. Golpeaba con virulencia su silla de ruedas. Le mostró la bolsa de la sonda con el contenido de pis.

—Me hicieron esto, ¿comprendes? Ellos, Eduardo y esa zorra buscona, me encadenaron para siempre a esta jodida bolsa. Ellos mataron al hombre que yo amaba. Y aquella bala que me partió la espalda te hubiera matado a ti si yo no me hubiera interpuesto en su trayectoria. —Lo miró con una incomprensión que alcanzaba los límites de la demencia y negó con absoluto desprecio—. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá te hubiese matado a ti.

Who permaneció silencioso un buen rato antes de responderle.

—Me marchó, Maribel. No puedo seguir aquí. No lo haré, no voy a matar a Eduardo, y tampoco a Olga. Ellos, en el fondo, son tan víctimas como yo, y como tú.

Maribel gritó y lo maldijo. Pero él no la escuchaba, su voz se volvía inaudible mientras salía de casa.

Lo último que oyó que salía de su boca fue la palabra «cobarde».

Capítulo 26

Guzmán se restregó los ojos con la punta de los dedos. La noche había sido larga y no había podido dormir. Dejó el periódico de la mañana en el asiento contiguo y se miró los dedos, todavía con restos de tierra húmeda bajo las uñas. El jabón no las había limpiado por completo. Alzó la cabeza y observó las pistas a través del gran escaparate de la terminal. El *finger* se estaba ensamblando con su avión. En el letrero luminoso anunciaban la salida de su vuelo, pero no tenía prisa. Podía esperar sentado a que embarcaran primero las familias con niños, luego los pasajeros con vuelo preferente. No eran muchos, apenas dos docenas. América era un continente que seguía estando lejos pese a los esfuerzos de Colón. Se dijo que en unos minutos todo habría terminado. No era cuestión de ponerse nervioso y estropearlo todo en el último minuto. Las grandes cosas se acaban malogrando por un detalle insignificante: ponerse nervioso al mostrar la documentación en el *check-in*, responder a la mirada aparentemente desafiante del guardia de seguridad en el arco detector, pensar demasiado. Lo mejor es actuar con naturalidad. Aunque acabes de matar a un hombre y te acusen de otros dos asesinatos. Nada de sonreír a las azafatas ni de dar demasiadas explicaciones sobre el equipaje. Un hombre de negocios cansado por una larga noche, atribulado por serias responsabilidades. Eso parecía. Excepto por la tierra en las uñas.

Metió las manos en los bolsillos y cerró los ojos, preguntándose qué estaría haciendo en aquel momento el argelino de la cara marcada. Si habría cumplido con su palabra o se habría desdicho tan pronto se había librado de él. Algo le decía que era de fiar. Esa extraña clase de hombre con principios que de vez en cuando uno encontraba en las cloacas. Sus principios, por supuesto.

Después de dispararle a Ian en la cabeza estuvo mucho tiempo contemplando la mancha espesa que se iba formando a su alrededor. Con la cara ladeada y los ojos abiertos parecía un herbívoro abrevando de su propia sangre pendiente de los depredadores. No entendía por qué seguía allí mirándolo. Ya había visto lo que había que ver y escuchado lo que necesitaba escuchar. Pero continuaba observando ensimismado el avance lento y pegajoso de aquella mancha. Se preguntaba por qué lo había matado sin verdadera necesidad. Lo que sentía no era culpa, sino perplejidad ante su reacción. «Estás perdiendo el control. Todo esto por una mujer que no conoces, alguien a quien no le importarías nada fuera de aquí», le recriminó el Bosco una noche, poco antes de Atacama, cuando Guzmán le confesó que la mirada de Candela lo estaba venciendo por amor. Tal vez su mentor tenía razón, y la tendría ahora: Candela no lo amaba, solo lo temía y se aferraba a la esperanza de un sentimiento que pudiera sacarla de los calabozos de la DINA. La viuda de Olsen lo

hubiera despreciado en cualquier otra circunstancia, pero no le quedó más remedio que confiar en él. «No te pasará nada», le había prometido Guzmán, y ella lo había creído porque era lo único que podía hacer. Y estaba muerta. Las dos estaban muertas.

Anotó mentalmente las últimas palabras de Ian Mackenzie y salió de la estancia cerrando por fuera y dejando la llave en el pomo. A media escalera encontró a Gloria sentada en un escalón. Tenía la cabeza apoyada en la pared y se mecía abrazada con los puños dentro de la chaqueta de punto. A juzgar por su rostro, había perdido el juicio, estaba como ida.

—Quiero ver a Arthur muerto. Te pagaré el doble, el triple de lo que te haya pagado él —dijo en un murmullo casi inaudible.

—Eso no es posible ya, Gloria. Mi trabajo se acabó.

Ella alzó la cabeza y lo miró desde abajo. Tenía los ojos y la nariz enrojecidos. Debía de haber escuchado los disparos y los gritos de agonía de su esposo. Había estado todo el tiempo detrás de la puerta y no había hecho nada por impedirlo, fuera de arañarse las manos hasta hacer sangrar la piel.

—Te daré lo que quieras. Tú no sabes lo que es perder a un hijo. No importa lo que haya hecho o lo que haya sido. Era mío.

Guzmán meneó la cabeza. Se sentó a su lado y la miró con algo que si no era aprecio, se acercaba a la comprensión.

—Deberías haberme contratado a mí, y no a ese pintor marica. Ahora tienes dos cadáveres, uno en tu cabeza, el otro en esa habitación, y un retrato malogrado. En mi opinión, lo tienes jodido; muy jodido para superar esto.

Apartó un pelo de su cara sudorosa y pálida y le besó la frente.

—Ya es demasiado tarde, Gloria.

Llamó por teléfono a Arthur para avisarlo de la dirección donde debían encontrarse, pero este no cogió el teléfono. Le dejó un mensaje de voz con las señas y lo citó para la hora siguiente. Imaginó su cara, adelantó las palabras que iba a escuchar, los gestos anhelantes, la dependencia absoluta de lo que pudiera decirle o hacer. Ahora, Guzmán sentía verdadera curiosidad por encontrar a Aroha, por verla al fin de cerca.

El lugar no estaba lejos. Apenas a veinte minutos en coche desde Madrid tomando la Nacional v dirección a Badajoz. Todo el tiempo había estado allí, a tiro de piedra, a tocar de sus dedos. Y sin embargo, a una distancia imposible de cubrir.

—Cuando la metí en el maletero respiraba. Estaba muy colocada y tenía unas heridas bastante feas. Pero estaba viva —le había dicho Ian.

A la derecha había un módulo prefabricado dentro de un aparcamiento de caravanas abandonadas. Eran viejas y estaban oxidadas, los remolques con las

matrículas y la pintura descolorida, los neumáticos desinflados. Debajo de las carcasas dormitaban los gatos y entre la hierba alta ya casi no se veía el cartel que ponía «SOLAR EN VENTA». La valla metálica del recinto estaba llena de agujeros y había cedido en muchas partes. A la izquierda se extendía una pradera de cardos con una cancha de cemento que tenía las marcas de un campo de baloncesto descoloridas. Solo se conservaba uno de los aros clavado a un panel de madera roto que servía de puesto avizor para un jilguero. Más lejos se veía el techo semiderruido de una caseta sin ventanas y sin puertas que había sido el vestuario.

La carretera Nacional discurría a menos de cien metros. Los coches pasaban a toda velocidad, sin detenerse. Durante cuatro años, día y noche, a todas horas, sin que nadie sospechase lo que escondía aquel lugar. Guzmán bajó del coche, se apoyó en el capó y encendió el último cigarrillo de su marca preferida. Arrojó la cajetilla vacía a sus pies y trató de identificar el lugar donde Ian Mackenzie había sacado del maletero a Aroha.

—No tenía intención de hacerle daño. Pretendía alejarla del lugar donde Ian la mantenía escondida y drogada a todas horas. Era un lugar infecto, mucho peor que cualquier otra cosa que puedas imaginar. No quería que la policía pudiera encontrarla en aquellas condiciones. Eso habría supuesto el final para mi hijo.

Guzmán tenía mucha imaginación. Y en cuestión de lugares infectos creía saberlo todo. Debería haber llevado a Ian a una excursión por los calabozos de la DINA, o a los sótanos de la Dirección General de la Policía en España unos años atrás.

Trató de imaginar la secuencia de los hechos. Debía de ser de noche. Cuatro años atrás, aquel lugar presentaba cierta actividad durante el día, la tienda de compraventa de caravanas aún no había quebrado y la zona polideportiva estaría ocupada por chicos que llegaban a la cancha de baloncesto con un microbús desde la urbanización cercana. Ian se aseguraría de que no había nadie alrededor antes de abrir el maletero. Aroha estaría aturdida por las drogas, tal vez, pero no tanto como para no darse cuenta de que algo iba mal. Seguramente gritó y pateó, intentando escaparse de aquel desconocido.

Y entonces, Ian Mackenzie la golpeó en la cabeza con la pala.

—Lo único que quería era aturdira, hacerla callar para que no llamase la atención. —Mentía. Desde el primer momento había tenido en la mente la idea de matarla y de enterrar el cuerpo en algún lugar donde nadie pudiera encontrarlo. El único empeño de Ian era borrar cualquier huella que pudiera relacionar a su familia con el club de cinéfilos. Esa era la única razón por la que llevó a Aroha a un lugar tan apartado. Para asesinarla.

Guzmán miró la hora en su reloj de pulsera. Arthur se atrasaba. Tal vez era mejor que así fuera. Recorrió la distancia sorteando cagadas de perro, condones usados y excrementos humanos secos, hojas de diarios atrasados amarillentas con restos de

heces, jeringuillas, el cadáver sin ojos de un gato muerto con el cráneo liso y los dientes afilados. Los dientes son lo último que pierde un cadáver; son demasiado duros para los gusanos. Una bandada de tórtolas levantó el vuelo alborotadamente dejando un reguero de plumas sobre el techo derruido de la casa. Desde el exterior se adivinaba un colchón viejo en una esquina, cartones de zumos y un carro de supermercado lleno de chatarra robada. Había restos de comida, pero no se veía a nadie. Tal vez quien vivía allí se había escondido al oírlo. Quizá solo regresaba por las noches a dormir.

Entonces escuchó el sonido de un motor a su espalda. Se volvió pensando que por fin había llegado Arthur, pero el coche que estacionó junto al suyo era de otra persona. Durante unos segundos, la silueta del conductor permaneció oculta en su interior con el motor en marcha. Lo estaba observando.

Ibrahim paró el contacto y examinó con desconfianza la silueta que caminaba hacia la caseta.

—Quédate aquí —le dijo a Andrea, abriendo la puerta.

—¿Quién es? —le preguntó ella a mitad de un suspiro que se truncó en gemido.

—Guzmán. El hombre que ha contratado —debería conjugar el tiempo pasado— tu esposo para encontrar a Aroha.

Andrea se mordió el labio.

—Entonces, es verdad... Ella está aquí.

Ibrahim respiró con fuerza. Contrajo y tensó todo el cuerpo. Todavía conservaba la ínfima esperanza de que no fuera así. La última vez que la vieron fue en este lugar. Estaba viva, le había asegurado el Armenio. Eso significaba que nadie la había visto muerta.

—No lo sé; volveré enseguida.

Todavía no le había dicho que la policía había encontrado el cuerpo de su esposo en la sierra terriblemente mutilado. No sabía cómo decírselo. Una cosa era aceptar la idea teórica de una muerte, asumirla como algo lejano, otra muy distinta era ver las consecuencias reales y concretas de una decisión tomada desde la distancia. Tampoco le había dicho a Andrea que le había ocultado al Armenio una información que tal vez podría haber salvado la vida de Arthur: no le había mencionado las fotografías que Ordóñez les había mostrado en el café antes de verse con su amigo el juez; fotografías que demostraban que Ian había secuestrado a la chiquilla y que de no ser porque Arthur los había atropellado, probablemente habría corrido la misma suerte que Aroha. Por paradójico que pudiera resultar, probablemente aquella muerte accidental le había ahorrado muchísimo sufrimiento a la hija del Armenio. Pensar en ello era una forma de engaño, y lo sabía. Pero la mente del Armenio era un laberinto donde la lógica y el sentido común se perdían. Aquel detalle tal vez le habría hecho ser más clemente. Ibrahim desconocía si Arthur se lo había dicho, si había apelado a

su compasión mientras le arrancaba la piel a tiras. En cualquier caso, si lo había hecho, no le había servido de nada.

Ibrahim caminaba hacia Guzmán despacio, consciente de que pisaba un campo plagado de minas. Quizá el mercenario ya sabía lo que le había ocurrido a Arthur, probablemente no le importase, pero desconocía su grado de lealtad, lo que podía hacer. Apenas lo había visto un par de veces, pero sabía reconocer a los hombres peligrosos de verdad, y Guzmán lo era. De modo que avanzaba con cautela, preparándose para pelear. Había llovido y la tierra rezumaba un barro sucio que le aplomaba la suela de los zapatos. No sigas avanzando, le decían sus pies. Pero su voluntad los obligaba a dar un paso tras otro.

Guzmán tenía el rostro enrojecido, sin afeitarse. Hubiera sido normal en alguien que viajaba en turista, dispuesto a soportar las turbulencias del avión en cola. Pero con asiento de primera junto a la puerta de cabina, su aspecto resultaba llamativo.

—¿Se encuentra bien, señor? —La azafata era guapa, con porte de modelo que había fracasado antes de alcanzar el último peldaño de la pasarela. Nada que ver con las chicas *low cost*.

«Lo que yo necesito, tú no puedes dármelo», pensó Guzmán, con una sonrisa que pretendía alejarla.

—Estoy bien, gracias. Volar me pone un poco nervioso.

—Tranquilo, señor. Despegaremos en unos minutos y verá como tenemos un vuelo plácido. —Cuando una chica guapa te consuela, eres propenso a creer sus mentiras.

Miró por la ventanilla. Los operarios de tierra estaban cargando las últimas maletas en la cinta de la bodega. Se escuchaba el rotor de los motores calentando. Lucía un día perfecto, despejado y sin nubes. Se preguntó hacia dónde se dirigiría Ibrahim, qué harían él y Andrea cuando el médico forense confirmara que los restos encontrados pertenecían (qué palabra) a Aroha. Contempló sus uñas. La habían tocado, un fémur amarillento entre los restos descompuestos de la ropa apelmazada. Era la primera vez en su vida que lamentaba tocar un hueso humano.

Observó desde lejos acercarse a Ibrahim. Tenía una consistencia ligera y al mismo tiempo firme, «un guerrero de los de antes —pensó—. Un hombre sin dueño». Trató de recordar cuántas veces lo había visto cerca de Arthur, danzando a su alrededor como una sombra discreta. Dos, tal vez tres veces. Nunca habían intercambiado más que unas palabras monocordes, saludos llenos de desconfianza mutua. No; no era desconfianza, sino más bien prevención. Dos perros que se olían el culo con el lomo erizado y preferían mantenerse alejados el uno del otro, cada uno en su lado de la acera levantando la pata.

—¿Te envía Arthur?

Ibrahim se detuvo a escasos metros. De cerca era mucho más temible, pensó Guzmán. Se preguntó cuánto tiempo le habría llevado doblegar a alguien como él en la sala de interrogatorios. «Este es un hueso duro de roer», habría dicho el Bosco. Esa clase de tipos que apretaban los dientes mientras la corriente chisporroteaba en sus pelotas sin dejar escapar un gemido, los mismos que te miraban a los ojos y te desnudaban con la mirada: «a mí no puedes engañarme».

—Arthur no va a venir. Ni ahora ni nunca. Está muerto.

Guzmán encajó la noticia como un buen fajador. Apenas un leve parpadeo y un apretón de la mandíbula. La noticia solo lo sorprendió en parte. Pero a estas alturas eso no le importaba ya demasiado. Tenía el dinero en el coche, suficiente para retirarse de aquellas mierdas de encargos.

—No deberías estar aquí —añadió Ibrahim, como si quisiera decirle que aquella historia solo les pertenecía a ellos, a Ibrahim y a la mujer que, desoyendo su consejo, se había bajado del coche y los observaba tras la portezuela abierta.

Guzmán echó un vistazo.

—¿Es su mujer? ¿Le has dicho que la chica está enterrada aquí?

Ibrahim echó la cabeza atrás y la preocupación se dibujó en su rostro.

—No es seguro que esté muerta.

Guzmán se encogió de hombros. Observó la cicatriz de Ibrahim, los puntos de hilo de sutura mal cosidos que le habían dejado aquel rastro desafortunado. Debió de pasar meses sin poder hablar apenas ni poder comer algo sólido antes de que cicatrizara.

—Que Dios exista no es seguro, que mi nuevo implante de pene no funcione no es seguro. Pero tú y yo sabemos que si hay una certeza, aquí y ahora, es que debajo de nuestros pies pululan los millones de gusanos que se comieron el cadáver de esa cría. La pregunta es: ¿vale la pena firmar el certificado? ¿Necesitamos desenterrarla y ver con nuestros ojos lo que ya sabemos? O tal vez sea mejor que vuelvas al coche y le digas a su madre que no has encontrado nada, que su hija no está aquí y alimentar un poco más la esperanza de que pueda estar en cualquier otra parte.

Ibrahim contempló la caseta en ruinas y miró bajo sus pies como si cobrara forma real la imagen de un millón de gusanos retorciéndose a pocos centímetros por debajo de la tierra.

—Esto ya no es asunto tuyo. Has cobrado tu dinero y la policía te está buscando. No entiendo por qué sigues aquí. Deberías largarte.

Guzmán tampoco lo entendía. Empezaba a anochecer y a primera hora su avión despegaría con o sin él. Lo más prudente habría sido esconderse en cualquier hotel de carretera y esperar la hora. Llegar al aeropuerto con el tiempo justo, pasar los controles y subir a ese avión sin exponerse más de lo necesario. Pero estaba allí, buscando todavía algo que no sabía qué era.

—No me gusta dejar las cosas a medias. —Tal vez no era eso lo que estaba pensando, ni lo que Ibrahim esperaba escuchar. Pero fue lo que dijo.

Ibrahim escrutó su rostro sin comprenderlo, escarbando en algún tipo de motivación que no acertaba a ver, temiendo alguna trampa. Conocía a los tipos como Guzmán. Los había por todas partes y en todos los tiempos. Hablaban todas las lenguas. Los torturadores eran idénticos unos a otros. Capaces de cortarles la cara a un chiquillo con un machete. Pero nunca los había imaginado dispuestos a poner su pellejo en peligro para encontrar el cuerpo enterrado de una chiquilla.

—Tengo una pala en el coche. Iré a por ella —añadió Guzmán, leyéndole el pensamiento—. Acabemos con esto de una vez.

El tiempo tiene magnitudes distintas. Eso se le ocurrió pensar cuando el avión por fin enfiló hacia la pista de despegue. Él estaba allí, en un cómodo asiento con el cinturón puesto, viendo pasar todavía despacio las edificaciones del aeropuerto, los hangares, la torre de control, los otros aviones estacionados en batería como en un centro comercial; y al mismo tiempo continuaba viendo la tierra revuelta que se iba amontonando a un lado del agujero a medida que este se hacía más profundo. Y otra parte de él continuaba viendo el firmamento de Atacama, buscando estrellas mientras sus testículos se fundían con el calor de un soplete. Estaba sentado en una piedra frente a un charco de una calle sin asfaltar contemplando el amerizaje de una cometa, preguntándose por qué nunca lograba elevarla por encima de las antenas y las coladas de las azoteas de Santiago de Chile. Estaba besando en la boca a una mujer con nombre de fuego pequeño, Candela. Estaba vivo y estaba muerto. Y todo eso ocurría aquí, ahora, al mismo tiempo.

—¿Quién te hizo eso en la cara?

Cavaban por turnos. Ahora era el de Ibrahim. Se había quitado la camisa y el torso le sudaba mezclándose con el barro. Cavaba concentrado en lo que hacía.

—La vida —dijo sin soltar la pala.

Andrea estaba a unos pasos detrás de ellos. No había habido manera de convencerla de que se quedara en el coche. Quería estar allí, verlo con sus propios ojos. Ibrahim la miró de reojo. A través del sudor que le colgaba de las cejas, Guzmán descubrió una mirada vieja que él también había tenido una vez.

—La vida —murmuró, repitiendo las palabras de Ibrahim, mientras se acariciaba la piel inútil de su mano atrofiada. La vida, que tenía nombre de mujer—. Déjame, continuaré yo —dijo tomando el relevo en la zanja.

En el aire no existen planes. Todo queda suspendido. Las nubes que se superponen en capas de distinta densidad ayudan a esa idea negligente de que todo es posible y nada importante. Guzmán sentía que las cosas más pesadas perdían

consistencia cuando surfeaba entre las nubes. Lejos del suelo, apartado de la tierra húmeda y de las lombrices que se retorcían partidas en dos por un golpe de pala. Difícilmente podía encontrarse un fémur entre las nubes a diez mil metros de altura.

La azafata guapa les acababa de anunciar que habían alcanzado la velocidad y la altura de crucero. Él le agradeció la información, pero se quedó con ganas de suplicarle que volaran más alto y más rápido.

La pala tocó algo sólido y firmemente arraigado a la tierra. Guzmán se puso de rodillas y escarbó con cuidado, como si fuera un zapador o un paleontólogo a punto de descubrir un fósil antiquísimo. Apartó una tras otra las capas de tierra con las manos desnudas hasta descubrir la porción amarillenta y sólida de un hueso. Entendía de anatomía, conceptos básicos que había adquirido con la experiencia. El fémur es el hueso más largo y resistente del cuerpo humano, y en el caso de las mujeres presenta una angulación más pronunciada que en el de los hombres para adaptarse mejor a la pelvis femenina.

Ibrahim bajó a la zanja y se puso a escarbar también. Poco a poco fueron emergiendo los restos de lo que una vez había sido Aroha Fernández. Inevitablemente, a medida que iban descubriendo los restos entre la ropa acartonada, Guzmán pensaba en el esqueleto del gato con el que había tropezado a pocos metros. La caja torácica con solo una parte de las costillas, los metacarpianos, una tibia, el cráneo con la mandíbula inferior desprendida y llena de tierra negra. No somos nada cuando desaparece lo que nos construye, los órganos. Sin pensamientos, sin emociones. Únicamente un disfraz tétrico. El vestigio mudo de algo que fue y ya no era. Le extrañaba la necesidad de los seres humanos de venerar huesos, las tumbas, los cementerios, las religiones. Cuando allí estaba la prueba fehaciente de la única verdad que había leído en la Biblia. Polvo somos. Al polvo volvemos. Quizá era ese el motivo por el que jamás visitaba a sus muertos. Porque no estaban allí.

—Será mejor que no toquemos nada más. Tendrá que venir el médico forense para certificar la identidad —dijo Ibrahim, secándose el sudor mezclado con polvo de la cara.

Guzmán contempló las cavidades oscuras de las cuencas oculares. Donde antes hubo ojos, ahora había montículos de tierra grumosa. ¿Qué certificación necesitaba? ¿Quién podía ser, sino Aroha? En cualquier caso, su misión estaba cumplida. La había encontrado.

—¿Qué pasará ahora? —le preguntó al aire, contemplando las bandadas de pájaros (¿eran golondrinas?) que revoloteaban locamente dándose un banquete con los insectos del crepúsculo.

Ibrahim se encogió de hombros, mirando los restos del vestido de Aroha.

—La policía querrá saber cómo hemos encontrado el cadáver. Harán preguntas e

inevitablemente tu nombre saldrá a colación. Deberías marcharte, ahora. Les mentiré para que ganes unas horas. Pero irán a por ti.

Andrea se había acercado al borde del agujero. Miraba al abismo y el abismo la miraba a ella, ambas oscuridades establecían un diálogo mudo. Los dos hombres se incorporaron y la dejaron en la intimidad de aquella mirada que se iba perdiendo sin palabras entre los restos de su hija.

Imaginó los restos de Aroha, ya limpios, lavados, sin restos de tierra ni de ropa, recomponiendo el esqueleto sobre la superficie metálica y brillante de una camilla en la morgue. Un puzzle recompuesto metódicamente por los forenses, aquí una rótula, allá una falange. Quedaría la ropa en una bolsa de pruebas y los adornos que llevaba en el momento de ser enterrada, unos pendientes de oro con una perla, un collar de cuencas de olivina, un anillo de plata. Cuando todo terminase, le devolverían esas pertenencias a Andrea para que las conservara o las enterrase con los restos que el carbono y las pruebas de ADN certificaban, con un noventa y seis por ciento de probabilidad, que pertenecían a Aroha Fernández. En el informe no escribirían que era Aroha, reconocían al menos que aquellos huesos no eran ella, solo que le habían pertenecido. Algo que ella había tenido desde el nacimiento, que había crecido debajo de su piel año tras año y que aún debería haber seguido creciendo en volumen y medida durante unos cuantos años más. El esqueleto es algo que nos pertenece, efectivamente. Algo que ni siquiera los gusanos que nacen en nuestro interior, de nuestra propia putrefacción, pueden robarnos. Queda aquí, testigo de nuestras luchas durante cientos, miles de años.

Un noventa y seis por ciento de posibilidades. Eran muchas, pero no eran todas. Como si la ciencia quisiera dejar una ínfima posibilidad a la quimera. Si quiere creer, crea. Allá usted, decía el informe.

«Demasiados muertos», pensó Guzmán. Pensaba en su vida cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto de Buenos Aires. Oyó aplausos detrás de la cortina. Ya estamos aquí, sanos y a salvo. Alivio general. El tipo trascendente del asiento contiguo también aplaudía, como un niño, aunque él dijo que se hubiera quedado a vivir *allá arriba*. Se dicen muchas cosas por decir en un momento de euforia. Pero luego se quiere volver a la mediocridad. Es más seguro tener los pies en el suelo. Ser uno más entre tantos.

Estaba lloviendo y el personal de tierra trajinaba bajo capellinas fluorescentes. Las luces de posición, azules y amarillas, emitían destellos que se distorsionaban. Ahí fuera debía de hacer frío.

La guapa azafata del kepí ladeado se había recompuesto el peinado, el maquillaje, el pañuelo fular. Estaba lista para revista, fresca como una rosa. Se acercó a él con

una sonrisa de anuncio, tranquilizadora. Pero le temblaba la comisura de los labios. No era buena actriz.

—Disculpe, señor. Parece que hay un pequeño inconveniente con su documentación. Deberá esperar a que desembarque el resto de pasajeros. Hay unos señores del Gobierno que quieren hacer unas comprobaciones. Nada serio, una rutina fastidiosa pero obligatoria.

Guzmán sonrió, más que nada para aliviarle la tensión a la pobre muchacha. No deberían obligarlas a hacer estas cosas. Dar malas noticias, mantener la calma cuando el avión va a estrellarse, exigirles que además de las piernas y los dientes muestren un coraje de folletín fuera de toda lógica.

—Entiendo.

Los señores del Gobierno eran agentes de la policía federal. Traían una orden de la Interpol para detenerlo. No necesitaba ver sus credenciales, pese a que les exigió que se las mostraran. «La democracia es un gran invento», pensó con sorna: incluso los tipos como él tenían derechos y podían exigir a la policía que se identificase sin que le partieran la boca, como sin duda habría pasado en los tiempos de la Junta Militar.

—Gracias por volar con nosotros, señor. Esperamos verle pronto de nuevo a bordo —le dijo cuando pasó por delante de ella con las manos esposadas y custodiado por los dos agentes.

El mundo era una risa. Y era mejor tomarlo tal cual.

Mientras esperaban a pie de la terminal la llegada del coche de la policía, uno de los agentes encendió un cigarrillo. La marca preferida de Guzmán.

—Disculpe, ¿no me invitaría a fumar?

Epílogo

El periódico de aquella mañana del 12 de junio del 2005 estaba doblado en una esquina de la mesa. Encima de la portada, Martina había dejado una taza de una infusión a medias (olía a manzanilla). Después de todo, el juez se había liado la manta a la cabeza y había entrado a cuchillo: venía en todos los medios de comunicación. Habían caído en cascada empresarios, banqueros, un par de jefes de la policía y al menos un deportista de élite. Se esperaban detenciones todavía más sonadas. El llamado sensacionalistamente «caso del Club del cine» iba a convertirse en el culebrón del verano.

Martina tenía el rostro ojeroso y había adelgazado, pero su mirada era lúcida. Aquella vez no había abierto su libreta de anotaciones, la mantenía delante de ella, cerrada con ambas manos sobre las tapas, como forzándose a no caer en la tentación de abrirla.

—Supongo que te debo una disculpa.

Eduardo la miró sin decir nada. Tal vez ella esperaba que él la impidiera seguir hablando, pero el silencio la obligó a continuar.

—Who me robó el expediente con tus datos. Tardé un poco en darme cuenta, y cuando lo descubrí, no fui capaz de avisarte. Me resultaba tan embarazoso que no pude vencer la vergüenza. Me van a abrir un expediente por negligencia, aunque eso no es lo peor. Lo peor es que ahora todo el mundo sabe que me acuesto con hombres a los que pago.

—No creo que eso sea de la incumbencia de nadie, más que tuya —dijo Eduardo. Lo pensaba sinceramente. Nadie tiene derecho a juzgar los modos de conjugar la soledad de los demás.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó la doctora.

Eduardo no lo sabía. Se sentía vacío, más vacío que nunca, la parte más insignificante de una historia en la que unos y otros se habían servido de su dolor para cauterizar sus propias heridas. Cuando todo aquel torbellino cesara, cuando se acallase el ruido, él seguiría sentado a los pies de su cama, escuchando los discos de su padre, mirando por la ventana de su apartamento el parque infantil de enfrente, sin nada con que llenar las horas de ausencia.

—Quizá vuelva a pintar. Cosas que me interesan, rostros de gente anónima, sensaciones que flotan en el paisaje... O puede que me quede encerrado en casa. No lo sé, la verdad.

—¿Y qué hay de la propuesta de tu casera? Si no recuerdo mal, te invitó a marcharte de Madrid con ella y con su hija... Tal vez en otra parte sea más fácil empezar de nuevo.

Eduardo advirtió la tentativa de los dedos de la doctora de salvar la distancia entre

ellos y tocar su mano. Consolarlo. Apartó la mano recogéndola bajo sus brazos cruzados, negando aquella opción.

—Esa opción ya no es posible. —En realidad, no lo había sido nunca.

Eduardo alzó la cabeza. Ayer era hoy. Las diez y treinta y cinco minutos. Sus esperanzas habían partido hacía una hora y treinta y cinco minutos. El tiempo atravesaba su mente y se evaporaba en los poros de su piel. Las había escuchado salir del apartamento, dejar las maletas, echar la llave. Sara parloteaba excitada con la idea del viaje. Graciela no decía nada. Probablemente, miraba la puerta de Eduardo esperando verlo aparecer con un macuto de viaje y una sonrisa de confianza en la boca. Pero ni siquiera tuvo el valor de salir a despedirse. Se quedó detrás de la puerta y las vio bajar la escalera a través de la mirilla. Hasta que se hizo el silencio.

—¿Te importa que fume?

Martina no le puso peros. Abrió el cajón superior de su escritorio y sacó dos cigarrillos de una pitillera. Le ofreció uno y encendió el suyo, contemplando la pavesa.

—Voy a darte el alta. No tiene sentido que sigas viniendo cada mes.

De repente, Eduardo tuvo la perentoria necesidad de seguir sentado allí junto a ella. Martina era lo único real que le quedaba, ella y los discos de su padre. Se dio cuenta, con angustia, de que fuera de aquel despacho nada ni nadie lo necesitaba ya.

—Sigo teniendo las pesadillas, aunque más espaciadas.

Martina se alisó el pelo y dejó caer la ceniza en un cenicero lleno de clips.

—Eso está bien —dijo distraendo la mirada con lo que veía tras la ventana.

«Ya no eres mi problema», quiso decir.

—¿Qué crees que significa?

—¿Perdona?

—Que ya no tenga tantas pesadillas. Tal vez tu teoría del perdón funciona. Puede que Who me haya librado de esa carga inconsciente, ¿no crees?

No. Claro que no lo creía.

—Es posible. En cualquier caso, ya se ha terminado todo. —Martina volvió la cabeza lentamente y consultó la hora en el reloj de la pared. Miró luego alrededor, incómoda, como si buscara a otra persona. Algo la distraía.

—¿Tienes otro paciente?

Martina respiró aliviada.

—Eso es, exactamente. Lo siento. Voy con el tiempo justo.

—Entiendo.

Se despidieron con un apretón de manos lacio y repelente. «Después de todo este tiempo juntos», pensó estúpidamente Eduardo. Así se acaban las cosas.

«Bebes demasiado, últimamente».

Escuchaba la voz de Elena mientras le marcaba al camarero, con el dedo en el vaso, hasta dónde llegar con el Glencadam.

—Es suficiente.

—Es más que suficiente —le aclaró el camarero con una sonrisa maliciosa.

Dio el primer sorbo sintiendo en la cara el agradable calor del sol que remontaba por encima de los edificios. Al dejar el vaso en la mesa de la terraza escuchó la voz de niños correteando, contempló a los vendedores ambulantes de globos y chucherías y a los mimos disfrazados que llamaban con sus gesticulaciones mudas la atención de un grupo de turistas en el centro de la plaza. Un hermoso día de junio. Su mirada se quedó atrapada en las dos sillas vacías de su mesa. Vio a Tania hurgando malhumorada en las patatas bravas con el tenedor de plástico, soplando en la caña y haciendo burbujas en la coca-cola. Pensaría mil cosas, cosas de preadolescentes que él no entendía. En la otra silla Elena echaba la cabeza atrás y cerraba los ojos debajo de sus gafas de sol oscuras. Le encantaba tomar el sol, le relajaba el rostro, la ponía feliz. Tal vez harían el amor al regresar a casa, después del vermú. El verano la excitaba, los colores, la vitalidad, el calor.

La felicidad era eso. Pequeños momentos donde se decidían las grandes cosas. Una cerveza, una plaza.

Sonó el teléfono en su bolsillo. Olga. Había un mensaje en el contestador.

«¿No vas a perdonarme?».

Borró el mensaje. Fue a guardar el teléfono, pero lo pensó mejor: borró el número de Olga. Para siempre. El mejor perdón, el único que podía concederse, era el olvido.

Necesitaba caminar. Se puso en pie y por un momento pareció que la rodilla iba a ceder bajo el peso de su cuerpo y derrumbarse. El camarero que le había servido lo observaba desde la puerta. Sonreía. Los borrachos hacen sonreír antes de convertirse en una molestia. Pero él no estaba borracho. Solo lisiado. Y quería olvidar. Atravesó la plaza desoyendo las punzadas de la rodilla. Notó una gota de sudor que le descendía por la espalda hasta la rabadilla. Empezaba a ser demasiado consciente de sí mismo. Tenía que encontrar una farmacia y canjear las recetas que guardaba en el bolsillo.

Un pintor ambulante mostraba en hilera sus cuadros. No eran malos, tampoco buenos, pensó Eduardo, lanzándoles una mirada de paso, sin detenerse.

—¿Quieres un retrato, amigo?

No quería ningún retrato. Pero le dejó en la mano el último billete arrugado y sucio que le quedaba. Tenía suerte, aquel pintor.

—Hay que estar atento a los cruces de caminos, es fácil perderse.

El pintor de la boina se rascó la frente con la punta de un pincel.

—¿Y eso significa algo?

Eduardo se encogió de hombros.

—Significa que la vida puede tomar extraños derroteros y que...

No encontraba las palabras para terminar la frase. Estaban allí, dispuestas. Pero de repente se evaporaron, y su mente se llenó de una vibración que se llevó por delante cualquier otra cosa que no fuera un dolor intenso y muy agudo que le recorrió la espalda. Apenas duró una fracción de segundo, pero fue como si se abriera una puerta y todo penetrase en él al mismo tiempo: la mirada desorbitada del pintor, sus cuadros mediocres, el sonido de la ciudad, los pasos de la gente, el ruido del tráfico, el aleteo de las palomas.

Y después, esa puerta se cerró con la misma rapidez con que se había abierto y dejó de sentir nada, excepto un intenso frío.

Al otro lado del horizonte, Sara contemplaba la puesta de sol. El remanso de las olas hundía sus pies descalzos en la arena y se retiraba. A pocos metros, su madre paseaba por la orilla abrazada a la cintura de un hombre. Le caía bien, no hacía preguntas estúpidas, era amable con su madre y olía de modo agradable.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a su gato de plástico.

El gato le cogía la mano con su brazo rígido. Sus ojos de juguete reflejaban la pequeña isla, un peñasco donde anidaban las gaviotas, que se adentraba unos metros en el mar calmo.

—Opino lo mismo que tú —respondió el gato, sin mover los bigotes.

—Él no es Eduardo.

—Exactamente —corroboró el gato.

Sara buscó una rama seca entre los despojos que arrojaba la marea. Con la punta escribió en la orilla, con grandes letras, como si esperase que alguien pudiera leer el mensaje desde el cielo: «E-D-U-A-R-D-O».

—¿Crees que podrá verlo?

El gato no se encogió de hombros. Solo era un juguete sin articular.

—Quién sabe.

Una ola más impetuosa que las demás alargó su lengua de espuma y lamió las letras, borrándolas.

Sara se entristeció.

—Solo es un nombre —la tranquilizó el gato.

Sara dejó el juguete en el suelo. Retrocedió tres pasos y volvió a escribirlo más grande y profundo.

—Tú no puedes entenderlo. Solo eres un juguete que habla.

Y el gato sonrió, sin mover los bigotes. Sara tenía razón; no podía entender a los seres humanos.



VÍCTOR DEL ÁRBOL. (Barcelona, 1968) es escritor de nacimiento. Es el mayor de seis hermanos y su madre le dejaba en la biblioteca desde la salida del colegio hasta la hora de cenar para poder acudir a su trabajo de limpiadora. Esto le permitió leer multitud de libros que alimentaron su vocación de escritor. Fue seminarista durante cinco años, en el seminario de Ntra. Sra. de Montealegre, para más tarde cursar estudios de Historia en la Universidad de Barcelona y trabajar, actualmente, de Mosso d'esquadra para la Generalitat, trabajo que le ha permitido acercarse, desde 1992, al aspecto más humano de las personas, a las que describe de forma magistral en sus obras. Recibió el Premio Tiflos por su primera novela, *El peso de los muertos*, con un prestigioso jurado formado, entre otros, por Luis Mateo Díez, Soledad Puértolas y Manuel Longares. Con esta nueva novela Víctor del Árbol se situará, sin duda, entre los mejores escritores españoles de la actualidad.

De *La tristeza del samurái*, la crítica ha dicho:

«Una novela impactante y sórdida que va más allá de los códigos clásicos del *thriller*. Impresiona la destreza con la que maneja las idas y venidas de las distintas épocas». Bastien Bonnefous, *Le Monde*.

«Una novela muy entretenida, muy bien escrita; para mí ha sido todo un descubrimiento. Lo vais a pasar bien con Víctor del Árbol». Óscar López, *A vivir que son dos días*, Cadena Ser.

«... pagarás el precio de caer atrapado en una espiral de dolor prolongado, cuya trama parece escrita por el mismo Faulkner». Alan Cheuse, *National Public Radio* /

The Dallas Morning News.

«*La tristeza del samurái* es el eslabón que faltaba entre *La sombra del viento* de Carlos Ruiz Zafón y *Millenium* de Stieg Larsson». Jérôme Dejean, *Page des Libraires.*